

GLORIA V.
CASAÑAS
LA MIRADA
DEL PUMA

Hechizo de amor en la Patagonia



Gloria V. Casañas

La mirada del puma

Hechizo de amor en la Patagonia

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A todos los que aman y defienden la vida silvestre.

Está aullando el puma.

Está triste el puma.

Aúlla el puma

por andar solo,

por eso está triste,

aúlla el puma.

Tayel del puma recopilado por Enrique Perea en 1989 y narrado por Félix Manquel en Sarmiento, provincia del Chubut, en *Cuentan los mapuche*, de

César Fernández

PRÓLOGO

—¡Aikén ush goln, jámenken nau! —dijeron espantados los niños cuando llegaron a las casas, pues habían visto al puma matar una guanaca, devorar su corazón y guardar luego los restos bajo las ramas del coihue.

La abuela tehuelche, que hilaba con paciencia una hebra fina de lana de guanaco, les dijo con sabiduría:

—Es ley de la vida.

—Cuéntanos, abuela, la historia de Goln, el puma.

El pequeño entregó a la anciana la bolsita donde llevaba el cápar que habían ido a buscar al final de las dunas, donde los sorprendió el sangriento espectáculo de la matanza. La abuela agradeció el nabo dulce y comenzó:

—Ni los pumas ni los gatos ayudaron a Elal cuando hizo la reunión de la laguna con todos los animales. Por eso, Elal los consideró enemigos. Tenía su kau tapizado con cueros de puma y muchas veces Goln intentó matarlo, hasta que Elal construyó el arco y la flecha. A partir de entonces le tuvo miedo y no ataca al hombre, a menos que lo vea solo o indefenso. El puma se esconde de los hombres desde aquel día.

—Pero los pumas son fuertes y valientes, abuela —porfió el niño.

—Sí, son fuertes, por eso el paisano que caza un puma calienta sus huesos y sorbe el caracú.

Leyenda recogida por Mario Echeverría Baleta

CAPÍTULO 1

—**H**ola... ¿Tía Juli?

La voz en el teléfono sonaba apagada.

—¿Mayga? ¿Qué sucede? No te escucho bien.

—Tengo un pequeño problema, tía, no se lo digas a papá.

—¿Por qué, qué ocurre? Mayga, por Dios, no me asustes.

La voz juvenil subió un tono al agregar:

—Tampoco se lo digas a mamá. Ya sé que es tu mejor amiga, tía, pero es tan transparente... Y papá lee en ella como en un libro de cuentos.

Julieta se mordió el labio, nerviosa ante el conflicto que le planteaba su sobrina.

—¿Dónde estás?

—En una misión, tía Juli. Lo que ocurre es que algo salió mal.

Julieta retorció la bayeta con la que repasaba los muebles mientras decidía a quién mostrar lealtad, si a su adorada sobrina o a su amiga del alma, Cordelia. Y más que nada la aterraba guardar secretos de Mayga al padre de la jovencita, el temido guardaparque de Los Notros, Newen Cayuki.

—¡Una misión! —exclamó—. ¿En qué te has metido esta vez, Mayga? Si tu padre se entera...

—Por eso mismo te pido que no digas nada, tía —insistió la muchacha—. Solamente quiero que le avises al tío Emilio, para que venga a sacarme de aquí.

—¿Sacarte de dónde?

—Eh... de la comisaría, tía Juli. ¡No pasó nada grave, te lo juro! —gritó

Mayga al escuchar el gemido del otro lado de la línea.

Julieta debió sentarse para no caer redonda al escuchar eso. ¡Mayga presa! Hija y sobrina de guardaparques. ¡Presa! Newen la mataría, la enviaría lejos, la castigaría.

—¿Sucede algo, amor?

La voz amada obligó a Julieta a componer su expresión. Si su esposo iba a encargarse de sacar a su sobrina de un enredo, más le valía conservar el corazón frío.

Tapó la bocina del teléfono y murmuró:

—Es Mayga, te necesita.

Emilio Ducroix frunció el ceño y se aproximó a su esposa. Se la veía encantadora en su desarreglo doméstico, con el cabello sujeto de cualquier modo y un vestido de lana que disimulaba su embarazo. Jamás se saciaría de la dulzura y la modestia de la mujer con la que se había casado. Le había dado hijos gemelos, con sus mismos ojos verdes y su cabello caoba, dos espléndidos muchachitos alegres y de buen corazón, fuertes como alerces. Ninguno había heredado, por fortuna, el mal que lo aquejó durante años, el asma que arruinó su infancia y su juventud, hasta que el destino lo condujo a Los Notros. Y a Julieta.

Emilio tomó el teléfono.

—¿Mayga?

La joven suspiró, aliviada. Si su tío se encargaba, todo saldría bien. Emilio era de mente fría, calculador y algo cínico. No irrumpiría en la jefatura con los puños cerrados ni la perforaría con ojos de obsidiana como lo haría su padre.

Mayga amaba a su padre con la adoración de un perrito faldero. Newen era su ídolo desde los tiempos en que, siendo aún bebida, la alzaba sobre sus hombros y la llevaba a recorrer la espesura, mostrándole las aves del bosque andino. No había nada que su padre no le hubiese enseñado sobre la vida salvaje de Los Notros, ese rincón de la cordillera cada vez más acechado por

el turismo y los mezquinos intereses de los empresarios. Su padre conocía el valle y la montaña como lo había hecho el puma en su tiempo, y se comprometía con los proyectos conservacionistas sin reveses, del modo en que hacía todo en la vida. Newen Cayuki rendía honor a su sangre puelche y sentía aquella tierra como savia corriendo por sus venas.

Y ahora se pondría furioso al saber que su hija se encontraba detenida en la comisaría del pueblo por alterar el orden público y pintar consignas de la gente mapuche en la pared de la casa del ingeniero Silvester. Lamentaba haberse dejado llevar por el impulso rebelde de su amigo Luciano. Como buen hijo de un revoltoso, Luciano Necul heredaba de su padre el odio hacia el *winka* y la intemperancia. Ella debería haber sabido que esa empresa alocada no rendiría sino frutos amargos.

—Pásame al comisario Pascual —ordenó su tío con firmeza.

Hubo un breve intercambio durante el cual Mayga permaneció sumisa tras el mostrador de la comisaría, tratando de no mirar hacia donde Luciano se hallaba de pie, en una pose irreverente y retadora, con el cabello negro echado hacia atrás y los ojos oscuros clavados en la cara del comisario, desafiándolo. Por suerte para ambos, el comisario conocía a las dos familias y sabía qué pensar de aquellos jovencitos. Trataría de intimidar a Mayga amenazándola con hablar del asunto a su padre y obligaría a Luciano a pasar la noche en la celda, sin candado, sólo por fastidiarlo. Al rato, terminaría jugando a las cartas con él, pero se daría el gusto de privarlo de su noche de sábado en la cantina del pueblo.

Condenado Luciano, siempre le hacía pisar el palito. Mayga heredaba de su madre la lealtad y jamás volvería la espalda a un amigo, sin importar que fuese descarriado o le causara pesares.

Al finalizar la conversación, el comisario se volvió, acariciándose el bigote, y les señaló un rincón oscuro del precinto.

—Ahí —dijo con voz de trueno—. Siéntense los dos. ¡Y no hablen entre

ustedes!

Luego escondió un rictus de diversión mientras revolvía los papeles que Emilio Ducroix debería firmar. Suficiente castigo sería para Mayga Cayuki que su tío guardaparque tuviese que estampar la firma en la comisaría por ella. A Pascual no le afectaba demasiado que el ingeniero Silvester tuviese que blanquear de nuevo su casa para tapar las leyendas escritas en *mapuzugun*, que lo insultaban y denunciaban por robar tierras a los nativos y contaminar el ambiente con la construcción del hotel más grande del valle. Si por él fuera, lo mandaría de una patada en el trasero a su país, a construir bloques de cemento en otra parte. No simpatizaba con ese proyecto porque, al igual que los empleados de Parques Nacionales, sabía que terminaría perjudicando a la gente en lugar de favorecerla. Había que ser muy tonto para ignorar que detrás de los tentadores anuncios y las promesas de trabajo se escondía el despojo de las tierras ancestrales y la explotación de los pobladores, a los que pagarían sueldos de miseria para que trabajasen en su propia ruina. Debía cumplir su papel de custodio del orden, sin embargo, deteniendo a los perturbadores como Luciano y Mayga. Los otros se le habían escapado esa vez, y si pudo atrapar a Mayga fue porque ella aguardó a que Luciano terminara de escribir con su aerosol rojo las palabras: *wizá winka*. El ingeniero Silvester sería un “blanco de porquería”, sin duda, pero la joven era muy ilusa si pensaba que con esa pintada podían hacerlo recular en su empeño de construir en Los Notros.

“En fin, a cada uno lo suyo”, pensó Pascual, y se acomodó en su escritorio para seguir el papeleo de rutina.

—Lameculos, hipócrita, cagón —masculló Luciano con encono.

—Shhh... ¡Cállate! ¿Quieres empeorar las cosas?

—¿Tienes miedo, “marita”? Mara, marita, no corras, no tiembles...

Mayga odiaba que Luciano la llamase de ese modo, con el nombre de la liebre de la Patagonia, aludiendo al carácter asustadizo del animalito. Y él

disfrutaba irritándola con ese mote, sobre todo cuando estaba furioso hasta el límite, como en ese momento. Luciano detestaba perder, hasta en un juego de naipes. Tenía el temperamento levantisco de su padre, sólo que mal dirigido, pues mientras que Mario Necul había volcado su rebeldía en la lucha por las reivindicaciones del pueblo mapuche, Luciano mezclaba las causas justas con las bravuconadas, sin medir las consecuencias. Otra de las razones por las que Mayga temía que su padre supiese lo ocurrido. Él no aprobaba su amistad con el hijo de su antiguo enemigo.

Mucho antes de que ella naciera, Necul había tratado de perjudicar al fiero Newen. Mayga lo supo de labios de su madre. El orgullo que sentía su padre por la sangre que lo había engendrado irritaba a Mario. Los tehuelche del desierto habían sido los pobladores originarios de la Patagonia y Newen era muy consciente de esa identidad. Mayga sabía también que los mapuche de Los Notros lo respetaban, sin embargo, y que se había ganado un lugar entre ellos.

—Si no te callas, me voy a sentar sola.

Luciano se despatarró con indolencia sobre el banco, aprisionando a Mayga contra la pared, mientras tarareaba con malicia:

—“Ando caminando en campo ajeno... me da mucha pena cuando te miro, hermanita, me da mucha pena...”

Por toda respuesta, Mayga se levantó y se sentó en el extremo opuesto, dando la espalda al muchacho. Luciano la contempló un momento con aire torvo. No había resistido la tentación de hostigarla, pues le gustaba hacerla sentir incómoda; era su revancha por no poder reclamarla para él.

Su padre tampoco aprobaba la amistad que lo unía a Mayga. Mario Necul dejó bien claro a su hijo, desde que lo vio compartir sus juegos con la hija de Newen Cayuki, que jamás la admitiría en su *ruka*. Y Luciano resentía cada vez más esa prohibición.

Mayga era un bocado delicioso. La joven reunía en su belleza exótica lo

mejor de las dos razas: la *winka* de su madre, mezcla de franceses e ingleses, y la indígena de su padre, de raíz puelche-guénaken, los antiguos centauros del desierto, cazadores del guanaco y dueños de cuerpos hermosos y atléticos. Mayga era bella de un modo que quitaba el aliento, y Luciano veía con rabia cómo los visitantes de Los Notros giraban la cabeza cuando ella pasaba rumbo a la oficina de Parques, en busca de su padre o de su tío, balanceando la gruesa trenza al compás de sus caderas. Su talle elástico, su rostro de corazón, en el que los ojos grises y rasgados eran el rasgo más llamativo, causaban impacto en todo el que la conocía. Más alta que el común de las jóvenes de la región, el vigor híbrido era evidente en aquella preciosura de cabellos renegridos y ojos color ceniza.

Ojos de humo. Parecidos a los que ostentaba su madre, Cordelia Ducroix, la de la cabellera hilada con oro y plata, la Princesa de la Nieve, tan bella en su juventud como espléndida en su madurez. La mujer de Newen Cayuki, única debilidad que se le conocía al indio, hasta el nacimiento de Mayga.

Luciano no tenía oportunidad con la hija del guardaparque, no sólo porque su padre era enemigo del de Mayga, sino porque su conducta era el comentario de todo el pueblo. Había pisado tantas veces la comisaría que ya conocía la rutina de los empleados y hasta podía sustituirlos en sus papeles, si quería.

Newen Cayuki jamás consentiría que cortejara a su preciosa hija.

—Señorita —la llamó un subordinado—, pase usted.

Mayga avanzó hacia el despacho del comisario, donde la figura aristocrática de su tío Emilio, enfundada en su uniforme caqui, se inclinaba sobre el escritorio.

Pascual levantó los ojos y Emilio giró hacia su sobrina.

—¿Con que ésas tenemos? —le dijo en un tono severo que sus ojos azules desmentían con picardía.

Mayga se ruborizó bajo su tez mate. Confiaba en su tío. Él la reprendería ante el comisario para mantener las apariencias y luego reirían juntos al salir

de allí. No convenía abusar de la suerte, sin embargo. Esa vez había llegado demasiado lejos en sus andanzas y debía hacer buena letra para que se le permitiese aspirar al puesto de guardaparque algún día, aunque su padre se opusiera. Ése era el primer enfrentamiento que tenía con Newen Cayuki. El puelche no quería que su hija continuase la tradición. Un padre y un tío guardaparques eran suficiente dedicación a la naturaleza y a los peligros. Mayga debía estudiar una carrera que la preparase para el mundo.

Newen deseaba que su hija se abriese camino en la sociedad *winka* sin olvidar sus raíces mestizas, con la ambición que mostraban los blancos, decidida a triunfar. Si bien no había llegado al extremo de sugerirle qué debía estudiar, más de una vez discutieron las ventajas de ser médico. Un conocimiento así le permitiría regresar al sur y ayudar a la gente, sobre todo desde que doña Damiana, la antigua *machi*, moraba en la tierra de los ancestros y la responsabilidad de las curaciones recaía sobre Cordelia, que había sido su fiel discípula. Mayga no ambicionaba un título de médico. Amaba la tierra tanto como su padre y no veía mejor manera de demostrar ese amor que luchando por protegerla.

Suspiró cuando salieron a la luz del mediodía, luego de echar una mirada admonitoria a Luciano, que desde su rincón la contemplaba con sorna como diciendo “el papito y el tío la sacan del apuro a la mara”. Casi podía oír las palabras.

—A ver, cuéntame antes de que inventemos una historia que Cayuki pueda creer. ¿Qué estabas haciendo en compañía de ese pervertido?

—Luciano pensó que sería buena idea advertir al ingeniero que su hotel no es bienvenido aquí.

—Ajá. ¿Y creen que él no lo sabe?

Mayga guardó silencio.

—Jovencita, los intereses creados no se detienen ante nada, y menos ante las bravatas de un par de escolares. Luciano Necul debería saberlo ya. Y en tu

caso, bueno, no quiero sermonear, pero siendo familia de guardaparques, deberías conocer los medios con los que se lucha, ¿no?

El tío Emilio parecía poco dispuesto a bromear sobre el asunto y Mayga se sintió una tonta por haber caído en la trampa de su amigo. Intentó justificarlo y justificarse también:

—Luciano dice que el papeleo de los trámites nunca se termina.

—Luciano dice, Luciano hace, Luciano piensa... ¿No será tiempo, digo yo, de pensar por ti misma, pequeña salvaje? No sólo a tu padre le preocupa tu falta de decisión sobre el futuro. Tu madre también se inquieta al ver que terminaste la escuela y no te inscribiste en ninguna universidad. No necesito decirte cuánto vale un título profesional. Si yo hubiese superado mi enfermedad antes habría sido biólogo, como era mi sueño, pero la vida escatima las oportunidades a veces, y tienes una muy buena, Mayga. Al igual que tu madre, posees el don. ¿Por qué no lo perfeccionas estudiando?

Mayga se cruzó de brazos de modo infantil, empacada.

—Prefiero custodiar el valle y la cordillera.

Le tocó a Emilio suspirar, resignado.

—Bien, dejemos que el futuro se cuide solo. Ahora inventemos algo verosímil para el indio de tu padre.

Mayga sonrió. Cuando su tío hablaba así, estaba revelando la admiración que sentía por Newen, al que en un principio había visto como enemigo por pretender a su hermana melliza, y ahora consideraba un hermano también.

—Voy a acompañarte hasta arriba, por si necesitas refuerzos —anunció Emilio.

Newen y su familia vivían donde siempre había estado el refugio del puelche: en la cima del cerro que se alzaba al final del pueblo. Era un sitio aislado y agreste que durante años satisfizo el ansia de soledad de Cayuki. Cordelia,

enamorada del sitio tanto como de su morador, no objetó que siguieran ocupando la cabaña original, aunque la habilidad de Newen para trabajar con la madera y el buen gusto innato de ella la habían convertido en una vivienda más confortable. La “princesa”, como la llamaba Newen desde que supo que bajo las ropas holgadas de varón con que la conoció se escondía una bella mujer, seguía un lema en lo que a la casa se refería: “Rústica pero bonita.” Y su esposo se alejaba para no ver los ramos de flores, las carpetas bordadas y las mil y una chucherías con que engalanaba los rincones esa mujercita que lo había dominado, muy a su pesar. El hogar de los Cayuki en lo alto del cerro era un muestrario de contrastes.

Tío y sobrina alcanzaron la loma justo cuando la familia se disponía a almorzar. Newen se hallaba junto a la bomba de agua, lavándose, mientras Cordelia extendía el mantel sobre la única mesa, que servía para todo uso.

Cayuki no había perdido un ápice de fortaleza con el correr de los años. Su cuerpo, esculpido con el trabajo duro en la montaña, conservaba la imponencia de sus ancestros, y en su rostro curtido se destacaban los ojos oscuros y penetrantes, y una nariz aguileña que confería dureza a su expresión. Mayga poseía esos rasgos, aunque más pequeños y dulcificados, y sus ojos, oblicuos como los del padre, habían heredado el gris plateado de Cordelia, que los volvía únicos.

Un perro de pelaje negro y blanco echó a correr hacia ellos, ladrando y meneando la peluda cola. Mayga se agachó para recibir el embate y ambos rodaron por el pedregullo. Luego le tocó a Emilio el turno de soportar las efusividades de Werken.

Cuando llegaron al porche, Newen los saludó con cierta severidad.

—¿De dónde vienen ustedes dos?

—Eh... me encontré con el tío en el pueblo —argumentó Mayga.

—La traje en la camioneta hasta la mitad del camino, por si se le hacía tarde para el almuerzo —agregó Emilio, con las manos en los bolsillos y el

tono displicente—. ¿Cómo va todo por acá?

—Es sábado, así que ya terminé por ahora. Retomo la ronda a las cuatro.

Cayuki contemplaba la espalda de su hija mientras hablaba, distraído. La muchacha corría hacia la cabaña, ofreciendo ayuda a los gritos para poner la mesa. Werken la seguía eufórico, ladrando al viento y saltando alrededor.

Entonces, se volvió hacia su cuñado con mirada implacable.

—¿Qué hizo esta vez?

Emilio sabía que no conseguiría engañar a Newen con ningún cuento, de modo que prefirió admitir los hechos, suavizándolos un poco.

—Lo de siempre, se deja llevar por el bandolero de Luciano Necul, cosas de chicos. Y el comisario Pascual me advirtió que la mantuviéramos lo más alejada posible, ahora que se puso en marcha el proyecto del hotel.

Newen dirigió su vista al valle, donde el verdor amarillento de los maitenes cedería ante las topadoras y el río cambiaría su cauce para no estorbar la construcción del hotel termal que, según sus promotores, atraería al turismo internacional.

Odiaba eso. La mano “civilizadora” que arrancaba los árboles de cuajo, formaba muros de cemento y dividía el paisaje entre ricos y pobres. Años atrás, cuando se instaló en Los Notros, el sitio no era más que un rincón olvidado rebosante de belleza escondida, un remanso para el espíritu —sobre todo el suyo, tan torturado— y un paraíso para las aves. Dashe, su amado perro lobo, y él, solían quedarse hasta el anochecer contemplando la miríada de luces que desplegaba el cielo tras las montañas y aspirando el perfume de los yuyos silvestres mezclado con el humo de las chimeneas lejanas.

Los Notros había sido su refugio durante mucho tiempo, y ahora aquella soledad se encontraba amenazada. Muchas cosas habían cambiado desde entonces. Dashe moraba en la *wenu mapu* desde hacía algunos años. Se alejó un día por su voluntad, después de compartir una noche de acampada con él en medio del bosque, y con sus ojos amarillos le dijo que era hora de fundirse

con la tierra, aunque su espíritu lo acompañaría siempre; Newen lo sentía a cada paso que daba. Lo lloró en silencio, sabiendo que era lo justo y que Dashe se iría como vino, de repente. El animal había aparecido una noche en la puerta de su cabaña, herido, y después de que Newen lo curó con sus propias manos, permaneció a su lado sin ataduras, año tras año, una presencia inmovible. Fue Dashe el primero en aceptar a Cordelia cuando la joven quiso engañar a todos camuflada de varón y obtener para su hermano el ansiado puesto de guardaparque. Newen no entendía cómo un salvaje perro lobo podía convertirse en un perrito faldero con aquel ayudante flacucho al que él despreciaba al principio, hasta que la crisálida mostró su verdadero ser y emergió la bella joven que lo volvió loco desde el comienzo.

Cordelia sí había soltado lágrimas por la pérdida de Dashe. Y la pequeña Mayga, su compañera de aventuras, estaba inconsolable. Fue entonces cuando apareció en el monte de nosotros, durante una tarde de patrulla, una bolita peluda ávida de cariño y de leche tibia. Adoptaron al cachorrito enseguida y Cordelia lo llamó *werken*, que en *mapuzugun* significaba “mensajero”, pues estaba convencida de que el propio Dashe lo había enviado hacia ellos.

“Qué suerte la tuya, viejo amigo”, pensó Newen, “no habrías soportado la invasión de los *winka* mejor que yo”. Dashe no se había ido del todo, sin embargo. De un modo difuso, su presencia se hacía visible cada tanto, como a través de la misteriosa aparición del cachorrito pastor.

—Creo que sería conveniente para ella que le permitieses ayudar en las rondas, Cayuki —comenzó Emilio con prudencia—, por lo menos hasta que decida qué hacer con su vida.

—No. Ella debe estudiar.

—Es cierto, pero mientras tanto, si hablastes con Medina...

—¿Ya se pusieron de acuerdo a mis espaldas?

Era difícil ablandar al guardaparque, Emilio lo sabía. Sólo Cordelia tendría una oportunidad, si acaso. Hablaría con ella más tarde, sin que Newen lo

supiese.

Se encogió de hombros y palmeó el hombro sólido de su cuñado.

—No te las tomes conmigo, que estoy de tu lado. Yo, más que nadie, deseo que mi sobrina tenga una profesión. No estoy tan seguro de que los demonios de mis hijos lo logren, viendo cómo son de alborotados. Mayga es nuestra esperanza. Tratemos de que eso no pese demasiado sobre ella, ¿eh?

Emilio se alejó con paso rápido bajo la mirada perforadora de Newen. Con el rabillo del ojo, tuvo la satisfacción de ver al puelche llevándose la mano a la nuca, como perturbado por algo.

—Mami, ¿cuándo supiste que deseabas ayudar a la gente?

Cordelia comprendió de inmediato el derrotero de la conversación, pues conocía de primera mano la terquedad de Newen, la rudeza de su carácter. Si bien aquel hombre taciturno congeniaba con la hija, se mostraba incommovible muchas veces, algo que hería en lo más hondo a Mayga.

—No lo supe hasta que conocí a doña Damiana en su *ruka*, al final del sendero que sube hacia el sur. Con el tiempo entendí que ella, con sus ojos vacíos, veía mejor que yo y que nadie, pues lo hacía con la mirada del espíritu.

—¿Ella te enseñó a curar?

—Me mostró todas sus artes: el uso de las hierbas y también el de las lanas crudas en el telar, me contó secretos de los *newen* de la tierra. Le debo mucho.

Mayga pensó en el nombre de su padre: Newen. “Espíritu fuerte” significaba. ¡Vaya si lo era!

—Sin embargo, no me di cuenta de que me estaba convirtiendo en su discípula hasta que ella misma me lo dijo, en la lengua que a esas alturas yo ya comprendía. *Cijkatufe*, me dijo. A decir verdad, siento que todavía la necesito.

Pensativa, Cordelia se sentó en el banco de troncos, con su trenza platinada sobre el hombro. Llevaba la cabellera larga como siempre, pues su esposo no aceptaba que la recortase. Por comodidad la recogía en una gruesa trenza y durante las noches la extendía sobre las sábanas para disfrute de Newen, que gustaba de enredarse en ella mientras la amaba con pasión contenida.

—Damiana era ya muy viejita —prosiguió Cordelia—, pero muy capaz de manejar hasta el mal genio de tu padre. Nunca te dije que él fue el esposo de su hija muerta.

Mayga abrió grandes sus ojos grises.

—¿Papá estuvo casado?

—Bueno, no tan así. Vivieron como marido y mujer mucho antes de que yo lo conociera, sabiendo que Ayelén estaba muy enferma y que moriría. Damiana lo consideraba su hijo también.

—¿Y no te importó eso, mami?

Cordelia tuvo que pensar la respuesta. ¡Claro que le había importado! El pasado de Cayuki había sido una barrera entre los dos y no sólo a causa de Ayelén; fue sobre todo por aquella culpa que pesaba sobre el alma del puelche y de la que no pudo desprenderse sino cuando se supo inocente del crimen que creía haber cometido.

¿Cómo contarle tanto a aquella hija apasionada sin que se formase falsas ideas sobre el padre?

—Confieso que me puse algo celosa, hasta que comprendí que tu padre se sentía en deuda con la hija de Damiana, porque ella lo había amado en una época en la que Newen no creía merecer el amor de nadie.

—¿Ni el tuyo?

Cordelia suspiró.

—El mío menos que ninguno.

—Mami, ¿por qué no me cuentas de nuevo cómo conociste a papá?

—¿Otra vez? —y Cordelia se echó a reír.

Era una historia que Mayga jamás se cansaba de escuchar, imaginaba que la jovencita la tomaría como una vieja leyenda del lugar.

—Está bien. Que no se diga que no conservas las tradiciones familiares — bromeó.

Cordelia jugueteó con su trenza mientras enhebraba aquellos recuerdos agridulces.

—Todo empezó cuando tu tío Emilio envió a la Administración de Parques Nacionales una solicitud de trabajo. Quería demostrarle al abuelo que era capaz de desenvolverse solo pese a su asma, pero fue justo un ataque de esa enfermedad lo que le impidió venir a este sitio para la época en que se lo reclamaba.

—Entonces, viniste en su lugar —completó Mayga.

—Así es. Y para no dar explicaciones que nadie entendería y conservar ese puesto de trabajo que él tanto ambicionaba, me hice pasar por él. Como somos mellizos y nos parecemos tanto, creí que si me disfrazaba de hombre no notarían la diferencia cuando por fin él llegase.

—¿Medina se creyó la farsa?

A Cordelia le causaban gracia las interrupciones de Mayga, puesto que su hija sabía bien lo ocurrido, y sospechaba que quería encontrar alguna falla en su relato para echársela en cara después.

—Todos, incluido tu padre, que al principio me trató muy mal, ya que para él era un pésimo ayudante, un enclenque y un inútil.

—¿Te lo dijo así?

—En cierto modo —y Cordelia recordó las expresiones de desprecio de aquel hombre que ella había juzgado bárbaro desde el comienzo.

También recordó la atracción que ambos sentían, inexplicable para Newen mientras supuso que ella era un chico, y muy palpable para ella, que a su pesar se encontraba hechizada por la imponencia del hombre del cerro.

—Imagino la cara de papi cuando supo quién eras en realidad.

Cordelia evitó ahondar en ese recuerdo. Aquella noche, bajo una tormenta feroz, Newen la había encontrado oculta en la leñera, y al arrastrarla fuera descubrió el engaño. Nunca olvidaría el brillo de acero en los ojos negros ni la fuerza del puño que la zarandeaba, al punto de hacerle temer por su seguridad. Newen jamás la maltrató, sin embargo, y ella supo escarbar en el duro pellejo del hombre hasta dar con esa tibieza que mostraba sólo en raras ocasiones.

—Tu padre siempre fue duro de pelar —repuso lacónica.

—¿Es cierto que le propusiste matrimonio?

—¡Claro que no! ¿Quién te dijo eso?

—Escuché al tío opinar que papi era un cazador cazado.

—Es un modo de decir que cautivé a tu padre a pesar de él mismo.

—Mami... —suspiró Mayga, encantada.

Las confesiones se interrumpieron cuando el nombrado entró a la cabaña, dispuesto a compartir el almuerzo. Encontró a sus dos mujeres sentadas, ociosas, y frunció el ceño. Cordelia jamás se destacaría por su afición a los asuntos domésticos. Si quería un buen café, debía continuar preparándoselo él mismo. Sin decir palabra, colgó su chaqueta del gancho de la entrada, arrojó el rollo de cuerda que traía con la aviesa intención de molestar a Cordelia, que detestaba el amontonamiento de cosas en el suelo, y se sentó con aires de señor que espera ser servido como un rey. Sus ojos escudriñaron los semblantes de las mujeres. Idénticos ojos, diferentes miradas: Cordelia le reprochaba su descuido, mientras que Mayga lo contemplaba como si lo viese por primera vez.

Esto lo puso alerta.

—¿Qué sucede? —preguntó, desconfiado.

Madre e hija se miraron cómplices. Guardarían el secreto, para seguir comentando luego las andanzas del “señor de la montaña”, como solían denominar a Newen en el pueblo.

Cayuki era un hombre que infundía respeto y algo de curiosidad también. Hasta que Cordelia llegó a aquel remoto poblado, él bajaba del cerro sólo para proveerse de lo poco que necesitaba cada tanto, pues mientras trabajó como baqueano de Parques Nacionales, era el propio intendente del parque el que subía a verlo para obtener la rendición de los informes. Medina sabía con qué bueyes araba y nunca le había cuestionado sus hábitos ermitaños, aunque maliciaba que algo escondía el puelche tras su ostracismo. La verdadera razón de aquel ocultamiento había sido la marca de toda la vida de Cayuki, lo que lo convirtió en un hombre que huía de los demás y, sobre todo, de las mujeres *winka*.

—Guiso de lentejas —dijo Cordelia, como si aquella fuese la respuesta a la pregunta de su esposo.

El tintineo de los cubiertos y el humo del fogón llenaron el silencio que siguió durante los primeros minutos.

—¿Mi hermano no viene a almorzar con nosotros? —inquirió luego, atisbando por la ventanita hacia el sendero de llegada.

Newen se encogió de hombros.

—Habrá preferido los guisos de su mujer —comentó con malignidad.

Cordelia no cifraba su honor en el arte culinario, de modo que la mofa no la afectó.

—Qué pena, tenía ganas de hablar con él.

—¿Algo en especial? —y Newen dejó de masticar para mirar a Mayga, que comía con la cabeza baja.

—Walter está organizando un proyecto de integración de las comunidades y quería consultar a las autoridades del parque.

—Que lo haga él.

—Pues sí, es lo que hará, pero ya que mi propio hermano es guardaparque puedo aprovechar la ventaja y comentarlo con él primero.

—Yo también soy guardaparque.

La respuesta fue tajante. Habían rozado un punto débil. Newen había trabajado como simple ayudante de los guardaparques durante años, ya que no poseía instrucción especial, salvo su propio conocimiento de la vida silvestre, algo que Medina supo valorar. Nadie dominaba el valle y la cordillera como Newen Cayuki. La falta de escuela, no obstante, había constituido un problema para obtener el rango de guardaparque y Cordelia sabía que aquello hería el orgullo de su esposo.

—No quise importunarte, como sé que a veces no apruebas algunos reclamos de los mapuche...

La mirada de Newen cortó de cuajo lo que Cordelia estaba diciendo. Su voz de resonancias guturales hizo que Mayga levantase la vista, sorprendida.

—No apruebo lo que no es debido. Para todo lo demás, estoy dispuesto.

Cordelia se mordió el labio, refrenando su deseo de discutir. Si bien estaba habituada a las disputas con su esposo, no quería que la hija las presenciase, para no alentar rebeldías en ella. Más tarde, en la intimidad del dormitorio, podría echar mano de otras armas con las que estaba segura de vencer el ánimo combativo de Newen.

—Sólo se trata de permitirles administrar sus tierras para que ofrezcan servicios turísticos.

—Todavía no son sus tierras.

Cada vez se tornaba más difícil refrenar la lengua, pero Cordelia insistió.

—Bueno, que se les permita organizar visitas guiadas al centro de la comunidad, entonces. Dice Walter que se ha visto algo así en otros lugares y sirve de paso para que los turistas aprecien las culturas ancestrales de la mano de los propios nativos. Lo que ganen será para ellos y pueden decidir qué mostrar y qué no. ¿Qué te parece?

Newen rumió la información que le traía su esposa. Ella siempre tenía asuntos en qué meterse: la venta de artesanías, las tejedurías, y ahora la ganancia de los mapuche. Su espíritu inquieto la impelía a interceder por

todos, como bien lo había demostrado al pretender cubrir el puesto destinado a su hermano mientras él se reponía de uno de sus ataques de asma. Aquel engaño de tanto tiempo atrás había provocado tal explosión de ira en Newen, que a punto estuvo de matarla con sus propias manos. Sólo el recuerdo del crimen que creía haber cometido en su juventud y el temor de ser poseído de nuevo por el Walichu lo detuvieron. Y en ese mismo instante, mientras contemplaba el rostro delicado, los labios llenos y esos ojos que jamás perdían la frescura, se sentía atacado por la furia al saber que ella y Walter Foyer, el artesano del pueblo al que solían apodarar “el hippie viejo”, habían estado tramando algo a sus espaldas. Quizá fuesen los celos el verdadero castigo de los dioses, y aunque se supiese libre de culpa por un crimen no cometido, su temperamento feroz mereciese el padecimiento de saber que todos, sin excepción, amaban a su modo a la hermosa mujer con la que él se había casado.

—Voy a pensarlo —fue todo lo que dijo.

—Es buena idea, papi.

La intervención de Mayga no suavizó las cosas. La jovencita debía algunas explicaciones y ella lo sabía. Por eso, cuando la mirada de Newen se clavó en ella, Mayga sintió desmoronarse su entusiasmo.

—Luego hablamos.

Cordelia tomó nota de consultar a Emilio sobre los sucesos de aquel día. Si su hija se había metido en líos, de seguro habría salido de ellos gracias a la intervención del tío.

El almuerzo transcurrió sin que se tocasen otros temas urticantes. Cordelia ensalzó las virtudes de la hierbabuena con la que había condimentado el guiso, mientras Mayga contaba que en el camino hacia la casa había visto algunos cóndores sobrevolando el claro.

Newen prestó atención a ese dato.

—¿Puede haber algún animal muerto, papi?

—Iré a ver no bien termine. ¿Hay postre?

Cordelia ocultó su sonrisa antes de retirar el repasador que cubría el arroz con leche. Su esposo se había acostumbrado a comer postre después de las comidas, algo que él jamás hacía y, aunque tratara de disimularlo, se sentía tentado por ellos. Era uno de los pocos cambios en la rutina austera de Cayuki desde el matrimonio. Por fortuna su amiga Julieta era una gran cocinera, y no pasaba un día sin que le enviase alguna delicia para suavizar el paladar áspero del guardaparque.

—¿Le pongo canela? —preguntó con voz dulce Cordelia.

Newen miró a su esposa y vio la picardía aflorando en sus ojos, como tantas otras veces. Nunca entendería cómo podía ella soportar su carácter ni acostumbrarse a la vida dura en la montaña, sobre todo durante inviernos como ese, que amenazaba con ser crudo. Ella había aceptado esa vida, pese a su crianza delicada, sin lamentar los lujos que dejaba atrás al radicarse en Los Notros. Lejos estaba aquella cabaña de troncos de la mansión donde los hermanos Ducroix habían gozado de las comodidades de la gente rica. Newen despreciaba aquellas ventajas. Para él todo era superfluo, le bastaba con un techo y el arte de sobrevivir, la virtud que más valoraba. Cordelia había renunciado a muchas cosas y él no podía darle más que su amor y su protección. Incluso la cabaña donde vivían era apenas un refugio que él logró mejorar con sus habilidades, construyendo muebles, estantes y un altillo donde dormía con su “princesa”. Recordó con nostalgia la pelea que sostuvieron cuando Cordelia se empeñó en colocar cortinas en las dos únicas ventanas. Se había sentido invadido en su soledad, ultrajado por los avances de una mujer blanca que encarnaba todo aquello que él rechazaba, lo que lo condenaba en el pasado. La había tratado con dureza, sin ahorrarle insultos, y ahora el tiempo le demostraba que aquella mujer estaba hecha de una madera más dura que la del molle y que guardaba un tesoro en su interior, como las estatuillas que él tallaba y vendía luego en el galpón de los artesanos del pueblo.

Puso su mano callosa sobre la de ella y clavó en los ojos de Cordelia una mirada que prometía cosas para después, cuando estuviesen solos en su pequeño nido de amor en el altillo. Cordelia se estremeció de placer. Su esposo conservaba el poder de debilitarla con una simple mirada, ya fuese para reprocharle algo o, como en ese momento, para declararle su pasión sin palabras.

Mayga bajó la cabeza y se entretuvo revolviendo el guiso con la cuchara, mientras aguardaba a que el momento pasara. Sus padres eran un enigma. La habían criado con el mismo amor, aunque de manera distinta. Con su madre compartía secretos y aventuras de las que muchas veces Cordelia era promotora, pues su carácter alegre y apasionado era capaz de encenderse como chispa si se enojaba y de enfriarse como el agua al instante, sin guardar rencor. Vivía el presente con entusiasmo, sin temer al mañana.

Su padre, en cambio, era un hombre reconcentrado, de pocas palabras, con el que ella tenía una relación hecha más de silencios que de confesiones. Sin embargo, a su modo, Newen le había transmitido saberes que ella atesoraba: sobre la vida en las montañas, el valor de los sentimientos y, más que nada, sobre el futuro. Newen esperaba mucho de ella y esa expectativa, libada durante toda su infancia, pesaba en su corazón. Mayga admiraba el trabajo de su padre y soñaba con secundarlo en su tarea, mientras que Newen se había empeñado en alejarla del bosque y del valle, pensando quizá que no era un trabajo digno de ella o temiendo, tal vez, que los peligros pudiesen alcanzarla. Tenía que hablar con su madre, saber las razones de esa tozudez en impedirle que siguiese sus pasos en una tarea sagrada hasta para él mismo.

Newen salió a la fría luz del invierno después del almuerzo, dispuesto a encaminarse al claro. Si su hija había visto algo llamativo, algo habría. Confiaba en el instinto de la joven tanto como en el suyo propio. Para su mal, Mayga poseía el don necesario para custodiar aquella región y él debía impedirselo, a fin de que tuviese las oportunidades que los blancos creaban

para ellos mismos en las ciudades. Se habían prometido al casarse que educarían a sus hijos en ambas culturas, para que se enorgullecieran de sus raíces nativas sin perder las ventajas de la sangre *winka*, una tarea difícil aunque no imposible, si se tenía la mente clara y el corazón encerrado bajo siete llaves.

Descendió por el sendero espinoso, escarchado por la baja temperatura. Semillas y ramas secas crujieron bajo sus botas. Alzó la cabeza y contempló el cielo, donde el humo de las chimeneas del pueblo permanecía suspendido, congelado en el aire frío. Hacia el oeste, las cumbres centelleaban al sol. Muy pronto nevaría en el valle y el paisaje se tornaría crepuscular, cargado de tristeza. La nieve traería no sólo la melancolía y el silencio, sino grupos de turistas que abarrotarían las oficinas en busca de información y acabarían con la paciencia de Medina. La gente de afuera llegaba ansiosa por fabricar muñecos de nieve y esquiar. Nadie pensaba que esa misma nieve era causa del aislamiento de los pobladores y de la muerte de muchos animales.

Un graznido hendió el aire sobre los altos pehuenes. Un cóndor.

Newen apuró el paso, manteniendo una mano cerca de la pistolera, pues en aquellos parajes no era rara la presencia de los cazadores furtivos, la mayor amenaza después del turismo. Saltó sobre las piedras que atravesaban un riacho cristalino y penetró en el bosque umbrío. La oscuridad verdosa lo envolvió y la baza húmeda, una alfombra de olor pútrido y penetrante, amortiguó el sonido de sus pasos. El follaje era apretado, pues a la sombra de los árboles más altos convivían arbustos que formaban el sotobosque, habitado por pequeñas bestias que se guarecían de los depredadores. Alguna, sin embargo, habría sido víctima, como lo delataba la presencia de los carroñeros. Newen atravesó el bosque de ñires y lengas hasta llegar a un escenario natural donde la luz se filtraba en líneas fugaces entre las sombras. Allí se divisaba un bulto en el que reconoció de inmediato al ciervo colorado. El animal yacía entero, no haría mucho que lo habría alcanzado la bala del

cazador. Qué extraño. Un ciervo jamás se expondría en el descampado, más bien huiría escondiéndose en la espesura. Pudo oler la pólvora y percibir las huellas de un cuerpo arrastrado. Aquel animal había sido llevado hasta allí después de muerto, con algún propósito. Barrió la zona con su vista de águila, sintiendo palpar la rabia en sus sienes. La sombra del cóndor pasó sobre él como un presagio cuando se inclinó sobre el cadáver.

El ciervo colorado, introducido por los pioneros europeos muchos años antes, podía ser cazado en los períodos fijados por el reglamento. La época de brama había finalizado en mayo, sin embargo, y ese ciervo estaba muerto por la mano de un cazador. Su hermosa cornamenta, única de ese ejemplar, se confundía con las ramas caídas de los árboles. Newen tocó el vientre algo hinchado del animal. Ya se encontraba frío.

Su instinto alerta le dijo algo más.

—Sal de ahí —murmuró, lo bastante alto como para que Mayga, oculta entre los arbustos que rodeaban al claro, lo escuchase.

La jovencita avanzó unos pasos con aire culpable.

—No sabía que me habías visto, papá. ¿Qué le ocurrió al ciervo?

—Lo cazaron.

Mayga observó los ojos relucientes que ya no verían las hojas tiernas ni el agua clara en la orilla del lago. Entendía las leyes del bosque, sabía que los animales introducidos por la mano del hombre quitaban espacio a los nativos de su misma especie, relegándolos y hasta exterminándolos a veces, pero no podía ser inmune al dolor del animal que agonizaba. Lo había sentido en su pecho desde el mediodía, sin atreverse a hacer otra cosa que advertir a su padre para que fuese a averiguar lo que sucedía. Sólo su madre sabía de su extraño don, el que le vaticinaron siendo muy pequeña. Era una elegida, le había explicado Cordelia cuando tuvo edad para comprenderlo; su espíritu poseía una increíble empatía con el de los animales, y sentía su dolor como si le sucediese a ella. Al principio le había parecido un juego y lo jugaba

solitaria en el bosque o en la montaña, provocando al cóndor, desafiando al puma, llamando al pudú enano o al huemul, quedándose quieta entre los árboles o caminando silenciosa por senderos que llevaban a los riscos donde la vegetación se tornaba achaparrada y las rocas rodaban hacia el precipicio, rompiendo el silencio de las alturas. Cuando sus padres dormían ella solía salir al porche blanqueado por la luna y se internaba en los matorrales que separaban la cabaña del arroyo que corría tumultuoso más abajo, imitando el ulular melancólico de la lechuza.

Recordaba bien la primera vez. Tenía sólo diez años y su primer contacto fue con Dashe, cuando el perro lobo acababa de partir; Newen le había explicado que los animales sabían cuándo les llegaba el fin y se alejaban de la manada para morir en soledad. Mayga vivió sumida en el desconsuelo desde aquel día hasta que, una noche, el enorme perro de pelaje plateado se presentó ante ella con claridad, inmovilizándola con sus ojos amarillos. Mayga había desobedecido la orden paterna de permanecer en la cama y se deslizó por el hueco de la ventanita del baño. Su papá acababa de agrandarla a pedido de su mamá, que siempre criticaba la rusticidad del cuarto de aseo. Se encontraba sentada justo donde el sendero comenzaba su descenso hacia el pueblo, aquel caminito misterioso por el que siempre se perdían sus padres en sus diarias tareas, y que a ella no le permitían recorrer sola. Allí se le presentó Dashe, primero como una niebla fría y envolvente, y luego una presencia sólida que ella pudo tocar, emocionada.

“Volviste”, le había dicho, y escuchó la voz de Dashe: “No me fui, estaré siempre”.

Aun siendo tan niña, Mayga ya poseía conciencia de lo posible, y aquella revelación la sacudió hasta lo más hondo, sobre todo porque se dio cuenta de que la voz reverberaba muy adentro de ella, como si retumbase en su cabeza. Pasaron varios días antes de que se atreviera a contárselo a su madre, y Cordelia decidió entonces que era tiempo de explicarle lo que doña Damiana

le había dicho a poco de nacer la bebida, mientras le sacaba el *tayel*, durante la ceremonia mapuche. Mayga había recibido de los dioses de la tierra un raro don y estaba por verse qué esperaban de ella a cambio. La niña no se asustó al saberlo, por el contrario, encontró divertido el pasatiempo de comunicarse con cuanto ser vivo se acercaba a la cabaña.

Hasta que sucedió lo del puma.

—Son furtivos —dijo Newen, sacándola de su ensoñación—. Voy a tener que informar a Medina de esto ahora mismo.

Mayga encontró servida la oportunidad de ayudar, como intentaba siempre, aunque con poco éxito.

—Iré yo, papi.

—No.

—Por favor, si no me cuesta nada. Además, creo que es la hora de alimentar a Lihue.

Esperaba que eso bastara para disuadir a su padre, ya que él respetaba a rajatabla los horarios de alimentación de los pichones de cóndor que mantenía aislados en la cueva de la montaña, esperando que alcanzasen la edad suficiente para ser liberados.

Newen miró hacia donde el cóndor seguía planeando a gran altura sobre sus cabezas. Debía tratarse de Neyén, que siempre merodeaba cerca de ellos. Sacudió la cabeza con disgusto. ¡Tenía que ser hembra para provocar problemas! Él se esmeraba en procurar que los cóndores eludiesen la presencia humana, ya que de eso dependía su supervivencia. El hombre era su enemigo y así debían entenderlo para mantenerse a salvo.

—Usted debe una explicación por su conducta.

El tratamiento distante era un prelude del enojo, y Mayga lo sabía.

—Padre, lo lamento. Creí que la causa era justa.

—Las causas justas se logran con medios justos. Además, dije con claridad que el hijo de Necul no es compañía adecuada. Y lo dije más de una vez.

Newen se volvió hacia su hija, clavando en ella su mirada oscura. Mayga la sostuvo con serenidad. Ella no tenía el carácter audaz de su madre ni la terquedad del padre. Era una muchacha tranquila, no buscaba la confrontación, y por eso mismo la avergonzaba haberse dejado llevar por su amigo Luciano. Pintar consignas insultantes con aerosol, aun si el destinatario era merecedor de ellas, no se correspondía con su modo natural de proceder, su padre lo sabía y era lo que más le disgustaba, que la hija torciera su voluntad para obedecer la de otros. Mayga lo comprendía bien y le dolía defraudarlo. Desde muy pequeña la aprobación de Newen había sido su principal objetivo, puesto que jamás dudó del amor desbordante de Cordelia. Su mamá la llevaba siempre adonde fuese, le cantaba bonitas canciones en un idioma dulce que sólo ella sabía y trenzaba su cabellera con flores multicolores cada primavera. Su mamá era una especie de hada que con su encanto lograba el prodigio de apaciguar al padre y divertirla a ella, una niña pensativa y silenciosa. ¿Acaso Newen habría deseado un hijo varón? Él actuaba con naturalidad, sin embargo, mostrándole los secretos del valle, enseñándole a descender de la montaña sin caer de bruces, a reconocer las trampas de los cazadores furtivos.

¿Por qué, entonces, se comportaba como si no supiese qué hacer con ella?

—No lo volveré a hacer, padre, lo prometo.

Newen contempló la imagen de aquella hija delgada como vara, delicada y fuerte al mismo tiempo, y pensó que los dioses lo pondrían a prueba durante toda su vida, primero ofreciéndole a una ninfa del bosque como anzuelo, una mujer blanca opuesta en todo a su modo de ser y de vivir y luego, como si eso fuese poco, dándole una hija inteligente con la que a veces no sabía cómo conducirse. Pese a su severidad, le dolía castigar a Mayga. La sabía de corazón noble y compasivo, confiaba en ella y deseaba que se abriese camino en un lugar donde sus virtudes fuesen reconocidas.

Doña Damiana le había dicho una vez que la hija de *Ayinray*, como llamaba la anciana a Cordelia, estaba destinada a cosas importantes. Sin duda poseería

las cualidades de su madre para cultivar hierbas y fabricar emplastos en el herbolario. Él mismo había levantado un invernadero donde antes estaba situada la miserable choza en la que intentó alojarla mientras la creyó un escuálido aspirante a guardaparque. Recordar aquellos tiempos en los que lidiaba con la atracción que ejercía Cordelia sobre él le producía cierta extrañeza. En el presente, no podía imaginar la vida sin su esposa. Se habían casado por el rito cristiano para tranquilizar los ánimos de la familia Ducroix, en especial los de Emilio y el abuelo, pero al nacer Mayga celebraron una boda tehuelche. Dos veces casados, como si él necesitara convencerse de que por fin aquella hembra le pertenecía.

Desvió la vista hacia el ciervo colorado y luego hacia el sol, que iniciaba su descenso. El tiempo no alcanzaría para todo, y si contaba con ayuda en esa tarde, sería mejor.

Suspiró, sintiéndose atrapado.

—Ve —dijo, y agregó, cuando ya Mayga le mostraba la espalda—, pero vuelve en una hora.

Su mente elaboraba una estrategia para atrapar a los furtivos.

Eran su especialidad.



CAPÍTULO 2

Mayga bajó por el sendero saltando sobre los gujarros, con el corazón ligero como pluma. Su padre la había perdonado. Se prometió no dejarse llevar de nuevo por su alocado amigo y ese pensamiento la condujo a otro, que la preocupó. ¿Cómo estaría Luciano? Ella había regresado a su casa de la mano de su tío guardaparque, pero ¿y él?

Luciano Necul no gozaba de tanta consideración en Los Notros como para salvarse del castigo con facilidad. Bien sabía ella que el padre había debido criarlo solo, sin una mujer que le aliviase la tarea. Y Mario Necul no era un hombre fácil. Pensar en la distinta suerte de Luciano le amargó el resto del camino. Aminoró el paso, ya sin el ánimo exultante del principio, y su mente vagó por otros derroteros, por eso no vio la enorme moto estacionada en la puerta de la intendencia y tropezó con ella. Mayga tuvo que sujetarse el pie con ambas manos para mitigar el dolor. ¿A quién se le ocurría dejar semejante armatoste atravesado? Medina sin duda lo sabría.

Entró a la oficina con la seguridad de quien se siente en su propia casa, aspirando con fruición el aroma del café y disfrutando del barullo, tan familiar para ella.

Hugo Medina se hallaba ocupado con dos hombres que tramitaban un permiso para ingresar a uno de los campos de la zona. El intendente levantó los mansos ojos celestes y apenas la vio frunció el ceño. ¿Cayuki la había dejado bajar, pese a lo ocurrido, o se habría escapado? Él no quería verse inmiscuido en un problema doméstico, mucho menos tratándose de su guardaparque más inabordable. Saludó a la jovencita con un gesto mientras

leía lo que aquellos sujetos le presentaban y su ceño se acentuó más aún. Lo que temía: Omar Yusuf haciendo de las suyas. Aquel hombre no era trigo limpio. En lugar de cultivar frutillas o criar ovejas como los demás, albergaba extrañas ideas sobre hospedar a turistas extranjeros, y esgrimía el derecho a criar animales salvajes en su tierra. Lo que el sirio tenía en un paraje cercano a Los Notros era un coto de caza privado, un paraíso para las ansias depredadoras de quienes buscan trofeos para lucirse entre los suyos, mientras beben champán o juegan al golf. Los certificados que tenía en sus manos eran autorizaciones para portar armas deportivas y la invitación para practicar el turismo cinegético en toda la extensión de El Almojarife.

Medina se alisó los cabellos de la nuca, indeciso. Omar Yusuf aducía que compraba los animales en un criadero y los mantenía en su territorio, a fin de que conservasen el estilo de vida salvaje que los cazadores de profesión exigían. Sin embargo, conociendo al hombre, no estaba seguro de que no hubiese gato encerrado en todo aquello, dejando de lado lo discutible de matar animales sólo por placer. Eso ya era harina de otro costal.

Mayga se acercó al mostrador y apoyó los codos sobre el desparramo de mapas y folletos turísticos. Se entretuvo mirando un circuito dibujado en azul que serpenteaba hacia la falda de las montañas y aparecía señalado como Camino de los Artesanos. Sonrió al descubrir la mano de Walter Foyer en todo eso. El hippie viejo llevaba muchos años trabajando sus manufacturas en el valle y promoviendo las labores de los demás, incitándolos a organizarse para vender mejor sus productos. Su madre y él eran buenos amigos, y a ella le encantaba escucharlos comentar proyectos para la localidad de Los Notros, entusiasmarse inventando nombres para atraer a los turistas desprevenidos y después reír de sus propias ocurrencias. Observó que el caminito azul tocaba todas y cada una de las *rukas* de la comunidad mapuche más cercana.

Sí, aquello era obra de Walter, sin duda.

Medina se demoraba, de seguro porque a aquellos dos hombres extranjeros

les costaría hacerse entender. Mayga dio vueltas por la oficina caldeada por la salamandra y decidió esperar afuera para ver cómo los picos más altos se pintaban de rojo con el sol de la tarde. Metió las manos desnudas en los bolsillos de su campera de piel y zapateó para darse calor, disfrutando del aire que olía a retama y a leña quemada.

Un silbido bajo y admirativo la detuvo. Junto a la moto plateada, un hombre la observaba con una sonrisa torcida. Mayga no lo había visto antes y de haberlo hecho no lo habría olvidado, pues vestía de negro de pies a cabeza, reluciente el cuero de las botas, así como el cinturón de balas que sostenía sus pantalones; llevaba apenas una camiseta, desafiando al frío, y sujetaba el cabello en una coleta. Se adivinaba la tez clara del *winka* bajo el bronceado, así que no era nativo. A Mayga le disgustó el modo irreverente con que la contemplaba, como si ella fuese un atractivo más del paisaje, y volvió sus ojos a los cerros nevados. Ya se teñían de fuego las cumbres.

—Bonita vista, ¿no? —dijo él con una voz que la sacudió hasta la médula.

Ella se mantuvo callada, pues creyó advertir una segunda intención en la frase. De pronto, la presencia del desconocido se tornó amenazadora a sus espaldas. Pudo percibir que el hombre estaba muy cerca porque el aliento le calentaba la coronilla.

—¿No hablamos el mismo idioma? —insistió la voz.

Mayga se encontró incómoda. Si bien sabía que su paso arrancaba piropos entre los visitantes, la forma en que aquel desconocido la abordaba era muy atrevida y ella no estaba acostumbrada a tratar con foráneos. Criada en aquel rincón remoto de la cordillera, confiaba en que todos sabrían quién era, y en esa seguridad había vivido hasta el momento.

—Parece que los indios de por aquí no son amistosos.

La frase sacó a Mayga de su estudiada indiferencia. Se volvió hacia el grosero personaje con la mirada encendida de rabia. Ella, al igual que su padre, tenía bien clara su ascendencia y se enorgullecía de la cepa que la

había engendrado. Y la parte *winka* estaba viva en los Ducroix, su familia amada, de manera que lo dicho sonó como un insulto que le hizo bullir la sangre. Sus exóticos rasgos quedaron a un palmo del rostro burlón del hombre.

Daniel retrocedió al ver los ojos de humo de la chica. Lo sorprendió sentirse descolocado frente a una jovencita con la que había pensado divertirse de modo inocente. Aquellos ojos lo miraban con furia y también con una madurez inesperada. ¿Cómo se combinaba en ese rostro adorable, casi infantil, una sabiduría que parecía venir del fondo de los tiempos? Daniel recuperó su sonrisa ladeada, un arma infalible con las mujeres, en la esperanza de disolver la animadversión de la muchacha.

Mayga percibió que el hombre no era desagradable como ella esperaba, poseía hermosos ojos color café, y si bien había olvidado afeitarse, aquel descuido le agregaba encanto. Sobre el brazo izquierdo lucía un tatuaje, una serpiente enroscada con la cabeza erguida, pronta a atacar.

Un hombre peligroso.

Pese a su falta de experiencia, Mayga intuía cosas sin necesidad de preguntar. Aquel sujeto podría mostrarse amable, pero ella jamás confiaría en él.

—¿Cómo dice, señor?

Debía seguir intimidándolo, una vez que había comenzado.

Daniel recordó que la había tomado por una nativa del lugar.

—Disculpe, creí que era usted una...

—¿Una india? Sí, lo soy.

Sabía cómo desconcertar a un hombre. Dan meditó unos segundos.

—Pertenezco al mundo urbano, así que me disculpo si meto la pata cuando hablo, señorita. Vine acompañando a mi padrino. Usted me ilustrará sobre lo que yo no sepa.

“Como un guía turístico”, pensó con sorna Mayga. Qué tipo presuntuoso, pretender que ella le enseñara algo que bien podía aprender solo, con la

experiencia.

—No soy personal de Parques —repuso, controlando su malhumor—. Sin embargo, puedo darle un consejo: no juzgue por las apariencias. Observe primero, hable después. Así no tendrá que disculparse.

Sin aguardar a que le respondiese, Mayga entró a la oficina para dar su recado a Medina antes de que se cumpliera el plazo estipulado por Newen.

El intendente había terminado la conversación con los visitantes, que se cruzaron con Mayga al salir, de manera que ella no alcanzó a ver sus caras, aunque pudo apreciar la expresión de disgusto de Medina.

Hugo Medina era una suerte de tío postizo en el que podía confiar sin temer que en casa se enterasen de sus cuitas, puesto que Emilio, al ser familia, compartía las mismas preocupaciones que sus padres acerca de su futuro, sus estudios o sus amistades.

Los Notros era un pueblo demasiado chico para que cualquier conducta pasara desapercibida, tanto más si la protagonista era la hija del famoso Newen Cayuki.

—¿Problemas? —le preguntó con familiaridad mientras se servía café en un vasito de plástico.

Medina suspiró.

—¿Alguna temporada no los hubo? Pero esto me huele mal y estoy preocupado.

Mayga trepó de un salto al escritorio, como cuando era pequeña.

—¿Quiénes son?

—Invitados de Omar Yusuf, cazadores.

Mayga se quemó con el café al escuchar la maldita palabra. ¿Qué diría su padre? ¡Justo cuando habían hallado al ciervo colorado! Recordó de inmediato su encargo.

—Entonces papá debe saberlo ya mismo. Hoy encontramos un ciervo muerto en el bosque. Venía para decírtelo. Papá me lo encomendó —agregó de

prisa, para disipar dudas sobre su presencia.

Medina estaba al tanto de la pugna entre padre e hija y con frecuencia temía que Mayga se arrogase misiones, a fin de demostrarle a Newen que estaba capacitada para ese trabajo. Él se abstenía de dar su opinión al respecto, aunque en su fuero interno veía pasta de guardaparque en la jovencita. En un gesto ya conocido por Mayga, se pasó la mano por la cabeza rubia, blanqueada por algunas canas.

Medina era un hombre en su plenitud, un tanto agobiado por los problemas cada vez más frecuentes en Los Notros. Por otro lado, su vida era muy solitaria. Mayga sabía que tenía una hija, fruto de un matrimonio mal avenido, a la que no veía desde hacía años. Como tantas otras mujeres, la esposa de Medina no había resistido la dura vida en el valle: los largos meses de frío, la nieve que cortaba el paso o ensuciaba todo durante el deshielo, los vientos secos y ardientes del verano. Pensó que su padre era afortunado. Mayga jamás había oído a su madre quejarse, aunque recordaba bien las historias que le contaba sobre sus desventuras en el refugio del cerro. Una, en particular, siempre le causaba gracia: la primera vez que Cordelia usó el baño del “bárbaro,” como llamaba en secreto a Newen, se llevó un susto mayúsculo al toparse con una víbora. Su padre había debido sacarla medio desmayada de aquel cuarto. Y por más que él le enrostró que se trataba de una inofensiva culebra, Mayga podía imaginar el horror de su madre, acostumbrada a la vida confortable de una residencia en la ciudad. Sin embargo, ni esa ni otras aventuras vividas en la cima de la montaña la habían disuadido de permanecer en aquel sitio. El amor de Cordelia lo abarcaba todo: al hombre y a su refugio sagrado.

Las mujeres no solían ser como su madre, la esposa de Medina era un claro ejemplo.

—¿Qué dice tu padre?

—Que el ciervo fue arrastrado hasta el claro y que llevaba poco tiempo de

muerto. ¿Pueden haber sido estos hombres, Hugo?

Medina sacudió la cabeza.

—No lo creo, acaban de llegar y lo primero que hicieron fue solicitar los datos de El Almojarife en esta oficina. Se ve que vienen por primera vez. ¿Trajiste un informe?

—No, porque papá quería ocuparse primero de alimentar al pichón de cóndor. Le prometí regresar en una hora.

Medina consultó el reloj de pared y luego miró a través de la ventana, donde las sombras ya se alargaban sobre el bosque de abetos.

—No te retrases o tu padre me comerá crudo. Ten —y extrajo del cajón de su escritorio una pila de folletos—. Éstos son los que hizo imprimir Walter para la temporada. Espera que vengan muchos visitantes y que el camino de los artesanos sea lo más concurrido de Los Notros. A decir verdad —murmuró—, yo también lo espero. Ojalá el turismo hiciera innecesario otro tipo de emprendimientos. Si consiguiéramos ocupar a la gente en trabajos dignos, no correríamos el riesgo de que se empleasen con inescrupulosos como Yusuf y otros, que nos están cercando poco a poco.

—Mamá se ocupará de esto.

Medina contempló a la joven con ternura.

—No me cabe duda, pero ni ella, con todo su tesón, podría impedir que las promesas de fácil enriquecimiento tienten a la gente. Se vive mal, Mayga, y los intereses saben dónde apuntar para conseguir aliados.

La joven se mordió el labio, compungida. Ella conocía los problemas de los nativos, su falta de oportunidades, el aislamiento cultural en que vivían. Era afortunada al pertenecer a dos mundos, pues podía atesorar lo mejor de cada uno.

—Se los daré a mamá —contestó, refiriéndose a los folletos—. Ella los repartirá entre la gente de la comunidad. ¿Vienes a comer esta noche?

Medina negó mientras tomaba su sombrero y el manojito de llaves.

—Esta vez te ganó de mano tu tía Julieta. Me invitó primero, y debo confesar que estoy tentado de probar el famoso *soufflé* de pollo que prepara.

—Uy, sí, es riquísimo. Le avisaré a mamá que mañana comeremos *soufflé*, entonces. La tía Juli siempre cocina doble, para que no nos falte nada. Cuidado con comerte mi parte —bromeó Mayga.

Salieron riendo de la oficina mientras Medina cerraba la puerta.

El frío se hacía más cortante a medida que atardecía, y las luces del pueblo titilaban en las pequeñas casas diseminadas aquí y allá. La plaza central estaba desierta, aunque bien iluminada por las farolas nuevas. Caminaron juntos hasta el borde del pueblo, desde donde subía el camino que llevaba al refugio. Allí Medina se despidió de Mayga, recomendándole como siempre que no se detuviese, y recriminándole la falta de linterna para cuando las sombras envolviesen el monte.

—A menos que esos ojos tuyos sean de gato —le dijo, medio en broma, medio en serio—, no creo que veas más allá de tu nariz dentro de veinte minutos.

Mayga se echó a reír mientras emprendía la subida.

—¿Cómo, Hugo, no lo sabías? El puma me prestó sus ojos cuando nací.

A varias cuadras de allí, Luciano regresaba a su casa también, pisando con fuerza sobre el pedregullo del sendero. Su padre pasaba muchos días al mes en la caseta del capataz de La Señalada, la estancia de cría de ovejas de Ignacio Zavaleta, un tipo rico para el cual Mario Necul trabajaba desde hacía tiempo. La Señalada estaba situada campo adentro y por eso, cuando su padre permanecía en ella, Luciano no lo veía durante varias semanas. Si bien Zavaleta encarnaba al *winka* contra el que Mario tantas veces predicaba, Luciano debía reconocer que no era un mal tipo y que se preocupaba por sus empleados, procurando que no pasaran necesidades. Algo en su interior, sin

embargo, le decía que su padre se había vendido a esa comodidad y lo movía a despreciarlo.

Ese día estaría solo.

Entró a la *ruka*, poco más que paredes de adobe y techo de paja brava, y encendió el farol de querosén que colgaba de un gancho en la entrada. La luz mortecina ocultaba las miserias del hogar, sus pobres cosas desparramadas por doquier y la falta de limpieza. Un perro flaco aulló al verlo, reclamando comida, y Luciano le lanzó una patada, malhumorado. Estaba por verse qué comería él primero. Alzando el farol para iluminarse, revolvió en la despensa y encontró un salame envuelto en papel de cera y dos trozos de pan seco. Llevó todo a la mesa y con el codo empujó los restos de la cena de dos días atrás, para colocar el farol y la comida. No se preocupó por conseguir platos. Cortó el pan y el salame con su navaja sobre la madera y sacó de su bolsillo la botellita que había conseguido en la cárcel de la comisaría. La destapó con los dientes y empinó el codo, dejando que el líquido calentara su garganta, confortándolo. Con un ruido seco, la dejó sobre la mesa y devoró la miserable cena. Creía recordar que guardaban queso también, pero no lo encontró. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se repantigó en la silla, mientras masticaba el último pedazo de pan. Haría mate cocido para terminar de llenarse la panza. Por suerte, los policías le habían convidado parte de sus almuerzos y no estaba tan hambriento. Tipos con suerte, tenían emparedados de chorizo alemán, café y tortas fritas. Él nunca había comido chorizo. Don Luis lo vendía muy caro en su almacén y su padre jamás le dejaba mucha plata, pues temía que se la gastara toda en bebida. Y eso era lo que quería hacer, se dijo sonriendo con cinismo. Qué bien calado lo tenía el viejo.

Encendió el fogón y puso la pavita del mate a calentar. El resplandor del fuego lo hipnotizó durante unos momentos. En su rojo interior danzaban figuras que lo tentaban, demonios de placer y desenfreno que le mostraban la sangre de los enemigos para que él ansiase tomarla. El ingeniero Silvester. ¿Por qué

lo defendían tanto, si traía la ruina al pueblo? ¿Acaso no lo sabía la policía? ¡Claro que sí! Estaban todos vendidos al oro extranjero. Hasta su padre, en cierta forma. Aunque Zavaleta trabajaba a la par de los peones, lidiando con sus ovejas en la esquilada y en los remates, la parte del rico le tocaba a él; sin duda, no iba a repartirla entre sus hombres.

Luciano bebió otro trago y lo degustó, pensativo. Él no sería blando jamás. Rasgaría el cuero de los *winka*, arrancaría sus entrañas y los estaquearía, como hacían antes sus *peñi*. Pasto de los buitres serían. Y él podría ser quizá un *lonko*, dirigir a su gente, mostrarles el camino de la gloria, convencerlos de que sin ellos el blanco no podría erigir sus hoteles ni sus minas de oro. Necesitaba sólo algo de tiempo.

Llegó al fondo de la botellita y chasqueó la lengua, disgustado. Tenía sabor a poco. La tiró al suelo y caminó hacia la entrada de la *ruka*.

En las ventanas vecinas brillaban las luces. Estarían cenando en familia, riendo tal vez, los chicos tendrían puestos sus escarpines de invierno y en la chimenea el padre azuzaría el fuego antes de despedirlos para ir a la cama. Él no tenía escarpines, ni recordaba un solo día en que su padre lo hubiese despedido antes de dormir. Se enteraba de que debía hacerlo cuando el silencio en la *ruka* se volvía pesado. Sabía entonces que su padre había salido para encontrarse con la otra, la mujer que los hombres visitaban a diario. Pero ella no era su madre. ¡No era su madre aquella puta!

Golpeó con el puño el dintel de la puerta y salió, sin sentir el frío ni ver las estrellas que despuntaban en el cielo diáfano. Los ojos le titilaban también, ardiendo. Corrió hasta el final del camino y se dejó caer en la tierra con un sollozo. Un nombre acudió a sus labios, en medio de los espasmos:

—Mayga —pronunció, con infantil desamparo.

Mayga llegó al sendero cuando las estrellas asomaban, presagiando una noche

fría. Faltaba el último trecho, el que sólo un conocedor podía recorrer sin equivocarse.

Ella se lo sabía de memoria. Avanzó haciendo a un lado los matorrales resecos, pisando con suavidad para no torcerse un tobillo con las piedras traicioneras. Aquel sendero era el que su imaginación de niña revestía de misterio, sólo porque no le permitían recorrerlo sola. A decir verdad, tampoco ahora su padre le permitía recorrerlo de noche. Se le había hecho tarde y temía la reprimenda de Newen. Un murciélago pasó en vuelo rasante y ella alcanzó a sentir el hálito en su rostro. Escuchó el lamento del *ñacurutú* y se persignó, como le había enseñado su madre.

Mayga no profesaba ninguna religión formal, vivía rodeada de espíritus de la tierra, creencias y supersticiones, mezclando la fe cristiana con los credos indígenas. Conocía las hazañas del Elal, el héroe tehuelche, y también los designios de Walichu, el genio del mal en el que creían los mapuche. Sabía la letra de las rogativas a Nguenechén y leyendas como la de las Lágrimas de la Luna, que al caer sobre la tierra formaron la plata con que las mujeres fabricaban sus joyas. La conmovía en especial la historia del Hijo de Dios que había bajado a la tierra para salvar a los hombres. La tía Julieta solía leerle el catecismo durante su infancia, mientras hojeaba un precioso librito de tapas nacaradas. Las imágenes eran tan bellas que Mayga las soñaba después. Walter Foyer le había fabricado un crucifijo de arcilla esmaltada que ella llevaba atado al cuello con un cordoncito. De todas las creencias que albergaba, sin embargo, la que más hondo calaba en su corazón era la del Espíritu que unía el mar y la montaña, de norte a sur y de este a oeste. Ese gran Espíritu Guía se veía representado en algunos animales emblemáticos, como el cóndor en el sur, el águila en el norte, la ballena en el océano.

Y el puma.

Sintió un estremecimiento al pensar en el gran felino, temido y admirado.

Hacía tiempo que no se veían pumas en la región, salvo en la alta montaña

algunas veces, o cuando escaseaba la comida y se animaban a rondar las haciendas por las noches. Siempre se escuchaban historias en el pueblo sobre pumas al acecho, disparos en la oscuridad, ovejas muertas... La gente de campo gustaba de asustarse a sí misma cuando anochecía, narrando sucesos que ponían los pelos de punta.

Mayga empezó a inquietarse y desechó esos pensamientos con un movimiento de cabeza. El aire helado le quitaba el aliento.

Su madre se había perdido en aquel sendero una noche de verano. Cordelia le había contado que, muerta de miedo, rezaba en voz alta hasta que se le confundieron los rezos y mezcló las oraciones cristianas con las de Nguenechén. La calma se apoderó de ella entonces, y a medida que subía escuchaba el aullido de Dashe acompañándola.

¡Querido Dashe, si pudiese correr a su lado en ese momento!

Mayga trastabilló, distraída con tanto pensamiento. Recordó que no había preguntado por Luciano en el pueblo. Iría a su *ruka* al día siguiente para ver cómo estaba. Él nunca la invitaba ni tampoco subía a su cabaña. En realidad, su amistad se había cimentado en las correrías por el bosque o el faldeo de la montaña, cuando él pastoreaba ovejas a pedido de algún vecino, o cuando ella volvía de la escuela y lo encontraba en el camino, peleando con los otros muchachitos de su edad. Su antiguo compañero de juegos y aventuras se estaba convirtiendo en un joven peligroso.

Antes de llegar al último trecho, donde comenzaba el ascenso empinado hacia el cerro, Mayga escuchó el rugido de un motor, quizá de algún micro con turistas que volvían de una excursión prolongada. Se detuvo en seco al comprender que se trataba de una moto. La imagen del hombre de negro le vino a la mente de inmediato. ¿Acaso estaba en el bosque a esas horas? Mayga escudriñó en la oscuridad, pues heredaba de Newen la visión nocturna. Sólo los ruidos habituales poblaban la maleza. Ella no temía a los animales, espíritus afines al suyo; lo que le erizaba el vello de la nuca era la sensación

de que algo humano pululaba en la noche.

—No temas a la soledad ni a la oscuridad, no es allí donde reside el mal — le había inculcado su padre cuando niña, ante los temores propios de la infancia.

Newen había sido rotundo: estar solo en medio de la nada podía resultar sobrecogedor, pero era menos peligroso que estar rodeado de gente.

Mayga aprendía rápido las lecciones de la vida.

Se agazapó a un costado del sendero y se arrastró entre las matas con el sigilo del zorro. A medida que penetraba en la maraña del monte, sus sentidos se aguzaban. No estaba sola. A unos metros de su escondite, una figura apareció oteando el aire como si buscara algo. Era un hombre y sostenía un rifle que apuntaba hacia arriba. Mayga agachó la cabeza hasta oler la tierra y escuchó las pisadas que intentaban no delatarse. Contuvo la respiración y entrecerró los ojos. A través de las pestañas vio que el hombre giraba, vigilando su espalda al tiempo que avanzaba. Iba solo y no se sentía seguro. Podía ser el que había disparado al ciervo, aunque no era lógico suponer que viniera a buscarlo en la noche, después de haberlo dejado expuesto a los buitres durante el día. De pronto, él apoyó la culata del rifle en el suelo, sosteniéndolo con la pierna, y revisó el bolsillo de su pantalón. Momentos después, el punto rojo y el humo le dijeron que el sujeto había encendido un cigarrillo. ¡En medio del sendero oscuro que no iba a ninguna parte, salvo a su casa del cerro! Fumaba con displicencia, mirando las estrellas, como si ése hubiera sido su objetivo al subir hasta allí. Un rato más tarde aplastó la colilla con su bota, gesto que hizo fruncir el ceño a Mayga, que sabía del peligro de incendio cuando había sequía, y volvió a tomar el rifle. Por un aterrador instante, el hombre giró su cabeza hacia el punto exacto donde ella se encontraba y permaneció quieto, como si viera algo. Luego, se dio la vuelta y comenzó a descender por donde había venido, ya sin cuidarse demasiado del ruido que hacía.

Bajo el primer destello lunar, Mayga vio relucir las balas de plata en su cinturón antes de que el rugido de la moto se lo llevase.



CAPÍTULO 3

Walter Foyer pasó al atardecer por la cabaña y encontró a Cordelia atareada, distribuyendo ramitos de lavanda por toda la casa. La saludó desde la ventana y entró, alentado por el gesto amistoso de ella. Desde aquella vez, años atrás, en que Newen sufrió un atentado en el corazón del bosque y su oportuna llegada sirvió de gran ayuda a la joven e inexperta Cordelia, Walter y ella habían entablado una gran amistad.

—¿Hay café? —preguntó, no bien traspuso el umbral.

—Si te atreves —lo desafió ella.

—No viviría en estos parajes tan desolados si no tuviese una pizca de valentía —bromeó él.

Cordelia llenó de agua la maltrecha cafetera, riendo, y buscó en el estante de la cocina el jarrito menos desportillado para ofrecer a su amigo.

—Cayuki todavía no regresó de la ronda, lo espero de un momento a otro.

—¿Todavía lo llamas Cayuki, Cordelia, como cuando llegaste aquí? Recuerdo que entonces era “el señor Cayuki”.

La mujer se sonrojó, un detalle que causó satisfacción a Foyer. Él nunca se cansaba de admirar la particular relación entre aquellos dos.

—Newen no es un hombre fácil, Walter. Hay veces en que llamarlo por su apellido me hace sentir más segura, me permite poner cierta distancia entre nosotros.

Cordelia hablaba en tono confidencial mientras cortaba trocitos de chocolate para agasajar a su amigo. Walter se estiró para tomar uno y lo saboreó, disimulando una sonrisa. Era un hombre fibroso que no representaba

su edad gracias a la vida austera que llevaba junto al lago. Pescaba y cultivaba su huerta, de la que muchas veces conseguía obtener excedentes que luego trocaba por leche o queso entre los mapuche de la comunidad cercana.

—Ah, pero si no ha logrado enderezarlo una mujer bonita, nada lo hará — comentó con intención.

Cordelia se detuvo con el cuchillo en la mano, observándolo pensativa.

—Nunca me contaste cómo se conocieron ustedes dos.

El artesano se sentó junto a la chimenea con las piernas cruzadas al estilo Buda, según su costumbre, tan cómodo como si estuviese en su propia cabaña.

—Tu señor Cayuki me aplicó una multa —contestó, después de pensar de qué modo podría sorprenderla más.

Sabía que cualquier cosa relacionada con el pasado de Newen cautivaría a Cordelia. Pese a ser marido y mujer, aún quedaban secretos por develar en aquella pareja, y Walter estaba dispuesto a colaborar en lo que pudiese para mantenerlos unidos.

Desde la primera vez que vio a la hermosa joven que el ayudante de Parques tenía escondida en el cerro supo cuál sería el final de aquella situación tan irregular.

“Qué ilusos son los jóvenes”, había pensado con nostalgia al recordar la manera en que Cayuki trataba a la que después terminó siendo la razón de su existencia. “Jugando al gato y al ratón cuando el final está anunciado.”

—¿Cómo es eso? —insistió Cordelia para animarlo a hablar.

—Sucedió a poco de llegar a Los Notros —comenzó, ante la mirada interrogativa de ella—. Newen también era nuevo aquí, acababa de obtener el puesto de baqueano ayudante y se lo tomaba muy en serio. Bueno, igual que ahora.

La tapa de la cafetera repiqueteó, soltando el vapor, y Cordelia se levantó de un salto para evitar que el líquido hirviese. Vano intento. Cuando sirvió el café en el jarro y Walter lo llevó a los labios comprobó que todo seguía igual.

“Sabe a tinta”, pensó resignado, y prosiguió su relato.

—Supongo que la inexperiencia de tu esposo, sumada a mi desconocimiento, se confabularon para crear el malentendido que hubo entre ambos. Yo venía de peregrinar por distintos lugares hasta que di con este rincón del mundo al que reconocí como propio. Entiendes a lo que me refiero ¿verdad?

Cordelia asintió y se sentó en el banco de enfrente, llevándose a la boca un trozo de chocolate.

—Al reconocer mi espíritu el sitio que le estaba destinado, decidí pasar la noche a la intemperie para empaparme de sus olores, sus sonidos, y averiguar sus secretos. Acampé entre los pehuenes, hice un buen fuego, tendí mi manta y me acosté boca arriba, memorizando las estrellas que guardarían mi sueño a partir de esa noche. No habría pasado ni una hora cuando me desperté con el desagradable ruido metálico de un arma junto a mi cabeza.

Cordelia lanzó una exclamación y se estremeció al imaginar la escena, que Walter se ocupó de adornar todo lo posible a fin de hacerla más truculenta.

—Allí estaba él, erguido como una montaña sobre mí, el hombre más temible que hubiese visto, con su melena suelta, vestido sólo con los pantalones y acompañado por lo que entonces tomé por un lobo. Me dije: “Walter, estás perdido. El lugar de tus sueños será también el de tu tumba”. Sin embargo, como tu Cayuki es también un hombre justo, consideró oportuno explicarme antes la razón de mi muerte y me dijo que estaba acampando en un parque nacional donde, además, no se podía encender fuego.

Walter guiñó un ojo al decir esto, aunque recordaba bien la expresión de Newen y el frío que corrió por su espalda al ver a aquel hombre capaz de clavarlo en la tierra con sólo una mirada.

—No bien encontré mi voz —prosiguió—, le dije que era un caminante inofensivo en busca de un lugar al que todavía la civilización no hubiese mancillado. Tu esposo bajó el arma entonces y me anunció que debía buscarlo

en otro lado, fuera de los límites del parque.

Me dijo también que debía pagar la multa por haber violado las reglas. Confieso que al principio me ofusqué un poco, pues yo había actuado de buena fe, pero como Cayuki se ofreció a escoltarme adonde yo quisiera para pasar la noche y mostrarme un sitio en el que pudiera instalarme a gusto, tomé el pago de la multa como un tributo, el precio por obtener lo deseado. Un buen susto y algo de dinero no es demasiado para alcanzar un sueño.

Cordelia pensó unos momentos.

—¿Y nunca se disculpó mi esposo por su equivocación?

—En realidad no, aunque pude entender su reacción.

Walter miró el fondo del jarro, dudando sobre si tomar o no el resto de café barroso que se había acumulado, y añadió:

—Me confió tiempo después que yo había sentado mis reales justo al lado del sitio donde él estaba criando a un cóndor.

—¿Ah, sí?

Cordelia se mostró encantada. Ella también había sido víctima del malhumor de Cayuki una vez que interfirió con la cría de los pichones de cóndor sin saberlo. Aquella actividad era sagrada para su esposo y ella se enorgullecía de él por ocuparse de ese proyecto. Lo único que le reprochaba era no habérselo confiado desde un principio. Se habrían ahorrado muchos disgustos en aquel entonces, cuando ni siquiera sabía bien cómo era un cóndor.

—Walter.

La voz hueca de Cayuki cortó la intimidad que reinaba en el interior de la cabaña como si fuese un cuchillo. El guardaparque no parecía contento de encontrar al hippie viejo en animada conversación con su esposa. Foyer, sin embargo, no le dio tiempo a expresar su malhumor. Se levantó y palmeó el hombro de Newen con afecto.

—Ah, aquí estás, por fin. Me preguntaba si llegarías a tiempo de compartir un café caliente. Le estaba contando a Cordelia cómo nos habíamos conocido.

Newen miró a su esposa y luego a Walter con expresión siniestra, en tanto que Cordelia se apresuró a colocarle en la mano libre un jarro. Sintiéndose acorralado, bebió un sorbo y torció la boca.

—Está frío.

Walter observó cómo Cordelia le quitaba el jarro con disgusto, y también vio que el guardaparque la miraba con placer malévol. “Bueno, no estaría de más agujonear los celos de este hombre, se ve que son su punto débil.”

—Le decía a Cordelia —comenzó— que nuestra amistad no empezó de la mejor manera, aunque ya no nos acordemos de eso, salvo para reírnos. ¿No es así, Cayuki?

Newen no entendía qué se traía el hippie entre manos tomando café en su cabaña durante su ausencia y evocando recuerdos molestos. Siempre le había remordido la conciencia su actitud agresiva hacia aquel hombre manso, sobre todo cuando, con el correr de los años, se transformó en una de las personas que más apreciaba.

Walter Foyer se había integrado a Los Notros con la misma naturalidad que si hubiese nacido allí, aunque con la convicción del que conoce el mundo y regresa al terruño por elección propia. La mención de “nuestra amistad” tocó un lugar interior que Newen creía petrificado. Disimuló su turbación, mezcla de gratitud y enojo, arrojando al suelo la bolsa de arpillera que llevaba y colgando su sombrero y su cinturón en el gancho junto a la puerta. Al hacerlo, tropezó con uno de los ramitos de lavanda, que se deshizo como lluvia violeta.

—Cordelia me comentaba —prosiguió Walter, intentando que la mujer no reparase en el destrozo— que le gustaría colaborar con el proyecto del camino de los artesanos. Y la verdad es que necesito toda la ayuda que se ofrezca. ¿Me la prestarías durante algún tiempo? Un hombre solo siempre necesita la mano de una mujer.

Walter se mantenía muy serio, ignorando la sorpresa en los ojos de Cordelia, así como la emoción violenta en los de Newen.

¿Qué le ocurría a Foyer? ¿Se había vuelto loco? ¿O estaban confabulados todos para hacerle la vida imposible? Él no deseaba “prestarle” a su esposa, como tampoco quería demostrar que la idea le roía las entrañas. Su vida era una continua lucha entre lo que sentía y lo que se permitía demostrar. Aun después de los años que llevaban juntos, el sentimiento de pérdida que le producía no ver a Cordelia en su cabaña al volver de las rondas le provocaba furia.

—Está ocupada con las hierbas y los telares —empezó a decir, hasta que Walter intervino, alegre:

—Tal vez tenga otras aptitudes aún no descubiertas. ¿Qué te parece, Cordelia? ¿Te animarías a usar el torno de mi taller? No es difícil.

—¡Basta!

La voz de Newen resonó atronadora en la cabaña, sobresaltando a Cordelia y al propio Walter, que temió haberlo pinchado demasiado.

—Ella dedica su tiempo a la misión que heredó de Damiana y a criar a nuestra hija —repuso, mirando a su esposa con fiereza.

—Bueno, no quiero interferir, pero tal vez puedas conversarlo con ella, Cayuki. Después de todo, también eres artesano. ¿O no? Cordelia, estás invitada a probar el torno de arcilla en mi taller cuando desees. Este proyecto dará trabajo a gente de la comunidad y puede ser la solución para muchas mujeres que han quedado solas por los empleos golondrina de sus esposos. Y ya que nombraste a Mayga, creo que a ella también le gustaría colaborar. Te recuerdo, Cayuki, que ya está bien criada. Las espero a ambas al final del camino del lago, ya saben por dónde.

Newen escuchaba las indicaciones con creciente fastidio.

—Lo tendré en cuenta, Walter, gracias —repuso con dignidad Cordelia.

Los modales de princesa salían a relucir cada vez que se sentía avasallada por el carácter de su esposo. Esa distancia que creaba le servía de valla protectora.

—Muy bien —y Walter se estiró como un gato después de una larga siesta—. Cuando gusten, entonces. Gracias por el café, Cordelia. Y por la hospitalidad, Cayuki. ¡Ah, me olvidaba!

El hombre sacó del bolsillo un fajo de papeles color castaño, atados con una cinta, y los dejó sobre la mesa.

—Los hice con fibra de corteza. Cipriano me dijo que pueden servir como etiqueta para los productos. Tal vez quieras poner tu firma en algunos para tus estatuillas, Cayuki.

Después, con aire displicente, lanzó un beso al aire para Cordelia, palmeó la espalda rígida de Newen y salió silbando bajito. Los ladridos de Werken lo acompañaron parte del camino.

Hubo un silencio pesado en el interior de la cabaña, roto sólo por el roce de las tarjetas al tomarlas Newen en su mano. Se quedó mirándolas sin ver nada, su mente sumida en un torrente de pensamientos. La suave voz de Cordelia lo devolvió a la realidad.

—¿Qué hay en la bolsa?

Él miró la expresión candorosa, tan típica de ella, y algo removió sus entrañas. Sin darse cuenta, apretó en sus dedos las tarjetas mientras respondía:

—Un ciervo muerto.

Hugo Medina dejó a un lado la servilleta y se inclinó hacia atrás en su silla, satisfecho. Había disfrutado de una exquisita cena en agradable compañía, algo que anhelaba en secreto cada noche al regresar a su casa. Hacía tiempo que era un hombre abandonado, y si bien el trabajo ocupaba casi todas sus horas, siempre llegaba el momento de añorar la calidez de un hogar. El de los Ducroix era el ejemplo más envidiable.

Aunque Medina no era afecto al chismorreo, estaba enterado de los vericuetos en la vida de los Ducroix, en especial del problema de salud de

Emilio y de la ríspida relación que había mantenido con su abuelo por esa causa. El formidable M. Ducroix parecía sentirse ofendido por la debilidad congénita del único nieto varón, sobre todo porque el padre del muchacho había muerto de similar dolencia en los pulmones. Aquellos enfrentamientos habían dejado su herida en el carácter de Emilio y sólo Dios sabía si la vida de guardaparque en el sur, en compañía de su encantadora familia, sería bálsamo suficiente para repararla. Julieta era su amiga de la infancia y lo conocía mejor que nadie, estaba sintonizada con todas sus reacciones, adivinaba sus estados de ánimo y predecía hasta el mínimo gesto de su esposo, lo que la convertía en la compañera perfecta, a juicio de Hugo Medina. Una mujer compasiva y paciente, mucho más de lo que él había tenido nunca.

El radio transmisor que llevaba sujeto al cinto soltó un pitido y el intendente de Parques se disculpó con sus anfitriones, retirándose a un rincón del comedor. Escuchó atento el relato que Newen hizo del hallazgo del ciervo colorado, algo que ya sabía por boca de Mayga, y frunció el ceño al oír la palabra “leonero”.

Más preocupado que antes, volvió a su sitio en la mesa.

—Me temo que este asunto va tomando otro cariz, uno muy feo —suspiró.

Ante la mirada interrogante de Emilio, explicó las sospechas de Newen, que él hacía suyas también:

—Cayuki dice que encontró huellas alrededor del sitio donde apareció el ciervo, señales de la presencia de un leonero. Esto lo cambia todo.

No hubo necesidad de aclarar lo que eso significaba. Un leonero era un hombre conocedor del terreno que recibía dinero para colocar un señuelo que hiciera caer al puma. En apariencia, el ciervo colorado había sido muerto antes y arrastrado al claro para atraer al felino, de modo que el cazador pudiese capturar la presa que de verdad le interesaba. Esas señales indicaban que se hallaban frente a la caza mayor organizada, el peligro más grande adentro del parque nacional.

—¿Crees que Omar Yusuf esté detrás de esto? —inquirió Emilio.

—Fue el primero en quien pensé y hoy mismo atendí a dos invitados suyos. Ya sabemos que El Almojarife es un coto de caza. Falta averiguar si cumple con los reglamentos en cuanto a las especies protegidas y el origen de los animales que posee.

—No hay criaderos autorizados de pumas, que yo sepa.

—Es lo que pienso también. Por ese lado, no puede argumentar que caza animales criados para el turismo cinegético.

—¿No puede? —intervino uno de los gemelos, mientras robaba la frutilla del postre que su madre acababa de traer.

Los muchachitos eran díscolos y causaban a su padre más de un dolor de cabeza. Sin embargo, la defensa de la vida silvestre era un asunto que todos tomaban en serio en la familia.

—Es imposible criar un puma como se hace con los ciervos, hijo —explicó Emilio—. ¿Cómo conservar su instinto salvaje si se lo alimenta como a un perro? Los cazadores profesionales son muy celosos de la valía del trofeo. No desean cazar animales amaestrados.

—Y eso Yusuf lo sabe —acotó Medina—, lo que me lleva a pensar que hay juego sucio. Ya sabía yo que tarde o temprano el sirio nos traería problemas graves. Ignacio Zavaleta me confió una vez que le había ofrecido ser socio en este emprendimiento.

—Y Zavaleta es un tipo limpio.

—Así es. Fue aprendiendo el oficio y ahora está metido hasta el cuello con sus ovejas.

—Hace poco nacieron unos corderitos preciosos —dijo Julieta con ternura—. Fui a verlos con mi sobrina, que es amiga del hijo del capataz de La Señalada.

Emilio hizo un gesto de fastidio.

—He ahí otro problema, el hijo rebelde de Necul.

Medina asintió, pensativo.

—Sí. De tal palo, dicen, aunque Necul no salió tan torcido, después de todo. Ahora es mano derecha de su patrón y trabaja puntual. Lástima que el hijo no encuentre dónde hacerlo también. Por eso confío en el proyecto de Walter Foyer, el de las artesanías en las casas. A esta gente hay que permitirle seguir con su industria y ganar con ello. Por lo menos, es una actividad inofensiva, no como la de leonero.

—Hugo, ¿usted cree que ese leonero es alguien de la comunidad?

Medina se encogió de hombros.

—En todo caso, es alguien que no siente escrúpulos en sacrificar a la fauna con tal de ganarse unos pesos. Y es sabido que este turismo cinegético mueve millones. Julieta —añadió, cambiando de tema—, ¿cuándo vas a tutearme?

Los gemelos lanzaron risotadas y Emilio miró con dulzura a su mujer, que se ruborizó. Julieta siempre había sido tímida como un conejito. Incluso él solía llamarla así cuando eran sólo amigos.

—En fin, esta temporada promete ser movida —dijo Medina, levantándose.

—¿Una porción más de postre? —ofreció Julieta.

El intendente se llevó la mano al cinturón, argumentando estar excedido de peso, pero todos sabían que aceptaría. Y Julieta se había preocupado por servirle la porción más grande desde el principio. Ella comprendía que el hombre no comía así a diario y se esmeraba en agasajarlo cada vez que podía.

Al salir de la casa de los Ducroix con el estómago lleno y más animoso, Medina pudo escuchar el zumbido lejano de una moto en lo profundo del bosque.

“Qué extraño”, pensó. “A quién se le ocurre andar en moto entre los árboles en plena noche.”

El casco de El Almojarife semejaba un palacio de Oriente por el lujo de la

construcción y los placeres que su dueño ofrecía al deleite de los huéspedes. La propiedad rural era inmensa, aunque en su mayor parte se la dejaba librada a la naturaleza para que nada opacase la profundidad de los bosques ni la aridez del monte. Sólo el sector cercano al edificio principal se había transformado en parque, con fuentes rumorosas y setos recortados de formas extravagantes. El camino de acceso estaba pavimentado de mármol rosa con vetas insinuantes, como si cada piedra hubiese sido esculpida por un artista exquisito. Faroles marroquíes se mantenían encendidos durante la noche, a fin de guiar a los cazadores que regresaban de sus correrías. La escalinata de entrada se bifurcaba en dos galerías que culminaban en una glorieta con patio y hermosas enredaderas. Allí, envueltos en el perfume silvestre, bebían champán los recientes pasajeros de la hacienda: dos hombres maduros y uno más joven, que se mantenía alejado de la conversación.

Omar Yusuf hizo su aparición bajo el foco que iluminaba la glorieta como una estrella en la noche. Vestía pantalones negros y un saco borgoña de solapas labradas. Todo en él rezumaba riqueza: el anillo de oro con el rubí tallado en su dedo meñique, el pañuelo de seda anudado con flojedad, los mocasines de ante y el nácar incrustado en la boquilla de ébano. Llevaba bien su cincuentena, gracias a los afeites que utilizaba. El cabello se rizaba con vigor en torno a su rostro de pómulos marcados y cejas gruesas. Los ojos eran su rasgo sobresaliente, rodeados de pestañas que les conferían un mirar aterciopelado.

Movió las manos en un gesto de bienvenida.

—Ya de regreso, mis amigos. Esperaba que estuvieran atareados esta noche.

Los hombres soltaron un gruñido casi al unísono. Ambos vestían ropa de fajina y se veían molestos. Uno de ellos, de ancha espalda y cabello rubio muy corto, se caló los anteojos para dirigirse a su anfitrión.

—Y nosotros esperábamos tener más suerte —replicó.

El otro hombre nada dijo. Fumaba escudriñando la oscuridad con sus ojos

castaños. Alto y delgado, con un leve brillo platinado en las canas, poseía un perfil aristocrático que lo diferenciaba de su compañero. Su casaca de cazador tenía un corte impecable, en tanto que la del rubio parecía una bolsa para elefantes. Habían llegado juntos, pues se conocían desde hacía tiempo y acostumbraban emprender largas temporadas de cacería, aunque esa vez llevaban a un invitado. El tercer hombre bebía cerveza repantigado en su silla, con la pierna colgando sobre el apoyabrazos y la expresión aburrida. Era evidente que no le interesaba la charla entre su padrino y el otro sujeto, y que permanecía en su compañía ante la falta de otro plan mejor.

Omar Yusuf no simpatizaba con el joven, sospechaba que podría traerle problemas si no estaba dispuesto a salir cada noche detrás del puma. Él podía ofrecerle todas las comodidades en su bungalow, pero Dan Eliot se le antojaba más un rebelde sin causa que el heredero de la fortuna de Stuart Eliot.

—¿Entonces? —aventuró, acercando su propia otomana—. ¿No hemos tenido suerte?

El gigantón rubio masculló algo en su idioma, de seguro alguna grosería. Stuart Eliot aplastó su cigarrillo en el cenicero de cristal y comentó:

—El primer día no cuenta. De haberlo cazado hoy, ya no nos quedaría otra cosa que procurarnos piezas pequeñas. ¿O acaso se puede llevar más de una cabeza por persona?

La pregunta iba dirigida a Yusuf que, como anfitrión y conocedor de la zona, sin duda sabría cuáles eran los reglamentos vigentes. Los turistas confiaban en él.

Omar evaluó el interés de cada uno. Stuart era un hombre fino, acostumbrado a satisfacer sus propósitos, correcto en su proceder. No convenía engatusarlo por el momento. Los cazadores poseían ciertos códigos y cualquier desliz de su parte haría fracasar el turismo en su estancia. Se correrían voces acerca de sus métodos y se cancelarían muchas reservas. El otro era una bestia, lo único que deseaba era ver sangre, si era posible

corriendo por su mano. Omar conocía a los de su calaña, por ellos había organizado aquella empresa. En cuanto al más joven, quizá apreciase más la compañía de Sandra que la de su padrino. Lo sondearía más tarde. Alguna debilidad tendría: alcohol, drogas, mujeres, algo habría en su vida que lo motivase.

Omar cultivaba la paciencia, era una de sus virtudes más productivas.

Hizo una seña al camarero que aguardaba, discreto, para servir el champán. Se recostó luego con donaire, procurando encontrar una respuesta neutra, cuando de pronto el hombre joven soltó:

—Creo que allá arriba, en el cerro, hay un gato salvaje.

Omar sintió un escalofrío subir por su columna. ¿Adónde había ido el imbécil?

—Es más seguro encontrarlos aquí, en la parte baja —contestó, reponiéndose de inmediato—. Los pumas suelen buscar comida en el valle, sobre todo en noches frías como esta. Por otra parte —agregó, ofreciendo su mejor sonrisa—, sugeriría que no incursionaran por separado, es peligroso.

Daniel contempló al sirio con sorna. La cacería era sólo una excusa para deambular por distintos lugares, un pasatiempo de su padrino que le brindaba diversión, por eso había aceptado acompañarlo. Lo que él buscaba en el monte era a la gatita salvaje que conoció en la oficina de Parques. La chica lo había impactado con su belleza exótica y, sobre todo, con su carácter. Era una rara combinación de reserva y audacia. Ninguna otra muchacha se hubiese atrevido a encararlo de esa manera, y a él le encantaban los desafíos. Empinó la botellita de cerveza y luego la echó a rodar por el suelo, hasta que se detuvo en los mocasines de Omar Yusuf.

—Qué raro —dijo, como si reflexionase—, juraría que había un felino en aquel monte.

Omar apretó los dientes para contener una réplica mordaz. Sabía distinguir una burla, y aquel insolente se estaba burlando de él y quizá también de su

padrino. Se le escapaban las razones, como no fuera el simple deseo de importunar, algo muy propio de los inútiles que gozaban de la fortuna de otros sin haber hecho nada para aumentarla.

Stuart Eliot lanzó a su ahijado una mirada reprobatoria antes de incorporarse.

—Sea como sea, no lo volveremos a ver hasta mañana, de manera que me retiro, señores. ¿Vienes?

Dan se encogió de hombros. No tenía otra opción. Omar se levantó también, cortés, deseando buenas noches a sus huéspedes. Al quedarse solo en la glorieta, se acodó en la barandilla y contempló la noche profunda. Nevaría dentro de poco, lo que agregaría un elemento de aventura a la caza. Algunos preferían la dificultad extrema, y sospechaba que Stuart Eliot era de esos. Sonrió. No iba a defraudarlo. Su contacto en Quetren-co le había prometido dos ejemplares formidables. Si no nevaba antes, los tendría en su coto dentro de un par de días. Vacío la botella de champán en la copa que Daniel no había usado y bebió con deleite mientras sus ojos vagaban por el imperio que había levantado con artimañas y dinero, mucho dinero. Aquella tierra estaba preñada de promesas para un hombre de visión como él. Debía apresurarse, sin embargo. Ya había otros visionarios en el valle, como el ingeniero Silvester, que construía el hotel termal. Y llegarían más, atraídos por las grandes extensiones y la corrupción de los funcionarios locales. En Los Notros existía sólo un problema: los empleados de Parques Nacionales, incorruptibles todos hasta el momento. Sin embargo, Omar Yusuf sabía acariciar proyectos en la intimidad, aguardar el momento y dejarlos germinar. Así lo había hecho cuando envió a sus hombres tras Newen Cayuki en el pasado, sólo que los imbéciles habían decidido actuar por su cuenta y trabar negocio con la esposa del patrón de La Señalada, en lugar de mantenerse fieles al plan original. Eso les había valido el despido y también un buen susto. Él no dejaba cabos sueltos. Lástima por Isabel Fournier, era una bella hembra. Podrían haberla

pasado bien juntos, pero una mujer despechada era capaz de todo y, por lo que pudo averiguar, aquélla le había jurado venganza al guardaparque de Los Notros desde hacía mucho, incluso antes de que el hombre llegara al lugar. Omar sonrió de nuevo bajo el bigote recortado. Quién lo hubiese dicho: la esposa del terrateniente envuelta en un turbio asunto que venía de lejos. Las mujeres podían deparar sorpresas. A él no le gustaban las sorpresas, por eso tenía a Sandra, que no pensaba por sí misma, vivía sólo para proporcionarle placer y disfrutar de las comodidades que él le ofrecía en su campo. Iría a su cuarto esa noche, la sorprendería. Ella estaba acostumbrada a ser llamada a su presencia, no esperaría verlo sin previo aviso. Mejor. Que supiese que en El Almojarife su voluntad era lo único que contaba.

Más tarde, Daniel escuchó pasos amortiguados en el pasillo y observó, desde la oscuridad de su cuarto, la figura de su anfitrión deslizándose hacia un sector apartado de la casa. Aquel hombre era más de lo que aparentaba y sin duda su padrino, que no era tonto, lo habría advertido. A decir verdad, nada en ese pueblo era lo que revelaba su superficie. Y recordó con nostalgia el rostro de ojos rasgados que no pudo hallar en el monte.



CAPÍTULO 4

El amanecer atravesaba la terminal de ómnibus cuando los pocos pasajeros desembarcaron en Los Notros. La mujer se arrebujó en su poncho de lana de vicuña y tiritó. Su estremecimiento era una mezcla de frío y ansiedad. Ella no solía actuar por impulso, y su llegada a ese rincón perdido de la cordillera podía calificarse de audacia.

Una visita sin anunciarse, qué locura. ¿Cómo pudo ocurrírsele? La segunda mitad del camino la había pasado entre remordimientos y anhelos, temiendo molestar y a la vez deseando ver a su familia, estrechar entre sus brazos a los niños y darles sus regalos.

—¿Puedo ayudarla, señora? —dijo una voz a su lado.

Era un changarín de la estación, un anciano que sin duda viviría de las monedas que los pasajeros pudiesen darle por sus servicios.

—Busco la oficina de Parques Nacionales del pueblo. ¿Sabe usted si queda lejos?

El hombre mostró una sonrisa desdentada y los ojos oscuros brillaron bajo las cejas grises. Carraspeó una carcajada al escucharla.

—¿Lejos? ¡Señora, acá nada queda lejos, salvo la esperanza!

Tomó el bolso de la mujer sin consultarla y echó a andar hacia la salida, cojeando.

El viento azotaba la piel del rostro y penetraba sin piedad a través de las ropas cuando dejaron atrás el andén. Junto a la terminal de ómnibus se alzaba la antigua estación del ferrocarril, que había constituido la promesa de progreso de aquel pueblo. Cancelados los trenes, aquella incipiente promesa

se había perdido para siempre. Sólo los micros llegaban a Los Notros, siempre de paso hacia algún otro sitio, dos veces por semana. Ella había alcanzado a comprar el pasaje a último momento, guiada por un instinto que en los últimos años había intentado obedecer. Se encontraba en la curva de su vida y estaba dispuesta a recuperar el tiempo perdido, aun cuando su natural prudencia se viese conmocionada. Mirando hacia atrás, lo que veía no le gustaba: una mujer servicial, abnegada, dócil, que por años había relegado sus pasiones para someterse a las de otras personas más fuertes que ella. Aunque no renegara del pasado aprendería de él, para vivir de otro modo el tiempo que le restaba.

El changarín avanzaba con la cabeza baja para conjurar el viento helado, seguro de sus pasos. Ella corrió un poco para alcanzarlo.

—Señor, ¿es por acá?

El hombre sacudió el gorro escarchado y señaló la plaza central, a unos cuantos metros.

Era la desolación. ¿Cómo podían haberse acostumbrado ellos a este sitio?

La placita cuadrada mostraba con orgullo unos canteros repletos de arbustos quemados por el frío, veredas de piedra y farolas en cada esquina. Alrededor se alzaban los pocos edificios importantes del lugar: la municipalidad, chata y fea, un hotel de tres pisos, varios negocios dedicados al turista y un restaurante que, por su aspecto, parecía el comedero de un hospicio. El frío había ahuyentado a los paseantes y las calles de casas bajas se veían desiertas. Enfrente del hotel, un galpón enorme con la luz encendida era la única nota cálida en medio de la tristeza helada. La mujer atisbó en su interior y comprendió que era un sitio de exposición de artesanías. Ella apreciaba la labor artesanal, todo cuanto pudiera crearse con las manos.

Indicó al anciano que se detuviese y entró. Un olor a manzanas y a madera perfumaba el ambiente. Bajo el gran techo de chapa, mesas de tablón se disponían de cualquier modo. Estarían acomodando el lugar, sin duda, para

abrirlo esa temporada. Las cajas se apilaban contra las paredes y la mujer adivinó que allí se mezclarían telares, canastos, dulces y hasta joyas de plata. Se acercaba a una de donde sobresalían estatuillas de madera cuando la sobresaltó una voz cascada.

—¿Qué desea?

El tono no era amable.

—Sólo miraba, disculpe. Creí que estaba abierto.

—No.

Bueno, la gente del lugar era menos amistosa de lo que había creído. La nueva mujer que era no iba a amilanarse, de todos modos.

—Como la puerta estaba abierta, no pensé que estuviese prohibido entrar. Afuera dice Galpón de los Artesanos.

El anciano pareció dudar y luego miró hacia la entrada donde el enorme cartel flanqueado por arbustos de notros se leía a la perfección. Un destello de picardía encendió sus ojos pequeños cuando dijo:

—Tiene razón. Usted debió tener sus motivos.

La mujer frunció el ceño. ¡Claro que tenía sus motivos! Todo cuanto hacía los tenía, aun si a veces los descubría con el correr del tiempo, como la decisión de vender la casa. Una sombra de dolor cruzó sus ojos y el anciano captó el momento.

—Siéntese. Hace frío y usted está cansada.

Ella tuvo la intención de preguntar “¿Y usted cómo lo sabe?”, pero se contuvo. Se sentó en un extremo del banco y sacó un pañuelito para sonarse la nariz. El anciano la contemplaba con fijeza. Era un indígena del lugar, se notaba en sus rasgos y en su vestimenta. Llevaba un pectoral de semillas y un cinturón tejido. Sus pantalones no hacían juego con la camisa, aunque el poncho negro y blanco que los cubría disimulaba la discordancia. Se abría por delante, luciendo los abalorios. A pesar de no llevar puestos sus lentes, la mujer apreció el medallón labrado que colgaba del pectoral. Tenía unas letras,

de seguro en la lengua original de aquella gente.

—Cipriano.

—¿Cómo dice?

—Digo que soy Cipriano.

Ella advirtió la incongruencia de ese cuerpo achacoso que encerraba un espíritu vivo, latente en la mirada. ¿Qué edad tendría el hombre? Cien años, parecía. Sin embargo, la voz cascada no decía palabras inconexas. Si no fuese porque era imposible, ella diría incluso que decía lo que cuadraba justo a la situación que estaba viviendo.

—Me llamo Josefina. Encantada de conocerlo, Cipriano.

El anciano paseó sus ojos por la cabeza de la mujer, como si evaluase su estado, y asintió.

—Bienvenida, entonces. Venga cuando quiera, siempre estoy aquí —y le tendió una mano tan callosa que Josefina sintió que tocaba el cuero de un reptil. Sangre caliente la recorría, empero, pues el viejo estrechó la suya con fuerza inusitada.

—Me voy ahora, tengo trámites que realizar —se disculpó ella, algo incómoda.

—Uy, sí —suspiró el viejo—, muchos trámites.

“Ahora se está riendo”, pensó Josefina, y salió de prisa para encontrarse con su changarín, que la aguardaba con la paciencia de un perrito faldero.

Caminaron a través de la plaza hasta un edificio agradable, un chalet de estilo pasado de moda. A través de las ventanas, la luz amarilla quebraba el gris de la mañana y alegraba el humor.

—¿Es aquí?

El viejo asintió y depositó el bolso a los pies de la mujer. Era una pasajera que venía de lejos, comprendió no bien la vio, y la única que le daría propina por llevar su equipaje. Josefina sacó un billete y lo dobló en tres antes de dejarlo en la palma del hombre. El viejo sonrió su sonrisa sin dientes, y ella

habría podido jurar que hasta le guiñó un ojo. Lo miró perderse tras la esquina, llevado por el viento, y luego respiró hondo antes de golpear la puerta de la oficina de Parques Nacionales.

Medina se hallaba enfrascado en la lectura de la ley de protección a la vida silvestre que le habían enviado desde la Dirección de Fauna. Quería estar seguro de los pasos que daría en los días siguientes, pues el sirio era un hombre poderoso que no se detendría ante el primer escollo, y no quería que por culpa de un error técnico la actividad ilícita quedase sin castigo. A su lado, la cafetera eléctrica funcionaba sin descanso. Ya ni recordaba cuántas veces se había levantado para servirse café. Miró el vaso de plástico vacío y suspiró. Tomaría otro. Nunca le había resultado fácil el lenguaje leguleyo, y luchaba por desentrañar el sentido de las palabras para que no cupiesen dudas. Se pasó la mano por la cabeza y miró a través de la ventana. Sus ojos celestes se nublaron de fastidio al ver a una turista haciendo señas del otro lado. ¿Qué hacía aquella mujer en una mañana como esa? ¿Habría perdido el micro de excursión, acaso? ¿Y pretendería que él lo resolviese? Se levantó y tomó el sombrero aludo por pura formalidad. Se desharía de ella, la mandaría de regreso al hotel donde se alojaba con una pila de folletos para que estudiase los destinos de su próximo circuito.

Abrió la puerta y una ráfaga de aire helado casi le quitó los folletos de la mano. La mujer se hallaba firme ante él, con su bolso y su fino poncho subido hasta la cara, dejando apenas ver los ojos, de un hermoso color verde.

—¿Puedo pasar? —suplicó con voz rasposa.

El intendente se armó de paciencia y se hizo a un lado. La mujer se mantuvo rígida en el centro de la oficina, sin siquiera quitarse el poncho de la cara. Preocupado, Medina se aproximó por detrás.

—¿Se siente bien, señora?

Josefina se volvió, aterida. Recién se daba cuenta de que el frío la había dejado sin habla, le costaba mover los labios, y el contraste con el calor

reinante en el despacho casi la hizo llorar de gratitud. Asintió con la cabeza y dejó el bolso en el suelo para frotarse las manos.

—Permítame ofrecerle un café, está fresco afuera.

¿Fresco? Aquello sí que era optimismo. ¡Era un páramo helado!

El contacto con el vaso caliente la reconfortó, lo mismo que el primer sorbo que le quemó los labios.

—Venga, siéntese. En un momento estaré con usted. Vaya entonándose, mientras.

Medina la condujo a la silla del escritorio contiguo y luego sirvió café para él, olvidándose de la mujer durante un rato. El crepitar de las llamas en la salamandra, el aroma del café y el rasguido de las hojas que iba leyendo el intendente de Parques disolvieron algo del frío que la mujer sentía en las venas.

Aquel hombre debía de ser Hugo Medina. Josefina lo adivinaba por las cartas de Cordelia, donde su sobrina le contaba sus aventuras en Los Notros, con Medina siempre en medio de ellas. Lo había descripto con fidelidad: cabellos rubios y tez algo rubicunda como la de un muchachote alemán, ojos celestes bondadosos, el bigote que atusaba cuando se hallaba pensativo como en esos momentos, y un aire campechano que resultaba tranquilizador. Era el mismo Medina al que su sobrino Emilio, en un raptó de temeridad, había escrito para solicitar el puesto de guardaparques varios años antes.

Aquél era el hombre que había perdonado a Cordelia ese engaño y también el que había investigado el supuesto crimen de Newen Cayuki. Medina confiaba en el esposo de Cordelia pese a las apariencias, lo mismo que el abuelo.

Pensar en M. Ducroix la hizo atragantarse con el café. Tosió varias veces, hasta que Medina se levantó, solícito.

—¿Agua? —el intendente apareció con otro vasito de plástico que ofreció a la tía Jose.

Ella lo desechó con un gesto y se puso de pie.

—No deseo perturbar su trabajo, señor Medina. Sólo vine en busca de información.

Sorprendido al verse llamado por su nombre por una desconocida, Medina escrutó el rostro de esa mujer. Viéndola de cerca y ya repuesta del frío, advirtió que poseía una mirada juvenil y una tez sorprendente para su edad madura que él no atinaba a calcular, pues una dulzura innata suavizaba sus rasgos, quitándoles la dureza que suelen dar los años. Algo familiar se colaba a través de los ojos verdes, almendrados y límpidos.

—Soy la tía de Emilio y Cordelia. Mi nombre es Joséphine, es decir, Josefina Ducroix.

Medina contempló la mano que la mujer extendía y demoró un segundo en asimilar la noticia. ¡La tía Jose! Cordelia hablaba de ella todo el tiempo, de sus secretos de belleza, sus recetas francesas, las tisanas y cataplasmas que preparaba, de los gatos que cuidaba... Él la había imaginado como una viejecita adorable que tejía crochet junto a la ventana, cubierta su espalda por un chal, con sus anteojos resbalando de la nariz. Sabía que había criado a los mellizos cuando quedaron huérfanos y que ellos la amaban. Sabía también que muchas veces la tía Jose había amortiguado los efectos del duro carácter del abuelo Ducroix, al que tampoco tuvo ocasión de conocer. Ningún miembro de la familia había viajado a Los Notros hasta entonces. En contadas ocasiones los hermanos fueron a la ciudad, siempre por separado y por poco tiempo. Cordelia había ido una vez para que su abuelo y su tía conociesen a la pequeña Mayga, y en aquella oportunidad el propio Newen pidió licencia para acompañarla. Luego fue Emilio el que pasó cortas vacaciones con su familia, hasta que acabó trayendo consigo a Julieta para convertirla en su esposa. Supo después que el abuelo y su hija habían viajado a Europa, y eso era todo lo que conocía de la familia Ducroix de Buenos Aires.

La tía Jose era por completo distinta a su fantasía.

Estrechó la mano que le ofrecía y correspondió a su sonrisa con algo de envaramiento. Después de todo, no se había mostrado muy cordial al tomarla por una turista inoportuna. De haberlo sabido...

—No me perturba en absoluto, Josefina. Es usted bienvenida. ¿Saben sus sobrinos de su llegada?

Medina miró el teléfono y luego el radiotransmisor, dispuesto a comunicarse con ambas casas.

—Ellos no me esperan. Quise sorprenderlos. La verdad, me siento un poco nerviosa a causa de eso, no quisiera interrumpir las tareas que tienen aquí.

De nuevo aparecía la mujer modesta que anhelaba pasar desapercibida. Josefina maldijo en su fuero interno su espíritu temeroso. ¿Cuándo tomaría las riendas de su vida por completo?

—Sus sobrinos van a estar encantados de verla, no hacen más que nombrarla. Ya me parecía extraño que no se atreviese a viajar a Los Notros. ¿Y bien? ¿Qué le ha parecido?

Medina esperaba sonriente, y Josefina trató de encontrar palabras elogiosas para aquel sitio olvidado. Lo último que deseaba era sonar ofensiva o desagradecida.

—Todavía no he visto mucho —alcanzó a decir.

—Ah, pero eso lo resolveremos de inmediato —y el hombre se calzó la chaqueta que colgaba del perchero y la invitó a salir de nuevo. Josefina miró la puerta con terror. ¡Otra vez el frío, el viento, las nubes plomizas!

—Venga, está a punto de presenciar el primer espectáculo del día.

Arrastró sus pies hacia el umbral y se dejó empujar al porche de la intendencia.

—Ahí está —dijo triunfal el hombre.

La tía Jose miró hacia donde le señalaba y se quedó boquiabierta. El día le había parecido plomizo porque el sol recién aparecía a esa hora, cubriendo de oro las cumbres más altas. El gris del cielo se fundía como neblina, empujado

por un azul intenso en el que se divisaban siluetas de aves sobrevolando en círculo las montañas.

—Los cóndores de Cayuki —explicó Medina—. Son los que ha soltado hace poco y van en busca del alimento crudo que les deja en las rocas. Ya lo verá usted allá arriba cuando suba. Y mire —agregó, empujando el hombro de Josefina hacia el lado opuesto.

Allí, los bosques salían de la penumbra mostrando el verdor de las copas más altas. Majestuosos alerces y cipreses avanzaban hacia el faldeo de las montañas, donde se confundían con los ñires, los maitenes y las lengas, en abigarrado montón de matices: verde azulado, gris ceniciento, amarillo, ocre, rojo, como pinceladas de artista salpicadas sin ton ni son. Josefina contuvo la respiración al observar un rayo de sol que atravesaba el follaje en forma oblicua, descubriendo en un destello las aguas de un arroyo que serpenteaba en la fronda.

¡Cuánta razón tenía Cordelia al decirle que vivía rodeada de belleza!

—Nunca es igual —le dijo con orgullo Medina—. Cada mañana nos ofrece un espectáculo distinto.

Josefina se aclaró la voz antes de preguntar:

—¿Todo esto se ve desde la casa de mi sobrina?

El intendente meditó unos segundos.

—¿Usted piensa alojarse en lo alto del cerro?

“Su voz suena horrorizada”, pensó Jose. En verdad, no tenía idea de dónde se alojaría, y en aquel momento la Josefina de otros tiempos vino a recordarle que su visita intempestiva podría crear problemas.

—Me alojaré en el hotel del pueblo —dijo con convicción—. Eso era lo que quería averiguar cuando vine aquí.

Medina se acarició el bigote de nuevo y por fin decidió:

—Le conviene ir primero a lo de Emilio, así podrá ponerse cómoda antes de organizar su visita. Aguarde —y entró a buscar las llaves de la oficina—,

la acompañaré.

Escortada por la corpulenta figura del intendente de Parques Nacionales y al tiempo que amanecía, Josefina Ducroix hizo su entrada triunfal en el pueblo cordillerano de Los Notros, sintiéndose presa de emociones contrapuestas: alegría, temor, esperanza y, sobre todo, tristeza.

La casa de los Ducroix se alzaba al final de la calle, circundada por un bello jardín. El cerco que lo delimitaba era tan bajo que no impedía a las cabritas de los pastores mordisquear las hojas de los canteros. Casi parecía construido con ese propósito y, conociendo a Julieta, Jose tuvo la certeza de que así era.

Medina golpeó las palmas al acercarse, espantando a un picaflor que libaba de un recipiente colgado de la rama de un cedro azul. Agua azucarada, sin duda, de nuevo la mano de Julieta. Convocada por su pensamiento, una silueta envuelta en una bata apareció en el marco de la puerta. La mujercita permaneció inmóvil unos segundos sin dar crédito a sus ojos, y prorrumpió en gritos al reconocer a la tía Jose. En un instante se refugió en sus brazos, sorprendiendo a Medina con su alegría desbordante.

Las mujeres no se desprendieron hasta que la voz masculina las conminó a hacerlo.

—Bueno, ¿y qué me queda a mí, entonces?

La tía Jose abrazó a Emilio sin soltar a Julieta, formando un apretado trío de emociones. Medina miró hacia las montañas, maldiciendo una lágrima inoportuna.

¿Por qué toda esa gente no se visitaba más a menudo?

En el corto trayecto hacia la cocina, donde bullía la pava, Julieta contó que los gemelos ya habían partido al colegio, a siete kilómetros de allí, y que regresarían en la tarde, que esa mañana pensaba subir al cerro para llevar a los Cayuki algunas comidas preparadas en la semana y que acababa de

terminar dos mantas tejidas siguiendo las indicaciones de Cordelia. Justo la noche anterior había preparado un té de hierbas medicinales según la vieja receta de los Ducroix, porque el embarazo le causaba malestar de estómago. Todo sin dejar de abrazar a la tía Jose, como si temiese que fuera a desaparecer. Emilio retiró la pava del fuego, que lo quemaba, y ofreció unos mates a Medina. La inesperada visita los había conmocionado.

—Hija, ¿cómo es que subes al cerro en tu estado? —comentó por fin Josefina, sonándose la nariz por centésima vez.

—Emilio me lleva en su camioneta hasta el sendero y allí, bueno, a veces subo caminando de a poco, pero en los últimos tiempos me lleva en sus brazos.

La tía Jose miró a su sobrino con admiración y sorpresa. ¡El niño enfermizo que ella tanto había cuidado era capaz de subir al cerro cargando a su esposa! ¡Ah, si el abuelo viera eso! La tristeza la embargó de nuevo.

Al cabo de varios mates, Medina se despidió con discreción, dejando a la familia reunida en íntima confianza. Fue el momento que aprovechó la tía Jose para soltar lo que llevaba adentro. Ni ella pudo prever la reacción de Emilio al escuchar las palabras que salieron de su boca:

—El abuelo se está muriendo.

En el silencio de ese instante, en la cocina iluminada por el sol irrumpió el zumbido de un abejorro, respaldado por el lejano balido de las ovejas y el rugido de un motor en los alrededores. La expresión de su sobrino hizo temer a Josefina que le sobreviniese un ataque, después de tantos años. Julieta también debió pensarlo, pues se levantó de un salto, dispuesta a socorrerlo.

Decidida a apurar el mal trago, la tía completó la noticia:

—Puse en venta la casa.

—¡La casa!

La exclamación ahogada de Julieta interpretó el sentir de todos ante aquel desastre. La mansión Ducroix, mantenida durante años como reliquia familiar,

con sus salones y sus cuadros, sus mármoles vetustos y sus rincones sombríos, su escalera imponente, la galería que daba al jardín francés con sus setos recortados... y los recuerdos.

Recuerdos de una infancia atosigada por los ataques de asma y sin embargo dulcificados por obra y gracia de la madurez en el corazón de Emilio. No había sido un niño feliz, aunque en el presente, con la nueva vida que alcanzó de la mano de su esposa, pocas veces lo admitía. Mientras se mantuvo lejos de la ciudad y del abuelo, sabiendo que todo seguía en su lugar, gozando de aquel rincón donde los accesos de su enfermedad se volvieron esporádicos hasta desaparecer, él había podido imaginar que su vida era un remanso. La realidad desnuda que su tía le traía lo echaba de bruces de nuevo sobre el pasado. Hasta podía sentir el fatídico cosquilleo en el pecho, anuncio de un inminente ataque. No podía permitir que de nuevo el abuelo fuese la causa de su desdicha, ni siquiera de manera involuntaria. Emilio se incorporó, pálido, y dirigió sus pasos hacia la despensa, de donde extrajo una botellita de vidrio oscuro.

—Déjame, yo lo sirvo —se apresuró Julieta, arrebatándosela de las manos.

Tía Jose observó compungida el líquido espeso que llenaba la cuchara, adivinando que se trataba de arropo. De seguro preparado por Cordelia; a ella siempre le había gustado practicar con las hierbas. Con las hojas de la tuna se fabricaba un excelente jarabe.

La tía Jose esperó a que el medicamento apaciguase la garganta de su sobrino para continuar. Por experiencia sabía que las noticias funestas debían abreviarse.

—Vine a buscarte porque quiere verte.

Los ojos azules de Emilio se fijaron, incrédulos, en los de ella. ¿El abuelo pedía por él? Insólito. Apenas podía tolerarlo cuando era un niño, y al crecer el enojo se tornó indiferencia. De no haber tenido a su hermana Cordelia, su vida habría sido lamentable. Años le había costado superar el estigma de

saberse un nieto débil para el orgullo del abuelo, y cuando conoció las razones de la muerte de su padre, una congestión pulmonar que los unía en la misma debilidad, aquella sensación adquirió visos de fatalismo. La descendencia masculina del abuelo Ducroix jamás estaría a la altura de las expectativas. Parecía que la vena preciosa de la familia se había quedado en las mujeres. Incluso su tía, pasado el tiempo y pese a haber vivido bajo el manto poderoso del abuelo, había logrado el impulso para enderezarse y hacer su propia sombra.

—Pudiste haber llamado —adujo, sin saber qué otra cosa decir.

Josefina sacudió la cabeza.

—Jamás habrías dejado a tu esposa sola con el embarazo a cuestas. Vine a hacerme cargo, Emilio, a quedarme con ella mientras viajas.

—¿Por qué venden la casa? —se atrevió a preguntar Julieta.

—Cosas del abuelo. Me hizo prometer que nos desharíamos de ella. “Esqueletos de dinosaurios”, fue lo que dijo. Creo que él ya no ve la razón de conservarla si ustedes tampoco vivirán allá.

Jose calló, incapaz de pronunciar otra palabra. El abuelo los había marcado a todos con su carácter irascible y su tozudez, y pese a ello se había hecho querer. Tal vez porque la abuela Colette, con su innata paciencia, intercedía por él cuando eran niños, o quizá porque fue gracias a su intervención que Newen admitió por fin que amaba a Cordelia. Ninguno olvidaría aquella tarde tormentosa en la casa de la playa, cuando M. Ducroix puso en brutales palabras lo que signaría el destino de todos:

—Señor Cayuki, ¿qué siente usted por mi nieta?

Y el terco puelche tuvo que admitirlo, ante la mirada de Cordelia y la sorpresa general.

Aquello había redimido al abuelo, si bien a Emilio le costó aceptar la rendición.

Newen Cayuki no era, en principio, el galán que esperaba para su hermana.

El tiempo y la felicidad exultante de ella lo convencieron, hasta que tuvo oportunidad de conocer más a fondo el temple de su cuñado. Hoy podía llamarlo amigo y campeaba entre ambos un profundo respeto.

—¿Qué tiene el abuelo, tía Jose?

La dulzura de Julieta devolvió serenidad a la conversación y Emilio sintió disolverse el nudo de angustia que clamaba por salir en forma de tos de su pecho.

—Son sus pulmones, están extenuados.

La declaración sumió en la consternación al joven matrimonio. ¡Los pulmones! El mismo punto débil que el padre y el nieto. Justicia poética. Emilio no pudo alegrarse, pues el dolor ante la pérdida de su abuelo era demasiado hondo. Amaba al viejo, y durante toda su vida había deseado sentirse amado también. Esa necesidad lo consumió por entero. El abuelo no podía desaparecer así como así, maldito fuera, le debía una explicación al menos, algo a lo que aferrarse cuando ya no estuviese.

Golpeó con el puño en la mesa, haciendo saltar la bandeja del mate.

Julieta cubrió ese puño crispado con su mano pequeña y la tía Jose suspiró, dolida ante el sufrimiento de su sobrino. ¡Qué mezquina había sido al pensar que Emilio tomaría con frialdad la noticia! ¡Qué poco conocía al niño que había criado como si fuese su propio hijo!

—¿Irás? —se atrevió a preguntar.

Los ojos de Emilio le dieron la respuesta: iría. Era un mandato para él.

—Habrá que decírselo a Cordelia —aventuró Julieta.

Emilio se puso de pie, de repente endurecido ante la misión.

—Yo voy. Ustedes quédense acá hasta que vengan los gemelos.

Se enfundó su chaqueta de guardaparque y tomó el sombrero y el cinto con los pertrechos. En el camino al cerro avisaría de su demora a la intendencia.

Al salir a la calle todavía desierta, el sol reverberó en su cabello rubio.

Desde su refugio en la leñera, el mismo que utilizaba durante su infancia, Mayga escuchaba la voz de su tío mientras le daba a su madre la mala noticia. La jovencita no recordaba al mentado abuelo Ducroix. La habían llevado a la ciudad siendo pequeña y sólo conservaba de esa visita algunas fotos que Cordelia mantenía en un cofre de cedro. Más de una vez había intentado imaginar aquella mansión de la que los mayores hablaban y que en su mente tomaba la forma de los castillos que ilustraban sus libros infantiles: pasadizos, torres, ventanas ojivales y, sobre todo, fuertes guerreros custodiando las almenas y los puentes levadizos. La imagen del abuelo se acoplaba muy bien a la de los guerreros. Ella sabía que sus ancestros habían luchado en las guerras de Europa. ¿Cómo sería Europa? Para Mayga era un mapa de colores suaves, lleno de letras abigarradas, que le había costado bastante dolor de cabeza durante los días de la escuela. De aquellas historias retenía sólo las que inflamaban su espíritu de orgullo: los temerarios caballeros, los valientes gladiadores o los aventureros que navegaban sin rumbo fijo. Ella gozaba con esos relatos, aunque sabía que su destino estaba ligado al valle y a la montaña. Lo sabía desde el interior de su ser, como un llamado que se atenuaba a veces, para aparecer luego en el momento justo.

Una cuerda invisible la ataba a Los Notros.

El tío Emilio hablaba en voz baja y firme y Cordelia no lo interrumpía. Su silencio era más elocuente que un sollozo. El lugar del abuelo jamás podría ocuparse, su presencia era palpable aun durante la ausencia.

—Yo voy también —escuchó decir a su madre.

Supuso que el tío esperaba esa respuesta, pues permaneció callado, asintiendo. Su madre nunca había faltado de la cabaña. De manera difusa, percibió la enormidad de la decisión que Cordelia acababa de tomar. Y su presentimiento se confirmó al interferir la voz airada de su padre:

—No irás.

Newen había llegado durante la conversación de los hermanos, justo a tiempo de enterarse del proyecto y de oponerse, según su costumbre.

Mayga escuchó, pendiente de un hilo, las palabras que vinieron a continuación:

—Nadie me impedirá visitar a mi abuelo en su lecho de muerte, ni siquiera mi esposo.

Las emociones caldeadas podían percibirse a la distancia y Mayga, con su especial sensibilidad, las sentía agolparse en su pecho hasta ahogarla. Salió del escondite con rapidez, buscando los matorrales que crecían detrás de la cabaña. Werken la siguió con entusiasmo hasta el arroyo.

El agua discurría con lentitud en el aire de invierno, detenida en las cimas por las primeras nieves de altura, de modo que las rocas del lecho se veían con claridad, brillantadas por el sol. Mayga hundió la mano en el agua helada y dejó que se insensibilizara hasta provocarle dolor. Luego pasó esa mano por su frente, aplacando el ardor que las emociones le habían causado. Miró hacia el cielo y dejó que el sol entibiara su cara mojada. Sintió que su sangre se aquietaba. Desde la cabaña, las voces le llegaban entremezcladas: la de su padre, monocorde, con ese timbre extraño que ella conocía tan bien, como si el hombre estuviese repitiendo siempre lo mismo, en tanto que la de su madre, suave pero firme, se alternaba con la cálida voz de su tío, cual una coreografía ensayada. Mayga cerró los ojos y dejó que las voces la invadieran, tratando de discernir el tono de la conversación. Supo que su padre estaba asustado, y ese descubrimiento la sorprendió. Newen era un hombre duro, capaz de enfrentar cualquier peligro. Ella lo había visto en situaciones críticas: un alud en la cordillera, violentas disputas entre los mapuche y los *winka* que ocupaban sus tierras, o la amenaza de un puma. Recordó que de niña sufría pesadillas relacionadas con el puma. Su padre le contó que se debían a que una vez, mientras la llevaba en andas por la zona de riscos para mostrarle la isla de cría donde crecían los pichones de cóndor, un enorme felino los había

sorprendido. Mayga sólo recordaba los ojos del gato mirándola fijo unos segundos, tiempo suficiente para que su padre enarbolara la pistola con balas sedantes, pero entonces el puma desapareció. Aquella historia había ocupado el lugar de los cuentos infantiles y la revivía una y otra vez, tratando de retener detalles. Su padre la había llevado a la *ruka* de doña Damiana para que la anciana evaluase si la pequeña necesitaba algún ritual liberador de la pesadilla y la *machi* había dicho que “todo estaba como debía estar”. Para Mayga eso no tenía sentido, y sin embargo su padre lo había aceptado como verdad absoluta. Sus padres siempre confiaron en la sabiduría de la vieja Damiana. Incluso después de que partiera a la tierra de los ancestros, las palabras de la *machi* revivían entre ellos a menudo.

Werken lamió ansioso la mano de la jovencita.

—Tonto —dijo ella, cariñosa.

El perrito era fiel compañero de sus andanzas, aunque no podía compararse con Dashe.

La parte *winka* de Mayga rechazaba la muerte, y por eso comprendía el dolor de su tío y de su madre, si bien su sangre india le permitía entender que el espíritu acompaña a los vivos. Ella lo sabía con certeza, pues Dashe era su espíritu guardián desde siempre.

Las voces se acallaron y Mayga escuchó el motor de la camioneta alejándose del camino. Su tío había partido y quedaban sus padres, sin duda enfrentados. Decidió no entrar. Caminó a la vera del arroyo seguida por Werken, que chapoteaba y ladraba de tanto en tanto, hasta desembocar en el bosque de abetos que descendía hacia el pueblo. La cabaña de los Cayuki dominaba todo el valle. La parte de atrás carecía de camino franco, pues la cubrían espesos matorrales que bajaban hacia el arroyo y había que atravesar después un apretado bosque. Esa situación favorecía el aislamiento de la vivienda y a la vez la vigilancia, ya que cualquier visita debía llegar por el sendero de adelante.

Mayga atravesó el arroyo saltando con pericia sobre las piedras y penetró en el bosque, que la recibió con su aire fragante y frío. Aquellos abetos habían sido plantados por los pioneros de la región, eran una especie exótica y por ello no satisfacían las necesidades de los animales autóctonos. Reinaba un silencio sepulcral. Mayga pisó con suavidad la hojarasca y avanzó entre los troncos resinosos. Werken, contagiado por la solemnidad del sitio, ya no ladraba. Allí donde la luz del sol no entraba, en el hueco profundo del bosque, Mayga creyó escuchar un gemido. Se acercó con cautela, esquivando ramas bajas, con Werken tras sus talones. La joven estaba al tanto de los peligros que acechaban en la naturaleza, los había aprendido junto con las primeras palabras, de modo que no incurrió en el descuido de exponerse a lo que fuera que gimiese en el interior del bosque. Sentía el arañazo de las hojas duras a medida que caminaba y la tensión palpitando en sus sienes. En su mente invocó la presencia de su amado perro lobo. De pronto el gemido cesó, sustituido por una respiración anhelante que tomó la forma de un hombre tirado en el piso. Un hombre herido.

El hombre de la moto.

Su sangre rociaba la alfombra de hojas y Mayga vio que se había lastimado con una de las trampas de los cazadores furtivos. Alguien se había atrevido a colocarla en el corazón del bosque creyendo, quizá, que allí merodeaban especies codiciadas. La muchacha contempló la escena durante unos instantes, oscilando entre el estupor y el enojo, dando al hombre la ocasión de contemplarla también.

Daniel no podía creer lo que veía: al lado de la joven que tanto lo cautivaba se hallaba un lobo de gran tamaño, con un penacho plateado alrededor de la cabeza, mirándolo con sus feroces ojos amarillos. Casi podía sentir el aliento sobre su cara, tan cerca se encontraba la fiera. Aquella bestia lo había mordido mientras intentaba colocar una de las trampas que el amigo de su padrino le había encomendado. Él sabía manejar las trampas tanto como las

armas. Creyó que la tarea sería sencilla, no contaba con las alimañas de la zona. ¿Cómo no le advirtieron de la existencia de lobos? Un pensamiento incongruente se deslizó en su mente afiebrada. ¿Había lobos allí? Qué raro, tenía entendido que sólo merodeaban zorros, o la presa más deseada: el puma.

Aquella bestia poseía el collar de un lobo, sin embargo, y lo más insólito era que la muchacha de los ojos de humo no parecía asustada en lo más mínimo. Casi llegó a temer que ella fuese una visión producto de la fiebre.

Tragó saliva e intentó decir algo sin éxito; su garganta no emitía sonido alguno.

La joven habló entonces:

—Lo tiene merecido.

La sensación de no estar del todo despierto persistía. Quiso despejar la visión ante sus ojos y levantó la mano sana, pero el esfuerzo lo agotó y cayó de espaldas, con la arboleda formando una bóveda sobre su cara. El perfume de la resina era embriagador y aumentaba la irrealidad de la situación.

De nuevo la voz de la muchacha, un poco más compasiva:

—Se ha hecho daño. Déjeme ver.

La sintió a su lado, tibia y reconfortante en su juventud, y por un momento recordó cómo era ser así, pleno de ideales y con un resto de inocencia. Desechó esa debilidad cerrando los ojos. Nunca sería el de antes ni lo deseaba tampoco. Le había costado tiempo y lágrimas superar las marcas en la espalda, y no estaba dispuesto a renunciar a la dureza adquirida con tanto esfuerzo. Abrió los ojos y se encontró con los de la chica, fijos en él. Un escalofrío recorrió su cuerpo. La mirada de ella parecía descubrir recovecos profundos en su interior, lugares a los que no quería volver ni en sus peores sueños.

—Se curará, si no se infecta —la oyó decir.

Tenía una voz melodiosa que serenaba el ánimo. Aquella joven guardaba un control de sus emociones que lo maravillaba. Hubiese jurado, un instante

antes, que deseaba matarlo. Contempló su mano ensangrentada.

—Si lo dices... —contestó, sarcástico.

—Tendremos que hacer un emplasto —continuó ella, sin prestar atención al tono, y giró la cabeza como buscando algo.

Permaneció incorporado a medias mientras la joven tanteaba el terreno en torno a ellos.

La vio regresar con aire de fastidio.

—Este bosque no sirve. Tendrá que acompañarme.

—¿Adónde? —preguntó, con un dejo de sospecha.

Ella le dedicó una sonrisa triunfal.

—No tiene elección, si quiere evitar la gangrena.

Recién entonces reparó en que el lobo que lo había mordido no se hallaba allí; en su lugar, un perrito pastor retozaba con espíritu juguetón. Se sintió mareado, sin duda debido a la pérdida de sangre, pero también por el desasosiego que aquella situación inusual le producía.

Mayga iba pensando, mientras soportaba el peso sobre su costado, en qué se habría metido, pues la cercanía de aquel hombre la incomodaba. De manera instintiva recorrió un camino opuesto al de su cabaña. Si su padre la viese socorriendo a un cazador furtivo se pondría furibundo, sobre todo si ya tenía el ánimo caldeado por una discusión familiar. Salieron al otro lado del bosque, desde donde se avistaba el comienzo del pueblo. Daniel se detuvo, obligándola a hacer lo mismo.

—¿Qué pasa?

—No entraré al pueblo.

Mayga miró a plena luz el semblante del hombre que días antes la había atemorizado. Aunque se lo veía inofensivo, detrás de sus ojos había un brillo peligroso.

—Necesita atención.

—Puedo ir a la farmacia yo mismo.

—No pienso ir a la farmacia —contestó Mayga con desdén.

—Ah, ¿no? ¿Y con qué pensabas curarme, entonces? ¿O acaso tenías la intención de envenenarme del todo? ¿No fue suficiente con tu lobo?

El silencio de ella lo hizo dudar. La joven no parecía saber a qué se refería él. ¿Lo tomaría por un loco si le decía que un lobo plateado lo había atacado?

Mayga miró la herida en la mano. Era una dentellada, aunque los dientes de hierro de la trampa dejarían la misma huella. Sintiéndose inquieta y algo culpable, tomó una decisión.

—Iremos a un sitio donde sé que pueden curarlo sin comprometerlo.

Daniel calló, sin saber si sentirse agradecido o injuriado. ¿Comprometido con qué? Pensó que cazar en aquel bosque no estaría permitido. Después de todo, la joven era hija de un guardaparque, como él había averiguado por su cuenta. O quizá la muchacha quisiese ahorrarle las burlas por tener que verse asistido por una niña. Por cierto, era algo que él habría hecho en otras circunstancias. Burlarse, azuzar a otros, se le daba muy bien, le permitía desahogarse y alejar el centro de la atención de él mismo.

El camino que la joven le mostraba lucía solitario. Dio un paso en esa dirección, aceptando su destino, y Mayga, aliviada, lo arrastró hacia la casa de su tío, donde la tía Julieta sin duda la ayudaría a curar a aquel sujeto indeseable, guardando conveniente silencio.

La mujer que les abrió la puerta era una extraña ataviada con un delantal de la tía Juli y el cabello recogido en un rodete deshecho que intentaba acomodar en medio de los vapores que salían de la cocina.

Mayga trastabilló antes de decir, titubeante:

—Busco a mi tía, Julieta Ducroix.

Dado que aquélla era su casa tanto como la cabaña del cerro, omitió presentarse. Al parecer tampoco había necesidad de hacerlo, pues la mujer extendió los brazos y exclamó, emocionada:

—¡Mayga, querida niña, cuánto has crecido! —tras lo cual la abrazó,

incluyendo sin querer al hombre herido.

Daniel se sintió ridículo. Los encuentros con aquella criatura tenían la virtud de descolocarlo y la sensación no le agradaba en absoluto. Intentó zafarse y la tía Jose advirtió, por fin, lo insólito de su presencia.

—¿Quién es este hombre?

La pregunta sonaba absurda después del abrazo.

—Está herido —anunció Mayga, resaltando lo evidente al tiempo que se perdía en un torbellino de dudas. ¿Quién era aquella mujer? Se parecía un poco al tío Emilio, incluso también un poco a su madre. ¿No era acaso aquella que una vez, siendo ella niña, la había alzado entre sus cálidos brazos? Recordaba el aroma a especias y la piel suave.

Antes de que Mayga decidiera si había acertado o no, la tía Jose los hizo pasar y Daniel se encontró en una cocina con todas las hornallas encendidas y cacerolas que hervían como calderos de bruja. La mujer se movía con presteza, en tanto que interrogaba a la muchacha. Dos o tres palabras dichas al azar desencadenaron decisiones inmediatas.

—Ajo y miel —sentenció la tía mientras revolvía con la cuchara de madera en una de las ollas—. Encuéntralos, niña, si conoces los lugares de cada cosa. Yo recién me estoy afincando.

Mayga buscó en la despensa y luego, bajo el ojo atento de la mujer mayor, preparó un mejunje de aspecto pegajoso y olor desagradable. Sin pedir permiso, tomó la mano de Daniel y la extendió con un golpe sobre la mesa. Ya la otra mujer venía con un puñado de hojas machacadas que colocó bajo una venda, tras limpiar la herida con gasa.

—Hay que sostener un tiempo —indicó, y alternaba el revoltijo de la olla con el emplasto de la miel y el ajo.

Mayga, silenciosa, hacía lo que le indicaban, aunque se notaba que sus manos estaban habituadas a la tarea.

—Lo haces bien —comentó con orgullo la tía Jose—. Tu madre te ha

educado.

Daniel habría preferido un trago fuerte para calmar los dolores, pero nadie le preguntó su parecer. La tía Jose, tal vez compadeciéndose, le aclaró que le habían puesto tintura de flor de saúco.

—Para limpiar antes de la cataplasma —dijo, sin mirarlo.

La herida atraía la atención de las dos mujeres como si ambas se complacieran ocupándose de algo que les interesaba más que el hombre mismo. Su presencia, observó Daniel con ironía, había pasado a un segundo plano, lo importante era su mano.

—¿Cómo se lo hizo?

La pregunta inocente desencadenó un conflicto. Decir que aquel hombre había estado colocando trampas equivalía para Mayga a una grave acusación ante las autoridades, mientras que para Daniel, confesar que un lobo lo había mordido significaba exponerse al ridículo. Nadie le creería, sobre todo porque no quedaban señales de la bestia.

Por fortuna, la tía Jose no insistió. Tenía muchas cosas de qué ocuparse como para averiguar datos sobre un desconocido.

—Ya está —dijo, al ver cómo había quedado el trabajo—. Le recomiendo cambiar el vendaje mañana.

Daniel no tenía intención de volver y Mayga lo sabía. Tras unos minutos de silencio, Josefina lo miró fijo.

—Usted, señor, ya puede irse, pues esta herida no le impide caminar. Tengo mucho que hablar con mi sobrina nieta. Puede encontrarme aquí o en el hotel del pueblo si tiene necesidad. Mi nombre es Josefina Ducroix.

Despedido sin miramientos, Daniel se encaminó a la salida, bajo la mirada de las dos mujeres. Cuando trasponía la puerta escuchó la voz aterciopelada de Mayga:

—No use la moto, puede abrírsele la herida.

La puerta se cerró con fuerza y atrás quedó la calidez de aquel hogar

desconocido que le había procurado un instante de esa paz que siempre le resultaba esquiva.

En medio de los vapores, con los restos de la curación entre ellas, ambas mujeres se dedicaron una sonrisa.

—Tienes el don, querida. Lo heredaste de Cordelia, ¿lo sabías?

Mayga se encogió de hombros. Temía que confirmar sus dotes sirviese como argumento a su padre para enviarla a estudiar medicina a la ciudad. La tía Josefina no parecía peligrosa, aunque nunca se sabía dónde podía residir el enemigo.

Con cautela, ensayó una excusa:

—De tanto mirar...

Josefina lanzó una carcajada.

—No, mi niña hermosa, no seas modesta. Ni siquiera habrías sabido qué hacer si no lo llevaras en la sangre, es tu herencia —y suspiró antes de agregar—: Otra mujer Ducroix que hubiese enorgullecido al abuelo.

Tras enjugar una lágrima, se levantó y destapó una de las cacerolas.

—Estoy preparando un almuerzo sorpresa para tus primos, que están por venir de la escuela. ¿Por qué no me ayudas? Julieta está descansando, la pobre, que bien merece un respiro en su estado. A quién se le ocurre otro embarazo después de tanto tiempo —y, como si le avergonzara la reflexión dicha en voz alta, revolvió el caldo con frenesí.

Mayga se aproximó, tentada por el familiar aroma de perejil, albahaca y romero.

—¿No le puso tomillo, señora?

La tía Jose permaneció aturdida un momento.

—¡Dios mío! ¿Cómo pude olvidarlo? ¡Tan bien que hace a las vías respiratorias! ¿Dónde tengo la cabeza? Hija, un ángel te ha enviado. Ven, hablemos mientras aderezo esto. Y nada de “señora”. Soy tu tía Jose, porque no vamos a andar aclarando lo de tía abuela y todas esas cosas que a nadie

importan.

Mayga se acomodó junto a la encimera, sintiendo que una familiar tibieza se apoderaba de ella mientras la suave cháchara de la tía acompañaba todos sus movimientos.

—Cómo te pareces a tu padre. Si no fuese por el color de tus ojos, diría que la sangre Cayuki es la que manda, pero a través de tu mirada veo a mi Cordelia.

Josefina se preguntó si la jovencita sabría lo bella que era, con sus rasgos desparejos combinados de manera exótica. Se la veía discreta con su atuendo de montaña y al natural, luciendo los colores de la juventud y de la vida al aire libre. Le recordó el porte de uno de sus gatos: elegancia y misterio en un andar suave y firme, el de quien sabe adónde quiere dirigirse.

“Ay, papá”, se dijo, “cómo te habría gustado esta bisnieta”.

Mayga llevaba un nombre que había hecho fruncir la nariz al cura durante el bautizo. La tía Jose recordaba el ceño también fruncido del abuelo, aunque en su caso se debía más bien a la circunstancia de que hubiese nacido niña. ¡Otra mujer Ducroix! El único portador del apellido era en aquel entonces Emilio, que no encarnaba las aspiraciones del viejo, por no decir que las frustraba. Para ella, sin embargo, la pequeña era un rayo de luz. La había acunado por primera vez aquella mañana de mayo, bajo la atenta mirada del padre, y ese contacto inicial la marcó para siempre. Sintió entonces que Mayga continuaría la línea que las mujeres de la familia habían tejido sin saberlo, una especie de trama mágica que las unía. La abuela Colette, menuda y graciosa, tan alegre y coqueta, capaz de controlar el fiero carácter del abuelo, había traspasado a Cordelia, la nieta, su belleza angelical y la seducción. Y el destino puso a prueba sus virtudes con un hombre muy parecido al abuelo: terco, obstinado, orgulloso y duro. Newen Cayuki.

A Josefina la habían salteado en el reparto de dotes aunque no se quejaba, puesto que algo bueno le había tocado: la paciencia, que la salvó en tantas

ocasiones de sucumbir a la tiranía del abuelo, y la sensibilidad para entender los estados de ánimo de los demás, lo que la llevó, sin proponérselo, a estudiar las propiedades de las plantas. Con ellas pudo, cuando la vida le presentó el desafío, planear un negocio propio para alcanzar la independencia. Tal vez aquella sobrina nieta fuera su sucesora, quién podría negarlo. Y quizá, con la parte que le tocaría de la venta de la mansión, ese negocio casero pudiese, por fin, tomar la forma de un local de ventas, con cartel y todo. Ya imaginaba el nombre en letras de molde: productos naturales L'Immortelle, en honor a la loción de siemprevivas que usó su madre toda la vida y que mantuvo su cutis lozano y fresco hasta el final. La misma fórmula secreta que usaba ella y que conservaba para beneficio de las mujeres de la familia.

Apagó los fuegos y dejó reposar el guiso. Se avecinaban tiempos duros para todos, si bien la vida solía ofrecer alternativas. Era algo que había aprendido con dolor: renunciar a lo conocido para poder descubrir otras posibilidades, si no mejores, distintas al menos.

—Huele bien —escuchó decir a Mayga.

—Sí, querida, huele bien. Y sabrá mejor aún, ya verás. Un buen caldo macerado por el tiempo nos da un guiso delicioso. Y ahora, quiero saber: ¿cómo te llevas con tu madre?



CAPÍTULO 5

El camión traspasó los límites de El Almojarife con las luces apagadas y el motor ronroneante. Noche sin luna, ideal para una entrega. El conductor llevó la máquina con pericia por una senda apenas insinuada y recorrió dos kilómetros a través del monte antes de detenerse. El sonido amortiguado por los árboles se apagó de pronto, sumiéndolo en un silencio inquietante. El hombre consultó su reloj a la luz de una linternita y se recostó sobre el respaldo, suspirando. Esperaba que el jefe le pagase en el momento. La mercancía era de primera y había tenido que aceitar algunas manos para poder recorrer el camino sin sobresaltos. Se jugaba el pellejo en cada entrega, ya que los controles se habían puesto más duros desde la última vez. Según sus informantes, el equipo de guardaparques de Los Notros era incorruptible, de modo que la ayuda debería venir de afuera. Miró hacia atrás y luego hacia ambos lados. Nada. Sólo las sombras cerniéndose sobre el camión y los rasguños que, cada tanto, se filtraban a través de las rendijas del acoplado. Encendió un cigarrillo, confiado. Si tenía que esperar, disfrutaría ese pequeño placer al menos.

—Estúpido.

La voz airada lo sobresaltó y se quemó un dedo, maldiciendo. Ante él apareció el rostro desencajado de un hombre que le apuntaba con un discreto revólver. El conductor del camión sintió el sudor del miedo recorrer sus sobacos. No atinó a subir el vidrio de la ventanilla y el revólver se le clavó en el cuello.

—Si alguien nos ve, te mato aquí mismo —masculló la voz.

El camionero no podía distinguir los rasgos del que lo apuntaba, ya que el revólver le impedía volver la cabeza.

—Baja y abre. Quiero ver la carga.

—Cuando me deje, patrón —contestó, picado y furioso por el trato.

El hombre del arma se hizo a un lado sin dejar de apuntar, y el conductor bajó, sintiendo débiles las piernas. Tropezó dos veces antes de desatar las cuerdas que sujetaban la lona. El acoplado estaba camuflado con cajones de madera cargados de verduras y frutas en desordenado montón. La verdadera carga se hallaba debajo de una chapa atornillada: dos jaulas de mediano tamaño que albergaban dos fieras; echadas de lado contra los barrotes, los limaban con sus uñas en un movimiento frenético del que no eran conscientes. El brillo en el dedo meñique de la mano que sostenía el revólver atrajo la atención de uno de los pumas, que irguió la cabeza con las orejas plegadas hacia atrás y soltó un gruñido.

—No están dormidos —observó el hombre armado.

—Hay que evitar excederse —contestó el otro, con evidente malhumor—. ¿O los quiere muertos?

La ironía no causó gracia a Yusuf, que endureció el rostro. Había querido encargarse en persona de supervisar la entrega, pues no confiaba en nadie desde la traición de los hombres que en otros tiempos consideraba su mano ejecutiva.

—Suéltalos.

—¿Acá mismo?

El sirio miró al camionero de tal modo que éste lamentó las agallas que lo habían llevado a aquella empresa. Había gente que era mejor no conocer nunca, y aquel ricachón de aspecto pulcro y ojos encendidos entraba en esa categoría.

Decidió no tentar a la suerte y se dispuso a abrir una de las jaulas.

—Si serás imbécil —escuchó que decía el otro, antes de caer en la

inconsciencia por el golpe que le asestó en la nuca.

Sandra se sobresaltó al oír la puerta que se abría. Su patrón rara vez aparecía de madrugada, a menos que hubiese alguna juerga en la casa y su visita fuese la natural consecuencia de la bebida y los placeres. Omar Yusuf era un hombre de hábitos perversos a veces, pero hábitos al fin. Ella podía acostumbrarse, a cambio de los lujos que disfrutaba.

—¿Omar? —murmuró desconcertada.

La penumbra ocultaba los rasgos del visitante, aunque no podía ser otro que el sirio. Los turistas de El Almojarife sólo la veían en ocasiones, durante la cena o, si el ánimo de Yusuf lo permitía, en alguna cacería. Ella no alentaba esas excursiones. Bastante bosque y montaña había tenido en toda su existencia. Conocía de primera mano la aspereza de la vida rústica y no la añoraba en absoluto. Prefería las sedas y los manjares que incluían las caricias del patrón y alguna tarea extra que él le encargara.

La puerta permaneció abierta el tiempo suficiente para que Sandra advirtiera que el recién llegado no era Yusuf. Él jamás habría dudado al entrar.

—¿Quién es? —exclamó, endureciendo la voz y cubriéndose los senos con la colcha.

El suave resplandor de las antorchas del jardín dibujó ante ella la silueta de un sujeto que se detuvo a pocos centímetros, con las piernas abiertas y los brazos caídos, aunque uno de ellos se encontraba recogido sobre la cadera, como si guardase algo en la mano.

—Bueno, bueno —lo escuchó decir con tono burlón—. ¿Quién lo diría? Una princesa escondida en la torre.

Sandra se incorporó por completo.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve? Si no se va ya mismo, grito —amenazó.

Sin duda el hombre no se amilanaba con facilidad, ya que su risa resonó ronca en la oscuridad mientras avanzaba. Sandra no era miedosa. Llevaba años manejando a los hombres, aunque algunas veces había tenido malas experiencias. De todas formas, que Omar Yusuf hubiese enviado a alguien a su cuarto sin advertirla le sonaba extraño. Claro que con el patrón no había que descuidarse. Su instinto femenino le decía que era impredecible. El desconocido se acercó lo suficiente como para que ella percibiera que se trataba de un semental de los que le gustaban. Se mantuvo cautelosa, sin embargo, pues no conocía sus intenciones.

Daniel no se sorprendió al descubrir que la cámara oculta de ese castillo albergaba a una mujer, lo sospechó desde el principio al ver que su anfitrión desaparecía en las noches en esa dirección. Los restantes placeres que un hombre como Yusuf apreciaba estaban a la vista: bebidas, comidas exquisitas, sauna en las habitaciones, cigarros importados y caballos de espléndida estampa eran la riqueza evidente en la mansión donde recibía a sus huéspedes. Todo revelaba la condición de sibarita de su dueño. Lo único que le faltaba a Omar Yusuf era una mujer, y eso era lo que el sirio escondía en lo profundo de las habitaciones. Una amante. ¿Por qué esconderla, si no? Si aquel hombre enigmático tuviese una bella esposa la luciría con orgullo ante sus invitados, de manera que aquella mujer que intentaba sin éxito cubrirse era la querida, no tan joven como él hubiese pensado; le calculaba unos cuarenta años, a menos que la vida la hubiese curtido antes de tiempo. Pudo distinguir sus ojos oscuros e intrigantes, los pómulos marcados y los senos abundantes. Aun en la penumbra, percibió que su tez era morena. Debía de ser una lugareña. Por un incómodo momento le vino a la mente la imagen de la jovencita del bosque, de rasgos también exóticos. Había empero entre ambas una gran diferencia: esta mujer semidesnuda que fingía recato era bien consciente de sus dotes, jugaba con ellas a un juego conocido desde antiguo, mientras que aquella otra era una belleza intocada, se le notaba en la actitud huraña que mostraba ante él. El

recuerdo de Mayga quitó parte de la diversión al hallazgo y Daniel reaccionó con brusquedad. Tomó con la mano sana la colcha y la arrojó a un lado, descubriendo el cuerpo voluptuoso de la mujer. Llevaba un camisón corto de color cereza que destacaba el brillo aceitinado de su piel. El cabello le caía lacio, ocultando parte de los senos, que escapaban de la puntilla con descaro.

David sonrió.

—¿Una princesa o una esclava? —dijo, anticipándose al placer que le produciría tocarla.

Sandra se inquietó. Si Omar había enviado como otras veces a uno de sus huéspedes, el hombre no debería mostrarse sorprendido de encontrarla. Su natural inclinación la incitó a esperar, ansiosa por sentir sobre ella las manos masculinas. Que las explicaciones llegaran luego, ella no era culpable de no saber.

Cerró los ojos al percibir que él se aproximaba y aspiró con deleite el aroma de sándalo que desprendía. Por lo menos, era un hombre que se bañaba y perfumaba. El de la temporada anterior parecía un búfalo, y solía visitarla al cabo de sus excursiones de caza, algo que le repugnaba, pues a menudo su ropa se hallaba ensangrentada.

Daniel deslizó sus dedos por el brazo satinado de la mujer. Sus sentidos bien afinados detectaron el perfume costoso mezclado con el aroma natural de ella, un poco ahumado. Sí, era una mujer de la región, hermosa y fatal, con cierta vulgaridad que alimentaba la lujuria. Por esa mujer algún pobre diablo habría perdido la cabeza, sin duda, aunque no el sirio, él no. Omar Yusuf no era hombre de caer en las redes de ninguna mujer. Su amante era el poder. Daniel conocía bien el paño, lo había vivido con dolor cada día de su vida, por eso le producía asco la presencia de Yusuf.

Por eso disfrutaba de la perversidad de gozar de su amante.

Acarició con lentitud la curva de los pechos y dejó descansar el dedo índice en el valle que formaban, jugando con la humedad que brotaba. Se acercó más,

sentándose en el borde del lecho, y su cadera rozó la de la mujer, tibia y redonda. Ella no lo rehuía, al contrario, podía percibir su excitación.

—Acuéstate —le ordenó con suavidad.

Ella obedeció y él apreció la longitud de sus piernas bien formadas, así como la espesura del cabello derramado sobre las sábanas de satén. Había cierta incongruencia entre la tosquedad que se adivinaba en ella y la finura de los afeites y los lujos con que se regalaba. Aquella mujer había sido comprada por las comodidades de las que siempre había carecido. Esa convicción desató en Daniel una suerte de compasión.

—¿Cómo te llamas?

—Sandra.

La voz era seductora. Daniel intentó erradicar cualquier sentimiento que le impidiese satisfacer su instinto. Había regresado ese día de un humor de perros después del episodio en el bosque. Se había enfrentado al colega de su padrino, reprochándole que lo enviase a colocar trampas inadecuadas; había soportado luego la reprimenda de Stuart, que reprobaba aquella forma de actuar. En la noche, no quiso partir de cacería con ellos, argumentando que le dolía la mano, aunque la verdadera razón era que deseaba estar solo. Su cabeza era un torbellino: rabia, frustración, deseos de venganza, todo se agolpaba para quitarle el sueño. Huyendo de sí mismo, había salido de la habitación en busca de aventura. Ahora que la había encontrado no iba a desperdiciar la ocasión de olvidar todo lo que lo agobiaba.

—Hermoso nombre, quiero oírlo de nuevo.

—Sandra —murmuró ella, satisfecha.

El hombre le bajó los breteles del camisón con delicadeza, rozando con sus labios cada centímetro que tocaba, haciéndola estremecer. Sandra estaba gozando de ese encuentro y deseó que fuese permitido por el patrón, que no hubiese nada que lamentar. Suspiró al sentir las manos que acariciaban sus piernas hasta el vértice y los dedos cosquilleando bajo su ropa interior. El

aliento cálido humedeció sus ingles y dejó escapar un gemido al sentir la boca que lamía el centro de su ser. Algo salvaje se apoderó de ella, algo que creía sepultado hacía tiempo, y tomó la cabeza del hombre como si se aferrase a una balsa de salvamento, con desesperación. La condujo hacia su rostro y lo besó con ferocidad. Solía eludir los besos, en parte porque no siempre sus acompañantes los solicitaban, y porque besar parecía marcar la diferencia entre sus encuentros casuales y los que mantenía con el patrón, su verdadero dueño. Omar Yusuf reclamaba todo de ella, no le dejaba preservar nada.

Daniel se dejó arrastrar hacia la lujuria con perversa satisfacción. Sandra, si es que ése era su verdadero nombre, era una mujer que no perdería nada con ese encuentro, no quedaría mancillada, y eso tranquilizaba su conciencia. Besó cada rincón de su cuerpo con gula y la acarició hasta sentir que ardía de pasión por él. Al percibirla a punto de estallar, se hundió en ella con frenesí, cerrando los ojos para no verla, tratando de imaginar que en lugar de aquella hembra codiciosa tenía entre sus piernas a la jovencita de ojos de humo y cuerpo espigado, la misteriosa doncella del bosque que lo había rescatado a su pesar, pues adivinaba en su mirada que él nunca sería un hombre aceptable para ella. Furioso por ese pensamiento, embistió a Sandra con todas sus fuerzas, rugiendo como el puma en celo, hasta que ambos se desplomaron entre las sábanas húmedas, exhaustos y doloridos, con la angustia de comprobar que, tras un instante de olvido, las cosas volvían a ser como antes, que ninguno de los dos podía cambiar su vida anterior. Afuera, en la noche sin luna, dos fieras buscaban su libertad con igual desesperación.

Un puma.

Mayga abrió los ojos y permaneció quieta, expectante. Lo había sentido adentro de su cabeza, como le ocurría cuando se conectaba con los espíritus. El fuego de la cabaña danzaba sobre las paredes. Observó desde las cobijas

los objetos que durante el día eran inofensivos y que se movían amenazantes a la luz de las llamas. Distinguió la chaqueta y el sombrero de su padre colgando del gancho junto a la puerta. Un tocón servía de botinero y más allá, el telar donde Cordelia tejía según las enseñanzas de Damiana. Sala, comedor y cocina eran todo uno en la cabaña de los Cayuki, pero el espacio sobraba debido a la escasez de mobiliario. Sobre los estantes de la encimera, la luz del radiotransmisor, un puntito verde intermitente al que Mayga se había acostumbrado desde pequeña, titilaba brindándole confianza.

Todo estaba bien adentro. El problema venía del monte.

Mayga se incorporó procurando no alertar a Werken, que solía ser escandaloso, y se arrastró fuera de su cama, ubicada debajo del altillo donde dormían sus padres. Durante el día oficiaba de sillón, cubierto con mantas coloridas. Sus pies descalzos caminaron sin ruido hacia la ventana. Espió tras las cortinas el camino de subida y vio que había helado, pues los arbustos se erguían tiesos, brillantes de escarcha. Un escalofrío la recorrió y atizó el fuego. El chisporroteo distrajo su mirada y sintió el hipnotismo ancestral de las llamas. Una silueta se iba formando entre los rojos y amarillos. Podía ser un gato, podía ser un puma o un demonio, no se veía con nitidez. La cabeza fluctuaba con el movimiento del fuego, como si quisiese eludirla, y Mayga cerró los ojos para tranquilizarse. Algo pasaba, lo sentía en los huesos. Se relacionaba con algún animal que sufría. Despertar a su padre con esa premonición era absurdo, los guardaparques tenían maneras de comunicarse para dar el alerta. La sobresaltó un gemido junto a su oreja y algo frío que rozaba su cara. Werken. El perrito no la dejaba ni a sol ni a sombra. Mayga frotó su nariz contra ese hocico húmedo y luego le rascó la cabeza para apaciguarlo. El pequeño pastor bostezó y se echó junto a la chimenea, satisfecho. La joven alzó un dedo, conminándolo a permanecer quieto, y se deslizó de nuevo hacia la ventana. La vista alcanzaba hasta el declive del cerro, que se hundía en los bosques del faldeo. Más atrás, el cerco eterno de

las montañas custodiando el valle. En la noche sus contornos se confundían con las sombras o con las nubes, y esa imprecisión les confería una apariencia fantasmagórica.

Mayga se abrazó para conjurar el frío que le produjo la quietud de la hora y entreabrió la puerta de troncos. Trató de penetrar la oscuridad sin luna con sus ojos de gato. Las noches de invierno eran silenciosas como un capullo. El frío cortaba la respiración, y lamentó no haberse puesto su bata. Bajó los escalones y se sentó en el último, aguardando a que la sensación se repitiese. No tuvo que esperar mucho: al cabo de unos minutos, volvió a sentir la desazón que la había despertado. Un puma. Ahora lo captaba en toda su dimensión. El animal deambulaba perdido en el monte. Los pumas son solitarios a menos que se hallen en celo, y el espíritu puma que se filtraba en la conciencia de Mayga le decía que aquel ejemplar había sido arrancado de otro sitio.

—Hija.

Cordelia se hallaba de pie bajo el alero del porche, envuelta en una manta de lana cruda como una princesa india, con su cabello platinado centelleando en la noche. Al igual que ella, iba descalza. Bajó los escalones hasta quedar a su misma altura y se sentó también.

—¿Tuviste pesadillas?

Mayga sonrió. Su madre jamás aludía a su extraño don de modo directo. Era una manera de resguardarla de la curiosidad ajena.

—Hay un puma que sufre allá afuera, mami. No me deja dormir.

Cordelia suspiró. Esa cualidad de su hija era difícil de sobrellevar, no sabía si era una bendición o todo lo contrario, aunque no se atrevía a dudar de las palabras de doña Damiana.

—Sólo podemos esperar a ver qué pasa, hija. Tu padre lo salvará si está atrapado en una trampa, ya lo verás.

Mayga sacudió la cabeza.

—No, no está prisionero, está confundido, como si no supiese dónde se encuentra. Es raro, hacía mucho que no sentía al puma. ¿Qué significará, madre?

Cordelia miró hacia las montañas y vio caer una estrella fugaz tras la cresta escarpada. Pidió un deseo en lo profundo de su corazón y luego respondió a su hija:

—Que debes estar atenta. Puede haber peligros acechándote, y yo debo partir hacia la ciudad. ¿Por qué no me acompañas, Mayga? Verías a tu bisabuelo, quizá por última vez.

—¿Se está muriendo?

Cordelia tragó saliva y asintió.

—Y papá no quiere que te vayas.

Su madre desvió la vista para no reflejar el desasosiego que le producía volver al tema del día. Habían dormido separados, Newen en su lugar del altillo y ella, sobre el entarimado del suelo, empecinada en no compartir el lecho con un hombre desalmado. Esa separación le había dolido tanto o más que a su esposo, pues Newen se revestía de acero cuando algo lo afectaba y ella no poseía esa cualidad. El amor que los unía había sabido sobrellevar las diferencias entre ambos, aunque la chispa de desconfianza siempre estaba pronta a brotar en el corazón de Cayuki. Un hombre como él no olvidaba con facilidad las ofensas ni los agravios, pese a que Cordelia había sido un bálsamo para sus llagas abiertas. La sospecha, el engaño, la burla, eran fantasmas con los que su esposo puelche había tenido que convivir todos los días de su vida. Muchos murmuraron cuando ellos contrajeron matrimonio, dijeron que aquella unión estaba destinada al fracaso, que dos personas de culturas tan distintas no podrían entenderse y que a la larga las diferencias aflorarían. Cordelia intuía que, sin importar cuántos años viviesen juntos, las malas lenguas siempre sentenciarían “ya se veía venir”, si alguna vez disputaban o se separaban, aunque fuese por un tiempo. Y ella no deseaba

separarse, amaba a Newen. Aquella hija, fruto de ese amor descabellado, le recordaba los tiempos en que había renunciado a su familia por él, una decisión audaz en aquel entonces, contrariando la opinión de su adorado Emilio y del patriarca orgulloso.

Sin embargo, el abuelo supo ver en Newen algo que cambió su parecer. Ella se lo agradecería por siempre.

—¿Y dejar a papi solo? —dijo Mayga.

Cordelia volvió a la realidad del momento y miró a su hija, dotada de temprana madurez.

—Bueno, es un hombre grande.

Mayga sabía que cuando sus padres peleaban eran como niños; evitaban hablarse, se miraban de reojo, solían salir cuando el otro entraba y cosas así, para mostrar a las claras su disgusto. Ella conocía bien esa danza.

—Pero te extrañará mucho, mami, y si faltó yo también se sentirá muy solo. Además...

La joven se interrumpió, dudosa.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Si hay algo que está por suceder debo estar aquí para prevenir a papá. ¿No lo crees?

Cordelia se mordió el labio, indecisa. Su deseo maternal la impulsaba a llevar a Mayga con ella, pero lo que la joven decía era cierto: había una responsabilidad en ese don que poseía, Damiana había sido clara al respecto: “La niña no debe ignorar lo que los dioses le dieron, es un regalo, hay que aceptarlo y ver para qué le fue otorgado”.

Rodeó los hombros de la jovencita y la atrajo, envolviéndola con su manta. Ambas mujeres permanecieron en silencio, compartiendo la tibieza del abrazo y confortándose la una en la otra. A la mente de Mayga llegó el recuerdo de la conversación que había sostenido con la tía Jose en la cocina de los Ducroix. Aquella señora bondadosa había querido saber cómo se llevaba con su madre.

Si las viese en ese momento... ¡Ojalá fuese tan fácil congeniar con su padre!

Al cabo de un rato, cuando el frío se hizo sentir pese a la gruesa manta, Cordelia la conminó a entrar a la cabaña.

—Mañana será otro día, quizá mejor que éste. Y con el sol se iluminarán nuestros corazones, ya verás. Tomaremos las decisiones entonces, ¿qué te parece?

De nuevo bajo las cobijas, Mayga se sintió al abrigo de todo mal, como cuando era una niña y su madre acudía a consolarla en las noches. Extrañaría a Cordelia cuando se fuese a la ciudad. Sólo esperaba que la tía Josefina simpatizase con su padre, pues de lo contrario la vería pocas veces y la cabaña del cerro, sin la presencia femenina, podía ser un sitio muy inhóspito.

El día de la partida Newen permaneció en el risco donde funcionaba la isla de cría, hasta que el eco del automóvil de su cuñado se perdió entre las montañas. Había salido al amanecer con el pretexto de patrullar la zona, pues la despedida le resultaba insoportable. Los días previos se mantuvo empecinado en su silencio, pese a los intentos conciliadores de su esposa. Ni siquiera al ver que ella sufría por su abuelo cedió al sentimentalismo de consolarla. A él también le dolería la muerte del viejo, sin embargo. Durante aquellos años difíciles, M. Ducroix le había tendido un puente de confianza y él se lo agradecía más de lo que había podido manifestar. Las emociones no eran su punto fuerte, se sentía más entero cuando se preparaba para resistir los embates, fueran de hombres o de animales. Hasta los celos que le despellejaban el alma eran más fáciles de sobrellevar que la ausencia de Cordelia. Bien puesto tenía el mote de “bruja” que él le había dado tiempo atrás, pues sin duda lo tenía embrujado.

Observó impertérrito el cielo plomizo que vaticinaba nieve y luego las extrañas huellas que venía siguiendo desde hacía dos días. Parecían de puma,

aunque recién estaría seguro cuando cayese la primera nevada, ya que la nieve fresca era un buen molde. Inició el descenso con el corazón detenido por una oleada de dolor. Vería la cabaña vacía y cada rincón proclamaría a gritos la ausencia de la mujer que se había apoderado de su vida y de su hombría, pese a todos sus esfuerzos. Deseó que Mayga tampoco estuviese en la casa, para poder dar rienda suelta a su frustración.

Pasó frente a la *ruka* de la vieja Damiana y al verla desolada, sin las ovejas que siempre la rodeaban, sin los cacharros tan familiares para él ni la figura encorvada de la *machi*, sintió redoblada su angustia y apuró el paso. Aquel lugar le traía recuerdos agridulces de los tiempos en que Cordelia se había convertido en una espina para él.

Cuando divisó la cabaña le extrañó ver el humo blanco de la chimenea. Quizá Cordelia había dejado algo asándose al fuego, aunque la poca afición de su esposa por los asuntos domésticos hacía que esa posibilidad fuese remota. Se detuvo en seco al ver en el porche la figura rolliza de una mujer ataviada con un delantal, extendiendo ropa sobre un improvisado tendedero. La mujer hizo señas con una mano al verlo. Los pies de Newen lo conducían hacia ese cuadro insólito contra su voluntad, pues habría preferido esconderse en el bosque antes que entablar una conversación con la familia de su esposa. Aquélla era la tía Josefina. Pudo eludirla todo ese tiempo gracias a su trabajo, que lo mantenía alejado la mayor parte del día, y al hecho de que a la tía le costase subir por sus propios medios al cerro. De seguro habría subido en la camioneta de Emilio esa mañana. ¿Con qué motivo? ¿Y qué hacía, lavaba su ropa?

Josefina vio al puelche no bien salió al porche y disimuló su ansiedad fingiéndose atareada. Su sobrina la había alertado sobre el carácter de Newen, si bien ella ya se había formado su propia impresión al conocerlo. Confiaba en derribar el muro del que el hombre solía rodearse merced a su buena voluntad. Después de todo, Mayga necesitaba de una mujer en ausencia de su madre. Esa

idea la fortaleció y se animó a saludarlo como si le alegrase verlo.

—Buenos días. Espero que no regrese tan agotado como para no disfrutar de un buen café. Lo tengo calentito en la cafetera. Cordelia me dejó las instrucciones.

Bien, si la tía Jose seguía las instrucciones de su esposa en cuanto al café, estaban perdidos. ¿Por dónde andaría Mayga?

Como si le leyese el pensamiento, la tía Jose prosiguió:

—Mi sobrina bajó al pueblo, dijo que pasaría un rato ayudando a Julieta. Dios sabe que estos sobrinos míos se han metido en un buen lío al encargar un nuevo bebé.

La tía casi se atoró al decir eso, temiendo tocar algún punto sensible en la relación de Newen y Cordelia. Ellos sólo habían tenido un bebé y Josefina sospechaba que aquel hombre duro debía de sentirse decepcionado al no haber engendrado un varón. Después de todo, ella conocía de primera mano esa decepción. Muerto su hermano, a Josefina le había tocado lidiar con la frustración del abuelo.

Newen contempló la imagen doméstica de esa mujer parlanchina que siempre le había resultado poco interesante. Veía a la tía Jose como una suerte de chaperona de Cordelia, sin vida ni ambiciones propias. Sabía que su esposa la adoraba y que le debía su crianza, sin embargo no conseguía amoldar esa imagen a la anodina que brindaba la tía, ocupándose de todos menos de ella misma, viviendo a través de las vidas de otros. Ese día, no obstante, lucía distinta; sonreía con entusiasmo como si aquella tarea pesada le divirtiese. Un pensamiento súbito lo asaltó: ¿estaba la tía Jose diciéndole que se quedaría en la cabaña? Sintió paralizarse el corazón de nuevo, esa vez de susto.

—Venga, siéntese, le serviré además un trozo de budín recién horneadito que traje de la casa de Emilio. Apenas pude escamotearlo de los demonios de mis sobrinos nietos. Bueno, dejemos lo de nietos, sobrinos nada más. ¿Le

gusta la nuez moscada? Le da un toque. Pase ya, que me encantaría conocer su opinión al respecto.

Sin saber cómo, Newen se vio de pronto sentado a la vieja mesa cubierta por un mantel que él no conocía, frente a un tazón humeante de café y una gruesa rebanada de un budín tibio que despedía un aroma exquisito. Se le hizo agua la boca, muy a su pesar.

El primer mordisco le provocó una reacción inusitada de placer, oportuna para disimular la conmoción al escuchar que la tía Jose decía:

—Me quedaré por aquí un tiempito, el que haga falta. Un poco acá, un poco allá. Julieta y Mayga necesitarán una mano de mujer en estos días. Por mí no se preocupe, me amoldo a las circunstancias. Espero que no le moleste.

Y antes de que Newen pudiese expresar nada, la tía Jose huyó despavorida hacia el porche, refugiándose en la seguridad de las tareas domésticas.

Dan Eliot devoraba kilómetros de asfalto montado en su poderosa Harley-Davidson, con el viento helado azotando su cara. La ruta parecía conducir a ninguna parte y por eso la había elegido, por su soledad infinita. Todos los caminos que había conocido hasta el momento se perdían en el valle de modo misterioso. Daniel apenas escuchaba el rugido infernal, absorto como estaba en el propio rugir de sus pensamientos.

Había eludido a los demás habitantes de El Almojarife, se sentía sucio después de su encuentro íntimo. Tal vez no estaba tan por encima del bien y del mal como creía.

Un graznido rebotó entre los cerros y llamó su atención.

Extendió un pie e inclinó el cuerpo con maestría hasta sacar chispas con el contacto. La Harley le permitía escapar de sí mismo, olvidar quién era y quién pudo haber sido si el destino no le hubiese vuelto la espalda.

Echó la cabeza hacia atrás, buscando el motivo de su distracción, y vio dos

pajarracos que sobrevolaban la planicie en círculos lentos. El cielo se hallaba cubierto de nubes y su matiz metálico irritaba los ojos. Daniel se colocó las gafas oscuras y volvió a mirar. En aquel desierto árido, aquellas aves parecían lo único vivo. ¿En qué estúpido momento había aceptado acompañar a su padrino a aquel sitio? Recordaba otros viajes de cacería, a Sudáfrica y a Indonesia, donde al menos encontraba focos de diversión nocturna al regresar. Aquel paraje ni siquiera figuraba en el mapa, no entendía cómo Stuart, tan conocedor de los cotos de caza, se había dejado engatusar con la presencia del puma. Daniel no creía que hubiese allí más gatos que la indiecita de mirada gris.

Y esa presa le pertenecía. Tarde o temprano, él la devoraría.

Los cóndores desaparecieron y la mañana neblinosa envolvió la meseta en un silencio sobrecogedor. El viento cesó y los oídos del hombre comenzaron a zumbar. Tuvo la incómoda sensación de que estaba a punto de ver o escuchar algo insólito.

—Estupideces —murmuró, y pisó con fuerza el arrancador de la moto.

Una, dos, tres veces, sin éxito. Maldijo y lo intentó casi con furia. Frustrado, llevó la máquina fuera del camino con la intención de revisarla, cuando un movimiento a su derecha lo detuvo. Allí, recortado sobre el risco como una silueta fantasmal, un enorme puma, con su cabeza triangular vuelta hacia él, lo miraba. A pesar de la distancia y de las gafas, pudo apreciar que sus ojos eran del color de la ceniza de las chimeneas. Ojos de humo. No había ferocidad en su mirada, a lo sumo un matiz de curiosidad. Daniel permaneció petrificado, inseguro sobre lo que convenía hacer. Su padrino le había inculcado nociones de supervivencia; ante una serpiente lo mejor era quedarse quieto, casi inerte; si lo perseguía un animal grande, correr en zigzag podía significar la diferencia entre vivir o morir. ¿Qué se hacía ante un puma? Daniel sabía que los felinos rehúyen al hombre, salvo que se hallen cebados con carne humana o demasiado desesperados por la falta de alimento. Había

habido tigres que atacaron aldeas en Sumatra en busca de comida para sus crías. Esos retazos de información no le proporcionaban ninguna certeza, pues el puma y él estaban frente a frente, una realidad más sólida que todas las historias que conocía.

El felino comenzó a descender, dejando atrás el marco pedregoso que resaltaba su tamaño. Era más agrisado que las imágenes que él había visto, tal vez porque camuflaba su pelaje en el invierno a fin de pasar desapercibido. El puma avanzaba clavando en Daniel sus ojos. Sintió el frío del miedo descender por su columna y la sangre palpar en sus oídos, al tiempo que el corazón se le tornaba pesado y le costaba respirar. No llevaba siquiera un cuchillo de caza, sólo su navaja multiuso que resultaba ridícula en ese trance, a menos que él fuese capaz de luchar cuerpo a cuerpo con el animal. Apretó los puños dentro de sus guantes de cuero y aguardó con fatalismo a que los acontecimientos se produjesen. Un recuerdo de su infancia vino en su ayuda: un relato donde el protagonista vencía a las fieras sólo con la mirada, en un duelo sin heridas donde el derrotado optaba por alejarse. Aunque Daniel descreía de aquellos cuentos, se quitó las gafas y mantuvo sus ojos sobre el animal. El puma se crispó de pronto y dio la vuelta, echando a correr hacia el risco sin mirar atrás. Al mismo tiempo, levísimos copos de nieve comenzaron a bailar frente a los ojos del hombre, borroneando la visión del sitio donde había estado el felino. Daniel dejó salir la respiración contenida en un vaho ante su cara. Recuperar el dominio de sus miembros, y más que nada de sus pensamientos, le llevó varios minutos, hasta que recordó la moto y se dispuso a forzar su arranque. Al primer intento, el tranquilizador rugido se expandió en el aire y saltó sobre la Harley con presteza, girando en sentido contrario al que llevaba. Ya vería en otro momento hacia dónde conducía aquella ruta; por aquel día era suficiente aventura. Por lo menos, su padrino sabría que el objeto de su interés existía, si bien bastante más alejado del monte adonde los llevaba Omar Yusuf cada noche.

La Harley-Davidson cortó la nevisca a gran velocidad y pronto fue un punto con destellos de plata que se perdió en la desolación del paisaje.

Al igual que el puma, el hombre tampoco miró atrás al huir.

Newen reconoció desde lejos el vuelo planeado de los carroñeros. Algún animal grande habría cobrado una presa y los cóndores esperarían el turno de descuartizarla. La antena satelital le indicaba que se trataba de dos ejemplares juveniles liberados hacía poco.

Por un lado, le alegró comprobar que se desenvolvían bien en su medio natural y que ya no sería necesario dejarles carne cruda en lugares recónditos, pues el instinto y la observación de otros cóndores les habrían enseñado a sobrevivir. Por el otro, se preocupó al pensar que un depredador merodeaba en los alrededores. Él acostumbraba alejar a los zorros, evitando así que los pastores los matasen con cebos envenenados que luego los cóndores ingerían al descuartizarlos. Sin embargo, el vuelo de los juveniles le indicaba que se trataba de un animal que abandonaba restos de su comida para después, algo habitual en un puma. ¿Sería el que venía dejando huellas en su territorio? Debía cerciorarse, pues el puma estaba amenazado tanto por la gente de la zona, que temía por sus ovejas, como por los cazadores furtivos. Recorrió de nuevo la lejanía con sus binoculares, pero la nieve ya desdibujaba las formas con una neblina.

Paciencia. Ésa no era la mañana indicada.

No lo era en absoluto, con Cordelia ausente y la tía Jose revolviendo la cabaña “para poner un poco de orden”, como ella decía. Había escapado de la cocina al terminar su café con torta. Sospechaba que para ella habría sido un alivio que se fuera, de todos modos; su presencia la incomodaba. A decir verdad, él se sentía incómodo también.

La única mujer a la que toleraba revoloteando a su lado era Cordelia.

Inició el camino de ronda habitual, endureciéndose para soportar la ausencia de la esposa amada y la compañía exasperante de una tía solterona. La idea de pedir una licencia asaltó su mente, pero la desechó al pensar en Mayga. Suspiró, resignado, y se ajustó el sombrero, dejando caer un reguero de nieve sobre sus hombros.

Sería un duro invierno, en todos los sentidos.



CAPÍTULO 6

La cabeza del abuelo se confundía con el blanco immaculado de las sábanas. La enfermera suiza que lo cuidaba se movía con eficiencia en torno a la cama alisando arrugas, enderezando almohadas, intentando ignorar la mirada del enfermo, que la vigilaba como halcón.

—Hace calor acá. Abra la ventana.

—Es invierno. Y sus pulmones...

—¡Al diablo los pulmones! Es más nocivo el aire viciado de esta habitación. ¿Quiere envenenarme? ¿Por eso dejó que se fuera mi hija? Le aclaro que no guardo tesoros bajo las maderas del piso.

La mujer apretó los labios y contuvo una respuesta desagradable. Aquel paciente ponía a prueba su eficacia como enfermera diplomada más que ningún otro que hubiese conocido. Al principio, cuando aceptó el trabajo de tiempo completo, creyó que sería fácil manejar a un viejo decrepito en su fase terminal. Dos días al servicio de M. Ducroix la convencieron de su error. De no haber sido por la dulzura de la hija, se habría mandado a mudar sin cobrar por sus servicios. El Mariscal, como gustaba de llamarlo para sus adentros, no cesaba de gritar órdenes, encontrar defectos en su tarea y hostigarla con crueles insinuaciones acerca de sus propósitos. Josefina Ducroix le había comunicado que el abuelo recibiría la visita de sus nietos. Confiaba en que su presencia aplacara el humor siempre agrio de aquel hombre. Dudaba, sin embargo, de que aquélla fuese una visita de despedida. El Mariscal tenía cuerda para rato, si es que podía fiarse de su instinto. Hierba mala nunca muere, decían por allí.

Greta abrió la ventana sin abandonar el frunce de sus labios. La luz matinal revelaba el descuido en que había caído el hermoso jardín francés de la mansión: canteros despoblados, arbustos reseco, cercos grises y despintados eran resabio de glorias pasadas. Haría bien la hija en deshacerse de la casa, o acabaría por devorarla entre sus escombros como si fuese una lagartija del muro. Greta se acodó en el alféizar, aspirando una bocanada de aire. El sol del invierno apenas brindaba calor a las aves que picoteaban.

—¿Qué hace asomada? ¿Vomitando sobre mis flores?

La brutalidad de las palabras la exasperó y giró sobre sí, roja de indignación, dispuesta a cantarle cuatro frescas a ese hombre repulsivo, cuando la puerta se abrió de improviso y entró una mujer bella hasta el asombro. Greta quedó con la boca abierta, asustada de pensar que la nieta del Mariscal podría haber escuchado su réplica.

La presencia de Cordelia produjo en el abuelo un cambio notable: las cejas pobladas se curvaron hacia abajo y un rictus que pudo ser una sonrisa le cuarteó el rostro. Nadie habló, sólo cruzaron miradas.

Al ver al formidable hombre de su infancia postrado en la cama, con el cuello delgado y el pelo chamuscado por la almohada, a Cordelia se le formó un nudo en la garganta. Querido abuelo, tan terco, ni siquiera aceptaba que pudiera morirse alguna vez. Lo encontró empequeñecido, como si fuese a desaparecer bajo el cobertor. La cama era mala consejera, le decía ella a su hermano cuando los ataques de asma lo agobiaban. ¿Podría el abuelo permanecer de pie? ¿Habría tiempo de devolverle algo de dignidad?

Cordelia avanzó con una sonrisa. M. Ducroix frunció el ceño y miró atrás de ella.

—El inútil de tu hermano no vino, supongo.

Antes de que dijese algo de lo que se arrepentiría más tarde, Cordelia se sentó en el borde de la cama y tomó una mano de su abuelo.

—Por supuesto que vino. Yo me adelanté porque no podía creer que mi

abuelo favorito estuviese en cama a estas horas.

Y le plantó un beso en la frente que hizo ruborizar al abuelo y dejó más pasmada aún a la enfermera, si es que eso era posible. Greta miraba a Cordelia con incredulidad y admiración. Aquella hermosa mujer era la nieta de ese hombre. ¿De dónde había sacado la tez luminosa, la claridad extraña de sus ojos y, sobre todo, de quién heredaba la expresión risueña que le formaba hoyuelos en una mejilla? La mujer observó el parecido con su tía en la sonrisa, aunque la señora Josefina no sonreía con frecuencia. Cordelia Ducroix poseía un halo mágico que ella no había conocido en nadie y que la iluminaba desde adentro.

—Debe de ser Greta —dijo Cordelia con simpatía—. Mi tía me habló de usted.

—Espero que te haya dicho también que esta bruja me somete a toda clase de maltratos —acotó el abuelo antes de que la enfermera respondiese.

Cordelia le tendió una mano.

—Al contrario, la alabó por su pulcritud y su eficiencia, dijo que en toda Francia no habrían encontrado a nadie mejor que ella.

—Soy suiza, señora, aunque de una región donde se habla francés. Conocí a su tía durante un viaje que ella y su padre hicieron hace un tiempo.

Mientras hablaba, Greta se alisaba el guardapolvo y erguía los hombros, determinada a no dejarse avasallar por el abuelo delante de otras personas. Bastante tenía que aguantar cuando estaban a solas.

—Es un gusto conocerla, Greta. Veo que mi abuelo está en buenas manos. ¿Se estaba por levantar ya?

—Oh, no —se apuró a decir la enfermera—, su abuelo no se levanta, su debilidad pulmonar lo mantiene incorporado a medias, porque para los pulmones la posición horizontal no es buena.

—¡No hablen de mí como si no estuviera! —rugió M. Ducroix, poniéndose rojo y mostrando el pelo erizado en la coronilla—. Tráeme el bastón, que voy a

vestirme. ¡Y no repliques! —gritó, dirigiéndose a Cordelia.

Ella ocultó una sonrisa mientras acercaba el trípode que usaba el abuelo en lugar del antiguo bastón de puño de plata. Había tenido un pequeño triunfo picando el orgullo del viejo. Vería hasta dónde podía llegar.

—Afuera todos. Voy a vestirme en privado, si no es molestia.

Greta se mantuvo junto a la cama el tiempo suficiente para asegurarse de que el abuelo no cayese redondo al levantarse después de tanto tiempo. Esperaba que no lanzase alguna de sus invectivas antes de que la nieta saliese de la habitación. Cordelia debió de pensar lo mismo, pues se entretuvo doblando una ropa sobre la silla, hasta que vio con el rabillo del ojo que su abuelo se mantenía sentado unos minutos.

Al verse solo, M. Ducroix abandonó su actitud altiva y dejó caer los hombros, agobiado por el esfuerzo. Ya no tenía espectadores de su pequeño número, podía dejar de fingir una fortaleza que no sentía.

—Si me vieses, Colette —murmuró—, no sabrías cuál de los dos es el actor de teatro.

La abuela había sido una actriz de comedia ambulante de la que se había enamorado con locura después de verla actuar y, pese a lo descabellado de la situación, había pedido su mano al día siguiente, enfrentando a toda la familia de su novia, que no deseaba separarse de ella. Cada vez la recordaba más a menudo. Era una mujercita delicada y hermosa, con devaneos artísticos. Por ella había cometido las únicas extravagancias de su vida, pues jamás pudo negarle un capricho. Su nieta Cordelia se le parecía más cada día, seductora y con una cualidad que la conservaba ajena a las maldades del mundo. Por fortuna, también ella había encontrado un hombre que la protegiese de todo y de todos, al igual que Colette. Había descubierto esa fortaleza en Newen desde el primer momento en que lo vio merodeando en su jardín en busca de su nieta. Sabía que sorprendería a todos al apoyar al muchacho, pues Newen Cayuki no era el candidato que se esperaba para Cordelia, sin embargo para él

era el indicado. Se veía a sí mismo reflejado en esa juventud desafiante y ese carácter huraño. No había mejor hombre para Cordelia que Cayuki.

M. Ducroix se pasó la mano por los cabellos despeinados. La incapaz de Greta no había llegado a acicalarlo ese día y él debía presentarse ante sus nietos, después de tanto tiempo, como un gallo desplumado. ¡Mujer fastidiosa! Se echó sobre los hombros la bata, pues vestirse por completo era impensable si le dejaban la ropa fuera de su alcance, y se calzó las pantuflas cuidando de pisar firme al incorporarse. Una vez logrado eso, se apoyó en el barrote de la cama para recobrar el equilibrio.

—Maldito cuerpo, que no me sostiene. Parezco un títere de trapo — masculó.

Se arrastró hacia la cómoda del espejo y contempló con desaliento su rostro pálido y desencajado. Necesitaba una buena afeitada. No quería provocar compasión en sus nietos, menos que nadie en Emilio. Pensar en él le produjo un dolor en el pecho. Aquel muchachito había sido su cruz en la tierra. Después de perder a su primogénito a causa de una falla pulmonar congénita, M. Ducroix se había tornado inflexible hacia cualquier síntoma de debilidad, en especial con su único descendiente varón. Pretendía hacer de Emilio un hombre duro como él, inmune a las enfermedades, capaz de sobrellevar las heridas y asumir cualquier tipo de riesgo. En lugar de responder a esas expectativas, Emilio había resultado un niño enfermizo, víctima del asma y más inclinado a los libros que a las aventuras. Una jugarreta cruel del destino. La orfandad de los mellizos había desencadenado excesivos mimos de parte de la tía Jose, encargada de criarlos, y perdió por completo las esperanzas de hacer de su nieto un hombre aguerrido.

Emilio había venido, sin embargo. ¿No le guardaba rencor, o es que deseaba verlo caído? La duda lo impulsó a enderezarse y a desafiar las limitaciones de su cuerpo. Nadie diría jamás que M. Ducroix iba camino de la tumba como un pelele. Moriría de pie, como los árboles. Buscó la navaja en el

cajoncito. Debía procurarse la brocha, el agua caliente y el jabón, toda una hazaña en sus condiciones. Sacudió con impaciencia las gavetas inferiores, maldiciendo a las mujeres de la casa, que siempre ordenaban demasiado, cuando la puerta se abrió y la figura huesuda de Greta se dibujó en el marco.

—¿Otra vez acá? ¿Qué se le perdió ahora? —exclamó fastidiado.

La enfermera entrecerró los ojos y contó hasta cinco antes de responder:

—¿No desea afeitarse, acaso?

M. Ducroix la miró como un boxeador que mide a su contendiente. Greta entró empujando una mesita con ruedas.

—Le traje su palangana con agua caliente, la crema de afeitar y la brocha. En cuanto a la navaja...

—La tengo yo —interrumpió el abuelo, apuntando hacia la consternada Greta la pequeña navaja de mango de nácar. Después de la pequeña satisfacción de verla empalidecer, guardó la hoja con un golpe seco y se la entregó con aire inocente.

—No hay mayor peligro que dejarse afeitar por una mujer malvada —acotó.

Greta se colocó detrás del abuelo y se desenvolvió con pericia. En ocasiones como aquella sus sentimientos hacia el viejo Ducroix eran encontrados, la fastidiaba y al mismo tiempo le producía cierta ternura que el hombre deseara ofrecer su mejor aspecto a los nietos que viajaban desde lejos, preocupados por su salud. Era lo malo de aquel trabajo, la enfrentaba a las miserias humanas sin piedad.

En silencio, acicaló al abuelo con cuidado, procurando que no advirtiese que lo había peinado con un poco de abrillantador para que su cabello luciese esponjado. Terminada la tarea, contempló satisfecha el resultado y cloqueó un poco mientras ordenaba todo.

—Allí tiene su bufanda —agregó, como al descuido.

—No voy a ponerme sobretodo adentro de casa.

—Es para proteger su pecho del frío. Esta casa es una heladera.

—Déme mi pañuelo escocés, con eso será suficiente.

Greta suspiró y le alcanzó lo que pedía. Por el reflejo pudo ver que el abuelo había mejorado mucho con el arreglo. Se lo veía más erguido y la vieja bata a rayas, que debió de haber pertenecido a la Segunda Guerra, le otorgaba la prestancia del hombre que no se deja arrastrar por las modas y aprecia el valor de lo tradicional.

M. Ducroix contemplaba el trípode con disgusto. Prefería su antiguo bastón, el que usaba más por prestigio que por necesidad, pero las circunstancias habían hecho necesario un soporte más firme que ese.

El abuelo lanzó una última mirada a su imagen, frunciendo el ceño, y reclamó:

—¿Adónde puso usted mis lociones?

—¿Sus lociones? —se asombró Greta.

—No me mire con esa cara de ciervo encandilado. Sabe de sobra que la afeitada se completa con una loción. ¿Dónde está?

Greta se movió por el cuarto simulando buscar algo. Jamás había visto frascos de loción y temió que el viejo estuviese desvariando, viviendo en el pasado. El abuelo la observaba con impaciencia. Al fin, dio con una botellita de vidrio verde oscuro que reposaba entre los pañuelos bordados. Dios bendito, ¿aquella era una loción? Ella la había ocultado creyéndola una petaca de licor, segura de que el abuelo no estaría en condiciones de revolver entre sus cosas y descubrirla. Al parecer, el viejo hacía de las suyas cuando ella dormía. Con una sonrisa de suficiencia, M. Ducroix destapó la botellita y aspiró con deleite el aroma que emanaba, sin dejar de mirar fijo a su enfermera. Luego empinó el codo y sorbió hasta la última gota de lo que quedaba en el frasco.

—Ahora sí —dijo, como si tal cosa—. Haga pasar a mi nieto.

Emilio odiaba la sensación que lo embargaba en la casa de su infancia. Se sentía como cuando era niño y el abuelo lo citaba en la biblioteca para lanzarle una filípica sobre cómo debía comportarse un hombre. Recorría el vestíbulo del piso alto con las manos en los bolsillos y el pecho comprimido por los nervios. Al menos, no había señales de un ataque. Podría enfrentar al viejo con dignidad, demostrarle que había sido capaz de crearse una vida productiva lejos de su influencia. Sus sentimientos hacia el hombre que había marcado su infancia eran contradictorios: amaba al abuelo con rabia por no poder odiarlo, y al mismo tiempo necesitaba saber qué era lo que había esperado de él durante tantos años. ¿Que se alistara en el ejército? Típico de M. Ducroix, orgulloso de contar en su linaje héroes de las guerras napoleónicas. ¿Que estudiase una carrera? Dios sabía que lo había intentado y los nervios de los exámenes le habían tornado insalubre la vida universitaria. Qué significativo que la solución a sus ataques de asma se hallase lejos del abuelo y de aquella casa en la que, de no haber sido por Cordelia y su tía, no habría conocido más que penurias.

La puerta del cuarto se abrió y Greta le indicó con un gesto que podía pasar, una escena digna de un castillo medioeval: el plebeyo acudía a solicitar favores del duque.

Emilio reprimió una oleada de resentimiento y entró al cuarto del abuelo.

M. Ducroix se encontraba de pie, justo detrás de la cortina, tal como Emilio lo recordaba en sus días de la infancia, cuando el abuelo era una sombra amenazante tras el cortinado de la biblioteca. Sólo que el marco del dormitorio no resultaba tan intimidatorio y la estampa del abuelo, enfundado en una vieja bata, no causaba el mismo temor. ¿O sería que él había dejado atrás sus miedos? Emilio sintió algo parecido a la congoja.

El abuelo estaba flaco y demacrado, y aunque conservaba el vigor en sus ojos claros, se le notaba el esfuerzo por mantener aquella postura militar. Las manos descarnadas se apoyaban en un trípode que Emilio no conocía.

—Viniste.

La voz cascada lo sorprendió.

—Querías verme, ¿no?

El abuelo captó el cinismo que reflejaba el rostro de su nieto.

—Bueno, no se puede desconocer la última voluntad de un viejo.

Emilio se sobresaltó por el tono condescendiente en las palabras. Detestaba escucharlo hablar así, prefería la soberbia a la que estaba acostumbrado. Aquél no era su abuelo, si iba a lamentarse de su suerte o a mendigar cariño, no era el hombre que justificaba sus temores infantiles, aquel por el que había huido de la casa, refugiándose en un lugar remoto para olvidarse de su asma y de su falta de futuro.

Tragó saliva con dificultad y ensayó una respuesta indiferente:

—¿Tenías pensado morirme?

Contra todos los pronósticos, el abuelo lanzó una carcajada vigorosa. Emilio casi rio con él, de puro alivio al descubrir de nuevo al M. Ducroix que conocía tan bien.

Del otro lado de la puerta, Greta se inmovilizó por lo insólito de la situación. Ella jamás había escuchado reír al abuelo.

—Confieso —decía la voz del viejo— que lo tenía pensado, aunque ahora que los veo después de tanto tiempo creo que esperaré un poco más. Sólo por fastidiar a esa bruja que escucha tras las puertas.

La última frase, dicha en voz más alta, hizo que Greta huyera hacia sus habitaciones, llevándose por delante a Cordelia que subía, preocupada por el encuentro entre su hermano y el abuelo. Encontró a éste enjugando una lágrima y a Emilio observándolo, desconcertado.

—¿Ya se pusieron al día? —comentó, sólo por decir algo.

—Aún no pasé revista a la tropa, pero puede decirse que me formé una idea, sí.

Asombrada, Cordelia miró a su hermano, que se encogió de hombros.

—Qué tanto misterio. ¿Acaso no tengo permiso para desvariar un poco? Y ahora llamen a esa tabla de planchar que me pusieron de custodia, que quiero vestirme del todo para desayunar abajo. No sé cómo puede sentirse sano un hombre al que le niegan un desayuno decente. Señorita —añadió de pronto, dirigiéndose a Cordelia—, quiero que me dé informes sobre el comportamiento de su marido con todo detalle. Ah, y sobre esa bisnieta que no tendré el gusto de volver a tener sobre mis rodillas. No tuvieron la decencia de sacarle fotos para mostrármela.

Con un gesto despidió a los hermanos que, luego de avisar a Greta, se refugiaron en la cocina, admirados por el repentino cambio en el ánimo de su abuelo.

—¿Se habrá vuelto loco? —comentó Emilio, mientras luchaba por hacer funcionar el émbolo de la vieja cafetera eléctrica.

Cordelia le quitó el artefacto de las manos y la encendió.

—Lo dudo. El abuelo es así, impredecible. Puede parecer enojado y está contento. Yo sabía que nuestra llegada lo iba a revitalizar. Al menos, eso esperaba. No podía creerlo moribundo.

—El mal estará ahí, sin duda.

—Sí, pero puede volverse crónico y durar años —afirmó Cordelia—. Con los cuidados debidos, el abuelo puede convivir muy bien con sus pulmones averiados.

—¿Cómo estás tan segura, hermanita? ¿Cómo estás siempre tan segura de todo? —se impacientó Emilio.

—Porque cuando se está vivo todo es posible. El cuerpo busca estar sano, es así de simple. Lo que ocurre es que la mente nos juega malas pasadas a veces.

Emilio contempló a Cordelia mientras ella elegía dos tazas.

—Ahora entiendo cómo lo haces.

—¿Cómo hago qué?

—Cómo sobrevives a la convivencia con tu indio.

Cordelia le dedicó una mirada aviesa.

—No lo llares así.

—¿Por qué? Si él está orgulloso de serlo. Además, no vas a negar que el carácter de Newen es aún peor que el del abuelo. ¿Pensaste en eso, hermanita? A lo mejor tuviste un entrenamiento ideal para casarte con un hombre como Cayuki.

—Toma tu café —lo conminó Cordelia, ignorando el gesto de aprensión de su hermano al probar el brebaje.

Ella se quedó pensativa mientras bebía el suyo.

—¿Sabes, Emilio? Es la primera vez que me alejo del cerro sintiendo algo parecido al alivio.

El hombre apoyó su taza, esperando la confesión que saldría de labios de su hermana. Siempre había sido así entre ellos: cuando uno padecía, el otro estaba ahí, listo para reparar el daño, ligados por un vínculo invisible que ignoraba la distancia o las diferencias de carácter. Emilio percibió que Cordelia se encontraba en un momento de debilidad, con las emociones a flor de piel. Él había sido siempre el hermano razonable, analítico, y ella la hermana impulsiva, apasionada, la que los metía en problemas.

—En los últimos tiempos —prosiguió Cordelia— Newen se ha vuelto muy déspota. No sé si se debe a que Mayga ha crecido y teme perderla o que sucumba al destino de los indígenas de la región, el caso es que exige mucho de ella. Y esa tensión repercute sobre mí, como si me acusara de lo que sucede en la casa.

—No pasa nada que no pase en cualquier otro hogar; los hijos crecen y traen problemas.

—Él no lo ve así. Para Newen, los destinos se fijan por anticipado, no hay lugar para la sorpresa.

—Pues sí que lo sorprendiste cuando te apareciste allá, disfrazada de mí

mismo.

Cordelia lo miró divertida.

—Nunca me lo perdonó.

—Lamento contradecirte, hermanita, pero por culpa del abuelo y de nuestra crianza antediluviana tuviste poca experiencia con hombres. Cayuki está enamorado hasta la médula, y si algo teme es perderte. Hazme caso en esto, que sé lo que digo: cuanto más duro se muestra por fuera, más temor de ablandarse siente por dentro.

Cordelia le dirigió una mirada intencionada.

—¿Vale para el abuelo también?

Emilio se quedó de una pieza. No lo había pensado. Jamás supuso que la dureza incommovible del abuelo podía estar ocultando temor a demostrar debilidad. ¿Había estado ciego, acaso? ¿O se trataba de un ardid de la conciencia, que no se resignaba a admitir que el abuelo podía no haberlo querido lo suficiente?

—Con el abuelo no valen las reglas —admitió, confuso.

Ambos bebieron en silencio unos momentos. La cocina de la mansión era amplia y anticuada. El enorme fogón de seis hornallas parecía más apropiado para un restaurante que para una casa de pocos habitantes. Las paredes azulejadas y la encimera de mármol reflejaban la luz de la araña de hierro del techo, demasiado alto. La antigua vitrina de puertas acristaladas dejaba ver las porcelanas Limoges de la abuela. Era una habitación que podría haber resultado desolada si no hubiese conservado el calor de los recuerdos de la tía Jose preparando en secreto chocolate caliente para calmar las pesadillas. El abuelo rara vez entraba, de modo que constituía una especie de refugio en la vida de los mellizos.

Emilio contempló el fondo de su taza antes de decir:

—No me contestes si no quieres. ¿Pensaste alguna vez en separarte de Cayuki?

Cordelia se sobresaltó, aunque no le sorprendió la percepción de su hermano, sino su propia reacción al sentirse descubierta. Sí, lo había pensado; al menos había imaginado situaciones en las que ella tomaba la decisión de alejarse y se contemplaba organizando su vida, libre de controles e imposiciones. Al cabo de aquellos juegos de imaginación sentía una angustia insoportable al pensarse viviendo en otro sitio que no fuese la cabaña del cerro. Aquel lugar, por razones que ella misma no comprendía, se había convertido en el centro de su existencia. Por eso entendió bien el sentimiento de Walter Foyer cuando le contó que creía haber descubierto el rincón que su espíritu buscaba. Ella lo había encontrado en el sitio más distante, el menos esperado. “Cosas del destino”, solía decir doña Damiana cuando alguien se preguntaba el cómo y el porqué de los sucesos.

—Me avergüenza decirte que cuando me siento demasiado agobiada pienso que podría descansar un poco viviendo sola.

—No tienes que avergonzarte, hermana. Es natural que busques la tranquilidad que te falta. Soy el primero en admitir que Cayuki es un tipo difícil. Si bien todos lo soportan, llevas la peor parte, sobre todo porque para él fuiste un desafío y a la vez un castigo. Representas mucho para Cayuki y no sé si él entiende del todo tu manera de ser, Cordelia. Temo que sea un ignorante en cuestiones femeninas.

—Eso es lo que me preocupa, por Mayga. Él no entiende que ella quiera ser guardaparque como su padre y su tío.

—Tiene muchas expectativas puestas en esa niña, para su mal.

—Y yo sé que Mayga es perfecta para la misión, porque además....

—¿Sí?

Cordelia se turbó. Nadie sabía de la extraña capacidad de su hija, ni siquiera su amado hermano. Había guardado ese secreto tanto tiempo que temía divulgarlo. Tampoco estaba segura de la reacción de los demás al saberlo, puesto que no era fácil de explicar, y doña Damiana lo había

conocido durante la ceremonia mística del *tayel*.

—Ella es muy perceptiva, puede captar cosas que a otros pasan desapercibidas.

—Es cierto, Mayga es muy sensible. Siempre me llamó la atención el modo en que los animales se le acercan, aun los silvestres. Se lo he comentado a Medina y él dijo “de tal palo, tal astilla”, pero creo que en el caso de Mayga la relación con los animales va más allá del propósito de salvarlos o criarlos.

—Por eso pienso que está dotada para ser guardaparque, y Newen no debería impedirselo.

—¿Y por qué se ha puesto tan terco con eso?

Cordelia suspiró.

—Mi esposo me hizo prometer cuando nos casamos que nuestros hijos gozarían de una educación doble, que tendrían el conocimiento de la gente de la tierra y también la ciencia de los blancos, para que no padeciesen la discriminación en el futuro. Yo acepté, pues me pareció lógico, y ahora eso se interpone entre nosotros, porque él ve como una limitación que Mayga se dedique a custodiar el parque en lugar de estudiar una carrera.

—Y yo debo de haber contribuido, al lamentarme por no haber terminado mis estudios en la universidad. Hice que la carrera de guardaparque pareciese algo menor, cuando en realidad es algo valioso y complejo.

Cordelia apoyó una mano sobre la de su hermano.

—Para ti fue difícil también. Recuerda que la decisión de presentarte allá como aspirante fue fruto de una crisis.

—Una de tantas, dirás. No me arrepiento, sin embargo. Es más, creo que si hoy pudiese elegir, optaría por ser guardaparque, ahora que conozco mejor cómo se vive y cuánto se puede hacer. La diferencia con tu esposo, Cordelia, es que él no pudo elegir, y eso es lo que trata de evitar que le suceda a Mayga.

—Hace que resulte doloroso para ella.

—Lo sé. Habrá que ablandarlo, dentro de lo posible.

—¿Tienes algo en mente? —murmuró Cordelia, esperanzada.

Emilio se echó a reír.

—No te apresures, hermanita, que las mejores ideas son las que se cocinan a fuego lento. Dame otro de tus brebajes, necesito fortalecerme para enfrentar al abuelo.

El sol entró por el ventanal, iluminando la escena de dos cabezas rubias inclinadas sobre la gran mesa, cuchicheando y riendo.

En las sombras del pasillo, un hombre disfrutaba en silencio de aquel sonido tantas veces recordado en su soledad de enfermo: la risa de sus nietos.



CAPÍTULO 7

Mayga se llevó la mano al pecho; sentía la misma opresión que la otra vez.

Se trataba del puma, estaba segura, aunque no se hallaba en peligro sino desorientado. Había percibido su curiosidad y su sobresalto. Sin duda se encontraba en un lugar desconocido y al entrar en contacto con algún otro animal, o quizá con un hombre, se había espantado. La sensación familiar se debía a que era el mismo puma, el que dejaba las huellas que su padre seguía con ritmo incansable. Mayga intentó concentrarse en lo que estaba haciendo. Sobre la hornalla bullía una sopa de verduras que debía vigilar para que el caldo no se consumiera, y al mismo tiempo batía huevos con azúcar para el postre que su tía preparaba.

—Gracias por haberte quedado, querida —dijo Julieta mientras rebajaba con leche la salsa de chocolate—. No sé cómo me bajó la presión de esa manera. Me siento más pesada que en el embarazo anterior. Espero que no sean dos de nuevo.

La sola posibilidad pareció agotarla, pues se sentó en la banqueta de mimbre con aire desolado.

—No creo, tía. Esa panza se ve más pequeña y redonda que la otra vez. Ha de ser una bonita niña, por fin.

—¿Y cómo lo sabes, si cuando esperaba a los gemelos eras tan chiquita?

Mayga se encogió de hombros con naturalidad.

—Vi fotos. Mamá me contaba cómo conjeturaban sobre el sexo del bebé hasta que el doctor confirmó que eran dos y empezaron a planear nombres de varón y de nena, pensando que se repetiría la historia de ella y el tío Emilio.

Julieta sonrió con ternura. Habían sido buenos tiempos y ella se sentía mucho mejor entonces, pese a albergar dos vidas en su seno. El nuevo bebé le causaba malestares desconocidos. Esa misma mañana se había quedado en cama, con el techo girando sobre su cabeza y el estómago dado vuelta.

—Por suerte la tía Jose subió a poner en orden tu casa. De lo contrario, esa tarea te tocaría a ti después de ayudarme. ¿Te sientes bien, Mayga?

Julieta acudió al lado de su sobrina, al verla erguirse como si la hubiese alcanzado un rayo.

—No es nada, tía, sólo que acabo de recordar algo. No te preocupes, volveré a terminar con esto, debo salir de inmediato.

Sin aguardar la respuesta de Julieta, salió y corrió hasta agotar el aliento, hasta que el pecho se le contrajo y tuvo que detenerse. Asustada, se dejó caer sobre un promontorio de rocas y aquietó su mente. Las visiones no solían acompañar sus estados de empatía, a menos que ella se concentrase en el fuego o el fondo del río. Entonces sí tomaban forma, por lo general la del animal que se comunicaba con ella, o bien algún elemento relacionado con él. Mayga miró a su alrededor. Se había alejado bastante y se encontraba en pleno campo, sentada sobre un cerco de piedras, una *pirca* antigua y sólida. Algunas ovejas ramoneaban y la miraban con curiosidad. El viento helado sacudía los notros que crecían al costado del camino. El cielo se había cargado de nubes, amenazador. Estaría nevando ya en las alturas, sería prudente regresar. La tía Julieta debía de estar preocupada y no le convenía a su embarazo. Con un suspiro resignado se incorporó y metió las manos frías en los bolsillos. Ni siquiera se había puesto el abrigo al salir, estaba aterida.

Vio venir la moto a velocidad pasmosa. Su conductor debía de estar loco para circular por Los Notros de ese modo desaforado. Pensó en las ovejas, que tantas veces deambulaban sobre la ruta, en las liebres y los cuises que solían atravesarse, y una rabia sorda se apoderó de ella. ¿Quién se creía ese sujeto? Primero colocaba trampas en sitios prohibidos, y ahora... Mayga

avanzó a zancadas con decisión, olvidada ya del frío, la nieve, y hasta de su propia suerte. El ruido del motor zumbó en sus oídos antes de distinguir la silueta agazapada sobre la moto como si ésta fuese un purasangre de carrera. Las gafas oscuras impedían leer la expresión del jinete, que Mayga adivinaba diabólica. Vestía de negro como la primera vez, aunque iba abrigado por una campera y guantes de cuero. Las botas sobresalían como alerones, y ella creyó ver chispas que brotaban del suelo por la fricción de las ruedas. No disminuyó la velocidad ni un poco, como si ella fuese una piedra del camino, invisible a los ojos del conductor. La línea que los separaba era más corta a cada segundo. ¿Estaría en su sano juicio? Mayga pensó que tal vez era un asesino y ella le había facilitado las cosas al enfrentarlo al descubierto. Sin embargo, lo había curado. ¿Acaso eso no significaba nada? Para un asesino, sin duda no.

La Harley semejaba un toro que galopaba hacia ella con todo su poderío, el motor bramando y el cromado de sus ruedas centelleando. “Papi”, pensó Mayga en el último instante. Su padre jamás sabría por qué ella se encontraba allí, en un rincón bajo la nieve, pisoteada por una máquina infernal. Sintió una pena tremenda por él, por su dolor, por la noticia que debería dar a su madre cuando volviera, por la tristeza que embargaría a todos.

La moto pasó a escasos centímetros, envolviéndola en una ráfaga caliente, dejándola temblorosa como una hoja en la tormenta. Aspiró el olor del combustible mezclado con el del cuero. Mayga sintió que le fallaban los pies y se desplomó en la carretera, donde los primeros copos ya formaban una pátina resbaladiza.

—¡Estúpida!

Daniel derrapó, girando con increíble dominio en dirección al cuerpo que yacía, metros atrás. Desde esa distancia era apenas una sombra en el piso, con la nieve flotando alrededor. Enfiló con el motor rugiente hacia la joven y frenó con un chirrido, dejando marcas en la ruta. Mayga se hallaba de espaldas, la cara vuelta hacia las montañas, los ojos cerrados, las pestañas escarchadas y

los labios entreabiertos, levemente azulados. Llevaba un pulóver grueso, una bufanda y un pantalón flojo que dejaba ver las botitas cortas. Ese detalle infantil, las botas orladas de piel en los tobillos, provocó un espasmo de dolor en el hombre, que se arrojó de la moto y se arrodilló junto a la muchacha. Se quitó los guantes para palpar mejor los huesos. El pómulo que había quedado contra el suelo mostraba una magulladura. Daniel acunó las manos de la joven entre las suyas procurando darles calor, mientras observaba con atención el pecho para comprobar su respiración. La lana disimulaba las formas de Mayga, haciéndola parecer una niña. Él había atisbado sin embargo su escultural cuerpo cuando la conoció, en el porche de la oficina de Parques.

—Vamos, vamos —murmuró angustiada.

Aquel tramo del camino se encontraba perdido en medio de ninguna parte, como la mayoría de las rutas que él había recorrido en su corta estadía. Daniel miró en torno, buscando alguna señal, el humo de una chimenea o un pastor tras sus ovejas. La nevisca había ahuyentado la poca vida silvestre que podía hallarse en aquel descampado y no existían casas a la vista.

En lo alto planeaba un cóndor.

Mayga mantuvo los ojos cerrados hasta reconocer el sitio en que se encontraba. En un momento fugaz le pareció que el tiempo se detenía, y en una nebulosa semejante a un sueño vislumbró el rostro desdentado de doña Damiana que la miraba con sus cuencas vacías. La presencia del espíritu de la *machi* era tan constante en la cabaña del cerro que a Mayga no le resultaba raro imaginársela hilando su rueca junto a la pared de la *ruka* o alimentando a sus gallinas, cuando no machacando yuyos en un mortero. Eran vivencias de su madre, pero tan acendradas en la historia de sus vidas que a menudo sentía que le pertenecían también, como si se apoderase de los recuerdos de sus padres. “M’hija”, le escuchó decir entre sueños, “véngase para este lado, que usted tiene una misión en la *mapu*”.

Y Mayga despertó del todo.

El rostro del hombre se alzaba sobre ella, ya sin gafas, mostrando preocupación y reproche combinados en sus ojos marrones.

—Estúpida —repitió con voz ronca—. ¿Qué hacías en medio del camino?

La angustia dio paso a la furia.

Mayga se enderezó sobre sus codos, pese a que la cabeza le daba vueltas, y encaró al culpable de su accidente con toda la firmeza que pudo reunir.

—Esa pregunta me toca a mí. ¿Qué cree que está haciendo con esa máquina engualichada en medio del valle?

Un tirón inoportuno tensó la ingle de Daniel al reconocer el desafío en los hermosos ojos. No se había desahogado lo suficiente con la querida de Yusuf, porque a quien deseaba bajo su cuerpo era a aquella muchacha enigmática.

—¿Engualichada? —se burló.

El rubor se extendió por los pómulos de Mayga. Ella se sentía insegura en presencia del hombre de la moto. Deseó haber tenido la entereza de su padre para enfrentarlo con orgullo.

—Qué sabe usted —murmuró, intentando levantarse.

—Ah, no, pequeña sabandija —dijo él con sorpresivo tono protector—, nada de esfuerzos. Ahora es mi turno de salvarte. ¿Te duele la espalda?

Mayga negó con la cabeza y él la levantó con cuidado, en un solo movimiento. La cara de ella quedó pegada al torso del intruso, donde el corazón latía con lentitud. De la campera entreabierta emanaba una tibieza que la mareó tanto como la ráfaga que la había volteado. Estuvo tentada de sumergirse en aquella calidez, y la conciencia de la situación la impulsó a retraerse, volviendo la cara hacia la nieve que seguía cayendo.

—Vamos a tu casa —comentó él, mientras se dirigía hacia la moto atravesada en el camino.

La soltó recién al comprobar que se mantenía en pie; luego, haciendo gala de gran fuerza, enderezó la Harley y la trabó para que ella subiera. El gesto desconcertó a Mayga.

—¿Ahí? —exclamó horrorizada.

Él asintió, ocultando su diversión. La muchacha miraba la moto espantada, como si fuese la encarnación de un espíritu malévolo. Sin duda creía en espíritus. Había reconocido el término “engualichada”, aunque no entendía bien a qué se refería. La gente de por ahí debía de ser bastante supersticiosa.

—No voy a subir.

La negativa rotunda acabó con su diversión.

—Vas a subir, sola o con mi ayuda, no me importa.

Una expresión tenaz se adueñó del rostro de Mayga, la misma que mostraba cuando su padre la conminaba a viajar a la ciudad para estudiar.

—Antes muerta.

—¿Con que ésas tenemos?

El hombre se abalanzó sobre ella y la cargó sobre la moto, ubicándola delante de él como si montasen un caballo. Mayga escuchó un estampido y apenas logró aferrarse al manubrio cuando la Harley arrancó, empujándola contra el pecho del intruso.

El pueblo de Los Notros que ella conocía tan bien desapareció, ya no distinguía árboles ni senderos ni animales, sólo manchas parduzcas que se deslizaban a gran velocidad, como en la cinta borrosa de un filme viejo. Ni siquiera escuchaba los chillidos de las aves o los balidos de las ovejas, todo era devorado por el fragor de la moto y desdibujado por las lágrimas que le brotaban a causa del frío y la rabia. Durante el trayecto no pudo evitar que su cuerpo se pegase al del intruso por efecto de la velocidad misma y tuvo que soportar la incómoda sensación de la hebilla del cinturón incrustándose en su trasero. El hombre la mantenía a medias sentada sobre su propio cuerpo, en un contacto tan íntimo que Mayga llegó ruborizada a la casa de sus tíos. Daniel detuvo la moto, que resoplaba como un potro, y la sostuvo para evitar que resbalase. A Mayga le costó recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —le oyó decir.

Sin saber si se refería a su caída o a la infernal cabalgata que habían compartido, eludió responder e intentó deslizarse hacia el costado. El hombre no la soltaba. Su brazo rodeaba la cintura de Mayga con la misma presión con que lo había hecho todo el camino. Confundida, la joven se volvió para mirarlo y descubrió alarmada que los ojos color café la contemplaban con intensidad. Él parecía estar deliberando en su interior. De pronto, sin nada que lo anunciase, el hombre pegó su boca a la de ella con brutalidad. Mayga se debatió, con igual resultado que una liebre en una trampa mortal. ¡Bien merecido tenía el apodo con que la perseguía Luciano! Los labios de él eran duros, raspaban los suyos y se movían con impaciencia. Las manos de Mayga habían quedado aprisionadas entre los dos cuerpos y ella percibió que el latido del corazón de él era más acelerado que antes. Dejó de forcejear cuando vio la inutilidad del esfuerzo y entonces la boca del hombre se serenó también, hurgando de manera meticulosa, como si buscara algo. Por fin lo encontró, cuando consiguió entreabrir los labios de Mayga e introducir su lengua en la boca de ella. La recorrió con rapidez y saboreó los rincones que nadie había profanado. Un mareo de felicidad lo envolvió al percibir la dulzura de la muchacha. Ella seguía luchando, pero él pudo disfrutar de la frescura de su boca suave. El beso duró unos segundos eternos para Mayga y luego él permitió que se alejara de la moto a los tropezones. La joven se apartó lo suficiente para quedar fuera de su alcance y lo miró con los ojos brillantes. La boca amoratada se torció en una mueca despectiva cuando gritó:

—¡Maldito! —y echó a correr hacia la casa de sus tíos.

Daniel permaneció unos instantes observando el lugar con una sonrisa salvaje en sus labios.

—Ya te tengo, preciosa —dijo en voz baja.

Arrancó la Harley y pasó adrede delante de la casa, con total desparpajo. Besarla había sido un impulso. Todos los sucesos de aquel día eran obra del destino impetuoso. Había vuelto de la ladera del puma con la violenta

necesidad de enfrentarse a alguien, y ni siquiera vio la figura de la muchacha en medio del camino. Debía reconocer que sólo gracias a su habilidad pudo esquivarla. Ella nunca sabría qué cerca había estado de morir. Daniel tenía un torbellino en su interior, ese lugar oscuro al que nadie había llegado jamás. Se sentía prisionero si permanecía mucho tiempo en un sitio, y los nervios le jugaban malas pasadas. Aquel pueblucho era ideal para provocarle esa sensación, pues pocas veces había estado en un rincón más aburrido.

Enfiló hacia El Almojarife inmerso en su propio infierno, sin prestar atención a la belleza que lo rodeaba ni a la nieve, que tejía una bruma melancólica en torno a él.

Un manto de silencio había caído sobre Los Notros, acallando todos los rumores. Ese vacío penetraba hasta el fondo de su alma, amortajando cualquier señal de vida. Daniel miraba hacia adelante, enfebrecido, deseoso de llegar y de ducharse para borrar las huellas de ese día agotador. Al tomar la curva que atravesaba un caserío miserable, un muchacho le salió al cruce. Masculló una maldición y repitió la hazaña del derrape, evitando rozarlo. Ya no tenía paciencia para soportar más caminantes solitarios, de modo que rodeó al muchacho en un círculo cada vez más estrecho, procurando intimidarlo y darle una lección. Se desquitaría con él aunque nada tuviese que ver con su furia interna.

Luciano contemplaba aturdido la moto que lo circundaba. Jamás había visto algo así en su vida. Los muchachos de los alrededores solían desplazarse en bicicletas destartadas, aunque uno había conseguido una vez una motoneta de reparto. Recordaba a los niños alborotándose en torno a la pequeña moto que, al lado de aquélla, era un adefesio. En lugar de alarmarse, Luciano comenzó a girar a su vez, procurando no perderse detalle de la gigantesca máquina. La Harley-Davidson sobresalía en la blancura reinante con su color negro y plata; sobre el guardabarros delantero ostentaba un par de huesos cruzados, como en las banderas piratas; el manubrio llevaba luces adicionales que estaban

encendidas debido a la oscuridad del día. El conductor se amoldaba a las curvas de la moto como lo haría sobre el cuerpo de una hembra lujuriosa. Luciano trataba de verle el rostro, pero fijar la vista mientras giraba le producía vértigo. Se contentó con admirarla, percibiendo la afinidad entre el vehículo y su dueño. La Harley se detuvo por fin y a Luciano le pareció que ambos ronroneaban, el hombre y la máquina.

Daniel se acomodó las gafas sobre la cabeza.

—¿Qué diablos haces? —rugió.

—Camino.

—Deberías hacerlo al costado de la ruta. Pude haberte atropellado, al igual que... —y calló, no deseaba revelar la existencia de Mayga frente al joven.

—Linda moto. ¿Es suya?

Daniel reparó en el tono admirativo.

—Es una Cross Bones auténtica, hecha en Texas.

Para Luciano aquello carecía de significado. Ignoraba el nombre de Texas y no entendía el inglés. El extranjero no era sino un turista arrogante. Él odiaba a los arrogantes, se le parecían demasiado.

—Tenga cuidado, que hay pumas por aquí. Sultos —le advirtió, endureciendo el gesto.

Daniel torció la boca en una mueca sarcástica.

—Llegas tarde para prevenirme, ya me topé con uno.

Luciano reprimió la sorpresa para no darle gusto. El hombre era urbano hasta la médula, aunque avezado, si se aventuraba en aquella región sin temor. El camino conducía tanto a El Almojarife como a La Señalada, pues se bifurcaba en ambas direcciones a cierta altura. Luciano sopesó la posibilidad de que el hombre fuese amigo de Ignacio Zavaleta, el patrón de su padre. Miró la moto, de la que se desprendía un vapor que se congelaba en el aire. Se moría por probarla. El extranjero debió de darse cuenta, y se acodó sobre el manubrio con indolencia, jugueteando con sus guantes de cuero.

Daniel calibraba al muchacho con astucia. Su porte revelaba que había crecido rápido y a los tropezones, de la manera dura. Reprimió un atisbo de simpatía al pensar que tenían algo en común, y observó sus rasgos nativos. Compartía con la muchacha que él deseaba el negro del cabello, aunque ella era más esbelta y, por supuesto, mucho más bonita. Aquel joven tenía una expresión de resentimiento que afeaba su rostro. La vestimenta descuidada hablaba de pobreza. Cualquiera de las casas que veía desde allí, desdibujadas por la nieve, podría ser la suya. Daniel temía a la pobreza; pensar que podía carecer de lo esencial lo horrorizaba, así como saberse obligado a ceder a los requerimientos de otros, a soportar sus excesos y manipulaciones. Su infancia de callejón era suficiente muestra de lo que la pobreza hacía con la gente, y la visión de aquel chico le resultó insoportable.

Disimuló su aversión con una pregunta banal:

—¿Hacia dónde lleva este camino?

—A La Señalada, la estancia de ovejas más importante de por acá. Justo iba a ver a mi padre —e hinchó el pecho al agregar—. Es el capataz.

Daniel evaluó la conveniencia de desviarse un trecho. El día ya estaba perdido y la noche aún quedaba por verse, pensó, recordando las caricias de la mujer oculta en la casa de Yusuf. Nadie lo extrañaría, así que optó por distraerse visitando a la gente del lugar. En un pueblo tan poco atrayente, la vida social podía ser lo único rescatable.

—Vamos —anunció, y a continuación, lo que sabía que anhelaba el joven—: Sube.

Luciano se apresuró a montar en la parte de atrás, aferrándose al asiento justo a tiempo, pues Daniel arrancó sin mirarlo siquiera. Llegaron a La Señalada tan rápido que le costó reconocer el cerco que marcaba el límite del campo.

La nieve había obligado a los animales a guarecerse en las hondonadas del terreno. Algunas ovejas balaban en tono lastimero, apretujándose unas contra

otras. Daniel se admiró de la extensión de los campos de cría. Siguiendo las indicaciones del muchacho, llevó la moto hacia una tranquera de la que pendía el nombre de la estancia pintado en una rodaja de ciprés. Avanzaron por un camino de pedregullo hasta un amplio parque desde donde se avistaba la casa, construida en lo alto de una loma. Era una mansión de piedra, imponente de un modo distinto a la de Yusuf. Comulgaba con el lugar, se adaptaba al bosque y la rodeaban arbustos nativos. Daniel tuvo que admitir que allí se respiraba un aire más natural que en El Almojarife, donde la sensación de gato encerrado se hacía más evidente por la comparación.

Luciano lo llevó por un camino lateral resbaladizo.

—Es aquí —dijo, y mostró una casita amarilla de techo de chapa que se prolongaba en un alero. Los instrumentos de trabajo se desparramaban por doquier: azadas, rastrillos, palas, botas de goma, baldes; alrededor se apilaban fardos de pasto como si fuesen paredes, todo brillando bajo la pátina de nieve.

—¿Qué hay?

Un hombre moreno traspuso el umbral del porche antes de que ellos descendiesen de la moto. Al ver a Luciano, se mostró desconfiado.

—¿Qué hay? —repitió—. ¿Qué pasa?

Miraba al joven y a Daniel con alarma en los ojos. Daniel dedujo que se trataba del padre y también que temía por el hijo. Estaba en una edad difícil y no se llevaban bien. Supo todo esto mientras contemplaba la manera desafiante en que el más joven encaraba al otro.

—Acá vengo, con un turista que quiere conocer la estancia.

El hombre observó a Daniel con recelo. No parecía el tipo de turista que salía a pasear por los alrededores, más bien un vago que se habría acollorado a su hijo para alborotar. Aunque no era tan joven como Luciano, reparó.

—El patrón está adentro —repuso, a la defensiva.

Mario Necul no quería líos con Zavaleta. El patrón lo había perdonado

después del asunto del ataque a Newen Cayuki, años antes. Si bien no estaba involucrado, su relación con la puta del pueblo lo había convertido en sospechoso, ya que Llanka había brindado a los secuestradores información esencial. Para colmo de males, la instigadora del secuestro había sido la propia esposa de Zavaleta, y la víctima terminó siendo la mujer de Cayuki. Él, como tonto, quedó en medio de un enredo en el que no tenía arte ni parte. Ignacio Zavaleta le había dado otra oportunidad, y se cuidaba muy bien de no defraudarlo. Era cierto que el patrón encarnaba todo lo que él odiaba: el blanco prepotente que impedía el paso a los nativos de la zona, alambrando la propiedad y cortando los caminos de la veranada y la invernada. Supo enfrentarlo en aquella ocasión, pero ahora era su capataz y, a decir verdad, no era mal jefe. Tenía sus cosas, pero sabiéndolo llevar... Su mayor temor era que las trapisondas del hijo causaran algún daño por el que tuviese que pagar con la pérdida de su trabajo. Por eso contemplaba con desconfianza al sujeto que lo acompañaba en ese momento.

Daniel observó las diferencias entre padre e hijo: Luciano era un joven rabioso por no tener aquellas cosas que ambicionaba, mientras que el hombre era un nativo que había aceptado el yugo del blanco para sobrevivir. Respetaba eso, era más de lo que su propio padre había hecho por él. Al menos, aquel jovencito tenía alguien a quien recurrir, alguien que le proporcionase sustento. No sabía qué afortunado era.

—Y usted —añadió Mario, refiriéndose al hijo—. ¿Qué anda buscando?

Luciano respondió con hosquedad y algo de vergüenza por verse vapuleado delante de un extraño.

—Quería saber si me precisaba para algo.

Estaba claro que era una excusa hasta para Daniel, que acababa de conocerlos, a juzgar por la expresión de desconcierto del padre.

Decidió distraerlos de su encono.

—Me llamo Daniel Eliot, mucho gusto.

Después del apretón de manos, Mario Necul pareció más relajado.

—Bienvenido a La Señalada. Como verá, el tiempo no acompaña hoy. Lástima.

—Mi padrino y yo nos alojamos en otra estancia, pero quise recorrer los campos para conocer a los vecinos.

Necul asintió sin mucha convicción. Si aquel sujeto era alguien de importancia, no convenía enemistarse con él ni crear problemas.

—Acompañe al señor —dijo al hijo—, si es que desea ver al patrón.

Ignacio calibraba al hombre de negro que lo aguardaba en el recibidor. Su vestimenta excéntrica y su postura relajada resultaban provocadoras. Agobiado por los problemas del día y entumecido por el frío pasado mientras supervisaba el trabajo, el patrón de La Señalada habría preferido tomar un café con coñac junto al fuego en lugar de continuar tratando gente, no obstante, la hospitalidad allí era muy valorada.

—Ignacio Zavaleta, a sus órdenes —repuso con una cordial sonrisa, extendiendo su mano.

Daniel apreció a ese hombre rubio de perfil aristocrático y ojos celestes, que vestía de entrecasa con prendas finas sin los artificios de Omar Yusuf. Zavaleta parecía un hombre de campo acaudalado y a la vez austero. Le cayó bien de inmediato, pese a que no se encontraba dispuesto a congeniar con nadie. Había aceptado ir por puro aburrimiento, para tener algo que hacer antes de buscar satisfacción entre las sábanas de Sandra.

—Siéntese, haga el favor. ¿A qué debo el honor?

Se instalaron en una salita tapizada de alfombras color habano. Todo cuanto se veía era sólido y de buen gusto, hasta los ceniceros de bronce. A Daniel le asombró que aquel hombre lo recibiese de manera tan abierta sin conocerlo.

—Las visitas son bienvenidas, señor Eliot —aclaró Zavaleta, como si le

adivinara el pensamiento—. Éste es un sitio solitario, al igual que casi todos los que verá por aquí. Si alguien llega a nuestra puerta, sin duda es por una buena razón. ¿Viene en pos de algún emprendimiento? Hay gente nueva en Los Notros desde hace unos años.

Daniel sonrió socarrón. Ni en su peor pesadilla pensaría en quedarse en un lugar así.

—Sólo de paseo. Estamos alojados en El Almojarife. ¿Lo conoce?

Percibió un titubeo en Zavaleta, cierto desagrado que el hombre supo disimular con un movimiento del cuerpo hacia delante.

—Entonces —dijo, como para sí—, supongo que vienen a cazar.

—Puede decirse. Aunque hasta ahora no hubo suerte.

—¿Y qué presa persiguen?

Los ademanes de Zavaleta se habían vuelto cautelosos, algo que no escapó a Daniel. Esa capacidad de observar los detalles había marcado la diferencia entre la vida y la muerte cuando era niño.

—No hay mucho que pueda cazarse ahora —seguía diciendo Ignacio, mientras ordenaba a la empleada que les llevase una botella de coñac—. La época de brama ha terminado y fuera de ella, la caza del ciervo colorado no está permitida. Espero que no le hayan prometido una hermosa cornamenta, señor Eliot, se vería decepcionado.

La mujer apareció portando una bandeja con un botellón y dos copas. Zavaleta se encargó en persona de encender el mechero para calentarlas y luego de escanciar el coñac.

—Hay gente —prosiguió, animado por el silencio de su interlocutor— que no acepta las condiciones impuestas por los organismos de defensa de la vida silvestre. No quiero meterme en asuntos de otros, pero los encargados de aplicar la ley aquí son rigurosos. Cumplo en advertirle, por si en El Almojarife le han dicho otra cosa.

Los ojos claros de Zavaleta se clavaron en Daniel con cierta dureza. “El

hombre no se anda con vueltas”, pensó Dan, y esa actitud lo confirmó en la apreciación de su carácter.

—El que caza es mi padrino. Junto con su guía, han recorrido el mundo detrás de las piezas más exóticas, pero vinieron aquí por el puma.

Daniel tuvo la satisfacción de ver cómo las facciones de Zavaleta se endurecían al mencionar al felino. Por fin, pensó, se enteraría de la ropa sucia de Yusuf, algo que venía presintiendo desde su llegada.

—Espero que mi padrino no se vaya decepcionado también del puma — agregó, fingiendo preocupación.

Zavaletaapuró el coñac y se levantó para atizar el fuego. Desde su posición en cuclillas respondió con frialdad:

—En ese caso, debo advertirle que no hay leyes que habiliten la caza de pumas en este suelo.

—¿No? Pero el señor Yusuf...

—El señor Yusuf lo sabe tan bien como yo. Me extraña que haya aceptado hospedarlos bajo falsas premisas.

—¿Es que el puma corre riesgo de extinguirse? Porque hoy mismo he visto uno.

Zavaleta se volvió, sorprendido de modo genuino. Daniel escondió la sonrisa en su copa.

—¿Dónde lo vio usted?

—No sé si hago bien en decirlo, puesto que está en juego el honor de mi padrino, que ansía llevarse el trofeo.

—Dígame dónde está, señor Eliot. No querrá vérselas con Newen Cayuki.

A Daniel el nombre no le sonó conocido.

—¿Es un administrador de Parques Nacionales? Estuve en la oficina días pasados, tramitando el permiso con mi padrino.

—Es uno de los guardaparques. Y no se muestra flexible con los cazadores furtivos.

—Mi padrino tiene permiso de caza. Yo mismo vi cómo lo solicitaba.
Zavaleta se incorporó con aire cansado.

—Mire, señor Eliot, seré franco con usted sólo porque me simpatiza y porque vino acompañado por el hijo de mi capataz y no deseo tener problemas legales. El Almojarife está habilitado como coto de caza para especies que no están protegidas y siempre dentro de los plazos permitidos. Sin embargo, no es la primera vez que un propietario viola esas reglas, permitiendo la caza fuera de los plazos o trayendo a su coto especies cuya persecución está prohibida. La ruta del puma es una de esas violaciones.

Daniel frunció el ceño, confundido.

—¿La ruta del puma?

—Hay inescrupulosos que pagan para que se capturen pumas en otras regiones y los traigan hasta aquí, famélicos y drogados, a fin de soltarlos delante de las narices de los cazadores. Los pobres animales no tienen oportunidad. Algunas veces los matan de sed para que vayan por las noches a los abrevaderos donde los cazadores se encuentran apostados. Es muy fácil matar a un puma en esas condiciones, no representa ninguna pericia de parte del cazador, prácticamente se lo echan encima. Sólo tiene que disparar al bulto y acertar. Me da asco de pensarlo.

Daniel se quedó de piedra. Si su padrino llegaba a matar a un animal puesto como señuelo, su furia no tendría límites. Él nunca había cuestionado el gusto de Stuart por la caza deportiva, si bien la idea de matar para exhibir trofeos le resultaba decadente. Conocía no obstante a su padrino y sabía que mataba animales que no corrían peligro de desaparecer ni estaban en época de cría. Eran códigos cuestionables, pero códigos al fin. Las argucias de Omar Yusuf revelaban a un hombre dispuesto a corromper y a mentir para obtener ganancias. Un verdadero crápula.

—Veo que lo sorprendí con esta información, señor Eliot, y me alegro, pues habla bien de su carácter y del de su padrino. Espero que no sea tarde para

evitar que incurran en el delito. El señor Yusuf me ofreció hace tiempo convertir mi campo en un coto de caza también, dado que proporciona pingües beneficios. Sin embargo yo me aficioné a la producción y no me arrepiento, pese a los vaivenes de la economía que muchas veces me tienen a maltraer. Estoy combinando la cría de ovejas con el cultivo de pasturas para arrendar algunos potreros a otros ganaderos que necesitan praderas para sus vacas. De paso, mi tierra se beneficia con la rotación de cultivos. Un poco de todo, ya ve.

Zavaleta extendió los brazos en un gesto mezcla de resignación y orgullo. Daniel se demoró unos segundos para asimilar los datos obtenidos y armar un rompecabezas nuevo sobre la situación.

—¿Y dice usted que hay un tal Cayuki que es un hombre duro?

El otro sonrió, complacido de tocar temas menos espinosos.

—Ah, sí. Un descendiente de los bravos tehuelche de esta región. Un hombre orgulloso de su sangre y terco como mula. No hay cazador furtivo que escape a su ojo de halcón. O de cóndor, debería decir, puesto que también se encarga de criar cóndores para una fundación.

—Un tipo de conducta intachable, entonces.

El tipo de hombre que Daniel detestaba.

—Sí. A su modo, claro está. Es un hombre difícil, sin mucha relación con la demás gente del valle. Si no fuera por su esposa y su hija...

—¿Su hija? —de pronto, el rompecabezas volvió a desarmarse.

—Una joven mestiza, pues la madre es de ascendencia europea. Una perla. A decir verdad —sonrió—, nadie entiende bien cómo Cayuki pudo formar una familia allá en la cima del cerro, casi sin bajar al pueblo. ¿Más coñac?

Daniel denegó, sumido en sus reflexiones. Tenía sentido. Aquella noche, cuando subió al cerro, creyó ver a la joven trepando por el sendero y por eso se aventuró tan lejos, buscándola. Ahora entendía. Ella estaba volviendo a su casa. También explicaba que lo hubiese encontrado en el corazón del bosque

cuando lo hirió la bestia plateada. Aquél era el cubil de la pequeña fiera. Y su padre, el temido guardaparque Newen Cayuki. Daniel decidió que era momento de partir. Tenía mucho para pensar esa noche. Quizá no necesitase de Sandra, después de todo. Ella no era sino una distracción para su aburrimiento.

—¿Ya se va? Permítame invitarlo en otra ocasión. Es bienvenido a La Señalada cuando quiera, y su padrino también.

Zavaleta acompañó a Daniel y entonces vio la enorme moto. Bajó la escalera del porche con entusiasmo juvenil.

—¡Una Harley-Davidson! —exclamó, mientras la tocaba con reverencia—. No se imagina cuánto deseé una en mi juventud. Me avergüenza decir que fui un muchacho algo rebelde entonces.

Daniel sonrió al escuchar eso.

—Bueno, creo que la Harley resume eso, en realidad. La rebeldía, el espíritu de libertad. Por lo menos, eso es lo que se siente a bordo.

Ignacio Zavaleta lo escuchaba a medias, maravillado ante la belleza de la moto. Acarició el asiento tapizado, apreció el acabado de polvo negro del guardabarros, se admiró del signo de huesos cruzados y alabó el color ébano que la hacía tan imponente.

—Es una Cross Bones de Texas —aclaró Daniel, por segunda vez en ese día.

A diferencia de Luciano, Zavaleta sabía bien de qué le hablaban. Soltó un silbido admirativo y se inclinó para contemplar las ruedas y los cromados.

—Fabulosa —comentó.

Daniel aguardó paciente a que el hombre terminase con su inspección. Le agradaba que la apreciara, que supiese de qué se trataba. Con su padrino no había logrado tanto.

—Es de porte clásico —siguió comentando Zavaleta—. Increíble.

—Una Bobber —confirmó Daniel—. Fue la novedad de San Antonio el año

pasado.

—Me animo a decir que sólo un coleccionista puede tener una de éstas.

Daniel se encogió de hombros.

—O un empecinado —bromeó.

Zavaleta colocó una mano sobre el manubrio, como si necesitase tocarla para comprobar que era una auténtica Harley-Davidson.

—Hasta lleva la insignia de Milwaukee.

Daniel soltó una carcajada.

—No más, me rindo. Lo invito a dar una vuelta.

Ignacio Zavaleta lo miró con ojos refulgentes de placer, el mismo quizá que había experimentado Luciano antes, aunque en él sin retaceo alguno, abiertamente dichoso.

—Trato hecho —exclamó, y entró en busca de su gabán.



CAPÍTULO 8

Josefina calculó la distancia que la separaba del herbolario de su sobrina. Estaba agotada; había limpiado, cocinado, alimentado al perro y hasta acarreado agua para la colada. ¿Dónde se habría metido Mayga? No podía culparla, soportar el talante huraño de Newen era difícil. Él no había objetado que cocinase ni tampoco que limpiase, pero cuando la vio subida a un banco dispuesta a descolgar las cortinas huyó de la cabaña dando un portazo.

El esposo de Cordelia había convertido en invernadero la choza situada a varios metros de su cabaña, abriendo una claraboya en el techo. Era un pobre intento, comparado con la casita acristalada que tenían en los fondos de la mansión Ducroix. Jose contuvo una lágrima al pensar en ella y avanzó, decidida a poner orden también allí. Deseaba que Cordelia encontrase su hogar presentable al volver. Era inadmisibile que habiéndose criado con tanto mimo tuviese que vivir en lo alto de un cerro, soportando no sólo las inclemencias, sino también la escasez de comodidades.

El olor a moho invadió su nariz no bien entró. Algunas hierbas debían de estar mustias. Se arremangó y ató un delantal a su cintura.

El interior de la casucha la sorprendió por su organización: había una pileta, repisas para los almácigos, una mesa de tablón repleta de cajones en los que Cordelia trasplantaba las hierbas y numerosos estantes para los frascos de alcohol, aceites y tinturas. Bien pensado. Josefina comprobó con satisfacción que su sobrina había recordado sus enseñanzas. En un canasto de mimbre se amontonaban cartelitos con nombres de yuyos, frutos o flores, que servirían para identificar los cultivos. Josefina revolvió un poco entre ellos y

vio que la mayoría indicaba especies de la región: arrayán, calafate, canelo, ciprés, maitén, aunque también había otras más comunes, como el cilantro, el enebro o la manzanilla. La farmacia vegetal se veía bien provista. Jose observó que los carteles estaban fabricados con una fibra de color castaño, más áspera que el papel, y que la letra puntiaguda no pertenecía a Cordelia. Estaba pensando en eso cuando un carraspeo la sacó del ensimismamiento.

En el marco de la puerta, un hombre la observaba. A contraluz, sólo podía apreciar su estructura fibrosa y su postura relajada.

—Buenas tardes —dijo él con voz agradable.

La tía Jose se quitó con rapidez los lentes y los guardó en el bolsillo del delantal.

—Buenas tardes.

—Vi la puerta abierta y pensé que Cordelia se habría olvidado de cerrarla al partir.

En realidad, Walter Foyer se había acercado con sigilo, temiendo que alguien hubiese entrado para robar, pues en los últimos tiempos merodeaba gente desconocida en Los Notros. La mujer que encontró le pareció inofensiva. Y la coquetería con que ocultó sus anteojos le resultó encantadora. Un resplandor juvenil le iluminaba el rostro, aunque su cuerpo revelaba bastantes más años. Un enigma. A Walter le fascinaban los enigmas.

—Me llamo Walter —agregó, mientras entraba al recinto.

Jose trataba de recordar si Cordelia le había mencionado a algún Walter.

—¿Conoce usted a mi sobrina, señor? A la esposa de Newen Cayuki, me refiero —se apresuró a aclarar el parentesco con el puelche, segura de que cualquier intento de atacar se disolvería ante el nombre del guardaparque.

—¿La tía Jose? —exclamó el recién llegado con tal familiaridad que Josefina se sobresaltó.

—¿Usted sabe de mí?

—Por cierto. Mi querida Cordelia no deja de nombrarla cada día. Veo que

ella, en cambio, no me menciona tan a menudo. Estoy decepcionado.

La luz de la claraboya le dio de lleno en el rostro y Josefina apreció que se trataba de un hombre mayor aunque de porte elástico y mirada vivaz. El pelo canoso le crecía salvaje hasta la media espalda y él lo sujetaba con tiras de cuero. Vestía con ropa holgada y liviana, pese al frío. ¿De dónde había salido? Por lo que ella sabía, la casita del cerro no tenía vecinos.

—Disculpe, no estoy familiarizada con la gente de aquí. Recién llegué esta semana y no pude hablar mucho con mi sobrina. Ella partió...

—A ver al viejo, lo sé.

Josefina se molestó por la referencia irrespetuosa al abuelo, pero el hombre no parecía encontrar mal alguno en hablar con desparpajo, pues agregó:

—Lo que no me dijo Cordelia fue que su tía era tan bonita como ella.

Los colores subieron a las mejillas de Josefina, que se sintió de repente incómoda y deseó salir del herbolario. Walter contempló los ojos verdes y el cabello castaño sujeto en la coronilla, así como el escote de la blusa, que dejaba ver una piel sin mácula. La tía Jose debía de ser una mujer acalorada si no se cubría con bufandas ni pañuelos en pleno invierno. Ella adivinó la intención en la mirada y se vio obligada a aclarar:

—Me encuentra usted hecha un desastre. Vine a poner orden en la casa y vi que también necesitaba una buena fregada el invernadero. Disculpe mi aspecto, debo parecerle una pordiosera.

Walter soltó una carcajada profunda que sacudió las fibras íntimas de la tía Jose.

—¡Pero si acabo de decirle que es usted hermosa! No se ofenda —agregó, percibiendo su confusión—. No suelo encontrar mujeres en este rincón apartado donde vivo. Salvo Cordelia, que está custodiada por un fiero guardián. Además, yo también necesitaba pasar por el invernadero. Le he traído unos carteles que acabo de hacer. Soy artesano.

Una chispa de comprensión iluminó la mirada de la tía Jose. ¡El hippie

viejo!

Como si hubiese escuchado su pensamiento, el hombre asintió:

—Exacto, soy el hippie viejo. Pero ahórreme lo de viejo, al menos. Acepto que vivo como hippie la mayor parte del tiempo.

Mientras sonreía, extendió hacia Josefina un manajo de tarjetas atadas con una cinta. Ella pudo ver que eran los letreros de las hierbas. Él era, entonces, el autor de la letra. Comprobó que estaban hechos con corteza, por eso le habían parecido ásperos al tacto.

—Qué maravilla.

—¿Le gustan? Puedo fabricarle alguno, si lo desea, de cualquier tamaño y forma. Estos los hago con sobrantes de otros trabajos, pero en mi taller tengo trozos grandes con los que puedo fabricar hasta esculturas. ¿Le gustaría verlo?

—No sé...

—Es cerca de aquí. Podemos aprovechar la luz que queda, antes de que vuelva a nevar. Este invierno tendremos nieve, dicen. Prometo no distraerla mucho tiempo.

El hombre parecía ansioso por mostrarle su arte y ella sentía curiosidad por conocer el sitio donde trabajaba el hippie viejo, pues Cordelia lo consideraba un gran amigo. No podía ser descortés con él.

—Muy bien. Voy por mi abrigo.

Walter la miró trotar hacia la cabaña y esbozó una sonrisa de apreciación masculina.

“Quién lo hubiera dicho”, pensó, “la tía Jose tiene curvas y bellos ojos”.

El refugio de Walter era un paraíso en miniatura. Su cabaña de una sola pieza se levantaba a orillas de un lago pequeño que había quedado fuera de los límites del parque nacional. El bosque que lo circundaba era un cañaveral recostado sobre las aguas, y en la orilla opuesta las montañas confundían sus

cimas azules con las nubes bajas, cargadas de aguanieve. Se respiraba un aroma fresco y húmedo que emanaba del suelo cubierto de semillas y hongos, y se mezclaba con el de la leña ardiendo en el interior de la casa. Josefina contempló las espirales de humo que subían hasta las altas copas de los árboles.

—Es hermoso —comentó.

—Y resguardado, tanto del sol como de la nieve. Estos amigos —y Walter señaló los inmensos árboles— me protegen de todo con sus ramas. Son “siempreverdes”.

—Ah —dijo la tía Jose con tono conocedor—, entonces la nieve se queda arriba, detenida por las hojas.

—Exacto. Hay veces en que puedo sentarme aquí mismo en el patio de tierra mientras nieva, pues ni un copo me roza siquiera.

—¿Cómo se llaman?

—Coihues. Son tan protectores que debajo de ellos puede crecer un bosque de cañas tan denso como una selva.

—Caña colihue.

—Veo que está al tanto de nuestras especies.

—Me gustan las plantas —dijo con simpleza Josefina, y se agachó para recoger un hongo entre la hojarasca.

—Uno de sombrero, los más comunes.

—Sí, y también apetitosos.

—Estos crecen sobre el suelo. Más allá —y Walter señaló la otra orilla—, los hongos crecen en las ramas de los pehuenes, las infectan y las matan. La naturaleza parece cruel, ¿no?

Josefina dio vuelta sobre la palma al pequeño hongo y dijo con aire distraído:

—No más que los hombres.

Walter permaneció callado. No sabía si se refería al género humano, a los

hombres en general o a alguno en particular. Cordelia nunca refirió si la tía Jose había estado casada, aunque Walter tenía la impresión de que había algo intocado en ella. Buscó otro tema y la condujo hacia un tinglado donde se amontonaban piezas y herramientas de todo tipo.

—Mi taller —presentó con aire triunfal.

Era sólo un patio despojado de maleza, cubierto por un techo de caña sujeto por pilares. Numerosos tocones servían de asiento, algunos descortezados con gran prolijidad. Josefina observó que las piezas respetaban la forma original del árbol. El artesano interpretaba la materia, nunca la forzaba. Uno de los troncos mostraba la efigie de un duende que parecía gritar con su boca redonda; otro, el torso de un hombre con las piernas enraizadas en la rama; había pájaros, canastos, pipas, hornos, siempre brotando de la forma natural de la madera. En algunos casos Walter los había pulido, logrando que la superficie pareciese satinada. Era un trabajo delicado que Josefina no pudo sino admirar embelesada. Llamó su atención una figura femenina, una niña en cuclillas, como si estuviese a punto de beber agua del río, las manos extendidas formando un cuenco y el cabello cayendo hacia delante.

—Ésa no es mía, es de Cayuki.

Josefina quedó paralizada por la sorpresa.

—¿No las vio nunca? Son las mujeres de Cayuki. Todos las conocen en el galpón de los artesanos, y se venden muy bien, en especial a los turistas extranjeros. Ésta se la pedí prestada para inspirarme. ¿La reconoce? Es Mayga.

Jose recogió la estatuilla. Los detalles eran impresionantes, hasta podía captar el pequeño hoyuelo en la sonrisa que la niña había heredado de su madre. ¿Cómo podía el fiero Newen poseer tamaña sensibilidad? Cordelia no se lo había dicho.

—¿Hay más? —atinó a preguntar, desorientada.

—Cientos. Muchas ya deben de adornar las repisas de las casas en las

ciudades. Se dice por acá que todas las estatuas representan a Cordelia, pero yo no estoy tan seguro de eso. No todas, al menos.

Josefina miró al artesano con severidad. ¿Qué estaba insinuando? ¿Que Newen le era infiel a su sobrina? Walter se echó a reír.

—Cómo se parece usted a Cordelia, es imposible no leer en su expresión. Quiere liquidarme por lo que dije, ¿no es así? Sin embargo no digo nada que la misma Cordelia no sepa. Años atrás, Cayuki tuvo sus razones para odiar a las mujeres, en especial a las de sangre blanca. Parece que se desquitaba tallándolas en madera, en distintas actitudes. Claro que con el tiempo las tallas empezaron a parecerse más a Cordelia, pero eso fue cuando las cosas se aclararon y él pudo tranquilizar su conciencia. No digo más —y levantó una mano con solemnidad, como si la tía Jose estuviese tirándole de la lengua.

—Ni falta que hace. Son asuntos que no nos conciernen.

—Es verdad. En cambio, sí nos concierne elegir una pieza para que se lleve de recuerdo. A propósito, ¿dónde se hospeda? ¿En la cabaña?

Josefina se vio en un aprieto. En realidad, iba y venía conforme la necesidad que tenían de ella, pero por alguna razón no quiso dar al hippie viejo la impresión de que era una mujer que no tenía vida propia, de modo que respondió con una verdad a medias.

—Pienso alquilar una habitación en el hotel del pueblo, aunque no quiero dejar sola a Julieta en su estado, por lo menos hasta que vuelva su esposo.

Walter asintió, pensativo.

—Hace bien. Esa mujercita es más frágil que Cordelia, pese a las apariencias.

—Usted parece conocer muy bien a mi sobrina.

Walter se encogió de hombros y caminó hacia un tronco apoyado sobre la base de un árbol.

—Cordelia y yo nos parecemos en algo: sabemos lo que queremos y no paramos hasta conseguirlo. Ése es el karma de Cayuki.

El karma. Josefina tenía el suyo también, y todo cuanto hacía era una carrera contra el tiempo para superarlo. A veces se impacientaba, pues los cambios no ocurrían con la rapidez que ella anhelaba.

Walter examinaba el tronco con atención.

—Creo que éste servirá. ¿Qué le gusta, Joséphine?

Jose sufrió un leve desconcierto al verse llamada por su nombre en francés, y miró lo que el hombre le mostraba: un tronco delgado, de formas suaves y corteza rugosa.

—Puedo representar cualquier sueño que desee —y clavó sus ojos oscuros en los almendrados de la tía Jose.

Ella pensó un momento y le vino a la mente L'Immortelle, su propio negocio de aceites esenciales y cosméticos. Aunque el hombre se había mostrado perceptivo, le costaba confiarle sus aspiraciones, que ni siquiera Cordelia conocía; era un sueño que había acariciado en sus horas más sombrías, cuando soñar era el único recurso para soportar la existencia aburrida que la mansión Ducroix le impuso una vez que sus sobrinos partieron rumbo al sur.

—¿Quiere que decida yo?

Josefina miró con timidez al artesano y comprobó que tenía un interés genuino en satisfacerla, de modo que aceptó el desafío.

—Elija lo que mejor le parezca. Prometo llevarlo conmigo cuando regrese.

Walter asintió, satisfecho, y dejó el tronco bajo el árbol. Luego acompañó a la tía Jose de regreso, mientras la luz declinaba y las aves aleteaban entre las hojas. Caminaron en cómodo silencio por el sendero cubierto de ramas y disfrutaron de la quietud del atardecer. El olor a resina impregnó el aire cuando bordearon un bosquecillo de pinos y Josefina levantó la cabeza al escuchar un repiqueteo en la fronda.

—Un pájaro carpintero —dijo Walter, y luego se detuvo, aguzando el oído—. Un pitío.

—¿Es otro pájaro?

—Otro carpintero. Lo considero mi ayudante porque agujerea los troncos muertos que yo utilizo. Podría decirse que él es el primer artista. ¿Le gustan las aves, Josefina?

—Es un terreno poco conocido para mí, que soy amante de los gatos.

—Eso podría ser un impedimento, pero me refiero a las aves en libertad. Jamás se me ocurriría enjaularlas.

—No las identifico muy bien.

—Bueno, conviviendo con Cayuki aprenderá bastante. Él es experto, y no sólo en criar cóndores, conoce toda clase de aves. Si demuestra interés, él quizá se ablande un poco.

—¿Por qué dice eso? Yo no me quejo del esposo de mi sobrina.

Walter sonrió.

—Fue sólo una sugerencia. A propósito, tengo otra para hacerle, si me permite.

El silencio de ella lo impulsó a continuar.

—Esta semana ofreceré algunas artesanías en el galpón. ¿Quiere acompañarme? Es un lugar pintoresco.

Josefina recordó que lo primero que llamó su atención al llegar había sido el galpón iluminado en la mañana gris, de modo que el ofrecimiento le resultó tentador.

Walter captó su expresión y no insistió. Ella iría.

—Si está usted en casa de Emilio, pasaré a buscarla. Y si se queda aquí arriba....

—Es tarde ahora para volver —repuso con preocupación la tía Jose—, no lo pensé cuando vine hasta aquí.

Walter se compadeció del conflicto y dijo en tono alegre:

—Cayuki estará encantado de hospedarla. Además, Mayga necesita una compañía más locuaz que su padre. Tuteémonos, por favor. No me hagas más viejo que hippie.

Josefina rio y continuaron caminando, acompañados por el arrullo de las torcazas y el repiqueteo del hacha de algún pueblero que se procuraba la leña para esa noche.

Mayga estaba tan conmocionada por la experiencia vivida con el extraño de la moto que no reparó en lo insólito de que la tía Jose se quedara a dormir en el cerro y, más raro aún, que viniera en compañía de Walter Foyer. Su padre tampoco comentó nada, aunque eso no era raro en absoluto.

La muchacha se encontraba en la leñera, su sitio favorito para pensar o refugiarse en momentos difíciles. Desde allí vio a Walter gesticulando con brío y luego a la tía entrando a la cabaña con rapidez, bajo la mirada pétrea de Newen.

Le parecía que su labio superior estaba algo hinchado. No podía presentarse así, pues su padre era perspicaz e insistente como un sabueso. Se pasó la lengua sobre el labio. Quizá pudiese decir que Werken la había mordido, una pobre excusa tomando en cuenta que jugaba con el perro desde que era niña y jamás se había mostrado agresivo con ella. ¿Por qué la había besado el extraño? ¿Ella le gustaba, o había querido ultrajarla? Mayga nunca había sido besada ni había sentido el deseo de besar a ningún hombre. Experimentaba inquietudes, por cierto, sobre todo cuando veía a los jóvenes que acampaban cerca de la oficina de Parques, dispuestos a escalar los cerros con sus mochilas al hombro. Algunos eran divertidos, bromeaban y a veces la miraban de una manera que la ponía nerviosa. Medina se mostraba severo en esas ocasiones, y acostumbraba a enviarla de regreso, o bien le encargaba algún mandado para sacarla de en medio. Mayga frunció el ceño al recordar cuántas veces ocurría eso en los últimos tiempos. El turismo en Los Notros había aumentado y en el pueblo solía deambular gente desconocida durante la temporada alta. Un joven de aspecto risueño le ofreció un alfajor una mañana,

justo antes de despedirse para iniciar la escalada, y Luciano le había dicho que si sonreía a los hombres la tomarían por una perdida. Aquella mañana se disgustó mucho con su amigo, quizá el primer disgusto serio. Le retiró el habla hasta que el propio Luciano la buscó para invitarla a pescar las truchas que acudían a desovar en el torrente. Aquel muchacho, sin embargo, no le había provocado la misma sensación de vértigo que el extraño de la moto. ¿Sería porque él vestía de negro? ¿O porque viajaba siempre montado en aquella máquina salida del Walichu?

Si su madre estuviese allí le daría su opinión. Cordelia no se espantaba de las cosas que a ella se le ocurrían, como de seguro lo haría su padre. Si Newen se enteraba de que la rondaba un turista dedicado a la caza, se enfurecería al punto de encerrarla y luego capturar al hombre, para devolverlo al lugar de donde había venido. Suspiró. Era inútil seguir escondida, tarde o temprano la llamarían para la cena y debería aparecer, tuviese hinchado el labio o no, de modo que se levantó y silbó para llamar a Werken. El perro salió de entre las rocas y se arrojó sobre ella. Lamió su cara y aguardó a que le rascase el pecho, un rito al que estaba acostumbrado. Giró patas arriba y dejó la lengua colgando con placer mientras disfrutaba de la caricia.

—No se puede ser tan vago —le reprochó ella riendo.

Ambos salieron de la leñera y se dirigieron a la cabaña. Las luces brillaban a través de las ventanas sin cortinas, pues la tía Jose se había salido con la suya y las había lavado esa tarde. Vio a Newen sentado a la cabecera, aguardando con paciencia a que la tía terminase el estofado. Escribía sus notas en una carpeta. Mayga esperó a que tuviese la mirada baja para entrar, pero la tía Jose desbarató su propósito al exclamar:

—¡Niña, por fin! Ya estábamos preocupados.

“Estábamos.” Mayga dejó caer los hombros. Newen levantó la vista y la evaluó de arriba abajo. Podía sentir esos ojos clavados en ella como flechas.

—Apresúrate, hay que comerlo caliente o el caldo se volverá sólido. Hace

un frío tremendo. Esta noche te haré compañía, querida. Ya avisé por radio a la oficina que informen a Julieta. Por suerte la acompañaste esta tarde, ¿no?

Sin mirar hacia donde Newen permanecía callado, Mayga tomó la oportunidad que le daba la tía Jose sin saberlo.

—Sí, estuve ayudándola en la cocina. La tía Juli había preparado un postre de chocolate y se cansaba de batir los huevos.

Josefina sacudió la cabeza.

—Esa muchacha está debilitada. Ha de ser por los diablos de sus hijos, que la agotan con sus correrías. No sé por qué tuvieron que salir tan endemoniados. Ojalá tuviesen un poco de tu sensatez.

Mayga miró de reojo a su padre y advirtió que la estudiaba en silencio. ¿Sospecharía que no podía haber estado la tarde entera cocinando? Siguiendo un instinto, la joven utilizó la mejor táctica para la defensa: un buen ataque.

—¿Así que vino Walter de visita? Es raro, tomando en cuenta que no está mamá.

Dos pares de ojos se clavaron en ella con tanta fijeza que Mayga optó por sentarse y mirar el plato que la tía le colocaba delante con mano temblorosa. El calor que despedía la mirada del puelche quemaba tanto como el potaje.

La cena transcurrió en silencio, con el crepitar del fuego como fondo y el golpeteo de la cola de Werken, que esperaba su ración de estofado. Un tronco cayó en la chimenea y las chispas saltaron en todas direcciones. Al mismo tiempo, la voz de Medina surgió del radiotransmisor:

—Cayuki, hay problemas. Descubrimos la ruta del puma.

Newen se levantó de un salto y Mayga se llevó la mano al pecho, angustiada. Se dio cuenta de que le preocupaba tanto el felino como el hombre de negro que lo perseguía.

La cena en El Almojarife transcurría más bulliciosa que en la cabaña del

cerro. Omar Yusuf había decidido agasajar a sus huéspedes con un concierto de violines que ejecutaban melodías húngaras. Un artificio inútil, pensaba Daniel mientras saboreaba el faisán acaramelado y bebía champán. Su padrino parecía a gusto, sin embargo, a diferencia de Gilbert, que comía sin levantar la cabeza del plato. Su única preocupación era mantener la copa vacía para que el criado la llenara a cada momento. La música o la charla educada no eran su fuerte. Daniel se preguntaba a menudo qué tendría aquel hombre bestial para que su padrino lo soportara. No creía que Stuart pudiese entablar una sola conversación con él.

El gran comedor exhibía un lujo digno de los harenes. El techo sostenía arañas de cristal veneciano y sobre el mantel de damasco lucía la vajilla de porcelana, la platería y los servilleteros incrustados de topacio; hasta las sillas, tapizadas en seda, irradiaban riqueza. Yusuf insistió en que tomaran café en el salón de juegos, pues quería darles una sorpresa. Ese ambiente, caldeado por la chimenea de mármol e iluminado con globos de luz rosada, produjo en Daniel cierta somnolencia. Se encontraba agotado por las emociones del día, aunque valía la pena esperar las noticias que el sirio tuviese para decirles.

—Queridos amigos —comenzó Yusuf, mientras el criado repartía cigarros y los encendía—, he recibido una noticia que deseo compartir con ustedes, mis distinguidos huéspedes. Un hombre de mi confianza me aseguró que las condiciones del clima de esta noche nos garantizarán la caza del puma por fin. El frío ha congelado las alturas y el gato no tendrá más remedio que bajar al valle. Como aquí no nevó lo suficiente, es muy probable que encuentre alimento. Sugiero que preparen sus equipos para salir antes de la medianoche.

Gilbert se encontraba lo bastante ebrio como para recibir la noticia con una risotada. Stuart, que jamás bebía de más, frunció el entrecejo al escucharla.

—Lamento que no nos haya comunicado esto antes, señor Yusuf. Una opípara cena no es lo indicado para salir de caza. Pensábamos postergar la

persecución a raíz del mal tiempo.

—Eso creía yo, pero este amigo me ha dicho que las condiciones de hoy son inmejorables. Sería una pena perder una oportunidad que quizá no se repita mañana ni pasado, si es que se cumple su vaticinio y comienza la nevada fuerte.

Daniel contemplaba el juego del sirio desde la mesa de billar, simulando estar interesado en la bola y no en la conversación. Percibió el disgusto en la voz de su padrino y la impaciencia en la de Yusuf. Había organizado la cacería a espaldas de ellos y no quería que le fracasara. Recordó las palabras de Zavaleta acerca de los pumas drogados y expuestos en lugares clave para que los ilusos se creyesen hábiles cazadores. Si Stuart Eliot llegaba a sospechar...

—Sé que parece precipitado —seguía Yusuf—, sin embargo en esto no se puede afirmar ni negar nada de manera rotunda. La ocasión propicia es hoy, aunque puede que se nos escape, de todos modos. Tomando en cuenta lo mucho que ansían ese trofeo y el tiempo que llevan esperando... —el sirio hizo una pausa de efecto, como si aguardase.

—¿Qué estamos haciendo? —exclamó de pronto Gilbert—. ¡Vamos tras el maldito! Ya me estoy hartando de poner trampas y traer perdices.

Stuart lo miró con algo parecido a la repugnancia y no dijo nada. Daniel observó cómo Yusuf se contenía para no disgustarlo.

—Por supuesto, no soy yo el más interesado sino ustedes, que vinieron con el propósito de cazar al temido león de las Américas —su tono se volvía elocuente—. Me veo en la obligación de advertirles, nada más. En cuanto al joven —añadió de pronto—, si lo desea puede permanecer aquí. Las llaves de mi camioneta están a su disposición.

Daniel tenía la impresión de que Omar Yusuf deseaba quitárselo de encima. ¿Querría excluirlo de la excursión de caza por algún motivo? Su padrino zanjó el asunto:

—Dan, ven con nosotros esta noche. Puede que no haya otra oportunidad.

Daniel se sintió acorralado; le provocaba desazón imaginar al puma que él había visto en la montaña muerto de un balazo, con la elegante cabeza colgando y las poderosas patas retorcidas. Al mismo tiempo, un cosquilleo maligno lo impelía a aceptar, para ver si Yusuf era un tráfuga como Zavaleta le había contado. Aceptó más que nada para irritar al sirio, que lo miraba atento con sus ojos aterciopelados.

—En marcha, entonces —ordenó Stuart—. Gilbert, revisa el equipo de nuevo. Nos hemos acostumbrado a las piezas pequeñas y no podemos fallar esta vez.

Los hombres se retiraron con presteza, pues la excursión debía hacerse antes de que la nieve perjudicase la caminata.

Detrás de la puerta que daba al pasillo, Sandra contemplaba la espalda de su amante ocasional. Qué bello era. Un hombre muy distinto a Yusuf. Se había comportado con delicadeza pese a su pasión violenta, no como el sirio, que a menudo la lastimaba por pura perversión. Pensaba en eso cuando una sombra se cernió sobre ella. Omar Yusuf la observaba, en apariencia divertido.

—¿Saboreando el placer por anticipado, mi querida?

Sandra se estremeció. Qué ilusa al pensar que podía ocurrir algo en la casa que su patrón no supiese.

—Él me buscó —dijo a la defensiva, intentando no tartamudear.

—Y si eres sagaz harás que te busque de nuevo. Esta misma noche, si es posible.

Sandra se repuso rápido de la sorpresa y se aferró a aquella propuesta que no le disgustaba, por cierto. Yusuf se acercó más y ella pudo aspirar el aroma de tabaco mezclado con un perfume que le resultaba odioso, pues lo relacionaba con los momentos en que no deseaba recibirlo y él se imponía por la fuerza.

—Ve —ordenó el sirio—. ¡Ahora!

Encontró a Daniel en su habitación, vistiéndose para la jornada que los esperaba. Admiró un momento su torso y sus brazos musculosos, y jadeó al ver el tatuaje que ostentaba en uno de ellos. No había podido advertirlo la noche anterior puesto que estaba oscuro, y ella demasiado extasiada como para percibir detalles. Le intrigó la serpiente enrollada, y más aún el extraordinario dibujo que abarcaba la espalda del hombre casi por completo: un águila con las alas desplegadas, las garras en posición de ataque y las plumas erizadas. Sandra nunca había visto un tatuaje así. Se estremeció, anticipando el placer de acariciar el águila sudorosa.

Daniel percibió el murmullo y giró con rapidez, dispuesto a enfrentar al intruso. Al ver a la mujer se tranquilizó, aunque no bajó la guardia. Todo lo que había en la casa del sirio estaba contaminado.

—¿Qué quieres?

Ella se introdujo en el cuarto con aire furtivo. Era una actuación, puesto que tenía la bendición de Yusuf, así que debía desempeñar bien su papel.

—Pensé que en esta noche tan fría desearías algo de calor.

Daniel masculló una maldición. Lo único que le faltaba para agriar más su humor era una mujer molesta. Sentía pena por la amante del sirio, adivinaba un pasado ruinoso en ella, pero no podía distraerse con ese pensamiento, sobre todo porque cada vez que recordaba la noche de pasión compartida, la imagen de la joven mestiza se interponía en su mente. La quería a ella y a ninguna otra.

—Estoy por salir. Vuelve en otro momento.

Sandra no se inmutó. Estaba cumpliendo órdenes, pensó.

—Qué malo. Un poco de mimo no te hará daño. Aprovechemos que todos están corriendo para salir en busca del puma.

Daniel se volvió hacia ella con interés.

—Estás enterada de todo, ¿eh? ¿Cómo haces? ¿Atraviesas los pasadizos secretos?

De pronto, como si se le ocurriese una idea, avanzó hacia la mujer.

—Dime algo, preciosa esclava. ¿Qué planes tiene tu amante para esta noche? No iré a dispararnos por la espalda, ¿no?

Sandra lo miró horrorizada. Ella no intervenía en los asuntos de Omar, aunque a menudo escuchaba retazos de conversaciones que iba guardando en su mente, por si las cosas se le ponían difíciles algún día. No supo qué responder y Daniel tomó la iniciativa.

—Creo que no tendría sentido. Sin embargo, tal vez podrías explicarme por qué esta noche y no otra el maldito puma vendrá a nosotros.

Los ojos del hombre no mostraban rastros de lujuria o ternura, sólo la escudriñaban tratando de penetrar en sus secretos, buscando lo que le interesaba, al igual que lo hacía Yusuf cada vez que la miraba. Sandra sintió un raptó de ira.

—Si te dispara por la espalda lo tendrás merecido, igual que todos.

Daniel la miró fijo un instante y luego se relajó.

—No sabes nada, tontita. No eres tan importante para él, ¿verdad? Sólo un juguete.

Si algo podía sacar de quicio a Sandra era esa expresión. Torció el gesto en una mueca de ira y desprecio, y escupió su veneno a la cara del hombre arrogante.

—¡Ojalá te maten! ¡Ojalá el *wrapial* te descuartice y haga tiras con tu *ñancu*!

Daniel no comprendió el insulto, aunque sí el odio que rezumaba. La mujer se mostraba tal como era, con su maldad intrínseca, la que intentaba disfrazar con su sensualidad. Los vocablos en lengua nativa confirmaron su percepción inicial: Sandra era una mujer que por las vueltas del destino había preferido la dudosa compañía del sirio antes que seguir su vida de pobre en la región. Él lo captaba bien, pues su madre había hecho la misma elección.

—*Wizá...*

—¡Basta! —la cortó en su verborragia y al mismo tiempo la sujetó por un brazo.

Ella vestía un camisón corto de satén como la vez anterior, pero de color negro que no le sentaba bien, pues acentuaba sus rasgos de manera vulgar. Daniel experimentó una oleada de pena que lo enfureció. ¿Por qué tenía que compadecerse de aquella puta? Ella había elegido. ¿Qué le importaba a él? Era una mujer adulta, no una niña explotada. Sandra se estremeció al sentir el cuerpo del hombre contra el suyo y levantó los ojos, dudosa. Tal vez el enojo lo excitase, como solía ocurrirle a Omar Yusuf. Aquellos ojos que ardían de furia, en cambio, no mostraban un ápice de atracción hacia ella, más bien desprecio. De un tirón se soltó y echó a correr hacia su propio cuarto. Daniel se quedó de pie mirando la puerta, con el pecho alterado por las emociones. Veía en Sandra algo que no quería ver y la odiaba por eso. En su confusa mente también la compadecía por la vida cruel que habría tenido antes de caer en las garras del sirio. ¿Por qué sucumbía? ¿Por qué no se procuraba un trabajo digno, aunque fuese servil? ¿Por qué su propia madre eligió exponerlo a la brutalidad en lugar de luchar por ofrecerle un hogar sano, como todo niño merece? Respiró hondo para tranquilizarse. De nada le servía remover la escoria de su pasado. Ese camino lo conducía, inexorable, al vandalismo. De allí venía y no deseaba volver.

Los terrenos de El Almojarife abarcaban parte de los mallines de la región. Atravesar esa zona pantanosa se convirtió en una hazaña para los cazadores. Sin luna ni linternas, por expresa indicación del guía que desaconsejaba despertar al puma con luces, la marcha era acompañada por el chasquido de las botas al hundirse en el fango y las imprecaciones de los hombres cada vez que eso ocurría. La nieve caída había enlodado la tierra y el frío calaba los huesos a través de las ropas. Si ésa era la noche indicada, Daniel no quería

pensar cuál sería la menos propicia. Stuart avanzaba callado, a diferencia de Gilbert, que no cesaba de maldecir y de atosigar al guía con suspicacias: que si había errado el camino, que ningún puma se aventuraría en aquel fangal, que la noche estaba perdida y quién sabía cuántas cosas más habría dicho si una palabra de Stuart no lo hubiese silenciado, aunque a regañadientes.

Llegaron a un monte achaparrado, una espesura difícil de atravesar. El frío se acentuaba, insensibilizando las manos aun con los guantes puestos. Daniel tuvo que soltar el rifle más de una vez para activar la circulación de los dedos. Él también maldecía en su fuero interno. Aquella excursión era disparatada, y no por las condiciones rigurosas, quizá normales en esa época del año, sino por lo precipitada. A cada momento se convencía más de que Zavaleta estaba en lo cierto al calificar de estafador a Omar Yusuf. Una duda insidiosa se filtró en su mente: el puma que perseguían, ¿sería el mismo que él había visto en la ladera de la montaña? Esperaba que no; detestaría verlo transformado en la alfombra de alguna residencia de invierno. Nunca se había fijado en las piezas que cobraba su padrino hasta ese momento. El puma, tal vez por el impacto que le causó su mirada o porque le recordó la de la chica del bosque, se había convertido en algo especial y no deseaba matarlo.

El guía indicó un sitio alejado y Daniel observó una superficie brillante.

“El lago”, pensó, “justo la trampa, el abrevadero”.

Como si estuviese sincronizado con su mente, el guía comentó:

—Aquí viene a beber por las noches, después de cazar. Deja la presa a medio comer y bebe.

Los cazadores avanzaron silenciosos, agachándose de modo instintivo para ofrecer menos blanco a la vista de cualquier animal, si bien lo que más podía denunciarlos era su propio olor. Ésa era otra ventaja que había señalado Yusuf: la falta de viento.

Había un elemento extraño e intangible esa noche, más allá de la expectativa de la caza o los peligros. Daniel pudo apreciar que su padrino

también lo percibía. Stuart se encontraba alerta y hasta disgustado. Lo habían obligado a salir en forma intempestiva, algo que detestaba pues era un hombre metódico, acostumbrado a planificar sus acciones. Cazaba como experto, sin descuidar detalles y respetando las reglas impuestas en cada país para cada presa. Daniel jamás lo había visto disfrutar de la victoria de manera desenfrenada, como lo hacía Gilbert. Stuart se limitaba a sacar la foto de rigor, más que nada por exigencias del club al que pertenecía. Daniel se preguntaba a qué se debería la afición de su padrino a la caza, pues no demostraba sadismo de ningún tipo, y él estaba bien capacitado para reconocer las muestras de crueldad.

Sus marcas podían atestiguarlo.

El agua que se vislumbraba no era un lago como él había creído sino el cauce del río que atravesaba el mallín, manteniendo la humedad de la zona. Agua en movimiento. Su murmullo se esparcía en el silencio nocturno ahogando el crujido que producían las pisadas de los hombres en la hojarasca. Habían dejado la camioneta bien lejos, para no estorbar la cacería con el ruido de los motores, de modo que hicieron los últimos kilómetros a pie y en completa oscuridad.

—Allí —murmuró el guía de El Almojarife.

Un bulto se movía a través del ramaje y se dirigía hacia el cauce. Un puma sediento. Su color lo hacía visible pese a la negrura. Era un ejemplar grande, aunque no tan robusto como debería. Stuart lo contemplaba con expresión hierática. Cazar al felino era su meta desde hacía tiempo, y muchas veces había imaginado cómo lo acecharía y dónde le dispararía. Sin embargo, la escena le resultaba deslucida comparada con sus imaginaciones. El animal que se ofrecía al ojo de su rifle se notaba desmejorado, como si merodease las granjas en busca de comida fácil. El color de su pelaje reflejaba que no se hallaba en plenitud. Al llegar al agua el puma se detuvo, oteando el aire, y luego agachó la cabeza para lamer el líquido que anhelaba. Los hombres

contemplaron con reverencia la silueta en su postura típica, los cuartos traseros alzados y las robustas patas delanteras flexionadas para acercar el hocico al agua. Se escuchó un gorgoteo suave, la lengua removiendo el líquido. Daniel ahogó un quejido. Por una trampa de su mente, enlazaba al felino con la muchacha de los ojos de humo.

—Está lejos y demasiado inclinado. Vamos a fallar desde aquí —comentó sañudo Gilbert, dejando clara su intención de acercarse.

Stuart se limitó a alzar una mano.

—Esta noche es gato muerto —dijo el guía, intentando calmar las ansias de los huéspedes de su patrón.

Cecilio era un mapuche que trabajaba a las órdenes de Yusuf desde aquellos tiempos en que el sirio había debido borrar las huellas del intento de homicidio de Newen Cayuki. Resolvió entonces emplear a gente del lugar, familiarizada con la geografía y con las costumbres, para no cometer el error de confiar en personas que no comprendían el modo de pensar de los habitantes de Los Notros.

—No se hará nada hasta que el puma deje de beber —dijo tajante Stuart.

Daniel respiró aliviado. Eso le daba al animal una chance, aunque la puntería de su padrino era certera. Stuart no aceptaba emboscar al animal en un momento de indefensión, deseaba enfrentarse a su presa y darle una oportunidad.

Cecilio y Gilbert lo miraron confundidos.

—Otra vez con eso de “cara a cara” —empezó Gilbert, y calló ante la feroz mirada de su compañero.

—No mato por la espalda —dijo por toda respuesta.

Daniel escuchó a Gilbert mascullar algo como “quiero que me vea a los ojos”, remedando lo que de seguro su padrino le habría dicho más de una vez.

Cecilio, por su parte, murmuró admirado: “Ni que fuese un cristiano”.

El puma era un animal mítico, los lugareños lo respetaban, si bien a veces

causaba muertes en los rebaños de las granjas alejadas del poblado. Nadie que lo hubiese visto “cara a cara”, como se burlaba Gilbert, podía olvidar sus ojos rasgados de mirada profunda. A diferencia de otros felinos, el puma solía ser amigable. En lugar de atacar prefería alejarse, tanto de los hombres como de los perros con que acostumbraban perseguirlo. Allí en la cordillera nunca se había sabido de un puma antropófago.

El jaguar era otra cosa.

Los cuatro permanecieron estáticos, contemplando la figura delineada sobre el brillo del agua, hasta que el animal decidió desplazarse alrededor del cauce. Caminaba y se detenía cada tanto, sin duda porque su finísimo oído le llevaba el eco de ruidos lejanos. Daniel rogaba por que no fuese el de sus propias respiraciones. De repente el puma se volvió hacia donde ellos se ocultaban, al mismo tiempo que Daniel expresaba sus temores con el pensamiento. Permaneció con la mirada fija en el punto oscuro de la noche durante interminables segundos y luego se agazapó, adoptando una pose de acecho. Stuart emitió un chasquido de satisfacción. Era lo que él quería, que su presa lo viese antes de disparar. Gilbert amartilló el arma y el ruido, casi imperceptible, se multiplicó en el silencio y retumbó en los oídos de Daniel. Qué hombre estúpido, siempre intentando ser el primero en todo. El puma demoró una milésima de segundo en olfatear el peligro, y a pesar de no saber a qué se enfrentaba, sus patas lo impulsaron en un salto que lo llevó en un arco por encima de donde los cazadores se encontraban. Gilbert atinó a disparar hacia arriba, temiendo darle y que el animal se desplomase sobre ellos. Los demás sólo contemplaron la espléndida figura que pasaba sobre sus cabezas con la gracia de una gacela. Daniel alcanzó a percibir el dolor que ensombreció la mirada del animal. Luego se lo tragó la espesura y no se escuchó otro ruido que el canto de los grillos y el roce de algún cuis entre los matorrales.

Pesó un silencio denso, cargado de reproche. Gilbert acomodaba nervioso

sus pertenencias, mientras que el guía y Daniel emprendían la marcha de regreso. Stuart se había quedado todavía en posición de acecho, con la mirada fija en el cauce. El agua seguía corriendo, rumorosa. Daniel se acercó a su padrino y le puso la mano en el hombro.

—Imbécil —le escuchó decir, y supo que no se refería al puma.

Regresaron luchando de nuevo contra el frío que helaba la respiración y la nieve derretida. Gilbert silbaba de puro nerviosismo, en tanto que Cecilio rumiaba la situación. Su patrón le había encargado que procurase a los huéspedes la presa servida en bandeja, que los condujese hacia el bebedero porque, después de haber comido, era seguro que aquel pobre puma sediento se abalanzaría sobre el agua.

Y todo había salido mal. El puma no había actuado de modo predecible. En lugar de buscar un sitio donde dormir para hacer su digestión, se había dirigido hacia el peligro, dispuesto a atacar. Aunque tampoco había atacado, sino que se había contentado con saltar, como si les dijese: “Véanme, sé dónde están y no pueden tocarme”, burlándose de todos. Sin duda, era un *wrapial* protegido. Supersticioso, Cecilio comenzó a ver señales por todas partes y apuró el paso, temiendo haber provocado la furia de los espíritus al atacar a uno de ellos. Pocos metros antes de llegar a la camioneta, Daniel se sintió observado. A sus espaldas quedaba el monte oscuro y retorcido, por donde acababan de pasar sin ver un alma. Según el guía era poco probable que el puma volviese a buscarlos, ya que el disparo debía de haberlo asustado lo suficiente. Daniel sentía el calor de una mirada, no obstante, y se volvió a regañadientes, fastidiado por ceder a temores infundados. Justo en el linde, como si se tratase de una aparición, vio sus ojos enormes, fijos en él. Su mirada ceniza era lo único luminoso en la oscuridad reinante. Daniel sintió un escalofrío reptar por la columna y, pese a que sus pies deseaban moverse, no lo conseguían.

El rostro de Mayga se fue difuminando poco a poco, tragado por las

sombras.

—¡Dan!

Su padrino lo aguardaba a distancia, mirándolo con extrañeza. El grito tuvo la virtud de permitirle abandonar aquel rincón donde el frío taladraba los huesos.

—¿Pasa algo? —le preguntó mientras observaba alrededor, tal vez buscando rastros del puma.

Daniel negó con la cabeza y pudo, por fin, articular unas palabras. Su padrino lo palmeó y ambos caminaron hasta el vehículo. El ruido del motor ahogó un gemido proveniente de la espesura.

Luego, la noche se cerró tras ellos.



CAPÍTULO 9

Mayga vomitó la cena a orillas del arroyo. Apenas comprendió que estaba viviendo un proceso de empatía, salió de la cabaña con la excusa de buscar agua. Ya habría tiempo para explicaciones. Su padre no le permitió acompañarlo a la oficina de Parques y ella tampoco insistió, al advertir que no se encontraba en condiciones.

Al igual que el puma, bebía inclinada, con la boca rozando el frescor de las aguas que fluían en la oscuridad, intentando calmarse. Había sido potente esa vez. El puma estaba herido. Se sentó sobre la hierba mojada y ocultó la cabeza entre sus brazos. Werken giraba en torno a ella, ansioso, hasta que Mayga le permitió ovillarse en el hueco de su cuerpo. La tibieza del fiel animal la reconfortó. Estaba helando esa noche. Mayga levantó hacia el cielo oscuro sus ojos anegados en lágrimas.

Lo había sentido, empuñando un arma en compañía de otros hombres malvados como él, persiguiendo al puma, acechándolo como bestias cebadas. El hombre de negro tenía un corazón negro también, frío como el hielo de los glaciares más altos, los que jamás se disolvían en las corrientes del lago. Y ella había permitido que una grieta se abriese en su propio corazón por él, al recordar el beso salvaje que le removi6 las entrañas. Se limpió las lágrimas con furia y luego restregó su boca hasta sentir dolor. Quería borrar las huellas de aquel beso para siempre, jamás volver a sentir el roce duro de los labios de aquel hombre. Iba a entregarlo. Diría a su padre y a Medina que ella conocía al que ponía trampas en el bosque y cazaba en las tierras de Omar Yusuf.

—Vamos —apuró a Werken, mientras recorría el trecho que los separaba de la cabaña.

Encontró a la tía Jose encendiendo una lámpara de querosén.

—Ay, hijita, menos mal que llegaste. Estaba inquieta. ¡Es una noche tan oscura! Yo no me acostumbro a verte vagar por ahí a horas tan tardías. Hasta me animé con esta antigualla para que vieses una luz en la ventana. ¿Trajiste el agua?

Mayga sonrió a su pesar. Pobre Josefina, tan poco acostumbrada a la vida rústica. Recordó de pronto que había salido con una excusa.

—Estaba helada y preferí usar la que está aquí para bañarme.

Jose dirigió su mirada hacia el cuarto de baño. Pensar que allá, en la mansión, Cordelia se bañaba en uno enorme y lujoso. Por centésima vez se preguntó cómo había podido adaptarse su sobrina a una vida tan opuesta a la que conocía.

—Vamos a entibiar un poco el lugar, entonces. Debiste haberte bañado más temprano, ahora parece que cayesen carámbanos del techo. Comprendo que no tengan refrigerador, ni falta que hace —y Jose dirigió un vistazo a la ventanita trasera, donde se veía un trozo de res colgando del lado de afuera, conservada en perfecto estado por el intenso frío.

Entre las dos calentaron el cuarto con un pequeño brasero que servía también para entibiar el piso alto, y luego la tía Jose le dio una toalla rosada. Mayga la acercó a su nariz, aspirando un perfume fresco.

—Es verbena —le dijo, anticipándose a la pregunta—. Coloqué algunos ramitos en los estantes donde guardan la ropa, para que huela bien. Sé que tu madre hace lo que puede tratando de embellecer el lugar con su buen gusto, aunque hay luchas que parecen perdidas desde el principio.

No necesitó decir a qué se refería con lo de “luchas perdidas”. Mayga sabía que la tía Jose y su padre no congeniaban. Newen era un hombre duro al que sólo su madre había podido domar y hasta cierto punto, pues la manera en que

se despidieron días atrás revelaba la crudeza del carácter del guardaparque, unida a la tozudez que podía demostrar su madre cuando quería.

—Báñate rápido, que el agua se enfría —le recomendó tía Jose, un poco arrepentida de haber soltado la lengua.

Mayga aceptó desentumecer los músculos, doloridos después de la experiencia vivida. A medida que se volvía adulta, su extraño don se hacía más difícil de sobrellevar. No recordaba un caso como el de este puma. Estaba agotada, le costaba mantener los ojos abiertos. Dejó que el agua cayera sobre su cabeza. Su mamá le decía siempre que tenía el pelo impermeable como pluma de pato. Se metían juntas en el río cuando llegaba el verano, y Mayga reía al ver que su cabello no se mojaba hasta después de un buen rato. El de Cordelia, en cambio, sedoso y fino, se empapaba en la primera zambullida.

Mayga cerró los ojos y trató de no pensar en nada. Al cabo de unos momentos, el vapor del agua creó un capullo confortable en torno a ella.

—Nena, ¿estás bien?

La tía Jose debía de estar agazapada tras la puerta. Mayga la encontraba parecida a su tía Julieta, siempre detrás de los seres queridos, intentando cubrir sus necesidades, olvidada de sí misma en el afán de cuidar de los otros. Su madre era distinta, poseía una fortaleza interna que la resguardaba hasta de la furia de su padre, y Mayga la admiraba por ello. Le habría gustado heredar esa fuerza de su mamá, así como el orgullo de su papá. ¿A quién se parecía ella, después de todo? “Mestiza”, la llamó una vez una compañera de colegio, y Mayga pudo percibir el tono desdeñoso. Se replegó a partir de aquel día, y esa actitud fue considerada por muchos como altivez, cuando en realidad Mayga era tímida. Nunca tuvo una maestra ni un profesor que adivinasen a la jovencita insegura que moraba en ella.

Terminó de bañarse y se envolvió en la toalla perfumada, disfrutando de la sensación. Al salir, encontró a la tía Jose zurciendo medias.

—Hay tantos agujeros que ni sé cómo no te congelas los pies, querida. Sé que la costura no es el fuerte de tu madre. ¿No hay nadie por aquí que haga estos trabajitos?

Cortó el hilo con los dientes mientras contemplaba a Mayga.

—Vístete pronto, tu camisón está sobre la cama.

La tía se sentía responsable por ella.

—Mamá solía llevarle un paquete de ropa a doña Damiana de tanto en tanto, y ella tocaba con sus dedos la costura, cosía de memoria.

—Sí, Cordelia me mencionó a esa anciana en sus cartas. Ha muerto hace tiempo, según supe. También me dijo que era una especie de curandera, ¿no es así?

Mayga asintió. Damiana era lo que en la región llamaban *machi*, mucho más que una curandera. La *machi* tenía contacto con los espíritus, era portavoz e intérprete de ellos, y sus curaciones se hacían siempre con invocaciones a Nguenechén, el Padre creador. Cordelia le había contado que la anciana le enseñaba a preparar infusiones curativas. Su madre organizó una comunidad de mujeres tejedoras en homenaje a Damiana, pues de ella había aprendido no sólo el arte de teñir las lanas, sino el conocimiento de los dibujos auténticos, aquellos que los turistas no conocían, los que los mapuche reservaban para su uso personal, dejando las guardas coloridas y vistosas para el comprador de las ciudades. Lo mismo hacía el viejo Cipriano cuando se vestía como cocoliche para satisfacer las expectativas del turista, acostumbrado a comprar lo que le vendían.

Mayga sabía todo aquello. Quizá la tía Jose tuviese que aprenderlo.

—Hice té de manzanilla para que descanses. Está en la jarrita, sobre la hornalla.

—Gracias.

Josefina dejó la labor en el regazo y se quitó los lentes para observar a Mayga.

—Niña, qué callada eres. No digo que esté mal, es mejor callar que hablar pavadas, pero a tu edad tu madre... —y se corrigió con rapidez, temiendo apabullarla con una comparación odiosa—. Los chicos suelen ser más parlanchines. Claro que en estos parajes, donde todo es tan imponente, hablar en voz alta parece un sacrilegio. Esas montañas asustan un poco.

Mayga se acomodó junto al fuego con su manzanilla humeante.

—A mí me gusta vivir aquí.

Josefina se caló los lentes de nuevo y volvió a la costura.

—En eso coincides con Cordelia. Ama este lugar como si fuese un paraíso. A decir verdad lo es, hay belleza en todos los rincones. Sin embargo, deberías frecuentar a la gente de tu edad. ¿Has pensado en estudiar una carrera?

Mayga ocultó su decepción en la taza. La tía Jose le hablaría de irse de allí para estudiar medicina, como todos los demás.

—Algo debe gustarte. ¿Qué lecturas te agradan, por ejemplo? —y la tía la miró por sobre la montura de los lentes mientras daba puntadas—. Porque no veo ninguna biblioteca por aquí.

Mayga se encogió de hombros.

—Mamá guarda libros en el invernadero, la mayoría sobre plantas, pero hay algunos distintos.

Josefina prestó atención.

—Ah, ¿sí? ¿De qué tratan?

Un poco dudosa, la joven reveló:

—De piratas y viajes por lugares lejanos. Son un secreto —añadió, preocupada.

La tía Jose dejó que sus lentes resbalasen por la nariz.

—¿Piratas? ¡Dios mío, Mayga, debes mostrarme esos libros! Deben de ser los que busqué durante tanto tiempo hasta darlos por perdidos. No puedo creer que Cordelia los haya traído sin decirme nada. ¡Qué muchacha!

—¿Leíste esos libros?

—¿Que si los leí? —y soltó una carcajada tan alegre que Mayga quedó perpleja—. ¡Los devoré, mejor dicho! Están estropeados de tanto darles vuelta a las páginas. Conozco esas historias de memoria, y Cordelia los leía tratando de averiguar por qué yo me encerraba en mi cuarto por las tardes mientras ellos jugaban. Al final, terminamos por leerlos juntas, cuando tu madre se hizo mayor. Adoramos a los piratas.

El semblante de la tía Jose adoptó una expresión soñadora.

—Ahora mismo te los muestro, si quieres —ofreció la joven.

—Hace frío para salir, me parece —aunque Mayga detectó anhelo en la voz de Josefina.

—Te traeré un poncho. De paso, podremos ver si papá está viniendo.

Josefina envolvió la costura en un lienzo y se levantó con presteza.

—Vamos, pero con linterna. Yo no tengo ojos de gato.

Mayga sintió una punzada de tristeza al recordar al puma, aunque mostró una sonrisa en beneficio de la tía, a fin de no aguar su entusiasmo.

Newen las encontró al rato sentadas junto a la chimenea, con las cabezas inclinadas sobre un baúl que él no recordaba y que despedía un olor a cuero que le trajo memorias de su visita a la mansión Ducroix, cuando se enfrentó con el abuelo por el amor de Cordelia. Reprimió el sentimiento de pérdida al no tener a su mujer con él esa noche, y golpeó un poco la puerta al cerrarla, para que notaran su presencia.

—¡Papá!

Mayga se incorporó de prisa, como si la hubiesen encontrado en falta.

—Estábamos leyendo.

La tía Jose encaró al esposo de su sobrina con serenidad.

—Este trabajo suyo nos va a matar de angustia. ¡Es casi de madrugada! Hay café en la cafetera, sopa y bizcochitos de anís que traje de la casa de mi

sobrino. Mayga y yo seguiremos con lo nuestro. ¿No es así, querida?

Newen no contestó, aunque en su fuero interno reconoció que la escena de su hija compartiendo intimidades con la tía Jose le provocó ternura, pues así se había imaginado él la relación de Josefina con Cordelia cuando niña. Ver a las dos mujeres envueltas en la luz del fuego mientras que en la hornalla se calentaba el café le entibió el corazón en esa noche helada donde todo había salido mal.

—Por mí no se preocupen —se limitó a decir, y en dos zancadas llegó a la cocina para servirse el café.

Haciendo caso omiso de la parquedad del puelche, Jose continuó releyendo *La hija del corsario negro* con deleite. Se trataba de una edición rústica, con ilustraciones en blanco y negro. Se veía que Cordelia no había resistido la tentación de pintarlas. Sonrió con nostalgia al recordar los momentos compartidos con sus sobrinos en la mansión, hasta que emprendieron la locura de partir hacia el sur en busca de trabajo. Tampoco olvidaba la furia del abuelo al enterarse, ni la crisis asmática que casi le costó la vida a Emilio. Aquella crisis había desatado decisiones que acabaron por definir los rumbos de todos, incluida ella misma. Josefina jamás le había hecho frente al abuelo, hasta que estuvo en juego la salud de su sobrino. El límite de su paciencia fue rebasado, y ella sacó a relucir la impetuosidad de la sangre que corría por sus venas y que ignoraba que tenía. Era una mujer distinta a partir de entonces, porque por primera vez se sintió valorada por su padre. Qué ironía. Mientras vivió al servicio de M. Ducroix, satisfaciendo sus caprichos y tolerando sus humores, el viejo le dedicaba menos atención que a un mueble de la casa, respondiendo apenas a sus requerimientos y gruñendo cuando lo importunaba con sus consejos. Hasta se enfureció con ella cuando supo que apoyaba las locuras de los mellizos, la tildó de blanda y mojigata, acusándola de haber malcriado al muchachito hasta volverlo enfermizo. ¡Cómo dolieron aquellas palabras, dichas en medio de una vorágine de sentimientos por parte de

ambos! Fue ese dolor lo que la impulsó a buscar un cambio en su vida, a alejarse del abuelo por un tiempo y aclarar sus ideas. Descubrió con amargura que se había postergado durante años, sin tener siquiera el consuelo de sentirse apreciada en sus esfuerzos. Y midió entre lágrimas el tiempo que le quedaba para hacer aquello que siempre había soñado. Fue la mejor decisión de su vida. Ahora era independiente, visitaba al abuelo cada día sin temer que su sombra la opacase de nuevo, y estaba considerando cumplir el anhelo de crear sus propias lociones y cosméticos. La mano le tembló un poco al pensar en el abuelo, con su voluntad minada por la enfermedad. Se había sentido culpable durante mucho tiempo; no obstante, algo en su interior la empujó a proseguir con sus sueños de modo inexorable. M. Ducroix detestaba a los pusilánimes, así que echarse atrás habría significado una desilusión para él, ahora lo comprendía.

Tarde, aunque tal vez no demasiado.

—El preferido de mamá siempre fue éste.

Jose tomó el libro de tapas gastadas que le extendió Mayga y lo acarició con ternura.

Los dos tigres había sido su preferido también, cuando su joven corazón albergaba sueños audaces sobre los piratas de Mompracem.

—Bien lo sé —respondió—. Mira cómo está de manoseado. ¿Lo leíste?

Mayga lanzó un vistazo a su padre, que aparentaba entretenerse metiendo la mano en el frasco de los bizcochos.

—Varias veces —confesó.

—Estamos entonces ante un mal de familia difícil de erradicar, el anhelo de aventuras. Aunque sólo algunas generaciones lo puedan cumplir, en este caso tu madre, al venir hasta aquí sin saber lo que la esperaba. ¿Qué pasará contigo, hija? ¿Podrás cumplir tu afán de ver mundo y gente nueva?

A juicio de Mayga, la tía Jose estaba hablando demasiado alto, corría el riesgo de que su padre la escuchase. Newen tenía sus ideas sobre el futuro de

la hija y quizá esa noche no fuese el momento ideal para debatirlas. El guardaparque parecía ajeno a la conversación, saboreaba su café y anotaba cosas en los registros. Aparte del crepitar del fuego y el roce de las hojas del libro, no había otro sonido que perturbase la noche. La calidez de la chimenea se conjugaba con la hornalla encendida para conservar la cafetera caliente. Newen había colocado la lámpara sobre la mesa para leer mejor las anotaciones, de modo que podía contemplarse un retazo de noche a través de la ventana. El frío había empañado un poco el vidrio y el hombre atisbaba por allí cada tanto, vigilante como siempre. En un momento dado se levantó para enderezar un tronco y permaneció acuclillado ante las llamas.

Mayga habló en susurros.

—Me gustan los viajes, pero mi sueño es aprender a cuidar las montañas y el bosque, como tío Emilio y papá. Quiero ser guardaparque.

Miraba fijo a la tía Jose, suplicando discreción en su comentario, y la tía no la defraudó. Tenía vasta experiencia en lidiar con hombres difíciles. Se limitó a asentir, y leyó en alta voz otro párrafo. Al cabo, cerró el libro con decisión y dijo:

—Creo que siempre hay algún sueño que se cumple.

Arrastraron el arcón de libros hasta la cama donde dormiría la tía Jose. Como la cabaña sólo contaba con un ambiente amplio y un altillo, Mayga había cedido a Josefina su cama y fabricado un lecho para ella con varias mantas de telar junto al fuego. Werken disfrutaba de los cambios y la aguardaba en ese rincón, hecho un ovillo.

Josefina deambuló un poco, acomodando trastos y dando tiempo a Newen para que terminase su tarea y subiese a dormir, así tendría para ella algo de intimidad. Su pudor se rebelaba ante la idea de que la vieses en camisón, o descubriesen que usaba trapitos en el pelo durante la noche.

Ésa fue la razón de su sobresalto al despertar con el rumor de las voces y el tintineo de las tazas. Se incorporó a medias y atisbó entre las sábanas.

El esposo de su sobrina se hallaba sentado de espaldas como la noche anterior, con un café humeante en la mano, lo que le permitió ver el rostro del otro hombre. Esa voz pausada... ¡Medina! ¿Qué hacía el condenado intendente de Parques en ese amanecer helado, conversando con Newen como si se tratase de una tertulia? ¿Y cómo lograría ella salir de la cama sin que la viesen? ¡Hombres! No se daban cuenta de nada. Tendría que pedir ayuda a Mayga. La muchachita y su fiel guardián no se veían por ninguna parte, y cuando Jose escuchó ladridos entusiastas a lo lejos comprendió que también ella se había levantado. Mala suerte. Aquello no era madrugar, era inhumano.

—Buenos días.

Su voz sonó amortiguada, lo que no impidió que Newen la escuchase y volviese el rostro. Medina dirigió su mirada hacia el rincón y sonrió con amabilidad, inclinando la cabeza.

—Buenos días, Josefina —dijo—. ¿Nos acompaña con el café?

La tía Jose se envolvió en la colcha lo mejor que pudo, tratando de salir de la cama con el mayor decoro, dadas las circunstancias. Odió la impasibilidad de Newen, que la contemplaba sin darse cuenta de su incomodidad.

Con una mano se tomó de un pilar de tronco para enderezarse mientras que, con disimulo, se arrancaba los trapitos con la otra. No quería ni pensar en cómo le habría quedado el pelo. Si a esto se veía reducida Cordelia cada día, compadecía a su sobrina con toda su alma. Mucho debía de amar al indio con el que se había casado para soportar tales incordios. Caminó hacia la cocina lamentando no haber encontrado sus pantuflas, pues el piso estaba helado. Aprovechó la cercanía del fuego para entibiarse, en tanto se servía algo de café.

—Es muy temprano —comentó, un poco por curiosidad y otro poco por malicia.

Medina se volvió hacia ella con aire complaciente.

—No tanto, ya son casi las seis. Llevamos una hora de atraso.

Josefina se quemó la garganta al tragar de golpe por la sorpresa. ¡Se levantaban antes de las cinco! Y la niña también, por lo que veía.

Se asomó a la ventana y se estremeció ante el paisaje.

La cordillera ocultaba sus picos más altos entre nubes espesas y las laderas mostraban manchones oscuros allí donde los pinos conseguían asomar entre la nieve. Sin sol que suavizara la crudeza de los cerros, éstos dejaban ver sus pastos erizados de escarcha, entremezclados con rocas y troncos secos. Desde allí se vislumbraba un lago cuyo azul ensalzaba siempre Cordelia y que ese día helado lucía verdoso. La niebla avanzaba hacia la cabaña, amenazando con hacerla desaparecer. Ya casi no se distinguía la bomba de agua, ni siquiera la baranda del porche, donde la tarde anterior ella había dejado colgada una frazada para que se ventilara.

—¿Vamos a quedar metidos en una nube?

Medina sonrió ante el asomo de miedo que percibió en el tono.

—Suele suceder —contestó tranquilo—. No hay que temer nada, conocemos el camino de memoria.

—Pero yo no —objetó Jose—. Y hoy debo bajar a la casa de mi sobrino para ver cómo está Julieta.

El intendente de Parques se asomó para atisbar lo que tanto horrorizaba a la tía Jose y movió la cabeza.

—En su lugar, yo no lo haría. Acá se está caliente y seguro. Mañana, cuando pase la tormenta, habrá tiempo de sobra para bajar.

—¿Tormenta?

—Una de las buenas —afirmó.

Josefina contempló desolada la nieve amontonada donde comenzaba el descenso de la colina. Había caído durante la noche y ya ostentaba la marca de las pisadas de alguien que se había levantado mucho antes que ella. Mayga, o

tal vez su padre, que dormía menos que un murciélago. Ni él ni Medina parecían inmutarse ante la proximidad de una nevada que los aislaría en la cima del cerro.

—¿Y Mayga? —atinó a decir—. ¿Sabrá volver?

Newen dirigió su mirada hacia el porche y la tía creyó advertir un asomo de orgullo cuando respondió:

—Conoce el camino mejor que yo.

“Bueno”, pensó Josefina, “aquí hay una veta por donde empezar a roer la madera dura”. Sorbió el café con más cuidado y permaneció unos momentos contemplando la mañana invernal. En la mansión, el abuelo debía de estar rodeado de almohadones, quejándose por el mal dormir y pidiendo toda clase de cosas, para infortunio de la pobre Greta. El invierno en Buenos Aires solía ser húmedo y lluvioso, calaba hasta los huesos y provocaba tristeza a la hora del crepúsculo, cuando las luces de la calle se encendían. Allí, en la Patagonia, tenía una belleza melancólica que lo cambiaba todo. Pese al frío, la majestuosidad de la cordillera y la hermosura de los lagos infundían el gozo de vivir.

—Saldremos más tarde, pasada la tormenta —estaba diciendo Medina con su tono tranquilo—. La medianoche es el momento ideal, suponiendo que vuelvan a intentarlo.

—Volverán —fue todo lo que dijo Newen.

Entre ambos hombres se hallaba desplegado un mapa con un recorrido marcado en rojo. Josefina espió con disimulo y leyó algunos nombres: Quehué, Toay, Utracán. Vio también que algunas de esas localidades estaban unidas por una línea que formaba un triángulo al que habían pintado de negro. ¿Qué tramaban esos hombres? ¿Un recorrido turístico en una jornada como aquella? Continuó escuchando a medias, pues su vista vagaba por la lejanía en busca de Mayga. A pesar de la confianza de Newen, le preocupaba que la muchacha se encontrara en problemas.

—El leonero podría ser un tipo de afuera —siguió diciendo el intendente—, o un inexperto. Colocó un señuelo muerto, como si el puma fuese carroñero. Habría atraído a tus cóndores si no lo hubieses encontrado antes.

—¿Un empleado de Yusuf?

Medina sacudió la cabeza.

—Está contratando a gente de por acá últimamente, pero podría ser alguien que esté en la ruta del puma y que forme parte de ese circuito. Ahora sabemos que el triángulo abarca tres provincias. Podría ser cualquiera. Mi teoría es —y Medina se repantigó en la silla, dispuesto a conjeturar sobre aquel asunto— que Yusuf interceptó la ruta tradicional del tráfico para satisfacer a sus huéspedes, que vinieron con el expreso propósito de cazar al león.

Josefina miró a Medina con extrañeza.

—¿Un león aquí? —exclamó, sin advertir que su curiosidad la acusaba de estar escuchando.

Los ojos de Newen se clavaron en ella y Medina se apresuró a decir en tono amable:

—El león de las pampas es el puma. Así lo llamaron los conquistadores españoles al verlo, por su pelaje amarillo. Estamos tras la pista del mercado negro, Josefina.

—Entiendo —dijo Jose—. Está prohibido cazar pumas, entonces.

—No es tan fácil.

A pesar de sus años y su firme decisión de no dejarse avasallar nunca más, la tía Jose no pudo evitar estremecerse al escuchar el extraño timbre de la voz de Newen. Le maravillaba que un hombre tan áspero pudiese congeniar con la dulzura de su sobrina.

—Cayuki quiere decir que el puma puede ser cazado en algunos lugares y en otros no, todo depende de las leyes de cada provincia. Sabe, Josefina, aunque nos repugne la idea de matar animales, nada podemos hacer si se trata de depredadores, o si hay personas que los traen para alimentarlos en sus cotos

privados y luego permitir que los cacen. Hay leyes que regulan esa actividad también.

—Es una actividad deplorable —dijo con énfasis la mujer.

Newen no pudo evitar un respingo al advertir en la tía Jose la misma expresión que hubiese utilizado Cordelia.

—Lo es —afirmó Medina—, más allá de que haya abundancia de especies o no. Lo malo es que nos vemos obligados a elegir el menor de los males en cada caso. Este puma en cuestión apareció así, de repente, y no hubo ningún ganadero que denunciase haberlo visto. Esto nos huele mal, muy mal. ¿No es cierto, Cayuki?

Newen se hallaba con la mente lejos de allí. El parecido que acababa de descubrir entre la tía Jose y su Cordelia lo había tomado por sorpresa.

La necesidad de ella lo traspasó como un lanzazo.

—¡Ahí está! —exclamó de pronto Jose, volviendo a la ventana.

Medina se asomó también y vio a Werken correteando sobre la nieve, soltando sus condenados ladridos alrededor de dos figuras que apenas se distinguían en la niebla. Reconoció la silueta espigada de Mayga y junto a ella, la de alguien que le arrojaba bolas de nieve con salvaje entusiasmo. Su cabello negro y su poncho lo denunciaron ante los ojos del intendente: Luciano Necul.

Medina carraspeó y regresó a su asiento, procurando no llamar la atención de Cayuki sobre la ventana. Josefina Ducroix ignoraba de lo que era capaz el puelche si veía al hijo de su enemigo jugueteando con su hija a pocos metros de la cabaña.

—Entonces, Cayuki —retomó con rapidez la charla—, te espero una hora antes de la medianoche en el camino que lleva a El Almojarife. Ha pasado casi una semana y los extranjeros no suelen venir por más tiempo a los cotos privados.

—El caso de Yusuf es distinto, él los invita a su propia casa en lugar de

alquilarles cabañas.

—En ese caso, la espera nos favorece, tenemos más chance de descubrirlo. ¿Quedamos así? —insistió Medina, más interesado en averiguar si Mayga ya se había distanciado de Luciano que en la respuesta de Newen—. Un momento —añadió, fingiendo concentración—. Vamos a dibujar el recorrido una vez más, quiero estar seguro.

Newen nada dijo, pues su pensamiento se hallaba bloqueado por el recuerdo de Cordelia. Dejó que Medina guiase la conversación y miró, casi sin ver, cómo el intendente de Parques trazaba otra vez la línea roja que marcaba la ruta de los leoneros.

Mayga esquivó la bola de nieve que pasó sobre su cabeza y se estrelló en un tronco. El aire se le atragantaba en los pulmones, pues venían persiguiéndose cuesta arriba, y el frío se congelaba en su boca y en su nariz.

—¡Basta! —exclamó, levantando las manos en señal de rendición.

La respuesta fue otro proyectil que esa vez dio en el blanco, tumbándola. Werken ladró excitado y se arrojó sobre su dueña, contribuyendo a que se declarara vencida en la batalla de nieve. Luciano llegó hasta donde yacía la joven muerta de risa y se arrojó a su lado, proclamando su victoria.

—No vale —jadeó Mayga—. Te aprovechaste de mi tropezón.

—Vale todo, como en la guerra. Ahora, tendrás que pagar.

Mayga se apoyó sobre los codos, luego de sacarse a Werken de encima con un empujón.

—¿Y cuál es el precio?

Luciano contempló el rostro de labios formados, las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes bajo el gorro de lana. Mayga era hermosa. Y no era para él.

Ese pensamiento ensombreció el grato momento que pasaban juntos, pues Luciano no aceptaba una negativa y sabía que eso era lo que le esperaba, tanto

de parte de Cayuki como de su padre. Y Mayga. ¿Qué opinaba ella? Nunca se atrevió a sondear los sentimientos de la muchacha, temeroso de llevarse una decepción.

“El precio es un beso”, pensó, aunque no se atrevió a decirlo.

—Me acompañarás esta tarde a ver a mi padre.

Mayga curvó los labios en un gesto de desencanto.

—Va a nevar.

Luciano se encogió de hombros.

—Qué importa. Quiero mostrarte algo, un lugar de *lahuenco* que nadie conoce, ni el patroncito tampoco.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Un lugar que yo sé.

—¿La probaste?

—No la necesito, estoy sano y fuerte como un tronco —alardeó, levantándose de un brinco.

—Tomar agua medicinal no siempre quiere decir que uno esté débil —adujo ella, pensativa—. Creo que a mi madre le gustará saber que hay un manantial así. ¡Y a la tía Jose también! —agregó con entusiasmo—. Ella le enseñó a mamá todo lo que sabe.

—Vayamos solos primero, luego le diremos a tu tía.

—Está bien. Te busco a la tarde, después del almuerzo, en la calle de las cuatro esquinas.

Luciano se la quedó mirando mientras subía la pendiente hacia la cabaña seguida de su incansable perro, y se mordió el labio, inseguro. La había invitado por puro gusto de compartir más tiempo con ella. Ya vería qué excusa le pondría, pues la existencia de *lahuenco* en la estancia de Zavaleta era sólo un dicho de los viejos del pueblo, que a veces se colaban entre los alambrados para buscar agua sin permiso. La visita a su padre le permitiría hacerse de algún dinero de paso, ya que los billetes se le habían acabado hacía rato.

Imaginaba lo que diría Mario Necul ante su reclamo: “Trabaje, m’hijo, que ya es grande pa’ limosna”. ¡Maldito, ni que él hubiese ganado el premio al más trabajador! Bien sabía él que en su juventud su padre había calentado los ánimos de los mapuche azuzándolos contra el patrón, el mismo que ahora le daba pan y agua.

Luciano escupió en la nieve y luego se limpió con el poncho.

—Lameculos.

Los ladridos de Werken acompañaron su descenso hasta que la distancia los tornó lejanos y la nieve lo envolvió en un denso silencio.

Newen tomó sus pertrechos y salió al frío matinal. Con tormenta o sin ella, la ronda no debía interrumpirse, sobre todo porque necesitaba comprobar que el último cóndor liberado hubiese hallado el alimento que le dejó en las rocas. Cóndores y pumas se complementaban, los restos del festín del felino quedaban para las aves, de ahí que hubiese que afinar los sentidos con un puma merodeando. Las palabras de Medina retumbaban aún en su mente. Era cierto que la gente del lugar consideraba al puma un depredador de ovejas y eso amparaba la decisión de las autoridades que otorgaban permisos de caza con liberalidad. También era cierto que los animales domésticos morían más por causa de los zorros, si bien los ganaderos no hacían ninguna diferencia. Hasta se había llegado a practicar la caza de recompensa, ofreciendo dinero por pieles de puma, sin importar de dónde procedían. Esas prácticas viles se veían fomentadas por la necesidad de los lugareños de encontrar medios de subsistencia. A menudo, la gente de la región era la que mostraba el comportamiento más mercenario. Ellos conocían el lado duro de la vida en los paraísos del parque nacional.

Como Mario Necul.

Newen se detuvo en el borde de un barranco y su mirada recorrió el entorno

como si él mismo fuese un puma eligiendo territorio. Entre Necul y él no había redención posible, a pesar de que el mapuche se había convertido en los últimos tiempos en un hombre de trabajo de La Señalada. La antinomia era demasiado honda. Desde aquella vez en que se enfrentaron durante un Nguillatún, el abismo que los separaba era infranqueable. Habían sido épocas difíciles, tanto para Necul como para él. El mapuche vivía el destino de todo nativo marginado, pobre y resentido con el blanco. Newen reconocía que en los años recientes las cosas habían empezado a cambiar para ellos, en gran medida gracias al aluvión turístico, que exigía recuperar las tradiciones para atraer al público ávido de exotismo, sobre todo los extranjeros.

En cuanto a él, aquella época había sido el castigo de los dioses por sus actos.

En su corazón no había habido sitio para el amor ni el perdón, en especial el perdón de sí mismo. Y los dioses, implacables, le habían enviado a Cordelia como un ángel vengador y redentor a la vez. Su vena nativa le permitió vencer al pasado y encarar el futuro, pues la sangre de sus ancestros había abonado la tierra y conservado el espíritu de los antiguos centauros de las pampas. Newen era consciente de su tradición, otro motivo de enfrentamiento con Mario Necul, quizá el más profundo. Aquella vez, en el Nguillatún, entendió que la raíz del odio se encontraba en que él siempre sería un tehuelche en la tierra conquistada por los mapuche. El odio era mal consejero, sin embargo: cuando Necul insultó a su estirpe, los Kirk, Newen se dejó arrastrar por ese veneno y ambos rodaron sobre el polvo de la ceremonia sagrada, deshonrándola.

Se avergonzaba de sus actos, por eso trataba de templar su espíritu con el trabajo rudo. Sabía que en su interior moraban demonios todavía.

La niebla se había retirado y quedaba el aire suspendido que precedía a la nevada.

Al fondo del barranco, las aguas del lago brillaban quietas. Ningún ave

surcaba el cielo ni había señales de vida en el bosque de abajo. Las criaturas aguardaban la tormenta en sus refugios, con la sabiduría del instinto.

Las botas de Newen aplastaron la nieve sucia y ese crujido se multiplicó en las paredes de la roca. La figura del puelche resultaba imponente en el paisaje helado, con su altura, su fortaleza y su arrogancia. Aunque no buscaba intimidar, Cayuki lo hacía, y disfrutaba de los beneficios de la soledad que eso le traía.

Desde su apostadero divisó la silueta de Kauchu planeando bajo, justo encima de la carne podrida que él había colocado el día anterior. Disfrutó un instante la belleza del ave, que aún conservaba el color pardo de los ejemplares juveniles. Kauchu hacía honor a su nombre: era un espíritu libre, sin ataduras. Newen activó la antena satelital para corroborar el funcionamiento del transmisor colocado en las alas del cóndor. El sistema de conservación que llevaban practicando desde hacía años con la Fundación Bioandina daba excelente resultado. Cada temporada liberaban con éxito varios pichones, criados en cautiverio con la asistencia de títeres de látex que imitaban a los verdaderos padres. Newen mismo poseía dos de esos títeres, fabricados por artistas de Buenos Aires, para alimentar a los pichones en la incubadora. La parte más emocionante, sin embargo, era la que se desarrollaba en la meseta de Somuncurá cuando, en medio de una ceremonia ancestral, los jóvenes ejemplares eran liberados. Contemplar el vuelo, inseguro al principio y luego firme de aquellos cóndores que llegarían hasta el mar si el Espíritu los protegía, era el mayor premio para tanto esfuerzo.

Kauchu encontró la carne y se abalanzó sobre ella. Segundos después, otro cóndor se acercó al festín. No era de los liberados, pensó satisfecho Newen, de modo que Kauchu se había integrado sin problemas a la vida silvestre. De seguro anidaría en el dormidero de la ladera sur. Se deslizó hacia atrás para no interrumpirlos y enfiló hacia el camino que llevaba a lo de doña Damiana. A menudo permanecía allí en soledad, invocando el espíritu de la *machi*, que

parecía velar por él desde la *wenu mapu*.

Todo estaba tal como si sus cosas la aguardasen al final del día: la rueca, los corrales, el balde para el maíz. Newen empujó la puerta y entró a la *ruka* de adobe y paja. El frío impedía que los malos olores germinasen, de modo que se respiraba un aroma de tierra mojada unido al de las hierbas que la *machi* había utilizado en sus brebajes y emplastos.

Newen se sentó sobre el camastro y sus ojos vagaron por la penumbra. La presencia de Damiana era tan palpable que pensarla muerta parecía absurdo. Había fallecido a la edad de noventa y siete, trabajando en su telar como cualquier día, canturreando para acompañar el balanceo del cuerpo, murmurando plegarias, mezclando todo en el lenguaje de la tierra, el *mapuzugun* que los dioses escuchaban. Newen cerró los ojos, pues aquella mujer casi centenaria no había precisado de la vista para saber y entender. Era ciega ya cuando él la conoció, lo que maravilló a Cordelia desde la primera vez. O la espantó, mejor dicho, ya que la Cordelia que llegó entonces a Los Notros no era la misma que hoy subía a los cerros para visitar a las tejedoras o bajaba al pueblo para reunirse con su cuñada, ni la que había amamantado a su hija en medio de las tormentas de invierno, calentándose junto al fuego mientras él tallaba otra de sus estatuillas misteriosas. La Cordelia de antes no sabía nada de la vida en el sur agreste, y él había podido gozarse en su ignorancia y en su miedo. Las cosas eran distintas en ese momento. Cordelia se había convertido en una mujer capaz de enfrentar los rigores de un territorio salvaje y, más que nada, de enfrentarlo a él en medio de sus humores terribles.

Newen dejó que los recuerdos pasaran sin detenerlos, para hundirse en su interior sin ataduras. Un rostro llegó de improviso a su mente, un recuerdo largo tiempo enterrado, junto con sus ilusiones: el de un bebé moreno y regordete, de ojos negros como los suyos, sostenido por los amorosos brazos de su madre rubia.

Meullen. No deberían haberlo bautizado con ese nombre que aludía a los

torbellinos de agua y de aire. Cordelia lo encontró apropiado porque en la mitología mapuche solía llamarse así al niño que daba muchas vueltas antes de nacer, algo que Meullen había hecho, sin duda. Doña Damiana se había conmocionado al sacarle el *tayel*, Newen lo percibió entonces y siempre le quedó aquella duda: si la vieja *machi* habría captado durante la ceremonia tradicional el destino fatal del niño.

Fueron tiempos duros. Mayga tenía poco más de un año y Cordelia se encontraba debilitada por el parto. Enterraron el cuerpecito en el cementerio indio, donde después dormiría la propia Damiana. El hippie viejo quiso fabricar con sus manos la cajita de cedro y las mujeres hilanderas los lienzos con que lo envolvieron. Era una mañana gris y helada como aquella cuando lo sepultaron. A manera de despedida, un grupo de cóndores sobrevoló a la comitiva durante todo el camino.

Newen no recordaba otra cosa que el dolor inmenso y lacerante que cruzaba su pecho hasta la espalda, manteniéndolo erguido como un tótem. No había llorado ni mostrado un solo gesto que denunciase lo que ocurría en su interior. Cordelia, en cambio, debió sujetarse de Emilio y de Julieta para poder caminar ya que, tanto por la debilidad como por la tristeza, sus piernas no la sostenían.

En aquella época tuvieron su primer distanciamiento. Cordelia se trasladó junto con la beba a la casa de su hermano en el pueblo, a fin de que Julieta pudiese atenderlas a ambas, y él quedó a solas como había vivido siempre, en lo alto del cerro, sin otra compañía que la de su fiel Dashe. El perro lobo percibía su pena y no se separaba de él ni siquiera para procurarse alimento. Por las noches, mientras el fuego ardía hasta consumirse, Dashe se echaba atravesado en la puerta como si procurase impedir con su cuerpo que Newen se perdiese para siempre en el bosque. Él no bajó al pueblo en todo ese tiempo. Consumió su dolor hasta las heces y cuando su espíritu alcanzó la renovación, junto con la primavera, Cordelia regresó con el semblante serio y

triste. Él no le permitió nombrar al niño nunca. Entre los nativos no se mentaba al muerto, los espíritus se ocupaban de él. Cordelia hubiera querido recordar los rasgos de su carita, guardar un marco pequeño con su foto. Newen no la dejó hacerlo. Acostumbrado a endurecer su corazón ante las desgracias, no supo comprender la sensibilidad de su esposa, educada en otras costumbres y necesitada de consuelo. Reconocía que, de no haber sido por Emilio y Julieta, Cordelia habría sucumbido a la pena. Mayga era aún muy pequeña, y su presencia sólo ahondaba la ausencia del que había partido a la *wenu mapu* antes de conocer el paso por la vida.

El triste recuerdo dejó paso a otro: la primera cabalgata de Mayga. Su padre la subió a un potrillo a la edad de cuatro años, ante la mirada ansiosa de su madre y de su tía. La pequeña supo de modo instintivo erguir la espalda y apretar las piernas sobre los ijares, como si hubiese nacido a lomos del caballo, al igual que sus ancestros de sangre puelche después de la conquista. Newen no había podido disimular su orgullo en aquel momento: su hijita era digna descendiente de la estirpe de los Kirk.

Muchas imágenes de su vida desfilaron en su mente antes de alcanzar el estado de trance. Lo primero que vio con los ojos del espíritu fue el rostro de Cordelia, sonriente y bello como siempre. Se encontraba en una habitación de la mansión Ducroix que él no había conocido: la cocina. A su lado, alguien la hacía reír, una presencia masculina importante que Newen no alcanzaba a distinguir. El sonido cristalino de su risa lo subyugó, como le sucedía desde que la escuchó reír por primera vez. Pese a la vitalidad que emanaba de su esposa, había en esa casa una niebla oscura que impregnaba todo y le provocó un estremecimiento: la enfermedad del abuelo. Newen sintió la esencia viscosa de ese mal y estuvo a punto de despertar, cuando otra imagen se superpuso: un ser etéreo sin rostro, cuya presencia lo inundó de dicha. Lo veía y no lo veía, pues carecía de contorno aunque poseía identidad. Una paz balsámica lo invadió y se sumergió de tal manera en ella que despertó

asustado.

El reencuentro con lo cotidiano fue brusco y permaneció aturdido un rato antes de incorporarse para volver a salir.

—Kooch —dijo por lo bajo, invocando al dios tehuelche.

Aquella luminosidad sin nombre era muy fuerte y Newen no entendía la visión. Lamentó que Damiana no estuviese a su lado, si bien soñar en su casa era un modo de recuperar el contacto cuando la necesitaba. Casi lograba comunicarse mejor que cuando la vieja vivía, pues en aquellos tiempos Newen era aún más hermético y desconfiado.

Desanduvo el camino rumbo a la cabaña para asegurarse de que todo estuviese en orden antes de proseguir la ronda. La tormenta se hallaba próxima y convenía advertir a la tía Jose, a fin de evitar que sucumbiese al pánico.



CAPÍTULO 10

—¡Greta! ¡Greta! Mujer inútil, desaparece dejándome aquí, echando raíces como un yuyo. ¡Greta!

“El abuelo conserva su voz”, pensó Cordelia, y atisbó entre las hojas que estaba podando. Había decidido dar una mano al viejo jardinero, pues el parque de la mansión ofrecía un aspecto deplorable y ningún comprador se dejaría tentar si lo viese en ese estado. El cerco de abelia había crecido tanto que para podar las ramas altas había que encaramarse en el último peldaño de la escalera y hasta trepar un poco. A través de los huecos vio al abuelo en su sillón de mimbre, con las piernas envueltas en frazadas y la bufanda alrededor del cuello y el pecho. Su cabeza blanca lucía deshilachada por el viento, aunque la tez había cobrado color desde que salía todas las mañanas al fresco. Demasiado fresco, se dijo Cordelia, y bajó de la escalera para ayudarlo a entrar a la casa. Le prepararía un té cargado con miel y limón.

El abuelo ofrecía una imagen pintoresca, arropado hasta las orejas entre los rosales y con el ceño fruncido, indiferente a la belleza de las plantas.

—¿Cansado, abuelo? —le comentó, mientras se quitaba los guantes de lona. M. Ducroix la miró con furia contenida.

—Si mis pies hablasen, dirían que necesitan riego. Esta mujer no vale lo que cobra, me ronda cuando no la necesito y se esconde cuando la llamo. ¡Greta! —volvió a gritar por puro gusto.

Cordelia se guardó los guantes en el bolsillo del delantal y ofreció su brazo al abuelo. Evitaba tratarlo como a un inválido, intuyendo que el orgulloso M. Ducroix odiaba eso, y además porque ella misma necesitaba verlo altivo como

siempre.

—Vamos adentro, yo también estoy cansada y me apetece algo caliente y sabroso.

Caminaron juntos por el sendero bordeado de plantas esqueléticas hasta la entrada de servicio. Los recibió una cocina fría y destemplada. Cordelia se apresuró a encender la estufa y las hornallas, después de dejar al abuelo sentado a la mesa. El hombre miraba a su alrededor como reconociendo terreno.

—Pocas veces he entrado aquí —comentó—, ni siquiera cuando vivía la abuela.

Cordelia sabía que al abuelo no le interesaban los asuntos domésticos y que jamás rondaba las habitaciones que él consideraba femeninas, como los cuartos de servicio o la cocina. En las épocas de bonanza, la tía Jose era la encargada de dirigir a un pequeño ejército de sirvientes de los que sólo quedaban el viejo jardinero y una mujer que trabajaba por horas. Todo indicaba que aquella mansión debía venderse lo antes posible, y sin embargo ella no conseguía atenuar la tristeza que eso le producía.

—Lástima, abuelo, nos hemos divertido mucho en este rincón.

El abuelo contempló a su nieta mientras colocaba la tetera y dos tazas en una bandeja.

—Rara idea de la diversión —masculló con malicia.

Cordelia sonrió a medias. Nunca sabrían su esposo y su abuelo cuánto tenían en común. Recordaba los tiempos en que tuvo que asistir a Newen después de que fue acuchillado en el bosque por los esbirros de Omar Yusuf, contratados en secreto por Isabel Zavaleta. El puelche no había hecho otra cosa que molestarla, criticando todo cuanto hacía, vengándose en ella por ser testigo de su debilidad física. Eran hombres orgullosos, acostumbrados a no depender de nadie. El abuelo no admitía su enfermedad, que lo menoscababa ante sus propios ojos.

—No te escuché toser hoy.

M. Ducroix hizo un gesto con la mano.

—Me reservo para esta noche, cuando todos duerman.

—En ese caso podemos recurrir a los fomentos, como hacía la tía Jose con Emilio.

Ese recuerdo provocó un rictus de dolor en el abuelo. La relación con el nieto era una deuda de la vida aún sin saldar, y se sentía urgido de hacerlo.

—Hablando de Roma, ¿dónde está ese legionario? Desde que vino lo he visto sólo un par de veces.

Cordelia reconoció que era cierto. Emilio rehuía la compañía del abuelo, no sabía si porque le dolía verlo postrado o no le perdonaba el rechazo de la infancia. Esperaba que fuese por lo primero y que su hermano hubiese perdonado al viejo, de lo contrario lo acosaría la culpa cuando ya no estuviera.

—Emilio se está ocupando de los asuntos inmobiliarios, abuelo, porque la casa es grande y difícil de vender, salvo que quieran hacer de ella un hotel o algo así.

—¿Un hotel? ¡Qué idea ridícula! ¿Quién va a venir hasta aquí a hospedarse?

—Hay gente para todo.

—Eso es cierto. Hay mujeres a las que se les paga para atender a un viejo y huyen a refugiarse en su cuarto como torcazas asustadas cuando se las llama.

Cordelia advirtió que el abuelo decía eso al ver entrar a la enfermera.

—Señora, no sabía que estaba aquí. Déjeme, que yo me encargo de todo — dijo la mujer al ver que Cordelia estaba sirviendo el té.

—No se preocupe, Greta, hoy quiero tomar el té con mi abuelo. Vaya usted a prepararle el cuarto para cuando se recueste.

Greta desapareció, aliviada de poder salir del radio de vigilancia del halcón.

—Lo dicho, una torcaza. O una gallina vieja, mejor.

—Abuelo, no seas malo, sabes que con tu carácter asustas a todos. Nos asustabas a nosotros cuando éramos chicos.

El abuelo entrecerró los ojos azules al escuchar eso.

—No creo que usted se haya asustado tanto, señorita.

Cordelia ahogó una risa.

—Bueno, yo solía ser muy atrevida.

El rostro del abuelo se suavizó al recordar momentos felices.

—Ah, sí, audaz y atrevida. Muy parecida a mi Colette. Todos la veían dulce y buena, pero yo sabía que era un demonio de mujer. Lograba de mí todo lo que quería. Como en tu caso con Cayuki, ¿no es así?

Cordelia se ruborizó. Hasta cierto punto, podría decirse. En lo sustancial, Newen no se había ablandado en absoluto.

—Mi esposo es un hueso duro de roer.

—Bah, como todos. Nadie cede, en apariencia. En mi juventud, le permití a tu abuela varios caprichos de los que me maravillo ahora. Dicen que éste es un mundo de hombres. Yo digo que las mujeres dominaron el mundo desde siempre, aunque nadie se haya dado cuenta. ¿Qué tiene este té? Sabe a humedad.

—Miel y limón, nada más. ¿Le pongo azúcar también?

—¡Pues claro! Debe permitírsele algún gusto al moribundo, ¿no?

La palabra cayó como plomo entre ambos y el abuelo se arrepintió enseguida de haberla pronunciado. Desde que llegaron sus nietos, la enfermedad no había empeorado, aunque él no decía cuánto le costaba ponerse de pie todas las mañanas para dar satisfacción a Cordelia, que insistía en “las curaciones del espíritu”. Debía reconocer que a él también le gustaba verse de pie, a pesar de que luego su cuerpo maltrecho se tumbase como un fardo en la cama.

—Todos vamos a morir, el asunto es decidir cuándo —añadió, tratando de minimizar lo dicho.

Cordelia sorbió el té, que le costaba tragar por la pena, y luego repuso, más calmada:

—Mayga quiere ser guardaparque, abuelo, ¿lo sabías?

Agradecido por el cambio de tema, el abuelo atacó de inmediato:

—Es lógico, puedo imaginármelo, viviendo allá sin ver más que montañas y lagos, ¿qué otra cosa podría ocurrírsele a esa chica?

—Es más que eso. Mayga tiene un don especial para entender la naturaleza. El problema es que su padre no la entiende a ella.

Eso acaparó toda la atención del abuelo.

—¿Cómo?

—Newen desea que su hija estudie en la capital, que siga la carrera de medicina.

El abuelo se quedó un momento callado, rumiando.

—¿Medicina? ¿Y por qué?

Cordelia se encogió de hombros mientras servía una segunda ronda de té.

—Ella tiene el don de curar y el padre no quiere que lo desperdicie.

—¿Y su madre qué quiere?

Era sorprendente que el abuelo preguntase por su opinión; él, un hombre acostumbrado a tomar decisiones por todos. Aunque también había sido sorprendente que aceptara a Cayuki antes que nadie, viendo en el puelche quién sabía qué cosas que lo convencieron de su valía como marido de su nieta.

—Yo la dejaría decidir —repuso Cordelia—. Ella es muy sensata, sabe lo que busca. Y está convencida de ser capaz de custodiar el parque igual que cualquier hombre. Newen confía en su capacidad, pero cree que se malogrará si se queda en Los Notros, quiere para ella un futuro mejor.

—El futuro de los *winka*.

Cordelia se sobresaltó al escuchar a su abuelo pronunciando palabras en *mapuzugun*.

Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

—Sí. Nos prometimos educar a nuestros hijos en ambas culturas, para que no se sintiesen marginados de ninguna, pero no es fácil tomar decisiones de futuro. Si ella estudia medicina se alejará de la sabiduría tradicional, la que practican los *machi*. Y si se queda en el pueblo, nunca tendrá la categoría de médico.

—¿A ella le gusta curar a la gente?

—Se le da bien, no es que le guste. Tiene intuición y habilidad.

El abuelo hizo un gesto de desagrado al comprobar que su té no tenía bastante azúcar.

—Las mujeres de esta casa han sido todas medio brujas. Tu abuela, tu tía, ahora tú misma con todas esas plantas, los brebajes inmundos... Me extrañaría que mi bisnieta no heredara algo de eso. De ahí a que deba hacerlo hay un gran trecho. La muchacha tiene derecho a elegir lo que le gusta. Ya no corren los tiempos en que los hijos secundan las labores de los padres y los abuelos. Hoy los jóvenes deciden por sí mismos, para su mal muchas veces, hay que aclarar. Paciencia, ya les tocará pagar por sus errores. Tu marido es un hombre cabal, no lo veo decidiendo algo que perjudique a su propia hija.

—Newen es muy terco, abuelo, se le ha metido en la cabeza que no quiere que ella sea guardaparque.

—Ah, eso es otra cosa. Quiere sacarla de allí, entonces.

Cordelia se detuvo con la taza a medio camino, sorprendida. ¿Tendría razón el abuelo? ¿Lo de la medicina sería un recurso para que Mayga se fuese de Los Notros? ¿Y por qué? ¿Para bien de la hija, o porque Newen no sabía qué hacer con ella cuando creciera? Descubrir esa posibilidad la hizo tambalear en su posición. El abuelo no sabía nada del bisnieto perdido. Meullen había nacido prematuro durante el tiempo en que él viajaba por Europa con la tía Jose, de modo que no tenía forma de saber que Newen añoraba al hijo varón que no tendría. Más de una vez, Cordelia pensó si no sería ésa la causa de que

fuese tan rígido con Mayga. La muerte del niño había creado una brecha entre los esposos, que se disimulaba con el ajetreo diario y los encuentros fogosos por las noches. Cordelia sentía un vacío en su corazón, no sólo por la pérdida sino por la manera brutal en que Newen se encerró en sí mismo cuando ocurrió. Esa actitud lo alejó de ella y enfrió su amor, pese a que los años los devolvieron al trato de antes.

—No lo había pensado —murmuró, casi sin darse cuenta.

—Pues es lógico también. La chica es joven, hermosa sin duda, está rodeada de vagos, y no le espera otro final que casarse con uno de ellos y criar un hijo tras otro. Tu marido planea una vida mejor para su única hija.

La crudeza de las palabras del abuelo no impidió que Cordelia las reconociese como ciertas. Las oportunidades para una chica como Mayga no eran muchas en Los Notros. Varios de sus compañeros de escuela habían partido hacia otros rumbos en busca de mejores trabajos o carreras promisorias. Los de origen mapuche se habían quedado ayudando a sus padres con el rebaño, o conchabados en estancias para trabajos ocasionales. En definitiva, Mayga no tenía amigos salvo Luciano Necul, cuya presencia estaba prohibida en la casa, otro rasgo de despotismo de su esposo. Si ella pudiese, acogería a Luciano para evitar que su cabeza rondase por lugares equivocados, en vez de empujarlo a hacer cosas que después lo encasillaban en el papel de rebelde y hasta de malviviente. Cordelia recordaba la impresión que le había causado Mario Necul cuando lo vio por primera vez, arengando a la gente en contra de los *winka*. Temor. Rechazo.

Sin embargo, al final Mario había sido el salvador de Newen, pues sus palabras ayudaron a resolver el caso de su secuestro y sobre todo quitaron del corazón de Cayuki el peso de un crimen que él creía haber cometido en su primera juventud. Su esposo debía de estarle agradecido en lugar de mantenerlo a distancia.

No se podía esperar que Newen cediese, pensó disgustada.

—¿Y bien? ¿Estoy o no en lo cierto? ¿Di en la tecla? —dijo el abuelo, entusiasmado.

Cordelia volvió al presente y contempló divertida el cambio producido en el semblante del hombre mayor. Se lo veía animado, con los ojos brillando de satisfacción contenida, deseoso de disolver las preocupaciones de su nieta. Cuánto bien le haría encontrarse allá, disfrutando de su familia, en lugar de agonizar en una casa vacía, con la sola compañía de una mujer que a duras penas lo soportaba.

Ese pensamiento le encendió la mente. ¿Por qué no? ¿Acaso algo cambiaría si el abuelo fuese a Los Notros? Si viajaba cómodo y abrigado. ¿Era tan descabellado? Con el corazón latiendo de emoción, Cordelia sirvió la tercera taza de té, sin ver el gesto desconsolado del abuelo, mientras pensaba cómo resolver los obstáculos que pudieran impedir el proyecto que acababa de nacer. Por eso no escuchó las palabras de M. Ducroix al verse de nuevo ante la taza:

—El té es para los enfermos, ya lo decía yo.

El proyecto ya no parecía tan fácil ante la tozudez de Emilio.

—No y no, Cordelia. Estás loca, siempre lo has estado.

—¿Por qué, Emilio? ¿Acaso no viajan los ancianos?

—Los ancianos moribundos no.

—¿El abuelo no está moribundo!

—¿Qué ha ocurrido en mi ausencia? ¿Algún halo mágico descendió sobre él? ¿No tose, acaso?

—También tosiste durante toda tu vida y no agonizabas.

Emilio enmudeció, lívido de ira. Cordelia supo que lo había herido y se apresuró a conformarlo.

—Ya sé que no es lo mismo. En tu caso, era crónico y se debía al sistema

nervioso.

—No vayas por ese camino, hermanita, que no es el correcto.

—¿Cuál es, entonces? ¿Qué sugieres para el abuelo? —exclamó impaciente

—. ¿Dejarlo solo, como haces cada día?

—Salgo para resolver asuntos que le conciernen a él, precisamente.

—¡Sales para no verlo! Me doy cuenta, Emilio, lo estás esquivando. Y él también lo nota, hoy preguntó por ti.

Emilio se mordió la lengua para no averiguar cómo y en qué circunstancias había preguntado por él. Era orgulloso también, era un Ducroix, después de todo.

—Ni siquiera él, con toda su soberbia, aceptaría viajar al sur en pleno invierno. Debe de tener alguna cordura, después de todo.

—En esta casa hace más frío que en mi cabaña. Allí por lo menos hay siempre un fuego encendido. En esta cocina el aire parece congelarse.

—¿Llevarías al abuelo a tu cabaña? ¿Con Cayuki? Cordelia, me parece que te afectó el cerebro este viaje. Ya decía yo que no era conveniente quedarse tanto tiempo.

—¿Tanto tiempo? Hace apenas una semana que estamos y ni siquiera conseguimos enderezar la casa.

—Esta casa no tiene arreglo. Lo mejor que puede hacerse es venderla al mejor postor, aunque eso signifique malvenderla. El agente inmobiliario me dijo hoy que esta mansión es como un elefante blanco, todos lo admiran pero nadie lo quiere.

Cordelia abrió la boca para replicar y se contuvo al ver que su hermano también sufría. Las mejillas se le habían teñido de púrpura y respiraba con dificultad, como cuando era niño. Parecía que la casa lo había regresado a los tiempos de su asma crónica. Ella misma respiró hondo para calmarse y volvió a la carga con más dulzura.

—Ya sé que puede sonar disparatado, pero confía en mí cuando te digo que

las enfermedades provienen del espíritu, sólo que en esos momentos nadie lo ve. Se dan cuenta recién cuando es demasiado tarde, cuando aparecen en el cuerpo los síntomas.

—Cordelia, ¿hablas en serio? ¿Crees realmente que el abuelo podría curarse sólo por tu voluntad?

—No por la mía, sino por la de él. Ésa es la diferencia.

—Hermana, a veces siento que la vida en la cima del cerro te ha trastornado. Tanto convivir con doña Damiana y sus brujerías...

—Ella no era bruja, sino una *machi*.

—Permíteme darle el nombre cristiano a lo que ella hacía.

Cordelia inspiró de nuevo. Ella podía ser tan tozuda como él, lo había demostrado con creces durante su infancia.

—Bien, dejémoslo vivir aquí, abandonado, viendo cómo se vende la casa en la que transcurrió su vida entera, para luego ir a un hospicio a pasar sus últimos días.

—No dramatices. Nadie habló de llevarlo a un hospicio.

—¿Y qué hará cuando la casa sea de otro? ¿Crees que la tía Jose volverá a vivir con el abuelo después de haber conseguido algo de independencia?

Emilio pareció dudar ante ese argumento. En realidad, nadie había previsto el futuro del abuelo en ese sentido práctico, quizá porque todos creyeron que no llegaría el día en que viese la casa vendida. La propuesta de Cordelia sonaba descabellada y era cierto también que el abuelo necesitaría un lugar donde vivir. Podía suceder que, de pronto, apareciese un excéntrico tratando de comprar la mansión. El agente inmobiliario le había dicho: “A esta casa hay que encontrarle el novio”. Esa figura retórica lo había animado al principio, todo se reducía a buscar el dueño adecuado, aquel que había nacido para una casa como esa. La cuestión era saber dónde buscar sin dar pasos en falso.

—Estoy cansado, Cordelia —dijo al fin, pasándose la mano por la cara—.

Hoy hablé con Medina y él asegura que el asunto del puma va más allá de una trapacería de Yusuf. Podríamos estar tras la pista de una ruta interprovincial de tráfico de especies. Luego supe por Félix que Julieta no se halla bien, está muy agotada en estos días. No entiendo por qué, siendo su segundo embarazo, lo lleva tan mal.

Cordelia se compadeció de la carga que suponía para Emilio ocuparse de su familia y del trabajo a la distancia. La vida doméstica con los gemelos no había sido fácil. Cristian y Félix eran dos diablos cuando se lo proponían y estaban atravesando una edad en la que las libertades eran tan necesarias como peligrosas. Sus travesuras ya no eran recibidas con indulgencia, pues podían causar serios problemas. Y Julieta no poseía el carácter apropiado para lidiar con ambos. Sabía que para su hermano aquélla era la mayor preocupación, que los muchachos enfermasen a la madre.

—Deberíamos haber traído a uno de los dos con nosotros —comentó—. A lo mejor, cuidar al abuelo templaría su carácter. Tal vez los chicos necesiten ocuparse de alguien.

—Tienen a su madre para ayudarla, no hace falta que yo esté detrás de ellos para que se den cuenta. Hay veces en que me pregunto en qué nos equivocamos con Julieta. Quizá fuimos demasiado blandos, quisimos brindarles amor más que otra cosa. O puede ser mi culpa, por haber sido criado de modo tan rígido quise hacer lo contrario con mis hijos.

—Insisto en que deberían dedicarse a diferentes cosas, están demasiado tiempo juntos para cometer diabluras.

—No se separarían ni un día uno del otro, andan pegados como estampillas. Cordelia sonrió.

—Igual que nosotros, ¿no?

Emilio tuvo que ceder también a la sonrisa. Recordaba los años de la infancia, cuando si uno lloraba el otro se angustiaba, o si uno de los dos enfermaba, el otro caía enfermo también. Los mellizos Ducroix no tenían

términos medios.

La acercó a él y la abrazó, sintiéndose dichoso de contar con su presencia.

—Hermanita, a veces creo que rompieron el molde con nuestra familia y que estamos todos condenados a vivir como desquiciados.

—No es para tanto. Somos un poco originales, nada más.

—Así se les dice a los locos, ¿sabías?

Cordelia prorrumpió en carcajadas a las que Emilio se unió, olvidando por un momento sus preocupaciones.



CAPÍTULO 11

La tormenta se desató como una tromba, precedida de un trueno que hizo saltar a Josefina en su silla. Newen había pasado por allí una hora antes para asegurarse de que nada quedase expuesto a las inclemencias y para advertirla. La tía Jose lamentó que él siguiera su camino, pues la presencia del puelche era tranquilizadora. Acercó la silla a la ventana y se arropó en la frazada que había utilizado antes como bata. La habitación estaba caldeada, aunque el frío era tan intenso que penetraba a través de las rendijas. El viento comenzó a silbar de manera estremecedora, batiendo los postigos con furia.

Mayga se hallaba entretenida hojeando los libros del arcón a la luz de un candil, en tanto que Werken se divertía persiguiendo briznas que se filtraban bajo la puerta. Josefina miró a su sobrina nieta esperando ver alguna señal de preocupación en su bonito rostro, pero la jovencita no parecía interesada en lo que ocurría afuera.

El cielo había cobrado una tonalidad verdosa inquietante. Una llovizna helada azotaba los vidrios. Aguanieve, le decían, y ese mismo nombre producía estremecimientos de frío. Josefina observó que las gotitas se arremolinaban formando nubes que oscurecían la visión. Las montañas ya sólo eran una bruma oscura.

—¿Habrás que echar más leña? —preguntó, buscando en lo cotidiano algo de consuelo.

Mayga levantó la vista y contempló el fuego que chisporroteaba.

—Mejor ahorremos los troncos, por si la nieve se pone brava. Si no, habrá que abrigarse para ir a la leñera.

La tía Jose sintió escalofríos de sólo pensarlo. Contempló entristecida la lóbreguez del paisaje. Blanco y gris, como en un cuadro donde hubiesen borroneado los contornos.

—Me pareció escuchar un trueno.

Mayga asintió, abstraída.

—Es una avalancha. Se producen en lo alto de la montaña cuando la nieve está blanda por debajo. Por suerte no hay esquiadores en esta época.

¡Una avalancha, qué horror! La tía Jose se sentía suspendida entre el cielo y la tierra, sin la firmeza que brinda el suelo bajo los pies. Los rigores de la Patagonia le eran desconocidos, incluso después de haber vivido el invierno en Europa. Aquel paraje era mucho más imponente y salvaje.

De pronto, algo llamó su atención: un movimiento entre el torbellino de agua y nieve. Se caló los lentes y aguzó la vista. Un bulto informe se dirigía hacia la cabaña sin vacilar, aunque la tía dudaba de que la cabaña misma se distinguiese desde afuera.

Tal vez la luz del candil guiase a los viajeros.

—Viene alguien —anunció, mientras Werken soltaba un ladrido amistoso.

Dos golpes sonaron antes de que la puerta de troncos se abriese, dejando pasar al visitante y a la ráfaga helada que lo arrastraba.

Quedó perpleja al contemplar al hippie viejo envuelto en un poncho gris, con un sombrero de lana encasquetado y expresión risueña. Llevaba en las manos un paquete de gran tamaño. La ropa y el bulto habían deformado su silueta en medio de la tormenta.

—¿Hay café? —dijo, como si la situación fuese la normal de un día cualquiera.

Josefina tardó unos segundos en darse cuenta de que la había pillado con los lentes y, peor aún, envuelta en una frazada como si fuese una momia. Intentó disimular su incomodidad y se puso de pie. La manera desconsiderada en que los hombres de allí irrumpían en las casas la enfurecía. Ensayó una sonrisa. El

clima era inhóspito y aquel hombre había atravesado el páramo para visitarlos. Aunque no entendía la razón, alguna de peso habría.

Walter Foyer contempló divertido a la mujer que tenía ante él. Su llegada la había turbado, pues era de las personas que aman el orden y las situaciones controladas. Le habría gustado enterarse de su visita para poder preparar algo rico y también arreglarse, y él la encontraba envuelta en mantas, con los anteojos puestos y el cabello recogido de cualquier modo. Encantadora.

Ofreció su mejor sonrisa y saludó, inclinando la cabeza.

—Hermosas damas, este peregrino desahuciado solicita un mendrugo y algo de vino.

Mayga se echó a reír y Jose tuvo que contenerse. El muy sinvergüenza sabía cómo engatusar a las mujeres para que obrasen en su favor. Con razón Cordelia lo adoraba.

—Pase, buen hombre —dijo, siguiéndole la corriente.

Se deshizo de la frazada con esfuerzo y caminó hacia las hornallas, tratando de acomodarse el cabello. Ese día ni siquiera llevaba puesto un vestido decente. Usaba un pulóver de cuello alto color mostaza y un delantal de enormes bolsillos que le facilitaba la tarea de limpieza. ¿Qué le importaba, después de todo? No estaba acostumbrada a que nadie la viese de entrecasa, eso era lo que ocurría. En la vieja mansión Ducroix podía vestirse de cualquier manera, puesto que ni siquiera su padre se daba cuenta. Y se había dejado vencer por la comodidad, dejando de lado la coquetería propia de las mujeres Ducroix. Ahora lamentaba ese descuido y no entendía por qué.

Ajena a los pensamientos de la tía Jose, Mayga se acercó curiosa para ver el envoltorio.

—¿Qué es eso? ¿Un animal muerto?

Josefina se volvió horrorizada y quedó de una pieza al ver lo que el hippie viejo sostenía en sus manos: una carretilla esculpida en un tronco, del que brotaba un macizo de flores rojas muy pequeñas.

—Son las “gotitas de sangre” —explicó Mayga—. Crecen en la nieve, en las laderas. Se van a morir pronto fuera de su ambiente.

Walter se encogió de hombros.

—No importa. Llegaron a tiempo para que tu tía las aprecie. ¿Te gustan, Josefina? Las corté para completar el regalo. Quedará bien la carretilla en algún sitio, llena de hierbas aromáticas o de flores ¿no?

Jose se quedó muda de admiración y gratitud. ¡Ese hombre había interpretado una artesanía para ella! Podría colocarla en la vidriera de su primer negocio. Le dirigió una mirada empañada de emoción. Era la primera cosa que podía considerar suya como parte de su sueño.

—Es bellísima, no sé cómo agradecerle...

—Nos tuteamos, Josefina, recuérdalo.

Un rubor suave cubrió las mejillas de la tía Jose, ante el estupor de Mayga. A pesar de su falta de experiencia con los hombres, intuía que la conducta del artesano rozaba el coqueteo. Miró a la tía con renovados ojos. Se la veía bonita, pese a su figura rolliza y a que jamás hacía nada por embellecerse. Su cabello castaño era espeso, y sus ojos verdes iluminaban el rostro lleno. Incluso las pequeñas arrugas resultaban atractivas, pues reflejaban la expresión risueña propia de la tía.

—¿Y ese café? —insistió Walter, cortando el ensimismamiento de ambas mujeres—. No creo poder recuperar la circulación sin algo caliente en mis venas. Y sospecho que a Josefina no le agradaría verme empinando el codo, ¿verdad?

El artesano dejó la carretilla junto a la puerta para que Werken la olisquease a gusto y comenzó a quitarse las prendas de a una, acomodándolas sobre el banco.

“Es ordenado, después de todo”, observó la tía mientras encendía el fuego y calentaba la cafetera. Y enseguida pensó: “Voy a comprar un servicio de cocina para Cordelia, no se puede vivir así”. Por más que ella se esforzara, la

precariedad de la cabaña la desbordaba. La vieja cafetera de aluminio, los jarros de cerámica, los cubiertos de diferentes juegos... Al no haber tenido fiesta de casamiento convencional, su sobrina tampoco había recibido regalos adecuados, y a Josefina le dolía pensar en las necesidades que había padecido sin que ella supiese.

En un santiamén tuvo el café servido, tratando de elegir los jarros más parejos, un plato de galletas de avena y un frasco de dulce de moras que había comprado en el almacén de don Luis.

—De haber sabido, habría cocinado una torta —dijo con desaliento.

—Esto es ambrosía —replicó Walter, galante, mientras engullía una galleta entera y sorbía el café. Sabía mucho mejor que el de Cordelia, aunque se abstuvo de decirlo.

—No me imagino cómo hizo... digo, hiciste, para venir con este clima.

Walter frunció el entrecejo como si meditara sobre eso.

—Mmm... no podía soportar la ansiedad de ver tu cara cuando te mostrara el regalo. Además, habíamos quedado en visitar el galpón de los artesanos, ¿no?

La cara de la tía Jose mostró desconcierto y cierta alarma.

—¿Con este día?

El hombre desestimó sus preocupaciones con una carcajada.

—Cuando pase la nevada, no hay apuro. Sólo quería recordarte el compromiso. Amanecerá radiante mañana, ¿no es así, viejo amigo?

Werken lamió la miga que Walter le extendía y aguardó expectante.

—No me acostumbro a este clima tan duro —comentó Jose abrazándose—. En Buenos Aires el frío aprieta a veces, pero aquí con la nieve, el viento huracanado, las avalanchas...

—Ah, sí, escuché la de hace un rato. ¿Adónde fue tu padre, Mayga?

La muchacha se encogió de hombros. Newen vagaba por la montaña como un puma, recorriendo sus senderos, trepando las laderas, bordeando los

arroyos congelados o penetrando en la humedad de los bosques, sin que nada lo afectase. Ella confiaba en la pericia de su padre más que en ninguna otra cosa, y además lo sabía protegido por el espíritu de Dashe. Nada malo le ocurriría.

—Yo también saldré en un rato —anunció.

La tía Jose la miró con espanto.

—Niña, ni se te ocurra. Afuera está nevando, hay avalanchas y un viento helado.

—En un par de horas se convertirá en nevada tranquila, tía, vas a ver. Bajo la nieve se puede caminar, con la ropa adecuada. Prometí visitar a alguien y no puedo defraudarlo.

Los ojos oscuros del hippie viejo contemplaron a Mayga con detenimiento. La niña tenía sus secretos. Bien, él no era su padre, pero se sentía protector con la hija de Cordelia, y en ausencia de la madre velaría por ella.

—Te acompaño —le dijo.

Mayga pareció turbada.

—No hace falta, iré acompañada.

Walter Foyer untó la galletita con el dulce de moras y dijo, como si tal cosa:

—¿Algún pretendiente?

Mayga enrojeció. No deseaba comentar que saldría acompañada por Luciano porque no quería problemas con su padre, y tampoco deseaba que su pequeña aventura adquiriese visos de escapada prohibida. Suspiró antes de contestar:

—Sólo Luciano Necul.

Walter silbó, admirado de la audacia del muchachito al insistir en buscar la compañía de Mayga. Estaba claro para todos que el puelche no lo aceptaba rondando su casa.

—Nos encontraremos en el cruce de las cuatro esquinas —dijo Mayga, como si le adivinase el pensamiento.

—Entonces, te acompañaré hasta allí.

Mayga sacudió la cabeza.

—Voy con Werken, nada me sucederá. Dudo que haya gente en los caminos, y papá siempre dice...

—Que hay que temerle a la gente más que a la soledad —completó Walter, como recitando un versito.

La tía Jose escuchaba el intercambio sin opinar, hasta que se le ocurrió algo:

—¿Y por qué no vamos todos hasta allí? Si Mayga dice que cuando deje de caer esta nevisca se podrá caminar...

Tanto Walter como Mayga la miraron con asombro. Jose se turbó un poco, y después dijo, buscando animarse:

—Nunca caminé sobre la nieve hasta ahora. Y podríamos llegar hasta el galpón.

Esas palabras obraron milagros. Walter decidió que sería una oportunidad maravillosa y Mayga pensó que de ese modo no la vigilarían tan de cerca. Una vez que dejaran atrás el pueblo, seguiría su camino hacia las casas. Confiaba en Walter, él no iría a su padre con el cuento.

Tal como lo predijeron, la tormenta se convirtió en una nevada tupida que envolvió al cerro en un capullo. Daba gusto ver los copos bailoteando en el aire helado, para luego desaparecer en el manto que cubría el suelo. Josefina no imaginó que la nieve pudiese crear tal sensación de paz. El mundo parecía dormido bajo la caricia silenciosa.

Salieron abrigados hasta las orejas, la tía Jose con una campera forrada en piel que pertenecía a Cordelia y una bufanda de lana enrollada en la cabeza, pues todo parecía poco para enfrentar el frío. La grandeza del paisaje, transformado en mortaja blanca, los mantuvo callados la mayor parte del camino de bajada, en el que, de tanto en tanto, Walter sujetaba a Josefina por el codo para evitar que resbalase en los charcos traicioneros. El sendero

estaba salpicado de pequeños ojos de hielo que se quebraban al ser pisados. Pronto descubrió Jose que la nieve era más un engorro que un placer, y añoró el calor del fuego al sentir sus medias húmedas adentro de las botas.

Llegaron al cruce de las cuatro esquinas y avistaron la figura de Luciano Necul apostada junto a un farol. El joven se puso en guardia al ver que Mayga no llegaba sola, pero cuando comprendió que no se trataba de Cayuki relajó la postura. Sin embargo no avanzó hacia ella, permitiéndose contemplar la silueta de los que venían a la distancia. Aquella debía de ser la mentada tía Jose, escoltada por el hippie viejo. Las noticias corrían veloces en Los Notros, y él ya sabía que Cordelia Ducroix estaba en la capital junto con su hermano porque el viejo se moría, así como sabía también que los guardaparques andaban conmocionados por la aparición de un puma en la región después de tanto tiempo. Mejor, eso le daría a él la oportunidad de frecuentar a Mayga sin tantas precauciones. La deseaba, era un sentimiento alimentado a lo largo de los años y acentuado en esos momentos en que sus hormonas juveniles bullían. Una vocecita insidiosa en su interior le decía que ella no advertiría sus avances hasta que fuese demasiado tarde, y quizá después el padre la repudiara y él podría llevarla a su *ruka* como su mujer. Sus pensamientos no lo avergonzaban. Él no le haría daño, sólo la forzaría a quererlo. ¿Por qué no iba a hacerlo, si desde niña se consideraba su amiga?

Se enderezó al verla aproximarse con su andar ondulante. Esbelta y hermosa, no se parecía a ninguna otra muchacha de por allí, y su temperamento tranquilo lo atraía como un bálsamo para su alma atormentada. Luciano anhelaba las palabras de Mayga, su tacto suave y su mirada comprensiva. Se sentía mejor a su lado, como si ella lo redimiese de las negruras en que su corazón solía caer.

—¿Vamos?

La joven asintió con una sonrisa. Werken trotaba delante, y se volvía cada tanto para asegurarse de que su dueña lo siguiese.

Walter y Jose contemplaron a los jóvenes mientras enfilaban hacia el camino de las *rukas* que conducía a La Señalada.

—Me pregunto a quién irán a visitar —comentó el artesano entre dientes.

—¿El muchacho es de fiar?

Walter miró los ojos de Jose que asomaban a través de la capucha, y una inexplicable emoción surgió dentro de él. Aquella mujer madura era una niña en muchos aspectos, lo intuía. Él no tenía ninguna intención, salvo la de acompañarla y disfrutar de su presencia mientras se quedase en Los Notros. Vivía muy solo en su refugio del lago, a veces demasiado, y la compañía de una mujer cálida lo tentaba. Sin embargo, a medida que la observaba captaba en Josefina Ducroix una veta oculta que lo intrigaba. Tenía cierto parecido con Cordelia, una mujer que, de no haber estado Newen de por medio, habría reclamado para él.

—Yo no confiaría demasiado, aunque la hija de Cayuki sabe a qué atenerse, se conocen desde niños.

Josefina pareció aliviada con esa información.

—Supongo que es tonto que me preocupe, siendo ella una jovencita madura. Es que a su edad su madre casi no salía de la casa. Claro que eso tampoco estaba bien. El abuelo era muy autoritario con los niños y a mí no me hacían caso. Ésa fue la causa de que se aventuraran hasta aquí, como una travesura que tuvo sus consecuencias.

—Conozco la historia. Cordelia disfrazada de Emilio para conseguir el puesto de guardaparque mientras su hermano se reponía del ataque de asma que lo tenía postrado.

Josefina asintió con tristeza.

—Tanto que luché por curarle ese mal y sólo al vivir aquí parece haberse repuesto. Quién lo hubiese dicho.

—Hay sitios mágicos, por así decir —comentó Walter, y su voz parecía revelar un secreto íntimo—, donde uno se siente como en casa. Es probable

que tu sobrino lo haya encontrado en Los Notros. Y que él haya sido el más sorprendido.

—Me avergüenzo de pensarlo, pero creo que también influyó la separación de su abuelo. Mi padre es un hombre rígido, apegado a tradiciones fuera de época, que ve la vida con los ojos de un gladiador. Emilio siempre fue un niño sensible, muy diferente de la imagen del heredero varón que quería su abuelo. Para su mal, sospecho que Cordelia representaba mejor esos intereses. Desde chica demostró un carácter audaz, y hasta hubo momentos en que ella parecía llevar la voz cantante, aunque eso jamás los enemistó. Mis sobrinos se adoran.

—Por lo que sé —dijo con prudencia Walter—, Cordelia se siente incompleta sin su hermano, así que él debió de tener un papel más importante del que pensamos. Con respecto a tu padre, Josefina, no soy ninguna autoridad para juzgarlo, aunque el hecho de que haya aceptado el matrimonio de su nieta con un hombre de origen indio y poco ilustrado, en el concepto europeo de la ilustración, habla de todo un carácter, ¿no te parece? Creo que me gustaría conocer a ese gladiador.

Josefina sintió una tibieza reconfortante en el pecho al escuchar de boca de aquel hombre ese comentario elogioso. A menudo la atormentaba pensar que su vida se había desperdiciado por culpa del abuelo. No quería reprocharle nada ni endurecer su corazón con los recuerdos. Esta nueva vida que anhelaba debía ser construida sobre una base de ilusión en el porvenir, no de repudio hacia el pasado.

Continuaron caminando por la vereda solitaria hasta llegar al portón del centro de artesanías que, pese al día desapacible, se hallaba abierto y con las luces encendidas.

Adentro, todo estaba como la primera vez que Josefina lo vio, con los bancos arrimados a la pared y las pilas de cajones repletos de objetos. El mismo aroma afrutado y la misma sensación de calidez, con las luces amarillas revelando los rincones.

Detrás de un mostrador de madera se hallaba Cipriano, con su poncho negro de guardas blancas y un sombrero de fieltro. Si advirtió la llegada de los paseantes, no lo demostró. Parecía absorto en la tarea de acomodar piezas sobre una tela roja con dibujos en blanco: una hilera de rombos unidos por el vértice albergaba otras figuras geométricas que se entrelazaban en una guarda intrincada. Sobre el paño, el indio había colocado varias tallas de madera.

Josefina creyó reconocer una de ellas.

—Qué belleza —murmuró.

Sus palabras alcanzaron los oídos de Cipriano. El viejo le echó un vistazo.

—Alaba su propia sangre —le dijo.

Josefina no entendió el comentario y el hippie viejo intervino, después de recriminar a Cipriano con la mirada:

—Es Mayga. La viste en mi taller el otro día.

La mujer acercó su rostro a la figura para comprobar lo dicho. En efecto, aquella imagen era la de su sobrina nieta inclinada sobre un tronco, con la expresión arrobada de los niños cuando están dedicados a algo que les gusta.

—Cómo puede ser...

—Una de las “mujeres de Cayuki” que tanto te escandalizaron.

—No me escandalicé en absoluto, sólo que no entendía por qué las hacía.

—Eso nadie lo entiende. Le salen muy bien —y Walter sacó del interior de su poncho un ciervo tallado en madera clara con motas blancas. Su cornamenta coronaba una fina cabeza donde los ojos ahuecados parecían pedir clemencia.

—Es magnífica —atinó a decir la tía Jose, conmovida.

—¿Cuánto me das por ella, Cipriano?

Josefina contempló atónita cómo el viejo colocaba la talla junto a las otras y comparaba su valor.

—¿Es tuya?

—¡Pues claro! ¿Pensabas que Cayuki era el único artista del pueblo? —y sus ojos centellearon por la diversión que le producía sorprenderla—. Debo

admitir que es un fuerte competidor.

Cipriano dijo una cifra que provocó una mueca de disgusto en Walter.

—Ahora espera que regatee —comentó por lo bajo, aun sabiendo que el indio lo escuchaba.

Ambos hombres se enzarzaron en un tira y afloja que tenía más de teatro que de verdadera disputa, hasta que alcanzaron un acuerdo y Cipriano pudo acomodar al cervatillo entre sus figuras. Antes de salir, el hippie viejo mostró a Josefina el resto de las artesanías destinadas a la exposición.

—Hay de todo un poco —le explicó—, la mayoría elaborada por las mujeres del cerro, aunque algunos hombres se animan con la platería en los últimos tiempos. ¿Ves? —y levantó un pectoral formado por enormes discos de plata unidos por trenzas de cuero.

Josefina se maravilló al ver de lo que eran capaces aquellas gentes que vivían de manera tan humilde. Familiarizada como estaba con la labor artesanal, sabía mejor que nadie el valor que tenían los productos que asomaban de las cajas o colgaban de ramas de manzano incrustadas en los tablones, como improvisados percheros. Fajas ceremoniales, ponchos tejidos con guardas de colores, objetos de cerámica pintados, pipas fabricadas con la madera perfumada del canelo. Ante todo eso, Jose expresaba su admiración con pequeños gestos de reverencia que divertían a Walter. Al verla, recordaba la impresión que se había llevado Cordelia el día de la Fiesta de los Artesanos en el pueblo, tantos años atrás. Había una diferencia, sin embargo: Josefina parecía entender el mensaje oculto bajo las formas y los materiales, algo que no era frecuente en los visitantes, mucho menos si venían de las grandes ciudades. Era esa parte escondida de la tía Jose la que tanto lo intrigaba.

—Me gusta éste —comentó ella al ver un poncho azul que ostentaba una guarda blanca en el centro formando cruces, un dibujo que se repetía en muchos de los tejidos expuestos.

—No está mal, pero es un *makuñ*, una prenda de hombre. El color azul revela que quien lo lleva es un ser espiritual, quizá un brujo o algo así. ¿Conocías ese significado, Josefina?

La mujer negó, sorprendida. El poncho la había atraído por el color y por la simetría de la cruz, que parecía una pirámide igual en todos sus lados.

—La gente mapuche concibe el cosmos como una serie de estratos superpuestos en forma vertical —explicó Walter—, y los cuatro superiores están en la “tierra de arriba”, el plano sobrenatural donde reina el Bien. El más alto es blanco y el más bajo, cercano al plano terrestre, es azul claro. Creí que lo sabías y por eso te gustaba este poncho.

La tía Jose se mostró confusa y algo avergonzada. Aquel hombre la consideraba una puritana si pensaba que ella elegía el color basándose sólo en su significado espiritual. La imagen de solterona de vida sacrificada estaba empezando a molestarle. ¿Se le veía en la cara, acaso? Walter no reparó en su incomodidad y prosiguió:

—Nosotros estamos en la *mapu*, la tierra de los hombres, donde el Bien y el Mal están por partes iguales. Este mundo es marrón y verde, los colores de lo natural. Ahí tienes una vestimenta adecuada —y le mostró una túnica muy bonita, que se sujetaba con un broche sobre el hombro.

—También tiene azul —contestó belicosa la tía Jose.

Walter sonrió con indulgencia.

—Bueno, como es de mujer y debido a que las mujeres tienen algo divino al llevar vida en su interior, se suele combinar el azul en sus prendas. Eres perceptiva, Josefina. Y sospecho que estás enojada conmigo, aunque no sé por qué.

Jose enrojeció al ser descubierta en una actitud poco amable. Después de todo, nadie tenía la culpa de sus propias elecciones. El hippie viejo era un hombre complaciente y sólo quería distraerla en un día desapacible, no merecía su malhumor.

—Es que estoy cansada, caminar sobre la nieve no es fácil para una ciudadina.

—Volvamos por el lado del pueblo, entonces, pisando firme. Quizá quieras pasar por la casa de tu sobrino.

—Eso me gustaría. Desde ayer que no veo a Julieta y sé que necesita ayuda. Eres muy amable al sugerirlo, gracias.

—No creas que no tengo algún interés en esto. Sospecho que tu sobrina política preparó algo delicioso en este día helado. Conociéndola, y conociendo a sus hijos...

Josefina sonrió, aliviada al ver que el artesano no concedía a su arrebató la más mínima importancia. A menudo se asustaba cuando afloraba su carácter, tanto tiempo oculto bajo una apariencia sumisa. Absorta en esa sensación, no notó que su escolta le tomaba la mano al cruzar la calle.

Mayga y Luciano avanzaban por caminos de pedregullo, con las cabezas bajas para protegerse de la nieve que seguía cayendo. Luciano pateaba algunas piedras para entrar en calor, con gran diversión de Werken, que corría tras ellas y las traía, diligente, sin duda esperando recompensa. A veces él se rezagaba adrede, para apreciar el sinuoso andar de la muchacha. Luego se ponía a la par, silbando con aire despreocupado.

Al cabo de un rato, avistaron la *ruka* de los Necul. Bajo la luz mortecina parecía aún más pobre y fea.

—Entremos —sugirió Luciano.

—¿Para qué? ¿No está tu padre en La Señalada, acaso?

—De todos modos. Para buscar algo que quiero llevarle.

Mayga suspiró. Esa excursión era el fruto de una tonta competencia y no tenía sentido. Habría preferido continuar leyendo los libros de su madre junto al fuego. Tendría que aprender a decir que no a las exigencias de su amigo,

pues el joven se volvía tirano cuando se empacaba.

Luciano la alentó a pasar y Werken permaneció afuera, hurgando en la nieve. Al cerrarse la puerta quedaron sumidos en la oscuridad. Luciano se frotó las manos y buscó querosén para empapar la mecha del farol. Mayga colaboró con una linterna de bolsillo que llevaba siempre en su abrigo. El haz de luz fue mostrando con crudeza los detalles que revelaban el desorden y la suciedad en que vivía el joven. Mayga sabía que Luciano pasaba muchos días solo en aquella casucha, y si bien entendía lo duro que podía ser aquello no justificaba semejante desidia. Su padre vivió solo durante años en la cabaña del cerro y de él podía decirse que era un hombre austero hasta el extremo, jamás sucio o indolente. Trató de pasar por alto el hedor que despedía la comida abandonada sobre la mesa y el espectáculo de las mantas revueltas en la cama, y se concentró en la mecha que su amigo encendía.

—Busca lo que necesitas y vamos ya —lo apuró.

Luciano colocó la lámpara cerca del camastro y se agachó para mirar debajo.

—Ah, acá está —dijo, y levantó una botella a medias llena.

—¿Para eso vinimos? —lo reprendió Mayga—. ¿Para qué necesita tu padre esa bebida?

Luciano la ignoró y empinó el codo, bebiendo con placer hasta la última gota. Mayga nunca había visto a nadie beber así. El líquido discurría por su garganta formando un nudo que bajaba y subía. Disgustada, pateó el suelo con su bota e insistió:

—¡Vamos ya!

Cuando Luciano la miró, sus ojos poseían el brillo turbio del alcohol. Mayga lo vio caminar hacia ella con soberbia. Luciano era un muchacho robusto, más ancho y fuerte que ella. Al llegar a la punta de sus zapatos, pudo oler el vaho del whisky y retrocedió, asqueada.

—No te asustes, “mara”, que no te voy a ensuciar. Sentémonos acá un rato

—y con el ademán señaló la cama deshecha.

—No quiero sentarme, quiero llegar a la estancia antes de que oscurezca, o mi padre se preocupará.

La mención de Cayuki atizó el descontento de Luciano.

—Siempre gobernada por tu padre, “marita”. ¿No estás grande ya para ir de la mano de papi? Siéntate. Quiero descansar un momento de tanta caminata.

Como Mayga no obedeció de inmediato, Luciano tiró de su mano para obligarla. La joven trastabilló, pero consiguió enderezarse.

—Me voy —dijo, y enfiló hacia la puerta.

Luciano saltó tras ella y la aferró por la cintura.

—¡No, no te vayas! Por favor, Mayga, no te vayas.

El tono de ruego la detuvo. Luciano parecía arrepentido y ella sabía que era de temperamento levantisco, de modo que dejó pasar la ofensa.

—Siéntate —insistió él, y ella cedió.

Se sentaron muy juntos en el borde del camastro, que crujió bajo su peso, y permanecieron en silencio unos segundos. Estaba tan frío adentro como afuera, y Mayga se compadeció del modo de vida de su amigo.

—¿Por qué no acomodas un poco esto? ¿Quieres que te ayude algún día?

—¿Harías eso por mí?

Las palabras sonaron apesadumbradas y la enternecieron.

—¡Claro! Somos amigos, ¿no? Los amigos se ayudan.

—¿Somos amigos, Mayga?

—Por supuesto, desde hace mucho.

—¿Amigos de verdad, o...? —y la frase quedó en suspenso, reemplazada por la mirada ansiosa de Luciano.

Mayga empezó a temer que estuviera borracho e hizo ademán de levantarse, pero Luciano la retuvo. Puso su mano tras la espalda de la joven y la empujó hacia él.

—Dame un beso.

Ella abrió grandes los ojos y no supo responder. Aquella situación la tomaba por asalto. Una cosa era recibir un beso impetuoso del extraño de la moto y otra, bien distinta, de su amigo de la infancia, con el que jugaba a los empellones como si fuesen cachorritos. Luciano tomó el silencio como aceptación y acercó su boca a la cara de ella, que se inclinó hacia atrás todo lo que pudo.

—Estás bebido —dijo, procurando no herirlo con sus palabras.

El joven sintió que la rabia bullía en su interior. Eso era lo que todos decían de la gente de las *rukas*, que eran borrachos, holgazanes, ladrones. De pronto, quiso vengar en Mayga la furia que el desprecio de los otros le producía. El whisky desataba en él las peores pasiones. La tomó con fuerza de las muñecas y tiró de ella para acercarla a su cuerpo, pero Mayga era fuerte también y, pese a su esbeltez, supo aguantar el empuje y hasta soltarse. Giró con presteza y salió de la casa, sofocada y furiosa contra Luciano y contra sí misma por no haber evitado esa situación.

—¡No te me acerques! —le gritó al ver que él también se asomaba.

No agregó “nunca más”, porque le daba el beneficio de que no estuviese en sus cabales al haber bebido tan de golpe. Silbó llamando a Werken y echó a correr en dirección opuesta a la que llevaban antes. Iba de regreso a su casa, por un camino distinto que sólo ella conocía, un atajo.

Durante la primera parte del trayecto enjugaba sus lágrimas a la vez que corría, sin atreverse a mirar hacia atrás, por miedo a ver a Luciano persiguiéndola. Sabía que podía alcanzarla y también que en ese lugar por el que iba no pasaba nunca nadie. Estarían solos, ella y un joven borracho fuera de sí. La idea la asustó tanto que redobló la carrera hasta extenuarse.

Luciano no pensaba perseguirla, sería inútil. Además no se sentía bien, había bebido demasiado rápido y se encontraba mareado. Se sostuvo del marco de la puerta y vomitó.

Luego caminó arrastrándose hasta la cama donde minutos antes había tenido

la pretensión de besar a su amiga y se desplomó, casi sin sentido.

Así lo encontró Mario Necul un rato después, boca arriba y roncando con estrépito, en medio de un fuerte vaho de alcohol y de vómito.

Mayga conocía ese atajo desde niña y sabía por dónde iba. La nieve, empero, disfrazaba los rincones y los tornaba amenazadores. La joven avanzaba procurando no perderse en la monotonía del paisaje cuando tropezó y cayó de bruces frente a un enorme tronco seco. Fue cuando lo vio, frente a frente. Llevaba la marca de un arañazo justo donde empezaba el pelaje blanco, aunque no manifestaba dolor. De otra manera, ella lo habría sentido. La miraba fijo, con sus ojos ausentes de ferocidad, la hermosa cabeza inclinada hacia delante como si la husmeara, y el robusto cuerpo relajado, casi sentado sobre sus cuartos traseros. No le temía ni desconfiaba de ella. El puma, solía decirse, era “amigo del cristiano”. Para Mayga era más que eso.

Era su espíritu guía.

Se semblantearon durante un rato, sin mover un músculo ninguno de los dos, hasta que Mayga recordó que Werken iba con ella y sintió temor por él. El puma era perseguido con perros muchas veces, y ante una jauría llevaba las de perder, pero ante uno solo... Como convocado por sus temores, el pastor apareció trotando entre los árboles y el puma giró hacia él. El corazón de Mayga se paralizó, casi no pudo respirar. Con una lentitud propia de un mal sueño extendió un brazo para impedir que Werken avanzara. “Vete”, pensó con todas sus fuerzas. El perro comenzó a gruñir por lo bajo, conmocionado por la presencia de la fiera y a la vez decidido a defender a su ama. Mayga advirtió con horror que el puma adoptaba una pose de acecho, pegándose contra el suelo y levantando los hombros hasta las orejas. Ignoraba cómo invocar a los espíritus guías, era un conocimiento que doña Damiana no había llegado a transferirle, pues murió siendo ella una niña. Tampoco estaba segura de poder

controlar sus pensamientos, presos del pánico que le producía la posible muerte de su amado Werken.

Algo vino en su auxilio entonces, la misma niebla que había precedido la aparición de Dashe años atrás. La sintió a su alrededor como aquella vez, tan sólida como el cuerpo mismo de su perro lobo. Se nutrió de aquella esencia y se sintió fuerte, segura. Sin dudar, avanzó hacia el puma. A dos palmos de él, concentró su mente y lo miró de manera intensa hasta que el felino volvió la cabeza y clavó sus ojos de nuevo en ella. Mayga no flaqueó, continuó fijando la vista, sintiendo que le brotaban lágrimas por el esfuerzo. Ni siquiera desvió su pensamiento hacia Werken, toda su energía se concentraba en el puma. En su mente, la fiera tomaba la forma de un gatito suave, dócil bajo sus caricias. Lo imaginaba a sus pies, ronroneando de placer, y se veía a sí misma tocándolo, rascándole la barriga, sintiendo amor por él. Pasaron momentos eternos en los que la joven se sintió fuera del tiempo, como si aquello no estuviese ocurriendo, y ya la imagen real del puma se volvía borrosa de tanto mirarla cuando, de manera inesperada, el animal dio la vuelta y huyó hacia la montaña.

Mayga se desplomó, rendida, llorando a mares. Werken se arrojó sobre ella y lamió esas lágrimas entre gemidos de ansiedad que la joven calmaba con caricias temblorosas. Habían sobrevivido. Gracias a su don que, por primera vez, ella supo aplicar. Hasta ese episodio, su capacidad para percibir a los animales en un nivel telepático le había sobrevenido sin control de su voluntad. Era la primera experiencia de dominio que tenía, y no estaba segura de si se debía a la ayuda de Dashe o a su propio mérito. Después de todo, el perro lobo no se le había aparecido, sino que había sentido su presencia. Muchas preguntas, y nadie a quien formularselas.

De paso hacia La Señalada, Newen observó movimiento en la *ruka* de los

Necul. Trataba de eludir esa senda siempre que podía, pero la nieve había tornado intransitables los demás caminos, de modo que pasó por ahí, esperando que estuviese vacía.

Vio a Mario Necul arrastrando el cuerpo de su hijo hacia el umbral. El muchacho parecía desmayado y el padre lo zamarreaba sin ninguna consideración, casi con rabia.

Newen se detuvo a unos metros, decidiendo si participar o no, y Mario le brindó la respuesta al exclamar: *wiza ngollife*.

“Borracho de porquería”.

Newen sintió una punzada de compasión por ese dolor de padre. Era duro ver al hijo convertido en una piltrafa, incapaz de enfrentar la vida con valentía. Él no simpatizaba con el vástago de su enemigo, lo sabía de mala entraña. En aquel momento sintió pena por el padre. Mario Necul era un hombre de pasado turbio, con mucho resentimiento acumulado en el corazón y, con todo, no merecía que su único hijo, al que había criado sin ayuda de la madre, le pagase emborrachándose y metiéndose en cuanto pleito hubiese en Los Notros. Pensó en Mayga, en su espíritu noble y en la suerte que él había tenido al poder criarla junto a Cordelia, y sus pasos se torcieron hacia la entrada de la *ruka*.

—Así no.

Necul se paró en seco al ver a su antiguo enemigo parado en el patio. Cayuki iba de fajina, y si se había detenido en su *ruka* tal vez fuera para recriminarle algo. Miró a su hijo dormido con el fugaz temor de que Luciano hubiese cometido un delito en su ausencia.

—Dale la vuelta —ordenó Newen, sin otorgar ninguna explicación sobre su presencia.

Para acompañar lo dicho, se acercó y tomó al muchacho por los hombros, facilitando al padre la tarea de girarlo.

—Adentro —volvió a ordenar.

Mario obedeció, todavía inseguro sobre los motivos de Cayuki. Al colocar a Luciano de nuevo sobre la cama, el guardaparque lo giró de costado y lo cubrió con las raídas mantas, lo tapó hasta las orejas y friccionó su espalda con vigor, ante la mirada inquisitiva del padre. Buscó entre los objetos de la vivienda un vaso limpio donde servir agua, pero acabó usando la de su cantimplora, pues no confiaba en la que tuviesen a mano en ese sitio. Vertió en el vaso un polvo que extrajo de su mochila.

—Que tome esto.

Mario sostuvo el vaso donde el líquido blancuzco burbujeaba y miró a su enemigo entrecerrando los ojos.

—¿Qué ha hecho? —dijo en tono belicoso.

—¿Éste? Nada, que yo sepa. Por ahora —respondió Newen con malicia.

Al ver que Mario dudaba, tomó el vaso de sus manos y decidió darle él mismo la medicina. Le costó que abriese los labios, así que utilizó algunos trucos, tocando puntos sensibles, provocando reflejos, y al fin lo logró. Introdujo el líquido con firmeza en la boca de Luciano hasta que no quedó una gota. Mario Necul observaba todo en silencio. Newen se incorporó y le devolvió el vaso, diciendo:

—Agua fría en la cabeza y café cuando despierte. Sin azúcar.

Se disponía a salir cuando se oyó la voz de Mario:

—Gracias.

Newen se detuvo apenas, indicando que había oído, y salió de aquel lugar que jamás había pisado antes.

Siguió su caminata y se presentó a las puertas de la casa de Zavaleta, donde la mujer del servicio retrocedió, entre admirada y asustada, ante la figura del puelche. Le ofreció un asiento que Newen rechazó, y fue en busca del patrón. La rusticidad del guardaparque contrastaba con la elegancia del ambiente.

Ignacio Zavaleta había sido un hombre de familia acaudalada y lustre social, que al principio pretendió enriquecerse en aquel paraje y acabó

considerándose parte de la comunidad, dedicado al trabajo productivo. Atrás había quedado el feo asunto de su esposa, Isabel Fournier, que había querido vengarse de Newen por un desplante de éste. Pasado el tiempo, Zavaleta se repuso de la traición de su pérfida mujer y encontró solaz en la cría de ovejas y la vida esforzada de la estancia. Newen lo apreciaba.

—Cayuki.

El patrón de La Señalada avanzó con la mano extendida y ambos cruzaron un apretón breve y contundente.

—¿Malas nuevas? —quiso saber, mientras le indicaba que pasaran a su despacho.

La habitación estaba caldeada y limpia, y Newen notó la diferencia con la *ruka* de los Necul. Zavaleta encendió la lámpara sobre el escritorio y los dos hombres quedaron bajo el cono de luz amarilla.

—Quería advertirle —comenzó Newen— que estamos tras las huellas de un puma.

Zavaleta se inclinó hacia delante, preocupado.

—¿Aquí? ¿En mis tierras?

—No sabemos con exactitud, lo hemos rastreado y encontramos señales de cazadores que andan tras él.

—No son mis hombres, lo puedo asegurar.

—Lo sé. De lo contrario habría venido en otros términos.

Newen se caracterizaba por ir al grano, de modo que ahorró los eufemismos.

—Pensamos que Omar Yusuf interceptó la ruta de los leoneros y trajo hasta acá animales que iban a los cotos de La Pampa o Mendoza. Tráfico ilegal.

Ignacio Zavaleta carraspeó, nervioso. Era lo que había supuesto tras la charla con aquel joven de la moto, y ahora lo corroboraba. El sirio haciendo de las suyas.

—¿En qué puedo ayudar?

Sabía que el guardaparque apreciaría más un gesto de ayuda inmediata que cualquier otra cosa, y no se equivocó.

—Le dejaré un radiotransmisor que nos pondrá en contacto apenas vea algo sospechoso. Y ya sabe los números de la oficina de Parques y el móvil de Medina. Podría ser que Yusuf viniese hasta aquí buscando complicidad.

Cayuki sabía que el sirio lo había hecho en otra ocasión.

—Les avisaré de lo que pase. Por cierto —y con un ademán detuvo el movimiento de Newen, que ya se levantaba.

—Tengo entendido que hay huéspedes en El Almojarife, cazadores, según creo.

Newen asintió, expectante.

—Uno de ellos me visitó hace poco, un hombre joven. Creo que no está interesado en la caza, si bien forma parte del grupo. Sospecho que Yusuf puede estar engañando a todos, fingiendo tener animales salvajes en su coto cuando en realidad son pumas dopados.

—Lo mismo creemos nosotros —afirmó Newen —, sólo que no tenemos pruebas por ahora. Si trajo más de un puma, uno de ellos debe de haber escapado, pues las huellas estaban en la montaña.

—Eso sería peligroso para la gente del lugar —observó Zavaleta, pensando también en sus ovejas. Si bien no estaba interesado en cazar al puma, tampoco deseaba ofrecer de cebo a sus animales. Rara vez habían tenido problemas con un felino, lo habitual era lidiar con zorros. Claro que no le temblaría la mano si tuviese que disparar para defender a sus ovejas o a sus peones. Quería que eso quedase claro.

—Lo mantendremos a raya —fue todo lo que dijo Newen.

Zavaleta lo siguió hasta la salida. Se abstuvo de ofrecerle café o cigarrillos, pues sabía que no aceptaría estando de servicio, de modo que dio por concluida la charla.

En ese momento, alguien tocó a la puerta y fue el propio Zavaleta el que

abrió, para encontrarse cara a cara con el joven del que había hablado minutos antes.

Daniel Eliot, con su campera negra, sus guantes de cuero, sus botas y una sonrisa que se congeló en su cara cuando vio la faz del hombre que acompañaba a su nuevo amigo.

La antipatía fue mutua.

Daniel visitaba a Zavaleta para tentarlo con otro paseo en la Harley, seguro de que el estanciero estaría tan aburrido como él en un día como ese. Lo sorprendió la presencia de Newen por su gesto adusto y su uniforme, y porque no sabía que Zavaleta tuviese problemas con la autoridad de Parques. Le había parecido un tipo honesto y respetuoso.

Newen contempló al sujeto y frunció más el ceño, si cabía. Ése debía de ser el joven del que hablaba Zavaleta. Vestía de modo inapropiado y conducía un vehículo también inapropiado.

—Perdón, no sabía que tuviese visitas.

—El señor Cayuki ya se iba —dijo Ignacio, deseando que no se hubiesen cruzado esos dos pues percibía la animadversión, y agregó en beneficio de Newen—: Daniel Eliot es uno de los visitantes de Los Notros en esta temporada.

“Y uno de los cazadores de El Almojarife”, pensó Newen mientras se calaba el sombrero y bajaba los escalones del porche.

Una inclinación de cabeza fue suficiente saludo. Daniel lo observó caminar hacia la tranquera distante y no pudo contener la pregunta:

—¿Va de a pie?

Ignacio soltó una carcajada, ya más aliviado, mientras lo instaba a compartir una copa con él.

—Cayuki vive caminando. Desciende de los puelche-guénaken, una parcialidad tehuelche. Esos nativos vivían en la zona antes de la llegada de los araucanos y eran famosos por su resistencia física. Hasta que conocieron el

caballo y lo adoptaron en sus correrías todo lo hacían a pie, sin cansarse.

—Interesante —comentó Daniel después de echarle una ojeada a su Harley.



CAPÍTULO 12

Acientos de kilómetros de allí, un hombre y una mujer clasificaban frascos de laboratorio y los colocaban en un refrigerador de tipo industrial.

Quetrén-có, una localidad situada en la “ruta del puma” que tanto desvelaba a los guardaparques de Los Notros. En un edificio que oficiaba de sucursal y de proveedor de recursos genéticos del Banco de Recursos Genéticos de Felinos Sudamericanos, Andrés Silva y Elina del Valle recogían las muestras que luego enviarían para su almacenamiento, material vivo que asegurase en el futuro la conservación de los felinos en riesgo. Un proyecto arduo y ambicioso. Los pasos de la extinción eran más veloces que los de la conservación. Todos tenían fe, sin embargo, requisito indispensable en los hombres de acción. Andrés y Elina trabajaban codo a codo, tratando de no confundir los números que iban codificando en un ordenador. La concentración no menguaba su buen humor, y cada tanto Andrés hacía saber a su compañera, mediante un guiño, que la cafetera estaba lista para un momento de esparcimiento. Durante uno de esos preciados intervalos, Elina miró hacia la calle despejada.

—Parece que hoy estamos solos en Quetrén.

Andrés sirvió el café en vasos de plástico sobre una bandejita improvisada con la tapa de una heladera de viaje. Se acercó a la ventana y contempló la calle donde las acacias se veían tristes sin sus flores de penacho. El invierno había escarchado el césped de los jardines y las veredas lucían desoladas. Soplaban un viento tenaz que se colaba por el hueco de la chimenea. Elina llevaba guantes con los dedos cortados para poder trabajar sin helarse las

manos, y Andrés conservaba puesta la bufanda.

—Parecemos dos parias —comentó él, disfrutando del calor que brindaba el café.

En verdad lo parecían, trabajando sin descanso y soportando las inclemencias del sitio, mal equipado para un trabajo de tanta importancia.

Los habían enviado desde el Zoológico de Buenos Aires, donde funcionaba la sede argentina del Banco de Recursos Genéticos. Aquel paraje era una de las regiones donde el felino habitaba en libertad aún, y había que aprovechar esa circunstancia. Se habían topado con la resistencia de las autoridades y de los dueños de los campos de los alrededores. Al parecer, el interés científico desbarataba otro tipo de intereses entre los pobladores de Quetrén. Bien pronto comprendieron que su labor benéfica perjudicaba los ingresos monetarios de uno de los lugares más promocionados como coto de caza en el mundo. Más tarde o más temprano, todo cazador se vería tentado con la idea de llevarse un trofeo del puma o del gran jabalí. La caza del venado estaba más restringida, aunque solían encontrarse la vuelta fijando períodos de habilitación.

Elina se llevó una mano a la nuca y soltó su cabellera. Estaba entumecida de tanto fijar la vista en las pequeñas etiquetas de los frascos y muerta de frío, pese al fuego encendido y a las medias de lana. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, tratando de no pensar en nada por unos instantes. La gente de Buenos Aires aguardaba las muestras y no podían darse el lujo de perder ni un minuto de trabajo, pues bastante los retrasaban ya los contratiempos habituales. Compadeciéndose de ella, Andrés recogió los vasos y los llevó a la pileta, cuando la escuchó decir:

—Oh, no... otra vez no.

La puerta se abrió y junto con un vendaval de tierra y frío entró un hombre de cuello corto e incipiente barriga. Sobre el uniforme municipal llevaba el abrigo de piel y una gorra con visera que ocultaba su rostro de expresión

astuta.

—Por favor, le ruego que toque antes de entrar —dijo Elina en tono suave—. Tenemos cosas valiosas aquí que se pueden echar a perder.

El recién llegado miró a su alrededor con desprecio, como si no encontrase el valor mencionado en lo que veía.

—Manda decir el intendente que hay una denuncia en su contra por invadir terrenos de propiedad privada.

Andrés apretó la mandíbula para contener una réplica. Él sabía bien a qué se referían y por qué los denunciaban. Habían conseguido ubicar a un puma que solía recorrer siempre el mismo camino, desde el arenal hasta el monte de caldenes, y lograron colocarle un chip para identificarlo. Ese solo hecho lo inutilizaba para la caza ilegal, ya que ningún cazador se llevaría un trofeo fichado por una asociación científica. Cada acción que realizaban ellos se oponía a los intereses mezquinos de los dueños de campos dedicados a la cacería. La situación que atravesaban muchos terratenientes de la zona debido a la sequía de las últimas estaciones y a la baja de los precios de los granos en el mercado los obligaba a recurrir a alternativas novedosas, como el turismo. Claro que allí había que aderezar el concepto de turismo, puesto que no existían bosques centenarios ni lagos majestuosos que pudiesen atraer a los viajeros ávidos de sensaciones. Quetrén-có estaba rodeada de leguas de arena y rocas, y algún pozo de agua que se agotaba en tiempos de seca. La tierra era áspera y hermosa para aquel que supiese encontrar belleza en sus atardeceres y sus cielos desmesurados.

Andrés metió las manos en los bolsillos y contestó con estudiada cortesía:

—Le agradecemos, señor Santorini. Más tarde hablaremos con el intendente.

El recién venido se sintió frustrado al ver que no producía el efecto esperado en aquellos dos ciudadanos que se empeñaban en correr detrás de los animales salvajes para ponerles un número o marcar cruces en una planilla. En

su opinión, eran un par de delirantes. Lo que le fastidiaba era haberse convertido en el mandadero de la intendencia.

—Ustedes verán lo que hacen —respondió de mal talante y con un tinte de amenaza en la voz.

Salió sin cuidarse de la ráfaga que entró al abrir la puerta y luego desapareció en su camioneta, envuelto en una nube de polvo.

—Menos mal que estábamos solos en Quetrén —se burló Andrés.

—Mejor solos que mal acompañados, suele decirse.

—A veces pienso que nos mandaron hasta acá para sacarnos de en medio.

—No seas tonto, se necesita recoger estas muestras y sólo puede hacerlo un biólogo. Para eso estudiaste, ¿no es así?

—Sospecho que además habría que conocer artes marciales.

—No estaría mal tampoco —rio Elina, recuperando su habitual alegría—. Desde mañana, prometo empezar a entrenar.

Andrés le propinó un coscorrón cariñoso y ambos se enfrascaron en la tarea, dejando atrás el enojoso incidente.

Ninguno advirtió que los observaban desde afuera, bajo las sombras que la tarde alargaba.

Siguiendo un pálpito, Cordelia acompañaba al abuelo en sus paseos diarios por el alicaído jardín de la mansión. Fingía no darse cuenta cuando él se afirmaba en su trípode para no tambalearse, ni cuando respiraba hondo antes de dar el paso siguiente.

Lo alentaba a contemplar los nuevos canteros de hortensias y a colocar alpiste en la pajarera de la glorieta. La idea de volver a tener aves en aquella vieja jaula de hierro lo había puesto de buen humor.

—Veamos cuáles son las primeras en caer —anunció exultante.

Vigilaron la glorieta durante tres días, hasta que un desprevenido gorrión

probó el alimento ofrecido y con su gozoso trino llamó a los demás.

—Que se ceben —dijo el abuelo, como si se tratase de una misión secreta—. Cuando menos lo esperen, cerraremos las puertas.

Cordelia se contenía para no replicar. Desde chica, su principal travesura había sido soltar las aves que el abuelo atrapaba, creyendo que el viejo no sabía quién burlaba sus trampas caseras. Los paseos se cumplían con religiosidad a pesar del frío, pues Cordelia sostenía que el aire vigorizaba al abuelo. Ignoraba las protestas de Greta, que a esas alturas ya no sabía si alegrarse de la visita de los tan esperados nietos o lamentarla. Temía que Cordelia con sus experimentos y Emilio con sus desplantes acabaran por matar a M. Ducroix.

Esa mañana, Cordelia y el abuelo se encontraban revisando las huellas que los gatos del vecindario habían dejado en los canteros.

—Cómo van a venir las aves si tienen a veinte gatos sabandijas rondando. No bastan esos zánganos que cría tu tía, también vienen los callejeros a importunar.

Cordelia escuchaba con satisfacción las quejas del abuelo. Una persona que se quejaba tenía algo de qué preocuparse. Y la idea de habilitar la pajarera había sido todo un acierto, era la excusa que ponía el abuelo cada mañana para desobedecer las órdenes de Greta y salir al fresco a vigilar los avances de las aves.

—Me sentaré aquí —anunció M. Ducroix, apostándose en un banco tras la glicina.

Cordelia verificó que no hubiese corrientes de aire y se alejó, aspirando el olor a tierra húmeda. Allá en Los Notros, el aire estaría impregnado del humo de leña y de retama seca; Newen ya habría completado la primera parte de su ronda y de seguro iría a la Intendencia de Parques para informar a Medina; Mayga debía de encontrarse en la casa de Julieta ayudándola, pues tenía un corazón compasivo, y la tía Jose... ¿Qué estaría haciendo en aquel sitio que en

su vida imaginó habitar? Cordelia se sentó en otro banco, próximo al cerco que delimitaba el jardín, y se arrebujó en su chal. Añoraba la vida en el cerro. Los senderos, los bosques y las noches estrelladas habían llegado a formar parte de su ser. La ciudad le resultaba chata después de haberse acostumbrado a medir las distancias entre montañas. El recuerdo de la cordillera con sus cóndores lejanos y las hondonadas donde nunca llegaba el sol era su refugio en esos días de extrañamiento.

Y añoraba a su esposo.

Newen no se había despedido cuando ella decidió marcharse a pesar de su oposición. Era un hombre duro. Sólo en la intimidad perdía el control de las riendas con que sujetaba su corazón, y aun así había habido momentos en que Cordelia se preguntaba si la amaba tanto como ella a él. Porque amaba al terco puelche con el que se había casado, toleraba sus defectos y admiraba sus virtudes. Newen Cayuki había despertado en ella una pasión arrolladora que él correspondía sin palabras; el amor se filtraba en las miradas, en las caricias, sin ser nombrado nunca. El problema residía en que a veces Cordelia se sentía como un conejo vigilado por un halcón, sin saber cuándo acabaría su libertad. El temperamento de Newen la moldeaba, y su lucha para mantener la independencia le costaba cara, como en ese momento. Sospechaba que, de no mediar su hermano, la vida en Los Notros habría sido más difícil para ella.

Y luego estaba el recuerdo del niño.

Cordelia sintió una oleada de dolor. Nunca dejaba de pensar en Meullen. ¿Cómo sería en ese momento, si hubiese vivido? ¿Tendría sus ojos, o los de Newen? ¿Se parecería a su padre, con su misma fortaleza y altivez? Ella soñaba con darle un hijo varón, y después de aquella pérdida se resistía a quedar encinta. Nadie podría reemplazar al pequeño Meullen en su corazón. La dureza con que su esposo la había hecho a un lado, como si necesitase padecer el dolor él solo, la había herido en lo más profundo. Se esforzó en recuperarse por Mayga, y para demostrarse a sí misma que podía sobrevivir

sin un hombre a su lado, pero en el esfuerzo había perdido parte de su entrega desinteresada. Su cuerpo traicionero reclamaba la presencia de Newen, mientras que su corazón se resguardaba para no sufrir. Se preguntaba si algún día podría volver a ser la que era cuando apareció en Los Notros, dispuesta a enfrentar al bárbaro con tal de lograr su propósito.

—¿Señorita Ducroix?

La voz provenía del otro lado del cerco y sobresaltó a Cordelia. El hombre moreno que la contemplaba esbozó una sonrisa de dientes blancos y fuertes. Cordelia se incorporó, sorprendida. No esperaban a nadie, y el modo de presentarse de aquel hombre, a través del cerco, era poco convencional.

Erik se tomó su tiempo para anunciarse. Primero se entregó al placer de contemplar a la mujer que disfrutaba del fresco matinal con aire melancólico. Era hermosa, aun vestida de entrecasa y sin pretensiones. Supo enseguida que era la hermana de Emilio Ducroix. Ninguna otra tendría esa cabellera platinada ni aquellos ojos espléndidos. Al verla de pie, admiró su porte y su esbeltez.

—Disculpe si la asusté. Iba de camino hacia la entrada, pero la vi tan cerca que no resistí la tentación de saludarla primero —el hombre extendió una mano ancha y poderosa a través de la reja—. Me llamo Erik Andrade y soy el especialista que pidió su hermano para Los Notros.

—¿Un especialista? —se extrañó Cordelia mientras apreciaba la fortaleza del hombre en el apretón de manos.

—En realidad me especializo más que nada en el yagüareté, pero el puma no escapa a mi interés, y en varias ocasiones trabajé con gente de los proyectos de conservación.

—Ah, ahora entiendo. Viene en auxilio del puma que apareció hace poco. Mi hermano me habló del caso. No sabía que requerían un especialista.

La carcajada de Erik sonó estrepitosa en el jardín.

—Es cierto que no nos llaman mucho. La gente suele resolver los problemas

por su cuenta y de manera drástica. Al parecer, allá en Los Notros hay un grupo de guardaparques responsable.

Cordelia sonrió al pensar en Newen. “Responsable” se quedaba corto para referirse al puelche. Erik, por su parte, se deslumbró ante la sonrisa femenina. Imaginaba que la melliza de Emilio sería también rubia y de ojos azules, pero la belleza de Cordelia le recordaba las estampas de los libros de hadas.

—Le abriré el portón.

Erik caminó a lo largo del cerco hasta llegar a la verja que separaba el jardín de la calle. En el barrio residencial había podido apreciar el lujo de las casas y los jardines, aunque la mansión Ducroix parecía haber conocido tiempos mejores.

—Voy a avisar a mi hermano, que estará en su despacho. Desde que llegamos no hizo otra cosa que trámites y diligencias. Ya estoy extrañando la vida del sur, a pesar de que allá también ocurren cosas, no vaya a creer.

—Lo imagino.

Erik caminó detrás de Cordelia, observando el parque descuidado y admirando el suave contoneo de la figura que lo precedía. Al pasar junto a una glicina, lo sorprendió la figura de un anciano que se inclinaba con dificultad, mirando a través de las hojas.

—Es mi abuelo —explicó Cordelia, que esperaba no tener que socorrerlo en presencia de un extraño.

Continuaron hasta el porche, donde Cordelia se aseguró con Greta de que el abuelo estuviese vigilado, y luego condujo al visitante hacia el interior de la casa.

Erik se maravilló de la opulencia que revelaba la mansión. Eran glorias pasadas que dejaban entrever su esplendor de mármoles, maderas finas, cristales y mosaicos florentinos. Se imaginó a Cordelia Ducroix bajando la escalera del vestíbulo envuelta en los velos del traje de hada de su cuento infantil. Una imagen deslumbrante.

—Si me aguarda un momento, buscaré a mi hermano.

¿Estaría casada? Divorciada, tal vez.

Mientras apreciaba los tapices que representaban escenas bucólicas, vio descender a Emilio solo y sintió una punzada de decepción.

—¡Erik, viejo amigo, gracias por venir tan pronto!

Ambos se estrecharon las manos y completaron el saludo con un abrazo.

Se conocían de los tiempos de estudio en la carrera de Biología, y pese a que el hermano de Cordelia no había terminado, conservó aquella amistad a la distancia. Resultó natural para él recurrir a Erik ante un problema relacionado con los felinos, justo la especialidad que el hombre seguía desde hacía mucho.

—Sentémonos y pongámonos al día, antes de ir al grano —dijo alegre Emilio, y condujo a su amigo al jardín de invierno, el lugar más abrigado de la enorme casa.

Arrellanados en los sillones, se dispusieron a conversar.

Cordelia se refugió en su cuarto. La presencia de Erik le recordó a Newen por su fortaleza. De aquel hombre emanaba también un aura de solidez, aunque su naturaleza afable hacía que esa sensación se dulcificara un poco. Los ojos oscuros de Erik poseían una mirada profunda que, en lugar de intimidar como los de Newen, parecían acariciar. Las pequeñas arrugas revelaban un carácter espontáneo, dispuesto a reír. A Cordelia le había hecho pensar en su propio carácter, antes tan alegre, y eso la entristeció.

Miró desde la ventana la silueta de Greta escoltando al abuelo. Dedujo que el anciano la estaría recriminando por algo, pues la enfermera bajaba la cabeza en un gesto obstinado que ya le conocía bien. Suspiró, cansada.

El regreso había sido mejor de lo que esperaba, ya que el abuelo no se encontraba agonizando sino enfermo, y ella confiaba en que si le devolvían el espíritu de antaño la salud volvería también. Sin embargo, la visita a la casa de su infancia le trajo recuerdos de los tiempos en que todo era posible para ella; un horizonte infinito de aventuras se abría entonces en su panorama

infantil, y esa esperanza la había colmado siempre de felicidad. Ahora, la expectativa se reducía a la vida que llevaba en Los Notros, que si bien le gustaba, era limitada. Newen no objetaba que correteara en pos de proyectos como el camino de los artesanos de Walter Foyer, sin embargo ella percibía que eso era una especie de consuelo para el vacío que llevaba adentro y nada podía completar.

Abrió su ropero y buscó algo apropiado para el almuerzo, pues descontaba que Erik Andrade se quedaría; su hermano tendría que hablar largo y tendido con él. Al parecer el hombre venía de lejos; había visto su camioneta estacionada en la calle y cubierta de tierra colorada.

Al bajar, algo más tarde, descubrió que Emilio había impartido una orden y la criada por horas se encontraba preparando una comida rápida de fiambres y bocadillos. La pobre se acaloraba para cumplir con el encargo, pues temía no estar a la altura de lo que se le pedía.

—Yo la ayudo, Edna —le dijo Cordelia, y la mujer sonrió agradecida.

Juntas armaron un almuerzo que llevaron al jardín de invierno en una mesa rodante. Greta se encargaría del abuelo, que solía tomar las comidas en su habitación.

—Aquí llegan los refuerzos —exclamó contento Emilio.

Erik sólo tuvo ojos para Cordelia.

Se había recogido el cabello en una trenza que caía sobre un hombro y llevaba un simple vestido de lana azul y unas botas de caña alta. El cutis resplandecía, resaltado apenas por un suave maquillaje. Los ojos, su rasgo más notable, lucían tristes. Aquella mujer tenía un sufrimiento secreto, por eso le había parecido tan lejana en el jardín, cuando la observaba sumida en sus pensamientos. Una melancolía infinita la embargaba y él se preguntaba el motivo. Deseó que se sentara a compartir el almuerzo con ellos.

—Es muy amable —dijo al ver que ella servía jugo de frutas de una jarra y colocaba dos botellitas de cerveza en una hielera.

—Mi hermana es un sol. No la dejo brillar mucho porque a veces enceguece, ¿no es así, hermanita?

Cordelia lo recriminó con una mirada cariñosa y guardó silencio. Erik recordó que, cuando estudiaban juntos, Emilio le había confesado que sin su hermana no habría soportado la soledad de su infancia. Si Cordelia poseía tal fortaleza de espíritu, se estaba quebrantando por algo. Se moría por preguntar cosas íntimas pero, como no correspondía, hizo lo único permitido:

—Acompáñenos, señorita Ducroix, por favor.

—“Señora”, querrás decir —objetó Emilio—. Mi hermana está casada con un guardaparque de Los Notros, Newen Cayuki. Así que no se va a espantar por los temas que toquemos en este almuerzo. Vamos, Délie, come con nosotros.

Cordelia se sentó en una butaca y se dispuso a escuchar. Erik escondió su desilusión en la cerveza. La hermosa dama era una mujer casada. Triste, sin embargo. Quizá no estuviese felizmente casada. Las mujeres insatisfechas estaban a punto de caramelo para una conquista, él lo sabía por experiencia. Y el nombre del marido le sonaba a nativo. ¿Se habría casado esa belleza con un hombre de sangre indígena? La miró con nuevos ojos. Sí, era muy capaz de saltar sobre todas las convenciones y enfrentar cualquier obstáculo que la vida le pusiera por delante.

Compartieron una charla amena, aderezada con los comentarios de Emilio sobre los sucesos de Los Notros y los relatos de las aventuras de Erik rescatando jaguares en el norte del país, donde todavía podía verse alguno en estado salvaje.

—Es el yagareté —les explicaba—, una especie de menor tamaño aunque imponente y muy bella. El último que vi en Misiones se hallaba en una propiedad lindera con el Parque Provincial de Salto Encantado. Era una hembra que había atacado a varios terneros y el dueño de la finca dio aviso al guardaparque. Yo estaba en contacto con gente de la Fundación Vida Silvestre,

así que acudí no bien llamaron.

—¿Cómo lograron atraparla? —se interesó Cordelia.

Erik se perdió un instante en la luminosidad de esos ojos antes de responder.

—Usamos proyectiles con sedantes cuando estamos frente a animales salvajes que no conocen el contacto humano, porque además hay que trasladarlos al lugar definitivo. En este caso fue el Parque Esmeralda, en Yabutí. Le pusimos un collar con un radiotransmisor, para monitorearla.

—Mi esposo hace eso con los cóndores que libera —repuso ella, orgullosa—. Como pueden volar en áreas muy extensas, utiliza también un chip satelital.

—¿Su esposo es proteccionista?

Emilio soltó una carcajada espontánea.

—¿Mi cuñado? Diría más bien que es un guerrero de la naturaleza. Mete miedo a veces.

Cordelia se mostró incómoda con la descripción que su hermano hacía de Newen. No le gustaba que resaltaran el lado salvaje de su esposo, pues ella lo conocía en profundidad y sabía que un amor inagotable por los seres vivos lo animaba a defenderlos con fiereza.

Erik notó su molestia y percibió que el nudo del conflicto se hallaba en el carácter del marido guardaparque. Trató de imaginárselo maltratándola y una repentina oleada de furia lo acometió. Carraspeó para volver a su realidad presente y continuó su relato.

—Los que nos ocupamos de salvaguardar especies en riesgo solemos parecer exagerados y hasta locos a veces, pero es porque el común de la gente lleva sus vidas cotidianas sin enterarse de lo que sucede en el mundo natural. Por eso es importante la labor de divulgar los peligros que lo acechan, en especial a los más jóvenes.

Cordelia le dirigió una mirada agradecida que inflamó el pecho de Erik y agregó:

—Eso mismo se hace cuando se liberan cóndores, se congrega a los chicos de una escuela y ellos participan de la ceremonia. También acuden *lonkos* y caciques de otras culturas ancestrales para dar su bendición. Es muy hermoso.

Una mujer delicada y bella que conocía palabras en idioma antiguo y aprobaba las ceremonias ancestrales, compartiendo el amor por la vida silvestre que a él lo animaba desde siempre. Demasiado bueno para ser cierto.

—¿Y qué sucedió con la hembra? —dijo de pronto Emilio, confundiendo a Erik.

—¿Qué? Ah, la hembra de yagareté, sí. Ella está bien, viviendo su vida salvaje en Yabutí, una reserva de biosfera. Allá podrá seguir cazando sus presas naturales, porque hay diversidad de especies. Es todo lo que podemos hacer por ahora.

—Hay quienes están haciendo más aún —comentó Emilio.

—¿Te refieres al banco de genes?

—Así es. Me tomé la libertad de llamar antes de que llegaras, y me informaron que hay gente del Zoo trabajando en Quetrén-có, un lugar que está en el circuito que investigamos.

—Interesante.

—Había pensado ir hasta allá para organizar algo.

—Y quieres que te acompañe.

—En realidad, no.

Tanto Erik como Cordelia lo miraron con sorpresa. Ella distinguió la mirada que su hermano tenía cuando llevaba un tiempo maquinando algo.

—Quiero que me reemplaces en Los Notros y aportes tus conocimientos sobre el puma. Sus hábitos, las estrategias para atraparlo sin causarle daño y, por supuesto, qué hacer después con él, ya que este puma en particular debió de haber sido trasladado desde otro sitio.

—¿Cuándo quieres que viaje?

Emilio lanzó un vistazo a Cordelia antes de decir:

—Cuando mi hermana organice el traslado de mi abuelo al sur.

El silencio de Cordelia fue tan elocuente que hasta Erik se sintió incómodo, con la sensación de estar en el medio de algo sin saber qué.

—No me lo habías dicho —le reprochó por fin ella.

—¿Acaso no tomaste sola la decisión de llevar al viejo? Si no cambiaste, hermanita, tus decisiones acaban siendo órdenes.

—De todos modos, hay mucho que hacer primero. Y avisar a Los Notros. La tía Jose podría no estar de acuerdo.

—¿Te estás arrepintiendo?

—¡Claro que no! Ya sabes lo que pienso sobre la salud del abuelo.

—Entonces, no digamos más. Falta organizar la partida. Podemos fijar un término razonable.

Erik permaneció callado durante la discusión, sopesando su papel en todo aquello. Emilio se encargó de responder a su pregunta antes de que la formulase:

—Erik los acompañará. Confío en él como guardaespaldas y médico de emergencias. Después de todo, es biólogo y ha hecho los cursos de primeros auxilios con los guardaparques.

Cordelia entrecerró los ojos, calando a su hermano.

—Te lo tenías guardado, ¿no es así? Lo pensaste hace tiempo.

—No tanto tiempo. Apenas llevamos aquí una semana. Los plazos son perentorios cuando se trata de la vida silvestre, y este asunto del puma me urge, Cordelia, necesito resolverlo de inmediato. Por eso vine.

—¿Por eso? Creí que habías venido por la salud del abuelo.

Emilio se sonrojó. Era un tema que no quería abordar en presencia de otros, aunque debía reconocer que se lo había buscado al arrojar aquella bomba sin aviso.

—En principio sí. Al ver que el abuelo sigue bastante bien tomé el asunto del puma en mis manos. Medina me ha estado llamando.

—Por mi parte, estaré encantado de servirlos en lo que haga falta —terció con suavidad Erik—. Cuando Emilio me avisó, vine preparado para viajar. Es mi modo de vida —aclaró a Cordelia, que seguía mirando a su hermano como si quisiese traspasarlo—. Puedo esperar unos días hasta que el viaje esté organizado, y luego escoltarlos hasta Los Notros. Mi camioneta es todoterreno y tiene en la parte de atrás un habitáculo que puedo transformar en lo que yo desee: ha sido sala de enfermería, coche cama, nursery de crías de yagueté —y guiñó un ojo a Cordelia al decir esto, sabiendo que la idea de una aventura así podría atraerla.

A Cordelia le encantó imaginar la camioneta albergando a los cachorritos felinos. La idea de viajar de ese modo no le disgustaba, al contrario, se sentía respaldada con alguien avezado en emergencias, sólo le molestaba que su hermano hubiese tomado semejante decisión sin consultarla. Cuando ella pensó en trasladar al abuelo, tuvo el tino de comentarle su idea. Odiaba que la manipulasen, bastante tenía con su propio esposo, que siempre parecía al acecho.

—Debo preparar al abuelo, entonces. Quizá le moleste que decidan por él —agregó con intención.

—Hazlo. Erik y yo resolveremos los detalles. ¿Trajiste cámaras fotográficas de infrarrojos?

—No me muevo sin ellas —contestó sonriendo Erik.

—Vamos, quiero ver el equipo y trazar un plan de acción.

“Resolver detalles”, “trazar un plan”. ¿Qué se creía Emilio? ¿Que ella sería un peón en su juego de fichas? Cordelia abandonó el comedor y subió a su cuarto. En los últimos tiempos, se sentía a menudo necesitada de refugiarse en un sitio a solas, lo mismo que un animal que se oculta para lamer sus heridas. Ella no solía ser así. La asustaba perder parte de su identidad y al mismo tiempo carecía de fuerzas para evitarlo.

—Te gusta mi hermana, ¿no es así?

—¿Perdón?

La pregunta a quemarropa tomó tan de sorpresa a Erik que estuvo a punto de dejar caer el bolso que acababa de sacar de la camioneta. Emilio continuó como si nada:

—No me ofende, todo lo contrario. Más de un hombre se dejaría matar por ella, y yo mataría a cualquiera que quisiera dañarla.

—¿Eso incluye a tu cuñado?

Emilio le dirigió una sonrisa sarcástica.

—Hubo un tiempo en que deseé hacerlo, ya no. Sin embargo, ella me preocupa. Hace tiempo que no ríe como antes y sé que suena egoísta, pero todos la necesitamos de un modo u otro. Se extraña su carácter desbordante. La vida allá es dura, Erik, y si Cordelia la resistió fue gracias a su espíritu. Me preocupa que lo pierda.

—¿Y eso por qué ocurriría?

Emilio dejó de acomodar los bultos que traía su amigo y lo encaró con decisión.

—Cordelia me mataría si supiera que te lo digo —suspiró—. Erik, ella ha perdido un hijo después de nacido.

Erik se estremeció al imaginar el sufrimiento de aquella mujer que lo atraía a pesar de saberla casada.

—Ella y Newen tienen una hija adolescente y del episodio que te cuento hace ya varios años, sin embargo, creo que sus heridas no están curadas y mi cuñado es un tipo algo... insensible frente a las debilidades humanas.

—¿Insensible? ¿Ante la muerte de un hijo?

—No lo juzgues, porque no lo conoces. Cuando lo hagas te darás cuenta de lo que te digo. Es tan duro con él que le resulta natural serlo con los demás.

—Sí, pero —y Erik dudó antes de preguntar—. ¿El hijo era suyo?

—¿Por supuesto! ¿Qué te has creído?

—Es que no puedo imaginar que un hombre se muestre insensible ante algo

así.

Emilio se llevó la mano a la nuca, un poco arrepentido de haber hablado.

—Insensible no es la palabra adecuada. Cayuki es duro, resistente, sobrevive ante cualquier cosa, y eso le impide darse cuenta de las necesidades de los otros.

—¿También de las de su esposa? —Erik parecía a punto de retar a duelo a Newen.

—Es difícil que entiendas toda la situación en unos momentos cuando a mí me llevó algunos años. Sólo te pido un favor.

—El que sea —respondió el otro con firmeza.

—Trata de devolverle la sonrisa a mi hermana. Tienes todo este tiempo por delante y tendrás más durante el viaje y luego allá, en Los Notros. Sé que eres un buen tipo, que respetas a las mujeres y que si no te has casado ha sido por no someter a una esposa a la vida nómada. ¿Me equivoco?

Erik asintió, inseguro sobre lo que se pretendía de él. Emilio le colocó una mano sobre el hombro mientras decía:

—Dejo a mi hermana en tus manos, confío en ti y te pido que hagas lo que puedas por alegrarle la vida en estos días. Sólo eso, nada más.

—Bueno, no soy una especie de bufón o algo así.

—Amigo mío, un hombre sabe cómo endulzar un poco la vida de una mujer, ¿no te parece?

Y se dio vuelta para cargar los bolsos rumbo a la casa, dejando a Erik parado junto a la camioneta, más perplejo que nunca.

Cordelia descubrió que su hermano había decidido también invitar a Erik Andrade a quedarse en la mansión el tiempo necesario hasta que partiesen rumbo al sur.

—Tenemos cuartos de sobra —fue lo que dijo ante el argumento de que el abuelo podría no aprobarlo.

Para su sorpresa, M. Ducroix se mostró conforme con la presencia del

invitado. Compartieron conversaciones sobre armas, y hasta llegó a mostrarle la colección que guardaba en la vitrina de la biblioteca, pese a que Erik le señalaba que su misión era rescatar animales en lugar de matarlos. Parecía que el recién llegado daba respiro al abuelo, convirtiéndose en un amortiguador en la relación con su nieto, siempre a punto de estallar. Cordelia no podía negar que Erik era agradable. Se comportaba de manera discreta sin interferir, era cortés y, aunque en ciertas ocasiones ella lo descubrió observándola a la distancia como si la evaluara, la mayor parte del tiempo Emilio y él salían juntos para procurarse lo necesario en la empresa de capturar al puma y destruir la red de tráfico ilegal, de modo que la casa recuperó su tranquilidad.

Greta resultó un hueso más duro de roer que el propio abuelo en cuanto a la idea de viajar a Los Notros. Argumentó que ella no estaba interesada en trasladarse a un pueblucho de mala muerte, que no era lo pactado con la “señora de la casa”, remarcando bien ese término, e insistió en que la decisión era inadecuada para la salud del abuelo. De nada valió que Cordelia adornara la imagen del pueblo para tentarla a la aventura, la mujer no estaba interesada en modificar su vida de enfermera de tiempo completo en Buenos Aires. La negativa de Greta colocaba a Cordelia en un aprieto, pues se veía obligada a buscar en breve plazo un reemplazante, algo difícil de conseguir, dadas las circunstancias. Y aun faltaba lo peor: la opinión de la tía Jose, que ignoraba los planes de sus nietos. A esa altura, el más dócil para acatar la decisión parecía ser el abuelo.

Cordelia comenzó a pasar largos ratos en el herbolario de la tía, que había sido su escondite de aventuras en la infancia. Alejado de la casa, en el fondo del jardín, se entraba por una puerta disimulada entre la hiedra y se hallaba atestado de plantas aromáticas, tanto exóticas como medicinales, instrumentos de labranza y frascos de sales minerales, insecticidas, baldes y cajones de todos los tamaños. Encontró el viejo *bonsai* que tanto la había fascinado en aquel entonces, y descubrió que la falta de cuidados lo había deformado. En

lugar de un ombú, parecía una coliflor. Recorrió con nostalgia los estantes que siempre le habían parecido misteriosos por la atención que su tía les dispensaba y que en esa ruina habían perdido su encanto. Todo estaba cubierto de polvo y se respiraba un olor asfixiante. Decidió limpiar, tirar lo que no sirviese y conservar lo que pudiera salvarse. Así fue que pasó tardes enteras en el invernadero, mientras el abuelo dormía la siesta.

Allí la encontró Erik un día, al regresar de comprar repuestos para la camioneta. Le extrañó ver luz en los fondos de la casa, y pensó que el jardinero se habría olvidado de apagarla antes de irse. Al empujar la puerta, sorprendió a Cordelia trepada a una escalera de pintor, intentando bajar una enorme caja de un estante. El equilibrio era precario y la caja muy pesada, de modo que se apresuró a colocarse detrás de la escalera, dispuesto a recibirla cuando cayese.

—Cuidado —le advirtió, temeroso de que pisase en falso al sostener la caja.

Cordelia miró hacia abajo y se quedó de una pieza al verlo tan cerca, sujetando la escalera. Ya no podía hacer otra cosa que seguir adelante, de modo que alzó la caja y comenzó el descenso con cuidado. La escalera tembló y también Erik, al verla trastabillar en lo alto. Se le escapó un juramento y maldijo la mala cabeza de las mujeres, que siempre se metían a realizar tareas que estaban muy por encima de sus posibilidades. El comentario azuzó a Cordelia, que precipitó el descenso al extremo de casi saltar los escalones. Cuando llegó al piso, se volvió con la caja en las manos y una expresión feroz.

—Lamento que tenga tan mala opinión de mí.

Erik contempló su rostro acalorado, el peinado deshecho, y pensó que jamás la había visto tan hermosa, con ese fuego ceniciento en sus ojos.

—Perdone. Fue un comentario general, no dirigido a usted. Aunque debo decir que la idea de trepar y bajar con esa caja no fue muy buena.

Cordelia se sintió una tonta por haber reaccionado mal y sonrió,

avergonzada.

—Tiene razón. Hago cosas temerarias a veces, pero me gusta hacerlas, me siento animada. En este invernadero pasaba mi tía casi todo el tiempo, preparando mejunjes medicinales o de belleza. Todo lo que sé sobre plantas se lo debo a ella, pues yo la observaba desde chica, sentada aquí —y Cordelia palmeó la repisa contigua a la pileta de lavar—. Fueron épocas lindas —agregó, nostálgica.

—Los tiempos de la niñez suelen ser lindos en los recuerdos. Olvidamos lo que no nos gusta.

Cordelia frunció la nariz en un gesto que a Erik le resultó gracioso.

—Tengo recuerdos tristes también, de noches pasadas en vela a causa de los ataques de asma de Emilio. Mi tía iba y venía con compresas y vapores, y yo me ocultaba bajo la cama de mi hermano para asegurarme de que no muriese.

—Debió de ser duro para ustedes.

—Lo fue para él, más que nada. Lo ha superado gracias a la vida que lleva y al amor de su esposa.

Erik encontró servida la ocasión de preguntar.

—¿Y su esposo, Cordelia?

—¿Qué pasa con él? —se atajó cautelosa ella.

—Me contó Emilio que ustedes se casaron en una ceremonia tehuelche. Me intrigó eso.

—Mi esposo es de la parcialidad *gununa'ken*, del norte de la Patagonia, por eso nos casamos bajo el rito de sus ancestros, aunque ya nos habíamos casado aquí en una ceremonia cristiana.

—¿Y él la aceptó?

—Por supuesto. Newen y yo criamos a nuestros hijos tratando de reunir lo mejor de las dos culturas.

—¿Tiene hijos, Cordelia?

Cordelia se detuvo, horrorizada al comprobar que había hablado de “hijos”

en plural, como si el pequeño Meullen hubiera vivido. Miró de reojo a Erik. No sabía cómo resolver el error cometido sin quedar en evidencia. Él acudió en su ayuda.

—Supongo que sí, parece tener mucho cariño para ofrecer.

Cordelia se ruborizó. La conversación estaba tomando un sesgo íntimo que la perturbaba. Y Erik parecía adivinar cosas sobre su vida personal. Pensó en Newen y en su expresión si la viese conversando de intimidades con otro hombre y sonrió apenas.

—¿Dije algo gracioso?

—Claro que no, es que me vino un recuerdo a la mente.

—Me alegra que sea bueno, entonces. ¿La ayudo?

Cordelia dejó que él cargase la caja rumbo a la puerta, y una vez fuera del invernadero le indicó el canasto de los residuos.

—Son sobres que contienen semillas, pero están resecos, o bien húmedos y estropeados. Ni siquiera sirven para llevarlos a mi propio herbolario.

—Ah, en Los Notros se dedica a esto también.

—Entre otras cosas. Dígame, señor Andrade —dijo de pronto Cordelia—. ¿Dónde va a residir usted en Los Notros? Hay pocos sitios donde alojarse, sólo el viejo hotel.

—Por favor, Cordelia, tutéame. Soy amigo de Emilio desde hace años y estoy seguro de haberlo visitado en la mansión alguna vez, aunque te recordaría si te hubiese visto antes. Supongo que estarías correteando con tus amigas.

Cordelia calló que su única amiga era Julieta, y que la idea de “corretear” habría sido impensable en la manera recluida en que vivieron.

—¿Puedo ayudar en algo más?

Ya Erik se arremangaba, dispuesto a echarle una mano en el herbolario, cuando de súbito Cordelia tuvo la sensación de que aquel hombre era peligroso para la paz de su espíritu. Un sexto sentido le dictó la respuesta:

—Gracias, ya terminé con esto por hoy. Subiré a ver al abuelo. Nos veremos en la cena.

Erik permaneció un momento en el sitio, tratando de recomponer la conversación que habían tenido. Un tema sensible había provocado la huida de aquella mujer que le intrigaba y desataba en él su espíritu protector. No le quedaba claro qué pretendía Emilio y menos aún lo que él mismo esperaba, aunque de algo estaba seguro: se convertiría en el paladín de Cordelia Ducroix hasta saberlo.

El abuelo esperaba a su nieta apostado en la ventana del piso alto. Desde allí dominaba el entorno de la mansión como un caballero su castillo desde la torre. Nada escapaba al ojo avizor del anciano. Contempló los senderos desprolijos, la maleza trepando los muros, y repasó en su mente los demás rincones de la casa: la biblioteca que siempre fue su refugio, y el dormitorio en el que los recuerdos de Colette ya se deslucían, como la escenografía de un viejo teatro. Su vista recorrió las paredes de ese nuevo cuarto donde lo había confinado la enfermedad.

Los pulmones. El mal de los Ducroix, quién lo hubiera dicho. Había llorado la muerte del hijo como un soldado, sin doblegarse ante el dolor. Y reaccionó ante la enfermedad del nieto como un guerrero, intentando negar lo evidente, enojándose contra el destino y contra su víctima. Emilio no lo entendería nunca. Fue amor puro lo que lo llevó a tratarlo con dureza, procurando que aquel niño no corriese la misma fatal suerte que su padre. ¿Se había equivocado? ¿O acaso era obra suya que al fin Emilio se hubiese sobrepuesto al asma en Los Notros? ¿Quién podía decirlo? Ya era tarde para recriminaciones. Lo llevaban al sur, al límite del mundo, para que muriese allí y no en su reino. Bien, quizá fuese lo que merecía. Aceptaría el destronamiento como el exilio de un guerrero. Y después de todo... ¿No había algo extraño en

el comportamiento de su nieto? ¿Qué significaba que hubiese organizado aquel viaje repentino con un desconocido como escolta?

Allí había gato encerrado, y él no sería Hippolyte Ducroix si no lo averiguara.



CAPÍTULO 13

Mayga decidió que perdonaría a Luciano el exabrupto del otro día, tomando en cuenta que había bebido. Se compadecía de la soledad del muchacho y a menudo se preguntaba si ella no sería tan rebelde y díscola como él si no tuviese la familia que tenía.

—Tía Jose, bajo al pueblo, en un rato vuelvo.

Cerró con un portazo antes de que Josefina pudiese responder y emprendió el descenso a paso ligero, deseosa de hacer las paces con su amigo. De seguro lo encontraría ganduleando con otros muchachos. Había pocas oportunidades para los que no sabían oficios ni estaban conchabados en las estancias.

Antes de que Jose pudiese alarmarse, ya Mayga había desaparecido de su vista. La tía masculó algo sobre “la juventud ociosa” y volvió a sus preparandos. Los horarios de la gente de la cabaña la dejaban sola mucho tiempo y ella lo agradecía, pues sentía que era más útil a su sobrina cuando podía encargarse de la casa a su gusto.

En esos momentos se hallaba revolviendo un mejunje de olor dulce en uno de los jarros de aluminio que había encontrado. Era un material poco apto para los cocimientos, pero la escasez de vajilla le dejaba pocas opciones. Apuntó en un papel donde llevaba una lista: “jarro enlozado”. Haría esas compras sin consultar, sospechaba que no serían bien recibidas. Newen parecía regodearse en la austeridad de su cabaña, como si se empeñase en demostrar que se podía vivir casi sin nada. Por cierto se podía, aunque era más confortable disponer de ciertas comodidades mínimas.

Disminuyó la llama y se puso a machacar hierbas en un mortero. Un aroma

silvestre impregnó la habitación, mezclado con el de la leña quemándose. El paisaje helado acentuaba la calidez del interior, donde el ruido de los cacharros se alternaba con el canturreo de la tía Jose.

Se sobresaltó al ver la figura que repiqueteaba con sus nudillos en el vidrio de la ventana. A través del empañado pudo advertir que se trataba de Medina, el intendente de Parques. De nuevo lamentó su aspecto desaliñado, aunque ya era una costumbre que la pillaran desprevenida. Hizo señas para indicar que la puerta estaba abierta y se dispuso a recibirlo mientras se acomodaba con rapidez los mechones sueltos del rodete.

Medina entró con una soltura que hablaba de la confianza que mediaba entre él y los Cayuki. A diferencia del hippie viejo, que siempre parecía dispuesto a provocar, el aire campechano de aquel hombre sugería un carácter apacible, poco dado a los enfrentamientos.

Hugo Medina aspiró con deleite el aroma dulzón que invadía la cocina. Se quitó el sombrero y lo colgó en el gancho de la puerta, en tanto se adecentaba el cabello con la otra mano.

—Disculpe, no quería molestar.

—No es molestia. Adelante, siéntese, le serviré una taza de té.

—¿Té? —se maravilló el hombre.

Los ojos azules brillaron por la sorpresa, y la tía Jose se preguntó qué acostumbraría a tomar el intendente de Parques para que le asombrase la idea del té.

—Café, si lo prefiere —dudó.

—No, no, será un placer degustar una taza de té. Hace tiempo que no tomo.

Jose colocó delante de él un mantelito y una taza de porcelana con su platito a juego. Medina se maravilló más aún al ver la delicadeza.

—Lo traje de la casa de Emilio —aclaró, al ver su expresión—. No podía soportar tomar el té en esos jarros sin esmalte que tienen acá. Hasta sabe de otro modo.

Se dio vuelta para encender la hornalla y calentar el agua, y el hombre admiró su desenvoltura de mujer acostumbrada a los quehaceres domésticos.

—Se está muy bien aquí —comentó, repantigándose mientras observaba a su alrededor.

La cabaña tenía un aspecto distinto del habitual. Josefina había acercado la mesa y los bancos a la chimenea, haciendo de ese rincón un sitio agradable no sólo para comer sino también para trabajar. El espacio vacío había sido ocupado por la alfombra de telar y un arcón antiguo. Bajo la ventana, una mecedora que él no recordaba y un grueso tocón que hacía de mesita conformaban otro rincón acogedor. Imaginó a la tía Jose sentada allí con sus labores o leyendo, como lo sugerían la bolsita tejida que pendía de la mecedora y el libro apoyado en el tronco.

—Luce encantador —dijo cortés, y sus ojos brillaron de nuevo al ver que la tía Jose le ofrecía bollitos de manteca.

—Mantengo limpio al menos. Cordelia no puede sola con todo esto y Mayga no parece interesada en las cuestiones del hogar.

Medina soltó una risita.

—Me temo que ninguna de las dos. Cordelia es capaz de dar vuelta patas arriba el pueblo de Los Notros, pero sospecho que se acobardaría si tuviese que preparar una cena para varias personas. Por suerte, cuenta con la ayuda de su cuñada. Y Mayga está más interesada en seguir al padre por los senderos que en aprender a cocinar.

—Me lo imagino. De tal palo, tal astilla. Aunque... —y se detuvo, indecisa.

—¿Sí? —la alentó con amabilidad Medina.

Jose se sentó frente a él y suspiró antes de decir:

—Mi madre era artista. De teatro —agregó—. Jamás supo cómo freír un huevo o planchar una camisa. Mi padre, que la adoraba, le perdonaba cualquier desaliño en la casa y contrató una legión de sirvientes para que ella no tuviese que preocuparse por esos menesteres.

—Un hombre enamorado —acotó Medina.

—Sí. Y una hija solícita.

De pronto, lo que había dicho le sonó injusto y se llevó la mano a la boca, arrepentida. Estaba confesando cosas íntimas a aquel hombre al que no conocía más que de vista. ¿Qué le pasaba? ¿Sería que aquel lugar trastornaba los sentidos? Se levantó con presteza al oír el tintineo de la cafetera y, ocultando su rubor, echó allí las hierbas que guardaba en una lata despintada. Cuando volvió a la mesa su rostro se mostraba tan sereno como antes.

El vapor se elevó al servir el té, creando un velo entre ella y Medina.

El hombre la contemplaba con sus mansos ojos claros.

—Gracias.

Revolvió el azúcar con parsimonia, disfrutando del momento, y tomó otro bollito que se deshizo en su boca como el anterior, dejando un sabor delicioso.

—Es usted una mujer admirable, Josefina.

Jose se puso rígida.

—Disculpe que me atreva a decírselo, pero hay veces en que las personas tienen méritos que pasan desapercibidos. Tal vez para sus padres haya sido normal contar con una hija solícita y cariñosa. Le aseguro que no es tan así. Tampoco lo es que sea capaz de transformar una rústica cabaña de guardaparque en un hogar del que da pena irse. Como hizo aquí —y acompañó sus palabras con otra mirada admirativa en derredor.

Josefina sintió que la rigidez se disolvía en su pecho. Aquel hombre le hablaba con respeto y no decía sino la verdad: ella había sido una hija ejemplar, más de lo que cualquier padre hubiese debido esperar, y ahora le tocaba vivir su propia vida. Eso era algo imposible de confesar a Medina, lo guardaba en secreto. Le parecía que si lo ventilaba se haría añicos, como sus esperanzas.

—¿Más té?

—Está riquísimo. ¿Tiene canela?

Jose se refugió con gusto en un tema menos espinoso.

—Canela y miel. Le agregué ralladura de limón, apenas un toque entre tanta hierba. Espero que no resulte ácido.

—Jamás probé un té tan exquisito. ¿Quiere decir que usted misma lo ha fabricado?

La admiración de Medina no tenía límites.

—Sólo lo aderezó. Un poquito de esto, otro poco de aquello, y así le doy un toque distinto al habitual. Me gusta experimentar con los sabores.

Hugo se quedó contemplándola con reverencia hasta que descubrió que su mirada podía incomodarla y volvió a su taza. Carraspeó, nervioso, e inició el tema por el que había llegado hasta allá arriba. Lamentaba tener que concluir aquella visita.

—He recibido una llamada de Cordelia.

Jose se puso en guardia, alarmada.

—¿Están bien? ¿Qué dijo?

Medina comprendió que ella temía por la salud del abuelo y se apresuró a tranquilizarla.

—Todos estupendamente. Cordelia sólo quería avisarle que está a punto de volver a Los Notros.

Jose se quedó sin habla. Abrió la boca para protestar y luego se puso pálida, incapaz de pronunciar palabra. Medina se incorporó y se aproximó a ella, preocupado.

—Josefina, ¿se encuentra bien? Las noticias son buenas, cálmese.

—¡Es que no pueden venir todavía! ¡Dejarán al abuelo solo! La enfermera que contraté no podrá con él, siempre es necesario intervenir por algo. Yo supuse que ellos me avisarían antes de regresar, yo creí... —y se detuvo, confusa al darse cuenta de que no deseaba volver todavía, ni siquiera para emprender su negocio tan soñado. Se encontraba a gusto en aquel lugar inhóspito, estaba aprendiendo a manejarse con las incomodidades y las

desventajas, y se sentía útil ayudando a Julieta y a Mayga en ausencia de Cordelia. Sin advertirlo, la cabaña del cerro se estaba convirtiendo en un sitio agradable para ella, pese a su rusticidad exasperante.

—Tengo entendido que volverán todos —estaba diciendo Medina.

—¿Todos? ¿Quiénes?

Medina carraspeó de nuevo, inseguro sobre cómo tomaría aquella mujer la noticia disparatada que Cordelia le había dado.

—Bueno, creo que se refería a ella, a esta enfermera que usted dice... y al abuelo —concluyó.

El impacto hizo que Jose se desplomara en la silla.

—¿El abuelo? ¿Viajar hasta acá? ¿Y cómo, Dios mío? ¿Qué les pasa a esos muchachos? ¿Perdieron el poco juicio que tenían? No pueden hacer eso, lo matarán. Pobre papá, Dios bendito, cómo pude abandonarlo así, no me lo perdono.

Josefina se levantó, histérica, y comenzó a caminar de un lado a otro, olvidando la presencia del intendente de Parques. Iba y venía, acalorándose con sus propias conclusiones, gesticulando y deteniéndose por momentos para luego retomar el hilo de sus temores. Volvía a ser la mujer que anteponía las causas ajenas a las propias.

—Mi padre está muy enfermo. Traerlo hasta aquí sería su condena. Sé que está grave, pero allá por lo menos podría mantenerse vivo un tiempo. ¿O será...? —y se quedó mirando a Medina como si él pudiese darle la respuesta —. ¿Será que él mismo pidió venir? ¡Es muy capaz! Y de seguro ellos no han podido convencerlo. Pero Greta, esa mujer es muy sensata. ¿Cómo puede permitirlo? ¿Usted dice que ella también viene? ¿Se habrán vuelto todos locos?

Si la cuestión no hubiese sido delicada, Medina habría reído del aspecto torturado que ofrecía Josefina, con su delantal de cocina y las mejillas arreboladas, en parte por el vapor y en parte por la agitación. Sus hermosos

ojos verdes brillaban de emoción contenida. La tía Jose era una mujer de afectos profundos, se preocupaba por todos y se olvidaba de sí misma cuando estaba en juego la salud de los demás.

Una mujer desinteresada y no egoísta como la que él había elegido por esposa.

—Cálmese, Josefina. Si su sobrina dice que vienen, será porque pueden hacerlo. Usted debe confiar en su criterio.

Jose lo miró con desazón. No sabía si confiar en el criterio de Cordelia, que había abandonado las oportunidades de la ciudad para vivir en un sitio alejado de todo, donde hasta el calor había que procurárselo hachando en el bosque. Sin embargo, el tono tranquilizador del intendente de Parques comenzó a hacer efecto en ella. El hombre no se mostraba escandalizado y además, si Emilio aprobaba el plan, sería por algo. Su mente empezó a calibrar otras posibilidades. Tal vez el abuelo hubiese mejorado por milagro, quizá fuese la recomendación de algún médico, por insensato que pareciese. Ella no conocía las circunstancias de tal decisión. De todos modos, nada podía hacer en ese momento, sólo aguardar.

—Déjeme ofrecerle algo fuerte, Josefina —y Medina se alejó para rebuscar en los estantes y volver con una botellita oscura en cuya etiqueta no se leía nada.

Josefina dejó que el hombre le sirviese el licor en un vasito y se lo llevó a los labios, ensimismada. El líquido ardiente le quemó la garganta y le congestionó los ojos. Tosió, se oprimió el pecho con una mano y luego se enjugó las lágrimas.

—Dios Santo. ¿Qué es este brebaje?

Medina rio por lo bajo.

—El whisky de Cayuki, me temo. No hay otra cosa en esta casa, salvo café y este aguardiente que es caldo de brujas. Le dicen *chicha* o *pulque*, y se obtiene del maíz fermentado.

—Creo que quiere envenenarme —gimió Josefina.

Medina observó la botellita y frunció el ceño.

—Esto no es chicha —comentó para sí.

Josefina se llevó la mano al pecho de nuevo, con horror.

—¡Le dije! ¡Me ha envenenado!

El hombre no parecía alarmado ni arrepentido.

—No es chicha, es *aloja*, otro bebedizo infernal.

—Ah...

—Se destila de las vainas del algarrobo. No sé cuál es peor, pero la gente de por acá bebe alguno de estos cuando desea un trago fuerte. ¿Está mejor ahora?

—Si no muero, sobrevivo —respondió con acidez Josefina, y Medina se echó a reír.

—Es usted una mujer de temple, Josefina Ducroix, hace honor a la estirpe de la familia.

La tía Jose se paralizó de sorpresa ante esas palabras. ¿Ella, la sufrida, la que el abuelo ignoraba y la abuela compadecía? ¿Podía verse, acaso, como una mujer de carácter? ¿Qué veía en ella Hugo Medina?

—Señor Medina...

—Llámeme Hugo, por favor, sólo Hugo. Bastantes formalidades usamos a diario por nuestro trabajo.

—Hugo. Bien, al mal tiempo, buena cara. Si mi sobrina ha decidido venir con su abuelo hasta el fin del mundo, poco hay que yo pueda hacer, salvo preparar algunos jarabes para la tos y la fiebre —dijo, pensativa, mientras sus ojos se dirigían hacia afuera, donde la nevisca continuaba azotando el paisaje.

—No pensará salir con este clima.

—¿No dijo usted que soy una mujer de temple, Hugo? —y sonrió, satisfecha al ver que lo desconcertaba—. Si es así, puedo hacer cosas temerarias como salir a preparar un tónico para mi padre bajo la tormenta. De seguro lo va a

necesitar.

Apagó la hornalla donde se cocía el otro mejunje, tapó el jarro para evitar que se solidificase con el frío, y corrió a envolverse en un poncho de lana que Mayga le había conseguido. Cuando estuvo arropada hasta las orejas, miró a Medina con cierto desafío:

—¿Vamos?

El intendente de Parques se limitó a colocarse el sombrero y ajustarse el cinto, dispuesto a escoltarla adonde fuese. ¡Por Dios, que las mujeres Ducroix eran todas de armas llevar! Hasta las que parecían más dulces y apacibles, como la tía Josefina.

Mayga divisó a Luciano holgazaneando en la esquina de don Luis, la antigua pulpería devenida almacén. El vasco no aceptaba que los gandules entraran a su negocio, aunque no podía evitar que merodearan en torno a él.

Luciano se hallaba sentado en el suelo polvoriento, la espalda contra la pared, en actitud indolente. Mayga sintió recelo al ver que alguien le pasaba una botella de cerveza. Eran apenas las cuatro de la tarde y ya estaba bebiendo. Supo en qué instante él la vio, pues captó la rigidez que tomó su postura. Se escuchó un silbido admirativo y una risita. La presencia de Mayga era siempre motivo de agitación, sin embargo ella no se amilanó. Se acercó al grupo de vagos y mirando sólo a Luciano le dijo con voz firme:

—Tengo que hablarte.

El joven desvió la mirada sin abandonar la actitud retadora.

—Bueno, bueno —graznó uno de los amigotes—. La cosa se pone linda.

—¿Qué te pasa, marita? —repuso Luciano, desafiante—. ¿Te manda el jefe para amonestarme?

Se refería así a Newen, que era la autoridad en la zona, buscando zaherir a la muchacha, pues sabía la afinidad que tenía con su padre.

Mayga hizo caso omiso y prosiguió.

—Hay algo que quiero decirte, si te interesa.

Luciano se quedó mirándola. Le interesaba, y mucho. Bebió de la botella para ocultar su inquietud. Caer tan fácil bajo las redes de una chiquilla ante sus amigos le disgustaba.

—Me parece que Luciano no quiere hablar contigo, me parece que quiere otra cosa con su *gapin* —dijo otro, soltando una risotada.

—*Ieyu xuyu mew* —se escuchó decir con entonación lasciva.

Mayga sabía suficiente *mapuzugun* como para entender las insinuaciones. La habían llamado “novia” de Luciano, y el muchachito esmirriado que se había separado del resto para aproximársele estaba diciendo “te como a besos”, acompañando la expresión con el gesto. Buscó con la mirada el apoyo de su amigo, no muy segura de obtenerlo. Él permanecía sentado como si deliberase en su interior, sin soltar la botella. Hubo unos instantes de tensión durante los que ninguno de los presentes supo qué hacer, hasta que el que había avanzado primero comentó, socarrón:

—Me gusta la *gapin* de Luciano, me gusta mucho. *Ayeyu* —agregó, ya más desinhibido, y aproximándose tanto que ella pudo oler la cerveza en su aliento.

Luciano seguía sin reaccionar y Mayga se estaba arrepintiendo de su osadía cuando una voz grave habló detrás de ellos.

—¿Estás caliente, muchacho?

Mayga la reconoció aun antes de girar la cabeza. El hombre de negro se hallaba en el límite del sendero que subía al cerro, observando el intercambio con aire distendido, como un espectador desinteresado. Su figura se recortaba sobre el verde profundo del bosque. Apoyaba una de sus botas en el tronco, en una actitud aburrida que no engañó a ninguno de los muchachos. El hombre rezumaba peligro por todos sus poros, y hasta Mayga sintió un estremecimiento, pese a que él había acudido en su defensa.

—No me escuchaste —siguió diciendo él—. Te pregunté si estabas caliente

con la chica.

A Mayga no le agradó el modo de referirse a ella, aunque no tuvo ocasión de reaccionar, porque el sujeto de la moto se acercó en dos zancadas y, tomándola de un brazo, la atrajo hacia su pecho, diciendo:

—Porque es mía.

Luciano se puso de pie con lentitud, abotagado por el alcohol y aturdido por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Él había admirado al sujeto por la destreza con que conducía su infernal máquina, sin imaginar ni por un momento que Mayga lo conociese también, y menos que tuviese alguna relación con él. ¿Sería de eso de lo que venía a hablarle?

Mayga sentía el calor que desprendía el cuerpo de Daniel y la firmeza con que su mano enguantada le sujetaba el brazo. Estaba diciéndole algo con ese gesto, estaba ordenándole que le siguiera el juego, y ella lo entendió. Lanzó una mirada acusadora a Luciano y luego miró el rostro del extraño. Debajo de la expresión burlona se percibía que apretaba la mandíbula y sus ojos despedían destellos de furia. ¿Desde cuándo los estaba observando? ¿Habría captado el recelo de ella frente a los muchachos?

Daniel sonrió sin humor y mostró una expresión cínica.

—Ya veo que nos entendemos. Vamos, querida.

La llevó hacia el bosque como si fuese lo más natural del mundo, y a Mayga se le aflojaron las rodillas. Negarse daría pábulo a que los amigotes de Luciano siguiesen hostigándola, de manera que caminó junto al hombre con la vista fija en el sendero y el corazón latiéndole a toda prisa. Llegaron a la primera curva y Daniel se volvió hacia ella, suavizando el apretón.

—¿Por qué te acercas a esos vagos?

Ya no parecía furioso, aunque su aspecto no acababa de tranquilizarla. Él mismo parecía un vago, después de todo.

—Luciano es mi amigo —repuso Mayga.

—¿Hay algo entre ustedes? No me pareció que estuviera de tu parte.

—Estaba bebido. Es otro cuando bebe, justo venía a hablarle de eso. El otro día...

—¿El otro día qué?

—Se portó como un idiota.

El tono de enfado de ella fue suficiente para que Daniel comprendiese la situación. No era su asunto, y sin embargo le molestaba que aquella jovencita se enredase con un tipo como aquel.

—Un idiota sólo puede comportarse como idiota. No esperes peras del olmo.

Mayga lo miró, entre agradecida y confusa.

—A cambio de mi intervención salvadora, voy a pedirte algo.

La desconfianza tomó su lugar en el corazón de la muchacha, que ya sabía de las intenciones de aquel hombre extravagante. Él soltó una carcajada al ver su expresión.

—El beso te lo daré cuando menos lo esperes. Lo que quiero es que me muestres el escondite del puma.

A Mayga le sorprendió el pedido y le indignó que él pretendiese semejante traición de su parte. La partida de cazadores que había herido al *wrapial* venía de El Almojarife, donde el hombre de la moto se alojaba, así que ni loca contribuiría con ellos.

—Jamás.

—Uy, qué dramática resultaste. Yo no soy cazador, no me interesa coleccionar pieles. Sólo quiero ver al animal que desvela a mi padrino y salir de dudas con respecto a algo.

Mientras lo decía, se erguía amenazador. Mayga no entendía de qué hablaba hasta que él dijo con voz suave:

—Está herido, ¿no?

—¡Por su culpa!

Daniel sonrió. La joven era tan inocente que se dejaba llevar por la

indignación y no medía las consecuencias de sus palabras.

—Era lo que deseaba saber. Sólo falta que me muestres dónde se oculta. ¿Tienes miedo?

Captó la diversión en los ojos ahumados de la muchacha y supo que aquella visión que tuvo en la espesura la noche de la cacería estaba relacionada con Mayga, aunque no alcanzaba a entender cómo.

—Eres misteriosa, y a mí me gusta desentrañar misterios, sobre todo en un sitio aburrido como éste.

Su mano rozó la barbilla de la joven y descendió por el hueco que dejaba al descubierto la campera. Allí palpitaba la sangre descontrolada. El bosque se cerraba en torno a ellos, aislándolos del pueblo y las montañas. Mayga no veía más que el rostro del hombre: sus ojos, que habían adquirido un tono acaramelado, y su boca, torcida en un rictus de diversión. Se sorprendió deseando que la besara como la otra vez. El pensamiento la asustó y retrocedió como un cervatillo acosado.

—Te dije —murmuró él, como si le enseñase una lección olvidada— que te besaría cuando menos lo esperases.

Sin embargo, su atención seguía concentrada en la piel de la muchacha, y Mayga se estremeció cuando él se quitó el guante para sentir la tibieza con sus dedos. La mano rodeó el cuello femenino y su pulgar apretó con suavidad la base de la garganta. Los ojos castaños la contemplaban con interés, como si evaluaran su reacción. Daniel pudo sentir que ella tragaba saliva, y su cuerpo se excitó con esa pequeña muestra de alteración de su parte. La joven que lo obsesionaba reunía tanta inocencia como valentía, y él luchaba por contener las ansias de doblegar ambas cosas.

—Ese muchacho torpe no te merece, no malgastes tu vida con él.

Mayga se dejó embrujar por el tono cálido y las caricias acompasadas. Al igual que una liebre encandilada, no podía eludir el peligro del depredador.

—¿Cómo haces para conservarte tan delicada en un lugar como este?

Mientras hablaba, Daniel recorría el rostro de Mayga, deteniéndose en las curvas de sus cejas, el arco de sus pestañas, la nariz de carácter y la boca de labios bien delineados. La lisura de su tez lo fascinaba. En esa piel tirante de tono mate los ojos se destacaban, impactantes. Era la mujer más bonita que había conocido, su belleza era tan natural que cualquier artificio la habría mancillado. Estaba acostumbrado a tener mujeres de cabellos platinados, mujeres que se depilaban hasta el apellido para parecer atractivas, que desbordaban sus labios con el rouge para aparentar sensualidad y enmascaraban sus ojos con gruesas líneas negras. Jamás había probado una mujer que no disimulase sus defectos, que se ofreciese a la luz del día con sencillez, sin pretender siquiera peinarse o vestirse con coquetería. Mayga era bella de una manera silvestre, y él ansiaba degustar esa hermosura.

Ella lo miraba con ojos agrandados y él logró que sus caricias la cautivasen lo bastante para poder acercarse más. Sopló con delicadeza en su oreja, causándole un estremecimiento, y luego sus labios ascendieron por la mejilla hasta rozar la comisura de la boca carnosa. Allí depositó un beso etéreo y volvió a murmurar en su oído.

Mayga no entendía lo que le decía, sólo era consciente del calor que invadía su cuerpo y de la fragilidad de sus rodillas, a punto de doblarse. Siguiendo un instinto, extendió las manos hacia adelante, sin advertir que sólo podía sujetarse del mismo que le provocaba la debilidad. Daniel tocó con la punta de su lengua los recovecos de su oreja pequeña y capturó el lóbulo con sus dientes en un tierno apretón. Notó que ella gemía, quizá asustada por la sensación.

—Shhh... —murmuró, y se apresuró a lamerle el cuello, apartando el pelo grueso y aspirando el aroma de hierbas que siempre parecía acompañarla.

—Tan linda —y sus labios recorrieron la zona vulnerable de la garganta, deteniéndose en el hueco palpitante, donde los oprimió con fuerza, para luego seguir hacia arriba y encontrar la boca entreabierta. Advirtió que la joven

tenía los ojos cerrados, hechizada por las sensaciones que iba descubriendo, y sonrió, codicioso. Podía hacerla suya ahí mismo, en ese instante. Se apoyó en un tronco y la atrajo hacia su pecho, evitando que ella se sintiese prisionera de su abrazo. No quería romper el encanto de la trama sensual que había tejido a su alrededor.

—Así, despacio —y su boca se cerró sobre la de la joven, absorbiendo su exclamación de sorpresa.

Introdujo con rapidez su lengua mientras la apretaba a lo largo de su cuerpo, haciéndole sentir su excitación contra el vientre, frotándola un poco. Aunque Mayga hizo un intento de apartarse, Daniel era un hombre fuerte y estaba decidido a provocarle suficiente conmoción como para que no olvidara ese encuentro, el primero de una serie que estaba dispuesto a vivir con aquella preciosa mujer.

Mayga sentía la lengua caliente que recorría con audacia sus rincones y no era capaz de rechazarla, pese a que su mente estaba horrorizada con lo que ocurría. Su cuerpo parecía actuar por sí mismo, como si perteneciese a otra persona. La boca del hombre absorbía su voluntad y ella no atinaba a hacer otra cosa que permitir esa invasión, soportarla con estoicismo y también disfrutarla. El beso no era violento como el de la vez anterior, sino sinuoso y tentador, y Mayga sentía curiosidad por saber hasta dónde se podía llegar con un beso. Muy pronto lo supo, al notar que la calidez se extendía por su cintura y advertir que las manos del extraño la tocaban bajo el abrigo. Sin saber cómo, se encontró sintiendo las caricias recorrer su piel de arriba abajo y por detrás, hasta la espalda, donde las manos se entrelazaron, apretándola más contra el cuerpo masculino. Él no había soltado su boca y acompañaba los movimientos de la lengua con los de su cadera, creando una cadencia enloquecedora. Pronto comprendió que se encontraba entre las piernas abiertas de él y que la mano exploradora había descendido por su vientre hasta la cintura del pantalón, hurgando en su interior. Los dedos hábiles se

introdujeron entre las ropas con movimientos delicados, acariciadores, hasta que rozaron la humedad que mojaba su prenda íntima, se empaparon de esa suavidad que por primera vez Mayga derramaba y comenzaron a hacer círculos en un lugar que le produjo sensaciones devastadoras. La otra mano apretaba sus nalgas, manteniéndola apoyada con firmeza, en tanto que los dedos obraban una magia que acabó con la resistencia de Mayga. Daniel observó con satisfacción los espasmos que sacudieron a la muchacha, y sus gemidos fueron como música en sus oídos. Mayga estaba sintiendo su primer éxtasis y él era el dueño de esas sensaciones. Ella se derrumbó sobre su pecho, respirando de forma acelerada, abriendo mucho los ojos ante lo desconocido, sintiéndose extraña hasta para sí misma y avergonzada por el extravío en que había caído.

—¿Estás bien? —dijo él, todavía con la mano entre sus ropas.

Al retirarla, deslizó una última caricia que sacudió a Mayga en sus fibras más íntimas.

El frío que corrió por su cuerpo al perder ese contacto la devolvió a la realidad. Se apartó de él y lo miró con expresión acusadora.

—No vas a decir que no te ha gustado —la azuzó.

La humillación tiñó de púrpura los pómulos de Mayga y la obligó a poner distancia con aquel seductor, a pesar de que ya el mal estaba hecho. Había sido una desvergonzada al permitir tal contacto a un desconocido. Si él la hubiese tomado por la fuerza habría sido menos sorprendente el resultado que aquellas caricias devastadoras. Ella no sabía que se pudiese sentir así al ser tocada. Conocía la manera en que los animales se apareaban, y no la escandalizaba en absoluto. Sin embargo, la sutileza del hombre al provocarle el olvido de sí misma sólo tocándola era un milagro incomprensible en la mente de Mayga. Debía recluirse en algún sitio para pensar, recuperar el sentido y, sobre todo, aclarar qué haría de ahí en más. La idea de volverlo a encontrar después de lo sucedido le parecía insoportable.

Ajustó su abrigo y reunió toda su entereza para hablar con voz firme:

—No vuelva a acercarse a mí.

La incredulidad pintó la expresión de Daniel al escuchar esa bravata. ¡Esa muchachita delgada lo amenazaba! Si era para reírse a carcajadas.

—Vas a venir a buscarme solita —dijo con sorna—. Probaste el néctar y no podrás prescindir de él nunca más.

De alguna manera, Mayga intuía que esas palabras eran proféticas, pues ya no sería la misma después de la experiencia vivida. Le lanzó la mirada más despreciativa que pudo conseguir, y marchó a paso forzado hacia la morada del cerro, el único lugar seguro que había en ese momento para ella.

Daniel permaneció apoyado en el árbol, aquietando su propia agitación. Él no había sido inmune a la seducción tampoco, y su cuerpo reclamaba desahogo a gritos. Ver a la joven presa de sus sentidos, palpar sus estremecimientos y aspirar su aliento, lo había llevado casi al mismo éxtasis, de pie y vestido. Era fuerte el poder de la pequeña bruja. Había en esa mujercita un misterio que lo hechizaba. Él sólo pretendía entender un poco ese mundo al que había arribado con su padrino y que se le antojaba más extraño cada vez. Ojos en la espesura, animales que no morían cuando se les disparaba, eran enigmas que lo distraían de la chatura de Los Notros. El trato con Mayga le causaba por añadidura un ansia que no alcanzaba a entender. Debía buscar a Sandra después de aquello, volcar en ella su pasión reprimida, pero sabía también que eso no calmaría su auténtica inquietud, la que le producía la muchachita de ojos de puma.

Mayga llegó agitada a la cabaña, contenta al comprobar que estaba vacía. Subió al altillo y se echó sobre la cama, ocultando el rostro entre las mantas, añorando la presencia de su madre que siempre calmaba sus inquietudes. El silencio era tan inmenso que hasta el ruido de las hormigas de la madera podía escucharse. Por eso pudo percibir las risas lejanas que reverberaban en el porche. Intrigada a pesar de su conmoción, descendió y se asomó a la

ventanita del frente.

Por el camino del invernadero avanzaba la tía Jose, con los brazos cubiertos de manojos de hierbas. Detrás de ella, Hugo Medina portaba un balde del que asomaban más yuyos y frascos con etiquetas. Caminaban acompañando las pisadas y compartían alguna broma, riendo distendidos. Mayga trepó al altillo de nuevo, pues no deseaba que nadie viese su rostro. Desde allí escuchó la llegada ruidosa de ambos. Depositaron las hierbas sobre la mesa de madera y oyó que la tía Jose comentaba:

—Con esto tengo suficiente para varias gripes y ataques de tos. Puede enfermarse tranquilo, Hugo.

—Jamás me habían hecho un ofrecimiento como ese, Josefina, pero usted no es una mujer corriente y no debería sorprenderme.

Mayga escuchó la risa clara de la tía y luego el raspar de las cerillas para encender el fuego de la cocina.

—Abandoné mi potaje —dijo—. Creo que usted me está corrompiendo un poquito, Hugo.

—Qué más quisiera, Josefina.

Las pisadas fuertes indicaron que el intendente de Parques se marchaba y Mayga se quedó sin saber cómo había sido la despedida entre ambos.

Permaneció en silencio, expectante, mientras la tía Jose deambulaba por la habitación de abajo, canturreando y revolviendo los cacharros. La alegre tonada y el modo en que caminaba por la cocina revelaban su buen humor. Mayga se sintió desconcertada.

Todo en ese día estaba patas arriba: ella había sentido una especie de desmayo provocado por un hombre al que despreciaba por dedicarse a la caza, y ahora la recatada tía Jose bromeaba con Hugo Medina, al que Mayga sólo conocía serio o preocupado. Pensó si la ausencia de su madre sería la causa del alboroto en el orden de las cosas. Cuando Cordelia estaba en la casa y su padre las abarcaba a ambas con sus ojos negros que llegaban al alma,

Mayga se sentía confiada en que nada malo sucedería.

Suspiró y se echó boca arriba en la tarima que hacía de cama matrimonial. Un sopor la invadió, y su último pensamiento fue para un extraño vestido de negro que la miraba con ojos que también le llegaban al alma, de un cálido color café.

Josefina contempló satisfecha los tres recipientes que bullían en las hornallas. Aunque hubiese querido, no podía preparar más, debido a que no tenía más fuego que el de la chimenea. El anafe de hierro que utilizaba Cordelia era sencillo. Se quitó el delantal y se embadurnó las manos con una crema que extrajo de un pote. Aspiró con deleite su aroma almendrado. Sus manos suaves eran su orgullo, las conservaba blancas y lozanas como las de una jovencita gracias a los cosméticos que ella misma fabricaba en la mansión. Era una receta que pensaba aplicar en su negocio, guardando el secreto, por cierto. Se sentó en la mecedora y tomó un lápiz para seguir apuntando en la libreta: “coco rallado, jengibre y pasas”. Ya tenía en mente un postre que pensaba probar con los paladares de la familia y, tal vez, con el de Hugo Medina. El hombre parecía ávido por degustar exquisiteces. Según había entendido, vivía solo en su casa de Los Notros, a la que llegaba por las noches, y a menudo comía en lo de Emilio, de modo que recibiría con agrado el obsequio de algún postre de tanto en tanto.

Josefina se detuvo con el lápiz en la barbilla, ensimismada. Miró a través del vidrio y el paisaje no le produjo la misma melancolía que antes. ¡Es que tenía muchas cosas por hacer! Los jarabes para el abuelo, la máscara de germen de trigo que debía pasar por el cedazo para envasarla luego, un almíbar que Hugo había comentado que le gustaba mucho... Haría dulce con los frutos del bosque y utilizaría el almíbar para aderezar los postres. Entusiasmada, volvió a escribir: “espátula de madera, nueces, hongos”. Se

detuvo al darse cuenta de que podía buscar ella misma los hongos en el bosque. El hippie viejo le había mostrado algunos en su refugio del lago. Podría ir hasta allá y recogerlos. Ella sabía cuáles eran venenosos y cuáles no, aunque no estaría de más consultar a Walter sobre eso, sólo para asegurarse. Se recostó satisfecha sobre el respaldo de la silla y comenzó a mecerse. ¡Quién la hubiese visto, decidiendo entre consultar a un hombre o agasajar a otro! No era la misma Josefina Ducroix que nada nuevo esperaba de la vida, salvo ser útil a los sobrinos, su única razón de existir. Una idea la asaltó: ¿a quién le debía aquel cambio? ¿A Newen Cayuki? Después de todo, había sido él quien irrumpió en la vida de todos, alterando el orden previsto. Por él, Cordelia había decidido abandonar la mansión y a raíz de eso Emilio siguió sus pasos. El puelche tenía más presencia en su vida de lo que él mismo imaginaba. Sonrió al pensar en su cara si le dijese eso. Siguió balanceándose y su mente tomó otros derroteros. La vida en Los Notros no era mala tampoco. Los materiales de los que se valía para sus mejunjes estaban al alcance de la mano y, disponiendo de un buen fuego y ropa adecuada, el frío se toleraba. Empezaba a entender a Cordelia. Hasta no le pareció tan disparatado que el abuelo viajase. ¿Acaso no era malsano el frío húmedo de la ciudad? La única dificultad consistía en dónde alojarlo. De seguro Emilio, que había autorizado semejante viaje, tendría pensado algo. Quizá el abuelo y ella ocupasen una habitación en el hotel del pueblo. Miró alrededor y descubrió que no le gustaba la idea de dejar la cabañita después de haberla hecho más acogedora. Se estaba bien allí, con el fuego crepitante, las montañas recortándose en la ventana, el frío vigoroso y las visitas de gente como Medina o Walter Foyer. No se estaba tan solo como ella creía. La muchedumbre de las ciudades se hallaba inmersa en sus cosas y no se detenía para tomar un té con canela ni para fabricar esculturas de madera. Había entablado más relaciones desde que llegó a Los Notros que en toda su vida en Buenos Aires. Le sorprendió constatar eso. Nunca imaginó que a su edad encontraría el placer de la vida

social en un sitio tan alejado. ¿Sería la magia de la que siempre le hablaba Cordelia?

La tarde moría con lentitud y las sombras avanzaban, contenidas por el fuego que se reflejaba en los vidrios empañados. Werken roncaba, ovillado con pereza sobre la alfombra de telar.

“Qué apacible puede llegar a ser el invierno”, pensó Jose, y cerró los ojos, satisfecha.

El crujido de la mecedora la arrulló, sumiéndola en una ensoñación. La imagen de un coqueto negocio de marquesina verde y vidriera engalanada con canastos y flores apareció en su mente de improviso. Era la primera vez que L’Immortelle tomaba una forma precisa. Y la carretilla del hippie viejo, repleta de siemprevivas, cobraba protagonismo en la entrada.



CAPÍTULO 14

A diferencia de otros terratenientes que administraban sus estancias a través de un capataz o un gerente, Ignacio Zavaleta le ponía el pecho a la crianza de ovejas en La Señalada. La estancia había sido mensurada y alambrada muchos años atrás por la famosa Compañía de Tierras Sud Argentino, fundada con dinero británico para comprar territorios ganados al indio y poblarlos de colonos ingleses. El primitivo dueño de La Señalada había aprovechado los oficios de la Compañía y las ventajas que en ese entonces ofrecía el gobierno argentino a los que huían de las guerras y las miserias europeas, y ocupó buena cantidad de leguas junto a la cordillera. Al cabo de los años, su ansia de aventura lo llevó más lejos y aquel galés se trasladó a Piedra Negra, un lugar barrido por los vientos de los glaciares. Tiempo después, el padre de Ignacio Zavaleta adquirió la estancia que legó a su hijo.

La Señalada era extensa, como todo en la Patagonia. Su nombre provenía de la antigua ceremonia en la que los indígenas marcaban los animales cada temporada y que aún se realizaba, con ovejas en lugar de llamas. El casco viejo construido por la Compañía se conservaba y servía como depósito, aunque también solía dar albergue a viajeros solitarios que alquilaban las antiguas instalaciones para pasar la noche. Era frecuente que los más jóvenes se quedasen trabajando en diversos oficios como “golondrinas” para ganarse unos pesos y seguir viaje con los bolsillos abultados.

Ignacio Zavaleta se había criado en Entre Ríos, donde la familia paterna poseía productivas tierras rodeadas de palmares y verdores exuberantes. La idea de iniciar la cría de ovejas en el sur había sido de su padre, al no poder

darle a ese hijo menor un lugar en las estancias del litoral. Los comienzos fueron duros, pues Zavaleta nada sabía de rebaños y su esposa, la altiva Isabel Fournier, no se adaptó nunca a los largos inviernos ni a la falta de diversiones y de vida social. Comprobó que la mujer elegida quería su apellido y su fortuna antes que al hombre con el que se había casado. Podría haberse repuesto de la decepción si ella no hubiese agregado la ofensa de perseguir a Newen Cayuki para vengarse de un desplante que aquel hombre le había infligido en sus años mozos. El rencor de Isabel fue mayor que su prudencia, y cometió el error de confiar en unos mercenarios que raptaron a Cordelia Ducroix, pensando que de ese modo harían caer al indio. Aquel turbio episodio manchó para siempre la reputación de la esposa de Zavaleta y terminó con su matrimonio. Isabel Fournier había desaparecido de su vida e Ignacio no deseaba conocer su paradero. Su necesidad de mujeres se satisfacía con relaciones ocasionales o visitas a sitios donde el amor se compraba. Después de todo, también el de su esposa había sido pagado con la fortuna de los Zavaleta. Toda su energía estaba centrada en la siembra de pasturas, la esquila, el transporte de las balas de lana a través de las rutas patagónicas, y era suficiente trabajo como para no pensar en otra cosa. Si bien pertenecía a una familia acaudalada, el tiempo pasado lejos de ella había moldeado el carácter de Ignacio haciendo de él un hombre modesto en sus gustos y amante del trabajo. En los años que llevaba como patrón de La Señalada supo cultivar amistades entre los lugareños y ganarse el respeto de sus peones, la mayoría reclutados entre los paisanos que vivían en miserables chozas levantadas en el faldeo de las montañas. Pocas veces tuvo problemas con ellos, salvo el caso de Mario Necul, que lo había combatido por considerarlo uno de los *winka* que robaban la tierra a los indios. Sin embargo el tiempo, que suaviza los rencores, acabó por moderar el de Necul y, ante la necesidad de trabajo, el hombre aceptó el que Zavaleta le ofrecía. Desde entonces se entendían sin intervenir en las cuestiones personales de cada uno, en tácito acuerdo. La

Señalada tenía el privilegio de contar con ovejas Merino australianas, raza poco frecuente en los rigores del clima patagónico, al que se adaptaban mejor las Corriedale. Esa circunstancia le daba ventaja a Ignacio, pues su cabaña era apreciada y sus ventas de lana superiores a las de sus vecinos.

El beneficio tenía su precio, sin embargo.

Esa tarde, el patrón se hallaba en un potrero alejado del casco nuevo, intentando descifrar el misterio de una oveja muerta. La habían encontrado al amanecer, degollada sobre los pastos duros, su hermoso vellón áspero y tieso por la helada. La sangre coagulada formaba un manchón negro bajo el cuerpo del animal. El viento atravesaba el cerco de álamos creando un coro lúgubre en torno a los hombres que contemplaban el cadáver.

—Ha de haber sido el puma —dijo uno.

—¿Cuál puma?

—Ése que dicen que anda por ahí, por los cerros.

Ignacio se arrodilló sobre el barro y la nieve y acercó su rostro al cuello cercenado.

En los años que llevaba viviendo allí había oído innumerables historias de pisadas de pumas y de animales muertos. Su falta de experiencia en el asunto le impedía discernir una dentellada de otra causa de muerte. Tampoco se explicaba que faltase la cabeza, a menos que el puma tuviese el hábito de llevarse parte de la presa y dejar el resto. Los hombres se movían, nerviosos. El paisano solía ser supersticioso, no pasaría mucho antes de que empezasen a circular historias acerca de la misteriosa muerte de la oveja.

—Caven un foso pero no la entierren todavía, y no comenten esto hasta que sepamos de qué murió —les ordenó Ignacio.

Resolvió cumplir con el acuerdo y llamar a los guardaparques, ellos sabrían mejor que nadie a qué se debía la extraña muerte.

Más tarde, Newen se inclinaba también sobre el cadáver, rígido bajo el intenso frío del atardecer. Gracias a la baja temperatura demoraba en

descomponerse, lo que le permitió un análisis minucioso de los restos. Husmeó, palpó, recorrió los alrededores con mirada de halcón, buscando rastros que le permitiesen evaluar la razón de aquella masacre. Por lo que él sabía, el puma acostumbraba a guardar parte del alimento conseguido para comerlo luego, aunque dejarlo en el sitio donde había ultimado a la presa no era lógico. Tampoco vio marcas de pisadas, si bien la nevisca borraría cualquier signo, hasta el surco que indicaría que la oveja había sido arrastrada con la intención de esconderla. Lo más significativo era la desaparición de la cabeza. No recordaba haber visto nunca algo así. Ignacio lo miraba con interés respetuoso, aguardando a que sacase una conclusión. Se puso de pie al mismo tiempo que el puelche y siguió con la mirada la dirección que llevaban los ojos de Cayuki. Los cerros se erguían en el oeste como fantasmas de piedra, bajo el remolino de nieve que ocultaba sus cimas.

Zavaleta se subió el cuello del gamulán. El frío congelaba hasta la sangre.

—¿Es un puma? —se atrevió a preguntar por fin, ante el silencio prolongado del otro.

Newen sacudió la cabeza con aire consternado.

—No podría decirlo.

—¿Entonces?

—Hay zorros por aquí, aunque...

—¿Sí?

—La mordida del zorro es diferente a la del puma. Además, está el asunto de la cabeza perdida.

—Un asunto macabro, diría yo.

Newen miró a Ignacio con fijeza.

—¿Se lleva bien con su gente?

A Ignacio le extrañó la pregunta, pero repasó en su mente las circunstancias de los últimos días. Nada significativo que pudiese recordar en el trato con los peones.

—Lo digo porque podría ser un trabajo de venganza, una advertencia. Cosa de hombres, no de animales. ¿Ha tenido problemas con alguno?

—No que yo sepa. A menos que alguien se haya mostrado susceptible con una orden, es una época tranquila el invierno, no da lugar a resentimientos. Cuando venga la esquila con los contratados ya será otra cosa. Ahora no hay tanto trabajo, cuento con el personal mínimo, el de siempre.

Newen se moría por referirse a Mario Necul, sin embargo no lo hizo, carecía de fundamentos para sospechar de él, salvo su propia y eterna desconfianza. Sabía, por otro lado, que trabajaba como capataz. Si era él quien sembraba cizaña, Zavaleta se encontraba en un serio apuro, de modo que no insistió.

—Me llevo las fotos para analizar. Puede enterrar la oveja nomás. Le haré saber cualquier novedad.

De regreso a la casa principal, Ignacio convidó a Newen con un café que al puelche le supo a ambrosía, acostumbrado como estaba a los retintos de su esposa. Mientras lo degustaba, no obstante, la angustia oprimió su pecho. La extrañaba, anhelaba su sabor, su revoloteo, sus caprichos y sus miradas inquisitivas. Si algún *machi* le hubiese vaticinado tiempo atrás que su corazón quedaría preso de una mujer, habría descreído de toda la magia ancestral.

Se despidió del patrón de La Señalada y se encaminó a su misión de esa noche: la vigilancia en los campos de El Almojarife, cerca del ojo de agua adonde el puma podría acercarse. Cenaría después. La sangre de sus antepasados lo mantenía en pie durante horas sin comer ni beber, templados su cuerpo y su espíritu por la crudeza del desierto.

—Estás más silenciosa que nunca, querida —comentó la tía Jose mientras ponía la mesa—. ¿Viene tu padre temprano hoy?

Mayga se había despertado de su siesta perturbadora con la firme

determinación de volver a ser la que era. Se horrorizaba del modo en que había perdido el dominio bajo las manos de aquel hombre siniestro. ¡Un cazador! No creía ni por asomo que no le interesase coleccionar pieles. ¿Para qué, si no, querría saber el escondite del puma?

Ella debía ayudar a Medina y a su padre a capturar a los cazadores furtivos, como siempre le enseñó Newen. La cabeza le pesaba y su cuerpo tenía una sensibilidad desconocida.

—No voy a comer, tía, prefiero bañarme.

—¡Como si una cosa reemplazara a la otra! Te bañarás luego. Hice hojaldre de papas y quiero tu veredicto. ¿Te sientes mal? —la voz de Josefina tomó un tinte preocupado.

—Estoy cansada.

—Es el frío que tomaste hoy al salir de tarde. El caldo de pollo te va a reponer, tiene romero y jengibre.

Mayga sujetó obediente el jarro humeante que la tía le extendía y que despedía un delicioso aroma, y sus labios temblaron al tocar el líquido. Estaban algo amoratados por los besos del intruso. Decidió que simularía aceptar las recomendaciones de la tía Jose para que se fuese a dormir tranquila, ya tendría tiempo de salir rumbo a la tierra del puma para salvarle el pellejo.

—Creo que tu padre comerá comida recalentada, como es habitual. ¿Así es como vive o lo hace ahora que tu madre no está?

—Papi trabaja duro, a veces desaparece durante el día entero recorriendo los cerros.

—Dios mío, no pensé que el trabajo de guardaparque fuese tan exigido. Pienso en Emilio y me pregunto si él también camina kilómetros bajo la nieve.

—El tío se lo toma de otra forma. Papá es muy estricto y, además, se ocupa de la isla de cría.

—Ah, sí, los cóndores. Hugo me habló de ese trabajo voluntario.

Mayga ocultó una sonrisa al escuchar que la tía Jose llamaba al intendente de Parques por su nombre de pila. Si ella supiese que los había estado espiando desde el altillo...

—¿Le ayuda alguien en ese proyecto?

—Papi hace todo solo. No le gusta que se metan en sus cosas.

—Mmm... ya veo. ¿Y Cordelia? ¿Ella no colabora?

—Mami metió la pata una vez al utilizar un títere equivocado para alimentar al pichón de la isla. Desde entonces, papá no le confía los cóndores.

—Supongo que debe de haber aprendido desde entonces. ¿Cuándo fue eso?

—Hace años, cuando aún no estaban casados, creo.

—Tu padre es un hombre que no sabe olvidar los errores, pienso yo.

Mayga miró con tristeza el fondo del jarro.

—Mi papá no olvida nada jamás.

Josefina contempló a la jovencita con un asomo de compasión. Le preocupaba la soledad de Mayga. A su edad, debería tener compañeros de aventuras y de sueños, además de sus primos, que se bastaban el uno al otro. Vivir en el cerro no favorecía la relación con vecinos ni tampoco las salidas para compartir una cena o una fiesta. Se preguntó si no haría mejor llevándosela a la casa de Julieta en esos días, pero la sospecha de que Newen no vería con buenos ojos la idea la refrenó.

—Si no olvidáramos al menos un poco lo sucedido en nuestras vidas, estaríamos prisioneros de los recuerdos y de los rencores —comentó Jose con acidez.

Bien lo sabía ella, por su propia experiencia.

—Papá no guarda rencores, sólo que las cosas se le graban en la mente y nunca puede dejar de recordar que han sucedido.

Mayga se sintió impulsada por lealtad a defender a su padre. La tía Josefina era una mujer de ciudad llena de ideas extravagantes que no sabía cómo era la vida en las montañas, que su padre se jugaba el pellejo cada vez que lo

llamaban por alguna emergencia; ignoraba que él amaba la tierra con un amor que le nacía de las entrañas porque lo había recibido como legado de su abuela, pariente de Sayweke, el famoso cacique de las épocas maloneras. Ella sí conocía esa historia, su madre se la contaba cuando niña. Cordelia atesoraba la genealogía de su esposo y la transmitía a su hija para que no se perdiese, pues dudaba de que el puelche hablara de sí mismo alguna vez. Josefina no sabía todo eso ni se le podía pedir que se sacrificara por la tierra como lo hacía Newen.

—Me voy a la cama —dijo de repente, devolviendo el jarro—. Mañana probaré las papas, tía, hoy estoy agotada.

—Creo que te estás enfermando. Déjame darte un brebaje de limón.

—No, tía, no hace falta. Sólo me fatigó caminar tanto.

Mayga subió al altillo con el pretexto de recoger una manta y esperó a que la tía Jose terminase de limpiar la cocina, atizara el fuego, se desvistiese y se acostara en su cama del piso bajo, envuelta en un edredón. Contó los minutos que iban pasando hasta que percibió el ritmo acompasado de su respiración. Bajó entonces con sigilo y se encaminó hacia el baúl de ropa, buscando abrigo para esa noche fría. Se caló un gorro de piel, guantes y un sobretodo de doble paño que solía usar cuando subía la ladera con Newen para visitar a los cóndores, pues el frío aumentaba con la altura.

Werken quiso seguirla, y como Mayga no deseaba poner otra vez en peligro al animal lo obligó a permanecer junto al fuego mientras ella quitaba el tronco de la puerta y dejaba entrar una ráfaga helada que casi apagó la chimenea.

El ulular profundo resonó en el bosque: *jhu-hu-huu-uú, juu-juju-ju-ju!*, y terminó en un chasquido seco que erizó el vello de la nuca de Daniel.

Se encontraba enredado en las sábanas de Sandra, empapado en sudor y respirando agitado luego de revolcarse con ella en salvaje frenesí. La había

buscado a su regreso, deseoso de vaciar en ella su insatisfacción después del encuentro con Mayga. La joven mestiza le caldeaba la sangre a un extremo insoportable. Y la amante del sirio estaba siempre dispuesta. Esa vez ni siquiera había jugueteado, la poseyó con violencia, descargando su frustración y mordiéndose la lengua hasta sangrar para no pronunciar el nombre de la mujer en quien pensaba cuando se acostaba con otra.

—¿Qué fue eso?

Sandra ronroneó satisfecha y deslizó una pierna entre los muslos del hombre.

—El *ñuku*.

—¿Y eso qué es? ¿Un brujo?

La risa ronca de la mujer retumbó en su oído mientras ella le lamía la oreja.

—Un búho, tonto. Acá lo llaman así.

—Es de mal agüero, supongo.

Sandra se encogió de hombros.

—Según. Debe andar de cacería, como ustedes.

La respuesta tenía doble sentido y Daniel lo captó. Aquella mujer atractiva era capaz de hacer perder la cabeza a un hombre a menos que, como en el caso de él, ya su cabeza estuviese ocupada por entero con una cervatilla de carácter huidizo.

—Debo irme, mi padrino me espera.

—¿Ya? Es temprano, oí decir que saldrían a la medianoche recién.

—Escuchas todo, ¿no? ¿El sirio te paga doble por eso?

De inmediato percibió la tensión que tornó rígido el cuerpo de la mujer. No sabía qué lo impulsaba a agredirla, quizá el parecido de su situación con la de su propia madre, a la que él despreciaba, o tal vez fuese rabia contra sí mismo por caer en brazos de una puta cuando lo que deseaba era tirarse a la muchachita del bosque. Las mujeres no valían tanto esfuerzo. Se levantó con rapidez, quitándose de encima a Sandra, y comenzó a vestirse, disgustado. La

sensación de estar atrapado le producía vértigo. Saldría con la moto a ventilar su obsesión con Mayga y tal vez pudiese escapar de su padrino esa noche. Otro motivo de disgusto. Él no necesitaba trofeos, el único que se llevaría gustoso era la inocencia de la muchacha. Cruzó por su mente la imagen del joven que se había mostrado hostil con ella aquel día y pensó si habría algo entre ambos. Quizá la chica no fuese inocente, después de todo, y en ese caso sus escrúpulos resultarían absurdos. Saboreó esa idea unos momentos. Si Mayga había tenido asuntos con un noviecito, nada le impedía darle lo que en apariencia estaba necesitando.

Sonrió y se ajustó el cierre de la campera.

Él saldría de cacería por otro camino.

—Lo sueltas a cien metros del abrevadero y te fijas que vaya en la dirección correcta.

—Sí, patrón.

—Le inyectas el sedante por la mitad, no quiero que se desplome antes de que lo vean. ¿Entendiste?

—Descuide, patrón.

—Nada tiene que fallar esta vez. Si mis huéspedes consiguen la cabeza del puma, te pago doble.

Cecilio contempló el anillo brillante bajo la luna mientras el patrón le explicaba el plan para cazar al *wrapial*. La inquietud bullía en su interior. Lo que había parecido tan fácil al principio, engañar a los *winka* para que se fueran contentos dejando buenos billetes a cambio, se estaba tornando enmarañado, y Cecilio no quería problemas con los *pillan*, los espíritus.

—¿Qué hay del otro? ¿Lo encontraste?

—No, patrón, se disparó para el cerro.

Omar Yusuf soltó una maldición. De los dos pumas que había conseguido

quedaba uno, y era su última jugada, puesto que desplegar la búsqueda del otro llamaría la atención de los condenados guardaparques. Ya debían de haberlo avistado, además.

Cecilio parecía aguardar otra indicación.

—¿Qué te pasa? ¡Muévete! Quiero que estés en el lugar una hora antes, por lo menos, para que puedas guiarlos. No confío en nadie más para esta tarea, los otros me fallaron dejando escapar al puma. Éste tiene que quedarse en el sitio hasta que lleves a los cazadores al abrevadero. ¿Podrás lograrlo?

Cecilio asintió, con la mirada fija en el anillo.

—En esto va tu sueldo, no lo olvides.

El sirio se quedó observando la espalda de su empleado hasta que se perdió en la oscuridad. Luego sacó un cigarrito de su tabaquera fina y lo pasó bajo la nariz antes de encenderlo. Todos los que lo rodeaban eran inútiles, incapaces de una idea propia. La única persona con la que él podría haber hecho una sociedad productiva se había marchado de allí con la policía pisándole los talones. Isabel Fournier de Zavaleta era una hembra a su altura: bella, mundana, inteligente, aunque no había demostrado mucha inteligencia al enredarse con sus propios peones y tramar un castigo ridículo para el guardaparque. Claro que las mujeres perdían sus dotes intelectuales cuando caían presas de los encantos de un hombre. Sofocó una risa al pensar en los encantos de Cayuki. Debía reconocer que el buen gusto de Isabel se había desviado en esa ocasión. La perdonaba, sin embargo, porque se trataba de un amorío de chiquilla, de los tiempos en que ella veraneaba en la estancia de la familia de su novio. De seguro la habría deslumbrado la habilidad del indio para domar caballos o hachar la leña. A muchas mujeres las fascinaba la fuerza bruta, y si de brutos se hablaba, Newen Cayuki se llevaba la palma. Había que respetarlo, pese a todo, ya que no era un hombre fácil de engatusar, tenía recursos para sobrevivir aun sin medios y el intendente de Parques lo valoraba como para creer a pie juntillas lo que le dijera.

Omar Yusuf se acodó en la portezuela del haras donde había citado a Cecilio para darle las indicaciones. El aire olía a leña y a bosta seca de las cuadras. Los caballos purasangre que criaba dejaban oír un bufido o el golpe de un casco sobre la madera. Degustó el puro mientras contemplaba sus dominios. A pesar de la oscuridad, sabía dónde se levantaba cada galpón, hasta dónde llegaba cada cerca y qué montes rodeaban el gran predio donde había construido su palacete. Aquélla era tierra de oportunidades, sí señor, para hombres como él, que sabían verlas. Ya había tendido sus redes para aprovechar el nuevo emprendimiento del ingeniero Silvester. Acordó con él que enviaría a sus huéspedes al hotel termal al finalizar cada temporada de caza, de manera que el otro tendría asegurados los pasajeros y él recibiría su compensación por el servicio. Su mente calculadora empezó a evaluar otro proyecto: el de traer, además de pumas, algún animal exótico que los extranjeros valorasen por su escasez. Eso requeriría establecer contactos con gente de regiones más alejadas, quizá del Iguazú, o del Chaco. Tendría que analizar en profundidad las perspectivas. Con las autoridades pampeanas tenía fuertes compromisos que no debía descuidar. Se trataba de sumar utilidades, no de reemplazar unas por otras. Soñaba con capturar al mítico jaguar porque su condición de depredador del ganado favorecería sus designios de cazarlo. Aun dentro de lo poco que le importaban las creencias populares, advertía que el puma no era considerado un enemigo por la gente del lugar. Esos pobres diablos necesitados de todo terminaban siendo sus aliados, y por pocos pesos hacían lo que les dijera. El problema residía en los guardaparques y en la gente a la que ellos imbuían de conciencia proteccionista. Cada vez llegaban más fanáticos de la vida silvestre, capaces de interponerse ante una escopeta o un arpón con tal de salvar un venado o una ballena. Imbéciles. Si todo fuese como ellos querían se acabarían los negocios y nadie tendría pan para llevarse a la boca. Los mediocres no captaban la magnitud del futuro. Él era de los privilegiados. Ya desde el principio, cuando adquirió las tierras de El

Almojarife, supo que criando ovejas no llegaría a amasar ninguna fortuna, pues exigían demasiada inversión y la renta era magra: pestes, heladas tardías, escasez de pasturas... Mientras el infeliz de Zavaleta lidiaba con ello, él había construido su casa con lujo oriental y ya poseía intereses en dos de los más grandes negocios de Los Notros: el hotel y la mina. Soltó el humo y contempló las volutas bajo el resplandor lunar. Y eso que recién comenzaba. Si movía sus cordeles con pericia podía llegar a convertirse en el terrateniente más poderoso de la región y figurar en política con suficiente carisma como para imponer sus ideas y sus condiciones. Fama y fortuna, excelente pareja que él se encargaría de mantener unida.

Pensar en una pareja amorosa le recordó que podía visitar a su esclava esa noche. Aunque estuviera dormida no le negaría el placer, pues dependía de él no sólo para comer cada día sino para que nadie supiese su verdadera condición. En eso también había sido astuto, al reconocer la identidad de Sandra.

Apagó el cigarro y caminó hacia los aposentos, disfrutando del aire embalsamado por los humos de leña. Experimentaba una felicidad cercana al éxtasis al saber que todos dependían de él en alguna forma, se sentía como un dios dadivoso que también podía quitar, manteniendo esa incertidumbre sobre las cabezas como una guadaña presta siempre a caer. Poder. Sagrado elixir que calentaba la sangre y mareaba los sentidos. Bebería de ese cáliz mientras tuviese vida, porque se convertía en una droga que exigía más después de cada sorbo. Podía sentir el cosquilleo en la entrepierna y el latido expectante en su pecho mientras contaba los pasos que lo separaban del cuarto de la mujer que tenía a su merced. El *ñuku* ululó una vez más, antes de levantar vuelo en furioso aleteo y hundirse en la sombra.

La camioneta de Erik Andrade atravesaba una vasta planicie rumbo al oeste,

dejando atrás campos blanquecinos donde algunas vacas de dudosa progenie se arracimaban para pasar la noche a cielo abierto. A izquierda y derecha, el paisaje era pura desolación. Habían transitado por rutas que los conducían cada vez más cerca del destino final, y todavía no alcanzaban a distinguir las cimas que anunciaban la región de Los Notros. Las nubes creaban un techo bajo sobre la meseta, amenazando con desplomarse en cualquier momento en forma de lluvia o granizo.

Los ocupantes de la camioneta iban en silencio, sumido cada uno en sus propios pensamientos. El abuelo viajaba en el compartimento trasero, donde habían colocado una camilla y una garrafa. Aquel lugar estaba tan bien equipado, que M. Ducroix bromeó diciendo que de allí no lo sacaría nadie, a menos que le garantizaran otro sitio tan cómodo y abrigado en el pueblo adonde lo llevaban. Greta viajaba con él, para infortunio de ambos, ya que Cordelia no quería arriesgarse a que el abuelo sufriese una descompensación y no contara con asistencia inmediata. La mujer había cedido al fin, en parte porque necesitaba ese sueldo pero también por su sentido de la responsabilidad. Erik adaptó dos sillas plegables y formó una especie de cama de campaña para la enfermera. Había enganchado un pie de suero a sus bordes metálicos, por si acaso, y armado un botiquín de urgencias. Aislaron el habitáculo con edredones viejos y mantas en el piso. La cabina, así camuflada, parecía un cuarto pequeño. Cordelia se admiraba del modo sencillo con que Erik resolvía todos los inconvenientes que pudieran surgir, inventando mecanismos o fabricando herramientas. Incluso se dio maña para introducir un catalejo a través del vidrio de una de las ventanas, sellándolo en los bordes para impedir que entrara el viento, así el abuelo podría apreciar detalles del paisaje desde su camilla sin correr peligro de caer o marearse. También inventó un sistema para pasar alimentos desde la parte delantera del vehículo, colocando una bandeja que sujetó en los extremos con unos ganchos en el techo. Greta la enviaba de vuelta cuando habían merendado, y Cordelia se

encargaba de limpiarla y preparar el próximo refrigerio.

La camioneta funcionaba como una casa rodante, con todos los artilugios necesarios.

El anochecer pintaba sombras a ambos lados del camino. Más de una vez, Cordelia se sobresaltó ante lo que parecían siluetas o bultos que se atravesaban. Erik percibió su nerviosismo y encendió música. Las notas envolventes llenaron la cabina y, unidas al ronroneo del motor, adormecieron a Cordelia, que se arrebujó bajo su campera. Aquel viaje le recordaba otro que había hecho con su hermano y su tía, cuando en secreto albergaba la idea de descubrir el sitio donde la gente de la Fundación Bioandina soltaba los cóndores que tanto preocupaban a Newen Cayuki. Con la frente pegada al vidrio, rememoró las imágenes de la meseta de Somuncurá: su viento, el pasto duro y el horizonte donde el mar aguardaba al cóndor en su retorno. Por instinto, levantó la vista al cielo oscuro, esperando ver algo que la guiara hacia su destino como aquella vez.

—¿Estás dormida?

La voz de Erik sonaba tan melodiosa como la música.

—Por poco. Asusta un poco la noche allá afuera.

Erik la miró de soslayo.

—Es raro que lo diga la mujer de un guardaparque, acostumbrada a noches más oscuras que ésta.

—La cabaña está rodeada de bosques y montañas. Esto es puro desierto y nosotros, apenas una mota de tierra en el infinito.

—Qué poético suena. Me gusta.

Las notas del jazz fluían entre ellos mientras la camioneta devoraba los kilómetros. Erik manejaba con pericia, como si conociese cada curva de antemano.

—Te gustará Los Notros —aventuró Cordelia.

—Claro que sí, cuento con eso. Cualquier sitio alejado del cemento me

gusta.

—Pero ¿cuál es tu paisaje?

Erik sonrió, divertido.

—¿El mío?

—Decíamos con mi hermano y con Julieta que teníamos paisajes escondidos, cuando éramos pequeños. Había que descubrir cuál era el de cada uno, que terminaba siendo aquel donde más a gusto nos sentíamos.

—¿Y el tuyo? —quiso saber, curioso, Erik.

—Siempre pensé que era el mar, hasta que conocí Los Notros.

Erik guardó silencio unos momentos, degustando la imagen de una Cordelia niña jugando con su hermano y su amiga, riendo e inventando historias. Debió de ser una pequeña imaginativa y audaz.

—El mar es imponente, tiene una fuerza arrolladora, pero no es para todos —comentó.

—¿Entonces no irías a la playa a quedarte nunca?

—En buena compañía sí, lo haría.

Cordelia guardó prudente silencio. Erik había sido respetuoso en todo momento y sin embargo ella percibía una nota atrevida en algunos comentarios. Ese descubrimiento la incomodaba y la halagaba a la vez.

—Te diré cuál es mi paisaje —añadió él de pronto—. La selva.

—¿En serio?

Cordelia olvidó sus inquietudes y se volvió hacia el hombre, maravillada. Aullidos en la espesura, monos y aves multicolores, ríos caudalosos acudieron a su mente siempre dispuesta. ¡La selva! Jamás conoció un lugar así, y en vista de que tanto su esposo como su hermano eran guardaparques en el sur, dudaba de llegar a conocerlo algún día.

—La selva tiene misterio —siguió diciendo Erik con su voz profunda—. Lo supe aun antes de verla, presentía que me clavaría un dardo que envenenaría mi sangre para siempre. Por eso es que me especializo en el jaguar. De ahí

viene mi conexión con el proyecto de conservar genes de felinos para el futuro.

—Lo tuyo también suena poético.

Erik soltó una carcajada.

—Soy lo más torpe que te puedas imaginar. Mis lecturas son sólo técnicas, las que interesan a mi trabajo, no recuerdo haber leído poesía jamás, aunque no reniego de escuchar una buena historia.

—La gente de Los Notros es muy afecta a las historias, aun si sospechan que no son ciertas.

—Ésa es la gracia. Mentideros hay en todas partes. El hombre desea escuchar historias de boca de otros hombres, solazarse con peligros o admirar el coraje, no importa si sucedieron o no, basta con que se diga “me contaron que...”.

Cordelia sonrió, pues eso era justo lo que sucedía entre los lugareños, se reunían en torno al fogón para asustarse unos a otros con cuentos de aparecidos o venganzas misteriosas. Ella había caído presa de ese encantamiento muchas veces, aunque también sabía que algunas historias eran ciertas, como las que doña Damiana le refería.

—¿Te animas a cebar unos mates?

Cordelia palpó los bultos que cubrían el asiento trasero hasta dar con una bola peluda y suave que soltó un quejido.

—Esos gatos no han hecho otra cosa que dormir en todo el viaje.

—Así son los gatos de mi tía Jose, siempre remolones. Al revés que ella, tan industriosa.

—Será que le muestran un ejemplo de lo que debería hacer, entonces.

Cordelia rio mientras se volteaba para alcanzar la canasta donde guardaba los termos, el café y la yerba. El gato rezongó ante el roce y cambió de posición, apelmazándose contra otro de los bolsos que transportaban. Sus ojos turquesas relampaguearon en la penumbra interior del coche.

—Perdón, Dickens, ya no te molestaré más —y Cordelia colocó la canasta entre sus piernas, dispuesta a cebar mates espumosos en esa noche helada.

Mientras sacudía la yerba para asentarla, pensó que resultaba demasiado íntimo compartir unos mates durante un largo viaje, amparados por la oscuridad que invitaba a la charla y a los secretos. Por suerte, esa misma oscuridad ocultaba el rubor que invadía sus pómulos.

—¿Amargo?

—Por supuesto.

Varias veces se escuchó el rezongo de la bombilla antes de que volviesen a hablar.

—No dejes de preguntarme si te satisface la vida que llevas, Cordelia. Tuviste una educación esmerada. ¿No extrañas las relaciones sociales ni lamentas haber dejado atrás otras posibilidades?

Erik la miraba de reojo, atento a su respuesta.

—Desde que fui a Los Notros supe que aquello era todo lo que yo deseaba. Si acaso sueño con otro proyecto es para mi hija, no para mí. He aprendido mucho en las montañas, más de lo que imaginaba.

Erik saboreó las palabras. Cayuki era un hombre afortunado al contar con una mujer capaz de renunciar a todo por acompañarlo, afrontando duros aprendizajes en un terreno sin duda hostil.

—Eres una mujer especial, Cordelia.

—Me criaron de manera especial también —reconoció ella—. En la mansión de mis abuelos casi no veíamos a nadie, aparte de nosotros. A mí me enviaron pupila a un instituto religioso francés que distaba bastante de nuestra casa. No tuve oportunidad de relacionarme con gente de mi edad, sólo hice amistad con Julieta, pues las demás compañeras salían los fines de semana. Por supuesto estaba Emilio, mi alma gemela.

—Una vida retirada.

—Sí, aunque yo no lo noté nunca. Quizá influyó el asma que sufría mi

hermano, y como jamás nos separábamos...

Erik comprendió que ese halo que la rodeaba provenía de aquella crianza despojada de contactos. Los hermanos Ducroix habían debido explicarse el mundo el uno al otro, de ahí también el lazo que los unía. En un colegio de monjas para pupilas, la visión de la vida que una niña recibía estaría marcada por restricciones y ejemplos de virtud. Claro que las religiosas se harían cruces si supiesen que una de sus discípulas se había aventurado sola en un lugar ignoto y había seducido a un indio de las pampas.

La idea le arrancó una sonrisa.

—¿Cambio la yerba?

—Uno más —dijo Erik, y disfrutó del contacto leve con la mano de esa mujer cuya cercanía le producía vértigo.

La ruta se deshilvanaba entre pastizales y alguna que otra tranquera que delataba la presencia humana en aquellas soledades. Muy pronto sólo quedó el camino iluminado por los faros del vehículo, pues la negrura se lo tragó todo. La camioneta parecía perdida en un espacio inmenso y la velocidad impedía reparar en formas.

Erik disfrutaba de la música acompañada por la respiración de Cordelia, que por fin se había dormido. Por el espejo retrovisor pudo comprobar que en la cabina trasera también dormían, y los ronquidos del abuelo le confirmaron que lo hacía profundamente. Estaba solo en medio de la Patagonia árida, en una noche más propicia para las ánimas que para los viajes. Se preguntó por centésima vez qué pretendía Emilio al pedirle que ayudara a su hermana. Estaba claro que ella seguía casada con el puelche y no revelaba disconformidad alguna, si bien él podía detectar cierto anhelo que todavía no alcanzaba a discernir. Emilio siempre había sido manipulador, no le cabía duda de que manipulaba incluso a su hermana, tal vez sin que ella lo notara. Lanzó un vistazo a la mujer que dormía a su lado y sintió ternura por el abandono que revelaban sus facciones: los labios entreabiertos y las pestañas

temblando bajo los efectos del sueño. Él sabía de mujeres, de todas las clases y tamaños. A raíz de que no pensaba comprometerse con ninguna, podía darse el lujo de cambiar de compañía cuando le viniera en gana. Vivía con intensidad esos encuentros sabiendo que no arriesgaba en ellos su corazón, pues lo mantenía a buen resguardo. Una mujer como Cordelia ponía en peligro su andamiaje protector, y sin embargo no podía resistirse a jugar con ese fuego. Trató de imaginar la estampa de Newen Cayuki y no lo logró. ¿De qué hombre podía llegar a enamorarse una mujer así? Si no hubiese conocido la historia, Erik habría supuesto que Cordelia se prendería de un hombre elegante de modales refinados. Le costaba imaginar a un guardaparque indio con esos rasgos, y esa duda lo carcomía. ¿Qué tendría Cayuki para que Cordelia Ducroix lo amase al punto de seguirlo hasta latitudes extremas? Se mesó los cabellos de la nuca y se dijo que era ridículo sentirse celoso, puesto que él no tenía vela en ese entierro. La imagen del hombre del cerro, no obstante, empezó a caerle antipática.



CAPÍTULO 15

Cecilio había cumplido su cometido y aguardaba con el alma en vilo a que el *wrapial* hiciese su número delante de los huéspedes de Yusuf. Lo había privado de agua y retaceado el alimento, hasta que el animal estuvo debilitado. Luego, con ayuda de otro peón de la casa, le disparó la dosis de calmante que le permitiría acudir al abrevadero sin despertar sospechas. Estaba intranquilo, no obstante. Lo soltaron en el monte, seguros de que se perdería en la espesura, pero el enorme gato se quedó quieto, oteando el aire de la noche como si buscase algo. Alardeaba de su poder. Era un *pillan*, Cecilio lo intuía. Nada bueno se avecinaba.

Los cazadores se habían guarecido bajo un alero rocoso, respaldados por un espeso macizo de retama. Aguardaron expectantes durante dos horas, al cabo de las cuales Gilbert empezó a moverse, nervioso. La fallida experiencia pasada le hizo perder puntos frente a Stuart, y temía que no requiriese sus servicios la próxima vez. Su afición a la bebida le había quitado buenos clientes y no podía darse el lujo de finalizar su contrato con Eliot, que era un tipo complicado debido a sus escrúpulos, pero aun así le agradaba servirle; pagaba bien y no formulaba preguntas.

Miró al guía nativo por el rabillo del ojo, para evaluar si el acecho estaba llegando a su fin. A diferencia de Stuart, él conocía las artimañas de las que se valían los propietarios de cotos de caza, y desde el primer momento supo que Omar Yusuf pretendía engatusarlos con el cuento del puma sediento. Claro que no le importaba mientras obtuviese el trofeo y la satisfacción de su empleador. Este puma, sin embargo, se demoraba demasiado. Esperaba que no le hubiesen

inoculado más sedante del que podía recibir, o tendrían la cabeza de un puma muerto por causas desconocidas.

Un viento helado sacudió la retama a sus espaldas y le provocó escalofríos. Las noches de invierno que les habían tocado en suerte eran desapacibles y no veía la hora de encontrarse al abrigo de la chimenea, con un jarro de cerveza en una mano y una revista de caza en la otra. La mansión de Omar Yusuf era todo lo que un hombre podía esperar de la fortuna y más. Sospechaba que el sirio ocultaba a una mujer bajo el techo del palacete. Una vez, mientras se dirigía a sus aposentos, percibió el aroma de un perfume femenino en el pasillo. Quizá, si esa noche volvían con el ansiado trofeo, hubiese festejo y la mujer participase de él. Sería hermosa, sin duda, pues su anfitrión poseía un gusto exquisito en todo lo demás. Gilbert se humedeció los labios con nerviosismo. El frío se los había agrietado y sintió el sabor de la sangre. Stuart permanecía estático a su lado, sumido en sus pensamientos, inescrutable como siempre.

Un crujido en el monte los alertó. El silbido del viento les impidió distinguir otros ruidos. Gilbert masculló por lo bajo. No podían fallar esa vez. Aguzaron los oídos y Stuart se enderezó al captar un jadeo entre los sonidos de la noche.

—Ahí —murmuró, emocionado.

La inconfundible silueta se recortó sobre el brillo del agua como la vez pasada, y se la vio inclinarse para beber. Stuart colocó su mano sobre el brazo de Gilbert que sostenía el rifle. Le ordenaba contenerse. El gigante rubio experimentó una oleada de ira. Él no era un aficionado, no necesitaba que lo guiaran. Masticó su rabia mientras entrecerraba los ojos para ver mejor, su dedo rozando el gatillo. La tensión de los hombres podía palparse y Cecilio la sentía como una prensa oprimiéndole el pecho.

El puma se enderezó y, al igual que lo había hecho el otro, giró hacia donde estaban los cazadores. Su mirada parecía escudriñar la oscuridad. Avanzaba

hacia el promontorio rocoso en actitud sigilosa cuando Gilbert, eufórico, se soltó del apretón de Stuart y se incorporó ante el animal, a diez metros de distancia. Calzó el rifle sobre el hombro y con la sangre bullendo de anticipación apretó el gatillo. El estampido se multiplicó en extraños ecos que retumbaron en las cabezas de los hombres con la certeza de una premonición. Gilbert bajó el rifle y comprobó con horror que había fallado.

El *wrapial* estaba rígido, los ojos fijos en él con una ferocidad que provocó un gemido en el cazador. Retrocedió un paso y tropezó con una piedra, tambaleó y dejó caer el arma, que chocó contra la pared de rocas. Fue lo que necesitó el animal para decidirse. El puma repitió el asombroso salto de su compañero con una precisión impecable, cayendo justo encima de Gilbert con todo su peso, aplastándolo y causando el espanto de los demás hombres. Stuart aprestó su propio rifle y disparó a quemarropa, pero el animal prosiguió con su ataque, ignorando a todos. Cecilio contemplaba la escena con horror. Su temor se mezclaba con superstición y una sensación de fatalismo paralizaba su voluntad. Stuart cargaba de nuevo, frenético al ver que el arma no respondía, cuando un alarido que no parecía del mundo le congeló la sangre. Era Gilbert, que acababa de perder el cuello de un zarpazo. Sobre él, bebiendo de la yugular como lo había hecho antes en el estanque, el puma dejaba oír un gorgoteo espantoso. Stuart vio que Cecilio huía despavorido, abandonándolos a merced del felino, mientras la vida se escapaba de Gilbert, derramándose sobre el suelo pedregoso. La sangre le lamió las botas antes de que reaccionase y comenzase a retroceder también, aunque en forma pausada, para no llamar la atención del carnicero. Aunque el puma no era grande, el poderío de sus músculos y sus colmillos lo hacían parecer un monstruo. Stuart retrocedió hasta que el horrendo sonido de los desgarrones se mezcló con el del viento. Un búho ululó entre el follaje como fantasmal profecía. Luego, todo cesó: el rugido, el viento, todo...

La calma se apoderó de la noche y los pequeños ruidos retomaron su lugar

como antes de que el puma apareciera. Stuart se acercó con sigilo, dispuesto a recuperar el cuerpo mutilado de Gilbert, y descubrió con renovado horror que el puma se lo había llevado, sin duda para esconderlo en alguna parte, según su costumbre. Cecilio se había ido y el jeep se hallaba lejos. Caminar era la única opción y también la peor, dadas las circunstancias, si bien el puma ya habría satisfecho su ansia de sangre. Colocó el arma por delante, apuntando hacia la oscuridad, y avanzó resuelto. Ni siquiera podía sentir pena en ese momento, pues la conmoción era mayor que el sentimiento. Gilbert y él se llevaban bien en las partidas de caza, aunque nunca hubo amistad entre ellos. En los últimos tiempos, Stuart había notado en él algunas señales que lo alertaron y le hicieron pensar que tal vez aquella sociedad tendría que finalizar. De todas maneras su muerte lo afectaba, era un hombre vital que acababa de morir de modo espeluznante. No le desearía ese final ni al peor de los enemigos. Caminó casi a ciegas monte adentro, con la esperanza de encontrar tierra removida o algo que delatara la presencia del cuerpo oculto. La oscuridad era insondable. El puma podía dormir tranquilo, aquel sitio era una guarida perfecta.

Daniel dejó la moto en un recodo del sendero. Prefirió continuar a pie, pues no quería alertar a nadie y la noche fría era el ambiente que necesitaba para refrescar sus pensamientos. Le alegró comprobar que su padrino y Gilbert se habían marchado ya, eso lo salvó de buscar una excusa para librarse de la jornada de cacería. Tampoco vio a Yusuf ni a ninguno de los sirvientes que atendían la casa. Sintióse libre, salió con la Harley sin rumbo fijo al principio, con el único propósito de despejarse y luego, a medida que los kilómetros fueron quedando atrás, descubrió que se dirigía hacia el límite del pueblo, de donde partía el sendero de subida al cerro.

Una y otra vez sus pasos lo llevaban hacia ella. Era una maldición que

necesitaba sacarse de encima y no sabía si el mejor modo era alejarse o poseerla.

Esa noche lo averiguaría.

A medida que ascendía, el frío se acentuaba. Recordó la primera vez que subió, siguiendo los pasos de la muchacha y fumando un cigarrillo. Cosa extraña, no había sentido deseos de fumar en los últimos días, parecía que el aire de montaña lo vigorizaba. Se detuvo un instante, observando el entorno, y pensó que el guardaparque debía en gran medida su fortaleza al ejercicio constante de ida y vuelta a su casa.

Y la muchachita se mantendría esbelta gracias a la misma actividad. Pensó en sus piernas elásticas y veloces, e imaginó cómo se verían sin sus pantalones anchos. La imaginación le arrancó un gruñido de deseo. Qué ironía verse sacudido en sus ingles por una jovencita rústica.

—Pero ¿qué haces aquí?

Casi tropezó con el objeto de sus pensamientos. Agazapada tras un matorral, con las piernas encogidas y el rostro surcado por arañazos, Mayga contemplaba con ojos muy abiertos una realidad que él no veía. Parecía abarcarlo todo con espanto. Daniel estuvo a punto de creer que había sido atacada por alguien en la espesura. La ropa de la joven no se veía desgarrada ni mostraba señales de forcejeo. Aquella expresión, sin embargo, era de tormento.

Daniel se arrodilló frente a ella.

—¿Qué te ocurre?

Como aparentaba no entender, él la tomó del codo y la obligó a incorporarse para sacarla de su mutismo.

—¿Te siguen? ¿Viste algo?

Llevó por instinto la mano al bolsillo trasero, donde guardaba su navaja. Serviría, aunque más no fuese para amedrentar. Lamentó no haber tomado la pistola que su padrino siempre guardaba en la mesa de luz.

—¿Qué tienes? —insistió, suavizando la voz.

Ella se veía asustada y no quería atosigarla.

—Ven, sentémonos aquí —propuso, y la arrastró hacia un sitio oculto por los arbustos, de manera que si alguien la seguía, desde allí podrían verlo sin ser vistos. La ayudó a sentarse, pues Mayga parecía paralizada, y luego se sentó, rozando su cuerpo. El cabello asomaba enmarañado por debajo del gorro; Daniel lo apartó con cuidado y observó las lastimaduras en la cara.

—¿Quién te hizo eso?

La idea de que alguien hubiese querido dañarla lo ofuscó de manera sorprendente.

—¿Te están siguiendo?

Mayga comenzó a balancearse como en un trance, y ese movimiento alarmó a Daniel. Estaba en estado de conmoción por algo que había visto o que le había sucedido, y él no sabía de qué modo hacerla reaccionar. No tenía experiencia en salvataje ni conocía los procesos psíquicos como para darse cuenta de lo que estaba pasando. Bastantes anormalidades había experimentado durante su vida como para preguntarse la razón de los sucesos. Cuanto menos ahondase en el sufrimiento, más seguro estaría de poder mantenerlo a raya.

—Ahora estás conmigo y puedo protegerte. ¿El muchacho del pueblo te hizo algo?

La idea de que aquel vago hubiese puesto las manos sobre Mayga le laceró el pecho. Ella le había confiado algo la vez anterior, cuando la sacó del aprieto en que se encontraba. Quizá el muchacho quisiera vengarse. Una furia lenta se fue apoderando de su ser, sustituyendo la sangre por bilis. El fuego le quemaba las entrañas. Mataría al muchacho si le había hecho daño. No le importaban las consecuencias de su acción. Tampoco se planteó por qué tomaría la venganza en sus manos, si los habitantes de Los Notros y sus pequeñas miserias nada tenían que ver con él, que jamás se detenía en ninguna

parte tiempo suficiente como para crear vínculos. Así se había criado y así quería seguir, sin formar lazos permanentes con nadie.

Frotó la espalda de Mayga, haciendo círculos a través del abrigo, procurando que entrara en calor. La joven temblaba.

—No tengas miedo —susurró, y su voz sonó tierna, sorprendiéndolo.

Extendió las caricias a sus brazos y a su cuello, examinando con atención el rostro de la chica, para ver si aquella expresión atormentada desaparecía. Por fin, ella dejó de hamacarse y de temblar. Recién entonces pareció advertir la presencia de Daniel y en sus ojos hubo un destello de furia.

“Vamos mejorando”, pensó él con sorna. Al menos, la rabia le calentaría el cuerpo.

—Estabas huyendo, te recuerdo. Y te encontré tirada detrás de los arbustos. Nada tuve que ver con eso. Te lo digo por si en tu mente estás tramando asesinarme.

Mayga retornaba de su estado hipnótico y las palabras del hombre iban adquiriendo sentido de modo paulatino. Entendió que él la había encontrado cuando se hallaba aún bajo los efectos de la empatía y que le estaba preguntando por lo sucedido. Algo que ella no podía responder. Nadie conocía su don y no era conveniente que se supiera. Doña Damiana se había llevado el secreto a la tumba y la única persona que sabía era su madre. ¿Qué le diría a ese hombre de aspecto irreverente al que odiaba y que la miraba con ojos acaramelados?

—Una chica no sale en plena noche a corretear por el bosque, a menos que tenga una razón poderosa. O me lo dices por las buenas, o lo averiguaré de cualquier modo.

La bravata pareció sacudirla. El desafío desapareció de sus ojos, sustituido por un velo de angustia.

—No pude... no pude evitarlo —tartamudeó—. Lo maté...

Las últimas palabras fueron dichas en voz casi inaudible, y pese a eso

Daniel las captó, aunque no pudo darles crédito. Aquello era un disparate.

—A ver, cuéntame cómo sucedió todo. Las cosas no son lo que parecen muchas veces.

La manera en que él se dirigía a ella la animó a la confesión. De a poco y sin mirarlo, Mayga comenzó a desgranar un relato inconexo en el que lo único claro era que se sentía culpable de haber cometido un crimen. Daniel contuvo la respiración cuando ella habló de la víctima. ¿Cómo podía haber conocido ella a Gilbert? Eso no tenía sentido. Sin embargo, Mayga lo describía con precisión, así como la forma espantosa en que había muerto. Imágenes fugaces de aquella extraña experiencia vivida en el monte durante su primera noche de caza acudieron en tropel. Desde entonces, Daniel intuía algo con relación a Mayga que no alcanzaba a dilucidar. Por eso la había obligado a admitir que el puma estaba herido, quería comprobar cuál era su papel en todo aquello.

—Creo que tuviste una pesadilla. Lo que no entiendo es por qué con el guía de mi padrino, si ni siquiera lo conoces.

Mayga se retorció las manos.

—No es un mal sueño, es algo real, algo terrible. Yo quise evitar que mataran al puma y en lugar de eso ayudé al *wrapial* a matar al hombre. Por mi culpa lo perseguirán, lo acorralarán y morirá.

El dolor en la voz de la muchacha era patente y Daniel tuvo que admitir que, aun si se trataba de una alucinación, ella sufría de verdad. Como los locos, que se creen perseguidos o iluminados, lo sienten en las venas y actúan como si fuese real. No importaba que la chica delirase, lo principal era calmar su angustia.

—Nadie va a matar a nadie. Quédate tranquila.

La atrajo hacia él, cobijándola con un brazo y sosteniendo su rostro contra su hombro. Mayga sollozaba bajito de un modo que partía el alma, y Daniel maldijo el efecto que ese llanto le producía. Sensaciones olvidadas que no deseaba sentir.

—No llores. Las lágrimas no solucionan nada —dijo con brusquedad.

Mayga calló, sin poder contener los hipos ni los estremecimientos.

De pronto, a Daniel se le ocurrió que podía conformarla siguiéndole la corriente.

—Llévame hasta donde dices que ocurrió todo, así verás con tus propios ojos que nada malo hiciste.

Mayga lo miró horrorizada.

—Convénceme —y le dedicó su mejor sonrisa.

La joven balbuceó algo y Daniel se incorporó arrastrándola con él, para impedir que pudiese formular una excusa.

—Iremos en la Harley —y su invitación sonó como una orden.

Mayga se dejó llevar sendero abajo, tropezando con las piedras, hasta la reluciente moto. Daniel la alzó sin miramientos y la colocó delante de él como la vez anterior, aunque en esta ocasión ella no tenía la resistencia para alejarse del contacto de su cuerpo. La Harley se deslizó por el enmarañado camino recorriendo sus sinuosidades en silencio como una pantera, hasta llegar al pueblo, donde desplegó toda su potencia y atravesó la noche como una ráfaga. El frío les cortaba la respiración y escarchaba sus pestañas. Sólo la parte donde sus cuerpos se mantenían unidos conservaba calor y, pese a que no confiaba en aquel hombre, Mayga agradecía ese contacto reconfortante.

Llegaron al cruce de donde partían los caminos de La Señalada y El Almojarife, y Daniel esperó indicaciones. La joven le lanzó una mirada suplicante, pero la firmeza en los ojos de él la obligó a decidirse. Su mano se alzó hacia la derecha.

El Almojarife. Daniel se estremeció; un temor desconocido le produjo náuseas. Que la joven hubiese señalado justo en dirección de la estancia donde se alojaban su padrino y Gilbert le parecía premonitorio.

La moto atravesaba un monte cuando Mayga intentó arrojarle al suelo con desesperación. Daniel soltó un juramento y giró en redondo, clavando los

frenos.

—¿Quieres matarte y matarme del susto? —le gritó, furioso.

Mayga no lo escuchaba. Corría hacia la espesura a la velocidad de un ciervo. Daniel corrió tras ella. Las ramas enmarañadas les cortaban el paso, los troncos secos crujían bajo sus pies y las respiraciones forzadas de ambos se mezclaban. Un panorama fantasmal. La joven se detuvo junto a una cresta de nieve y se arrodilló, a la vez que extendía un brazo hacia atrás, indicándole a Daniel que mantuviese la distancia. Él no obedeció, ya que el asunto lo tenía desquiciado. Quería averiguar de una buena vez qué estaba ocurriendo. Lo que vio lo dejó paralizado.

Al otro lado del promontorio, un puma herido se encontraba echado, abiertas las fauces de las que manaba un hilillo de sangre, con los ojos fijos en algo invisible para ellos. Invisible para Daniel, ya que Mayga parecía compenetrada con su sufrimiento. La muchacha acercó una mano y Daniel ahogó un grito. El puma bajó los párpados, adoptando la postura de un felino dormido. Sólo la furia con que su pecho subía y bajaba delataba que se hallaba bajo una conmoción. Se apaciguó cuando la muchacha empezó a entonar un cántico con voz grave. Aunque Daniel no entendía las palabras, captó el dolor en la tonada y sintió que se le oprimía el pecho. Era un lamento fúnebre.

Poco a poco, la respiración del puma se hizo pausada hasta volverse imperceptible, su pecho se relajó y su figura adquirió una imponentia mayor de la que tenía en vida.

Estaba muerto.

Mayga permaneció unos segundos en cuclillas, con la cabeza gacha y las manos sobre las rodillas. Daniel advirtió que no llevaba guantes. También descubrió con horror que al lado del puma había un trozo de tela y que correspondía a una chaqueta de cazador. Un velo de solemnidad cubrió la escena. La joven y el puma parecían unidos y aislados de todo. Fue un instante

mágico que Daniel percibió en los huesos antes que en su mente. Pasó el momento y volvió a ver a Mayga, que se incorporaba con esfuerzo, como si hubiese atravesado un trance terrible.

—¿Qué ocurre? —inquirió en voz baja.

No se atrevía a horadar el silencio aún.

Mayga elevó hacia él unos ojos velados por la tristeza y a la vez rebosantes de sabiduría. Por un momento, Daniel sintió que aquella niña era una mujer casi anciana. Ella se rodeó con sus brazos, estremecida.

—Ya está. Murió. Su espíritu emigró.

—¿Su espíritu?

La incredulidad en la pregunta devolvió la cordura a Mayga, que miró al hombre con dureza.

—El espíritu puma, sí. Qué puede saber usted.

Caminó de regreso hacia la moto y Daniel la siguió, no sin antes echar una mirada al cuerpo tendido en la nieve.

—Quiero saber —dijo con firmeza—. ¿O soy demasiado estúpido para entender las creencias indígenas?

Mayga no respondió y Daniel empezó a sentir la furia de tanta emoción contenida.

—¿No dicen los brujos que debemos enterrarlo? ¿Lo vas a dejar así, para que se pudra?

Calculaba en su mente cuánto podrían pagarle una piel de puma como trofeo. Su padrino no la aceptaría si no era muerto por su mano, y Gilbert...

El recuerdo del guía le hizo recordar el propósito del viaje.

—Detente —ordenó—. Íbamos a ver si tu pesadilla era cierta, ¿no es así? Tenemos que seguir rumbo a El Almojarife.

Mayga se giró hacia él con el porte de una guerrera, lista para atacar.

—No necesito ir. Ya sé lo que ocurrió. Lo siento aquí —y se golpeó el pecho—. No vale la pena que se lo explique, no lo entendería.

Tantas referencias a su falta de capacidad para comprender las cosas terminaron por hartar a Daniel, que tenía los nervios de punta desde mucho antes del hallazgo del puma. Se plantó ante la muchacha y la tomó de los hombros, sacudiéndola.

—Disculpa mi retraso mental. Merezco al menos una respuesta sensata a lo que está sucediendo, ya que te encontré medio muerta en el bosque y te traje al lugar donde encontraste a tu puma. No lo habrías hecho sin mi ayuda.

La mirada de Mayga pareció conmisericordiosa. Ella sabía que lo único que aquel hombre había hecho era acelerar el proceso. Habría encontrado al puma de todos modos, aunque la rapidez con que lo hizo disminuyó las horas de sufrimiento del animal. Le debía algo sólo por eso, pensó.

—Es cierto, con la moto pudimos hallarlo más rápido.

—¿Cómo supiste dónde estaba? ¿Acaso tienes desarrollado el olfato, como los animales?

La burla no hizo mella en Mayga, pues era cierto que tenía el olfato más sensible que el de otras personas, formaba parte de su don. Claro que no pensaba compartir ese dato con el intruso.

—A veces. Y el puma herido se esconde para eludir a sus perseguidores. Todos lo saben.

—Sí, pero conocías el lugar exacto. Casi te desnucas arrojándote de la Harley.

Daniel era persistente, no iba a ser fácil disuadirlo. Mayga se encogió de hombros.

—Fue casualidad. En este bosque hay muchos sitios donde puede esconderse un puma.

—Estás mintiendo, pequeña india, y yo no soy ningún idiota, aunque no sepa las costumbres de aquí. La forma en que te comportaste fue muy extraña. No olvides que estaba mirándolo todo. Vamos hasta la estancia del sirio, tenemos cosas que comprobar, y luego me dirás qué misterio hay entre los pumas y tu

persona.

Mayga se resistió, pero las manos de Daniel eran fuertes y oprimían sus brazos como tenazas.

—No te dejaré escapar, esta vez no.

La arrastró hacia la moto, caída entre las matas, y con un solo brazo sostuvo a la muchacha que forcejeaba, mientras que con el otro enderezaba la Harley.

—Suéltela.

Al principio, Daniel no prestó atención a la voz profunda que surgió de la oscuridad. Habían ocurrido tantas cosas fantásticas que su mente ya las registraba como parte del entorno. La rigidez del cuerpo de Mayga, sin embargo, le indicó que aquella voz era terrenal, cercana y muy peligrosa. A pocos pasos, la figura de Newen Cayuki se desprendía de los matorrales como un felino que acecha a su presa. Impresionaba la fortaleza de su cuerpo alto y ancho, así como la furia que tensaba sus músculos. Llevaba la ropa de fajina cubierta por un poncho negro al que había echado hacia atrás para manejar el arma con que en ese momento le apuntaba con extraordinaria firmeza. No repitió la orden. Se limitó a horadar a Daniel con sus ojos relucientes. Sus borceguíes estaban cubiertos de nieve y barro, lo que delataba la larga caminata que había hecho hasta encontrarlos. Daniel reconoció al guardaparque que vio en la estancia de Zavaleta. Ya en ese momento le había parecido temible, y este hombre que se alzaba amenazador en medio del bosque era una versión magnificada de aquel otro.

Mayga se soltó, aprovechando el instante de duda de su captor, y se apresuró a acercarse a su padre, que no apartaba la vista ni tampoco bajaba el cañón de la pistola. Daniel observó que también estaba provisto de un machete y un lazo.

—Papi, el puma ha muerto.

Si la joven quería distraer la atención de Cayuki, había elegido el tema equivocado. Newen lanzó una fugaz mirada hacia donde yacía el felino y le

indicó a su hija, señalando a Daniel:

—Átale las manos y los pies.

Mayga se mostró horrorizada.

—¡Papi!

Newen la miró de tal modo que ella retrocedió. Jamás su padre la había mirado así, ni recordaba haber visto aquella expresión en su rostro. Obediente, tomó el rollo de cuerda que Cayuki llevaba en el cinto y dirigió a Daniel una muda súplica en sus bellos ojos.

—Hazle un “zarpa de gato”. Bien ajustado.

La ironía en las palabras de Newen despertó en Daniel un sexto sentido, y supo cuál era la razón profunda de su rabia: que él se atreviese a tocar a su preciosa hija.

Mayga se estremeció. Su padre estaba furioso y no tenía reparos en demostrarlo. Tomó la cuerda con dedos temblorosos y rodeó por delante las muñecas de Daniel, que no se resistía. No quiso mirarlo mientras ejecutaba el trabajo. Recién después de atarle los tobillos elevó su rostro hacia el del intruso, que la contemplaba con una extraña expresión. Daniel pensaba que Mayga era digna hija del guardaparque: la misma postura, la misma reserva, idéntica pasión soterrada bajo el carácter huraño. Él se mantenía dócil ante la afrenta sólo porque deseaba verle la cara al indio cuando comprendiese que estaba cometiendo un grave error del que pagaría las consecuencias. Fuese o no padre de Mayga, no le perdonaría la injuria de atarlo como a un delincuente.

Newen se encaminó hacia el puma, una vez que dio el visto bueno a la tarea de su hija. Se arrodilló como lo había hecho ella y tocó con aire reverente el costado del animal, todavía tibio. La relación de la gente de la región con el puma había atravesado diferentes etapas; desde la época de los pioneros, cuando lo perseguían para obtener su piel y venderla al mejor postor, hasta la más reciente de los ganaderos, que optaban por cazar al puma “cebado”, el

que ya había probado carne de oveja o de vaca. Lo atrapaban con una trampa cruel, colocando un collar envenenado en el cuello de una oveja elegida como señuelo; al clavar en ella sus colmillos, el puma permitía que el veneno ingresara en su cuerpo y al cabo de corto tiempo moría. Newen sabía que el avance de la civilización reducía al puma a sitios cada vez más inhóspitos, y a la larga lo obligaba a incursionar en las haciendas en procura de alimento fácil. Era una lucha que tendría un desenlace fatal para el felino. A menos que la tarea de formar la conciencia de los habitantes diese sus frutos de una vez por todas. Allí, en Los Notros, los guardaparques hacían todo lo que podían. ¡Era tan extensa la tierra del puma, sin embargo! Toda la América, de norte a sur. Hacía falta un esfuerzo coordinado de muchos países, difícil labor, como bien sabía él, que se ocupaba de los cóndores.

Levantó la cabeza del animal y observó en detalle su cuello y sus dientes, manchados con la sangre humana. Newen ya sabía lo ocurrido con Gilbert, pues venía de los dominios de Yusuf, donde Medina y él habían tomado nota del suceso. El cuerpo del guía se encontró a pocos kilómetros del sitio donde se habían agazapado los cazadores. El sirio se mostró tenso durante la entrevista, reacio a explicar los pormenores de aquella partida de caza. El otro hombre, sin embargo, el extranjero que respondía al nombre de Eliot, colaboró con las autoridades, mostró los contratos que había firmado y dio detalles de su alojamiento en El Almojarife. Medina y Cayuki intercambiaron miradas cuando Stuart Eliot adujo que los informes solicitados le aseguraban que las leyes permitían una cabeza de puma por cazador y que el animal era considerado plaga en la zona.

Newen tocó una rugosidad en el pelaje agrisado y frunció el ceño. Maldijo en voz baja y se incorporó. Su furia sólo era equiparable a su tristeza. Al morir aquel poderoso animal, los cóndores se verían perjudicados también. El puma era amigo del cóndor, ya que el ave lo seguía en sus derroteros de caza para comer de las sobras que dejaba expuestas. El Espíritu Cóndor y el

Espíritu Puma convivían en paz, algo que los hombres no habían logrado aún.

Volvió a zancadas hacia donde Mayga aguardaba y, sin mirar al prisionero, ordenó a su hija:

—Quédate. Voy a llamar a Medina en un lugar más abierto, no hay señal aquí.

—¿Qué pasa, papi?

—Este puma —y en ese instante miró a Daniel con intención— estaba marcado, tenía un transmisor de la Fundación. Es uno de los pumas del proyecto genético.

Estaba todo dicho. A Mayga se le cayó el alma al piso. Si aquel intruso estaba cazando pumas protegidos, su suerte estaba echada. Por un momento creyó que podría abogar por él ante su padre, ya que no era el responsable de la muerte del animal, pero si la comitiva que había venido lo incluía entre sus miembros, entonces aquel hombre que pese a todo la cautivaba había infringido la ley. Newen Cayuki sería inflexible.

—¿Cómo puede ser? —exclamó, frotándose las manos.

Newen le lanzó una dura mirada y luego indicó con una seña lo que se esperaba de ella.

Se alejó hacia un sector despejado del bosque para hablar por radio. Apenas los zumbidos de la transmisión se dejaron oír, Daniel habló, sarcástico:

—¿Qué pasa, tu padre se dio cuenta de que soy inocente, por fin?

—No sea tonto. Su situación no podría ser peor. Ese puma —y Mayga señaló hacia la oscuridad— estaba registrado dentro de un proyecto de conservación. Son animales prohibidos para la caza y ustedes lo han matado.

—Según me dices, el puma mató a alguien antes, ¿no? ¿Eso no cuenta? ¿No es justificación suficiente? Tengo entendido que al animal que mata a un hombre se lo ultima, sea perro, caballo o, como en este caso, un puma.

—¿Matar es todo lo que se le ocurre? —se indignó Mayga—. ¿Aniquilar,

ultimar? ¿No conoce otras palabras mejores?

—Te recuerdo que no maté a ese puma. Ni a ningún otro, ya que estamos. Vine con mi padrino en viaje de cacería sólo por el placer de recorrer lugares, y ya me arrepiento de estar en este pueblo de mala muerte donde todos están locos. Vale más la vida de un animal que la de un humano. Dijiste que el puma había matado a un hombre y que lo habías ayudado. ¿Sabe tu padre eso?

Mayga se sobresaltó y el gesto no pasó desapercibido para Daniel.

—No, no lo sabe —se regodeó—. Y sería tremendo que se enterara, ¿no es cierto? La preciosa hijita del guardaparque cometiendo infracciones. Más que eso, convertida en una criminal. Quizá ustedes no consideren valiosa la vida de un hombre, pero puedo asegurarte que un juez sí la apreciará en su justa medida. Sin embargo —añadió con aire malévolo— puedo permanecer callado a cambio de algunas cosas.

La joven lo miraba sin comprender y Daniel se fastidió.

—Hasta una pueblerina ignorante sabría de qué cosas estoy hablando. Dile a tu padre que soy inocente, que jamás me había acercado tanto a un puma, y luego te diré qué voy a pedirte por mi silencio. No estarías mintiendo, ya que estábamos juntos cuando ocurrió todo; en cambio yo sí mentiría, ocultando tu crimen. Eso requiere algún sacrificio de tu parte, ¿no te parece? Si es que vamos a llamarlo “sacrificio” —y Daniel sonrió.

Al verlo atado y tan seguro de sí, como si no fuese a caer sobre él toda la furia de Cayuki, la joven sintió cierta lástima, pese a las amenazas que le dirigía. Mayga sabía que ella no sería considerada culpable de la muerte de Gilbert, ya que el modo en que las cosas habían sucedido no encajaba en las leyes de los blancos. Sí lo era según otras leyes no escritas, puesto que tenía una responsabilidad por su don. Doña Damiana no había llegado a explicárselo bien, pero Mayga entendía que su obligación era dominar aquel privilegio, o se convertiría en una maldición.

—Vamos —dijo su padre, apareciendo de improviso—. Medina nos

recogerá con su camioneta.

—¿Adónde vamos?

Newen ignoró la pregunta de Daniel y lo empujó hacia el claro. Mayga los seguía, cabizbaja. Al pasar junto a la moto, el guardaparque la levantó y la arrastró, ante la furia del hombre más joven, que no soportaba que nadie tocara su Harley.

Todos estaban locos. Su padrino les devolvería la razón con una denuncia.

Josefina despertó al escuchar ruidos en la puerta de entrada. ¿Acaso no era madrugada? En la chimenea chisporroteaba un fuego pequeño y el viento sacudía los vidrios de las ventanas. Se arrebujó más entre las mantas para retener el calor. Si hubiese un termómetro comprobaría que la temperatura era de varios grados bajo cero. Por fin, el ruido se hizo tan molesto que la obligó a levantarse y vio que se trataba de Werken, que rascaba frenético la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no estás junto a tu dueña?

El perro la miró como si tuviese que soportar siempre preguntas tontas de los humanos.

—Vete con Mayga, anda, hace frío para deambular.

Josefina hizo una mueca al sentir el piso helado y se inclinó para recoger sus pantuflas bajo la cama. Fue entonces cuando notó que las cobijas de la muchacha no habían sido corridas y que el arcón de la ropa estaba abierto.

—Dios bendito —murmuró, llevándose la mano a la garganta.

Un vistazo al altillo le bastó para comprobar que tampoco Newen estaba en la cabaña.

—¿Adónde han ido todos?

Aturdida, se paseó por los rincones, intentando razonar. Ella se había dormido cuando Mayga todavía estaba en la casa, de manera que la chica debió de aprovechar su sueño para escapar. ¿Por qué? ¿Temería por su padre,

que se demoraba? No, ella estaba acostumbrada a las ausencias de Newen. Debió de haber ocurrido algo y no quiso despertarla. Tampoco dejó una nota ni nada que la pudiese tranquilizar.

“Claro, para qué, si cada uno es dueño de sus pasos en esta casa. No sé cómo Cordelia lo soporta. Ella, que estuvo acostumbrada a una vida de orden y disciplina”.

Pensaba y murmuraba, con los brazos cruzados para darse calor y el cabello desordenado. Werken se había echado junto a la puerta y la contemplaba en su ir y venir. Se le ocurrió mirar su reloj pulsera, para su desgracia.

—¡Las tres! Y esta niña se ha lanzado al campo en plena noche. ¿Lo sabrá su padre?

Josefina se sentía responsable de Mayga en ausencia de su sobrina. Con rapidez comenzó a vestirse, poniéndose la ropa de cualquier manera.

—Tengo que hablar con alguien, tengo que saber si sucedió algún accidente. Quizá me necesiten. ¡Ay, Dios mío, protege a esta gente, que tiene la cabeza mal puesta! Hasta Cordelia la ha perdido al venir a vivir aquí.

Se echó encima la manta de lana y entreabrió la puerta de troncos. Werken aprovechó para salir disparado rumbo al sendero de bajada.

—¡Ven aquí, perro descerebrado! ¡Oh! —y se sujetó del marco de la puerta para evitar caer, pues la nieve derretida en el porche era muy resbaladiza.

Lágrimas de frustración se agolparon en sus ojos. Se sentía impotente para resolver el dilema. No sabía usar la radio ni tenía otro medio de comunicación, ya que nunca había comprendido el mecanismo de los teléfonos móviles. En aquel momento, lamentó ser tan anticuada. Ella creía que había cambiado y en el fondo seguía siendo una pobre solterona, crédula y fantasiosa.

A los tropezones, llegó hasta el borde de la loma desde donde se atisbaba el camino de bajada y el valle hasta la cordillera. La rabia y el frío le impedían ver. Se enjugó el rostro con un ademán de fastidio y se envolvió mejor en la

manta de lana. El viento había cesado y reinaba una paz inquietante. La blancura de la nieve resaltaba en la oscuridad, permitiéndole apreciar las formas que rodeaban la cabaña. Ni un alma miserable en aquella noche helada, sólo ella y Werken, aunque el perro ya no se veía por ninguna parte y Jose no tuvo valor para gritar su nombre. Temía que su voz se expandiese por los recodos de las montañas y flotase por encima de las copas de los árboles del bosque de abajo. La soledad en la cima era difícil de soportar. Durante el día, las actividades de la gente que los visitaba, la rutina reconfortante, disimulaban la cruda realidad de aquella vida de ermitaños. Creyó que enloquecería de preocupación al comprobar que estaba sola en plena noche, en un sitio desconocido y tan lejos como para que, si surgía la necesidad, no pudiese pedir auxilio. Tragó saliva y retrocedió hacia la cabaña, que resultaba acogedora con su resplandor y su puerta entreabierta. Entró de nuevo y permaneció un momento con la espalda apoyada en los troncos. Su mente era un torbellino. Mayga había huido, pues el arcón abierto revelaba que había sacado ropa. Newen no había regresado nunca y ella sospechaba que las dos ausencias se relacionaban. Sus ojos se detuvieron en una gran linterna que reposaba sobre el estante de la encimera. Recordó que Newen la aceitaba y la revisaba a diario aunque jamás la usaba, pues parecía ver en la oscuridad mejor que un búho. Cautelosa, la tomó y la revisó también, comprobando que funcionaba. ¿Adónde iría con la luz de la linterna? Medina vivía en el pueblo y ella no podía llegar hasta allí sola, era un camino largo y aterrador, con o sin linterna.

El hippie viejo. Aquel sendero le resultaba más fácil de recorrer, pues circundaba el lago. Salió de nuevo y comenzó a caminar, enfocando el suelo delante de sus pies, para evitar que algo o alguien la sorprendiese, y se dio coraje para ignorar los pequeños ruidos que se sumaban a medida que se adentraba en la noche. No supo por cuánto tiempo caminó en esa posición, con el cuello inclinado y la vista fija en el sendero, hasta que se le acalambraron

los músculos y se obligó a tomar aire y soltarlo con cierto ritmo. “Tiene que estar, tiene que estar”, repetía en su mente, pues lo peor que podía sucederle era que Walter Foyer no se hallase en su refugio, que hubiese bajado al pueblo o decidido pasar la noche entre los mapuche que a veces lo invitaban a sus fiestas.

Cuando por fin vio el techo que protegía el aserradero, dejó escapar el aire contenido con todas sus fuerzas. Se acercó a la entrada de la casa, poco más que una tienda de campaña, y susurró:

—Walter.

Sólo el viento entre los coihues le respondió.

—Walter, por favor, responde. ¿Estás ahí? —y sacudió la linterna contra un tronco, rogando por que ese pequeño ruido lo despertase.

Al cabo de unos momentos, el hippie viejo apareció portando una vela.

—¡Joséphine!

A Jose le causó gracia que pronunciase su nombre en francés en aquella circunstancia disparatada, pero el hombre debió de ver su rostro descompuesto porque se asustó y la ayudó a sentarse en el tronco.

—¿Pasó algo? ¿Están todos bien allá arriba?

Mientras la interrogaba, se colocaba los faldones de la camisa adentro del pantalón. De modo incongruente, Jose pensó que él vestía sólo una camisa cuando ella llevaba tanto abrigo que casi ni podía moverse.

—No lo sé —jadeó—. Por eso vengo, estoy preocupada. Me encontré sola en la casa. Descubrí que Mayga se había ido y que su padre no regresó. No sé si esto es común, y temo que haya sucedido algo.

El artesano meditó unos instantes antes de responder.

—Que Cayuki pase la noche de vigilancia es bastante común. Que la hija se vaya sola ya no lo es tanto, aunque Mayga es una muchacha inteligente, no haría nada que la perjudicase.

—¿Y si le pasó algo? ¿Si salió para verificar un ruido y alguien la atacó?

¿Podemos confiar en que no haya peligros en una noche de invierno tan desolada? No sé cómo pude dormir de manera tan profunda. Es mi culpa, debí aguardar a que ella se durmiese primero. Me había dicho que no se sentía bien, no quiso cenar y yo lo acepté como si fuese normal.

—Basta, Josefina. No es culpa de nadie que una chica de diecisiete años salga de la casa cuando todos duermen. Y te aseguro que no hay tantos peligros en la noche como crees. Salvo algún animal acechando a su presa, o tal vez un furtivo...

—¡Dios mío, cómo no se me ocurrió! Debe de ser eso —y Jose se llevó las manos a las mejillas, acalorada.

—¿Un cazador furtivo?

—¡Sí! Ella siempre está preocupada por esa posibilidad y quiere demostrar que es tan hábil como el padre para desenvolverse. ¿Crees que haya salido en pos de alguien, Walter?

El hippie viejo disimuló la satisfacción que le producía escuchar su nombre en labios de Josefina y pensó de qué modo tranquilizar a la mujer, ya que no podían salir a recorrer el bosque a tontas y a locas a esas horas. Lo más seguro era llamar a Medina. Lamentaba despertarlo, pues el intendente debía de estar durmiendo a pata suelta.

—Ven conmigo adentro, prepararé un té de hierbas mientras llamo a Medina para preguntarle si sabe algo.

Agradecida, Jose siguió a Walter al interior.

Era un espacio reducido con pocos muebles: una mesa de carpintero, un par de sillas y varios almohadones dispuestos en el suelo cubiertos por una alfombra de telar. Jose apreció los ocres, verdes y rojos que recordaban a la naturaleza. Del techo pendía un farol que Walter encendió apenas entraron y que derramó una luz intensa por todo el recinto. Había estantes repletos de figuras de madera, velas y amuletos. Un carrillón de cañas osciló cuando ellos pasaron, regalando su dulce música. Colgaban también del techo algunos

pájaros pintados de colores vivos, más propios de la selva tropical que de la cordillera. Jose tocó un tucán de pico rojo y se quedó viéndolo girar. Se sentía algo incómoda en la vivienda del hippie viejo, parecía que descubría su intimidad de hombre solo.

—Ése me lo regaló Cipriano. No lo vendía nunca porque la gente no deseaba un bicho tan raro.

—¿Lo hizo Newen?

Walter soltó una carcajada.

—No, las tallas de Cayuki son sólo hembras. Perdón —añadió al ver la expresión de Jose.

Sirvió un brebaje oscuro en un jarro de arcilla y se lo ofreció mientras él se servía otro.

—Es té de arándanos. Los recojo yo mismo en los alrededores. Bebe con confianza.

Él se sentó en uno de los almohadones y extendió su mano hacia Jose.

—Ven acá.

Ella se dejó arrastrar hasta el suelo y acabó sentada al lado de Walter, compartiendo un inmenso almohadón rojo.

—¿Cómoda?

Josefina asintió, ruborizada. ¿Dónde estaba la nueva mujer que ella creía ser? Bastaba un gesto desenfadado de un hombre para sumirla en la confusión. ¡A su edad!

Sorbieron el té, pensativos, hasta que Jose exclamó:

—¡Medina! No lo llamaste.

—Lo hice. Con esto —y Walter señaló un pequeño transmisor que llevaba en la cintura del pantalón—. Apreté el botón, aunque no contesta por ahora. Es probable que esté dormido.

No quiso decirle que le sorprendía que no respondiese, ya que los guardaparques solían dormir con una oreja alerta. En beneficio de Josefina,

tomaba té con serenidad, como si aquélla fuese una situación corriente.

—Ya pronto será de mañana —suspiró Jose—. No puedo creer que esté aquí a estas horas. Walter, perdona mi atolondramiento, no sabía a quién recurrir.

—Me agrada que hayas pensado en mí para confiarme tus temores, Joséphine. Además, soy un hombre sin compromisos, puedo dormir en cualquier momento.

Josefina lo contempló admirada.

—Qué afortunado.

—También podrías hacerlo, si quisieras.

Los ojos vivaces de Walter evaluaban con atención el semblante de Josefina. Ahora que el té estaba haciendo su efecto, los rasgos crispados se veían más suaves, revelando la dulzura que la mujer llevaba adentro. Era una hermosa hembra. Se horrorizaría si supiese que pensaba en ella de esa manera. Tan recatada y a la vez tan apasionada. Pues no era sino pasión el brillo de los ojos verdes y el sonrojo de las mejillas. Hasta el cabello alborotado hablaba de su carácter. Lástima que no hubiese podido florecer en el seno de esa familia de tiranos. El lado compasivo de Josefina había sido su perdición.

—¿Más té?

Ella contempló el fondo del jarro. Se sorprendió al comprobar que lo había bebido en sólo tres sorbos. Qué pensaría aquel hombre de sus modales.

—No te molestes, así está bien.

—Si no es molestia. No tengo otra cosa para hacer en este momento que atenderte.

—Por favor, si te saqué de la cama.

Josefina calló, confusa al oírse decir eso. A decir verdad, en aquella casa no se veía ninguna cama. ¿Dormiría el hippie viejo sobre los almohadones? Él la miraba divertido.

—Eres bella.

Josefina se sobresaltó al oírlo y al mismo tiempo acomodó un mechón de cabello, como si quisiese ser merecedora del piropo.

—¿Te lo han dicho?

La cara de la mujer se tornó roja como el almohadón.

—Por favor, no digamos pavadas de chicos...

—¿Por qué no? ¿Quién nos escucha?

—Nosotros mismos, ¿te parece poco? Además, si hay un momento en que no me veo presentable es éste. Parezco salida de un asilo de locos con esta facha.

A Walter le resultó adorable la manera en que ella disimulaba su propia coquetería. Era una mujer doblemente hermosa, pues su belleza no estaba realzada por ningún artificio, y casi podría asegurar que pretendía esconderla.

—Yo veo una mujer espléndida en su madurez.

—Vejez —corrigió con acento ácido Josefina.

Walter movió la cabeza.

—Madura y bella, justo en el punto en que mostramos lo que somos. Mira —y le quitó el jarro de las manos para colocarlo en el suelo, al lado del suyo—. Hagamos un ejercicio de meditación. Pensemos en cómo nos gustaría vernos, cada uno con su fantasía, ¿quieres?

Josefina abrió la boca para decir que aquello era una estupidez, cuando la expresión del hombre la conmovió. Él se veía maduro también, con su tez curtida, el cabello canoso sobre los hombros y las manos ajadas por el trabajo con la madera. Y también podía decirse que era hermoso. Su belleza era áspera y masculina, aunque revelaba al artista, al hombre sensible. Josefina se sintió más cómoda de repente, pues los ojos oscuros de Walter la incitaban a jugar, a no tomarse demasiado en serio, le quitaban el peso de actuar como era debido en todo momento y en cualquier lugar.

—¿No entraremos en un trance? —se preocupó.

Walter rio con ganas.

—El té de arándanos no tiene la fuerza suficiente para eso, pero si alguna

vez quieres conocer ese estado, también tengo bebidas apropiadas —y le guiñó un ojo.

Se acomodaron uno frente al otro, con las piernas cruzadas. Por suerte, la ropa de Josefina era holgada y le permitía el movimiento.

—Cierra los ojos, respira profundo y trata de no pensar.

La voz del artesano se volvía más resonante a medida que Jose obedecía sus indicaciones; ocupaba toda su mente y se esparcía por la habitación.

—Respira, cuenta hasta cinco, exhala, otra vez, así... piensa dónde te gustaría estar ahora... no te esfuerces, deja que venga a tu mente sin llamarlo, que yo haré lo mismo.

Una calma dulce la invadió, relajándole la expresión y el pecho, contraído desde que descubrió la ausencia de Mayga. Su mente vagó por senderos confusos al principio, y luego la imagen de la casita de la playa donde compartió tantos veranos con su familia la sorprendió. Recordó la vez en que Newen pretendió a Cordelia ante la mirada ceñuda del abuelo y de Emilio. Ese recuerdo le arrancó una sonrisa. De las crestas rocosas de la playa de Las Cuevas pasó a un sitio que creía olvidado: la caravana de artistas adonde la habían llevado de niña para conocer a su familia materna, los padres de Colette. Era un recuerdo mágico, de los pocos que atesoró durante años, hasta que la vida rutinaria pareció borrarlo también, como si hubiese sido sólo un juego de la imaginación. Veía las imágenes coloridas del carronato de gitanos, como decía el abuelo, que sabía que Colette no tenía gota de sangre gitana a pesar de haberlo embrujado. Aquellos abuelos actores habían resultado un regalo para la fantasía de una niña solitaria como ella. Jean Marc era un hombre robusto que llevaba el pelo pintado de negro para mantener su aspecto juvenil y hablaba dando voces, con gestos ampulosos; y Dorine, una bella mujer con el cabello más largo que Josefina había visto nunca; lo trenzaba y lo enrollaba alrededor de la cabeza como las paisanas europeas, un tocado que Jose había imitado mucho después, a lo largo de los años. Formaban una

pareja pintoresca. Una vez, Josefina escuchó decir al abuelo Ducroix: “Sacó los ojos de su madre, parece un gato”, y supo que hablaban de ella, la única en la familia con ese color verdoso. Lástima que no hubiese heredado también el cuerpo escultural de la abuela Dorine, o la figura pequeña y graciosa de su madre, Colette. A ella le había tocado la robustez del abuelo Ducroix. Jamás se consideró linda. El espejo le devolvía siempre la imagen de una mujer redondeada, con facciones regulares y olvidables. Quizá fue eso lo que la empujó a descubrir secretos de belleza en las plantas, el afán por verse distinta.

El recuerdo colorido de los abuelos fue reemplazado por otro, más sombrío: ella misma, sentada en el borde de una cama, sosteniendo la cabeza de Emilio para que no se ahogase. El niño la miraba con tal expresión de desaliento que aún en el recuerdo sentía el pecho estrujado por la pena. Dedicó la vida entera a sus sobrinos, volcando en ellos su voluntad inquebrantable y su impulso amoroso. Los había cuidado, enseñado, protegido de la ira del abuelo tantas veces, y ellos respondieron a ese amor, si bien los años los llevaron por sus propios caminos, dejándola sola al final. No les reprochaba nada, era ley natural y la aceptaba. Sólo se preguntaba qué tendría reservado la vida para ella, si al fin y al cabo lo suyo había sido vivir a través de los demás.

Las imágenes se mezclaron con un aroma agradable, seco y fuerte, y a la vez sedante. Lo aspiró mientras su mente recreaba un recuerdo maravilloso: la primera vez que acunó a Mayga. La beba sacudía los puñitos llamando la atención de todos con sus gorjeos. Ya desde entonces tenía aquellos ojos espléndidos, parecidos a los de Cordelia pero con la forma achinada de los del padre. Un lazo especial se formó entre ellas al mecerla. Qué curiosa manera tenía el destino de unir a las personas, después de tanto tiempo y de modo inesperado, a través de la enfermedad del abuelo.

Y ahora Mayga estaba quién sabía dónde, corriendo peligro, tal vez.

Se despertó de la ensoñación con un respingo y vio el rostro de Walter muy cerca, observándola con una expresión indescifrable. No supo qué decir y miró sus manos, enlazadas sobre el regazo. Esperaba no haberse quedado dormida, eso habría sido bochornoso. El hippie viejo, sin embargo, no se veía alterado en lo más mínimo.

—¿Mejor?

—Mejor, gracias —respondió, tratando de mostrarse dueña de sí.

El aroma se debía al humo de un sahumero que Walter había encendido mientras ella dormitaba. La luz del farol, el humo ondulante, la llama de la única vela, las notas del carrillón, la transportaron a un mundo exótico. Walter se decepcionó al comprobar que ella salía de su ensoñación. Había tenido el impulso de besarla. De manera leve, tocando apenas los labios, degustando la dulzura que prometían.

La tentación había sido fuerte. Otra vez sería.

El transmisor que tenía abierto estaba recibiendo la respuesta de Hugo Medina.

—Vamos —dijo, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Medina nos contestó desde la intendencia, parece que todos están allá.

—Dios mío, ¿qué habrá pasado?

—Nada malo, o nos hubiesen avisado. Si nos apuramos, llegaremos antes de que la helada nos enfríe los pies.

Bajó la mirada y murmuró, divertido:

—Sospecho que tendré que llevarte en andas.

—¿Qué estás diciendo?

—No te ofusques, pero no soy el único que saltó de la cama.

Jose miró hacia donde Walter clavaba sus ojos y soltó un gemido: había salido de la cabaña con las pantuflas.



CAPÍTULO 16

—Cordelia...

La voz de Erik, unida al aroma del café, acabó por despertarla. Cordelia abrió los ojos y vio ante ella el volcán dormido, la montaña más alta de Los Notros. Una corona de nubes espesas reposaba en su cima, clara señal de tormenta. El amanecer era gris y en las laderas se amontonaba la nieve fresca.

—¿Café? —y Erik le tendió un vasito de plástico, tentándola.

Hacía rato que la contemplaba, regodeándose en el cabello deshecho sobre la manta que la cubría y el temblor de las pestañas. A cada hora que pasaba maldecía con mayor fervor aquella misión que había aceptado. Permanecer junto a Cordelia Ducroix, sabiendo que no sería suya, constituía un calvario que no estaba seguro de soportar.

—Qué rico, gracias.

Ella tomó el café en pequeños sorbos, mientras sus ojos bebían la belleza de la montaña solitaria. Sabía que cuando estuviesen más cerca el camino se curvaría y emprenderían la recta final hacia los bosques y el lago, hacia su hogar. Un torrente de sentimientos la asaltó: emoción por el reencuentro, temor por la reacción de su tía al ver al abuelo, y por la de Newen, que no deseaba verse perturbado en su vida privada. Cordelia no había aclarado aún en su fuero interno los conflictos que sentía. La decisión de viajar hasta allí llevando al abuelo y en compañía de un desconocido no ayudaba a esclarecerlos. Demasiadas cosas en qué pensar y poco tiempo para resolverlas. Por otro lado, extrañaba a Mayga y a Julieta. Se preguntaba cómo habría pasado su cuñada esos días, en ausencia de su amiga íntima. Se sintió

culpable por haberla dejado en pleno embarazo, aunque sabía que la tía Jose se las arreglaba para atenderla a ella y a sus hijos. Dudaba, en cambio, de que la tía hubiese entablado una relación amistosa con Newen. Era probable que el muy ermitaño se hubiese aislado en algún rincón del bosque para no dormir en la cabaña. Lo único que la tranquilizaba era que no dejaría a Mayga sola tanto tiempo. A su manera, cuidaba de ella y vigilaba todos sus pasos.

Miró de reojo a Erik. Él se había colocado gafas, pues la claridad producía reflejos incómodos en el vidrio de la camioneta. Pese al frío, llevaba los puños arremangados, mostrando sus brazos surcados por venas que se abultaban cuando presionaba el volante o la palanca de cambios. Un vello oscuro los cubría, el mismo que asomaba por el cuello abierto de la camisa. Su perfil era marcado, de rasgos fuertes que se suavizaban cuando sonreía y formaban seductores surcos en las mejillas. Erik Andrade, con sus modales corteses y su franca camaradería, era un hombre peligroso para ella.

—¿Tengo algo?

La pregunta la sobresaltó. Erik impidió que se sintiese incómoda al ser descubierta mirándolo, pues de inmediato agregó:

—Creíste que estaba dormido, ¿no? No te culpo, a veces creo que manejo de memoria. Estoy acostumbrado a los trayectos largos.

Transcurrieron unos momentos de silencio, y Cordelia murmuró con voz apagada:

—Pensaba en la reacción de algunos al ver al abuelo. Emilio me dejó sola con su plan.

—¿Ah, sí? —Erik la miró con malicia—. Creí que la idea era tuya.

—Bueno, en cierto modo sí, pero...

—No te aflijas, Cordelia —dijo con tono tranquilizador—, por lo poco que conozco a tu abuelo, sospecho que lo pasará mucho mejor en Los Notros con su familia que solo en aquella casona. Además, es un hombre fuerte. De otro modo, no habría resistido hasta ahora. No va a flaquear cuando se le presenta

un desafío.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Soy buen observador, al igual que tu hermano. Nos hemos ejercitado mucho juntos, calibrando personas o situaciones.

—Ah, ¿sí? Pero no sufriste una enfermedad que te postrase como él. Emilio aprendió a observar desde su cama, siempre me lo decía.

—A veces hay circunstancias que te vuelven prudente... y astuto.

Cordelia lo miró, intrigada. Tuvo el tino de no averiguar cuáles circunstancias, pues temía ahondar en la intimidad de Erik, aunque la curiosidad la picaba.

—Vamos, pregunta lo que quieras. Aprovechate de mi condición de hombre agotado. No me quedan fuerzas para disimular a estas horas. Estoy a tu merced.

Lo decía con un tono que expresaba todo lo contrario. Si había alguien que podía resultar atrapado en aquella conversación era la propia Cordelia.

Erik parecía adivinar todo sobre ella.

—Soy discreta —le respondió, evasiva.

—Si lo fueras, no habrías usurpado el lugar de tu hermano para engatusar a Cayuki.

—Eso fue una medida extrema. Mi hermano anhelaba ese puesto y el asma le impedía venir en aquel momento.

—Dicho así parece sencillo, pero tuviste que salir a escondidas de la ciudad, alojarte en Los Notros fingiendo ser lo que no eras y, lo peor de todo, actuar como varón ante un hombre de pocas pulgas. Cualquier otra mujer se habría amilanado. ¿Cuánto duró tu comedia? Imagino la reacción del que ahora es tu esposo.

Cordelia se ruborizó. Si Erik seguía por ese camino acabaría por darse cuenta de las intimidades compartidas con Newen en lo alto del cerro.

Buscó un tema menos comprometido.

—Al final, me enamoré del lugar y decidí quedarme también. No me arrepiento —añadió, desafiante.

Erik la miró con disimulo. Durante el camino habían compartido conversaciones sobre variados temas, soslayando siempre el esencial, el motivo por el que Emilio le pidió que la acompañara en ese viaje. Si bien no tenía claro cuál sería su papel, confiaba en poder captar la situación cuando la tuviera enfrente.

—Es muy bonito todo esto, entiendo que te quedaras —repuso, conciliador.

En verdad, a pesar del mal tiempo el paisaje era bello, serpenteando entre montañas, los campos brillantes bajo la nieve que reflejaba el cielo plomizo donde ya se aventuraban las primeras aves. Estaban adentrándose en la zona del parque nacional y la ruta se convertía en un camino de pedregullo.

—Falta poco —observó Erik—. Sería bueno alertar a nuestros pasajeros, para que vayan preparando sus abrigos y sus cosas.

Cordelia atisbó por la ventanita que comunicaba con la parte de atrás de la camioneta. En la última parada que hicieron en una estación de servicio, el abuelo se había quejado de la falta de espacio y, sobre todo, de la mala compañía. Cordelia no sabía si temer más a la adaptación de Greta que a la del abuelo. Que Dios los ayudase, llevaban una bomba de tiempo en el vehículo.

—¿No se han matado aún?

Con su perspicacia, él captaba la situación por completo, lo que distendió a Cordelia, pues la eximía de fingir. Se echó a reír y su risa resonó entre ellos. Cautivado, Erik apretó los dientes y aceleró.

Como lo temía, iba a ser una misión difícil.

La oficina de la intendencia lucía abarrotada con la presencia de tantos hombres. Mayga guardaba silencio detrás de los actores principales de aquel

drama. Daniel no había abandonado el talante agresivo que desplegó desde que lo maniataron. El ceño de Medina al verlo llegar de ese modo, escoltado por un furibundo Cayuki y una acongojada Mayga, bastó para marcar el rumbo de las negociaciones.

Omar Yusuf proclamaba altanero que él no infringía las leyes si contrataba servicios turísticos con extranjeros que tenían sus papeles en regla, aun si los servicios incluían la cacería, puesto que su coto estaba poblado de animales silvestres que él mismo mantenía.

—Por unas perdices no vamos a litigar, señor intendente —decía con sorna.

—Sus perdices tienen unos colmillos muy grandes, señor Yusuf —había contestado Medina.

El silencio de Cayuki era más intimidante que cualquier discusión. Mantenía la mirada fija en los hombres, en especial sobre Daniel, que la sostenía con suficiencia.

—Veamos su contrato de servicios —dijo Medina, y alargó la mano.

—No esperará que lo traiga conmigo. Me han sacado de la cama, poco menos, y doy gracias de haber podido vestirme antes.

Medina hizo señas a su ayudante para que sirviese otra ronda de café, la segunda desde que amaneció. Le dolía la cabeza debido a la noche en vela y el café le sabía amargo, pero era lo único que evitaba que montara en cólera. Yusuf era un perro viejo lleno de mañas, le resultaría difícil acusarlo. Tenía amigos importantes entre la gente de la gobernación. En realidad, el verdadero obstáculo entre Yusuf y sus ambiciones eran ellos, los guardaparques, que hasta el momento se mantenían incorruptibles.

—Pues tendrá que traerlo para que lo revisemos. Si este señor —y señaló a Stuart— vino atraído por falsas promesas, usted tendrá que pagar, además de la pena que pueda caberle por tráfico ilegal de especies, una indemnización por daños y perjuicios.

Stuart, que había permanecido callado, intervino con su mesura

característica.

—La muerte de mi compañero no puede atribuírsele al señor Yusuf. Es un accidente de cacería, poco frecuente quizá, pero accidente al fin. Yo mismo vi cómo el puma se abalanzó sobre él. Reconozco la imprudencia de mi guía al disparar.

—A un puma dopado.

—¿Cómo dice? —y el semblante de Stuart se tornó lívido.

—Tenemos que enviar las muestras al laboratorio, pero de seguro comprobaremos lo que venimos sospechando desde hace tiempo, que en El Almojarife se sueltan pumas dopados y hambreados para facilitar la tarea a las personas como usted, señor Eliot, que aman la matanza de animales.

El insulto no hizo mella en Stuart, pues toda su atención estaba concentrada en la noticia de que lo estaban engañando con pumas manipulados.

—Con un agravante —continuó Medina—, que este puma en particular pertenecía a un proyecto de conservación. Fue traído desde una sede pampeana, y le aseguro que no vino en un paseo de compras.

El carácter sosegado de Medina se estaba poniendo a prueba ante la magnitud de los hechos y la certeza de que aquel desafortunado incidente acarrearía consecuencias nefastas. Stuart permaneció unos segundos demudado, hasta que miró a Daniel. El muchacho conservaba las manos atadas y las levantó a modo de denuncia hacia su padrino.

—¿Qué es esto? —bramó—. ¡Quítele esas cuerdas a mi ahijado! Es un atropello que no permitiré.

Medina miró a Newen y éste se encogió de hombros. Poco le importaba que sus métodos no fuesen ortodoxos. Su misión era capturar a los furtivos y lo haría, costara lo que costase.

—Estaba junto al puma —adujo—. Iba escapar en su moto.

Omitió decir que estaba también junto a su hija, algo decisivo para él. Las explicaciones que debía Mayga podían esperar por el momento.

—No será culpable hasta que se demuestre —le recordó el intendente.

—Amigo Stuart, usted puede demandar a este bruto por abuso. Yo seré su testigo —terció Yusuf, tratando de desviar el interés de la conversación hacia Newen.

—Podrá hacerlo si lo desea después de haber aclarado la cuestión del puma, del contrato y de la muerte del señor Gilbert —intervino Medina, cortante.

Los ánimos se caldeaban y el nuevo ayudante de la intendencia no daba abasto con el café y el papeleo que le exigían de continuo. Era un muchacho delgado y nervioso, empeñado en causar buena impresión para conservar el puesto, ya que se encontraba a prueba desde que el antiguo colaborador, Matías Lemos, se marchó a Neuquén en procura de una vida más urbana y civilizada. Para Newen, la partida de Lemos había sido un alivio, pues aquel hombre le había arrastrado el ala a Cordelia incluso después de casada, y varios incidentes pusieron a Medina en la disyuntiva de despedirlo o enviarlo lejos. El nuevo ayudante no tenía las ínfulas de Lemos ni se consideraba un seductor, como aquél.

—Lorenzo, escribe lo que diga el señor Yusuf. Deja el café por ahora.

El joven se apresuró a complacer a su jefe.

Newen desató a Daniel ante la mirada furibunda de éste y de su padrino, y enrolló la cuerda en su cinto con parsimonia.

Medina se quitó el sombrero y lo arrojó sobre el escritorio.

—Maldita sea, Yusuf, por una vez aténgase a las consecuencias.

—Buenos días.

Seis pares de ojos observaron con sorpresa la entrada del hippie viejo en compañía de Josefina Ducroix. La señora llevaba unas pantuflas empapadas en una mano, mientras que con la otra se sujetaba la falda, dejando ver unos borceguíes que le quedaban enormes.

—¡Tía!

—Mi niña querida, qué alivio verte. ¿Estás bien? ¿Sucedió algo grave?

Si Josefina no hubiera estado tan preocupada por Mayga, habría advertido que el ambiente en la oficina podía cortarse con un cuchillo.

Algo que no pasó desapercibido a Walter.

—¿Problemas? —comentó, con aire distendido.

Medina quería matarlo. Lo último que precisaba era una visión filosófica de las cosas. Lanzó a Foyer una mirada de advertencia que él captó muy bien.

—Parece, querida Joséphine, que hemos caído en un momento de definiciones. Si no te opones, preferiría llevarte a lo de Julieta para que veas cómo está. ¿Me dijiste eso anoche?

Hubo un silencio pétreo y Jose se ruborizó hasta la raíz del cabello al escuchar el modo en que Walter destrozaba su respetabilidad sin ningún reparo. Sentía clavados en ella los ojos de los presentes, en especial los de Newen, aunque lo que más le dolía era la mirada de reproche que leyó en los de Medina. Atinó a saludar a Mayga con un beso, para luego salir, seguida del artesano, a quien sin duda todos los asuntos de los demás le divertían. No bien descendieron los escalones del porche le espetó, furiosa:

—¿Tenías que hacer ese comentario?

Avanzaban en el frío de un amanecer muy semejante al del día de la llegada de Josefina al pueblo, cuando no imaginaba que su vida se enredaría de tal manera con la de la gente de Los Notros.

—¿Qué comentario? Sólo busqué un motivo para huir. ¿Notaste que estaban en medio de un asunto turbio?

Turbia era la reputación que ella arrastraría a partir de ese instante, cuando corriese la voz de que había pasado la noche con aquel hombre desvergonzado. ¿Qué diría Cordelia cuando lo supiese? ¿Y Emilio? Aunque ella se esmerase en desmentirlo, siempre quedaría la duda. Pensar que había fantaseado con la posibilidad de instalarse allí con L'Immortelle... Eso le pasaba por su falta de experiencia. Había vivido aislada, cuidando de su

madre, de los mellizos, de su padre. Era muy sencillo burlarse de Josefina Ducroix, una mujer sin roce social, sin pasado aleccionador.

Apuró el paso, pero los borceguíes se clavaban en la nieve y amenazaban con catapultarla hacia atrás. Hizo varios intentos infructuosos de alejarse de Walter, hasta que el artesano la tomó del brazo, exasperado.

—Vas a caerte como no lo hiciste en todo el trayecto, Joséphine. ¿Qué es lo que te molesta?

—¡No me llames así! Es muy fácil tomarme el pelo, ¿no? La buena y tonta Josefina, que jamás se enoja. ¡Claro que me enoja, me enfado como cualquiera, en especial si se pasan de la raya conmigo!

Walter no entendía la razón de aquel exabrupto y por instinto no la contradijo. Esperó a que la furia remitiese. Ella avanzó a los tropezones hasta dar con la acera limpia de nieve, donde se enderezó y caminó más de prisa. Sabía que Walter la seguía a cierta distancia y se avergonzaba de su comportamiento. Jamás se había exaltado así, salvo cuando enfrentó al abuelo Ducroix para defender a Emilio, años atrás.

M. Ducroix había provocado en aquel tiempo, con su actitud inflexible, un ataque de asma en el joven que pudo haber sido fatal. Si no hubiese tenido cerca a la dulce Julieta lo habrían perdido. Aquel episodio fue el detonante del cambio en la vida de Josefina. A partir de entonces decidió alejarse y emprender un camino nuevo para ella, donde las decisiones que tomase no estuviesen teñidas del afán de complacer los deseos ajenos. Recordaba bien aquel día, la crisis que provocó su reacción y que definió en cierta manera los destinos de todos, ya que se refugiaron en la casa de la playa, adonde más tarde Newen acudió en busca de Cordelia. También recordaba la sorpresa que les dio el propio abuelo Ducroix al aprobar la unión del puelche con su nieta.

Todo eso era agua pasada, pero debía tenerla presente para darse fuerzas. Si en aquel entonces pudo hacer frente a la adversidad, podría hacerlo de nuevo.

Se serenó y giró para encarar a Walter Foyer.

—Te ruego me disculpes, no fue mi intención gritar. Estás en tu derecho de decir lo que quieras, sólo me gustaría que no me incluyeras en tu discurso. Gracias por haberme acompañado, no sé qué habría hecho con mi desesperación. Ahora seguiré sola, conozco el camino hacia lo de mi sobrino. Nos veremos en otra ocasión.

Walter quedó boquiabierto viéndola marchar con altivez rumbo a la última casa del pueblo, la espalda tiesa y los pasos cautelosos por miedo a tropezar con los borceguíes. Antes de llegar, ella se dio vuelta y le hizo señas indicando los pies. De seguro estaba diciéndole que más tarde le devolvería los zapatos. Qué mujer. No pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Había esperanzas para Joséphine Ducroix, sí, señor.

Julieta se encontraba sentada en una mecedora junto a la ventana, mirando el jardín helado, envuelta en una bata de lana y con la mano reposando sobre el vientre. Al ver llegar a la tía Jose le hizo señas para que supiese que la puerta estaba abierta. Josefina encontró a la esposa de su sobrino muy demacrada. Sobre la mesa de la cocina, una taza de té se enfriaba y las tostadas habían quedado olvidadas en el plato.

—Querida, ¿no desayunaste? ¿Y por qué te levantaste tan temprano?

—Qué gusto verte, tía —dijo con voz queda Julieta—. En realidad no tengo hambre, me preparé el té por costumbre. Prefiero estar aquí sentada, meciéndome —y, para afirmar lo dicho, comenzó a moverse en la silla.

El crujido resonó con un ritmo triste. La casa no estaba tan caliente como debería y la tía Jose se apresuró a quitarse los guantes y el abrigo y a poner manos a la obra. Encendió las hornallas para entibiar el lugar y luego se dirigió hacia la enorme salamandra que funcionaba en el centro del comedor, el corazón de la casa.

—¡Qué descuido! Ya no quedan leños. ¿Dónde guardan los de repuesto?

Julieta señaló hacia el patio y allá fue la tía Jose, murmurando algo sobre la juventud desconsiderada. Los hijos de Emilio bien podrían haberse asegurado de que su madre tuviese fuego durante la noche, lo mismo que Mayga podría haber dejado una nota indicando adónde iba, y así ahorrarle el disgusto pasado.

Volvió con los brazos repletos de troncos y reavivó el fuego, mientras con el rabillo del ojo contemplaba el semblante pálido de Julieta.

—Si no comes lo suficiente no tendrás fuerzas en el parto —la reconvino—. Te prepararé algo más sustancioso que el té.

Julieta cerró los ojos y la dejó hacer, incapaz de oponerse a la voluntad de la mujer mayor. Josefina era como una madre para ella, y no quería angustiarla con sus temores. Hacía tiempo que no se sentía bien y las ausencias de su esposo no ayudaban. Julieta habría seguido a Emilio adonde fuera, enamorada como estaba desde sus años más tiernos del hermano de su mejor amiga. Sin embargo, y pese a que el enfermo era él, con el tiempo la vida en el sur se le había hecho muy dura, con la crianza de aquellos diablos que todavía le daban trabajo. Emilio iba y venía en sus misiones como guardaparque en tanto que ella, dedicada por entero al hogar, se sentía a veces abandonada. Al anochecer, cuando quería recordar lo que había pensado decirle durante el día, el bullicio de los hijos o los problemas del trabajo de él acababan por silenciarla. Recibió la noticia del último embarazo con desaliento. Le faltaban fuerzas para afrontar los meses de gestación y, peor aún, la larga crianza que seguiría. Los hombres nunca sabrían cuánta energía desplegaba una mujer para atender a su familia. La vida misma se le agotaba en ello.

—Esto es lo que debe desayunar una embarazada —anunció triunfal Jose, mientras acercaba un vaso de leche endulzada con miel, cereales y el jugo de una naranja.

—Fuiste rápida.

—Descubrí que en esta tierra hay que apañarse con lo que esté más a mano.

Qué hermosos arbustos tienes junto al cerco —comentó, más que nada para distraer a Julieta de sus pensamientos sin duda tristes, a juzgar por su expresión.

La joven contempló los arbolitos que el viento sacudía en el jardín.

—Son notros, típicos de la región. Los plantamos cuando nos instalamos en esta casa, porque dice la gente de por aquí que sus hojas y su corteza son buenas para el asma. Son hermosas sus flores, rojas y muy vistosas.

—Entonces, los usan para bien de Emilio.

—Hago un cocimiento, como nos enseñaste. Los vapores que emanan son excelentes.

Jose miró con simpatía los arbolitos que velaban por la salud de su adorado sobrino.

—Tus hijos deberían colaborar más en la casa. ¿Dónde están ahora?

—Félix durmiendo, pues anduvo de parranda anoche. Cristian salió a encontrarse con sus amigos. Como en el colegio suspendieron las clases por la tormenta de nieve...

—¿De parranda? No me imagino dónde, en este pueblito.

—Te sorprendería saber cuánta vida social hacen ellos aquí. No existe persona que no los salude ni jovencita a la que no hayan invitado a salir.

Josefina frunció el ceño. Ella no era la única en advertir ese fenómeno, entonces. Sería el milagro de Los Notros.

—¿Tienes algún tejido entre manos? Puedo ayudarte.

Julieta se inclinó y tomó una bolsita de la que asomaban dos agujas. Jose extrajo un ovillo de lana sedosa.

—Para el futuro bebé, me imagino. ¡Tiene hebras rosadas! ¿Acaso...?

—Es sólo una pequeña apuesta. Emilio me regaló esto —y Julieta sacó de entre las mantas un conejito de peluche con babero rosa a cuadritos—. Dice que nos dará buena suerte y tendremos una niña.

—Te mereces una niña buena y dulce, mi querida. Esta conejita te cumplirá

el deseo, ya verás.

Jose arropó a Julieta en su mecedora y la instó a dormitar mientras ella preparaba un almuerzo liviano. El ceño fruncido la acompañó durante toda la mañana. Algo no andaba bien, lo intuía. Por muy fatigada que estuviese, Julieta le parecía demasiado frágil. Esperaba que su sobrino regresara pronto, pues sospechaba que aquella ausencia la afectaba más de la cuenta en su estado.

La camioneta ingresó al pueblo, cruzó por delante del galpón de los artesanos, rodeó la plaza y se detuvo justo enfrente de la intendencia de Parques Nacionales. A través de las ventanillas empañadas, Cordelia pudo apreciar que había mucha actividad, pues varios autos y una enorme moto se encontraban estacionados en la calle lateral. Pensó que la temporada de esquí estaría en su apogeo, y sonrió al imaginar a Hugo Medina solucionando con paciencia los conflictos que surgían con la llegada de los turistas. Tanto Newen como Medina disfrutaban más de Los Notros cuando el pueblo volvía a quedar sumido en el silencio y la apatía.

—Bajaré un minuto para anunciarme —dijo Erik, mientras se colocaba el gabán—. No me extrañes —y le guiñó un ojo.

Ella lo observó cruzar la calle con su andar aplomado y quitarse las gafas oscuras antes de entrar. Había disfrutado de la compañía de ese hombre pese a sus reparos del inicio. Erik conversaba de manera fluida y sabía escuchar. Le pareció que se interesaba por lo que ella pensaba y tenía que reconocer que eso la halagaba. Su esposo también escuchaba sus planes y sus sueños, aunque la mayoría de las veces la miraba con aire reprobatorio, quizá porque desconfiaba del carácter audaz de la mujer con la que se había casado. Por cierto, ella lo había llevado al límite muchas veces. Cordelia sintió un latido extra al pensar en Newen. Las noches en la mansión Ducroix le habían resultado largas sin la calidez de su cuerpo junto al de ella, sin disfrutar de su

abrazo. Su amado puelche no había aflojado la pasión ni un poco en todos esos años, se comportaba siempre como cuando la tomó por primera vez, con una mezcla de placer y venganza. A menudo Cordelia percibía en él un atisbo de recelo, como si aún no le quedase claro qué clase de mujer era ella. Jamás dudó de que la amara, aunque había ocasiones en que lo notaba al acecho, esperando, temiendo ser defraudado. Tan difícil fue para él aceptar aquel amor que, aun después de tanto tiempo, parecía necesitar asegurarse.

Cordelia se dedicó a acondicionar el cesto para los gatos de la tía Jose. ¡Qué feliz estaría al verlos! Tal vez esa sorpresa atenuase el impacto de la llegada del abuelo a Los Notros. Ahora que estaba hecho, dudaba un poco del acierto de esa decisión.

El ambiente caldeado de la oficina recibió una ráfaga de aire frío con el ingreso del desconocido. Hugo Medina intuyó que se trataba del experto en pumas del que Emilio le había hablado días atrás. Newen, en cambio, se puso en guardia ante aquel hombre de sonrisa fácil que avanzaba extendiendo una mano con efusividad.

—Erik Andrade a su servicio, señor. Usted debe de ser Hugo Medina.

Al apretón de manos siguió un silencio glacial. Los sujetos involucrados en el episodio del hombre y el puma muertos creyeron que el recién llegado era una autoridad policial que venía a interrogarlos. Daniel lo miró con mala cara y Yusuf calibró si podría con ese individuo fornido de maneras abiertas.

—Y usted, el especialista que manda Emilio, ¿no es así?

—Lo de especialista es demasiado pomposo, dejémoslo en “miembro del Proyecto Felinos”. ¿Qué le parece?

—Newen Cayuki, uno de mis guardaparques —los presentó Medina—. El señor Andrade viene para colaborar con la captura del puma que falta y aleccionarnos sobre las tácticas y las costumbres del felino.

Los dos hombres se miraron. Erik llevaba ventaja, pues ya sabía quién era Cayuki y lo medía, intentando saber si era merecedor del amor de la mujer que

esperaba afuera. Newen captó la mirada inquisidora y le devolvió una de las suyas, cortante. Medina, conciliador, propuso a Erik que presenciase la reunión, ya que estaba relacionada con el asunto.

—Primero debo avisar a Cordelia, que espera en el auto. Ella y su abuelo vinieron conmigo desde Buenos Aires.

Una bomba lanzada sin preámbulos.

Se produjo otro silencio inexplicable para todos salvo para los protagonistas de ese otro pequeño drama.

“Cordelia”, había dicho el sujeto. Newen veía todo rojo en su interior. La llamaba por el nombre de pila con familiaridad, como si fuese un conocido de toda la vida. Y Emilio había consentido esa intimidad. La cordura le dictaba prudencia hasta conocer los detalles, pero Newen no era cuerdo cuando de su esposa se trataba, ya lo había demostrado al tomarla en matrimonio.

—¿Mi esposa está afuera? —se le oyó decir.

El tono tan helado llamó la atención de todos.

Medina carraspeó y le palmeó el hombro, diciendo:

—Ve a verla, mientras pongo al señor Andrade en antecedentes sobre lo sucedido.

El frío le golpeó la cara al salir, aunque no sentía nada. Una ola de calor crecía en su interior. Vio la camioneta enfrente y cruzó la calle en dos zancadas. A través del vidrio empañado sólo distinguía la luminosa cabellera de Cordelia, inclinada sobre algo que llevaba en su regazo. Newen dio un puñetazo con sus nudillos. Uno solo, tan contundente que la mujer saltó en su asiento. Cordelia contempló la estampa del fiero puelche y un remolino de emoción la sacudió.

“Newen, amor mío”, pensó antes de decirlo, y abrió la puerta. La frialdad del abrazo la conmovió y levantó su rostro hacia él, preocupada.

—¿Estás bien? ¿Mayga está bien?

La jovencita, al saber que su madre había llegado, se aproximó a la puerta

deseosa también de abrazarla, aunque temía interponerse, ya que su padre estaba enojado con ella. Observaba la escena desde el umbral.

—Debes de ser Mayga —escuchó que decían detrás de ella.

El recién llegado la miraba con simpatía.

—Tu madre me habló de ti durante todo el viaje. Ya casi puedo ser tu pariente.

Mayga sonrió y Erik comprobó que su belleza era una combinación de lo mejor de ambos padres. Percibió sin embargo algo original, algo propio que la hacía distinta de cualquier chica de su edad. Levantó los ojos y vio la escena entre Cordelia y Newen. Ella lo abrazaba por la cintura y él permanecía rígido como un poste. Si bien no podía verle la cara, adivinaba su expresión, pues la había conocido en el interior de la oficina hacía un momento. Cordelia debía de sufrir al no poder dar rienda suelta a su natural expresividad con aquel hombre huraño. Erik no lo culpaba, conocía el talante de los nativos de la región, callados y poco efusivos, lo que no significaba que no sintieran con intensidad. Lo que le interesaba evaluar eran los sentimientos de Cordelia.

Como si la nombraran, ella miró hacia la intendencia y sonrió al ver a Mayga. Dejó a Cayuki y avanzó casi corriendo. Newen, que no había visto a su hija, la tomó del brazo, enfurecido, pero al ver cuál era la destinataria de la sonrisa de su esposa la soltó avergonzado y observó el encuentro.

—Mami —susurró la chica en el cuello de Cordelia—. ¡Te extrañé tanto!

—También yo, querida.

Se contemplaron, buscando las señales conocidas del cariño, y se volvieron a abrazar. Aquél sí era un abrazo de bienvenida, pensó Erik.

Y sintió algo de compasión hacia las dos mujeres.

Newen se volvió hacia la camioneta y descubrió los gatos que asomaban bajo una manta de lana. El más gordo, de abundante pelo negro, lo observaba fijo con sus ojos turquesas; el otro, más aristocrático y de pelaje moteado, ostentaba en su cara triangular un par de ojos cristalinos que contemplaban al

hombre con displicencia. En la parte posterior de la camioneta se oyeron golpes suaves y Newen se encontró frente al rostro anguloso de una mujer mayor que le hacía señas, frenética. Rodeó el vehículo y pudo ver que detrás de la mujer se encontraba M. Ducroix, con expresión feroz.

—Qué... —alcanzó a decir, antes de que la puerta trasera se abriese de repente.

—Déjeme salir, mujer del demonio —graznó el abuelo, y logró empujar a Greta hacia un lado y avanzar.

—¡Abuelo, espera!

Cordelia se abalanzó para impedir que M. Ducroix descendiese por sus medios, pero el anciano ya había puesto el pie sobre el parachoques de la camioneta. Newen reaccionó con velocidad y le tendió la mano.

—No preciso ayuda, joven —le espetó el abuelo, malhumorado.

—No se la estoy dando, señor. Quiero saludarlo.

M. Ducroix contempló la faz curtida del marido de su nieta durante un tenso momento y, como si decidiese algo en su interior, extendió su mano y apretó la de Newen, mirándolo tan fijo como lo había hecho el gato negro.

—Cuánto tiempo —fue todo lo que dijo.

Y Newen, más cauto aún, no dijo nada.

Cordelia observó aliviada que su esposo controlaba la situación. Otra oleada de amor se desencadenó en ella. Newen era su *rewe*, su sostén y su remanso. El carácter arisco del puelche le ofrecía la oportunidad de limar sus propios anhelos y extravagancias y cuando ella flaqueaba, él era la roca en la que podía recostarse, como aquella vez durante la suelta de cóndores, cuando estaba embarazada de Mayga sin saberlo y él la sostuvo, a punto de desmayarse. La vida los había ligado con un vínculo imposible de ignorar: un hijo. Aun si llegasen a distanciarse algún día, ese lazo los uniría siempre, de manera que ella debía hacer lo que había hecho desde niña: enfrentar los demonios de la adversidad y luchar por lo que quería.

Los pensamientos de Newen eran menos optimistas en esos momentos; la visita inesperada del abuelo significaba que su vida se alteraría más de lo imaginado. Ya tenía suficiente con la tía Jose, aunque debía reconocer que no había ocasionado conflictos y que a Mayga le hacía bien su compañía. Lo peor fue descubrir que su esposa había compartido un largo viaje con un desconocido. Un hombre al que se vería obligado a tratar si trabajaban juntos en el asunto del puma. Newen estaba más acostumbrado a padecer que a disfrutar. El amor que sentía por Cordelia era una llaga abierta, en lugar de ser la cicatriz de sus antiguas heridas. Se prometió que visitaría a Cipriano. El viejo araucano era astuto y también sabio. Habían compartido muchos cigarrillos y mucho *mudai*, y no conocía a nadie que supiese comprender y respetar los silencios como él.

—Newen.

La voz de Cordelia lo sacó de su aislamiento.

—Voy a llevar al abuelo hasta la casa de Emilio. Creo que estará mejor instalado ahí que en la cabaña. Me tardaré poco y así podremos volver juntos, ¿te parece? Mayga puede acompañarme, si quiere.

—Mayga se queda.

Cordelia indagó en los ojos de su marido para descubrir la razón de su enojo con la hija y, como sabía que era duro de interpelar, decidió hacerlo más tarde. Era imperioso ubicar al abuelo primero.

—Luego hablaremos, entonces. En un rato regreso.

Él la vio ofrecer el brazo al anciano y comentar algo con la mujer huesuda.

—Dígale al señor Andrade que los bolsos quedan en la camioneta, si es tan amable de llevarlos.

—Yo los llevo —dijo Newen con rotundidad.

—Está bien. Nos vemos allá.

El trío se alejó unos pasos cuando Cordelia se detuvo, recordando algo.

—Newen, los gatos...

Ya Mayga los había descubierto y frotaba su nariz contra Dickens, ronroneando a la par. Newen respiró hondo. Se avecinaban tiempos duros.

En la oficina de Parques, Medina trataba de ser ecuánime, aunque montaba en cólera de sólo pensar que Yusuf podría salirse con la suya. Erik se hacía cargo de la situación con rapidez, según su costumbre, y se mantuvo callado para no alertar a los involucrados sobre detalles que pudiesen usar a su favor. Conocía bien la estrategia de dopar animales de gran tamaño y ferocidad en el turismo cinegético. A los peligros que de por sí acechaban a los felinos, debía sumarse el interés mercenario de los que lucraban con sus cabezas. Era criminal matar jaguares o pumas sabiendo que en breve tiempo no quedaría ninguno.

Una vez levantada el acta de la infracción, se le informó a Omar Yusuf que debía suspender sus actividades turísticas hasta tanto se comprobase la procedencia del puma muerto. Medina los despidió con la intimación de no moverse de El Almojarife mientras hacía las averiguaciones. Sólo había una forma de probarlo: avisar al centro de Quetrén-có y corroborar el número de identificación del puma con los archivos que ellos tuvieran. Medina sabía que la gente del proyecto era de fiar, capaz y cuidadosa en su trabajo. Un llamado telefónico bastaría.

Al cabo de media hora suspiró, desalentado.

—Nadie responde.

Erik frunció el ceño y controló su reloj. Las diez de la mañana. Era imposible que no hubiese nadie a esas horas, debía de haber un problema en la línea. Marcó en su teléfono móvil el número privado de Andrés Silva, con quien sostenía frecuentes conversaciones. Le extrañó que tampoco contestase.

—Intentemos llamar a Emilio —propuso—. Supongo que ya debe de haber llegado.

Erik sabía que su amigo se había encaminado hacia Quetrén mientras ellos

enfilaban hacia el sur. Quizá no hubiese hablado aún con la gente del proyecto, pero no costaba nada averiguarlo.

Otra media hora y ya compartía el mismo desaliento de Medina. Lo peor era que tampoco estaban conectados los contestadores automáticos. Se disponían a hacer un llamado al Zoológico de Buenos Aires cuando el teléfono de la oficina los sobresaltó con un zumbido que parecía augurar desdicha. Hugo Medina escuchó lo que decían del otro lado y sus ojos claros confirmaron los temores de Erik. El hombre se dejó caer sobre la silla con aspecto vencido y soltó un suspiro de frustración. Miró a Erik con cansancio.

—Era Emilio —dijo—. Acaba de llegar a Quetrén-có. Dice —y se pasó la mano por la cara, como para espantar un mal sueño— que no quedó nada.

Un silencio pesado cayó sobre ellos, interrumpido sólo por el ruido de la máquina de café, que continuaba proveyendo del líquido indispensable para mantenerse en pie sin dormir.

En su incredulidad, Erik articuló una pregunta.

—¿Nada? ¿Qué pasó?

—Ardió como una tea —fue todo lo que dijo Medina—. Dicen que hubo un cortocircuito.



CAPÍTULO 17

El fuego chisporroteaba aún sobre las cenizas de lo que había sido el centro pampeano del Proyecto Felinos. Había comenzado en la noche, según dijeron.

—Estas construcciones antiguas —comentó alguien— por lo general tienen malas instalaciones eléctricas.

Andrés y Elina contemplaban las espirales de humo que oscurecían el cielo. Ella se encontraba sentada en uno de los bancos de la plazoleta de enfrente, en tanto que él, de pie, apoyaba una mano consoladora sobre su hombro. Emilio miraba la escena del incendio con espíritu analítico. Arrastraba el cansancio del viaje después de manejar horas sin detenerse, pero aquella catástrofe le había inyectado un dinamismo que apenas podía contener. Algo turbio se fraguaba en ese fuego endemoniado.

—¿Quién fue el último en salir?

—Salimos juntos —respondió Andrés—, a eso de las siete, más o menos. Nos entretuvimos más de la cuenta porque demoraron en buscar algunas muestras.

—¿Quién las vino a retirar?

—Marcos, como siempre. Él y Jaime son nuestros contactos.

—Son de confianza —añadió Elina, temerosa de que Emilio sospechase de ellos.

Todos sabían, aunque no lo habían dicho en voz alta, que aquel desastre no era fruto de un cortocircuito.

—La instalación eléctrica...

—Estaba en perfecto orden —interrumpió Andrés—. Siempre la revisamos

y además colocamos una llave térmica y un disyuntor que corta el fluido eléctrico si hay problemas. El refrigerador para las muestras funciona aparte, con un grupo electrógeno.

—Por lo tanto, es imposible que haya venido de ahí el corto circuito.

—No hubo cortocircuito —dijo Elina, y levantó hacia Emilio unos ojos transparentes—. Por favor, avise a las autoridades que esto fue un atentado. Tanto trabajo perdido...

Emilio se conmovió ante la tristeza de la muchacha. Conocía a Andrés y a Elina sólo de nombre, por los informes que a menudo recibían en Los Notros acerca de la marcha del proyecto. Era propio del puma recorrer grandes distancias y eso hacía que quedasen involucradas en su salvaguarda varias secciones de guardaparques. Le sorprendió la juventud de ambos, en especial de la joven, que parecía muy compungida.

—Tranquila, llegaremos al fondo de esto. Ya hablé con Hugo Medina y él sabrá qué hacer allá, en Los Notros. ¿Se podrá cotejar esto, o se perdió la información? —y Emilio les mostró el papel donde había anotado el número del transmisor que identificaba al puma muerto. La noticia que le dio Medina confirmó sus sospechas iniciales.

—Llevo un archivo paralelo en mi propio ordenador.

—Bien hecho. Vamos, entonces, acá no tenemos nada más que hacer.

Los tres se encaminaban hacia el automóvil cuando les salió al paso un hombre de aspecto repulsivo. Emilio detectó que Andrés se tensaba aún antes de que el hombre hablase.

—Lamento tanto esto —comenzó el sujeto, y su expresión lo desmentía—. El intendente de Quetrén-có ya está avisado del siniestro. Manda decir que se pone a su servicio para lo que puedan necesitar.

—Quizá necesitemos una investigación policial —lo cortó Emilio.

—¿El señor es...?

El sujeto se puso alerta ante la posibilidad de estar tratando con alguien

importante. Había estancieros que se oponían a la caza de animales en la región.

—Emilio Ducroix.

El apellido extranjero contribuyó a la confusión del hombre, algo que tanto Elina como Andrés disfrutaron.

—Superviso el proyecto que se lleva a cabo en este sitio —mintió a medias Emilio.

El tipo aquel no tenía por qué saber en qué medida estaba ligado al proyecto.

—Una verdadera lástima.

—Sí, sobre todo porque ahora habrá que conseguir un edificio mejor ubicado y más grande. Sin duda, en el municipio sabrán qué recomendarme. El dinero no es problema, aunque me gustaría conversar con el intendente de Quetrén-có para asegurarme de que algo así no vuelva a ocurrir.

Santorini permaneció con la boca abierta unos segundos, tratando de digerir el tono de mando con que Emilio hablaba. Su aspecto distinguido y su lenguaje infundían respeto, y él no tenía a nadie que lo respaldase si llegaba a caer en desgracia.

—A sus órdenes —contestó, por las dudas.

—Mañana pasaré por la municipalidad. Pienso llamar al gobernador también, por si es necesario tomar alguna medida a nivel provincial.

A continuación, hizo un gesto a los dos jóvenes, invitándolos a subir a su vehículo.

Santorini quedó mirando sus espaldas y luego la huella que dejó la camioneta sobre la tierra húmeda por la escarcha.

En la casita que alquilaban Andrés y Elina mientras trabajaban en el centro pampeano, Emilio pudo relajarse un poco y saborear un té de hierbas acompañado de deliciosos bocadillos de nuez. Elina se esmeraba en obsequiarlo, satisfecha por la manera espléndida en que había desarmado al

infame de Santorini.

En un santiamén lo pusieron al tanto de la situación en Quetrén-có.

—Sabíamos que boicoteaban el seguimiento de los pumas —dijo Andrés—, pero jamás habían llegado tan lejos, al extremo de atacarnos.

—Esto es criminal —acotó Elina—. Pudieron habernos quemado vivos. Si hubiésemos estado adentro...

—Ellos sabían que no estábamos, Eli. No dudo de que nos hayan vigilado durante días.

—Tienes razón —aprobó Emilio—. Esta gente actúa hasta donde puede hacerlo sin que la incriminen. Son cobardes, en el fondo. Por suerte, las muestras ya habían salido rumbo a Buenos Aires.

—Sí, pero quedaban otras en proceso. Y mucha información.

—Nada que no pueda repetirse, Elina —la tranquilizó Emilio—. No deben bajar los brazos. Allá en Los Notros tenemos nuestras piedras en el zapato también, y son cada vez más grandes.

—Qué lugar tan bonito —suspiró Elina—. Vi algunas fotografías el mes pasado, cuando Newen Cayuki nos envió informes sobre los cóndores.

—Eli fue voluntaria en el proyecto de cría del cóndor —explicó Andrés, mirándola con orgullo—. Trabajaba en el Zoo de Buenos Aires, informando al público.

—¿Y fuiste a alguna de las liberaciones en las sierras de Pailemán?

—¡Sí, fue maravilloso! Recuerdo haber llorado de emoción al ver a los juveniles volando hacia el mar. Ahora que estoy aquí, en este otro proyecto, extraño un poco el contacto con la gente. Me sentía útil respondiendo a las preguntas de los niños.

—Acá te necesitamos —le recordó Andrés.

—Ya lo sé, y no me quejo, pero me gustaría ir a Los Notros un día y ver de cerca el trabajo de los guardaparques.

—Más bien de Cayuki —aclaró Emilio—. Él es el especialista en

cóndores.

—¿Y usted? ¿Se especializa en algo?

Los ojos límpidos de Elina reflejaban admiración. Emilio intentó soslayar su papel en todo aquello, pues percibió que a Andrés le disgustaba el interés de la joven.

—Un poco de todo. Alguien tiene que hacer el trabajo duro, ¿no? —y les guiñó un ojo.

—Aquí tiene los datos que necesita.

Emilio tomó la hoja que Andrés le tendía. Debajo del sello BBVA de la fundación española que compartía el proyecto con la Argentina, aparecía el logo del Banco de Recursos Genéticos de Felinos Sudamericanos y a continuación, un listado de animales identificados. Sólo nueve. Algunos ostentaban cruces en el margen izquierdo.

—¿Estas marcas? —quiso saber Emilio.

—Son los animales que se han cruzado entre sí varias veces. Están emparentados en la descendencia y eso crea problemas graves.

—La consanguinidad —murmuró Emilio.

—Así es. Los hace vulnerables a los parásitos y a las enfermedades.

—Se reproducen menos a causa de eso también —acotó Elina.

—Estamos destruyendo el mundo, ¿no? —comentó con acidez Emilio.

Los dos jóvenes se miraron. Ellos sentían lo mismo a veces, un cansancio visceral ante la magnitud de las fuerzas contra las que luchaban. Corrían una carrera donde sabían que no llegarían nunca en primer lugar. Pese a eso, pugnaban por el tercer o cuarto puesto, y ya era algo.

—Esta lista comprende sólo los pumas silvestres. Tenemos otra de los criados en cautiverio —aclaró Andrés—, pero entiendo que están tratando de ubicar a un animal que fue cazado aquí y llevado al sur, ¿no es cierto?

—Aquí lo tengo.

Emilio hizo un círculo con el lápiz en torno a un número. El chip del puma

muerto en El Almojarife, la prueba que buscaban.

—Qué bien, al menos ya saben por dónde empezar. ¿Otro té, señor Ducroix?

—Eli, me parece que Emilio necesita algo más fuerte que tus tecitos. ¿Qué tal un par de cervezas?

Emilio se acomodó en el sillón y se dejó atender un rato antes de emprender su propia pesquisa. Un palpito le decía que la punta del ovillo no se encontraba allí, en Quetrén-có, sino en Los Notros.

—Quiero dejar clara mi posición —decía Stuart Eliot frente a Medina y a un funcionario de la Dirección de Fauna Silvestre.

Se habían reunido al día siguiente del suceso para tratar la cuestión de la procedencia del puma muerto, dejando la investigación oficial sobre la muerte de Gilbert en manos de la policía y el juez del lugar.

Stuart concurrió con puntualidad y no eludió ninguna pregunta, si bien adoptaba una actitud algo arrogante frente a los funcionarios, como si no los considerase en condiciones de captar los términos de la cacería.

“Supone que es un deporte de elegidos”, pensó malhumorado Medina. Daba gracias al cielo de que Cayuki no estuviese presente. Él mismo le prohibió que se integrara al trabajo, argumentando que su familia lo necesitaría para instalarse.

—Por empezar, no estaba enterado del origen de los animales del coto del señor Yusuf. Más bien entendí, por sus respuestas, que él mismo criaba las piezas de caza. Es lo que se acostumbra, para no disminuir la población de especies.

—Ya sabemos lo que se acostumbra —respondió el funcionario de Fauna Silvestre.

—El problema, señor Eliot —terció con prudencia Medina—, es que Omar Yusuf no ha cumplido con las normas de esta región en cuanto a la cacería de

pumas.

—Me dijo que podía llevarme una cabeza por persona.

—Le dijo eso porque usted suponía que se trataba de pumas criados en su propio coto, cuando en realidad él los hizo traer desde otra parte, incurriendo en el delito que mencionamos.

—No lo sabía.

—Estamos de acuerdo en eso —siguió Medina—. El tema que nos preocupa es que Omar Yusuf está vinculado a una red de tráfico ilegal. Sin contar con que dopa a los animales para garantizar su captura.

Stuart frunció el gesto. De todo lo sucedido, aquello era lo que más le afectaba. Mancillaba su honor de cazador y era una afrenta que no perdonaría a su anfitrión.

—Deduzco que tampoco lo sabía, señor Eliot.

El tono mordaz del funcionario de Fauna irritó a Eliot. Sostuvo la mirada del otro con furia.

—Desde luego. No habría venido de ser así. Existe un código entre los deportistas, señores, y puedo asegurarles que respeto una por una sus normas. Omar Yusuf deberá resarcirme por la situación en la que me ha colocado.

Stuart lo consideraba una vejación, porque acababan de informarle que las revistas de caza extranjeras estaban previniendo a los deportistas sobre esa práctica desleal. Su participación en aquella cacería lo dejaba mal parado ante sus camaradas.

—Ojalá podamos lograr eso, señor Eliot. Su ayuda será valiosa en ese sentido.

—¿Cómo? —se apresuró Stuart, delatando su ansiedad.

Bien, el hombre estaba sediento de venganza. Su flema no resistía que se pusiese en entredicho su honor de cazador. Podían contar con eso para hundir a Yusuf, al menos en esa ocasión.

—Declarando lo que acaba de decirnos. Necesitamos demostrar que Omar

Yusuf está actuando con deslealtad en los negocios turísticos para poder cerrar el coto. Lo del puma ya está probado, era un ejemplar fichado por la gente del Proyecto Felinos.

Cada vez que se mencionaba el origen del puma, Stuart sufría un malestar semejante al infarto. Maldecía el momento en que había aceptado salir de las islas Hawai para emprender aquella aventura sudamericana.

—Su sobrino...

—No es mi sobrino sino mi ahijado y él no estaba presente esa noche.

—Sí, pero...

—Le ruego que no mezcle los asuntos. Mi ahijado me acompaña sólo para brindarme apoyo, él no suele participar de las partidas de caza.

—Sin embargo —contrarió Medina, mirando unos papeles que tenía ante sí—, aquí dice que fue con ustedes la vez anterior, cuando vieron al puma y no lo atraparon.

Stuart pareció molesto por esa confirmación. Dudó unos segundos y luego dijo, más conciliador:

—Es un joven que nada sabe de este deporte salvo que gracias a él puede conocer muchos lugares exóticos. Aquella noche le pedí que viniese porque...

Los otros dos hombres quedaron pendientes de sus palabras y hasta el ayudante de Parques detuvo su apresurado tecleo en el ordenador.

—Porque no deseaba dejarlo solo en la mansión de Yusuf —finalizó.

—¿Podemos saber por qué? Es un adulto, sabrá comportarse. ¿Había alguna razón para que no se quedase solo allí?

—Nada que importe en este caso.

Si había algo que aguijoneaba la curiosidad de los funcionarios era la negativa a hablar de un tema. El hombre de la Dirección de Fauna se aprestó a atacar sobre ese punto.

En ese momento entró Erik Andrade. Estaba instalado desde el día anterior en el hotel del pueblo, de cuya modestia ya le había advertido Cordelia.

Pasaba la mayor parte del tiempo en actividad, de manera que no le incomodaba la pésima atención.

—Señor Andrade, llega justo a tiempo. Estábamos hablando con el señor Eliot sobre lo sucedido y aclarando puntos para sostener la acusación.

Erik separó una silla y se sentó del otro lado del escritorio, creando la sensación de formar parte de un tribunal, con el examinado frente a ellos.

Stuart Eliot no era un hombre que se dejase amilanar con facilidad, sin embargo.

—Entonces —prosiguió Medina— puede firmar aquí abajo, testificando su buena fe y dejando a salvo su derecho de reclamar al señor Yusuf.

Stuart extrajo una elegante lapicera y estampó su firma luego de leer con ligereza el documento. Deseaba marcharse lo antes posible de aquel sitio, volver a su refugio en las islas y olvidarse de todo, incluido Gilbert.

—Le ruego que permanezca unos días más —dijo Medina, adivinando la intención—, hasta que se presente formalmente esto. Lo demás podrá tramitarlo a través de un apoderado, si lo desea.

Stuart se puso de pie y saludó con un gesto. Después de que su altiva figura desapareció de la vista, Erik comentó:

—Creo que es un hombre honesto, dentro de su afición por la caza. Nos guste o no, él se atiene a ciertas reglas que existen.

Medina se inclinó para tomar su vaso de café antes de responder.

—Cada vez me cuesta más aceptar esas reglas, aunque debo reconocer que gracias a ellas no se depredan las poblaciones de animales silvestres.

—Salvo, claro está, que el dueño del coto mienta al respecto, como es el caso —acotó el funcionario de la Dirección de Fauna.

—Son puntos de vista aceptables los dos —convino Erik—, nos guste o no. Hay quienes dicen que convirtiendo los recursos naturales en valores económicos tendremos garantizada su conservación.

—Eso aquí ya no hace falta. El ingeniero Silvester está construyendo un

hotel termal en el valle y tiene acciones en la compañía minera que piensa horadar la montaña en busca de oro. Para este tipo, los recursos son valiosos y quiere apropiárselos.

—Contaminarán el agua.

—Exacto. Por eso algunos están organizando protestas, como Walter Foyer. Se unió a la gente de la comunidad para manifestar en contra de la mina. Era un viejo problema, pero ahora parece que están dispuestos a comenzar los trabajos en serio.

—¿Y Cayuki?

—¿Qué pasa con él? —se atajó Medina.

Temía que su guardaparque hubiese incurrido en algún desafuero, aunque confiaba en su sentido común.

—¿También se alía con la gente de por acá?

—Como guardaparque, se mantiene al margen de las actividades que no son del oficio. De todas maneras, él descende de los puelche-guénaken. Tiene sus propias deudas históricas con los del otro lado de la cordillera.

Erik se quedó pensativo. Se preguntaba si Newen trataría con frialdad a Cordelia y si ella le contaría detalles de su viaje. Sobre todo, lo carcomía la curiosidad de saber si los esposos habrían dormido uno en brazos del otro, pese a la sequedad con que él la había recibido. Erik, como naturalista y más que nada como hombre, había observado el destello de los celos en los ojos del puelche.

Había vuelto a hacerlo. Aquella bruja lo había engatusado de nuevo.

Se encontraban solos en el altillo, envueltos en las mantas, después de una fogosa noche en la que Cordelia había conseguido derrumbar, una a una, todas las barreras que Newen interpuso entre los dos. Ella se adentraba en su alma y tomaba posesión, como el espíritu de la montaña se apoderó del cacique

Copahue mucho tiempo atrás, según la leyenda. Pirepillán, la princesa de la nieve, le susurraba al oído dulces palabras de amor.

—¿Preparo café?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Newen con espanto.

Se escuchó la risa divertida de Cordelia en el hueco cálido de las mantas de lana.

—Es una prueba de amor, *mon cher*, beber mi café.

—Ya pasé esa prueba.

—Newen...

—¿Mmm?

—¿Crees que hice mal en traer al abuelo?

Newen contempló el rostro de su mujer, en el que la expresión adormilada no hacía sino resaltar su delicada belleza. Cierta vulnerabilidad que leyó en él le produjo ternura.

—Creo que está contento —admitió, luego de un momento de reflexión.

—Eso pensé —y el tono de su voz ya se teñía de entusiasmo—. Podríamos buscarle alguna actividad, algo que le permita ejercer sus dotes de mando, nada agitado. De lo contrario, va a estallar con Greta. La pobre es una excelente enfermera, pero al abuelo le resulta antipática como un carcelero.

—Cordelia....

—Tal vez pueda colaborar con Walter en el camino de los artesanos.

—Cordelia.

—¿Sí?

—Dejemos que las cosas vayan sucediendo, todavía tiene que adaptarse al clima y a la casa de tu hermano.

—Es que me asusté tanto cuando lo vi, al llegar a la mansión. Estaba pálido y flaco, apenas podía mantenerse en pie. No quería verlo así. Aun si iba a morir, no quería que muriese en ese estado, vencido por la enfermedad.

Newen podía comprender eso. La dignidad de mirar a la muerte de frente,

de aceptar lo irreversible sin temor. Cordelia y él eran iguales en un aspecto muy profundo de su ser que los había acercado el uno al otro sin saberlo: el orgullo.

Ella era digna nieta de M. Ducroix.

—Tu abuelo es un guerrero, princesa.

Cordelia se apretó más contra su costado.

—Me gusta escucharte decir eso.

—¿Que tu abuelo es un guerrero?

—No, que me llames “princesa” como antes, cuando me colé en tu casa de incógnito.

Newen refunfuñó un poco, aunque a él también le gustaba recordar aquellos tiempos en que tiranizaba a la muchacha por sus modales aristocráticos. Eran los cimientos de aquel amor que lo sacudía por entero. Se inclinó sobre ella para tomar su boca suave. Cordelia se dejó aplastar por su esposo y rodeó su cintura debajo de las colchas, buscando sentirlo sobre su vientre, cálido y fuerte. Él le abrió los labios y recorrió con su lengua todos los rincones, poseyéndola del único modo que sabía. Sin palabras bonitas ni largas conversaciones, sólo haciéndola suya de mil maneras distintas, descubriendo sitios donde la piel de ella ardía al tocarla, probando nuevas posturas para que el goce fuese infinito. El fugaz recuerdo del hombre del puma entrando a la oficina y diciendo que Cordelia lo aguardaba afuera le insufló cierta violencia al modo en que la acariciaba.

—¿Newen?

Por toda respuesta, el puelche le recogió las piernas y las colocó sobre sus hombros, dejándola expuesta al frío y a su mirada posesiva. Mientras la penetraba, sus ojos la sostenían, impidiéndole que se distrajese o pensase en otra cosa que no fuese su pasión y su dominio. Un buen rato después, Newen contemplaba el rostro dormido de Cordelia. Sus ojos recorrían en detalle todos los lugares que sus labios habían rozado, y pensaba:

“Está agotada, hizo un largo viaje”. Y luego: “¿Qué habrá entre ella y ese tipo?”.

La imagen de Erik Andrade era un recuerdo que no conseguía borrar.

Saltó de la cama y descendió para prepararse el café. Mientras lo bebía, tan caliente que le quemaba la boca, su mente vagaba por los derroteros ya conocidos de los celos salvajes. Recordó la vez en que había sentido deseos de matar a Lemos, el antiguo ayudante de Medina, cuando se atrevió a besar a Cordelia. Él ni siquiera le había insinuado interés entonces y sin embargo en su interior ya la consideraba suya, como una presa que el depredador ha elegido y sólo tiene ojos para ella. Había momentos en que comprendía a su esposa, debía de ser difícil congeniar con alguien como él. Otras veces, su temperamento arisco afloraba y la veía culpable de casi todo.

Estaba condenado. Amaba a Cordelia Ducroix con todas las fibras de su ser, para su mal y el de ella.

Salió al porche cubierto de escarcha y extendió su mirada hacia el fondo de las montañas, envueltas en la bruma. El aire frío vigorizaba su sangre. Hizo visera sobre los ojos para atenuar un resplandor oculto tras las nubes y vio a lo lejos un par de cóndores planeando en lo alto. Repasó sus nombres en la mente y resolvió ir a los sitios donde por el momento les dejaba comida para ver cómo se las arreglaban. Mientras se colocaba los pertrechos, ajustaba el cinto y recogía el sombrero, un llamado silencioso desde el bosque lo detuvo. “Dashe”, murmuró. Por unos instantes se mantuvo en silencio, erguido sobre el cerro como lo había hecho siempre en compañía de su perro lobo, disfrutando de aquella presencia intangible.

—Papá, el desayuno está listo.

M. Ducroix se volvió hacia la mesa donde Josefina colocaba un tazón lleno hasta el borde de un líquido pastoso.

—¿Qué diablos es eso?

—Leche con miel y vainillas.

—¿No hay café común y corriente en la casa?

El abuelo se aproximó, apoyándose con esfuerzo en el trípode. El viaje se había cobrado su tributo, estaba cansado. Podía sentir las tripas que le reclamaban algo caliente en esa mañana de invierno. Se le antojaba café con leche y rosquillas de grasa, pero su hija se empecinaba en los brebajes nutritivos de sabor asqueroso. Algo en el semblante de Josefina, sin embargo, cortó el comentario mordaz que estaba a punto de soltar. La había notado distinta después de tanto tiempo. Tenía un gesto que no le conocía, un modo de levantar la barbilla similar al de Cordelia, y una mirada serena como la de la abuela. Esos parecidos lo habían impresionado.

—El café lo tomará después. Primero, quiero ver cómo se alimenta —y Jose corrió la silla, invitándolo.

El abuelo se sentó, disimulando el dolor de la espalda, y olió con nariz fruncida el brebaje.

—Si no muero con esto, supongo que seré inmortal.

La tía Jose ocultó una sonrisa mientras le tendía la servilleta.

Cuando llegaron el día anterior, ella temió que la presencia de su padre le causara malestar, como en los últimos tiempos antes de independizarse de la mansión donde había vivido desde niña. La sorpresa para ella fue que la invadió la ternura al ver al abuelo empequeñecido debajo de una montaña de ropa, caminando del brazo de Cordelia y atisbando en derredor para inspeccionar el lugar donde viviría el tiempo que Dios dispusiese. Aquella imagen la desmoronó. Su padre estaba viejo y enfermo, y seguía siendo el mismo hombre orgulloso y sagaz que intimidaba a todos.

No a ella. Si algo había cambiado en su interior, quedaba demostrado ante esa prueba. El abuelo Ducroix ya no le causaba temor, sino cariño y compasión. La nueva Joséphine Ducroix era esta que se mantenía firme ante el

gesto enfurruñado de su padre, dispuesta a no ceder ni un ápice. El peso que la había oprimido durante toda su vida desapareció de repente. Era libre. Libre para enojarse con su padre, para recriminarle a un hombre ligero que no la tomara en serio, para soñar con emprender un negocio. Era una mujer que acababa de salir de un capullo de temores y de culpas. Una mujer nueva.

—¿Y dónde está esa chica? —atacó de nuevo el abuelo, resignado a tomar aquel líquido con la cuchara.

—Mayga está atendiendo a Julieta, que no se sentía bien esta mañana. Le llevó el desayuno a la cama.

—Esa muchacha no tiene buen semblante.

—¿Mayga?

—¡Claro que no! Me refiero a la esposa de mi nieto. Está pálida.

La preocupación de Jose cedió un poco ante la sorpresa por el modo con que el abuelo se refería a Emilio. Rara vez lo había escuchado decir que era su nieto, salvo para recriminarle que no estuviese a la altura de semejante rango. ¿Habría habido un acercamiento entre ambos durante la estadía de los hermanos en Buenos Aires?

—Julieta lleva un embarazo bastante malo —aclaró—. Espero que Emilio regrese pronto de su viaje.

El abuelo la miró con aire desafiante.

—¿Por qué? ¿Qué podría hacer él con el embarazo de su esposa?

—Acompañarla. Tal vez se siente sola —aventuró Jose.

—Bah... tu madre tuvo dos hijos y nunca precisó dama de compañía.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso se lo dijo?

El abuelo dio un respingo.

—No hizo falta. Siempre supe lo que pasaba por esa cabecita loca. Esmirriada como era, tu madre fue una mujer fuerte, igual que Cordelia.

“Cordelia, siempre Cordelia”, suspiró Jose. Amaba a su sobrina y jamás le afectó la preferencia del abuelo por aquella niñita audaz de ojos bellos,

aunque trató de compensar la falta de atención dedicándose más a Emilio, que en su debilidad congénita la necesitaba. Por fortuna, entre los hermanos no hubo celos ni envidia. Quizá ella había hecho un buen trabajo, después de todo.

—Usted sabe que las personas no son iguales. Julieta es una mujer sensible que se apoya en otros más fuertes que ella.

—Humm...

—Y Emilio es el hombre que ella necesita —agregó Jose con malicia.

—¡Claro que lo es! En un santiamén arregló la venta con la inmobiliaria y me despachó hacia acá, con lazarillo y todo. Ese Andrada, Andrade... o como se llame, es un tipo muy listo. Por eso me atreví a venir. Solo con la mujer habría sido un suicidio.

—¿La mujer?

El abuelo enarboló la cuchara como si fuese un fusil, señalando hacia los aposentos que daban al patio de la casa.

—La bruja esa que me trajiste para que haga de mi vida un infierno.

—Padre, Greta es una mujer eficiente.

—Hubiera preferido un soldado. ¿Y el café? ¿Podré tomarlo ahora?

El abuelo se repantigó hacia atrás, esperando con aire maligno.

—Por supuesto. Tómelo como un premio por su buen comportamiento —y salió hacia la cocina, temiendo haberse excedido un poco.

M. Ducroix dejó resbalar su mirada aguda por la casa de Emilio. El ambiente era acogedor, con su salamandra escupiendo fuego tras el vidrio, sillones tapizados con telas rústicas y detalles femeninos que le daban encanto: carpetas bordadas, jarrones con flores de estación, pequeños adornos que recordaban los viajes de la familia y acuarelas de colores suaves. Por los grandes ventanales entraba el paisaje, embelleciendo la estancia. Desde donde el abuelo desayunaba se veía la calle lateral, bordeada de arbustos castaños y cercos bajos pintados de blanco. El gris del día resaltaba el verde oscuro de

los árboles que se apiñaban en un bosquecillo del otro lado. Allí se distinguía una silueta de aspecto torvo. M. Ducroix entrecerró los ojos para afinar la visión. El joven esperaba a alguien, pues movía nervioso el pie que apoyaba en la cerca, mientras que con la mano arrancaba yuyos y los mordisqueaba.

“Un vago”, pensó el abuelo, y giró para observarlo mejor.

El muchacho se impacientó y cruzó la calle en dirección a la ventana. Para sorpresa del abuelo, apoyó la frente en el vidrio, hizo visera con ambas manos y curioseó adentro.

“Qué se ha creído.” M. Ducroix se levantó lo más rápido que le permitió su espalda y dio dos zancadas hacia la ventana. Luciano Necul retrocedió y miró con grandes ojos la estampa de aquel anciano. Mayor fue su sorpresa cuando el hombre corrió el vidrio y asomó la cabeza despeinada al frío jardín.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Fisgoneando?

La rebeldía espoleó a Luciano.

—Espero a la chica.

—¿La chica? ¿Qué chica? Tendrá nombre, supongo.

El joven miró de reojo el portal, pues a esas alturas temió haberse equivocado de casa. ¿Quién era aquel energúmeno?

—Eh... Mayga Cayuki.

El abuelo digirió la respuesta.

—Mi bisnieta.

Hubo un silencio de asombro y Luciano se quedó, por primera vez, en completo desconcierto.

—Sepa, jovencito, que un hombre de verdad no espía a través de las ventanas. Toca el timbre y aguarda a que lo atiendan, si es que lo atienden —dijo esto último tras evaluar el aspecto del muchacho, bastante desaliñado. No aprobaba que los amigos de su bisnieta tuvieran malas costumbres.

—Mayga me atenderá —desafió Luciano picado, pues no se le había escapado la mirada del abuelo.

—Ya lo veremos —y M. Ducroix cerró la ventana haciendo retemblar el vidrio.

Permaneció de pie cerca del pasillo que conducía a las habitaciones principales hasta que apareció Mayga. La hija de Cordelia lo había impactado por su talante serio y callado. No demostró extrañeza ante la llegada de la familia, ni tampoco emoción, salvo en el momento en que abrazó a su madre. Aquella criatura exótica tenía la sangre de su padre, era innegable.

La vio avanzar hacia él con andar felino.

—Buenos días.

Mayga contempló al famoso abuelo guerrero de los Ducroix. Tantos relatos, tantas anécdotas y tanta fantasía había sido tejida en torno a ese personaje, que creía comprenderlo mejor que nadie, pese a haberlo visto siendo aún muy pequeña. Con su peculiar percepción, Mayga no captaba en el abuelo la vejez o la enfermedad, sino el espíritu. Veía al hombre formidable capaz de dirigir ejércitos y hacer temblar las rodillas, al tirano que escondía sus propios fantasmas y no se permitía debilidad ninguna, al caballero anticuado capaz de romper sus lanzas contra los desafíos de la vida moderna.

—Señor.

M. Ducroix degustó con placer aquel saludo.

—Venga para acá.

Mayga se acercó hasta que el hombre pudo apreciar el matiz ahumado de sus ojos.

—Supongo que a su edad es normal que tenga admiradores —siguió el abuelo, gozando de la sorpresa de la jovencita—, y que ellos la visiten, aun de mañana temprano.

El abuelo dijo esto girando hacia la ventana, desde donde todavía podía apreciarse la figura de Luciano, aunque alejada de la casa, por prudencia.

Mayga abrió con asombro los ojos al verlo.

—Ajá. Me lo temía. Se trata de un festejante inoportuno.

Ella miró al abuelo con cierto temor. Sin ofenderlo, deseaba que no interviniese, pues desconfiaba de Luciano cuando bebía o se lo hostigaba. ¿Ya habrían hablado?

—Voy a dar mi opinión aunque no me la pidan. Una muchacha bien educada no recibe visitas intempestivas. Las rechaza, para que aprendan a comportarse. Sé que no estamos en los tiempos de presentar tarjetas de cortesía, pero un llamado telefónico no está de más. Alguien debería decírselo a este joven imprudente —y el abuelo miró a Mayga como si deseara ser él quien lo dijera.

—No voy a preguntar si su madre está de acuerdo. Sé qué puedo esperar de mi alocada nieta. Sin embargo, su padre es un hombre de reglas claras.

La mención de Newen y sus reglas hizo que Mayga se encogiese un poco. Lo que faltaba era que su padre se enterase de los pormenores de su relación con Luciano. Todavía tenía pendiente con ella una conversación sobre los motivos de su presencia en el bosque en compañía de un cazador furtivo. La llegada de la familia Ducroix la había salvado de comparecer ante él, pues la tía Jose le pidió que la ayudase a instalarlos a todos en casa de Emilio.

—Luciano es un amigo —comenzó— que a veces tiene problemas y se siente solo.

Sostuvo la mirada sagaz del anciano hasta que él dijo:

—Procure no quedar enredada en sus problemas. Por lo que puedo ver, ese muchacho es su propio enemigo.

—Le diré que vuelva más tarde.

Mayga pasó por delante del abuelo, dispuesta a no demostrar que le incomodaba la mirada fija en su espalda. M. Ducroix admiró su orgullo y se marchó a la cocina en busca de su café.

“Vamos bien”, pensó, satisfecho.

Luciano la recibió con una mueca de rencor.

—¿Ya se fue el *wizá cushe*?

—Cuidado con hablar mal de mi *cheche* —lo frenó Mayga.

—No sabía que tenías uno en la casa.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—¿Y qué? ¿Te vas a quedar a vivir acá, ahora?

—No. Estoy para ayudar a mi tía.

—Y para que nadie sepa que anduviste por el bosque con un tipo, ¿no?

—No es así. Yo iba en busca del puma.

—¿Y eso para qué? No te creo. Te gusta el tipo ese, te gusta que te lleve en su moto, porque te friegas con él montada ahí.

—¡Luciano!

—Es verdad. No te gusta que yo te toque, pero él sí. ¡*Pichiñuádomó!*

Mayga se quedó de piedra al verse tratada así por su amigo. Intentó, no obstante, entender la razón de su agresividad hacia ella.

—Luciano, ¿estás tomado?

Él sacó pecho en una actitud de soberbia que enfureció a Mayga.

—¿Hay que “mamarse” para hablarte, *pichiñuádomó?*

Escuchar dos veces que la llamara “putita” la sacó de sus casillas.

—¡Fuera! —bramó.

Luciano alardeó un poco más hasta que escuchó una voz firme que repitió la orden de Mayga.

—Fuera.

La voz venía del portal, donde el mismo anciano lo miraba feroz, con una taza humeante en la mano. Era un viejo, y sin embargo aquellos ojos celestes bajo las cejas hirsutas daban miedo. Luciano miró a Mayga con desprecio, intentando salvar su coraje antes de irse, y se contuvo de escupir el suelo porque a último momento temió que el viejo le arrojase el café hirviendo.

Mayga lo contempló marchar con tristeza. En poco tiempo, Luciano se había convertido en un desconocido para ella. Al volverse y pasar junto al abuelo,

lo escuchó decir:

—Ese joven no la merece.

Mayga bajó la cabeza y siguió de largo. ¡Si el abuelo supiese que el que hacía latir su corazón con más fuerza quizá no la merecía tampoco!

¿Por qué la vida se le había vuelto tan complicada? ¿Por qué no podía aprender los secretos del oficio y perderse entre el valle y la cordillera, como ella quería? Podía entenderse con los animales, sentirse parte del bosque, nadar como trucha en el arroyo o recorrer los senderos de montaña con los ojos cerrados, pero no podía comprender a las personas. Para colmo, no era el momento de explicarle todo eso a su padre.

Su primera batalla debía librarla con él.

Fuera de sí, con el corazón rebotándole en el pecho, Luciano se encaminó hacia la *ruka*. Esperaba no encontrar allí a su padre, aunque durante el invierno había menos trabajo en La Señalada y Mario Necul solía pasar por la casa más seguido. Al ver la camioneta de Ignacio Zavaleta se detuvo, indeciso. Si no quería encontrarse con su padre, menos todavía le agradaba la visita del patrón. Rodeó el terreno y se acercó desde atrás, procurando no ser visto. Escuchó el murmullo apagado de las voces en el porche y experimentó la revulsión de siempre, cada vez que comprobaba que su padre obedecía al *winka*. A pesar de eso permaneció quieto, escuchando.

—Es la segunda en menos de un mes —decía Zavaleta—. No avisé a las autoridades porque quiero que me digas qué sabes de esto.

Mario Necul tardó en responder, y cuando lo hizo su voz sonó firme, desafiante. A Luciano le gustó el tono.

—Nada que deba contar. Si desconfía...

—Te lo pregunto porque confío en tu respuesta. Y al ser capataz, conocerás a todos los que están de paso por aquí. ¿Vive gente en los galpones?

—Se fueron ya. Eran unos muchachos que querían escalar el Alto Mahuida.

—Ah, ¿sí? Atrevidos, ¿no te parece?

—Allá ellos.

—¿Cuántos días estuvieron durmiendo ahí?

Necul dejó transcurrir unos segundos, como si calculara.

—Habrán sido cuatro, o cinco. Se fueron con lo puesto nomás.

—¿Y les diste empleo mientras?

Luciano escuchó la risa sarcástica de su padre.

—¿Para qué! Más estorbo que otra cosa. Son de ciudad, no saben hacer casi nada.

—Habrá que buscar por otro lado, entonces. Manténme al tanto de lo que veas y escuches.

—Descuide.

Luciano vio al patrón dirigirse a su auto e intuyó que era la oportunidad de dar rienda suelta a su rabia. Esperó a que el vehículo saliese de la vista de la *ruka* y corrió en forma paralela por el monte de atrás, hasta que pudo salirle al cruce en el camino de pedregullo. Hizo señas y la camioneta se detuvo. Zavaleta asomó su cabeza rubia por la ventanilla.

—¿Qué hay?

Conocía bien al hijo de Necul y sabía que era un muchacho díscolo, por eso nunca había insistido en que se conchabara en su estancia. Para problemas, le bastaba con la peonada que tenía.

—Venía a ver a mi padre.

—Está en casa, acabo de verlo. Lo encontrarás ahí todo el día.

Como el muchacho no daba muestras de entender, se impacientó.

—¿Querías algo más?

Luciano se obligó a fingir con ese hombre que no le simpatizaba.

—Hablarle a usted. Avisarle de algo.

—Vamos, que estoy apurado. ¿Qué pasa?

Luciano se echó hacia atrás, jugando un poco con su suerte.

—Si no le interesa...

—¡Vamos! No le des vueltas al asunto. ¿De qué querías hablarme?

Iba a agregar “trabajo no tengo”, pero prefirió darle ocasión de explicarse. Después de todo, lo lógico habría sido enterarse primero por el padre si el chico buscaba trabajo.

—Que tenga cuidado. Hay un tipo peligroso en la zona.

Zavaleta prestó atención. Si ese muchachito sabía algo, podía ayudarle a resolver el asunto de las ovejas degolladas. Era la segunda que encontraba, y no olvidaba el comentario de Cayuki acerca de “enemigos”. Bien podía tratarse de una brujería, cosas de gente ignorante.

—¿Quién? ¿Lo conozco?

“Apurado como todo *winka*”, pensó despreciativo Luciano. Sin embargo, le venía bien la ansiedad del hombre para que cayese en su trampa.

—Uno que vino a cazar pumas, un gringo que anda en moto.

Sólo podía tratarse de Daniel Eliot. Zavaleta soltó la risa.

—Ese hombre no es peligroso, al menos no para mí. ¿Qué te hace decir eso?

—Que lo vi dando vueltas en el bosque anoche, muy tarde, y después murió un hombre.

Ignacio se puso serio de golpe. ¿De qué hablaba ese muchacho?

—Me parece que te equivocaste. Daniel Eliot, si es el que yo conozco, vino con su padrino a cazar animales, no hombres. ¿Y quién dices que murió?

Luciano comprobó con satisfacción que Ignacio Zavaleta no estaba al tanto de los últimos acontecimientos como él, que rondaba el pueblo día y noche. Por eso supo que el extraño de la moto y Mayga habían estado juntos en el bosque. Pensarlo le dio náuseas. Y fuerzas para seguir mintiendo.

—Un tipo que cazaba con ellos. Ahora la policía lo está investigando.

Zavaleta sopesó esa información. Tendría que ir al pueblo a averiguar lo

sucedido. Luciano podía ser un mentiroso o dejarse impresionar por falsas noticias, aunque ésta era demasiado grave como para dejarla sin corroborar. Desde lo de su esposa, Los Notros no había tenido más convulsiones que las que provocaban los turistas cuando se accidentaban al escalar los cerros.

—¿La policía detuvo a Eliot?

—No sé, pero escuché que usted tenía problemas con las ovejas muertas y este tipo anda vagando por ahí en las noches. Es peligroso —concluyó.

—Está bien. Gracias por el dato. Ve a ver a tu padre ahora.

Luciano levantó una mano en señal de despedida mientras la camioneta arrancaba con un chirrido de los neumáticos. Cuando se asentó la polvareda sonrió, satisfecho. Si no conseguía que encerraran al desgraciado, al menos le causaría problemas. Era su venganza por no poder tener a Mayga. Odiaba saber que un *winka* prepotente la había conquistado. Echó a andar hacia la *ruka* con el corazón más liviano.



CAPÍTULO 18

Daniel compartía el desayuno y el malhumor de su padrino en el comedor de la galería acristalada de El Almojarife. Desde lo sucedido, las cosas habían cambiado. Omar Yusuf ya no los recibía en cada comida, ni se preocupaba por saber qué se les ofrecía. Lo veían poco y nada, pues el sirio se enclaustraba en el ala izquierda de la casa y salía en horarios inapropiados, cuando todos dormían o hacían sus recorridos. Habían pasado de huéspedes a ser clientes molestos de los que deseaba desembarazarse lo más pronto posible. Mucho había contribuido la actitud intransigente de Stuart Eliot, que le reprochaba el engaño sufrido y le reclamaba la devolución del dinero pagado por anticipado. Daniel tampoco simpatizaba con Yusuf, aunque su disgusto provenía más que nada de la manera ignominiosa en que el guardaparque de Los Notros lo había tratado. Newen Cayuki le debía una y él sabía cómo cobrarla.

—¿Más café?

La mucama del servicio les estaba ofreciendo el exquisito café que recibía el sirio de su tierra natal. Daniel se dispuso a disfrutar hasta el último minuto de las comodidades del lugar y aceptó. Su padrino, en cambio, rechazó de manera tajante la segunda taza y se levantó de la mesa.

—¿Vas al pueblo?

—Así es. Tengo que saber cuándo podremos partir sin dejar una orden de captura detrás de nosotros. Y tramitar el traslado del cuerpo de Gilbert.

—¿No estaremos exagerando? Lo que pasó con Gilbert fue un accidente de cacería. Peor sería que hubiese muerto de un disparo. Esas cosas ocurren a veces.

—Lo único que quiero es irme de este lugar y arreglar cuentas con Yusuf. ¿Vienes?

—Me quedo.

—Entonces, nos veremos a mi regreso. Pienso comprar algunas cosas para el viaje y devolver las bolsas de dormir que alquilamos. Si te sobra el tiempo, prepara tu equipaje —añadió con ironía. No se le escapaba que su ahijado vagaba sin rumbo fijo por el pueblo y los alrededores.

Se volvió, ya a punto de salir:

—Preferiría que no permanecieses en la casa, si es que en algo te importa mi opinión.

Daniel se limitó a sorber el café en silencio. Sabía a qué se refería Stuart y no deseaba darse por aludido. El pasado de Daniel flotaba entre los dos como una niebla. Rara vez se aludía a él, salvo en ocasiones como esa, cuando el temor de Stuart se renovaba. Le debía fidelidad a su padrino porque lo había sacado de una vida de miseria, era una deuda que no lograría pagar nunca, lo sabía y se resignaba a ello.

Deambuló por la mansión vacía durante un rato hasta que, hastiado, decidió volver a su habitación y satisfacer el pedido de su padrino. No bien traspuso la puerta, supo que tenía compañía.

Sandra yacía sobre la cobija, vestida sólo con un corpiño de encaje y una enagua de cintura de color negro, el ruedo recogido sobre su entrepierna, mostrando que no llevaba ropa interior. Y su sonrisa lasciva dirigida a él.

—¿No es muy temprano?

La burla no hizo mella en la mujer, que se deslizó hacia el borde del lecho, seductora.

—¿Qué importa? No hay hora para el placer, querido.

Daniel no ocultó su disgusto al oírse llamado así.

—Para ser una mujer de experiencia, te ves bastante desocupada. ¿No te entretiene lo suficiente tu dueño?

Sandra disimuló su contrariedad.

—Yo elijo con quién me entretengo.

—Sí, claro.

Empezó a recoger sus cosas sin reparar en lo que ponía sobre la cómoda. Ella lo contemplaba en silencio.

—Nunca me dijiste... —comenzó, dubitativa.

—Cállate.

—Qué significa tu *ñancu*.

—¿Mi qué? —se volvió, furioso por no poder pensar con claridad ante la presencia de ella.

—Tu *ñancu*, la que está pintada en tu espalda.

Daniel experimentó una rabia que lo asustó. Como antes, cuando era muy joven y estaba perdido. Miró a Sandra con ojos diabólicos.

—No te gustaría ese cuentito.

Ella se relamió de expectativa.

—Sí, me gustaría oírlo. Me intriga. Nunca vi una cosa así.

—Sería preferible que no la vieses, Sandra. ¿Por qué no te vas? Estoy a punto de partir y tengo mucho que hacer.

—Por favor, no es tanto lo que pido. Al fin de cuentas...

—¿Qué? Al fin de cuentas no te pagué, ¿no es cierto? Perdón, creía que era gentileza de la casa gozar de tus servicios. Al menos, no figurabas en la factura que lleva mi padrino.

Aun debajo de su tono oscuro, la mujer se notó ruborizada. Ella era lo que era, no hacía falta el insulto.

—Hijo de...

—¡Basta!

El grito de Daniel la acobardó. El hombre se arrojó sobre ella y la aplastó con su peso sobre la cama, que crujió. Le atrapó las muñecas sobre la cabeza y con la mano libre sobó su cuerpo de arriba abajo, al tiempo que la miraba

con furia y desprecio.

—Putas, mil veces putas —susurró, feroz.

Sandra sintió temor, pese a la excitación que estaba experimentando con el roce violento. Clavó en los ojos de él su mirada insegura y eso debió devolverle la cordura, pues Daniel se detuvo, confundido, y adoptó una frialdad que era a la vez protección.

—Vete.

—Yo no...

—¡Fuera!

La mujer despechada rodó sobre la cobija deshecha y huyó descalza, sin mirar atrás.

Sabía que los huéspedes estaban próximos a partir y había querido disfrutar una última vez de los abrazos de aquel hombre fogoso que la excitaba. Jamás lo supuso capaz de tanta violencia, aunque debería de estar escarmentada, pues en su agitada vida se había topado en más de una ocasión con tipos que le habían dejado marcas.

Daniel se derrumbó sobre la cama, horrorizado por su estallido. Estaba dejando que saliese a la superficie su carácter. Debía de ser ese lugar maldito, o la frustración por no poder hacer con la muchachita salvaje lo mismo que hacía con Sandra cuando le venía en gana. Golpeó con el puño el barrote de la cama y gozó con el dolor en los nudillos. Luego aferró con la mano herida la colcha y la desgarró, destrozando el hermoso dibujo de rosetas. Miró sin comprender el puño donde las hebras se mezclaban con su sangre y estuvo a punto de soltar un gruñido animal. Era una bestia.

En momentos como ese, cuando la miseria de su vida a floraba, se sentía ahogado en su propia desdicha, incapaz de avizorar un futuro que lo redimiese. Si bien en su adultez agradecía la oportunidad que su padrino le había brindado al tomarlo bajo su tutela, no hallaba la manera de sustituir los recuerdos horrorosos del abuso y el maltrato.

Dejó caer la frente sobre los nudillos ensangrentados y lloró en silencio.

Sandra permaneció unos instantes tras la puerta, atisbando. Su pecho subía y bajaba, impulsado por el rencor hacia el *winka* que la había desairado. Había creído encontrar en él un alma gemela, alguien que había vivido el desprecio y conocido la miseria. El gringo era como todos, se creía superior. Recordó a otro que también parecía dispuesto a disfrutar de sus encuentros cuando ella era más joven y crédula. Por ése, por éste y tantos otros que le habían provocado dolor, ella consumaría su venganza. Malditos.

Corrió a su propio cuarto. Yusuf sabía que ella rondaba a los huéspedes en ropa íntima, pero en ese instante no deseaba que la viese, no quería a ningún hombre. Se vistió con prisa y de manera discreta, para no llamar la atención en el pueblo. Se alisó el pelo con ambas manos y salió a cara lavada rumbo a Los Notros. El viento helado le recordó, como en un mal sueño, las noches de invierno en que encendía un caldero en su pobre casa, aguardando al cliente importante que la sacase de la miseria.

Ya lo tenía, no volvería la vista atrás.

Mayga silbó, a mitad de camino en el sendero de subida al cerro, y Werken se unió a ella. El perro saltó y le lamió la cara, celebrando el encuentro. A pesar de que solía deambular por el bosque, nunca se ausentaba demasiado tiempo.

—Vamos a casa.

Subieron juntos, Mayga con paso firme y Werken yendo y viniendo según su gusto, olisqueando las matas y ladrando a los cuatro vientos. Llegaron a la cima y lo primero que ella vio fue la figura de su padre junto a la bomba de agua. Supo que él la había presentado, aunque parecía concentrado en limpiar sus botas. Cordelia no quería que ensuciase el piso de la cabaña a cada momento.

Avanzó con cautela.

—Hola, papi.

Newen demoró en levantar la mirada y perforarla con sus ojos. Mayga sintió que el corazón caía a sus pies.

—Quería hablarte, papi, por lo de ayer.

El silencio de su padre era elocuente.

Newen señaló con un gesto el camino que llevaba a la vieja *ruka* de doña Damiana y que ya casi no recorrían. Anduvieron un trecho sin hablarse, escuchando sus pisadas y el viento en los cañadones. Aquel camino se hundía por momentos entre los matorrales y luego se empinaba sobre la ladera hasta llegar a la casa abandonada. El patio de tierra se ofreció a la vista, desolado como siempre, y allí buscaron un tocón donde sentarse. Mayga miró en derredor, admirada de la soledad de aquel paraje. Esperó segundos eternos a que Newen le dirigiese la palabra, y cuando fue evidente que no lo haría, ella empezó.

—Esa noche fui al bosque porque sentía que el puma corría peligro de muerte.

Para cualquier otro, escuchar esa declaración de labios de su propia hija habría resultado disparatado. Newen, sin embargo, estaba familiarizado con las sensaciones y las percepciones de Mayga, aunque no sabía bien a qué se debían. Él mismo fue asaltado muchas veces por premoniciones que le salvaron la vida. Guardó silencio, a la espera de la continuación del relato. Las miradas de ambos confluían en la casa desierta de Damiana.

—Salí sin que la tía Jose supiera. Antes de llegar al bosque ya había sucedido lo peor, lo presentí, y me encontré con el extraño de la moto —aquí Mayga se anduvo con cuidado, mirando de reojo a su padre—. Creo que él también había salido a caminar, pues se sorprendió al verme y luego se ofreció a llevarme hasta donde estaba el puma.

—¿Cómo supo él dónde estaba el puma?

—Yo lo supe, papi, le dije por dónde ir.

Newen no agregó nada y ella continuó.

—Llegamos hasta ese claro donde lo vi agonizando. Me acerqué y lo acompañé en su tránsito. Era todo lo que podía hacer.

Mayga calló su verdadera intervención, su papel absorbiendo el dolor del animal y llevando su espíritu hacia la *wenu mapu*. Era su gran secreto.

—¿Por qué te sujetaba por un brazo?

—En realidad quería sostenerme, porque yo me sentía débil por la impresión. Te repito, papi, que ese hombre no vino a cazar al puma.

Newen la miró con severidad.

—No digo que nunca haya cazado, pero esa vez no estaba allí con los otros.

—Mentir no te ayudará ni lo ayudará a él.

—No miento.

El puelche suspiró con cierta tristeza.

—Te escuché pedirle que te soltara.

—Bueno, eso fue porque estaba asustada, no quería ir hacia El Almojarife como él proponía.

—¿Para qué lo proponía?

Mayga se resignó a decir lo que había callado hasta el momento.

—Quería comprobar si era cierto que el guía había muerto bajo la zarpa del *wrapial*.

—¿Y cómo lo supo él?

—Fui yo la que se lo dijo.

Newen la taladró con sus ojos oblicuos y Mayga respondió a la pregunta implícita.

—Tuve el presentimiento de algo terrible, padre, no sabría explicarlo.

Al menos, no era una mentira completa.

Permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Al cabo de un rato el puelche dijo, como si le pesara el sentido de sus palabras:

—Te criaste en este lugar y te enseñé todo lo que sabía sobre la vida en la

montaña. Tu madre y yo te educamos pensando que tendrías lo mejor de cada uno, la parte india y la parte blanca. Siempre creímos que tu futuro sería más completo que el nuestro, y ahora estás perdiendo el tiempo con gente como ese hombre de corazón negro. ¿No pudiste ver eso?

Las palabras de su padre se le clavaron como púas en el alma. Toda su vida se había esmerado en actuar de manera que él se sintiera orgulloso, que comprendiera cuánto amaba lo mismo que él, cómo deseaba seguir sus pasos, demostrarle lo mucho que había aprendido y que era capaz de convertirse en un guardaparque respetable. Comprobar que pese a todo su padre se desilusionaba de ella abrió una herida que sangraba con dolor lacerante. Incapaz de pronunciar una sola frase para defenderse, el nudo en su garganta amenazó con ahogarla. Si las piernas no le hubiesen temblado tanto habría salido huyendo de aquel sitio para perderse en la espesura. Sólo ansiaba desaparecer. Bajó la cabeza y se concentró en sus botas polvorientas y en sus manos, entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos se destacaban blancos en ellas.

Un rayadito trinó desde el hueco de un árbol. Le respondieron otros de la bandada y pronto se formó un coro bullanguero que contrastaba con la tristeza de Mayga y la seriedad de Newen. La tarde avanzaba y se tornaba más fría. Padre e hija continuaban callados, mirando hacia puntos indefinidos en la distancia.

Newen fue quien rompió ese silencio.

—Te marcharás a la ciudad a estudiar. Deberías haberlo hecho hace tiempo. El horror demudó la expresión de Mayga al oírlo.

—Le diré a tu madre que haga los preparativos —prosiguió Newen, implacable—. Si tu tío está todavía allá, podrá recibirte cuando llegues. Y si no, tu madre se ocupará de buscarte un sitio donde vivir. Hay lugares donde van las muchachas que viven lejos de los centros de estudio.

Se puso de pie, indiferente a la conmoción de la hija. Lanzó una última

mirada a la choza de Damiana, como si la vieja estuviese adentro, y luego comenzó a alejarse, dando por sentado que Mayga lo seguiría. Al ver que no era así se volvió, impaciente.

—Mayga.

La jovencita estaba paralizada de pena y de rabia. ¡Ni siquiera le había preguntado qué le gustaría estudiar, suponiendo que ella deseara hacerlo! Sin duda, estaría pensando en convertirla en médico, ya que se le daban bien las curaciones. ¡Ella no quería! Tampoco había sugerido que viajase acompañada por Cordelia, lo que le haría más llevadera la estancia en un sitio desconocido. Claro que no, su padre no deseaba separarse de su esposa, por eso la mandaba lejos y sola, como si allí fastidiase o no supiese bien qué hacer con ella. Eso era. Ahora lo comprendía. Aquel temor siempre latente de no satisfacer a su padre se cumplía de modo inexorable. A la primera oportunidad que se le presentaba, la enviaba lejos de él. Mayga había vivido bajo la sombra de la sospecha, intuyendo que Newen hubiese deseado un hijo varón a quien legar el oficio de guardaparque. Ella había sido una decepción desde el primer momento. Azorada por el descubrimiento, no escuchó la voz que la llamaba ni lo vio de pie a la distancia, contemplándola con extrañeza. Le zumbaban los oídos y veía manchas ante sus ojos. Vivir en la ciudad. No haría tal cosa. Nadie la arrancarían de Los Notros. Si había que partir, sería para desaparecer hasta que las aguas se calmasen y todos desistiesen de la ridícula idea de obligarla a estudiar. Comenzó a caminar como autómatas, siguiendo la pista de Newen que avanzaba a grandes pasos, y cuando avistó la cabaña del cerro bajo el dosel de nieve que cubría su alero torció el rumbo y se introdujo entre los matorrales de modo tan silencioso que su padre no lo advirtió.

De todas las personas que Josefina no deseaba ver esa tarde, la principal era

Hugo Medina, y fue al que encontró cuando abrió la puerta. El intendente de Parques se quitó el sombrero con su parsimonia habitual y se limpió las botas en el felpudo de alambre.

—Permiso, venía a visitar a Julieta.

La miró apenas, colgó el sombrero en el perchero y le entregó el gabán que solían usar cuando llovía o nevaba, como en ese momento. Josefina agradeció la ocasión de distraerse acomodando la ropa mojada mientras el hombre entraba en la casa.

—Le avisaré que ha llegado, señor Medina.

—Hugo —la corrigió, aunque el tono era formal.

Josefina salió en busca de Julieta, la ayudó a ponerse los zapatos y luego los dejó solos, ocupándose con ahínco en la cocina, donde preparaba la cena de dos días para evitar que su sobrina trabajase tanto. Hasta ella llegaba el rumor de la conversación, pausada y amigable. Cada tanto, alguna palabra suelta era captada con nitidez: “Emilio”, “puma”, “cazadores”, “accidente”. Jose se estaba poniendo nerviosa al entretejer en su mente diversas posibilidades. Por fin, Julieta asomó la cabeza para pedirle que hirviese agua para el té.

—Yo lo sirvo, tía Jose.

—Faltaba más. Ya estoy yo acá y no me cuesta nada.

Preparó el juego de porcelana más bonito que encontró y lo acomodó en una bandeja, junto con trozos de budín que ella misma había horneado esa mañana. Recordó que a Medina le gustaba el té con sabores añadidos y tomó una pizca de ralladura de naranja para mezclarla con las hebras. Llevó la bandeja al living y la colocó sobre una mesita baja. Medina se hallaba repantigado en el sillón con total confianza, y Julieta parecía animada con su conversación. Al ver sólo dos tazas frunció el ceño, extrañada.

—Tía, ¿no vas a tomar el té con nosotros?

—Tengo mucho trabajo pendiente, querida. Conversen tranquilos, que ya

habrá otro momento.

Medina la miró con fijeza.

—Me gustaría que nos acompañara, Josefina.

La tía Jose se vio en una situación incómoda, con dos pares de ojos aguardando su decisión. Julieta la contemplaba con inocencia, en tanto que Medina parecía desafiarla a sentarse frente a él. Esa actitud de reto fue lo que la decidió.

—Traeré mi taza, entonces. Enseguida vuelvo.

Al cabo de unos minutos se hallaban los tres degustando el té perfumado y saboreando el budín, y Josefina se preguntaba en su interior cómo había llegado a sentirse como una mujer que traicionó la confianza de un hombre si ni siquiera había creado lazos con ninguno. Sólo en su confundida cabeza podía suponer que Medina, un hombre serio y comprometido con su trabajo, se tomaría la molestia de juzgarla por lo que hiciese de su vida privada. ¡Como si a él le importase! Y lo mismo podía decirse de Walter. ¿Acaso él se había dado cuenta de la razón de su enojo? En absoluto, porque no pensaba en otra cosa que en salir de aquella oficina cuanto antes, y no se le pasó por la mente que alguien pudiese suponer que entre él y una mujer vieja como ella hubiese algo más que una amistad superficial. “Qué tonta, Josefina”, se dijo con furia. A punto estuvo de soltar una lágrima, tanta fue su rabia por su propia estupidez. Se sintió humillada y furiosa, pues no podía achacar a nadie el papelón que había hecho.

—¿Se siente bien?

La voz afectuosa de Medina la devolvió al momento del té. Se sobresaltó al descubrir aquella lágrima inoportuna a punto de rodar por su mejilla.

—Creí que estaba a punto de atragantarse.

—Tía, tomaste un sorbo muy caliente, me parece.

Bendita Julieta, sabiéndolo o no, le había dado la excusa perfecta.

—Disculpen, iré a beber un poco de agua fresca.

Medina se quedó viéndola desaparecer con el ceño fruncido.

—¿Está bien tu tía?

Julieta también miró en esa dirección.

—Ha trajinado todo el día, pobre. Supongo que soy una molesta carga y ella está cansada.

—No digas eso, Julieta. Para una mujer bondadosa como Josefina, atenderte en tu estado es algo natural.

Jose escuchó las palabras mientras volvía con el vaso de agua y se detuvo en seco. Por cierto, estaba en su naturaleza ayudar a otros, y sin embargo le molestó que fuera esa cualidad la que destacara Medina, como si sólo pudiese ver aquello que la había condenado siempre a un segundo plano. Compuso una expresión neutra mientras retomaba su sitio en el living. Si había podido resistir los embates de su padre, bien podía enfrentar los de cualquier hombre.

—¿Más té? —preguntó con voz firme, y se felicitó al ver que la mano que sostenía la tetera no temblaba.



CAPÍTULO 19

Erik se aventuró en la montaña con la excusa de descubrir los rastros del puma. Partió muy temprano y caminó durante horas. Admiraba los bosques de ñires y lengas, trataba de imaginarlos con sus frondas doradas y rojas en el otoño. Atravesó claros donde los árboles derribados ocultaban cuevas de pequeñas criaturas, y dejó su huella sobre la planicie nevada que se extendía en la base del Cerro del Viento. Ajustó el cuello de su abrigo y emprendió la subida de los primeros riscos. A medida que ascendía, el aire helado zumbaba en sus oídos y le cortaba la cara, obligándolo a parapetarse tras las grandes rocas para recobrar el aliento. Su pretensión era observar la zona desde la altura, retener en la memoria los lugares que podrían servir al puma de escondite y, con algo de suerte, encontrar algún indicio a lo largo del camino.

El pueblo de Los Notros lucía como un retazo oscuro en la lejanía. Erik podía distinguir el movimiento de los autos que circulaban e imaginar el despertar a la rutina de su gente. La inmensidad de aquel paisaje helado lo sobrecogió.

Él venía de las tierras del norte, cálidas y exuberantes, y la quietud invernal del valle le producía cierta tristeza. El lago al pie del cerro de los Cayuki reflejaba en sus aguas la blancura de las laderas nevadas. Cielo y tierra se confundían en una misma bruma a esas horas. Erik reflexionó sobre el carácter de aquella gente, acostumbrada a los rigores del frío y a la aspereza del paisaje, y se alegró de pasar la mayor parte de sus días bajo el sol, en una región embriagada de dulces aromas. Cuando su misión en Los Notros finalizara, volvería a la selva y a los ríos, que lo embrujaban tanto como los

ojos de una mujer hermosa.

Cordelia. Qué ironía de la vida sentirse atrapado por la belleza de la mujer de otro, en un rincón tan alejado de sus horizontes. Una mueca burlona del destino de un hombre solo. Levantó los binoculares y apreció en un rápido recorrido roquedales, hondonadas y matorrales. Los recovecos en las alturas eran ideales para un puma, aunque sentía en los huesos que el animal no estaba allí. La ladera se encontraba despojada de vida. Más abajo, la visión aumentada le mostró las copas de los cipreses, que algunos carroñeros ya sobrevolaban en pos del alimento diario. El silencio sólo era roto por el viento que danzaba con furia. Recibió en pleno rostro el primer rayo de sol. Un destello en la nieve hirió sus ojos y se puso las gafas oscuras. Comenzó a descender sin dejar de observar los alrededores hasta que llamó su atención un detalle que a cualquier otro le habría pasado desapercibido: un claro en cuyo centro se apreciaba un túmulo. Podría tratarse de una formación natural, aunque por asociación de ideas Erik pensó en un anfiteatro. En efecto, daba la impresión de ser un escenario rodeado de mudos espectadores: los notros, que allí crecían con cierta altura. El suelo alfombrado de semillas secas crujió bajo sus botas, y Erik detuvo de pronto su andar, petrificado ante la visión que le ofrecían las piedras apiladas: la cabeza cercenada de una oveja, con la sangre seca manchando su vellón y los ojos muertos fijos en él. Erik contuvo el aliento. El túmulo conservaba marcas de sangre vieja, que se distinguía por el color oxidado. Ya fuese natural o creado por la mano del hombre, aquel sitio estaba siendo utilizado para una ceremonia. Tocó la sangre que manchaba el suelo arenoso. Era reciente, pese a estar seca. Podía incluso olerla. Lo macabro del hallazgo lo conmocionó. Quizá el pueblo de Los Notros no fuese tan apacible, después de todo. Erik sopesó sus alternativas: llamar a Medina o continuar con la pesquisa, quizá informando al guardaparque del cerro, Newen Cayuki. Trató de acallar la voz de la conciencia que le decía que su decisión de ir en busca de Cayuki obedecía más al deseo de ver a Cordelia que a otra

cosa, y emprendió la marcha hacia el lago, de donde partía el sendero que llevaba a la cabaña.

—¿Has visto a Mayga?

Newen respondió mientras acomodaba sus pertrechos junto a la puerta:

—Ayer no quiso volver conmigo.

—¿Fue a dormir a la casa de Julieta?

—Así es. Hablamos, y le dije lo que pensaba sobre su futuro.

Cordelia contempló preocupada a su esposo, que parecía indiferente a la dimensión de los hechos.

—¿Qué le dijiste?

—Que te encargarías de preparar todo para que fuese a estudiar a la capital. Tendré que llamar a Emilio, a ver si puede buscarle allá un lugar donde vivir.

—¿Por qué hiciste eso?

La voz de Cordelia sonó angustiada y Newen levantó la vista.

—¿Qué tiene de malo? Sabemos que ella debe hacer algo con su vida. No puede estar correteando por los bosques en mala compañía.

—¿Qué mala compañía?

—Necul y otros como él.

—¿Luciano?

—Sí.

—No me parece peligroso. Y no sé a quién más te refieres.

Newen permaneció callado. Era inútil preocupar a Cordelia con el relato del puma y el hombre de negro, puesto que él se ocuparía de que jamás Mayga lo volviese a ver.

—Newen.

Como el puelche siguió en silencio, Cordelia se acercó a él.

—Me estás ocultando algo.

—Tengo que irme, estoy retrasado.

—Primero me dirás qué pasa, y por qué justo ayer hablaste del tema con nuestra hija.

Newen levantó la cabeza, desafiante.

—Había que hacerlo, ¿no? Algún día. Porque si esperaba a que lo hicieras, ella acabaría casada con algún vago de por acá, estropeando su vida.

—Ella no haría eso.

—¿Por qué no? ¿Acaso...?

Estuvo a punto de decirle “¿acaso no te casaste con un indio?”, pero prefirió no herirla. Bastante tendría con extrañar a su hija cuando partiera.

Cordelia entrecerró los ojos, desconfiada.

—Acá hay un entripado y quiero saber qué es. Estuviste muy raro todo el tiempo, desde que llegué. Y Mayga también, como si hubiesen peleado. Mi tía no me comentó nada. ¿Es por ella que pelearon, por la tía Jose?

Newen se mostró desconcertado y Cordelia supo que no era ése el problema.

—Ella y Mayga se entienden —fue todo lo que dijo el puelche.

—¿De qué se trata entonces? Porque hay un lío, Newen, de eso estoy segura.

—Lo de siempre. Una hija rebelde y mucho trabajo.

—¿Mayga rebelde? —Cordelia soltó una carcajada sarcástica—. No podría ser más dócil. Hace todo lo que puede para conformarnos, sobre todo a su padre.

Newen la miró con dureza.

—Pues esto no me conforma.

—Claro, la primera cosa que ella decide por su cuenta ya te pone furioso. ¿Qué tiene que hacer para que te enteres de que desea quedarse aquí, aprender el oficio y trabajar como guardaparque?

—Eso no va a suceder.

—¿Por qué no? ¿No es un trabajo digno? Bien que anhelabas tener por fin el título.

Cordelia sabía lo que le había costado a Cayuki y lo atacó en su punto débil a propósito, enardecida por la manera displicente en que él trataba los asuntos de la hija.

—Ella puede lograr más que esto.

—No quiere más, quiere esto.

—Cordelia, no hagas que sea más difícil esta decisión.

—¡Es “tu” decisión, no la de ella! —gritó.

El sonido de su voz reverberó en la apacible atmósfera de la cabaña y coincidió con el palmoteo que venía del porche. Alguien estaba llamando a la puerta.

Los esposos se miraron enfurecidos, cada uno firme en su posición, prometiéndose continuar la pelea. Newen abrió y se topó con la silueta fornida de Erik Andrade, que sonreía como si no hubiese escuchado el intercambio de momentos antes.

—Buenos días, pasaba cerca y quise saludar.

Si no hubiese tenido puestas las gafas oscuras, Cordelia habría apreciado el destello dubitativo en los ojos de Erik, pues la expresión de Newen no dejaba lugar a dudas sobre lo que aquella visita le provocaba. Como guardaparque y anfitrión, sin embargo, se hizo a un lado, permitiéndole el paso.

Erik entró en el refugio de Cordelia como si penetrase en un recinto sagrado, con reverencia. Aquélla era la casa de la mujer que le atraía y anhelaba saber si disfrutaba de rincones confortables, en una palabra, deseaba saber si ella era feliz con su esposo. La discusión que acababa de escuchar no le decía mucho, puesto que era imposible no reñir alguna vez, pero la expresión herida que captó en Cordelia al abrirse la puerta le llegó hasta el alma.

—Erik —lo saludó ella sonriente, con la intención de irritar a su esposo—,

pasa, hay café recién hecho.

Newen se alegró en su interior de que Andrade sufriese el castigo de saborear el café de su esposa, una venganza nada despreciable. El otro parecía no advertirlo, pues bebía tranquilo y satisfecho. Sin duda, el frío de afuera era suficiente para pasar por alto el sabor amargo y la borra suelta.

Se sentaron a la mesa junto al fuego y conversaron de banalidades: la instalación del abuelo en casa de Emilio, el clima de esa mañana, hasta que Erik consideró que había soportado bastante la mirada criminal del guardaparque y soltó lo que venía a decir.

—Acabo de ver lo que parece un ritual sangriento al pie del Cerro del Viento.

Newen se quedó de piedra y Cordelia dejó escapar un gemido de asombro. Erik le lanzó un vistazo antes de continuar, no deseaba espantarla con detalles.

—Es algo digno de verse. Ignoro si se acostumbra hacer aquí ese tipo de cosas, aunque supongo que al dueño de la oveja no le habrá causado gracia. Eso, claro está, si él no forma parte del ritual.

—Quiero verlo —dijo Newen y se puso de pie, dispuesto a salir de inmediato.

—Por favor, Erik no terminó aún su café —objetó Cordelia.

Hacía lo posible por molestar a su esposo, pequeña represalia por el mal momento que le había hecho pasar. Por la premura de Newen, Erik intuyó que su hallazgo tenía que ver con un episodio que los guardaparques estaban evaluando y decidió no jugar con algo tan grave. Agradeció el café con su mirada cálida y salió detrás de Cayuki, que ya sostenía la puerta de troncos. Cordelia se quedó contemplándolos por la ventana, acongojada. Los hombres caminaban lado a lado, Erik intentando alcanzar el paso de Newen, ambos mirando el suelo que pisaban. Se preguntó de qué irían hablando, y si hablarían, ya que conocía a su esposo y se daba cuenta de que sentía antipatía por el señor Andrade, algo que ella podría explotar si quisiera. La cuestión

era: ¿quería? ¿O estaba utilizando el carácter hurraño de su esposo como excusa para coquetear con un hombre que también la atraía?

Caminaron a buen ritmo hacia la ladera oriental del Cerro del Viento, límite del territorio que Cayuki tenía a su cargo. En otra época, Newen había martirizado a Cordelia obligándola a subir y bajar por aquellos peñascos, para que supiese lo dura que era la vida de guardaparque. Claro que en aquel entonces él la creía un muchachito empecinado en desempeñar un trabajo para el que no estaba dotado.

La voz de Andrade cortó de cuajo los recuerdos.

—Es allá, donde se ve una especie de teatro.

Newen hizo visera, pues la nieve acumulada reflejaba el sol sin piedad. Erik observó que el puelche no usaba anteojos de ningún tipo.

Encontraron todo tal cual lo había visto él antes: las piedras manchadas con sangre, la cabeza de oveja tesa como un muñeco de estopa, y claras señales de utilización del sitio por varias personas. Newen se inclinó y pasó la mano por las huellas casi sin rozarlas.

—Son cuatro o cinco, no más —dijo.

Erik se admiró de que pudiese calcular eso.

—¿Qué piensa que es? ¿Un sacrificio?

—Sí. Ya me temía esto. Se lo dije a Zavaleta el otro día.

—¿Quién es Zavaleta?

—Un criador de por aquí. Encontramos el cuerpo de una de sus ovejas decapitada hace poco, quizá es esta misma.

Erik silbó, admirado. Por cierto, nada apacible resultaba ser Los Notros.

—Allá de donde vengo hay muchas brujerías de esta clase: *vudús*, amuletos para espantar espíritus, supersticiones de genios malignos en la espesura, así que supongo que cada región tendrá lo suyo —comentó.

—Es la primera vez que veo esto acá. Hay gente nueva, aunque... —Newen se incorporó, recorriendo el claro con vista de águila— no es el tipo de gente que haría algo así. Los nuevos son *winka* en busca de riquezas —y miró a Erik como si pensara que él podía ser uno de ellos.

Erik iba a replicar con mordacidad cuando Newen lo sorprendió diciendo:
—Vamos a lo de Cipriano.

Pronto averiguaría quién era el tal Cipriano, lo importante era que el guardaparque lo incluía en la investigación, y Erik decidió aprovechar la circunstancia.

Cipriano los recibió en su casa cercana al galpón de los artesanos donde pasaba la mayor parte del día. Erik observó que se trataba de un viejo indio del otro lado de la cordillera a juzgar por su vestimenta, y también porque Cayuki lo había saludado como “rey de los araucanos”. Vivía rodeado de objetos dispuestos sin ton ni son por todas partes: instrumentos musicales de caña, vasijas llenas de hierbas, una colección de cuchillos, telares enrollados o extendidos en el suelo como alfombras. Su casa semejaba un depósito.

Cipriano se decía descendiente del temido Calfucurá, el cacique que dominó durante años la región de Salinas Grandes, al oeste de La Pampa. En aquellos tiempos de tratados y entreveros, Calfucurá había llegado a formar un ejército formidable y con astucia manejaba los hilos de una gran coalición en la que tanto atraía como repudiaba a otros caciques. Cipriano también era astuto, podía leerse en sus ojos, diminutos entre los pliegues del rostro. Rozaba la centena, en apariencia, si bien de su cuerpo enjuto emanaba una vitalidad desconcertante.

Newen no se anduvo con preámbulos y lo puso al corriente de la situación, sin que al viejo se le moviese un músculo mientras lo escuchaba.

—Será cosa del Walichu —dijo con fatalismo.

—Ayudado por sus sirvientes —agregó con ironía Newen.

Cipriano no se inmutó. Disfrutaba de la expectativa que creaba con su

silencio. Erik pensó que era un indio taimado al que Cayuki no tendría más remedio que acudir.

—A lo mejor se acuerda de alguien capaz de hacer algo así —insistía el guardaparque.

Erik se impacientó al ver que el puelche se tomaba su tiempo, siguiéndole el ritmo al viejo, cuando él ya lo hubiese puesto entre la espada y la pared.

Como si le leyera el pensamiento, Cipriano levantó la cabeza y lo miró fijo.

—¿Qué le parece a usted, don Andrade?

—Esta magia —y no dijo “superchería” por deferencia hacia los dos hombres que tal vez creían en ella— se hace para perjudicar a alguien. Están mandando un mensaje y hay que descifrarlo.

Newen aprobó lo dicho con una mirada, en tanto que Cipriano escudriñaba el rostro del nuevo visitante de Los Notros.

—Si gusta, puedo contarles algo. Que tal vez les dé una idea —agregó mientras se acomodaba en un banquito tambaleante.

El viejo se aflojó el pañuelo que llevaba por encima de la chaqueta de paño y se dispuso a explayarse.

—Hace mucho hubo acá, entre nosotros, un santito. Era apenas un muchacho cuando su padre, Namuncurá, permitió que los curas lo llevaran a Roma. Parece que allá visitó al jefe de los cristianos y cayó muy bien, tanto que le hicieron honores y todo. Era un *pichi coñi* muy bueno, sin malicia. Estudiaba y rezaba, todo eso —Cipriano carraspeó antes de seguir el relato—. El caso es que murió allá lejos, en ese santuario de los cristianos, y cuando trajeron su cuerpo a la *mapu* para que volviese con sus *cuyficeche*, la gente de por acá se revolucionó toda, porque lo querían mucho, pero también porque culpaban a los curas. Y hubo algunos *peñi* que dijeron que eso de nombrarlo “santo” y demás era para que los cristianos pudiesen doblegarnos, porque Ceferino, que así se llamaba el muchacho, ya no era como su gente mapuche. ¿Me entiende usted?

Erik conocía la historia de Ceferino Namuncurá, “el lirio de la Patagonia”, como se lo llamaba, aunque había ocurrido tantos años antes que no entendía la relación con lo sucedido en el bosquecillo de notros.

—Ceferino murió en 1905 y sus restos fueron repatriados casi veinte años después. ¿Qué tiene que ver con el sacrificio de una oveja en los tiempos actuales?

Cipriano gozó de la impaciencia del *winka*, para poder decirle:

—El tiempo no corre igual para mi gente. Usted mide la vida por años, nosotros por ciclos. Usted ve la religión como un montón de reglas, nosotros la vivimos todos los días, cuando la *mapu* nos da de comer. Usted mira el cielo y ve sólo azul, nosotros sabemos que detrás hay otro cielo que no se ve, donde está el *alhue* de los difuntos, esperando.

Newen cortó el discurso.

—Cipriano, necesitamos alguna pista.

—Ya va, ya va. Con esto digo que hay algunos *peñi* que la emprendieron contra el *winka*, que no aceptaron la “cristianación”.

—¿Y por eso sacrifican ovejas? —preguntó sarcástico Erik.

Cipriano se encogió de hombros como si él ya no tuviese explicación para eso.

—A lo mejor, quién sabe... si es un *pentucutrun*.

Erik miró a Newen, que explicó de manera sucinta:

—Es el sacrificio de un cordero para curar el mal de una persona. Se le pasa la enfermedad a través del aliento y luego se lo mata.

Al mismo tiempo, daba a entender con el gesto que él no creía que fuese ésa la situación. Tampoco lo creía Erik y al parecer ni siquiera el mismo Cipriano, que se mostraba divertido.

—Entonces, no hay nada que puedas decirme.

—¿Cómo voy a saber? Soy un pobre viejo al que nadie cuenta nada.

Newen le dirigió una mirada admonitoria y luego salió de la *ruka*, seguido

de Erik.

—Es un pobre viejo algo diabólico, ¿no?

—Si sabe algo me lo dirá —contestó Newen—. Quería lucirse un poco delante de usted.

Y agregó, ante la expresión incrédula de Erik:

—Cipriano está orgulloso de su estirpe, pero como no vive de acuerdo a ella aprovecha cualquier circunstancia para ponerla de relieve. Es la triste vida de los indios, condenados a representar papeles para subsistir.

—Salvo en su caso —acotó Erik.

—Tuve suerte.

Eso fue lo último que dijo Cayuki antes de proseguir el camino hacia la intendencia de Parques, donde pensaba dar el reporte del hallazgo a Medina.

Mayga deambuló sin rumbo por los roquedales durante horas. Se sentó en el suelo al estilo indio y dejó vagar el pensamiento hasta que el dolor que le oprimía el pecho se le hizo más llevadero. Estaba enojada con su padre. En su corazón luchaba el impulso de abrazar a su madre y contarle sus cuitas esperando consuelo contra el de consumar la venganza y desaparecer. Sentía el cuerpo helado por haber pasado la noche a la intemperie y un desasosiego como nunca experimentó. Un torbellino de ideas le enturbiaba la mente, y una creciente rebeldía se apoderaba de su voluntad. Por primera vez, comprendía a Luciano. Aunque su amigo se alzaba contra otras circunstancias, de seguro sentiría la misma ira caldeando su interior, el deseo de desafiar a todos. Mayga nunca se había encontrado en la necesidad de desafiar, era un sentimiento nuevo que la impelía a hacer cosas arrojadas.

En el cielo puro de la mañana planeaba una pareja de cóndores. Mayga imaginó que su padre estaría a punto de ir a la isla de cría y decidió que era el mejor momento para preparar su huida. Dejaría una nota a su madre para

evitarle disgustos, y luego vería hacia dónde dirigirse. Estaba dotada para sobrevivir en la montaña y no tenía miedo. Más segura, se puso en pie y emprendió el regreso. Entraría cuando nadie estuviese y sacaría sólo lo indispensable. Mientras ella repasaba en su mente qué cosas tomaría, Werken acudió a recibirla con el entusiasmo habitual. Mayga se arrodilló ante él y le rozó el hocico con su nariz.

—Te voy a extrañar, querido amigo.

El perro gimió como si comprendiese el significado de sus palabras y le lamió la boca.

—Tendrás que portarte bien y acompañar a mamá.

Nuevo gemido. Werken alzó sus patas delanteras y las apoyó sobre los hombros de la muchacha. Parecía que deseaba impedirle que se fuese de allí.

—No puedo llevarte porque no sé bien adónde voy.

Se enterneció ante los esfuerzos del animal por retenerla y enjugó una lágrima a punto de caer.

—Voy a volver, no te preocupes, será sólo por un tiempo, hasta que papá se dé cuenta de lo que quiero.

Werken se acurrucó contra ella y gruñó. Su pelaje blanquinegro olía a pasto y a nieve y Mayga sintió renovados deseos de permanecer para siempre en Los Notros, la tierra que amaba con las entrañas.

—Vamos —lo alentó, y ambos atravesaron el porche.

En la casa de Emilio, Cordelia y Josefina se dedicaban a mimar a Julieta, en gran medida para distraerla de su malestar. Se había despertado con náuseas y su estómago no se recomponía. La tía Jose insistía en la necesidad de comer las tostadas, pues el malestar matutino se conjuraba con alimento sólido, mientras que Cordelia le aplicaba unas compresas de lavanda.

—Ya pasará —decía la mujer encinta—. Siempre es así por las mañanas.

Cordelia y la tía Jose se miraron por encima de la cabeza cobriza. Julieta ya había pasado por mucho los meses iniciales del embarazo como para que las náuseas fuesen normales, si bien sabían que cada caso era distinto.

Las dos mujeres se deslizaban entre la cocina y los cuartos en silencio y de forma sincronizada, como duendes. La tía Jose retomó el tejido de Julieta y Cordelia emprendió la tarea de distribuir las hierbas que ella misma secaba en los frascos de vidrio que Julieta guardaba en la alacena. Pegaba en ellos las etiquetas que fabricaba el hippie viejo y agregaba algún dibujo de su autoría, para alegrarlos. Canturreaban y se acompañaban con silencios nutridos del afecto mutuo. La presencia de Josefina había completado el círculo y las tres mujeres se complacían en estar juntas, aunque más no fuese para realizar las tareas domésticas. Julieta se balanceaba en su mecedora y seleccionaba las ropitas que había guardado de los gemelos cuando bebés.

—Crecieron tan rápido que casi no usaron esto —comentó, mostrando unas batitas bordadas con primor.

—Tus hijos son dos mastodontes —reconoció Jose—. No sé a quién salen.

—¿Al abuelo, tal vez?

Julieta la miró esperanzada. Siempre había admirado el porte del abuelo Ducroix, así como anhelaba pertenecer a aquella familia. Desde niña, la mansión Ducroix había sido un refugio para su niñez de hija poco atendida por unos padres intelectuales de gran prestigio. Gozaba como nadie de las reuniones familiares porque para ella tenían el valor de un sueño cumplido.

—Si salen al abuelo, espero que no hereden su carácter —dijo con acidez Josefina.

Cordelia volvió de la cocina con las manos embadurnadas de pintura.

—Los frascos están listos, Juli, te van a encantar. Pinté figuras rupestres.

—Gracias, Délie, aunque sabe Dios que necesitaré un libro para saber cómo usar tantas hierbas.

—¡Qué va! La tía y yo te ayudaremos. Voy a quemar bergamota en este

hornillo. Levanta el ánimo.

Guiñó un ojo a su amiga y encendió una vela en el interior de una vasija; echó un puñado de hojas en un cuenco suspendido sobre la mecha, y el pasticho soltó un olor perfumado que en segundos invadió la habitación.

—Podrías agregarle un poquito de mejorana, querida —sugirió Jose.

Cordelia estaba a punto de ir en busca de lo pedido cuando llamaron a la puerta.

Se topó con la figura del apuesto Erik, que la contemplaba con una sonrisa.

—Bueno, bueno —comentó risueño—, no imaginé que te maquillases con tanta audacia.

Al ver la expresión desconcertada de la mujer se echó a reír.

—Estás pintada, Cordelia, como un guerrero zulú.

Ella se llevó la mano a la mejilla, con lo que contribuyó a agrandar la mancha de color morado. Erik jamás la había visto tan encantadora, con el aspecto de haber trajinado durante todo el día.

—Vine por encargo de Medina —aclaró para las mujeres que lo miraban en silencio desde el living—. Emilio manda decir a su esposa que tardará algunos días más en regresar.

El rostro de Julieta se ensombreció y la tía Jose, tras un vistazo, se apresuró a decir:

—Adelante, señor, tome asiento mientras le ofrecemos algo. Cordelia, trae el café que dejé calentándose y las galletas de jengibre.

—Creo que Erik prefiere el mate a estas horas —aventuró Cordelia.

—Es así, gracias —y Erik la envolvió con la mirada, satisfecho de que recordase sus gustos.

Se sentó en el sillón donde el día anterior había estado Medina frente a Julieta, y se maravilló del bienestar que se experimentaba en aquella casa tibia que olía tan bien.

—El señor Andrade es amigo de Emilio, Julieta querida.

Al escuchar a la tía Jose, Erik se apresuró a disculparse.

—Perdón, qué bruto soy, daba por sentado que me conocían. Como estoy desde hace dos días... pero claro, usted, en su estado, y con este frío...

—No se preocupe, tarde o temprano lo iba a conocer si es amigo de mi esposo. Emilio tiene pocos amigos —y calló la frase que venía a su boca: “No tiene amigos”.

El aislamiento de la mansión Ducroix y la enfermedad crónica habían condenado a Emilio a un ostracismo impropio de su edad y condición, de modo que la llegada de un viejo amigo era motivo de alegría para ella.

—Yo soy de los pocos y buenos, entonces.

La cordialidad de Erik se impuso de inmediato. Resultaba difícil mantenerse triste o reconcentrado ante su afabilidad. Hubo varias rondas de mate, amenizadas por las anécdotas que les contaba sobre los peligros de la selva misionera. El hombre cautivaba al auditorio femenino con maestría, y mientras lo hacía iba calibrando el carácter de cada una de las mujeres que tenía ante él.

La tía Jose le pareció bondadosa sin ser por ello pusilánime. En cuanto a la esposa de Emilio, captó en ella una dulzura que la tornaba frágil. Se preguntó si Emilio sabría corresponder a tanta delicadeza, siendo como era un tipo algo cínico y descreído de las bondades del mundo. De Cordelia no podía suponer nada que no estuviese a la vista: era la mujer perfecta, ni muy dócil ni muy arisca, misteriosa y a la vez transparente. Entendía que Cayuki estuviese loco por ella y deseaba ser capaz de contener su propia pasión, que amenazaba desbordarlo.

—Entonces, mi esposo anda tras el rastro de unos traficantes de pumas.

—Ajá, por eso me pidió que viniese a colaborar con el personal de Parques en la captura del puma secuestrado. Tarea difícil —y sorbió el mate que Cordelia le entregaba.

—Pero ¿qué está haciendo él allá, en La Pampa?

—Supongo que entrevistar a la gente del Proyecto Felinos, que lleva el registro de los pumas en la región. Eso le tomará tiempo, sobre todo si hay un delito de por medio.

Julieta se veía preocupada.

—Es procedimiento de rutina —la tranquilizó Erik, que se dio cuenta—. Prometo comunicarme con él para traerle noticias.

—¿Y por qué no llama él mismo?

La objeción de Julieta era razonable y ya la tía Jose la había pensado. Erik salió airoso diciendo que Emilio no querría importunarla sabiendo que necesitaba estar descansada.

—Es probable que se comunique con Medina por cuestiones de trabajo. Los hombres somos así, un poco herméticos.

“Hermético” era un calificativo pobre para Newen, pensó Cordelia. Su esposo no sólo no comentaba sus problemas, sino que se mostraba hostil cuando ella ofrecía ayudarlo. Por no recordar la soledad en que vivió cuando pasó lo de Meullen.

—Hoy estuve con tu esposo en la casa de un tal Cipriano —comentó Erik, que parecía haber adivinado el derrotero de sus pensamientos.

—Cipriano está a cargo del galpón de los artesanos. Él y Walter están organizando una red de trabajo que se extenderá a lo largo de las *rukas* de la comunidad mapuche. La llamarán “Camino de los Artesanos” y servirá para dar empleo y promover las artesanías regionales, a fin de que no se pierdan.

Iba a agregar “¿de qué hablaste con Newen?”, pero le pareció imprudente mostrarse ansiosa ante algo tan natural como que un especialista en fauna silvestre trabajase con su esposo.

—Es cierto que en su casa había toda clase de objetos, parecía una cueva encantada.

Julieta se echó a reír.

—Bueno estaría que además fuese brujo.

—¿Por qué además? ¿Qué hace él?

Cordelia intervino mientras renovaba la yerba:

—Cipriano es una especie de rastreador o algo así, y se dice que tiene poderes ocultos. Hace años, cuando fui secuestrada, me encontraron gracias a él.

—Y gracias a Dashe también —añadió Julieta.

Erik estaba tan conmocionado por la noticia del secuestro que no atendió a nada más. Al ver su rostro Cordelia suavizó el relato, diciendo con simpleza que por un malentendido unos mercenarios la habían raptado creyendo que la querían a ella, cuando en realidad el objetivo era Newen Cayuki.

A cada momento que pasaba, Erik percibía que la vida en Los Notros distaba mucho de ser tan serena como el paisaje lo sugería, y que las emociones soterradas de aquella gente bastarían para que el volcán dormido despertase y echase fuego durante días.

El Copahue. No le extrañaría que la tierra temblase en aquel momento.

—Bueno —dijo de pronto Cordelia—, debo ir a casa. Dentro de poco oscurecerá y todavía no he visto a mi hija. A propósito, Juli, espero que no te haya importunado quedándose a dormir aquí anoche.

Julieta la miró desconcertada.

—¿Mayga? ¡Si no la veo desde hace días! Iba a preguntarte por ella justo ahora.

Cordelia sintió que el suelo fallaba bajo sus pies. ¿Qué le había dicho Newen?

La tía Jose levantó la vista de las agujas que repiqueteaban con ritmo constante.

—Estuvimos juntas después de lo sucedido con la gente que iba tras el puma. Ella vino a ayudarme con la instalación del abuelo —dijo para tranquilizarla, pues la expresión de su sobrina era de alarma.

—¿No durmió aquí anoche?

Erik detectó angustia en la voz de la mujer y de inmediato se puso alerta. Mayga le había causado la impresión de ser una jovencita sensata, no desaparecería movida por un capricho. Temía que le hubiese sucedido algo. Su pensamiento voló sin querer al episodio de la oveja degollada. Sintió subir un frío por su columna.

—Vamos, Cordelia —ofreció sin dudar—, te acompaño a buscarla. Debe de estar con su padre.

—No, no —Cordelia parecía perdida—. Newen estuvo con ella ayer por la tarde. Hablaron... Creo que Mayga se disgustó por lo que él le dijo y a la noche, cuando no vino a casa, pensamos que se había quedado aquí; siempre lo hace, sobre todo desde que Julieta está de encargo.

Erik hizo un esfuerzo por obviar las preguntas sobre el disgusto entre padre e hija, pues lo esencial era encontrar a la joven.

—Te acompaño —insistió—. Iremos a la oficina de Parques, es seguro que allí Medina o el mismo Cayuki sabrán de ella. ¿No tiene amigos en el pueblo?

Cordelia parecía incapaz de pensar. Se pasó la mano por la frente y dejó allí más señales de pintura, aunque ya no resultaba gracioso. Erik la sostuvo por el codo y la animó a partir.

—Ponte el abrigo y vamos. Una vez que sepas dónde está te sentirás tranquila.

—El señor tiene razón, querida, ve con él. Yo me quedo con Julieta, pero avísanos de inmediato.

Cordelia hizo lo que le decían como una autómatas, sin ser consciente de haberse lavado la cara y las manos, ni de haberse enfundado el grueso gabán con capucha.

Salió a la nieve escoltada por Erik, que se mantenía a su lado, vigilante.

Al llegar a la oficina de Parques, Newen les salió al paso.

En cualquier otro momento, Cordelia habría sido muy capaz de reconocer el huracán de los celos de su esposo, sin embargo, su preocupación la llenaba

por completo y apenas escuchó cuando Newen decía:

—¿Adónde van ustedes dos?

Erik sí lo oyó y también captó el tono, por lo que le respondió de modo tajante.

—Buscando a su hija. ¿La ha visto? No aparece desde anoche.

Puesta en palabras la realidad, Cordelia se sintió desfallecer, sobre todo porque Newen se mostró tan alarmado como ella. ¡Tampoco sabía dónde estaba Mayga!

Los hombres cruzaron miradas indescifrables. Parecían ponerse de acuerdo sobre postergar cualquier enfrentamiento que pudiese surgir hasta resolver aquella emergencia. Newen acusó la misma preocupación que su mujer y Erik se puso de inmediato a su servicio. Detectó un destello de culpa en los ojos negros del puelche.

Mayga era el objetivo, el puma podía esperar.



CAPÍTULO 20

Stuart Eliot y su ahijado abandonaron El Almojarife en medio de un clima de hostilidad contenida. Omar Yusuf salió a despedirlos pues, como buen negociante, no quería cerrar las puertas a futuros clientes. Ofreció incluso bonificaciones en el precio del alojamiento para la próxima visita. Stuart viajaba en un auto de alquiler, en tanto que Daniel lo hacía en su moto. Acordaron encontrarse en la estación de servicio de la ruta, la primera en la salida de la zona de Parques.

Daniel sintió de nuevo el vértigo que le producía el rugido de la Harley, la sensación de libertad y desenfreno unida al poderío de la máquina que vibraba entre sus piernas. Esas sensaciones familiares, sin embargo, empalidecían si las comparaba con otras que había sentido en su corta estadía en Los Notros. La muchacha del bosque se le había metido en las venas y se había quedado con las ganas de poseerla, del mismo modo que la moto devoraba y poseía el viento en aquellas soledades. La frustración que le produjo la manera en que lo había tratado le impidió buscarla para despedirse.

Apretó los dientes y aceleró. Bosques y lagos fueron una mancha borrosa en el camino ondulante. Una figura solitaria se dibujó de pronto a lo lejos. Llevaba una pequeña mochila y giraba la cabeza de tanto en tanto, vigilando su espalda.

Mayga. Su cabello negro era inconfundible, así como el andar sinuoso y la esbeltez de sus piernas. La jovencita salía de Los Notros, al parecer por un tiempo. Daniel la rodeó con la moto antes de detenerse con el motor rugiendo. Ella se detuvo también, expectante, los ojos muy abiertos en el rostro oval,

como asustados. La barbilla, sin embargo, se levantaba con obstinación, en un gesto que ya le era familiar.

—¿Adónde vas?

Mayga quiso esquivarlo y Daniel lo impidió, deslizando la moto con suavidad.

—¿Te escapas?

Bastó la mirada fugaz para entender que sí, que Mayga estaba huyendo.

—¿Caminando? —se burló.

En su fuero íntimo se regocijaba de haberla encontrado, como una respuesta a sus pensamientos. Sacaría todo el provecho que pudiese de aquella situación.

—Te llevo.

Mayga no respondió. Seguía intentando evitarlo, aun a sabiendas de que aquel hombre era difícil de eludir. Pruebas de ello había tenido.

—Llegarás más pronto en moto, vamos —y le tendió la mano, conciliador.

Mayga dudó. Si viajaba en moto se alejaría más y sin duda no la alcanzarían, como ella temía que sucediese. Sabía que su padre era capaz de caminar la Patagonia entera si hacía falta. El miedo de toparse con él la decidió. Podría descender cuando quisiera y ya habría salvado un buen trecho.

Daniel se felicitó cuando volvió a sentir la tibieza del cuerpo de la joven contra su pecho. Olía a hierbas y le estaba produciendo la primera reacción del día.

La Harley-Davidson aulló a través del pedregullo y los matorrales, y se lanzó a la ruta dejando atrás el último recodo del camino provincial. El horizonte se abrió como un telón ante ellos al llegar a la ruta nacional, y la Harley cortó la inmensidad patagónica como una daga. Mayga sintió un estremecimiento al verse arrojada fuera del rincón donde había vivido siempre y en compañía del único hombre que le había provocado sensaciones audaces. Él también se iba, entonces, otro motivo de conmoción en su corta

vida. A manera de despedida de su existencia anterior, surgieron en su mente las palabras que tantas veces había leído en el libro de su madre, pronunciadas por el Tigre de la Malasia: *¡Proa a Mompracem!*

El camino de los artesanos recorría el valle de manera desigual, bajando en las hondonadas frescas donde rumoreaba el arroyo, trepando en las laderas en las que el viento esculpía las piedras, siempre siguiendo la línea que enhebraba las *rukas* de los pobladores, muchos de ellos ancianos que vivían de su huerto o de su oficio.

Walter Foyer lo recorría cada mañana, intentando convencer a aquella gente desconfiada de la ventaja de formar un grupo de trabajo. Tomaba mate con ellos, comía en sus mesas, intercambiaba productos, conversaba sobre nimiedades de la vida cotidiana, hasta que podía abordar el tema que lo ocupaba y entonces comenzaba la negociación. Ellos querían saber qué ganarían con eso, si el *winka* se quedaría con la mejor parte, si les pagarían con monedas o harían trueque; en definitiva: si los iban a esquilmar como otras veces. Muchos aludían al tema de las tierras, siempre postergado, y decían que no podían confiar en que les pagarían por sus artesanías cuando no reconocían su derecho a ser dueños de la tierra que pisaban. El *winka* mentía y eso no había cambiado hasta el momento. Walter era un hombre al que respetaban, sin embargo, y sus palabras sonaban tentadoras, pues les hablaba en términos que podían entender bien, sin falsas promesas.

—Si trabajamos todos en lo mismo nos van a considerar más. Nos pondremos de acuerdo sobre los precios, sobre los productos que ofreceremos, y el turista no tendrá más remedio que respetar las reglas. Ustedes serán quienes decidan, no yo. Seré uno más de la red de artesanos de Los Notros y obedeceré lo que disponga la mayoría.

Sacaba de su bolsillo el mapa que había trazado después de estudiar la zona

y determinar quiénes eran los más fiables a la hora de comprometerse, y les enseñaba la línea azul que recorría el valle, marcando los puntos donde el comprador se detendría.

—Acá está la *ruka* de Marcelino, de ahí pasarán a la de Venancio Cuñufil, que tiene mucha sogá para trenzar. Si su esposa se decide, puede mostrar sus telares, es muy buena tejiendo —y así les iba relatando cómo sería el proyecto una vez organizado.

Tras mucho hablar y pasar mucho *mudai* por la garganta, Walter consiguió la palabra de bastantes *peñi*, sobre todo de las mujeres; las *lamngen* estaban ansiosas por mejorar su condición y la de sus hijos.

Se sorprendió al encontrar a una mujer desconocida en la *ruka* de Pedro Manquiel. Parecía estar de visita, pues sobre la mesa había platillos con comida. A Walter le resultó levemente familiar, y creyó que se trataría de una pariente llegada desde otra zona. La actitud de la mujer hacia él fue más bien esquiva, algo que no le llamó la atención. Él era, después de todo, un *winka* a los ojos de aquella gente.

Saludó y presentó su plan, como lo venía haciendo desde hacía un tiempo. Manquiel se mostraba remiso a aceptar los términos y Walter sospechó que la forastera lo tendría cohibido. Se armó de paciencia y decidió esperar la llegada de la esposa, Deolinda, muy industriosa y deseosa siempre de ayudar.

—¿Cómo anda, don Pedro?

—Acá, tirando.

—¿Salieron buenos los tomatitos aquellos?

—Uy, sí, de primera.

El tono de orgullo del hombre lo animó a proseguir.

—Sería lindo armar una huertita por acá, ¿no? Usted sabe que la gente que viene quiere probar la verdura fresca. Como todo allá en la ciudad viene en lata...

Pedro Manquiel se interesó por lo de las latas. Era un tema que siempre les

llevaba el hippie viejo, la diferencia entre la forma de vida en las grandes ciudades y las ventajas que ellos tenían y podían aprovechar en su beneficio.

Manquiel soltó la risa, mostrando su encía superior sin dientes.

—No saben lo que es bueno —comentó.

Walter se sentó sin que lo invitaran, y percibió un movimiento de repulsa en la mujer. Por alguna razón, Pedro no los había presentado. Eso no lo amilanó, él no precisaba de intermediarios.

—Soy Walter Foyer, artesano del lago, encantado de conocerla.

La mujer reaccionó componiendo una pose altiva.

—Me llamo Sandra, y no soy de aquí.

“Bueno, con eso no decimos nada”, pensó Walter, aunque disimuló la antipatía que le produjo la actitud de la desconocida. Además, notó que Pedro se ponía nervioso.

—¿Doña Deolinda? —inquirió Walter, para distraerlo del mal momento.

—Ya viene, está dando de comer a las gallinas.

—Otra cosa interesante para vender acá, los huevos. Los de la ciudad son de yemas claras y parecen uvas de tan pequeños.

Logró hacer reír de nuevo a Manquiel y justo en ese momento entró Deolinda, secándose las manos en el delantal. La anciana saludó a Walter con efusividad y lanzó un vistazo a Sandra en el que quedó claro el disgusto que su presencia le provocaba. Quizá por eso le había hecho el desplante de alimentar a las aves en lugar de atenderla. Walter conversó un poco con ella y consiguió que sopesara la posibilidad de hacer unos dulces para contribuir al proyecto. Algo avanzaban.

Se despidió y prosiguió su camino. Era un día maravilloso para caminar sobre la nieve con la tibieza del sol en la cara. En eso pensaba cuando se topó con Cipriano. Encontrarlo tan lejos de su lugar habitual fue la segunda sorpresa de ese día, así como descubrir que al viejo no le hacía gracia verlo. Walter no era ningún tonto, y pese a los años de amistad con Cipriano sabía

cuándo debía hacer la vista gorda. El anciano tenía sus secretos. Se fijó en que llevaba ropa ceremonial, un poncho azul claro y un medallón colgado donde se representaban los niveles del mundo mapuche. En lugar del sombrero de fieltro, sus cabellos canos estaban sujetos por una vincha tejida con la guarda araucana. Se saludaron con mesura y cada cual siguió su rumbo, Walter con mil preguntas en la cabeza. Aquél prometía ser un día extraño. ¿Qué más le depararía?

La respuesta provino del ronroneo de un motor. La camioneta de Parques Nacionales se aproximaba a gran velocidad, saltando sobre los pedruscos. Al volante, el rostro serio de Medina. Walter sintió que el estómago se le contraía. El intendente de Parques asomó la cabeza por la ventanilla.

—Mayga. ¿La has visto hoy?

La expresión del hippie viejo fue la temida respuesta. Hugo Medina lo invitó a subir con un gesto.

—Desapareció. Vamos a rastrear el pueblo entero y la montaña, si es necesario.

Walter Foyer trepó al vehículo y, al pasar por la puerta de Pedro Manquiel, vio el rostro altivo de Sandra, observándolo.

Daniel se detuvo en la estación de servicio, que contaba con dos surtidores y una cafetería contigua a la gomería. A él le bastaba con que tuvieran el combustible que precisaba, pero Mayga tenía otras intenciones. La muchacha recuperó su mochila, decidida a seguir camino por su cuenta.

Daniel la interceptó.

—¿Vas al baño?

Ella dio un respingo. Si bien le agradecía que la hubiese llevado hasta allí, no deseaba continuar con ese hombre que sólo le provocaba desasosiego. La constante calidez de su cuerpo durante el trayecto la había perturbado más de

lo que quería admitir. Toda su fuerza desaparecía en presencia del intruso y eso no le gustaba. Por otro lado, él tendría su propio rumbo, mientras que ella sólo aspiraba a ocultarse por un tiempo. Cualquier sitio alejado lo suficiente de Los Notros bastaría.

—Gracias por traerme —contestó, evasiva—. Ahora puedo seguir sola.

—¿Sola hasta dónde? ¿Sabes hacia dónde vas?

El tono de Daniel decía a las claras que la consideraba una tonta que no tenía la menor idea de adónde dirigirse.

—Conozco este lugar.

—Claro, como la palma de tu mano. ¿A ver? —y con rapidez le sujetó una mano, la dio vuelta hacia arriba y depositó en la palma un beso suave.

—Mmm... me parece que en la palma no está escrito.

El cuerpo de Mayga se estremeció con el contacto. Quiso retirar la mano, y Daniel la retuvo.

—Ven conmigo.

La voz seductora causaba una suerte de hechizo en la joven, poco acostumbrada a los escarceos amorosos. Al mismo tiempo, el hombre la envolvía con su mirar aterciopelado, impidiéndole desviar su atención hacia otra parte.

Por eso no vio al sujeto que se les acercó con el ceño fruncido.

—Dan, ¿qué sucede? ¿Quién es esta señorita?

—Stuart, déjame presentarte a Mayga Cayuki, mi nueva amiga en Los Notros. Mayga, el señor es mi padrino, estuvimos alojados en El Almojarife.

El nombre del coto de caza trajo un torbellino de recuerdos dolorosos a Mayga, que se soltó de un tirón.

—Mucho gusto. Yo ya me voy, hasta pronto.

Caminó algunos pasos, hasta que Daniel la detuvo otra vez.

—No te vayas, quédate a comer con nosotros. Mi padrino es un hombre generoso, la vamos a pasar bien.

A Mayga se le revolvió el estómago de la confusión. Sentía que el intruso manejaba un lenguaje y un código de conducta que le eran extraños y peligrosos, pero no sabía cómo deshacerse de él. Mientras deliberaba, vio al hombre mayor que los observaba a cierta distancia y que acabó por acercárseles.

—Señorita, es bienvenida si desea compartir un almuerzo con nosotros. Después, podremos alcanzarla hasta donde desee. Hace demasiado frío para esperar un micro sin haber comido algo caliente.

Stuart suponía que la muchachita estaría de viaje hacia alguna parte y esperaría un micro en la ruta. Parecía ser decente, aunque no le quitaría el ojo de encima a su ahijado, por las dudas.

Las palabras de Stuart lograron que Mayga cediera. Era cierto que tenía hambre y hacía frío. Nada malo había en que comiese algo antes de irse.

Tomaron café con emparedados en la cafetería y llenaron dos termos para disponer de más durante el viaje. Daniel compró algunas golosinas para Mayga y cigarrillos para él. Ahora que su vida recuperaba la normalidad, volvían las ganas de fumar.

Sin embargo, su padrino no estaba conforme y lo llamó mientras Mayga iba al servicio.

—¿Qué pasa con esta chica? ¿Adónde va?

—Ella está buscando su propio camino. Me dijo que piensa recorrer un poco de mundo antes de decidir qué quiere hacer. ¿Te molesta que venga con nosotros?

Stuart apretó los dientes y miró al frente, donde la ruta se veía despejada y árida. En su interior pugnaban el deseo de consentir a su ahijado y el temor de verlo mezclado otra vez con la escoria. Decidió darse un tiempo para evaluar la situación.

—Está bien, si es lo que ella quiere. Hasta el próximo cruce, y si entonces decide continuar con nosotros, no tendré objeciones. No te alejes demasiado,

en estas rutas solitarias tenemos que ir en caravana.

Daniel asintió, satisfecho, y aguardó a Mayga junto a su moto. Ella apareció con el cabello sujeto en una trenza y un grueso pulóver. Se había lavado la cara y avanzaba con la cabeza alta. Al llegar donde estaba Daniel lo encaró con firmeza.

—Me voy. No intente detenerme o llamaré al dueño de la estación.

Daniel sonrió, socarrón. Le pasó un dedo por la mejilla, disfrutando de la tersura de su piel.

—Chiquita, parece que estás olvidando un punto importante. Yo sé algo que no debe saberse, algo relacionado con el guía de campo de mi padrino, Gilbert. ¿Te imaginas si mi padrino supiese que tuviste que ver con su muerte? Te cuento un secreto —añadió, acercando su boca al oído de Mayga—. Mi padrino es un hombre extraño, a menudo lo atacan reacciones violentas, y no creo que le caiga muy bien que digamos. Te sugiero que permanezcas a mi lado para estar segura. Si te escapas puedo decírselo y quién sabe, quizá te haga buscar por la policía. O tal vez lo haga él mismo, para disfrutar la persecución. Después de todo, es un cazador.

Mayga lo miró asustada. En el fondo sabía que ella no tenía culpa en el sentido que todos daban a la palabra, pero si aquel hombre era un maniático, ¿quién le creería?

Echó un vistazo al hombre llamado Stuart. Le había parecido amable, si bien era cierto que cazaba y había ido tras el puma. Por principio detestaba a los cazadores, nada bueno podía venir de alguien que por deporte o satisfacción cercenaba la vida de otro ser. Eso incluía al intruso, que la contemplaba divertido, gozando de la trampa que le había tendido. Se arrepintió de no haber sido más clara con su padre al contarle los sucesos. Newen habría sabido qué hacer en caso de que la inculparan. Ella no era capaz de controlar su don, qué tonta al suponer que ya lo dominaba. Contuvo el deseo de llorar y bajó la cabeza. Se mantendría atenta y huiría al menor

descuido. Podía ser silenciosa como un puma si se lo proponía, e igual de fiera.

—Me alegra que lo reconsideres —dijo el intruso, y le tendió un chocolate.

La búsqueda de Mayga se extendió con rapidez por todo el territorio de Los Notros.

Nadie pensaba que la joven hubiera partido por su voluntad, pues conocían el amor que sentía por su tierra y lo feliz que se hallaba en ella. Los únicos que albergaban dudas al respecto eran sus padres. Newen se convirtió en una especie de depredador, alerta ante cualquier señal y seguidor de cualquier rastro, impulsado por ese empeñamiento que le era característico y también por la sensación de culpa que lo corroía. Aunque no se lo había demostrado, él captó el descontento de su hija cuando hablaron del futuro, y temía que aquella desaparición estuviese relacionada con eso. Si había alguien que estaba al tanto de las idas y venidas de Mayga era el hijo de Mario Necul, por mucho que le pesara admitirlo, de modo que fue en su busca.

El capataz se encontraba ordenando el interior de la *ruka* y despotricando contra los malos hábitos de Luciano cuando la silueta poderosa del guardaparque se dibujó a contraluz. La tregua que de modo tácito reinaba entre ellos no impidió que lo recibiese con una mueca de disgusto. Newen tampoco andaba con ganas de amabilidades.

—¿Dónde está tu hijo?

Necul lo miró con hostilidad.

—Parece que es el enemigo público de este pueblo, ¿no? —y ante la expresión amenazadora del otro, añadió—: Qué sé yo, me gustaría saberlo también.

Newen captó con rapidez el desorden y la ausencia de Luciano.

—¿Lo viste hoy?

—Recién caigo. ¿Por?

—Porque quiero hacerle unas preguntas.

—¿Hizo algo? Si no es así...

—No lo sabemos todavía, por eso lo busco.

—¿Sabemos? ¿Quiénes? ¿Quién lo busca?

Mario sintió renovarse su hostilidad. Había muchos otros a quienes pedir cuentas antes que a su muchacho. Era un vago, sí, aunque no el único, y tampoco era un ladrón. A lo sumo podrían achacarle un par de borracheras y algunos escándalos, siempre acompañado por otros.

—¿Estuvo él con mi hija?

Necul se encogió de hombros.

—Cómo saberlo, está solo todo el tiempo. Si por mí fuera, no vería nunca a tu hija. Nuestras sangres no deben juntarse —y amagó un gesto que luego contuvo, por temor a la reacción del guardaparque.

—Yo tampoco lo deseo.

—Cayuki, estás vengándote de mí en mi *coñi*. Él es como yo, no se aguanta la injusticia. ¿Es malo eso?

—Dejemos los discursos, Necul. Busco a tu hijo por otra razón, y es urgente.

—No sé dónde está. Él va y viene por el pueblo, como no hay trabajo...

Newen cortó el nuevo parlamento tomando a Mario por la solapa del gabán, casi levantándolo del suelo.

—¿Dónde? —gritó, con la cara pegada a la del mapuche.

Necul advirtió que algo muy grave estaba sucediendo para que Cayuki perdiese el control de esa manera y consideró que no era el momento de azuzarlo.

—Por las tardes va a la cantina, con los otros *peñi*. Nada malo.

Ambos hombres sabían que de las tardes en la cantina se derivaban hechos que sí eran malos y que más de una vez acababan con los alborotadores en la

comisaría. Newen no tenía tiempo de discutirlo, así que soltó a Mario con desprecio y salió como ráfaga rumbo al pueblo.

Encontró al muchacho sentado sobre un banco de plaza, enfrente de la oficina de Parques. Luciano espiaba con disimulo el despliegue a su alrededor. Hasta Zavaleta se encontraba allí, y él esperaba que hubiese ido a denunciar al gringo de la moto. Observó que Medina iba y venía con una exaltación inusual y que el hippie viejo daba indicaciones, mapa en mano, a un grupo de gendarmes. Aquel revuelo estaba justificado si iban tras la huella de los gringos cazadores, pensaba Luciano. Lo que no encajaba era la presencia de Cordelia, que iba acompañada por un tipo que él no conocía y que parecía muy dueño de sí. ¿Habrían descubierto algo que ni él mismo sospechaba sobre los gringos? Quizá fuese cierta la mentira que había hecho correr.

Newen lo abordó con brusquedad.

—¿Dónde está Mayga?

Luciano tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza para enfrentar la mirada incendiaria del puelche. Pocas veces había hablado con el padre de Mayga; siempre lo eludía, conector de que no era santo de su devoción. Por eso tragó saliva antes de responder.

—No la he visto.

—¿Cuándo no la viste? ¿Hoy? ¿Ayer?

Luciano se puso de pie, de repente preocupado. La última vez que vio a Mayga no había sido una situación agradable y desde entonces no sabía de ella.

—Creo que... hace dos días, señor.

A pesar de la repulsión que sentía por los Necul, Newen notó que el muchacho era sincero y eso lo atemorizó más aún. Si la desaparición de Mayga era un misterio hasta para su mejor amigo, se trataba de algo grave, quizá un secuestro. A su mente volvieron los recuerdos de la vez en que Cordelia fue secuestrada y cómo consiguieron dar con ella atravesando la zona

de las bardas, en la meseta. Contaban entonces con Dashe y con... ¡Cipriano! ¿Cómo no había pensado en él? Debía de estar demasiado ofuscado como para aclararse el pensamiento. Sin despedirse, partió rumbo a la casa del anciano dejando al muchachito sobre ascuas, más confundido que antes.

Cipriano parecía estar esperándolo, sentado en el umbral de su casa, vestido aún con la ropa ceremonial. Newen pensó que nunca como en ese momento se asemejaba tanto a un hechicero. Ni la ropa ni los abalorios sino el porte, digno y distante, le daban ese aspecto, el de un hombre que pisa entre dos mundos, ve cosas que nadie ve y sabe de antemano lo que sucederá.

—Cipriano.

Había que respetar los formalismos. El anciano no era un mercachifle del galpón y Newen lo sabía.

—Cayuki, siéntate.

Obedeció, conteniendo su ansiedad, y se tranquilizó pensando que si era, como se decía, un *huilel* sabría a qué había ido sin necesidad de explicaciones. El viejo araucano le ofreció el cigarro que fumaba y Newen compartió, como otras veces, el humo y el silencio.

—Vamos a hacer *Ñiconmehueche* —le dijo por fin.

Newen asintió, aunque habría preferido en esos momentos una rastrillada feroz por toda la cordillera de Los Notros. Esa rogativa que le anunciaba Cipriano demandaba tiempo y a él le parecía que los minutos le quemaban en las entrañas. Newen sabía que Cipriano no hacía gala de sus dones y eso le había valido el rumor de que era en realidad un *calcu*, un brujo. Sin embargo, jamás se pudo probar que invocase espíritus malignos ni causara daño a nadie. Y aunque no fuese *machi*, podía organizar una ceremonia en torno a una rama de canelo, el árbol sagrado, y también entonar los cánticos para la ocasión. Después de la muerte de Damiana, la comunidad no había conocido otra *machi*. Debía considerar un favor especial la intervención del anciano. Cipriano pondría toda su magia al servicio de la búsqueda de Mayga.

Rogaba en su corazón que los dioses le perdonaran la dureza con que la había tratado.

—¿Adónde fuiste?

La voz de Omar Yusuf resonó en la galería de la mansión. La mujer se detuvo en seco y tardó dos segundos en recomponer la imagen de esclava complaciente que él exigía.

—Al pueblo. Necesitaba...

—Nada que no puedas obtener aquí, perra en celo.

Sandra tragó saliva. El talante del patrón era de cuidado. Sus ojos, por lo general velados por las espesas pestañas, relucían con la dureza del diamante. Tendría que echar mano de todas sus habilidades para distraerlo. Se acercó sinuosa, y colocó una mano sobre el pecho del sirio.

—Las mujeres tenemos secretos que los hombres no deben descubrir.

Yusuf la taladraba con esos ojos de Oriente, aterciopelados sobre un fondo de crueldad.

Bajó la mirada hacia las ropas simples que llevaba su amante y gruñó despreciativo.

—¿Para eso te pago? Pareces una puta cualquiera, pobre y abandonada.

El efecto de aquellas palabras fue mayor del que el propio sirio podía imaginar, pues habían sido dichas en el momento más inapropiado, cuando Sandra volvía convencida de estar haciendo algo con su vida, cumpliendo una venganza. Imposible replicar, de manera que forzó una sonrisa que lució como mueca y acarició el pecho del hombre.

—Quítame las ropas, entonces —susurró.

El brillo cruel se esfumó y apareció una lumbre de lujuria en los ojos negros.

—Vamos adentro —ordenó, y le oprimió un pecho con fuerza, anticipando

el tipo de encuentro que deseaba tener ese día.

Yusuf no estaba acostumbrado a perder, y la partida de los huéspedes, a los que había debido restituir la suma estipulada en el contrato para evitar la difamación de su coto de caza, le provocó un humor de perros. Necesitaba desquitarse con alguien, y Sandra estaba siempre a mano. Al no encontrarla de inmediato creyó que había huido con el joven de la moto, y esa posibilidad le agregó hiel a su amargura. Pagaría con sangre el mal momento que le había hecho pasar. La muy harpía disfrutaba de la violencia, de todos modos.

Se detuvieron en un motel de la ruta, cuando la luz de la tarde se apagaba. Desde allí, las montañas se veían distantes. A Mayga le pareció un lugar triste. Durante el trayecto el intruso se había mostrado callado, casi ausente. El hombre mayor, en cambio, daba muestras de disconformidad con la situación creada por su ahijado. Mayga podía percibir las corrientes soterradas de los sentimientos.

—Pasaremos la noche —les anunció Stuart—. Voy a solicitar los cuartos.

Daniel se volvió hacia la joven.

—Te conviene dormir en el mío y no llamar la atención de mi padrino.

Mayga se espantó ante la idea.

—Yo no voy a quedarme. Ya llegué bastante lejos y no necesito ir más allá.

Su voz debió de sonar desesperada, pues el hombre rio mientras se quitaba los guantes.

—Eso no fue lo que acordamos —comentó, golpeando el manubrio de la Harley.

—¡No acordamos nada! —estalló Mayga.

—Cuidado —de pronto, él se puso serio—. Recuerda a Gilbert. Su cadáver todavía no está frío. Además, acá sola corres más peligro que conmigo en un cuarto. Una chica tan joven y bonita —y Daniel recorrió con un dedo la curva

de la mejilla de Mayga, llegando hasta el hueco de la garganta, donde pulsaban los nervios de la joven.

Mayga lo miró desafiante. Se daba cuenta de que quería intimidarla y no iba a darle el gusto. La victoria era del que no se rendía. Enderezó los hombros y sujetó su mochila. A pesar de que las rodillas apenas la sostenían, caminó hacia el motel y no volvió la cara hasta que llegó a las puertas vidriadas. Recién entonces se dignó mirarlo. Él se hallaba todavía encaramado en su moto, contemplándola con expresión calculadora. Era un hombre apuesto y en cierto modo vulnerable. Detrás de la mirada burlona, de la mueca sarcástica de sus labios y de la sombra de barba que acusaba el rostro, ella vio un sufrimiento que no había alcanzado a percibir antes.

Daniel Stuart ocultaba terribles secretos. Su alma torturada pedía auxilio desde el negro de sus ropas, de su moto, su aparente descuido y sus palabras hirientes. De pronto Mayga lo vio por vez primera, como si un halo lo rodeara. Daniel Stuart era un condenado. Su sanación no dependía de medicamentos ni de castigos, era un asunto de espíritus, de limpieza a través de las hierbas y el humo, de rituales y sacrificios.

Mayga intuyó todo eso mientras contemplaba azorada cómo se le revelaba el hombre detrás de la máscara. Y un torrente de sentimientos la avasalló, impidiéndole casi respirar. Ahí estaba. Ésa era la razón de que lo hubiese encontrado, de que él se cruzara en su camino para perturbarlo todo. ¡Por fin! No necesitaba irse lejos para demostrar nada. El camino de su vida se abría ante ella como una senda luminosa, y entendió que su padre no podría ya cuestionar su decisión. Las fuerzas misteriosas habían decidido su destino y sólo quedaba acatarlo.

—¿Qué está pasando?

La voz del abuelo tronó en el vano de la puerta. Iba dirigida a Josefina, que

trataba de acallar sus inquietudes entre las hortalizas y las salsas.

—De nada valdrá que me des la espalda. Huelo cuando hay problemas, así que abreviemos y díganme de una buena vez lo que sucede. ¿Se trata de Emilio? ¿De Cordelia? ¿De ese cacique que tiene por marido? ¿De quién?

La tía Jose dejó caer los hombros. Tenía razón su padre, de nada valía ocultarle la verdad, la sabría tarde o temprano, del mismo modo que un general conoce el ánimo de sus soldados antes de la batalla.

—Siéntese, papá.

—Me quedo de pie. Me cuesta demasiado levantarme como para andar sentándome a cada rato.

Jose se quitó el repasador de la cintura mientras buscaba la manera suave de decirle que había desaparecido su bisnieta.

—Parece que Mayga...

—Se fue.

La mujer abrió grandes los ojos, pasmada.

—¿Cómo lo supo? ¿Acaso los mellizos...?

El abuelo desechó la idea con un gesto desdeñoso.

—Ese par no sabe ni en qué día vive. Lo sé porque ese noviecito que tiene vino hace un rato buscándola.

—¿Quién?

—Un vago que la ronda. Ya le advertí que no le convenía, pero por supuesto son advertencias inútiles. Se dicen por cumplir, nada más. Ella se enredará con quien quiera.

Josefina se quedó mirando al abuelo, consternada. ¿Aquél era el hombre al que había asignado una enfermera porque vivía postrado y ella no podía ni quería desempeñar ya ese papel? Erguido, con su trípode y varias bufandas al cuello, sostenía la mirada más aguda que nunca.

—Un tal Luciano.

—Ah...

—Sí, “ah”. Cierra la boca. Lo que quiero saber es por qué se fue mi bisnieta del sitio donde se sentía tan contenta. Parece una muchacha sensata, no alocada como su madre y su tío.

—Bueno, ella quiere quedarse acá y su padre desea que estudie en la capital.

El abuelo entrecerró los ojos.

—¿Ese hombre se atreve a imponerle su decisión a mi bisnieta?

La voz del abuelo se tornó delgada, como si se ahogase sólo con la idea. Josefina temió que el disgusto lo enfermase.

—No es tan así tampoco. Es su padre, y...

—¿Dónde está ahora?

Josefina se desconcertó ante la pregunta imperiosa y M. Ducroix la descartó con otro gesto impaciente. Antes de que ella pudiese evitarlo, salió por la puerta de adelante dando un portazo. A Josefina se le congeló el grito en la garganta y fue Greta la que lo articuló por ella. La mujer llegaba desde las habitaciones del fondo cargando un gato gordo.

—¿Adónde fue el mariscal? Digo, ¿adónde fue su padre?

Josefina la miró con aire desolado y extendió los brazos para que Dickens se arrebujase en ellos.

—No puedo más, Greta, estoy al borde de mis fuerzas.

El gato ronroneó y exigió caricias antes de hacerse un ovillo en el regazo de la tía Jose. Lo acunó distraída, mientras la enfermera se abrigaba para ir en busca del abuelo.

M. Ducroix halló a Newen en la oficina de Parques, al frente de una partida de reconocimiento. Acababan de “peinar” el bosque entero y el guardaparque exigía que volviesen a hacerlo, por si algo se les había pasado por alto. Recordaba que cuando secuestraron a Cordelia fue un detalle intrascendente lo que lo puso sobre la pista. A su lado, un viejo indio esmirriado observaba, sin participar del nerviosismo reinante.

La presencia del abuelo provocó un silencio repentino. Fuera de Medina y de Newen nadie más lo conocía, de modo que se lo tomó por algún turista desorientado. M. Ducroix había caminado bastantes cuadras para llegar al sitio que recordaba como el primer punto de contacto con Los Notros, de manera que su respiración era agitada y su tez pálida. El viento de la tarde sacudía las puntas de las bufandas y alborotaba su escaso cabello. A nadie se le hubiese ocurrido un asomo de sonrisa, sin embargo. La figura del viejo imponía respeto.

—Quiero hablar con Newen Cayuki.

Al lado de Cipriano, M. Ducroix parecía más alto de lo que era, y más imponente.

—Acá estoy.

Newen se aproximó, conteniendo su rabia por tener que interrumpir lo que estaba haciendo.

—¿Dónde podría ir una chiquilla enojada con su padre? —le espetó.

El silencio se hizo mayor. Medina, que hasta el momento revisaba las rutas de rastrillada con el hippie viejo, se acercó al conciliábulo. Todos habían formado un arco alrededor de los hombres, como en un reñidero de gallos. El abuelo fijó en los ojos del puelche los suyos, azules y nítidos.

Se produjo un hueco en el tiempo, muy semejante al que los mismos protagonistas habían percibido años atrás, cuando Newen se presentó en la mansión y enfrentó al abuelo para desafiarlo, diciéndole que había convivido con su nieta en la montaña.

Ambos rememoraron ese instante.

¿Adónde iría una hija para desafiar al padre? ¿Dónde fue Cordelia cuando no le permitieron volver al cerro? La mente de Newen viajaba a velocidad vertiginosa. Cordelia se había escapado a la meseta de Somuncurá entonces, para contemplar los cóndores que él soltaba frente al mar y saber por su propio medio aquello que él le negaba. Ese recuerdo activó un sexto sentido

en Newen.

Mayga había abandonado el pueblo, sí, pero no para irse a ningún otro lado, sino para demostrarle que estaba decidida a quedarse. No deseaba que la buscaran, ni quería ser rescatada. Mayga era dueña de su momento. Y él debía respetarlo, como el abuelo lo había respetado aquella vez, hacía tanto tiempo, al comprender la profundidad de sus sentimientos.

Hubo un murmullo y la imagen, detenida durante una milésima de segundo, volvió a la vida. El abuelo y Newen intercambiaron otra mirada y luego el puelche dijo con voz firme:

—Dejemos la búsqueda por ahora. Mañana empezaremos temprano, si es que mi hija no ha aparecido antes.

Cipriano sonreía y los hombres se dispersaron ante la mirada atónita de Medina, que no podía creer lo que estaba oyendo. El abuelo sonrió también bajo el bigote, una sonrisa disimulada. Al advertir que el viejo indio lo observaba lo encaró, molesto.

—¿Qué quiere usted?

—Decirle que el *Ñiconmehueche* tendrá éxito, sí, señor.

Lo dijo un momento antes de que una mujer desgarrada, de semblante descompuesto, entrara en el círculo haciendo aspavientos y murmurando cosas en una lengua ininteligible. Ver a Greta en ese estado fue la segunda satisfacción del día para el abuelo.



CAPÍTULO 21

La rogativa era sencilla: una invocación a los espíritus para que devolviesen a la niña perdida en los bosques cordilleranos. Cipriano se presentó al atardecer con su traje ceremonial, una piedra horadada en el centro, el *pimuntuwe*, colgando de su cuello, y la *pacücha* para beber la *chicha* ritual. Se dirigió escoltado por dos mujeres de la comunidad hacia el recinto sagrado marcado por el *rewe*. Allí esperó a Newen, que llegó puntual, y luego se dispuso a hacer la incensación de humo para enviar señales a los espíritus protectores.

Newen conservaba una actitud respetuosa ante los efluvios del viejo araucano, tanto cuando éste fumaba como cuando enviaba el humo hacia las alturas o bebía del cucharón de madera, a través del palo ahuecado. Había aprendido a mezclar en su corazón los rituales de su pueblo tehuelche, legado de su abuela, y los de la comunidad mapuche de Los Notros, al punto que le era difícil distinguir los detalles de uno y otro pueblo. La religiosidad de los indios del sur, despojada de templos, ídolos o altares, se avenía de manera perfecta con su carácter austero. Dios estaba en lo que lo rodeaba, sin necesidad de ornamentos ni complicados ceremoniales para sentirlo.

Mientras el viejo indio realizaba su ritual, Newen volvió a sentirse embargado desde adentro por una emoción intensa, como le había ocurrido en la *ruka* de doña Damiana. Se trataba de algo casi tangible, una presencia sin forma ni nombre, algo nuevo. Dashe solía hacerle sentir que estaba en espíritu junto a él, pero esta sensación era diferente. Dejó que fluyese, sin oponerse. Antes la había interrumpido, al despertar asustado del trance. Aquella esencia

invisible lo colmó de felicidad y supo que Mayga estaba bien y que volvería.

Cipriano enterró la oreja de uno de sus carneros junto con unas hierbas que quemó, y luego roció con *chicha* el montoncito. Pronunció unas palabras quedas en *mapuzugun* y enseguida, con un gesto amplio, echó al viento las otras:

—Oh, gran *Fvtachao*, Padre en las alturas, no nos rechaces, dinos que tendremos buen tiempo, buena lluvia, y que gozaremos de la dicha de volver a ver a Mayga entre nosotros.

La clave de la ceremonia era llamar la atención de los espíritus buenos y alejar a los malos, de modo práctico y convincente. Durante el despliegue las mujeres tocaron el pequeño tambor chato, el *kultrum*, creando un eco a las palabras del mago.

Sólo ellos cuatro en el claro donde se alzaba el altar, formado por un atado de ramas de canelo sobre un tronco de maqui. Al terminar, Cipriano guardó reverente silencio unos instantes y luego miró de frente a Cayuki.

—Ya está. Ahora queda en Ellos la respuesta.

En el cuarto 17 del motel La Cañada, Mayga aguardaba tensa mientras escuchaba el sonido de la ducha en el pequeño baño. Podría haber huido, ya que la llave estaba en el picaporte, y de seguro el hombre sospechaba que esa idea pasaría por su mente. Por alguna razón confiaba en ella, y por eso mismo Mayga había decidido no escapar.

Daniel salió envuelto en un toallón de la cintura para abajo. Mayga no era ninguna mojigata y a menudo había visto a hombres semidesnudos en el pueblo, trabajando al sol o practicando deportes de riesgo en el río. Lo que le quitó el aliento al ver el cuerpo del extraño fue el tatuaje que ostentaba su espalda de hombro a hombro: una *ñancu* con las alas extendidas y la cabeza de costado, mostrando su pico ganchudo entreabierto, lista para atacar. La

imagen del águila era feroz. Ella le conocía ya la víbora enroscada en el brazo, pero aquello era imponente. La exclamación que dejó escapar provocó que Daniel se volviese de inmediato, consciente de que había descuidado la retaguardia.

Bastó una mirada a la expresión de la joven para entender que el mal estaba hecho.

Su sello de horror y vergüenza había sido descubierto.

Hubo un silencio, roto sólo por los ruidos rutinarios del motel. Daniel mantuvo los ojos fijos en los de Mayga como si intentase rendirla, obligarla a disculparse por haber espiado su mayor intimidad. A pesar suyo, el rubor tiñó sus pómulos y sintió que una rabia sorda se apoderaba de él.

—¿Qué hay? ¿Qué te interesa tanto? ¿Mi cuerpo, acaso? Ven, entonces. Si es así, puedo darte el gusto.

La humillaba para escudarse, Mayga lo entendía.

—También a mí me gustaría ver algo de piel, ya que estamos —siguió diciendo, y se aproximó a la muchacha que permanecía sentada sobre una de las camas.

Con insolencia le quitó la mochila y la arrojó lejos. Mayga permaneció inmóvil.

Las manos del hombre le arrancaron el pulóver y dejaron al descubierto una camisa de franela a cuadros. Daniel sonrió, despectivo.

—Qué mujer tan seductora, viste como un muchacho.

Aquella burla pretendía herirla y Mayga no respondió. Su semblante era sereno. El hombre parecía más enardecido al no verse enfrentado. Tiró de ella hasta ponerla de pie y en un solo movimiento hizo saltar los botones de la camisa por todas partes. Mayga llevaba una camiseta gruesa que ocultaba sus encantos, una ropa adecuada al frío, y Daniel soltó una imprecación al ver frustrado su deseo de conocer los pechos de la joven. Parecía dudar sobre el próximo paso y ella se anticipó, quitándose la prenda por la cabeza. Al

principio, la sorpresa le impidió ver la tersura de la piel femenina, la curva suave de los senos enhiestos de pezones oscuros. No llevaba sostén ni lo precisaba. Mayga era esbelta como una espiga, su cintura pequeña anunciaba la redondez de una cadera firme. La trenza había caído de modo casual sobre su hombro y llegaba hasta el ombligo, rozando el comienzo de lo que todavía se ocultaba a la avidez del hombre.

Le tocó a él contener el aliento. La muchachita del bosque era más bella de lo que había pensado. Casi con reverencia tocó la trenza reluciente, siguiendo el curso de sus ondulaciones hasta llegar a la cintura. El dedo permaneció quieto allí, y los ojos del hombre se elevaron con rapidez, sondeando los de la joven. De nuevo ella tomó la iniciativa, guiada por un instinto desconocido. Con un ágil balanceo, dejó caer los pantalones anchos y quedó expuesta ante él con apenas un trozo de algodón separando sus cuerpos. La emoción oprimió la garganta de Daniel. Un remolino de sensaciones encontradas lo sacudía: rabia, dolor, repulsión, atracción, lujuria, anhelo, deseo de ser amado y a la vez rechazo por quien osara intentarlo. Los cuerpos femeninos eran para el ultraje, la hermosura de Mayga constituía un atentado a su tranquilidad.

La joven no estaba tan serena como aparentaba. Por primera vez se mostraba sin ropas ante un hombre, y no uno que le hubiese prometido amor eterno, sino un salvaje que no dudaba en zaherirla o provocarla. Tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza y recordar el propósito de su presencia allí para reponerse. Respiró hondo y sus manos bajaron la última prenda, que cayó al suelo.

Daniel ahogó un gemido. Allí estaba lo que él había perseguido todo ese tiempo; se le ofrecía sin tapujos, con el consentimiento de su poseedora. Deslizó la mirada hacia arriba, buscando la certeza en los ojos de Mayga, todavía inseguro sobre las razones de la muchacha para sucumbir ante él, cuando unos golpes secos sonaron en la puerta.

—Dan, bajo a cenar. ¿Vienes?

Su padrino no podría haber sido más inoportuno. El hombre mantuvo la mirada fija en la joven, descifrando si aquel milagroso encuentro podría volver a producirse más tarde. Ella lo miró también de manera intensa, tentándolo a preguntar. Se había atrevido a más de lo que él esperaba y quería asegurarse de que lo hubiese entendido.

Ella había confiado.

Daniel apretó los dientes y tomó su decisión. Disculpándose con los ojos, recogió las prendas diseminadas por el cuarto y comenzó a colocárselas con cuidado, tratando de remediar el daño causado. Mayga lo ayudó en silencio, compartiendo un momento tan íntimo como podría haberlo sido el acto mismo.

La tía Jose acompañó a Cordelia a la cabaña del cerro y la instó a recostarse un rato mientras ella preparaba algo para comer. No hacía más que cocinar, como si la comida fuese uno de sus bálsamos milagrosos que curaban todo mal. Le extrañó no ver a Werken por ninguna parte, pues el animal solía merodearla cuando cocinaba. Pensando en el humor del esposo de su sobrina al regresar, cortó gruesas lonjas de carne y picó cebollas y ajíes para formar una salsa donde rehogar el guisado. Su estadía en aquel lugar había contribuido a mejorar la alacena, de modo que contaba con pimentón, hierbas finas y ciruelas para rellenar los trozos de carne. En un santiamén tuvo todo al fuego y la cocina recobró calidez al impregnarse de los aromas y del vapor. Aprovechó el tiempo de cocción para descansar un rato junto a la ventana. Había vuelto a caer aguanieve, y en la oscuridad incipiente el panorama era desolador. Pensó en Mayga, si tendría suficiente abrigo donde fuera que estuviese, y se llevó la mano a la boca, ahogando un gemido de angustia. No podía preocupar a Cordelia más de lo que ya estaba, tenía que apoyarla y animarla. Suspirando, recogió el libro olvidado y dio vuelta las hojas casi sin leerlo.

—¿Llego a tiempo?

Josefina cerró el libro de golpe y se levantó.

El hippie viejo sostenía un cesto de donde asomaban hojas verdes y sonreía, aunque su expresión era cautelosa, pues no olvidaba el enojo de Josefina del día anterior.

Ella tampoco.

—A lo mejor puedo agregar éstas a tu cena. Acabo de canjearlas por dos estantes de madera.

Colocó la verdura sobre la mesa y se arremangó, dispuesto a ayudar.

—¿Qué estás haciendo?

—Colaborar, por supuesto. ¿O no me crees capaz?

Jose se mostró confusa. La idea de que un hombre se moviese en su cocina le resultaba inapropiada.

—Espero que no seas de esas mujeres que se creen conocedoras del secreto universal.

—No... yo... es decir, me sentiría insultada si tuvieses que cocinar tu propia cena habiendo una mujer para hacerla.

Walter se detuvo y abrió muy grandes sus ojos oscuros.

—¡Joséphine Ducroix! No puedo creer que pienses eso. Sabrás que los hombres poseemos un sexto sentido para los sabores. Por ejemplo, sabemos que a tu guiso le falta esto —y sin esperar aprobación, descorchó una botella que llevaba oculta bajo el abrigo y echó un chorro de vino a la cacerola humeante, que dejó escapar un siseo.

Josefina lanzó un grito de alarma.

Walter contemplaba satisfecho el nuevo aspecto de la comida en ebullición.

—¡Lo arruinaste!

Él pareció ofendido.

—Claro que no, lo convertí en un manjar de sibaritas. Probemos —y de nuevo sin esperar la reacción de la mujer introdujo un dedo en la salsa y lo

chupó, elevando los ojos al techo.

—Exquisito. Deberías probarlo, Joséphine.

Antes de que le ofreciese un bocado con su propio dedo, la tía Jose se apresuró a introducir una cuchara y saboreó el líquido espeso. Tuvo que admitir que el vino le había dado un toque delicado y a la vez audaz.

—Está bueno.

—¿Entonces? ¿Podemos jugar juntos?

—¿Cómo?

—Cocinando, inventando sabores. ¿Qué creías?

Josefina maldijo para sus adentros el sonrojo que sabía que ostentaba y se dispuso a continuar su preparado.

—Corta la verdura sobre la tabla de picar, si quieres ser útil. Cuando esté lista, la echaré en la salsa.

El hippie puso manos a la obra, silbando una vieja tonada sureña, perturbando los desplazamientos de Josefina en la habitación y opinando sobre cada detalle que agregaban al guiso. Al cabo de un rato, ella ya se encontraba cómoda como si él fuese su ayudante habitual, y reían juntos después de tomar sorbos de vino entre batido y batido con la espumadera.

—Perdón, buenas noches.

Medina asomó su rubia cabeza, que resplandecía contra la oscuridad reinante.

Josefina lo contempló azorada, intentando que aquella escena no pareciese lo que de seguro el intendente de Parques interpretaba, pues se hallaba arremangada hasta los codos, tenía las mejillas arreboladas a causa del vino y acababa de darle a Walter Foyer un bocado de la última versión de la salsa en la boca, para que dictaminase su acierto.

—Adelante, Hugo, nos vendrá bien tu opinión —lo alentó Walter.

—Lo lamento, no tengo tiempo para distraerme —y su tono sonó cargado de reproche, hundiendo a Josefina en la desdicha—. Vine sólo para avisar que

Cayuki dormirá hoy en la oficina para emprender la búsqueda a primera hora de la mañana, sin perder un minuto. ¿Cordelia está?

La llegada de Medina había enturbiado la espontaneidad del momento y recordado a la tía Jose que no era ético divertirse cuando todavía no había señales de Mayga y su sobrina dormía apesadumbrada en el altillo.

—Está dormida, pero le daré el mensaje, gracias.

Josefina habría querido sentirse menos mezquina, pues en realidad albergaba rencor hacia el intendente por hacerla sentir en falta del modo en que acostumbraba a sentirse cuando todavía era la “buena y santa tía Jose”.

—¿La radio no funciona?

El comentario de Walter sumió a Medina en un bochornoso silencio. Él podría haber avisado sin necesidad de subir hasta la cima. Si lo había hecho, tendría su motivo.

—Cayuki quiso que le llevara noticias de su esposa, saber cómo se sentía —dijo, al cabo de un momento.

Jose se encontraba en una difícil situación; su posición de anfitriona le dictaba invitar a Hugo a cenar, mientras que la nueva Josefina en la que se estaba convirtiendo exigía un rato de liberación de fórmulas y controles. Un respiro.

—Josefina está preparando un delicioso guisado y yo la estoy molestando todo lo que puedo. Podemos ser dos en la tarea —ofreció Walter con aire conciliador.

Medina declinó la invitación.

—Será la próxima vez. Esta noche hemos andado mucho y creo que prefiero mantenerme alerta junto con Cayuki. Josefina, ¿le hará saber a Cordelia lo que haremos?

—Por supuesto, Hugo. Vaya tranquilo.

—Gracias. Hasta mañana.

La puerta se cerró y hubo un instante de incómodo silencio. Walter lamentó

la llegada inoportuna de Medina, pues su intención había sido levantar el ánimo de las Ducroix, ya que nada nuevo podía hacerse ese día. Demasiado bien comprendía el conflicto de la tía Jose, y temió que volviese a ser la mujer que sólo pensaba en los demás, olvidándose de sí misma.

—¿Por qué no subes a ver a Cordelia? Yo pondré la mesa mientras tanto.

Josefina asintió sin decir nada, y subió al altillo sintiéndose avergonzada. Walter no sólo la ayudaba, sino que la protegía de sí misma.

Encontró a su sobrina arrodillada sobre una manta, revolviendo las virutas en una caja de madera. La vio extraer una estatuilla y mirarla con detenimiento, para luego enjugarse una lágrima furtiva. Jose se acercó inclinada, ya que el techo de la cabaña era más bajo en ese rincón. Cordelia sostenía una de las tallas de Newen, una mujer que alzaba los brazos hacia el cielo en actitud de adoración.

—¿Es Mayga? —susurró, conmovida.

Cordelia negó con la cabeza.

—Soy yo —dijo por fin—. La hizo cuando me amaba sin darse cuenta todavía —y acariciaba el contorno de la estatua con tristeza.

—Antes de conocerme, Newen tallaba siempre la misma figura, la de una mujer que le había hecho mucho daño. La hacía en todas las formas posibles y en todas parecía huir de él, hasta que me conoció. Luego de un tiempo, las figuras empezaron a ser distintas, y Cipriano, el del galpón de los artesanos, se dio cuenta y me lo dijo. Yo no sabía de estas estatuillas entonces. Mi esposo es muy reservado.

—Y eso te causa dolor, ¿verdad, querida niña?

Cordelia suspiró.

—Él nunca sabrá cuánto.

Josefina se arrodilló a su lado y tomó otra figura, sentada en posición india, peinándose el cabello. Era probable que Newen la hubiese tallado cuando Cordelia ya era su mujer y la conocía de modo íntimo. La actitud de la

estatuilla revelaba confianza, abandono.

—Es muy bueno tallando —comentó la tía Jose.

—Mi esposo es bueno en todo lo que hace. Ése es el problema que afecta a Mayga. Ella lo venera como a un héroe y quiere seguir sus pasos, mientras que él la pone a prueba todo el tiempo, como hizo conmigo cuando supo que yo no era un muchacho.

—Quizá él teme que le ocurra algo a Mayga, el oficio es peligroso.

—Él no es consciente de su actitud. Todavía hoy no se siente seguro de mí.

—¿No? —Josefina se desconcertó ante tal revelación.

Cordelia volvió el rostro hacia su tía mostrando las lágrimas que pugnaban por caer.

—Tengo miedo, tía, de que su desconfianza y su recelo me empujen a cumplir su mayor temor.

Josefina no entendía los motivos de la perturbación de su sobrina, aunque captó con claridad su desdicha, de manera que la confortó con un abrazo como cuando era una niña y ella una joven mujer sin experiencia. Al separarse, Cordelia continuó revolviendo en el fondo del baúl y sus dedos dieron con una pequeña caja de tapa corrediza. Intrigada, sorbió sus lágrimas y la abrió. Adentro, un medallón de madera revelaba el rostro que ella tan bien recordaba. Su Meullen, tallado quién sabía en qué momentos por el dolor de su esposo. Allí estaba el niño cuya efigie Newen jamás le permitió exponer. La claridad de sus rasgos era notable, y sólo la ignorancia de la tía Jose le impidió echarse a llorar de súbito.

—¿Quién es? —murmuró Josefina, creyendo que se trataba de la imagen de un santo.

Cordelia volvió hacia ella unos ojos dilatados por la pena.

—Nuestro hijo, tía. Murió a poco de nacer.

El impacto de esas palabras dejó muda a la tía Jose. ¿Cómo era posible? ¿Cuándo había sucedido? Un tumulto de preguntas se amontonaron en su mente

impidiéndole hablar.

Cordelia hizo acopio de toda su serenidad para contarle en breves palabras la desgracia que había marcado sus vidas. Mientras escuchaba, las lágrimas fluían de los ojos de la tía, conmovida y compadecida del dolor que su sobrina había sufrido sin que ella pudiese consolarla. Ahora entendía por qué habían demorado tanto en viajar a Buenos Aires para visitarlos, y también aquella sensación de lejanía que había percibido en Cordelia. La joven quiso ocultar su pérdida, tal vez porque en presencia de su marido prefería no ahondar en ella. Pobre Cordelia. ¡Sola con un hombre huraño en aquel páramo! Por más que su hermano estuviese cerca, debió de sentirse muy triste al no poder compartir la desdicha con quien la sentía en carne propia también. Recién entonces captó Josefina la real dimensión del problema de su sobrina: estaba casada con alguien tan diferente a ella en su educación que sólo en contadas ocasiones lograría sentirse comprendida. Afligida más de lo que podía expresar con palabras, acunó la cabeza rubia tan amada hasta que las lágrimas convulsas cesaron y quedó un sollozo bajito, hecho de anhelo y desesperanza.

Stuart Eliot no quitaba el ojo de encima a su ahijado durante la cena en el motel. No se tragaba el cuento de la muchacha buscando su destino, y como la chica le parecía decente y a todas luces era muy joven, decidió advertirla por su bien.

Mayga apenas probaba bocado, en parte por la tristeza que le causaba verse alejada por primera vez de Los Notros sabiendo que sus padres sufrían por su causa, y en parte porque percibía con intensidad el pasado que torturaba el alma del intruso. Era una energía brumosa que la asfixiaba. Frente a ellos, el padrino de Daniel los observaba ceñudo. Mayga no sabía si creerlo un hombre desquiciado, como su ahijado aseguraba, aunque de algo estaba segura: era

capaz de matar a sangre fría.

Al terminar la magra cena, Stuart se excusó diciendo que fumaría un cigarro en la recepción y los dejó solos. Al momento regresó, argumentando que había olvidado la tabaquera en la habitación, y si Dan sería tan amable de traérsela.

Si el hombre joven se molestó con el pedido, no lo dejó entrever.

Stuart se sentó de nuevo frente a Mayga.

—He mandado a mi ahijado con un pretexto para contarte algo que debes saber, pequeña vagabunda.

Mayga se irritó por el epíteto con que el hombre la distinguía, aunque tuvo que admitir que eso debía de ser lo que parecía a ojos de los demás.

—Dan es un muchacho que no ha tenido una vida normal —comenzó Eliot—. Desde pequeño sufrió abandono y toda clase de maltrato. Creo que deberías saber, antes de involucrarte en su vida, a lo que tendrás que enfrentarte.

—Me doy cuenta de que su sobrino es un hombre que ha sufrido, señor.

—En verdad me refiero a algo mucho más sórdido, algo que jamás sospecharía tu alocada cabecita. Y no soy su pariente, sino alguien que lo tomó bajo su protección para evitarle mayor daño.

Mayga ocultó la sorpresa bajo una máscara de indiferencia. Se dio cuenta de que se parecía más a su padre de lo que ella creía.

Stuart continuó, impasible:

—Un niño no debería conocer siquiera las experiencias que vivió Daniel. Nunca. A él le tocaron en carne propia y así se debe interpretar literalmente, pues su carne quedó marcada por el horror.

Mayga temblaba por la información que estaba a punto de recibir.

—Cuando Dan tenía seis o siete años, yo era un joven cazador dispuesto a vivir una aventura en Sudáfrica. El padre de Dan estaba ávido de hacer lo que fuese por ganar unos pesos viviendo como un rey, y a mí no me importó explotar esa necesidad si ambos sacábamos provecho, así es que partimos

juntos sin mirar atrás, pero la madre de Dan se embarcó sin que lo supiéramos, siguiéndonos los pasos. A mí no me preocupaban los asuntos amorosos de mi acompañante, hasta que pude ver la sordidez que encubrían. La madre de Dan era adicta a toda clase de drogas, y en Sudáfrica se conectó con gente de un culto esotérico y comenzó a asistir a sesiones donde todos entraban en trance. Un día encontré a Daniel llorando en el baño del hotel donde nos alojábamos. Le pedí que me contara lo sucedido, creyendo que sería algún capricho de niño, y cuando vi que se pegaba contra la pared sospeché que algo malo ocurría. En el hombro izquierdo llevaba una marca sangrante, una espiral realizada con un objeto punzante. En ese momento entendí que el niño estaba siendo ofrecido a algún culto y que su propia madre lo permitía. Le comenté el hecho a su padre y él respondió que eran sólo pavadas a las que su mujer se aficionaba, que no les diese mayor importancia. Pasaron algunos días más y tuvimos otro episodio similar, con el saldo de una marca más pequeña en la sien izquierda. Al mismo tiempo, la madre de Dan pasaba algunas noches fuera de casa, supongo que estaría tan drogada que no sabría ni encontrar el camino de regreso. Nosotros seguíamos con nuestras incursiones de caza, tratando de aparentar que todo era normal, hasta que el padre de Dan murió por un tiro desviado. Al principio pensé que se debía a un desafortunado accidente, pues salíamos a la jungla acompañados de guías locales, muchos de ellos ignorantes del idioma que hablábamos y con los que nos resultaba difícil entendernos. Con el tiempo descubrí que el autor del disparo había sido un hombre que apareció de forma ocasional ese día y que nunca más se presentó. Hoy sé que se trataba de uno de los miembros de la secta en la que la madre de Dan profesaba, y que ésa había sido la manera que tuvo la mujer de deshacerse de un hombre que la explotaba. Ése fue otro descubrimiento que hice después: el padre del muchachito era un proxeneta. ¿Sabes qué es eso?

Mayga asintió, petrificada por el horror. Ella había vivido tan protegida en su cabaña del cerro, libre para ir y venir como quería, sabiendo que en esa

libertad había más amor que descuido, en tanto que otras personas sufrían maltrato y abandono.

Un torrente de compasión se desató en su corazón.

—La muerte de mi compañero me dejó a solas con la decisión de cargar con la madre y el muchacho, o bien dejarlos en el seno de aquella comunidad que practicaba ritos satánicos. Me debatía entre la obligación moral y mi propio interés, cuando el macabro hallazgo del cadáver de Cinia me dio la respuesta. La mujer había muerto, quizá de sobredosis, y el chico no tenía a nadie que lo protegiera. Me lo llevé a mi casa de Hawai y me convertí en su tutor para responder por él ante cualquiera. Lo crié lo mejor que pude, aunque debo confesar que no entraba en mis planes la tarea de hacer de niñera, así que más de una vez lo dejé con sirvientas y hasta lo interné pupilo en un colegio. Al cumplir los dieciocho, Dan se presentó ante mí con la pretensión de acompañarme en mis viajes por el mundo. Me negué, pero él estaba decidido a no despegarse de mí.

Mayga se removió en su silla. Mientras Eliot hablaba, ella podía sentir en su piel la anticipación del horror.

—El muchacho disfrutaba de los hoteles donde nos alojábamos y a veces me secundaba en mis incursiones, aunque la cacería nunca fue su salida favorita. Como no tengo herederos, se convirtió en el beneficiario de mis inversiones, y con la mensualidad que obtenía se compró esa moto ridícula con la que viaja siempre. Creí que habíamos llegado a un acuerdo pacífico, hasta que comencé a notar que salía a horas extrañas, de manera furtiva. Hice la vista gorda, imaginando locuras juveniles, pero una vez llegó borracho y cuando le di una filípica acerca de los vicios y el descontrol, citando a su madre, reaccionó como una fiera, insultándola de arriba abajo. Dijo algo que jamás olvidaré: que haría morder el polvo a todas las putas que encontrase. Lo tomé como una bravuconada de muchacho herido, hasta que pasado un tiempo percibí que se comportaba con reserva frente a las muchachas decentes, pero

si captaba en ellas el menor desliz las trataba con dureza.

Stuart se detuvo y tomó fuerzas para continuar. Mayga retenía el aliento.

—Encontré entre sus cosas una especie de decálogo, un sistema de mandamientos, a cuál más perverso. No voy a detallar su contenido, basta saber que estaba dirigido a ultrajar a las mujeres que vendían su cuerpo, olvidándose de lo más sagrado: concebir a los hijos. Me disponía a darle otra felpuada cuando advertí que no se trataba de su letra. Entonces presté más atención a sus escapadas y una noche lo seguí. Lo que vi me llenó de espanto. A mí, que conozco otras culturas, domino distintas lenguas y soy un hombre que ha vivido, me horrorizó ver a mi ahijado reunirse con un grupo de depravados que celebraban rituales de profanación.

—¿Rituales?

La voz de Mayga sonó agónica. En su mente tomaba forma una posibilidad espantosa.

—Algo así. Se ubicaban en círculo y juraban en voz alta cosas horribles, prometían venganza y se tatuaban la piel con figuras amenazantes.

Mayga casi no podía escuchar. Las palabras de Stuart se mezclaban con las de su padre relatando la forma en que habían hallado la oveja descabezada en la estancia de Zavaleta. La aparición coincidía con la llegada de los Eliot al pueblo. Y ella recordaba haber encontrado a Daniel en la espesura, deambulando sin causa aparente.

—En el suelo había rastros de sangre —continuaba Stuart—, y también en las manos de los participantes de la ceremonia. Me asqueó ver a mi ahijado embadurnado con la sangre de quién sabe qué animal, actuando como poseído por el demonio. Regresé esa noche asustado por el desafío que tenía ante mí: salvar al muchacho de las garras de una pandilla de locos. Al poco tiempo, en uno de los lugares adonde fuimos, descubrieron el cadáver de una mujercuela. Estaba descuartizado. Y sobre uno de los muslos... —de nuevo el hombre se detuvo, conmocionado por el recuerdo— llevaba la marca de una serpiente

enrollada.

Mayga ahogó un gemido. ¡Ella había visto esa serpiente en el brazo de Daniel! Él no se había molestado en ocultarla, quizá porque supuso que en ese rincón remoto de la Patagonia nadie sabría su significado. Sin embargo, aquella cofradía podía tener miembros en distintas partes del mundo.

—A partir de ese momento mantuve a mi ahijado bajo vigilancia. No quiero decir con esto que lo considere autor del crimen de la mujer —aclaró con firmeza el hombre—. La policía encontró al culpable, aunque ignoro si sería alguno de los acólitos de ese grupo de justicieros. Como ves, señorita, hay mucho que considerar en tu decisión de seguir nuestros pasos. Te recomiendo que recojas tus cosas y desandes el rumbo, porque en ningún lado estarás más segura que con tu familia. Y no estoy diciendo que te tome por una cualquiera —se apresuró a añadir—, pero al desertar de tu casa es probable que alguno lo piense y entonces sí correrías peligro.

Si Stuart se proponía causar efecto en la muchacha sin duda lo había logrado, aunque no en el sentido que él esperaba, pues Mayga, en lugar de pensar en huir, se afirmó en la idea de rescatar a Daniel de su abismo de sufrimiento.

Justo en ese momento él volvía con la tabaquera de plata de su padrino. En su expresión inescrutable Stuart detectó un asomo de reproche.

—Bien, ahora sí los dejo solos. Que se diviertan.

Daniel la contemplaba con fijeza.

—¿De qué hablaban?

Mayga cruzó las manos en su regazo, indecisa.

—Su padrino me contaba sobre los viajes de cacería. Yo no apruebo el deporte de la caza, pero me gustan los relatos de lugares exóticos.

Daniel le levantó la barbilla con un dedo.

—Lo más exótico que he visto en mi vida es tu rostro, pequeña india. ¿Te molesta que te llame así?

Mayga se encogió de hombros.

—Si me molestara renegaría de mi sangre, y estoy orgullosa de mi parte tehuelche.

—Qué duda cabe. Jamás conocí a una mujer tan orgullosa. Vanidosas sí, las hay a montones.

Se miraron. Daniel parecía de un talante extraño, vulnerable, casi fatídico.

—Ven —dijo con suavidad, y la ayudó a levantarse.

Caminó con ella de la mano hasta un playón de estacionamiento donde había guardado la Harley.

—¿Te gusta?

Mayga contempló cómo acariciaba la curva superior de la moto con la sensualidad que hubiese podido dedicar a una mujer. La moto parecía una bestia dormida bajo las estrellas.

—Es linda.

—¿Linda? —Daniel soltó una carcajada—. Linda es quedarse corto. Es soberbia. ¿Qué sentiste al viajar en ella?

Mayga no podía decirle que veía en aquel vehículo un símbolo de maldad.

—¿Te dio vértigo? —y se acercaba mientras describía las posibles sensaciones—. ¿Sabías que la velocidad puede producir orgasmos?

Y como Mayga permaneció en silencio, agregó:

—¿Sabes lo que es eso? Es lo que te hice sentir allá en el bosque, cuando te rescaté de los zánganos de tus amigos —y extendió la mano para despejar el cabello que le caía sobre los hombros—. Qué bonita eres.

La joven tembló, no sabía si de miedo o de excitación. Aquel hombre signado por la fatalidad ejercía un poder desconocido para ella.

—No me tendrás miedo, ¿verdad? Porque los hombres somos peligrosos, ¿sabías?

Daniel se sentó sobre la moto y atrajo a Mayga, aprisionándola entre sus piernas. Ella podía sentir la calidez que emanaba de su cuerpo.

—Una mujercita tan joven no debería andar sola por los campos, tentando a los hombres malvados. Me extraña que no sepas eso. ¿Acaso te criaste en una burbuja? No lo creo. Pienso que sabes bien qué pensamientos provocas cuando te deslizas por las calles moviendo tu lindo trasero. Te gusta mortificar a los hombres, pequeña bruja. Claro que los de tu pueblo deben de ser inofensivos, salvo aquel amiguito tuyo, el borracho. ¿A él le diste lo que quería?

Mayga se puso rígida.

—Porque a mí me mostraste más de lo que esperaba.

La voz de Daniel se tornó dura.

—No puedo decir que no me haya gustado, claro. Tu cuerpo es muy bello — y la acarició por sobre la ropa como si quisiese recordar su desnudez—. ¿Lo ofreces así, con tanta generosidad, a quien desee verlo?

Aquella conversación tomaba el rumbo que Stuart le había advertido momentos antes.

—Hay mujeres que son así, generosas. Me pregunto si serás una de ellas, o si eres tan ignorante que no tomas conciencia de tus actos. Preferiría lo segundo, porque me daría la oportunidad de educarte. Soy un buen maestro, te lo aseguro. ¿Ves? —y dejó resbalar un dedo por la abertura de la camisa de franela hasta hundirlo entre los senos, donde permaneció unos segundos, disfrutando del palpitar enloquecido del corazón de Mayga. Ella no abrió la boca ni desvió la mirada. Se daba cuenta de que aquel hombre intentaba asustarla. El dedo se deslizó hacia un seno, acariciándolo, descargando miles de agujas en el vientre de la muchacha. La debilidad se apoderó de sus piernas y se inclinó hacia adelante.

—Mmm... veo que te gusta. Quizá me equivoque, después de todo, y seas una de las mujeres de las que hablo. Deliciosa —y permitió que la mano acaparase el seno de Mayga, estrujándolo un poco. Con la otra atrajo más a la muchacha y mantuvo su rostro a un palmo del suyo. Mayga podía sentir su

aliento cálido y hasta la aspereza de su barba descuidada. Hizo un gran esfuerzo por no echarse atrás. Daniel acarició su espalda e introdujo la mano por debajo de la campera hasta dar con la piel de la joven.

—Tan caliente —murmuró, y la pellizcó con suavidad en la cintura.

Mayga le puso sus manos sobre el pecho, intentando apartarlo como la vez anterior.

—No servirá de nada, querida. Cuando decido tener algo, lo consigo. Es mi recompensa por todo lo que no tuve. Llámalo venganza, si te parece. Supongo que lo entiendes. Miremos a tu padre, por ejemplo —y percibió que Mayga se ponía tiesa—. Es un hombre que tomó lo que nadie pensaba que era para él. A tu madre, una mujer fina y hermosa, de otra clase social. Ésa fue su venganza.

La joven protestó, prisionera de su abrazo.

—Mi papá no se está vengando, él ama a mi mamá.

—Ah, sí, el amor. Supongamos que alguien puede amar de verdad. ¿Por qué justo dedicar ese sentimiento al objeto más difícil, el que produce tanto sufrimiento para todos? Por venganza. ¿Ves lo que digo? Tu padre es sabio. Dejó a todos con la boca abierta y se salió con la suya. Yo podría hacer lo mismo si te tomara. Nadie espera que un descastado enamore a una chiquilina de ¿cuántos años? —y Daniel aguardó el dato que desde el principio le había intrigado.

Mayga mintió:

—Veinte.

—Bueno, no es tanta la diferencia. Te llevo cinco —volvió a reír con acidez—. Claro que son años que valen el doble, a juzgar por las experiencias de cada uno. Eso me intriga. ¿Cuáles son tus experiencias? ¿El mocoso de la cerveza es el primero? ¿Hubo otros?

Daniel la acariciaba por debajo de la ropa con lascivia y Mayga se retorció para esquivarlo, al tiempo que se debatía sobre cómo afrontar la intención de herir que mostraba él y dirigirlo hacia donde ella sabía que sería vulnerable.

—No tengo novio.

Dan soltó la risotada.

—Novio, qué palabra anticuada. Se tienen amantes, tonta. Novios son los acartonados que buscan reproducir la vida de sus padres. Yo no tengo padres ni necesidad de imitarlos. Yo no soy el novio de nadie, soy el que se acuesta con todas.

La brutalidad de las palabras hacía difícil el intento de Mayga y, no obstante, ella se mantuvo firme en su decisión de ofrecer la piedad.

—El que ama desea distinguir a una mujer de las otras.

Daniel detuvo sus caricias y la miró con frialdad.

—El amor es para los crédulos. Si tu padre ama a tu madre, no es tan sabio como creí, porque ella le enseñará tarde o temprano que puso los ojos donde no debía. La gente es cruel con los que no cumplen las reglas, niña bonita. Tu padre infringió la ley social de juntarse con los iguales. No está escrita, sino grabada en las conciencias. Es la ley más dura. Otra dice que si me aprovecho de tu supuesta inocencia mi delito no será tan grave como si lo hago con la hija del gobernador. ¿Qué te parece eso? Y a lo mejor la hija del gobernador es una viciosa que se acostó con media camarilla de su colegio. ¿Te enteraste de cómo es el mundo?

—Yo creo que el mundo es según cómo lo quiera vivir cada uno — arremetió Mayga, desafiante.

—No digas estupideces.

—El hombre más ciego es el que decidió no ver nada.

—Bueno, bueno, la indiecita es también un gurú. ¿De dónde viniste, de una secta o algo así?

Secta. Una palabra que le atañía a él más que a nadie. Daniel lanzó su último dardo.

—No soy un hombre al que puedas domesticar, como tus pumas. Porque algo te une a los pumas. Te vi tranquilizar a uno herido de muerte. ¿Qué

extraño poder tienes, bruja?

Mayga sintió el repentino impulso de confiarle su don. Tal vez si ella se ofrecía en lo más íntimo, también él cedería un poco. La detuvo el gesto sardónico del hombre.

—Tampoco me trago esos cuentos de fogón: el espíritu del puma, el sueño de los brujos, el humo que causa visiones. Pavadas. Nada es más cierto que esto —y se tocó el brazo, donde ella sabía que estaba tatuada la serpiente—. El dolor, eso sí es verdadero y queda grabado para siempre.

De pronto, otro hombre habitó la mirada de Daniel, uno que no jugaba con las palabras sino que ardía con furia en su interior. Ella pudo apreciar el cambio, cómo la tonalidad acaramelada de sus ojos adquiría un brillo metálico y sus rasgos varoniles se tallaban con dureza. Había una hermosura salvaje en aquel rostro que la maldad desfiguraba.

Él la arrastró hacia la parte de atrás, donde la moto proyectaba una sombra en el muro. Los pies de Mayga no tocaban el suelo cuando se vio empujada contra el cemento, oprimida por el cuerpo del hombre. Daniel hundió su boca en el cuello de la joven y saboreó el aroma silvestre que despedía su piel, gruñendo como un animal en celo. Sus caderas la clavaban en la pared, impidiéndole movimiento, y sus manos la sostenían y la acariciaban con descaro al mismo tiempo. El desenfreno con que la trataba era premeditado. Intentaba ponerla a prueba, y Mayga lo supo con su innata intuición, de manera que optó por no ofrecer resistencia, quedando inánime entre sus brazos, soportando las sensaciones tumultuosas que la invadían, pues sentirlo tan cerca, frotándose contra ella, le producía rechazo y atracción a la vez. Los espasmos en su vientre y los escalofríos que erizaban su piel eran la prueba de que aquel hombre, con su mortaja de sufrimiento, no le era indiferente. Muerto en vida. Ella conocía el sentido de esa expresión. Algunos miembros de la comunidad lo estaban, apaleados por las desgracias y saturados de vicios. El indio, despojado de su significación ancestral, perdía el norte y “se

desgraciaba”, como decía Medina. ¿Por qué no podía sucederle lo mismo al *winka*? Por otro motivo y de otra manera, quizá, pero eran tan hombres unos como otros, hermanados en el abismo.

Así veía Mayga las cosas.

Al notar que la muchacha permanecía inmóvil, Daniel aflojó el abrazo y dejó un espacio entre ambos, estudiando su cara.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no te defiendes? ¿Te gusta, acaso?

Su voz sonaba áspera y en cierto modo seductora.

—No me defiendo porque usted no quiere lastimarme.

Daniel soltó una carcajada.

—Estúpida, además.

Mayga denegó con la cabeza.

—Tuvo oportunidades para hacerlo y no lo hizo. Sé que está enojado con alguien, pero no es conmigo.

—No te tragues los cuentos de mi padrino. Él me acusa de cosas para ocultar su propia basura. Te dije que era un tipo de cuidado.

—Yo veo a dos hombres solos necesitados de compañía, que se protegen el uno al otro.

Daniel la contempló con incredulidad.

—¿Será que estoy frente a una especie de mártir? ¿Una virgen santa? ¡Que me libren de eso!

—De santa no tengo nada, ni confío del todo en ustedes. Hace días alguien decapitó una oveja en mi pueblo, en un ritual misterioso. Sospecho que pueden tener que ver con eso.

De nuevo la risa masculina, esa vez espontánea, como si lo hubiese tomado por sorpresa la acusación. Mayga sintió una especie de alivio. Deseaba que no estuviese enredado en tales cuestiones, así como hubiera deseado que no formase parte de una comitiva de caza.

—Ya te dije que no creo en pavadas. No me interesan las ovejas, a menos

que me las sirvan en un guiso. Estás demasiado impregnada de supercherías, pequeña india, y el mundo de afuera es más prosaico que el tuyo. Necesitas una dosis de realismo.

Al decirlo, apoyó de nuevo sus labios en el escote de Mayga. La muchacha se debatió y, como era atlética, consiguió introducir una rodilla entre los cuerpos y apartar a Daniel de un empujón, cosa que lo desconcertó. Se escabulló con rapidez y lo encaró desde cierta distancia.

—Atrápeme si puede.

Echó a correr rumbo al descampado que rodeaba el motel y Daniel tras ella, ambos empeñados en sus respectivos propósitos: Dan quería tenerla de cualquier forma, y Mayga anhelaba demostrarle que no era el depravado que pretendía ser ante los demás.

Corrió hasta perder el aliento, saltando sobre los charcos que la lluvia había formado, esquivando raíces sepultadas, zigzagueando para despistar a su perseguidor, que a pesar de ser joven no alcanzaba la celeridad de ella. No en vano llevaba la sangre de los caminadores de la Patagonia. Pronto Daniel la perdió de vista. Enfurecido, volteó a diestra y siniestra entre las sombras, procurando descubrir algún indicio, cuando un gemido surgió de entre los matorrales. La noche se había cerrado, plétórica de ruidos secretos. Aquel gemido era humano sin embargo, y Dan supo que provenía de la muchachita. Avanzó tanteando las ramas, y al apartar un manojo de cortaderas la descubrió en el suelo, encorvada y tomándose el tobillo.

Sonrió con malevolencia y se plantó ante ella con soberbia.

—Acá estás. De nada te sirvió escapar sino para enojarme más aún, tontita.

Vio que Mayga no reaccionaba ante sus palabras y se inclinó para levantarle el rostro. Lo encontró surcado de arañazos, las mejillas embarradas por el intento de frotárselas con las manos sucias. Muy a su pesar, un atisbo de ternura sacudió su pecho y trató de borrarlo con un gesto duro.

—¿Adónde creías llegar? ¿A tu rancho, acaso?

Hizo ademán de levantarla y Mayga se quejó, aferrándose a su pie. Daniel se fastidió ante el nuevo inconveniente.

—¿Te torciste? Lo tienes merecido.

Tocó el tobillo y ella soltó un gritito.

—Buena la hiciste. Mi padrino no querrá cargar con una lisiada.

Sin embargo, estudiaba el pie como intentando descifrar la gravedad de la lesión. Mayga lo frotaba con ahínco, dando a entender que eso la calmaba. Daniel tomó su lugar, masajeando el punto donde la media rota mostraba una cortadura.

—¿Es esto? —y con un dedo recorrió la marca.

Mayga asintió con un gesto.

—Habrá que cargarte. Agradece que me ejercito a diario, que si no...

Avanzó con ella a través de la maleza hasta dar con el camino, y a partir de ahí la marcha fue rápida. Cada tanto, Mayga se encontraba con sus ojos inquisidores, que estudiaban la reacción que le producían los movimientos.

—¿Duele?

Ella movía la cabeza con desaliento y él fruncía los labios y caminaba más ligero, procurando llegar a tiempo para calmarle la molestia. Se perdió la media sonrisa de la muchacha cuando entró al vestíbulo del motel y pidió un botiquín mientras trepaba la escalera, refunfuñando sobre la necedad de las mujeres en general; tampoco se percató de la mirada que le dirigió Mayga cuando la depositó sobre la cama, cuidando de no afectar la pierna lastimada, ni vio la expresión triunfal con que ella lo observaba aplicar el ungüento que el conserje le había conseguido.

Mayga se dejó atender, cerrando los ojos para evitar delatarse. Sabía que su mirada de satisfacción sería difícil de ocultar. Le resultó fácil fingir una torcedura, así como rasgarse la media para que las espinas del matorral dejaran su huella. Estaba acostumbrada y ni siquiera sentía dolor. Su resistencia física era superior a la de cualquier chica, constituía otra de las

rarezas que la habían alejado de las compañeras de colegio. En plena adolescencia, las muchachas buscaban parecerse entre ellas, y una joven tan diferente en su aspecto y sus costumbres les causaba incomodidad, no sabían cómo comportarse en su presencia. Mayga había desarrollado entonces la capacidad para sobrevivir sola, sin conocer la camaradería ni las complicidades propias de su edad. Su único amigo y confidente había sido el rebelde Luciano. Este hombre de talante rudo que la cautivaba era distinto a todos los que ella conocía, incluido su padre, un modelo al que ninguno llegaba ni a los talones. Daniel Eliot, ahijado de un cazador y sospechoso de realizar rituales de sacrificio. Newen Cayuki podría morir de un síncope si lo supiera.

—Déjalo extendido, así.

Mayga acomodó obediente el pie sobre un almohadón que Dan ubicó de modo estratégico. Luego, él se sentó al costado de la cama, observándola.

—Estás pálida.

Su mano áspera le tocó la frente, en un gesto inusual hasta para él mismo. La muchacha del bosque no había resultado como creía. Por momentos audaz, a veces discreta, la mayoría del tiempo contemplativa y distante. La encontraba parecida al padre guardaparque. Aquel hombre que lo caló con desconfianza desde el primer día resultaba tan enigmático como su hija, y Daniel se sentía atraído por el misterio. Verla desnuda terminó por descolocarlo. Nunca sabría qué esperar de Mayga. A pesar de su juventud, creía estar ante una mujer completa cuando la veía.

—Estoy bien, sólo me duele un poco.

Daniel la miró con recelo.

—Si es un esguince vas a tener que regresar, no pienso cargar con una mujer a la que hay que llevar en andas.

—Tendrás que acompañarme de vuelta.

Daniel soltó una carcajada sarcástica.

—Sí, por supuesto, estaba pensando en eso, llevarte herida hasta tu casa para que el indio de tu padre me desuelle vivo. Buena idea.

Mayga se encogió de hombros.

—No puedo caminar hasta allá en este estado, ni tampoco seguir hacia otra parte, como había pensado. Tu padrino podría esperarte aquí hasta que regresaras.

La expresión de inocencia de Mayga resultaba cómica, y Daniel no pudo ocultar una media sonrisa.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

Mayga disimuló el sobresalto que le produjo ese comentario. Se limitó a bajar la mirada con aire compungido.

—Me alegro al menos por una cosa —dijo Daniel, divertido—. Ahora me tuteas. Eso facilita mis planes.

La jovencita sonrió al darse cuenta de que acababa de darle al intruso un trato de confianza y se sentía cómoda en él. ¿Estaría socavando el muro que Daniel había erigido a su alrededor? El tiempo lo diría. Mientras, aprovecharía el momento. En ese instante, la atención del hombre se centraba en el conflicto que ella le planteaba. Le sorprendió haber sido capaz de urdir un plan para provocar que él actuase como quería. Quizá su madre había utilizado artimañas también para conquistar a su padre. Después de todo, Dan Eliot no sería más duro de pelar que Newen Cayuki.

Los párpados le pesaban y se adormeció sin darse cuenta. Las emociones vividas y los kilómetros recorridos la habían agotado. Daniel observó el instante preciso en que Mayga cayó en un sueño profundo y se dedicó a contemplarla. Su belleza no radicaba en una fisonomía perfecta, poseía rasgos acentuados y boca ancha. Cualquier otra muchacha habría abominado de esa nariz algo curva, que en ella resultaba armoniosa.

Dan extendió una manta sobre el cuerpo de la joven y se dispuso a salir para tomar una copa en el bar cuando vio sobre una silla la mochila. Cedió a

la curiosidad y revolvió en su interior. Extrajo una extraña estatuilla que parecía representarla a ella misma, y una cartera pequeña que contenía algunos billetes y el documento de identidad. Lo abrió para contemplar la foto y quedó pasmado al leer la fecha de nacimiento.

Mayga le había mentido.

La miró con furia, como si ella pudiese brindarle explicaciones en ese momento. Tendría que haber supuesto que era una muchachita lujuriosa que intentaba burlarlo. Y él, un estúpido que olvidó por unas horas la regla de oro de su vida: las mujeres sinceras estaban en vías de extinción. Aquel descubrimiento lo cambiaba todo, no le interesaba seducir a una niña. Y agradecía a la suerte, por una vez favorable, que le había permitido descubrir el engaño a tiempo.

Guardó los objetos en la mochila y cerró con llave la puerta del cuarto al salir. A partir de ese momento, Mayga sería su prisionera. Sonrió al imaginar la cara del guardaparque cuando se presentara ante él como el hombre que había rescatado a su hija. Quizá hasta le ofreciese una recompensa. Después de todo, él era un mercenario.



CAPÍTULO 22

Reinaba un silencio cargado de premoniciones cuando el asistente entró al chalet de la intendencia. Medina removía papeles sobre el escritorio, en tanto Cayuki bebía su café frente a la ventana. En puntillas, el joven se acercó a su ordenador, frotándose las manos.

—Hace frío —comentó en vano, pues nadie lo miró siquiera.

El ruido del teclado fue lo único que se escuchó por un rato, hasta que la puerta dejó paso a Erik Andrade. Su semblante denunciaba auténtica preocupación por el giro de los sucesos, y Newen hubo de admitir que era bueno contar con él para tranquilizar a la familia, ya que su talante endemoniado le impedía hacerlo, sobre todo porque era consciente del reproche en la mirada que le había dirigido Cordelia.

Por eso no había querido subir al cerro la noche anterior.

Erik era un hombre que no precisaba de las palabras para entender lo que ocurría, de modo que evitó comentarios inútiles. En ese amanecer, los ánimos habían cambiado. Todos parecían aguardar algo que tarde o temprano sucedería. Se sirvió café y controló los mensajes en su móvil, por si Emilio hubiera dejado alguno. El silencio de su amigo también lo intrigaba, pero aquél no era el momento de agregar motivos de inquietud.

Había pasado por la casa de los Ducroix y la ausencia de la tía Jose lo tranquilizó, pues significaba que Cordelia estaría acompañada. Aunque Emilio no le hubiese confiado la protección de su hermana, de todos modos él se ocuparía; su sentimiento había brotado espontáneo, y era inútil ignorarlo.

Al cabo de una hora, Luciano Necul se hizo notar en la intendencia. Newen

oprimió el vaso de café hasta triturarlo y Erik se apresuró a salir para interceptar al muchacho, que lucía asustado y nervioso.

—¿Qué hay? —le dijo.

A esas alturas, Luciano había desistido de comprender el ir y venir de las familias, de modo que asumió que Erik era un tipo al que habían llamado para ayudar en la búsqueda.

—Quería decirle algo a Medina.

—¿Sobre el paradero de Mayga?

—Eso no lo sé.

—¿Cómo que no? O es algo sobre Mayga Cayuki o es otra cosa.

—Es que a lo mejor sirve —se defendió Luciano.

En su cabeza se arremolinaban varias situaciones con las que no sabía lidiar, y no podía contárselas a su padre, pues habría sido mucho peor.

—A ver, te escucho.

Erik se apoyó en el cerco de la entrada con los brazos cruzados, ofreciendo una calma aparente que escondía la impaciencia de tener que desentrañar los vericuetos de gente fabuladora o conspiradora. Algo de eso había tenido ya con Cipriano.

Luciano se mordió la lengua antes de exigir que le dijese quién era él para interrogarlo. La presencia de Newen en el interior del chalet bastó para disuadirlo.

—Yo le dije al patrón de mi viejo que el tipo de la moto andaba en el asunto de las ovejas.

Erik sabía poco de Dan Eliot, salvo que su padrino estaba metido en el lío de la muerte de su socio en el coto de caza ilegal de Yusuf, de modo que guardó silencio.

Luciano tragó saliva.

—A lo mejor... el gringo se quiso vengar.

Eso lo puso sobre alerta.

—¿En la hija del guardaparque?

Luciano asintió.

—Mayga y yo somos amigos. Muy amigos —agregó, con un retintín de orgullo—, pero su padre y el mío no quieren que nos veamos. Este tipo de la moto le anda detrás, y yo le dije a Zavaleta que estaba enredado con la muerte de sus ovejas.

Erik captó todo en un instante.

—Por celos, aunque no estás seguro de lo que dijiste.

Luciano agradeció la claridad de entendimiento que lo eximía de dar más explicaciones.

El hombre rumió unos momentos el dato y luego prosiguió, pensando en voz alta.

—¿Y cómo pudo enterarse tan pronto de tu denuncia? ¿Acaso ese Zavaleta llamó a Medina o dijo algo?

Luciano se aturdía, no estaba ducho en manejar intrigas, pese a todo, y Erik supo que obraba más que nada por un miedo infantil de haber metido la pata. Se lo diría a Medina de cualquier forma, nada podía descartarse.

—El intendente debe saberlo, yo se lo diré. ¿Qué más?

El joven dudó. ¿Acaso ese tipo adivinaba el curso de su pensamiento? ¡Claro que había más, mucho más! Pero eran cosas que no debían saberse, cosas que le pesaban como lastre en el corazón y se relacionaban con la mujer que él negaba una y otra vez. Mucho peor que carecer de madre era tenerla y no poder quererla, odiarla y al tiempo anhelarla.

Luciano decidió que no estaba dispuesto a ventilar esa parte de su historia.

—Nada, sólo eso.

—Está bien, ve tranquilo, que yo me encargo —y Erik palmeó el hombro del muchacho, que no se movió del porche hasta mucho después de verlo entrar en la intendencia. Luciano caminó luego sin rumbo por las calles interiores del pueblo y, sin advertirlo, desembocó en la misma ventana donde

días antes había conocido al abuelo Ducroix.

El sitio lucía desolado, tal vez por la ausencia de Mayga. Trepó a la primera rama de un arbusto y allí permaneció balanceando la pierna hasta que descubrió la figura del anciano tras el vidrio, como aquella vez. Le hacía señas, y Luciano acudió a la ventana abierta sin reparos.

—Está preocupado por mi bisnieta, ¿no es así?

Y, sin esperar la respuesta, M. Ducroix prosiguió:

—Las mujeres de esta casa son todas un poco locas pero también sensatas, no harían nada que las perjudicase ni dañase a otros. Confío en Mayga y usted debería hacerlo también.

Luciano miraba con aire torvo los cabellos despeinados del viejo y el temblor de sus manos, que sostenían de nuevo un tazón humeante, como aquel día.

—¿A qué se dedica, joven? —le lanzó sin preámbulos.

El muchacho se encogió de hombros.

—De todo un poco: cuido ovejas, hago mandados... Mi padre es capataz de estancia.

—Ajá. ¿Y el oficio es demasiado duro para usted? En mis tiempos, si un padre era carpintero, marino o quintero, un hijo aprendía la labor para secundarlo, pero, claro está, hoy en día está todo revuelto. ¿Qué edad tiene?

Luciano respondió algo avergonzado.

—Dieciocho.

—Lo suficiente como para abrirse camino solo. ¿Qué le gusta hacer?

—Cualquier cosa...

—¡No me responda con evasivas! Cualquier cosa es nada. Algo habrá que le salga decentemente.

El bramido del abuelo tomó a Luciano por sorpresa. Aparte del grito, nadie nunca le había preguntado qué le gustaba ni se había interesado por sus posibilidades. Se sintió disminuido ante aquel viejo que no reparaba en su

condición sino que le hablaba de hombre a hombre, como si evaluara contratarlo. Y un poco de orgullo latió en su pecho al mismo tiempo, la sensación de que podría decir algo que cambiara su vida para siempre.

—Arreglo fierros y esas cosas, cuando mi viejo necesita —repuso, aparentando indiferencia.

—Mecánico, entonces.

—Algo así.

—No está mal. Es un oficio decente. Tarde o temprano todo se rompe. Y en un lugar como este —sugirió el abuelo, mirando en derredor— supongo que los coches se averiarán con la nieve y las máquinas del campo tendrán que cambiar piezas seguido. Se puede pedir bastante plata si no hay competencia —y le guiñó un ojo, redoblando la sorpresa en Luciano—. Yo solía ensuciarme las manos componiendo motores en mis tiempos —continuó ensimismado, olvidando su café—, y lo dejé porque a mi esposa le disgustaba verme aceitoso de pies a cabeza.

Una sonrisa se le dibujó bajo el bigote y Luciano comprendió que hablaba más para sí mismo que para él.

—Tuve un Oldsmobile que era una maravilla. ¿Sabe usted de qué le estoy hablando?

—Será un auto.

—Exacto, uno muy elegante y sólido. Iba floreándome por las calles de mi pueblo natal con él. Creo que ningún vehículo actual podría parecersele. Tenía un peldaño para subir, como los coches de plaza, un estribo. Y el volante era... —el abuelo se detuvo de pronto, y cayó en la cuenta de que Luciano lo contemplaba extrañado.

—En fin, el café ya está frío y se me fueron las ganas de tomarlo. Venga mañana por si hay novedades.

Despachó al joven sin más, y Luciano permaneció un rato meditando sobre la extraña conversación que habían tenido. Muy a su pesar, sintió algo de

envidia por la suerte de Mayga, que contaba con alguien como el abuelo en su familia.

—¡Joven! —le escuchó gritar justo cuando emprendía la vuelta—. Si le queda tiempo venga a verme. Ahora que mis nietos me enclaustraron acá necesitareé que alguien ponga orden en los trastos que me traigan de Buenos Aires. ¡A ver si resulta tan bueno como dice!

Luciano se quedó de una pieza y olvidó contestar. El abuelo, al parecer, tampoco aguardaba respuesta, pues desapareció tras el vidrio. Ni siquiera su padre lo había necesitado para algo, más bien intentaba sacárselo de encima.

Una sensación desconocida se adueñó de su pecho, una suerte de anticipación nerviosa que lo arrojó al camino casi corriendo. Sus pasos lo llevaron al sitio pactado, al que llegó con retraso. Sandra lo esperaba impaciente.

Los gemelos Ducroix, que a diferencia de Luciano gozaban del apoyo familiar, no estaban menos perdidos que él en cuanto a su futuro. Cada uno se sentía parte del otro, y habían desarrollado una especie de egoísmo natural, donde los demás poco y nada importaban, salvo que sucediesen cosas realmente graves, como esa vez. Ambos contemplaban con estupor la tristeza de su madre y de su tía Cordelia que, abrazadas, se confortaban ante la desaparición de Mayga. Nadie había reportado accidentes en la montaña ni se sabía de choques en la ruta, pero tampoco la habían visto salir del pueblo, o pasar por delante de las últimas *rukas* antes de llegar al cerro. Una noche entera en el frío invernal podía ser fatal, aunque Mayga estaba acostumbrada y sin duda habría llevado la ropa adecuada. Fue recién cuando Cordelia revolvió entre sus cosas que descubrió la misiva que su hija había dejado, sólo para ella:

Mami, me voy por un tiempo, para regresar cuando las cosas estén

calmas.

No sufras por mí, sé cuidarme y el espíritu de Dashe me protegerá.

Perdón, mami, por no decirte adónde iré, es importante que papá no lo sepa. Ya sabes cómo es. Te quiero mucho, los quiero a los dos, pero en este tiempo necesito estar sola.

Mayga

Ver la letra de la joven y saber que se había ido por su voluntad sirvió para eliminar las versiones de secuestro que barajó Medina después de lo que le confió Erik. También el temor de que hubiera algún descastado dando vueltas por el pueblo. Ese miedo era el que impulsaba al intendente a sacar a Mayga de la oficina cuando llegaban extranjeros. Así, pues, se trataba de una huida adolescente. Newen aguantó el golpe con entereza. Ya se lo veía venir, pero la confirmación fue dolorosa de todos modos.

Cristian y Félix se movían por la casa ocupando más lugar del necesario y estorbándolo todo. Eran muchachos robustos con rostros aún aniñados. Mayga significaba para ellos familia, pero no habían forjado un vínculo íntimo con la prima. La joven era callada y ellos se bastaban solos para el alboroto. En ausencia del padre, no sabían cómo actuar con las mujeres de la casa, en especial si se encontraban afligidas.

Cristian puso una mano sobre la cabeza de su madre y le desarmó el moño.

—Ya va a venir sola —repuso, convencido—. Mi prima es así, medio salvaje.

Julieta lo miró con reproche y Cordelia suspiró, sin ofenderse.

—Eso es lo que me sostiene, su capacidad para desenvolverse en la montaña —dijo.

Félix acotó entonces:

—Podemos llamar a los amigos y formar un batallón de búsqueda. Yo vi cómo peinan los campos para encontrar...

—¡Chicos! —lo cortó la tía Jose antes de que terminase otra frase desafortunada—. Vengan conmigo, que necesito de sus músculos para buscar leña afuera.

Allá fueron, aliviados de mantenerse al margen de las lágrimas femeninas, mientras que las cuñadas retomaban su conversación.

—Deberías recostarte, Juli. Estos apurones no te harán bien en tu estado.

—Mi estado es de todas formas calamitoso, Cordelia. Si me hubiesen anticipado que este embarazo sería así, te juro que habría dudado.

Cordelia sonrió, pese a su aflicción. Su amiga era tan dulce que aun a costa de su salud haría lo que fuese para conformar a Emilio. Vio cómo Julieta se sobaba el vientre.

—A veces no lo siento moverse y me asusto —confesó su amiga.

—Si se sacudiese todo el tiempo sería un suplicio. Mejor que descanse, a ver si te sale peor que los gemelos.

Esa idea consiguió una mirada soñadora de Julieta.

—Ojalá sea una niña. Mi tacita de té, como dice la tía Jose.

—Los viejos aseguran que los embarazos complicados suelen ser de niñas.

—Serán los viejos malvados —acotó traviesa Julieta, y ambas rieron.

En ese instante, dos golpes en la puerta las sobresaltaron.

Cordelia acudió como rayo, y al ver el rostro de Erik se alarmó, pero enseguida la sonrisa del hombre le brindó alivio. Malas noticias no traía.

—¿Molesto si pido un mate?

—Para nada. Adelante.

—Yo lo preparo —ofreció de inmediato Julieta, y con cierta dificultad caminó hasta la cocina.

Al quedar a solas, Cordelia se sintió turbada. La presencia de Erik le recordaba mucho a su esposo, con la gran diferencia de que este otro hombre procuraba suavizar la natural brusquedad masculina; parecía ser muy consciente de ella.

—En la oficina todos confían en que Mayga vendrá hoy mismo —dijo Erik repantigándose en el sillón.

—¿Newen también lo dice?

Él detectó el reproche dirigido al esposo en la pregunta, y decidió ofrecer su hombro a las confidencias. Quizá la casa Ducroix no fuese el mejor lugar, pero había que aprovechar las ocasiones cuando se presentaban.

—Aunque tu marido no habla mucho, dio a entender que esperaba eso, sí. Estuvo con ese viejo centenario que le inspira tanta confianza.

La mención de Cipriano tranquilizó a Cordelia.

—Pero si debo ser franco, el que de verdad cambió el curso de las cosas fue tu abuelo.

Eso provocó que Cordelia abriese enormes ojos que encandilaron a Erik.

—¿Mi abuelo estuvo en la oficina?

—¡Y cómo! Lo conozco poco, y sin embargo ya me doy cuenta de por qué esa enfermera que lo cuida lo llama “Mariscal”. Le dijo a Cayuki algo referido al tiempo en que estuviste detrás de los cóndores, en la meseta. Creo que eso alivió los temores de tu esposo, ignoro por qué.

—¿Escuchaste a mi abuelo diciendo todo eso?

Cordelia no daba crédito a lo que oía.

—Medina me tuvo al tanto. En este pueblo es más lo que se dice que lo que se ve.

La llegada del mate lo interrumpió, y Erik temió que aquella conversación quedase trunca, pero Julieta desistió de acompañarlos.

—Voy a seguir tu consejo y a recostarme, Délie. Ahora sí que se mueve.

Erik se hizo cargo de la bandeja y cebó los primeros mates.

—¿Tu tía?

—Con los gemelos, recogiendo leña y quién sabe qué más. Es tan industriosa que encuentra un quehacer donde ya está todo hecho.

—Es una mujer que va revelándose de a poco —comentó el hombre

mientras le extendía el mate—. Debió de haber sido una madre para ustedes dos.

—Madre, amiga, compinche, la tía Jose se interpuso siempre entre los humores del abuelo y nosotros. Me temo que a ella le tocó la peor parte.

—Yo la veo bastante a gusto entre tu casa y la de Emilio.

Cordelia asintió, pensativa.

—Estas montañas tienen algo mágico, Erik. Cuando volví a Buenos Aires a ver al abuelo sentí que mi raíz había quedado aquí. ¿Podrá ser así para ella también? Me encantaría que se quedara para siempre.

—Basta con pedírselo. Te sorprenderías de lo fácil que resulta convencer a las personas de que se las necesita.

Cordelia contempló el rostro varonil con interés. Erik evitaba hablar de sí mismo, pero en lo que decía se vislumbraba la experiencia de su vida. Alisó un pliegue de su falda de lana y preguntó:

—¿Estuviste casado?

Él soltó una carcajada que abochornó un poco a Cordelia, pero de inmediato compuso un gesto afable.

—Yo también tuve tías, y ellas fueron las culpables de mi soltería —dijo, divertido.

—¿Eran muy exigentes?

—Al contrario, se empeñaban en conseguirme candidatas y me las presentaban “casualmente” cada vez que llegaba a la casa, como si yo no les viese los rabos tras las puertas. Esa actitud de celestinas me produjo aversión al matrimonio, creo yo. Me criaron ellas —agregó, dispuesto a ceder un poco en favor de la nueva intimidad que compartían—, y como eran personas mayores sospecho que temían irse de este mundo dejándome solo. Yo ya era un grandulón, pero para ellas siempre fui un pobre niño abandonado del que se hicieron cargo con mucho amor.

Y al ver que la mirada de Cordelia pugnaba por saber si lo habían dejado

en un canasto de mimbre en el umbral, repuso:

—Mi madre murió en el puerperio y mi padre se volvió a casar. Clemencia y Ofelia eran hermanas de mi abuelo paterno, así que se sintieron responsables de mi crianza.

Dicho así, de manera tan escueta, se evitaba revelar la indiferencia de un padre que se había casado sólo por haber dejado encinta a una joven, y su ausencia durante los años en que Erik crecía, mimado por aquellas ancianas que lo adoraban ciegamente. Pudo haber resultado un rebelde caprichoso, y sin embargo las tías abuelas, con sus anticuados repertorios, habían despertado en él una ternura que le ayudaba a comprender a los mayores, de ahí que le hubiese resultado fácil tratar a M. Ducroix.

—Me hubiera encantado conocerlas.

—A ellas también. Eran de armas tomar, como sin duda es tu caso.

—Antes yo era más valiente que ahora.

—¿Cómo es eso?

Erik le alcanzó otro mate. El ovillo empezaba a desenredarse.

—Cuando vine a Los Notros era una niña que se llevaba el mundo por delante. Y eso es poco decir, tratándose de Newen. Lidiar con él me exigió un coraje especial, pues mi esposo cargaba un peso en el alma por una situación que no viene al caso mencionar ahora, es agua pasada, pero que le dejó marcas, como las huellas de ese puma que están buscando.

Dijo eso en beneficio de Erik y él sonrió, comprendiendo el paralelismo de la imagen.

—Deduzco que pese a todo pudiste ablandarlo.

—Costó mucho. Creí que al nacer nuestros hijos olvidaría por fin, dejaría de desconfiar, pero luego...

—¿Tus hijos?

Ya estaba. Lo había lanzado y ella no le negaría la respuesta.

—A Newen no le gusta que lo mencione. Tuvimos un varón cuando Mayga

era pequeñita. Lo llamamos Meullen. Murió siendo un bebé, de muerte súbita. Fue un golpe muy duro, y creo que mi esposo no sabe sobrellevarlo. Él jamás confía sus sentimientos a nadie, salvo a doña Damiana, que los adivinaba y que ya no está en este mundo.

—Tal vez Cayuki hable la misma lengua de ese tal Cipriano.

Ella le dirigió una mirada acusadora. Pensó que Erik se refería a que ambos eran nativos y se entendían mejor que con los blancos, pero el hombre se apresuró a aclarar:

—Lo digo porque sabe tratarlo, y el viejo es hábil, parece que no dice nada y en realidad deja entrever lo que quiere que se sepa.

—Es cierto. Cipriano tiene dotes adivinatorias. Aquí suceden cosas que no tienen una explicación científica.

—Imagino que Emilio sabrá lidiar con eso.

Le tocó el turno a Cordelia de soltar la carcajada esa vez.

—Mi hermano no acepta más que pruebas materiales de los hechos, pero se ve obligado a tener paciencia con la gente.

—Igual que yo —admitió Erik con un guiño cómplice.

En el último mate, sus manos se rozaron sin querer y ambos cruzaron miradas que decían más de lo que hubiesen permitido las palabras.

Erik se apresuró a retomar el hilo de las confianzas.

—¿Y cómo hiciste para reponerte de la muerte de Meullen? Para una madre ha de ser peor aún. Lo llevaste en tu vientre por nueve lunas.

La imagen arrancó una sonrisa a Cordelia. Así lo veía ella también, luna tras luna había acunado el sueño de mecer en sus brazos a ese hijo que sospechaba varón, y al que con tanto amor recibió al nacer. Recordaba la expresión poco frecuente de Newen al verlo por primera vez, y el orgullo con que lo mostró ante todos, quizá soñando con legarle su herencia de custodio del valle y la montaña. Cordelia, que se había criado bajo la sombra patriarcal de un hombre duro y se había casado con otro de parecida cepa, entendía la

naturaleza masculina, pero ante su propio y descarnado sufrimiento no podía hacerse cargo de la pena silenciosa de Newen. Sólo padecerla en cuerpo y alma.

—Estuve viviendo aquí, en casa de Emilio, y Julieta cuidó de mí y de Mayga durante todo el invierno. Mi esposo nos visitaba, pero luego partía en misiones que lo llevaban lejos de Los Notros, acampaba en el bosque y cuando regresaba parecía haber aumentado el tormento. Me negó hasta el alivio de nombrar a Meullen.

—Será una costumbre india. Sin ánimo de ofender —agregó.

—Sí, pero yo creí que haría una excepción por mí. Newen es muy duro, Erik, más de lo que puedas imaginar. No lo critico, es sólo que a veces...

—A veces no se reúne la misma fortaleza durante todos los momentos de la vida. Hay que ceder, pero también reclamar. Me atrevo a sospechar que, con todo tu coraje, Cordelia, no le has plantado batalla a tu esposo de modo que él pueda comprenderlo. Tu hija, en cambio, lo ha hecho. Y puedo asegurarte que él lo entendió perfectamente.

Las palabras calaron hondo en Cordelia, que miraba a Erik anhelando un poco más de su sabiduría inexplicable.

—Mayga lleva la sangre de su padre —prosiguió él—, tiene modos de obrar que no precisan de palabras. Y si tu esposo conserva clavada una espina por una traición *winka*, como se les dice, a pesar de todo su amor no puede arrancársela. Tendrás que hacerlo y de forma dolorosa, para que no se le olvide.

—¿Cómo podría hacer eso después de tantos años?

Erik se echó atrás en el sillón y suspiró. Ya entendía el motivo de su misión y, aunque perdiera parte del corazón en ella, seguiría adelante. Los ojos de aquella mujer merecían relucir de nuevo con la vitalidad que de seguro habían tenido en otro tiempo.

—¿Confiarías en mí?

Cordelia asintió, hechizada.



CAPÍTULO 23

La Harley devoraba kilómetros de regreso a Los Notros. Su conductor mantenía un mutismo que ya llevaba horas. Daniel se había despedido de Stuart con la consigna de reunirse con él una vez que depositase a la fugitiva en manos de su padre.

Y allá iban, contra el viento y hacia las montañas, hasta el final de la ruta.

A Daniel lo embargaba la furia fría del que está dispuesto a cumplir un plan. Mayga, entretanto, procuraba elegir las palabras adecuadas para enfrentar a la familia reunida. Era consciente del dolor que había provocado y, si bien estaba segura de lo que hacía, eso no la salvaguardaba de la ira de su padre. La breve intimidad con el intruso parecía haberse truncado por razones que no entendía. La noche anterior él se había mostrado solícito y hasta tierno, pero en la mañana volvió a ser el hombre sarcástico que había conocido. Ignoraba si era a causa del padrino, que se vería retrasado en sus planes. O si Stuart lo habría alertado sobre la responsabilidad de cargar con ella.

Lo ignoraba todo, y eso la hacía sentir tonta.

—Tengo sed —murmuró, y la boca se le llenó de aire.

Daniel apretó la mandíbula y aceleró a fondo. Las ruedas volaban sobre el asfalto. Era fácil derrapar en alguna curva a esa velocidad, aunque Mayga no tenía miedo, pues percibía en el hermético conductor un dominio que le recordaba la manera segura en que Newen pisaba los riscos donde anidaban los cóndores. Ningún otro podría hacerlo sin resbalar, así como nadie lograría hacerla sentir parte del viento como lo hacía Dan Eliot. Apoyó su mejilla sobre la espalda en la que sabía pintada la *ñancu*, y cerró los ojos,

confiándose a su destino.

“Maldita”, pensó Daniel. Había esperado cualquier reacción: furia, temor, pánico, nunca la serena resignación con que la chica recibió la filípica que le lanzó al despertarla. Le dijo que era una malcriada, que merecía quedar tirada al costado de la ruta, y hasta la amenazó con ligarle las muñecas para impedir que huyese, pero al ver que ella no hacía ademán de querer hacerlo, el recurso sonó estúpido. Su padrino lo conminó a regresar no bien la dejase a resguardo y él pudo percibir el atisbo de duda en los ojos del hombre que se había hecho cargo de su educación sin que nada lo obligase. Siempre era así, desde que lo descubrió en compañía de los Hermanos de la Senda. Pero él ya no tenía la cabeza turbia como en aquel entonces.

Aminoró la velocidad y llevó la moto hacia un lado del camino.

—Baja.

El viento sacudía a latigazos los duros penachos de la planicie. Daniel se detuvo junto a unas rocas y se parapetaron detrás, a modo de trinchera.

—Ven —ordenó, haciendo sitio para Mayga.

La muchacha se acurrucó contra el cuerpo del hombre y levantó el cuello de la campera para conservar el calor de su respiración.

—Qué lugar de mierda —prorrumpió Dan, aunque en el fondo gozaba de la violencia de las ráfagas.

Ninguno de los sitios que había visitado con su padrino le parecía tan formidable como aquel páramo que debían atravesar hasta tocar los bosques que rodeaban las montañas. A lo lejos se las veía neblinosas, tentadoras y distantes como el oasis del sediento, mellando la voluntad y provocando que el viajero se sintiera inerme ante su imponente. Aquellas alturas infundían el temor de Dios.

Dios. Él jamás tuvo ese contacto. Su padrino tampoco hizo mucho en ese sentido, salvo mantenerlo a su lado. Quizá ahí estaba Dios, después de todo, en esa mano que lo aferró cuando estuvo a punto de caer en el abismo para

siempre, su sangre infectada por la de una madre adicta y un padre rufián. Qué ironía que su inmundo pasado le viniese a la mente cuando menos falta hacía. Eran los espejismos del invierno. Lo único cierto en ese momento era el cuerpo tibio de Mayga.

Ella había dicho que quería agua.

—¿Hay alguna estación de servicio en este camino?

La joven señaló una colina erizada de púas.

—Un río —dijo con sencillez.

Maravillado por la precisión con que la joven se manejaba en aquel océano de pasto, Daniel la siguió hasta una hondonada por la que discurría un curso de agua cristalina.

—La montaña lo deja correr hasta aquí —explicó ella—, luego se pierde.

Bebieron formando un cuenco con las manos. Daniel experimentó un placer inédito en ese acto simple y primitivo de tomar lo que se ofrecía sin nada que se interpusiese entre ellos y lo salvaje. Mayga se limpió con la manga y miró hacia la lejanía.

—Tenemos un par de horas más —comentó, pensativa—, a menos que tomemos el atajo.

—¿Hay atajos acá? —se burló él.

—Siempre hay atajos —y la respuesta de ella cobró un sentido que Dan no pudo precisar.

Si se alejaban de la ruta por un camino mejorado que los camioneros conocían bien y que en época de nieve resultaba menos peligroso que el asfalto llegarían a Los Notros con mayor rapidez. Dan decidió que no costaba nada probarlo, y Mayga lo guió con señales concisas. La Harley levantó nubes de tierra, enfilando hacia donde la joven se encontraría con su destino. Y tal vez Daniel Eliot también.

—¿Hiciste lo que te dije?

Luciano asintió con aire torvo. Aquella mujer que lo aguardaba en el círculo de piedras, vestida de cualquier modo y con los rasgos acentuados por la desconfianza, era su madre. Llanka. Usaba un nombre falso para vivir en la casa del sirio rico. El muchachito sabía todas esas cosas porque las había oído de boca de su propio padre, que cuando se veía con ella le arrojaba a la cara su ignominia. Sabía también que su madre hacía mucho más que vivir bajo el mismo techo que el sirio. Era una puta de las que no cobran pero piden, sólo que para ir y venir por el pueblo se cuidaba de mostrar las mercancías con las que los hombres compraban sus servicios. Cambiaba sus sedas y oropeles por las prendas rústicas que llevaban las mujeres del lugar.

—Es importante que te crean. Tienen que relacionar al *winka* con las ovejas de Zavaleta. Así embromamos a dos de una vez.

Parecía complacida, y eso la tornaba locuaz. Luciano, en cambio, lucía contrariado.

—¿Y ahora qué te pasa?

El muchacho pateó una piedra y soltó una palabrota.

—¿Cómo? ¿Qué dijiste? Soy tu madre.

¡Como si él pudiera olvidarlo!

—Yo me abro —dijo de pronto, embravuconado—. No quiero mentir más.

Los ojos de Llanka se achicaron hasta parecer ranuras; destilaban veneno.

—¡Eso nunca! Ya estamos en este baile y nos van a pagar plata.

—¡A mí no! —gritó Luciano, entre lágrimas de rabia—. ¡No quiero esa plata ni saber nada!

—¡Desgraciado!

La mujer quiso alcanzarlo con una cachetada, pero el muchacho se escabulló y la contempló de lejos.

—Ahora no podemos parar —siguió diciendo la falsa Sandra en tono mesurado—. Hemos llegado lejos y el señor Yusuf quiere quedarse con las

tierras de Zavaleta. Eso nos conviene, seremos un poco dueños de todo si estamos de buenas con él. Ya cumpliste con lo del puma. Ahora queda solamente denunciar. Lo hiciste antes, y no pasó nada.

Llanka se refería a las otras veces en que Luciano, siguiendo sus órdenes, había ido con cuentos que perjudicaban a unos y a otros según los deseos de Yusuf, y así el sirio podía ir cercando a los vecinos que estorbaban sus propósitos de convertirse en el señor más poderoso de la comarca. Sin embargo el joven, a pesar de su tosquedad y falta de instrucción, comprendía que él era sólo un peón en ese juego en el que no le tocaría ni un palmo de nada. Prefería estar al lado de su padre, que al menos percibía un sueldo por el trabajo que hacía para el *winka*.

—Tiene razón el viejo —escupió con deseos de herirla—, usted usa a la gente como la usan a usted. No soy un trapo para refregarlo en la bosta.

Llanka sabía que la carencia de madre dejaba un hueco difícil de llenar, y había explotado el deseo del niño de pasar tiempo con ella para sus fines mezquinos. Cuando quedó encinta de Luciano, por un tiempo permaneció junto a Mario Necul porque no tenía dónde ir, pero apenas nacido el bebé buscó trabajo con la excusa de ganar dinero para sus necesidades, y supo filtrarse en los sitios donde los hombres codiciaban los cuerpos femeninos. Así logró, de a poco, acercarse a los más destacados y terminó por ofrecerse a Yusuf, que tanto la despreciaba como la necesitaba. Estaban a mano, pues ella también lo detestaba. El día que Mario la echó de la casa, Llanka supo que había cortado el vínculo con su antigua identidad. Se bautizó con el nombre que daba a conocer en los antros que frecuentaba y así se presentó ante el sirio. Logró ver a Luciano de tanto en tanto, pero este muchacho hosco que se rebelaba ante sus órdenes ya no era su niño, era un hombre en ciernes que tomaba decisiones. Supo que no ganaría nada discutiendo con él, prefirió aparentar indiferencia y, de paso, hacerle saber que participar en intrigas no era gratuito.

—Cuidado con lo que digas, que yo sé quién fue el leonero del bosque. Y a

mí me protegen.

Luciano digirió la amenaza y, antes de huir sin rumbo, escupió el suelo frente a sus zapatos raídos.

—Putá —murmuró.

No se atrevió a pronunciarlo en voz alta.

La tía Jose salió con disimulo por la puerta del patio rumbo a la intendencia. Al ver que Julieta descansaba y Cordelia estaba bien acompañada, decidió que era hora de apersonarse para indagar sobre su sobrina. Ni Walter ni Medina habían tenido la deferencia de informarle nada, a pesar del trato cordial y frecuente que había mantenido con ambos. ¡Hombres! ¿Qué otra cosa podía esperar? Marchaba a paso forzado, acumulando rabia a medida que rumiaba su disgusto, mezclado con temor por lo que pudiera sucederle a Mayga. En las últimas horas, la búsqueda parecía haber tomado un ritmo tranquilo que la intrigaba.

Encontró al intendente hundido entre papeles y con las mejillas rojas por efecto de la calefacción. Ella ya había aprendido a detectar sus gestos, como el de atusarse el bigote o rascarse la nuca. Cuando lo hacía, estaba preocupado o confundido.

—¿Molesto? —dijo con altivez al entrar.

Medina dio un respingo.

—Adelante, Josefina, tome asiento. ¿Cómo están las cosas?

—Eso es justamente lo que vengo a averiguar. Cordelia no ha recibido ningún informe, ni siquiera de su propio marido.

—¿No está con ella Erik Andrade?

—Bueno, sí, está en la casa —admitió Jose—, pero sería lógico que alguna autoridad diese la cara. ¡Hasta para decirnos por qué mi sobrino no vuelve! Hay una esposa embarazada que no tiene noticias de él desde hace días.

Medina se retorció el bigote hasta casi arrancárselo.

—El asunto de Emilio me tiene en ascuas. Sé que cumplió su objetivo en Quetrén-có, pero no quiso decirnos lo que había averiguado. Intuyo que tiene algunos nombres en su lista y quiere informarnos en persona.

—Podría agregar en esa lista los de sus hijos, ya que estamos. ¿Acaso no le funciona ese aparatejo con el que todos aquí se comunican?

—Ya sabe cómo somos los hombres cuando trabajamos...

—¡Claro que lo sé! —exclamó Jose con un ímpetu que sobresaltó al intendente—. Llevo años sabiéndolo. Y para todo existe un límite. Una chica perdida, un guardaparque que no aparece. ¿Qué más podría ocurrir en este pueblo?

Como si respondiese a esa pregunta, Newen Cayuki entró a la oficina llevando uno de los aparatos a los que se refería la tía Jose, amén de un teléfono móvil que sólo por las circunstancias había admitido usar.

—Hay novedades, Hugo —dijo, ignorando a Josefina y extendiendo el teléfono hacia el intendente, que se disculpó con la mirada y leyó el mensaje.

—Ah, caramba —comentó Medina entre dientes—, vamos desarmando la madeja. Josefina, para su tranquilidad, le diré que Emilio viene en camino. Nos está dando información a medida que viaja.

—Qué milagro —comentó con acidez la tía, y se puso de pie, disimulando el alivio que sentía al saber que su amado sobrino estaría de vuelta en breve tiempo.

Medina la atajó con una sonrisa tímida.

—Sé que el momento es inapropiado, pero me gustaría acompañarla de nuevo al invernadero, Josefina. Cuando lo desee, por supuesto. Me interesa esto de las hierbas curativas.

Al asistente casi se le cae la máquina de café al escuchar la propuesta, y Newen también se descubrió sorprendido ante los avances del intendente, a pesar de que en su cabeza rondaban otros asuntos.

Emilio aceleró al llegar a las bardas. Conocía de memoria cada recodo de esa ruta y, sin embargo, había días en que lucía distinta, como esa mañana en que las nubes bajas conferían destellos metálicos a los farallones. Bastante tiempo atrás, aquel paisaje había sido testigo de la búsqueda de su hermana Cordelia, secuestrada por esbirros de Yusuf. Y ahora tenían otro entuerto, también provocado por el sirio. Las ambiciones de los inescrupulosos no encontraban límites en esa tierra desolada. Tierra de nadie.

Oprimió el volante y maniobró con destreza en un mallín traicionero, evitando encallarse. Emilio se había fortalecido viviendo en aquellas montañas. Las razones que causaron su asma a lo largo de su vida se habían diluido, o bien quedaron sepultadas por vivencias más poderosas. En cierto modo, había magia en todo aquello. Sonrió al reconocer el pensamiento de Cordelia en esa idea. Su hermana poseía el espíritu volátil que a él le había sido negado. Emilio era de concepciones terrenales, y gracias a esa visión práctica podía desentrañar asuntos como el de la red clandestina de tráfico de pumas. Llevaba en su carpeta nombres entre los que, por supuesto, figuraba Yusuf, pero también otros que disgustarían a Medina. Lamentaba que fuera así, ya que en Los Notros todos se conocían y las traiciones resultaban dolorosas. Tampoco le sorprendía demasiado. Luciano Necul siempre era sospechoso de algo y ahora, convertido en un muchacho adulto, hasta peligroso. Esperaba que Mayga cortase su amistad de una buena vez. Un problema menos.

Disminuyó la velocidad al rodar sobre una lámina congelada. Patinar en esos ojos de agua podía ser fatal. En la aridez de la Patagonia siempre se estaba solo. Encendió la radio y sintonizó el canal más cercano. La señal iba y venía según las vueltas del camino y los caprichos del viento. Allí nadie era dueño de la naturaleza, sino su esclavo. Entre los sonos melancólicos de una guitarra sobresalió la voz del locutor dirigiendo un mensaje a la comunidad.

Que quien hubiese visto a una joven de nombre Mayga Cayuki, de tales y cuales características, deambulando por los alrededores de Los Notros o siguiendo los caminos que salían del pueblo, se comunicase con urgencia con la Administración de Parques Nacionales, sede de la búsqueda que llevaba adelante la policía. Emilio sintió que le hormigueaban los dedos y el corazón se agolpaba en su garganta. Para no sucumbir a un ataque, apretó el acelerador y mantuvo la vista fija en la ruta que lo conduciría a la tierra de los valles y los cerros, donde se hallaba su hogar.

—Perdón, hermanita —murmuró angustiado mientras la polvareda blanca lo envolvía.

El camino alternativo brindaba un paisaje diferente al de la ruta principal. Arbustos y coirones habían dejado paso a la humedad de los bosques, que se cernían en silencio sobre ellos. Daniel entendió que estaban abandonando el roquerío de la estepa y atravesando una franja incierta. A pesar de la buena visibilidad, la cerrazón de la foresta impedía vislumbrar lo que encontrarían adelante. Con una prudencia inusual en él, aminoró la marcha de la Harley. Poco a poco, junto con el frío de la helada, comenzó a sentir una inquietud extraña. El estremecimiento de su cuerpo recibió un apretón de su pasajera, que percibió los cambios que él experimentaba.

—Es la Sombra —gritó ella desde atrás.

—¿Qué cosa?

Y como le resultaba imposible hablar mientras viajaban, detuvo la moto al costado de la carretera. Aprovechó para desentumecer las manos y aflojar las rodillas, mientras Mayga caminaba mirando el suelo.

—¿Qué hay? —insistió Dan.

—Por aquí se cruza la Sombra. Por eso tenemos tanto frío.

—¿Qué diablos es la Sombra?

Mayga sopló su aliento cálido en los dedos antes de responder con total tranquilidad.

—En este cruce, donde está la curva, los camioneros dicen que ven siempre una sombra atravesando el camino, en especial de noche, pero a veces también de día. Nadie sabe por qué. Hay gente que sufre accidentes por su causa, creen que han rozado algo a gran velocidad, pero si descienden del vehículo comprueban que no hay nada.

Daniel quiso burlarse de aquella superstición y no pudo. El aire se impregnaba de una atmósfera extraña, difícil de definir. Le recordó las reuniones de los Hermanos de la Senda, cuando se encendían fuegos y se murmuraban cosas incoherentes. Él participaba a medias, siempre había sido escéptico, y lo que lo impulsaba a acudir a aquellos cónclaves nada tenía que ver con creencias, era puro veneno destilado hacia las mujeres de cascos ligeros. Como su madre.

—¿Y qué hace esa supuesta Sombra, aparte de dar un frío de mil demonios? Mayga se acuclilló y observó el entorno desde un matorral de pasto llorón.

—A veces es un aviso —respondió con seriedad.

Dan no quiso darle el gusto de seguir preguntando, así que se perdió unos momentos entre los arbustos para sus necesidades. “Que haga lo propio”, pensó.

Su deseo por Mayga no se había enfriado, pero ahora que conocía su verdadera edad algo se interponía entre ellos. En otros tiempos, cuando cayó tan bajo en las honduras del infierno que él mismo había creado, tal vez el detalle de la edad no le hubiese importado. Aquella era la principal prueba de que la sordidez había quedado sepultada. Podría ser un vago o un buscapleitos, jamás un degenerado.

Volvió ajustándose el cinturón, y la muchacha había desaparecido.

—¡Mayga! —y a continuación soltó una ristra de palabrotas.

¡Qué imbécil! Estaban ya en sus dominios, y ella podía muy bien valerse

sola por lo que faltaba. Lo había timado con el asunto de la Sombra. ¡Una mocosa de diecisiete años!

Su plan de caer en Los Notros con la hija del guardaparque, frustrado por una chiquilina. De todos modos no podía estar lejos, por mucho que corriese como gamo. Trepó a su moto y salió de nuevo al camino, mirando en derredor con ojos de gato.

Casi se dio de bruces contra un árbol que parecía haberse interpuesto en su marcha. Saltó al suelo y se sacudió la tierra de la campera. Nada. Ni árbol, ni roca, ni ninguna materia sólida que pudiese haberle provocado ese sobresalto.

La Sombra.

Fastidiado, iba a montar de nuevo cuando lo vio. A regular distancia, silencioso y quieto como la primera vez. Lo miraba. ¡Claro que lo miraba! Podía advertirlo incluso con las gafas puestas. Se las quitó despacio y permaneció rígido, observando. El puma se exponía en toda su imponencia, una pata delantera avanzada, la cabeza vuelta hacia él, el lomo algo curvo, parecía dispuesto a hacer un movimiento que su presencia había interrumpido. De modo fugaz, Daniel pensó en Mayga. Si la muchacha había huido, estaba a salvo. Pese a la escena de aquella tarde, él no creía mucho en poderes mágicos ni en comunicaciones con los animales.

—Vete —susurró sin embargo, como si esa orden pudiese surtir efecto.

El murmullo apagado del agua le reveló que el felino se había acercado hasta el borde de los maitenes llevado por la sed. “Quizá ya haya comido”, se dijo esperanzado Dan.

El tiempo transcurría, distorsionado por el zumbido de los oídos en su cabeza.

Miedo. Era una sensación pocas veces vivida, salvo cuando era un niño manipulado por desconocidos que hablaban lenguas extrañas, recuerdos acompañados del dolor lacerante en su piel. Todavía, si se concentraba, podía rememorar el ardor de los tatuajes, testigos de su disipación posterior. Pensó

que, si tenía que morir, bien podía ser bajo las garras de un puma, hechos jirones los estigmas que lo marcaban para siempre. Pensó también que sólo su padrino lamentaría su pérdida, pues no había nadie con quien él hubiera obrado como para que lo recordase con cariño. Esa evidencia latió en sus sienes hasta causarle vértigo. Ni siquiera Mayga lo lloraría, ya que para ella él era un vil cazador de pumas. Contempló al que se ofrecía ante su vista con otros ojos.

La cabeza pequeña contrastaba con la fortaleza del cuerpo, en el que predominaba el matiz acerado, invernal. Supo en su corazón que era el mismo puma de la vez anterior. Estaba vivo, y lo rondaba. ¿Por qué? ¿O tenía que ver con Mayga esa aparición?

Un águila mora voló desde la copa de los cipreses y Daniel levantó el rostro.

Al volver la mirada hacia adelante, la sangre se le congeló en las venas.



CAPÍTULO 24

Josefina lidiaba con sentimientos encontrados. La audacia de Medina no tenía límites. ¡Proponerle una excursión en medio de una hecatombe como la que vivían! Al mismo tiempo, una sonrisa afloró en sus labios al recordar el gesto precavido con que la invitó. El intendente le provocaba ternura por esa condición de hombre solo que anhela el calor del hogar. Fregó con más fuerza el piso de la cocina, donde las confituras de la tarde habían dejado migas. Los gemelos jamás sabrían de modales. Por suerte se hallaba sola: Julieta descansaba en su cuarto y el abuelo paseaba del brazo de Greta por los alrededores. Su padre la asombraba. Desde que llegó a Los Notros se lo veía fortalecido y más animoso que nunca. Dormía sólo por las noches, y en las tardes la importunaba exigiendo que le permitiesen salir solo, algo que la enfermera a cargo cuidaba bien de impedir a cada rato. Ese capricho la alegraba, sin embargo, era buena señal. De algún modo, la vida de todos se había encarrilado en cierta dirección insospechada a raíz de la mudanza intempestiva. Salvo por la diablura de Mayga al huir de casa, las cosas estaban todo lo bien que podían estar. Salió a sacudir los felpudos y descubrió a Walter Foyer trasponiendo el umbral.

—¡Buenas tardes!

—Espero que sean buenas —respondió ella, ocultando la felicidad que le producía verlo.

Aunque todavía no lo perdonaba del todo, le resultaba difícil resistirse a su buen talante.

—Si hemos de atender los augurios y comprender las señales, así será.

¿Cómo has pasado el día, Josefina? Confío en que no será limpiando ni cocinando.

—¿Por qué no? —retrucó la mujer, combativa—. Me gusta hacer ambas cosas.

—Sarna con gusto no pica, pero...

—¿Vas a entrar?

Walter disimuló la diversión que le provocaban los ataques verbales de aquella mujer incapaz de herir a nadie, pero deseosa de parecer muy dueña de hacerlo.

—Sólo si puedo convidarte con un elixir mágico.

El hippie viejo sacó del bolsillo una petaca que horrorizó a Josefina.

—¿A estas horas?

—Es jarabe de arándanos. ¿Qué habías creído?

Se burlaba de ella con esa sonrisa cándida que ya no la engañaba. Jose tuvo que ceder y reír también. La presencia de Walter la dejaba sin armas.

—Esto requiere una ceremonia especial —decía él mientras la seguía hacia la cocina—. Es un néctar que merece copas de cristal tallado.

—Imagino que habrá algo a su altura en la vitrina.

—Y si no, éstos estarán bien —y el hombre tomó sin permiso dos vasos de vidrio que reposaban en el secadero.

Los ubicó sobre la mesa recién lavada y derramó una medida del líquido espeso y perfumado en cada uno.

—¿Es seguro que no contiene alcohol? —sospechó Jose, metiendo la nariz en el vaso.

—Está claro que no se puede ser atento sin que desconfíen de uno —se mofó él, satisfecho.

La mezcla contenía el alcohol necesario para su conservación, pero Jose calló, para no aguar el momento de descanso que se estaba permitiendo. En los últimos días, los nervios y los temores le habían ganado la partida, pero en

presencia de Walter todas aquellas rémoras del pasado se diluían como ese jarabe en su lengua, con dulzura.

Lo contempló unos instantes.

—Conseguiste una vida reposada en este pueblo. ¿Renunciaste a algo?

Walter meditó mirando el fondo del vasito antes de responder:

—Imagino que cada elección supone una renuncia. La clave es decidir que siempre es la que conviene hacer, sin lamentar la que queda atrás.

—Sabia reflexión. Ojalá hubiese sido yo tan sensata años antes.

—¿Por qué? ¡Si es justo lo que acabo de decir! Todo llega en el momento justo, cuando se lo puede apreciar. Si las ofertas se presentaran todas juntas nos volveríamos locos.

Josefina permaneció callada.

—¿Crees que soy una pobre solterona sin futuro, Walter?

El hombre no esperaba tamaña pregunta, que revelaba la amargura de un pasado al que la tía Jose no lograba dejar atrás. Esa mujer sensible por la que el tonto de Medina suspiraba, quizá sin que ella se diese cuenta, no era consciente ni de sus virtudes ni de las oportunidades que la vida le ofrecía. ¡En ese mismo momento!

En lugar de contestar, tomó una de sus manos y acarició con el pulgar el dorso suave.

—Tienes unas manos preciosas, Joséphine. ¿Cómo lo logras, si tanto trajinas en la casa?

Jose se tragó la vergüenza que le había producido el comentario anterior, salido de su boca sin pensar, y contestó con voz neutra:

—Ése es mi secreto, el que no pienso revelar, pues es la clave de mi futuro negocio.

—Entonces sí tienes futuro. Y eres soltera, pero no vieja sino hermosa.

El rubor tiñó los pómulos de la tía Jose sin remedio. Walter elevó hacia ella sus ojos almendrados, que brillaban con algo más que picardía.

—Voy a besarte, Joséphine —y aprovechó el impacto de esas palabras para atraerla hacia él, sintiendo la calidez del primer contacto íntimo con la tía de Cordelia.

Rozó los labios femeninos con tiento, dejando en ellos pequeños besos inocentes hasta que percibió la blandura de la rendición. Josefina entrecerró los ojos y Walter dibujó con su lengua un recorrido por la boca de la mujer, y cuando a ella le resultó imposible mantenerla cerrada, se aventuró en su interior con dulzura, entrando y saliendo, probando el néctar de una virgen, tan anhelante de amor a esa edad como podría estarlo una jovencita. Para su sorpresa, la tía Jose respondió al avance devolviendo el beso y pidiendo más de aquella muestra carnal que durante años le fue negada. En lugar de reprimirla, Walter la tomó de la cintura y la sentó sobre su regazo. Hundió en sus carnes manos ansiosas y recorrió los senos bajo el suéter de angora hasta que Josefina echó atrás la cabeza, encendida de pasión. Un pequeño gemido lo recompensó cuando mordió con suavidad el cuello delicado.

—Ven a mi casa esta noche, Joséphine —rogó, trémulo—. Por favor.

Antes de que la tía Jose pudiese reaccionar a esa nueva propuesta masculina, la voz del abuelo irrumpió en la estancia.

—¡Buenas tardes!

Walter maldijo por lo bajo y Josefina se envaró al punto de resbalar de las rodillas del hombre. Sin atinar a decir nada, acomodó sus cabellos y sus ropas mientras Greta, que oscilaba entre el remordimiento por la interrupción y el reproche, la observaba con pasmo. ¡A sus años!

El hippie viejo recuperó el dominio en un instante, y al saludar al patriarca de los Ducroix con una sonrisa deslizó una mano furtiva por la cintura de Josefina para recordarle su invitación.

Luciano corrió y corrió, hasta agotar las piernas.

Ver a su madre le provocaba sentimientos opuestos. Saber que la tenía, que no era huérfano, lo confortaba, pero las palabras duras con que su padre se refería a ella le impedían mirarla sin pensar que se rendía ante los hombres ocultando su verdadera identidad, de la que se avergonzaba. Luciano era rebelde, y aunque no había logrado nada útil en su vida tenía conciencia de pertenecer a una comunidad que cada tanto se erigía en defensa de sus derechos. Su mismo padre, pese a vivir en buena relación con el blanco, había tenido un pasado revoltoso y logró enardecer a la gente mapuche con sus prédicas. Al fin y al cabo, debería sentirse orgulloso de él. La conversación con el bisabuelo de Mayga regresó a su mente. El viejo lo había creído capaz de ayudarlo. ¿Acaso se le estaba presentando una alternativa, como la había tenido Mario Necul en su tiempo?

Miró en derredor al llegar al límite. Había un silencio extraño a esa hora de la mañana. El inconfundible canto del chucao retumbó en el bosque, y Luciano aguardó, expectante. El pajarillo poseía dos trinos y, según la tradición, uno era bueno y el otro malo. Luciano supo al instante que acababa de escuchar el trino de alerta.

Allí, detenido en el cruce de los caminos, un enorme puma lo desafiaba, quizá el mismo que él había intentado atrapar con el falso señuelo. Al joven no le interesaba la caza mayor, y si colaboraba con los furtivos era porque los pedidos de su madre lo debilitaban; buscaba satisfacerla, que ella lo quisiera, que fuese como otras madres que hablaban de sus hijos entre ellas. Luciano no recordaba que Llanka le hubiese preguntado jamás por la escuela, los amigos o sus gustos.

El puma le clavó una mirada sagaz. Parecía reconocer en él la mano del leonero.

La rusticidad del pelaje, ciertos raspones que le afeaban el cuero, decían a las claras que ese puma sobrevivía como lo habían hecho desde siempre sus ancestros: cazando liebres, guanacos, tal vez asaltando algún rodeo de ovejas

de tanto en tanto. Luciano sabía que los pumas, si podían elegir presas, preferían con creces las que pudieran perseguir. Era el llamado de sangre del que mantiene a raya las especies.

El verdadero señor de la montaña.

De manera repentina, vino a su recuerdo una imagen que creía olvidada: Mayga contándole un episodio vivido durante una ronda con su padre, algo que les había sucedido cuando ella era aún pequeña. Un puma de tamaño considerable, como suelen ser los patagónicos, les había salido al encuentro. El animal miraba fijo a Mayga y no se movía, impidiéndoles el paso. Luciano recordaba los ademanes y la voz de la niña intentando impresionarlo. Debía de haberla impactado mucho para que hubiese retenido con tanto empeño ese episodio, uno de tantos que habría vivido en lo alto del cerro, y que conservaba gracias a los relatos de su madre. El niño que él era entonces también resultó impactado por el cuento, tal vez porque en las soledades de la estepa la presencia del puma recogía un sentido mítico.

¡Qué extraño haber pensado en Mayga en ese momento!

El puma se pavoneaba ante él, mimetizado con el polvo y las rocas, escrutándolo con ojos cenicientos como las espirales de humo en las tardes de invierno. El felino cambió de postura y desvió su mirada hacia otro punto. Luciano, que hasta el momento no había sentido miedo, avanzó con cautela para ver qué había llamado su atención. Le tocó sorprenderse cuando vio al intruso de la moto en la mira del animal. ¿Qué hacía ese hombre ahí? ¿Mayga estaría con él? Una maraña de suposiciones confundió la mente del muchacho, que no supo a qué atenerse. El genio maligno le sugirió dejar que el puma se abalanzase sobre el sujeto al que detestaba, pero ya contaban un muerto en Los Notros por causa de un ataque, y sintió náuseas al pensar que podía ser testigo de otra matanza. Se disponía a arrojar una rama que distrajese al gato cuando vio algo más que lo paralizó. Ahí estaba Mayga, a un palmo de distancia, con la mirada fija en un lugar adonde los ojos de Luciano no alcanzaban. Tragó

saliva hasta que le dolió la garganta y sintió el sudor corriendo por su espalda. Las piernas lo clavaron al suelo y creyó haber echado raíces en ese bosque.

—Quieto —susurró ella.

Su voz parecía emerger de la niebla. Luciano no supo si la orden iba dirigida a él o al puma. El felino advirtió la aparición de la muchacha y de nuevo giró la cabeza. Lucía indeciso y hasta curioso. A Luciano le recordó el gato de la tía Jose cuando lo miraba desde el cerco con ojos que parecían saberlo todo. Este puma “sabía” también.

Los tres humanos protagonistas de ese encuentro conformaban los vértices de un triángulo cuyo centro era el punto donde se cruzaban el bosque y la estepa. Y en ese sitio exacto donde el paisaje cambiaba, el puma parecía jugar un rol decisivo.

La sensación de irrealidad lo convirtió de nuevo en un muchachito audaz que no pensaba en nada, el compañero de andanzas de Mayga. Su eterno enamorado.

—Cuidado —dijo entonces, temeroso de que ella quisiese salvar al tipo de la moto a costa de su propia vida.

La joven extendió un brazo para contenerlo.

—A mí no me pasará nada.

Y como Luciano se disponía a contrariarla, Mayga lo encaró, clavando en él ojos cenicientos como los del puma. Idéntica mirada sagaz, calculadora.

Luciano retrocedió y Mayga avanzó sobre el terreno.

Un miedo diferente a todo lo vivido antes invadió a Daniel cuando vio a Mayga a escasos metros. Por primera vez, algo le importaba con tanta intensidad como para arriesgarse por ello. Buscó con la vista palos o piedras que sirviesen para alejar a la fiera, y cuando decidió que lo único que podía hacer era trepar a la moto y asustarlo con el rugido del motor, comprobó con

pavor que la muchacha había avanzado unos pasos, como si la situación no revistiese gravedad. “Insensata.” Una combinación de rabia y desesperación le alteró los latidos del corazón. Iban a morir allí, quizá como precio por la muerte del otro puma, al que Mayga ayudó a atravesar el umbral de la vida sin dolor. Fue entonces que una concepción distinta se abrió paso en su mente. ¿Por qué se cebaría este puma en la persona que se sentía afín a él? ¿Acaso Mayga no le había dicho que existía un espíritu común a todos los pumas? Ese gato no haría daño a Mayga, entonces; venía por él, que estaba vinculado a los cazadores. De algún modo, saber eso lo apaciguó. Mayga no correría peligro. Y si a él le tocaba morir, daba igual dónde o cuándo fuese. La calma de lo inevitable lo invadió y aguardó a que el puma hiciese su movimiento. Dejaría la decisión en sus fauces y sus zarpas.

—¡No te acerques! —la conminó.

Mayga recibió la orden con íntima satisfacción. Daniel la creía en apuros y prefería exponerse en su lugar. El hombre de corazón negro había comenzado a filtrar la luz. Por supuesto, ella no podía permitirlo, aunque él jamás sabría por qué. Esa certeza le brindó confianza en su poder, del que había tenido ya un atisbo. Nada malo ocurriría en esa mañana porque ella estaba ahí. Y de su fuerza dependía todo.

Caminó hasta quedar junto al puma, ante los dos hombres que la contemplaban petrificados. Fue entonces cuando Dan descubrió a Luciano, agazapado tras los arbustos. “Idiota”, pensó, y temió que ese muchacho calenturiento provocase una desgracia. Mayga, entretanto, se mantenía mirando siempre en la dirección que seguía el puma, convirtiéndose en él, sintiendo lo mismo y viendo lo que el animal veía con aquellos ojos extraordinarios. Pasaron segundos eternos antes de que hubiese un cambio en esa escena terrorífica. Daniel ignoraba que Mayga lo había contemplado con ternura, y tampoco percibió que luego miraba a Luciano con simpatía. Ninguno de ellos captó que esa misma mirada se replicaba en los ojos del puma como un

reflejo, ni que el lomo del animal se relajaba a medida que se acostumbraba a la presencia de la joven. Era tan inverosímil todo aquello que ninguno encontraba razones. Al cabo de unos momentos, el puma se estiró como desmerezándose de una posición incómoda y se alejó con parsimonia, sin volver la cabeza atrás una sola vez.

Nadie se movía. Tanto Luciano como Daniel dejaron salir la respiración contenida minutos antes de abalanzarse sobre Mayga al mismo tiempo.

Ella lucía agotada, pero pletórica de dicha.

—Ya pasó —les dijo con voz enronquecida—. Mamá se alegrará al saberlo.

Daniel iba a reprocharle su imprudencia cuando vio que Luciano la contemplaba con tal admiración que comenzó a entender que algo potente y sobrenatural acababa de ocurrir en ese sitio desolado. Y lo más importante: habían salido indemnes de ello.

Ya no cabía duda de la originalidad de Mayga. La muchacha que él pretendía conquistar era a su vez una conquistadora, y su poder no respondía a los parámetros conocidos. A pesar de su cinismo, Dan tuvo que admitir que acababa de presenciar una revelación cuyos alcances quizá jamás comprendiese del todo. Por mucho mundo que recorriera en adelante, las huellas de ese puma solitario que de modo misterioso se vinculaba a la jovencita del cerro permanecerían en su mente y en su corazón.

Había quedado marcado por él, como un tatuaje que no precisaba lacerar la piel.

—Vamos —dijo, presuroso por regresar a la normalidad—. Larguémonos de este lugar.

El rugido de la moto quedó atrapado en los escondrijos del bosque y subió hasta el roquedal. Sobre el borde escarpado que iniciaba el ascenso a la montaña, el puma contemplaba con ojos de humo el punto metálico que se perdía en la distancia.

Pasaría mucho tiempo antes de que volviese a bajar al valle.



CAPÍTULO 25

Erik escuchaba con atención el relato de Cordelia sobre el don de Mayga. Había decidido acompañarla en esas horas angustiosas porque, además de convenir a sus propios intereses, esa proximidad le permitiría a ella desahogarse.

Se encontraban sentados sobre el barandal de troncos de la cabaña, en la cima del cerro. El aire de la mañana se tornaba más frío a medida que un tímido rayo de sol se abría paso entre las nubes.

—Doña Damiana no me dijo de qué manera mi hija podría dominar ese poder. Murió antes de que Mayga llegara a la edad de comprobarlo. Nadie lo supo hasta ahora. Hay cosas que cuesta aceptar, pero sé que conocer ésta significaría un gran apoyo para su deseo de permanecer aquí.

—Tu esposo pertenece a esta tierra, no debería asombrarse.

—La única persona que podría convencerlo ya no está entre nosotros.

—Damiana.

Cordelia asintió, suspirando. Se la veía encantadora al recordar los tiempos en que la *machi* la había tomado por discípula.

Erik demoró unos segundos en dar su opinión.

—Lo que me cuentas no es tan insólito. Los estudiosos del magnetismo y otros fenómenos lo denominan fascinación, y se manifiesta en la mirada, que se considera la ventana del alma.

—¿Han estudiado el don?

—Desde otro punto de vista, claro. Doña Damiana lo vio en ese canto sagrado que ella le dio a Mayga al nacer. ¿Cómo es que se llama?

—*Tayel.*

—Bueno, es la misma cosa, creo yo, llamada por otro nombre y vista desde otra perspectiva. Hay cierto fundamento, más allá de lo místico, y se puede argumentar que ella posee esa cualidad con los seres vivos. Biofilia le dicen. Sería incluso de gran ayuda en esta búsqueda. ¿Qué te parece proponérselo a Medina?

La idea sedujo a Cordelia. Pensó que si Mayga demostraba ser capaz de conectarse con el puma, tanto su esposo como el intendente de Parques verían con claridad que ése era su destino, que sería de mayor utilidad allí que como médico en otra parte. Sonrió a Erik y puso su mano delgada sobre la morena de él, entusiasmada con la posibilidad.

—¿Serías capaz de sugerirlo?

Erik iba a responder cuando su sentido alerta le indicó que alguien más presenciaba la escena.

Newen sintió un remolino de fuego abrirse paso en el pecho al ver a su esposa en actitud íntima con el hombre al que consideraba rival. Anhelaba compartir con ella la angustia por la huida de la hija pero no sabía cómo, la capacidad de liberar su corazón se le había entumecido hacía mucho. Le resultaba más fácil expresar ira o determinación. Acababa de subir al cerro con la esperanza de encontrarla mejor dispuesta y así aguardar el desenlace juntos, contarle que Cipriano le había dado confianza con la ceremonia, pero al verla en compañía de ese hombre sus buenos propósitos rodaron por tierra.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz áspera.

Erik entendió que Cayuki había picado el anzuelo y que él debía mantener la farsa, aunque con cautela.

—Su esposa me contaba sobre la afinidad de Mayga con esta tierra.

Newen clavó en Cordelia una mirada dura.

—Se crió aquí, es natural.

—Por lo que entiendo, es algo más que eso —aventuró Erik.

La expresión glacial del guardaparque hubiese amedrentado a cualquier hombre razonable, pero Erik poseía un sentido de la oportunidad que casi nunca le fallaba. Era ése el momento de jugarse por la suerte de Mayga y la felicidad de Cordelia.

Además, le daría pie a ella para echar sus cartas.

—Me dice su madre que al nacer se le hizo una ceremonia para conocer su guía o su tótem.

Un tótem era lo que parecía el hombre que Erik tenía ante él, petrificado por la furia y tal vez por el estupor de saber que alguien ajeno a su círculo conocía secretos familiares.

—Y que en ese canto sagrado ella quedó de algún modo ligada al puma — prosiguió.

Newen miró a Cordelia, exigiendo explicaciones.

—Me lo dijo doña Damiana después, pero en aquel tiempo no escuchabas.

La respuesta de su esposa fue tan dura como el gesto con que él la recibió.

Entre ambos esposos, Erik funcionaba como un engranaje que se movía en la dirección adecuada para abrir por fin la puerta de los corazones.

—Lo que yo interpreto, y en esto les pido consejo pues nada sé —seguía diciendo con voz pausada y calma—, es que la jovencita posee una cualidad que no es frecuente y que en ella se manifiesta más a medida que crece. Aquí le dicen *tayel*, pero en otros ámbitos lleva nombre científico. En definitiva, Cayuki, creo que Mayga es una elegida y eso no se puede negar. A su madre le preocupa que en ausencia de doña Damiana no haya nadie que sepa orientarla.

A esa altura del discurso, Erik dirigió su propia mirada dura a Newen, para decirle con los ojos lo que no deseaba pronunciar en presencia de Cordelia: que era él la persona adecuada, y que su ceguera le impedía darle a esa hija lo que la niña pedía a gritos. El puelche acusó recibo de la crítica. Ya venía arrepintiéndose de la dureza con que trataba a Mayga, si bien su temperamento le impedía doblarse cuando debía hacerlo. Era cierto que la ausencia de

Damiana pesaba, pues la anciana había sido, desde mucho antes de conocer a Cordelia, la única persona capaz de leer en su alma con sus ojos ciegos.

—Cuando Mayga regrese hablaremos de eso —repuso Newen, y era la respuesta más dócil que podían esperar.

—Cayuki, hay algo más que le comenté a su esposa.

—¿Qué? —ladró Newen.

—Que quizá Mayga sea la persona indicada para ayudar en el asunto del puma, pero no sería conveniente decirlo ante todos sin antes saber su opinión, no sé si estará de acuerdo en apoyarla para que nos dé una mano. Aunque se haya portado mal, si se lo presentamos como un deber...

—Ella hará lo que le pida.

Cordelia abrió la boca para replicar que en todo caso Mayga haría lo que quisiera cuando el pitido del comunicador interrumpió la conversación. Newen escuchó el mensaje del otro lado y las nubes en su semblante se disiparon. Parecía que el sol alumbraba más fuerte cuando dijo, con voz cargada de emoción contenida:

—Ha vuelto. Mi hija está a salvo.

Erik retrocedió a tiempo de dejar paso a Cordelia, que se arrojó sobre su esposo, olvidando por un momento rencores y disgustos. Él la estrechó hasta casi quebrarla entre sus brazos. Sin besos ni palabras, sólo un abrazo que los fundió a ambos en un mismo sentimiento. Erik dirigió sus ojos a la lejanía, donde el sol arrancaba destellos blancos. ¡Qué suerte la suya! Enamorarse de una mujer enamorada.

—Vamos, entonces —dijo, para disipar su propia incomodidad.

Los tres emprendieron el descenso, guardando un silencio respetuoso por los sentimientos de cada uno, hasta que los ruidos habituales del pueblo les permitieron sonreír y apresurar el paso hacia la intendencia.

Como intendente de Parques Nacionales, Medina afrontaba una ardua tarea.

Si bien Los Notros seguía siendo un sitio remoto en la Patagonia, ciertos inversionistas habían empezado a rondarlo. Alguien debía de haber puesto el dedo sobre ese punto del mapa, y algunas mentes ávidas supusieron que allí residían ocultas riquezas listas para rendírseles.

—No es un encierro, son setecientas hectáreas limpias y mil trescientas de monte —decía un sujeto que, al igual que Stuart Eliot, venía por turismo cinegético y desechara los cotos de caza en favor de los campos libres.

El tumulto que produjo la llegada de Mayga a bordo de la Harley-Davidson en compañía de uno de los sospechosos y del hijo rebelde de Mario Necul lo eximió de responder a ese nuevo problema que se le presentaba. Se disculpó con rapidez y argumentó asuntos urgentes para sacárselo de encima.

Jamás se había visto tanta gente reunida en la intendencia. La máquina de café no cesaba en su gorgoteo, al igual que el teclado que aporreaba el asistente. La puerta se abría y se cerraba de continuo, y a las voces de los entendidos se sumaban las de los curiosos, que atisbaban a través de las ventanas. Apiñados en un espacio reducido, compartían sillas y café los guardaparques, un miembro de la Dirección de Fauna, oficiales de policía y, desde hacía unos minutos, el abuelo Ducroix, al que ninguna de las mujeres de la casa había logrado contener una vez que supo del paradero de su bisnieta. Medina encontró servida la ocasión para atender un poco a Josefina, que a cada momento requería el teléfono para mantener al tanto a Julieta. Rogaba por que Emilio llegase pronto pues, al igual que muchos, temía la reacción del padre de Mayga.

El silencio había coronado la entrada de los prófugos, escoltados por un policía que indicó al escribiente tomar nota de las declaraciones. Como en procesión, algunos vecinos los habían seguido, y aguardaban afuera el veredicto de las autoridades.

—Chiquita —dijo con ternura y reproche Medina al ver a Mayga pálida,

pero entera.

Los otros dos permanecían un paso atrás, Dan Eliot con cierto desdén por el barullo montado, y Luciano temeroso de que allí hubiese alguien que lo señalase con el dedo.

El abuelo dio la nota al exclamar:

—¡Así se hace! Salir en busca de las ovejas descarriadas.

Y cuando todos creyeron que se refería a que Daniel había rescatado a Mayga, los sorprendió palmeando el hombro de su bisnieta.

—¡Esta jovencita es una digna Ducroix, sí señor!

La llegada de los padres provocó nueva conmoción. Cordelia abrazó a su hija entre lágrimas y, cuando se separaron, Mayga miró a Newen con un interrogante mudo en los ojos todavía húmedos. Por toda respuesta, el puelche abrió los brazos y la muchachita se cobijó en ellos.

—Perdón, papi.

Medina se inclinó para buscar otra resma de papel y ocultar su propia emoción, mientras que algunos, sin saber qué otra cosa hacer, aplaudieron un poco.

—Aquí se la traigo —dijo Daniel con soltura y desvergüenza—, sana y salva. Espero que en adelante la vigile mejor. Y que usted sepa identificar a sus verdaderos enemigos.

Era su venganza por la humillación de la captura en el bosque. Ese energúmeno se la debía. Degustó el sabor de las palabras cuando vio el semblante endurecido de Newen, pero no duró mucho porque Medina actuó como un prestidigitador para calmar los ánimos.

—Mayga estará siempre a salvo en este pueblo, donde ha nacido y todos la conocen.

La muchachita bajaba los ojos, apenada por haber provocado temores en los que más amaba. Calmadas las primeras impresiones comenzó el papeleo, un tema más fácil para los hombres. Se anotaron datos precisos, y al constatar

que Mayga había salido del pueblo por su voluntad y que Daniel la había encontrado en el camino, nada justificaba indagar más sobre el episodio. Erik se mantenía a un lado, escuchando y tomando nota mental del momento en que Newen haría su propuesta.

Hasta que una voz por todos conocida dijo desde la entrada:

—El *winka* anda degollando ovejas.

Se produjo otro silencio, esa vez tenso, y Medina fijó sus ojos claros en Cipriano.

—Cuidado, viejo, con hacer acusaciones a la ligera.

El anciano iba ataviado con su poncho azul, cosa que llamó la atención de Newen. En su rostro centenario los surcos parecían haberse profundizado y tenía un sospechoso brillo en la mirada.

—¿Qué estás diciendo, Cipriano?

—Lo que dije. Este hombre vino a degollar las ovejas de los paisanos. Mis *peñi* lo han visto con esa máquina engualichada por los cerros.

Recién en ese instante Dan comprendió que lo estaban acusando. ¡Y él no había visto a ese viejo decrepito en toda su vida!

—¿Qué le pasa a este hombre? —exclamó—. ¡Yo ni siquiera lo conozco!

—Eso no impide que él sepa algo que nosotros no —contestó tajante Newen.

Detestaba a Dan Eliot por su participación en la comitiva de caza, y aunque no hubiese secuestrado a su hija, lo odiaba también por rondarla.

—Vamos a ver —terció Medina, levantando las manos en son de paz—. Cipriano, si hay algo que decir, y si es cierto —aquí le dirigió una mirada intencional, pues sabía que el viejo disfrutaba de impresionar con sus historias—, lo dirás para que lo escriban en estas hojas.

Luciano contemplaba horrorizado lo que estaba ocurriendo. Era su culpa, él había sembrado la duda en las autoridades al mencionar a Daniel. Miró a Erik pidiendo auxilio, y el hombre se lo brindó.

—Medina, creo que deberíamos separar el tráfico ilegal de pumas, en el que quizá haya que interrogar al señor para obtener pruebas contra el dueño de El Almojarife, y el ritual de las ovejas, al que por lo menos yo no le encuentro relación. ¿No es así, Cayuki?

Newen digirió la pregunta y supo que era lo correcto. Más allá de su animadversión personal, el motivo de disputa contra Dan y su padrino tenía que ver con la caza. Nada hacía presumir que los extranjeros participaran en rituales sangrientos.

Entonces Mayga los sorprendió a todos, en especial a Daniel, al decir con voz clara:

—Papi, yo puedo asegurar que él no estuvo nunca ni siquiera cerca de los lugares donde aparecieron las ovejas muertas.

—Habla, Mayga, y que todos permanezcan en sus sitios como testigos de lo que va a decirse. ¡Escribe! —ordenó Medina con firmeza a Lorenzo, que ya sentía entumecidos los dedos.

—Este hombre puede parecer sospechoso porque cuando era muy joven, quizá de la edad de Luciano, formó parte de una secta que practicaba ritos y sacrificios de animales. Eso fue en otra parte, muy lejos de aquí. Él conserva huellas de ese pasado, pero tiene derecho a vivir ahora su vida, libre de esas marcas que todos tenemos.

—¿Cómo te consta eso, niña? —inquirió Medina, espantado por la envergadura del relato.

—Su padrino me lo contó para advertirme, pensando que eso me afectaría, pero yo no juzgo a nadie por su pasado si se ha arrepentido de él.

—¡Bien dicho! —exclamó el abuelo, y dirigió a Luciano una mirada intimidatoria.

Aunque resultaba incongruente escucharla hablar de las marcas del pasado como si ella fuese una mujer de experiencia, nadie sonrió siquiera; todos pensaban en aquellas manchas que afeaban sus historias personales y de las

que con gusto se librarían para siempre. Newen, en especial, miraba a su hija con intensidad, preguntándose si ella sabría lo que encerraban sus propios recuerdos, o si habría sido pura casualidad que mencionase algo así. Cordelia jamás hubiera contado a su hija que él había sido prófugo de un crimen que nunca cometió. Vio de repente a una Mayga distinta, una crisálida convertida en mariposa, desplegando sus alas brillantes.

Daniel, en cambio, la contemplaba con ojos desorbitados. La revelación de Mayga significaba que su padrino lo había traicionado, desenterrando un pasado que a él le pesaba como lastre de plomo. ¡Y se lo había contado a una niña! Jamás lo perdonaría. Una rabia sorda bullió en su interior mientras tomaba una decisión irreversible. Se acababan los tiempos de holganza en compañía de un cazador deportivo. Había llegado el momento de abrirse camino por su cuenta. Y en esa nueva senda no había lugar para Stuart Eliot, pese a la gratitud que le debía. La compañía de aquella gente, y sobre todo la de Mayga, había socavado la dureza de su corazón, mal que le pesara, y aunque no estaba en condiciones de admitirlo, ya no era el mismo. En ese instante, Dan Eliot supo que acababa de mudar su antigua piel, como las serpientes.

En cuanto a Luciano, el muchacho no las tenía todas consigo. Podía saberse que él había sido quien sembró la sospecha o, peor aún, que su propia madre participaba en el asunto de las ovejas muertas. ¡Ni siquiera se sabía que él era hijo de Llanka! Y Luciano deseaba que nunca se supiese. Tampoco podía denunciarla, mucho menos para salvar al tipo de la moto, que seguía resultándole antipático. Además, las investigaciones podían revelar que el leonero era él, y que por fidelidad a su sangre había cometido delitos que ahora saldrían a relucir. En su alborotada mente fue tomando forma la única idea que se le antojaba posible para salir del atolladero. Retrocedió hasta quedar al margen del grupo y, una vez próximo a la puerta, se deslizó fuera de la intendencia.

Nadie se percató de la huida salvo Erik, que seguía en su papel de observador. Por la ventana vio que el muchacho atravesaba el cordón de curiosos aparentando indiferencia, para después apurar el paso en dirección a las afueras. Él ignoraba dónde vivía, de modo que aquella partida no le significó nada en principio, hasta que descubrió que el viejo araucano también había desaparecido y caminaba sobre el sendero agrietado por el frío en la misma dirección que el joven.

—Extraño —se dijo en voz baja.

Iba a salir en pos de ellos cuando la llegada de Walter Foyer lo detuvo.

—¿Me perdí algo? —comentó el artesano con liviandad.

Fastidiado por tener que explicar tanto en tan breve tiempo, lo despachó con rapidez.

—Pregunte a los que saben —y salió tras Luciano.

Avanzó a zancadas por aquella pendiente que lo alejaba del pueblo, y se maldijo por haber olvidado los guantes, pues el aire cortaba la piel. Reconoció en el sendero al mentado Camino de los Artesanos, el que pensaban ofrecer en un recorrido turístico.

Al ver los nombres de algunas *rukas*, aquí y allá, supuso que serían los que habían aceptado formar parte del emprendimiento. A esa hora el camino estaba desierto, se escuchaban hachazos en el monte y el cencerro de los rebaños resonaba a lo lejos. El humo de algunas viviendas denunciaba la presencia de una mujer cocinando o atizando el fuego para soportar la helada. Erik enfundó las manos en los bolsillos y canturreó para entrar en calor.

Descubrió al viejo y al muchacho a mitad de camino, al parecer enzarzados en una discusión. Erik avanzó ocultándose en la foresta, hasta donde el viento le llevaba el sonido de las voces.

—Lo dije porque me obligaron —decía Luciano empacado.

—Porque se lo pidió su *nuke* —lo corregía el anciano.

—¡Ella no es mi madre!

—Lo es.

La revelación sacudió a Erik. ¿Sabría Newen ese dato? Porque el puelche creía que aquel muchacho era huérfano de madre, por lo que él sabía.

—Ya no quiero verla más.

—Yo tampoco, pero la sangre es la sangre, y si tiene que mentir por ella, lo hará.

Luciano masculló algo inaudible; parecía que el viejo había tocado una fibra sensible.

—Me voy —dijo entonces el chico con determinación.

—¿Qué va a decir su padre?

—Él no me necesita. El único que me precisa... —y calló.

Cipriano era astuto, como Erik había podido comprobar antes, y sin duda estaría al tanto de las idas y venidas de todos en el pueblo, por eso no le sorprendió escucharlo decir:

—¿Va a quedar agarrado al *winka* como su padre? Ese *fücha* le va a soplar su *PELLI*.

—Es el bisabuelo de Mayga y no me va a soplar nada. Me ofreció trabajo.

—A eso me refiero. Huya, pues, antes de que pierda lo más sagrado. Su libertad.

Hasta Erik quedó impresionado con el tono de voz del viejo, que no acusaba la edad cuando se tornaba imperioso.

—Pero van a castigar a un inocente —protestó Luciano.

—¿Qué le debe a ese extranjero?

—Nada.

—Yo me encargo.

—¿Y usted? ¿Adónde va a ir?

Cipriano hizo un gesto vago con la mano huesuda.

—Yo ya me estoy yendo, nada importa. Ande, vaya, y que Futachaw guíe sus pasos. No se olvide de la tierra donde nació, *cheche*.

Luciano quedó perplejo por el nombre que le daba aquel anciano brujo con el que poco y nada había hablado a lo largo de su vida. Le había dado el trato de nieto. Luciano no se detuvo a considerar eso; se iría, dejando atrás lo único que conocía y lo que más amaba: a Mayga, y un modo de vivir que le daba razones para sentirse importante. Vagar sin rumbo, pintar consignas, organizar revueltas, con esas acciones inútiles había creado una identidad. Al irse debería construir otra y no se sentía con fuerzas para ello. El anciano aún le dedicaba una mirada aguda. Luciano contempló con tristeza la parte baja del sendero, donde quedaban las *rukas* de sus paisanos, el río y toda su infancia. Mayga iría a estudiar a la ciudad, y Newen jamás aceptaría que él la rondase. Pero donde quiera que fuese, ella sería la dueña de su corazón. Y aunque se juntase alguna vez con otra mujer, una parte de él pertenecería siempre a Mayga.

Luciano pugnó por guardar lágrimas que apenas contenía. Cipriano aguardaba.

—¿Qué va a hacer entonces?

—Me voy. Dígale a mi padre, para que se ocupe de mi madre.

Cipriano respondió de manera neutra.

—Cuando se sepa la verdad, su madre no tendrá quién la reciba. Volverá a su gente, como cuando era *pichi malen*.

Un poco aliviado al saber que su madre no quedaría sola, Luciano se echó al hombro un bolso que Erik no había visto y enfiló hacia una saliente del camino que debía de comunicar con el que llevaba a La Señalada. Iría a despedirse del padre, sin duda.

Erik desconocía el trasfondo de las relaciones familiares de ese muchacho, pero entendía con claridad el desarraigo y la incertidumbre del futuro.

Los había sentido en carne propia.

Cipriano permaneció largo rato mirando el rumbo que el joven había tomado. Era imposible discernir en su rostro apergaminado si sentía pena o

alguna otra emoción.

Erik tampoco se movió, hasta que el anciano comenzó a desandar camino hacia el pueblo. Ignoraba si la madre de Luciano era alguien importante en la comunidad, tendría que preguntar a Newen sobre este nuevo asunto. Esperaba que la novedad no lo afectase demasiado, pues bastante tenía el guardaparque con los episodios que le había tocado vivir en el último tiempo.

Al retornar a la intendencia comprobó que la gente se había dispersado y sólo quedaban Medina, el asistente, Dan Eliot, Mayga y su padre. Cordelia había conseguido convencer al abuelo de recostarse un rato en la casa, y Josefina acudió con ella para tranquilizar a Julieta. Habían recibido noticias de Emilio y todo parecía encarrilarse, aunque los rostros serios y el aire denso decían otra cosa.

—¿Está dispuesto a declarar, entonces?

Dan Eliot había adoptado una actitud hermética, como si un propósito desconocido lo animara.

—Cuando disponga.

—Mañana, entonces, en la comisaría del pueblo. Avisaré a la Dirección de Fauna.

Medina lucía agotado por la tensión. Al ver a Erik, comentó con cierto alivio:

—Emilio viene con datos que nos permitirán desbaratar la red de tráfico ilegal, desde Mendoza hasta aquí. Espero que esta vez Yusuf pague por las culpas que tiene en su haber. Falta rastrear al puma que se escapó de El Almojarife, el que aún está vivo.

Fue entonces cuando se escuchó la voz de Newen, para sorpresa de todos menos de Erik, que aguardaba ese momento.

—Mi hija puede ayudar a encontrarlo —y miró a Mayga, esperando su aprobación.

El rostro de la jovencita se iluminó hasta desbordar entusiasmo por los

ojos.

—¿En serio, papi? ¿Puedo hacerlo?

Su pregunta ansiosa hizo sonreír a Erik. Medina se mostró algo confuso por el cambio de actitud en su guardaparque más conflictivo, pero si a Cayuki le parecía prudente, él no tenía reparos en contar con Mayga, a la que sabía avezada en el conocimiento del terreno. Haría la labor de un baqueano.

—Adelante —dijo—. Organicemos la partida mañana.

—Esta noche.

La intervención tajante de Newen no admitía réplica.

Daniel, que escuchaba en silencio, dijo de pronto:

—Hoy lo hemos visto al venir hacia acá.

Todos lo miraron estupefactos, y Mayga se apresuró a aclarar:

—Ése no era. El puma que vimos pertenece a la montaña, no es de los que trajeron encerrados en jaulas.

Dan iba a preguntarle cómo conocía la diferencia, y entonces vio que Mayga lo miraba con intención, obligándolo a guardarse sus palabras. En fin, a él le quedaba sólo un camino para allanar las dificultades: declarar en contra de Yusuf y colaborar en la búsqueda del puma. Una voz interior le susurró que sería un buen intento para hacerse perdonar por Mayga convertirse de cazador en protector de las fieras.

—Si hace falta, puedo ayudar. He decidido hospedarme en el hotel del pueblo mientras tanto, para que se sepa.

—Gracias, señor Eliot. Puede retirarse si lo desea. Estaremos en contacto.

Dan salió de la intendencia y la calle le resultó más fría y desolada que nunca. El hotel se alzaba del otro lado como una mole chata y poco acogedora. Estaba a punto de cruzar cuando una conocida voz dijo a sus espaldas:

—Gracias por no decir nada más y por ofrecer ayuda.

Miró a Mayga, que lo contemplaba con renovada ilusión en los bellos ojos.

—Por nada. Ya me cansé de ir tras los cuernos de los rinocerontes y las

manos de los gorilas. Debe existir algo más apasionante que eso.

La joven digirió ese comentario ácido e insistió en el tono conciliador.

—Me disculpo por contar un secreto que no era mío, pero si no hablaba hubieras quedado enredado con lo de las ovejas, que ha de ser un asunto de la comunidad. Ellos podrían mentir para echar la culpa a un extraño.

Daniel rio sin ganas.

—Me imagino. Creí que este pueblucho era de lo más aburrido, y resulta que pasan aquí más cosas que en el corazón de Nueva York. Harías bien en irte un día, muchacha, conocer mundo.

—Tal vez, pero sería para volver. Yo pertenezco a estas montañas y éste es el trabajo que quiero hacer, el mismo que mi padre. Él desea que me vaya también, aunque hoy me permitió ayudarlo.

—Tu padre te quiere proteger, a su modo. Aunque no sé mucho del oficio de guardaparque, lo veo bastante peligroso. ¡Si hay que lidiar con tipos como yo!

Esa vez soltó una risa sincera.

—Ese puma que vimos —comenzó Mayga con tiento—. Él es distinto a los otros.

—¿En qué? A mí me pareció el mismo que encontré un día en el camino. Tampoco me atacó entonces.

—¿Lo viste antes? —se admiró Mayga.

—Fue extraño, ahora que lo pienso. Creí que lo había intimidado con mi actitud, pero si hubiese querido...

—No quería atacarte, lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —se burló Dan, con su habitual tono sarcástico.

—Bueno, el puma no suele atacar a los humanos —dijo ella sin revelar mucho—. Busca presas a su medida y, a menos que se sienta acorralado, prefiere huir antes que enfrentar.

—A mí me pareció que se estaba luciendo ante nosotros. Y te acercaste demasiado, casi me da un infarto. ¿Haces eso siempre?

Mayga sonrió, enigmática.

—Estoy acostumbrada. La vida silvestre no tiene secretos para mí. Ese puma era nuestro amigo.

—*Tu* amigo, dirás.

Ella admitió la corrección.

—Mi amigo, es cierto.

Mayga calló la verdad que muy pocos entenderían, sólo su madre y tal vez su padre, si ella demostraba ser capaz de asistirlo en la búsqueda del puma robado. Acababa de comprender algo fundamental, que las verdades sabidas en el fondo del alma no podían ser reveladas sin perder la esencia. Ella conservaría en la intimidad su don, y a medida que lo conociese mejor y lo dominara otros también lo verían y entenderían.

El tiempo era su aliado.

—Mayga.

Levantó los ojos hacia el hombre que le hablaba en un tono de voz distinto, casi temeroso.

—Lo que te contó mi padrino...

—¿Sí?

—Fue cierto, pero yo estaba un poco loco entonces. Cosas de jovencito perdido, nada de eso me interesa ahora. Quiero que sepas que reniego de mi pasado y si pudiera borrarlo lo haría.

—Lo sé. Por eso me atreví a contarlo en la reunión. Aunque no tenga pruebas, sé que nada tuviste que ver con las ovejas degolladas. Ni con ninguna cosa cruel que ocurra en este pueblo.

Daniel la miró intensamente, absorbiendo aquellas palabras sanadoras como un elixir de vida. La única persona que confiaba en él con absoluta sinceridad, sin temerle ni fingir, era una niña de diecisiete años.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, pequeña hechicera.

Dan Eliot se quedó admirando la silueta de la jovencita hasta que se perdió en el camino del cerro. Mayga se contoneaba como el primer día que la vio, con una seducción innata de la que no era consciente. Y por única vez en toda su vida de calavera, él contemplaba a una mujer con un sentimiento parecido al amor.



CAPÍTULO 26

Julieta intentó acicalarse, estar bonita para cuando llegase Emilio. Lo había añorado mucho en esos días, sobre todo porque su presencia le infundía ánimo y el suyo estaba bastante alicaído. La rutina retornaba a Los Notros luego del regreso de Mayga al hogar, y Julieta aprovechó el momento de soledad para dedicarse a ella misma. La comitiva en busca del puma ya había partido, y Cordelia había subido a su cabaña; los gemelos se hallaban en casa de sus amigos, y el abuelo tomaba su cena en la habitación. Julieta pudo convencer a la tía Jose de que deseaba estar a solas con Emilio cuando regresara.

—Cordelia te necesita, ahora que su esposo y su hija están en una misión peligrosa.

Le había parecido que la tía Jose estaría contenta de poder descansar un poco también.

El espejo le devolvió una imagen insulsa: las mejillas pálidas y la mirada sin brillo. ¿Tan fea era para que su esposo ni siquiera recordase llamarla durante su viaje?

La invadió una sensación de vulnerabilidad. Sin duda, habría mujeres mucho más interesantes que ella, dedicadas a tareas importantes, mujeres que Emilio debió de haber tratado en su viaje a Buenos Aires mientras tramitaba la venta de la casa. Tal vez la misma inmobiliaria estaba a cargo de una. Julieta imaginó a esa supuesta agente con el cabello voluptuoso, ojos de largas pestañas y labios pintados de rojo. Esas mujeres no debían lidiar con el viento y la tierra en verano, ni con la nieve y la leña en invierno, tendrían uñas esmaltadas y dormirían con un antifaz de gel para proteger sus párpados. Lo

había visto en una revista y le parecía el colmo del refinamiento. Ella se había sentido bonita antes de que nacieran los gemelos. Los niños se llevaron parte de esa lozanía con sus berrinches y sus diabluras. Julieta jamás hubiese renegado de la vida hogareña, pero el embarazo tardío la había pillado sensible y en un momento de crisis de su vida, un tema del que nunca encontró ocasión para hablar con Emilio. Siempre ella fue su pilar, la que estuvo dispuesta a escucharlo y a atenderlo. Él era el que más la necesitaba, pero ahora que esa situación se invertía y la que anhelaba cobijo era ella, no se sentía capaz de reclamárselo.

Usó el agua de rosas de la tía Jose para refrescarse el cutis y recogió su cabello en un moño que descubría los pendientes azules, regalo de aniversario de su esposo.

El vientre le pesaba mucho, entorpecía su andar y le causaba malestar de estómago. ¡Ojalá todo ese padecimiento le trajese una preciosa niña, por fin! Imaginó que la vestiría como a una muñequita. Esperaba que fuese parecida a su tía Cordelia.

Al dirigirse al cuarto en busca de un vestido más lindo que el batón que llevaba, un calambre la dobló en dos. Ni siquiera atinó a gritar, tanto fue el dolor. Se incorporó a duras penas, tomándose la barriga, y sintió un líquido caliente que le bañaba las piernas. Comprobó con horror que había roto aguas. ¡Tan pronto! Las fechas se le desdibujaron en la mente. ¿Cuánto tiempo faltaba? El susto le impedía recordar y razonar. Caminó arrastrando los pies hasta la cama y se echó sobre ella, deseando que hubiese sido una falsa alarma, un error. El movimiento de su vientre decía lo contrario. El bebé quería salir. Mucho antes de lo previsto y cuando menos se lo esperaba, con su madre desprevenida y sola, sin nadie que la asistiera. Julieta intentó enderezarse y logró ponerse de lado. Algo de alivio le brindó la nueva posición, pero al cabo de unos momentos se repitió el calambre, y ya no tuvo que contar los minutos para darse cuenta de que iba a dar a luz allí mismo.

Entonces la invadió un ímpetu desenfrenado. ¡Su niña no moriría! Arrancó la colcha de la cama y la arrojó al suelo. Encontró fuerzas para abrir la puerta y gritar. Sabía que Greta dormía en el cuarto de los trastos, que habían debido vaciar para estirar una cama de campamento y colocar sus pertenencias.

—¡Señora Ducroix!

Bendita Greta, debía de dormir con un ojo abierto por si el abuelo la reclamaba.

—Greta, creo... que el bebé está viniendo. Por favor, necesito ayuda.

La enfermera ocultó el temor que le produjo verla en ese estado, así como la confusión al darse cuenta de que el parto se había adelantado. ¿Cuánto? Ella podía aseverar que esa mujer, con suerte, arañaría los siete meses de gravidez.

—Quédese tranquila, que me ocuparé de todo. Échese en la cama, extienda las piernas. Ahora recójalas de esta manera. Muy bien. Busque con los ojos algún objeto bonito para respirar hondo. ¿Ve ese cuadro? A mí me gusta.

La mujer le señaló una acuarela que la propia Julieta había pintado, un río que corría encajonado entre pinos nevados. Como detalle incongruente, una ardilla recogía bellotas en la ribera.

—Mi esposo me dijo que aquí no había ardillas —jadeó Julieta.

—Quién sabe. Ahora que están en el cuadro, existen.

La extraña lógica la hizo sonreír, pero un nuevo dolor, más profundo que los anteriores, le desfiguró la expresión. Greta adoptó una máscara neutra para moverse de manera profesional. Como enfermera, estaba capacitada para las emergencias y no sería la primera vez que le tocara asistir a un parto, pero por lo general eso había ocurrido en mejores condiciones, espacios esterilizados y con profesionales que le indicaban qué hacer. De todas formas, la realidad era la que se presentaba ante ella, así que apiló sabanas limpias, buscó en el botiquín paños de gasa y corrió a la cocina a poner agua a hervir. Todas esas precauciones no le impidieron conservar la cabeza fresca y consultar la libreta de teléfonos para llamar al único hombre que a su entender tenía la suficiente

serenidad como para ayudarla.

Medina atendió el llamado creyendo que se trataba de Emilio, y al escuchar la voz desconocida se alarmó. De inmediato entendió la situación y aseguró a Greta que él haría las llamadas pertinentes. Al no recibir respuesta en la central de guardia, comenzó a elegir otros destinatarios, hasta que recordó que se encontraban en la partida que había salido tras el puma. Recurrió, pues, al que no era santo de su devoción y sin embargo resultaba el único disponible: Daniel Eliot.

Cuando el intendente le pidió que acudiese en busca del médico con urgencia, Dan creyó que el puma había causado un nuevo estrago y se le paralizó el corazón pensando en Mayga. Al saber que debía buscar a un obstetra, respiró de nuevo con normalidad.

—Su moto es lo más adecuado ahora, con los caminos nevados —le había dicho Medina.

Recién entonces Dan reparó en que los vientos de la cordillera habían arrastrado nubes espesas sobre Los Notros. Tomó nota de la dirección y salió a enfrentar la nevisca.

—Quién me iba a decir que acabaría haciendo de partera —masculló al enfilar rumbo a la ruta.

—No se olvide de respirar como le dije. El médico está en camino —mintió Greta, que ignoraba si Medina habría tenido suerte con eso.

Cada pujo debilitaba a Julieta, pues iba acompañado de un dolor tan grande que la privaba de la respiración. Lo que más preocupaba a Greta era que el recién nacido necesitara incubadora o reanimación artificial. Trataba de pensar en la tarea que debía cumplir, sin pronosticar nada, hasta que otra preocupación se añadió a las que tenía cuando escuchó al abuelo arrastrando sus pantuflas.

—¿Qué pasa que nadie atiende cuando llamo? ¿No se le paga lo suficiente?

La voz cascada colmó la paciencia de Greta. Asomó su cabeza despeinada al pasillo y le espetó que él no era el único que necesitaba algo durante la noche y que, si podía arreglárselas para ir al baño o tomar un trago, que lo hiciera y la dejara en paz.

Aquel exabrupto tuvo el poder de dejar mudo al abuelo. Al cabo de un momento, el anciano entendió que algo extraordinario sucedía, y al reconocer el dormitorio de su nieto supo atar cabos. Como buen soldado, tomó el mando. Cuando Greta acudió a la cocina en busca del agua caliente, encontró la pava lista y una miniatura sobre la mesada.

—Es la Virgen del Rocío —dijo el abuelo con voz que pretendía ser indiferente—. Mi esposa y su familia de gitanos eran devotos de su imagen. Llévela, por si sirve de aliento a esa muchacha.

A Greta le impactó la facilidad con que M. Ducroix se adaptaba a las situaciones novedosas. Ese descubrimiento significaba también que si la hostigaba era por puro placer, que aquel hombre precisaba menos ayuda de la que aparentaba. ¡Ya tendría ella tiempo de tomarse su revancha! Lo primero era atender a la parturienta. Y rezarle a la Virgen rociera para que alguien llegase a tiempo.

Josefina resolvió cumplirle a Walter Foyer la visita prometida, o más bien exigida por él, aprovechando la libertad que se le otorgaba. Se dio un rápido baño en la cabaña del cerro y se vistió algo más coqueta para salir.

—Tía, está por nevar —le dijo, asombrada, Cordelia.

El ofrecimiento de Newen para que Mayga lo acompañase esa noche la había llenado de alegría por un lado, y por el otro, le había sembrado preocupación. La misión seguía siendo peligrosa, si bien su hija iba escoltada por hombres que la protegerían con sus vidas.

—Por eso me apuro —contestó Jose con ligereza—, así llego antes de que se desate la nevisca y regreso para acompañarte esta noche. Quiero ver esas artesanías que Walter prometió para mi futuro negocio.

Cordelia nada dijo, aunque el cansancio que sentía no le impidió advertir la incongruencia en el comportamiento de su tía, siempre tan sensata y temerosa y ahora capaz de salir al anochecer con el pronóstico de una borrasca. Estaba demasiado agotada para mostrarse curiosa o bromear al respecto. Apenas escuchó la puerta, se envolvió en una manta india y acunó la cabeza peluda de Werken hasta que ambos se quedaron dormidos bajo el tibio resplandor del fuego. Soñó que su esposo la despertaba con una sonrisa, la misma que le había descubierto en la intendencia aquella mañana.

Jose caminaba de prisa, temiendo que la nieve se adelantase.

El sendero del lago lucía distinto con esa luz crepuscular, pero su espíritu entusiasta encontraba belleza en todo, sin importarle el frío ni la melancolía del cielo encapotado. Los arbustos escarchados, la neblina que envolvía los árboles desnudos y los inquietantes ruidos de la foresta le resultaban magníficos. Para darse aliento, comenzó a decir en voz alta los nombres de los cosméticos que fabricaría en su invernadero para L'Immortelle. Al cabo de un rato, y cuando ya temía que la penumbra hubiese confundido su camino, encontró el refugio del hippie viejo. Tan acogedor como lo recordaba, y hasta con un farol encendido en el claro, como si él supiese que ella iría.

¡Claro que lo sabía! El muy confiado creía que la tenía cautivada. Pues ella era hija de un militar y de una actriz, llevaba en las venas determinación combinada con una pizca de locura. Si se atrevía a visitar a un hombre en su cubil por la noche era porque tenía agallas para recriminarle cualquier desplante.

Walter adivinó la presencia de Josefina no bien pisó la hojarasca del patio. Suspiró agradecido por la audacia de la mujer, ya que hubiera sido frustrante protagonizar aquella escena de seducción y quedar pagando luego. Él no tenía

muy claro qué hacer con la tía Jose, pero de algo estaba seguro: se le había metido en la sangre. Y de sólo imaginarla retozando en el invernadero con el intendente Medina se le retorció la tripa.

—Querida, te estaba esperando.

La condujo con galantería hacia la manta, como la primera vez, pero con otra intensidad en la mirada, la promesa de un goce que ambos anhelaban. Josefina se dejó llevar y, antes de que el artesano uniese sus labios a los de ella, puso un dedo en aquella boca ansiosa y dijo palabras que sonaron increíbles:

—Sólo pido una condición, Walter. Nada de promesas ni falsos elogios. Esto es algo que ambos deseamos, no finjamos obligaciones que no estamos seguros de querer.

Walter la miró con renovada admiración. Aquella mujer sí sabía qué decir en el momento preciso y alimentar la pasión con una actitud liberal que ya le estaba provocando ardores.

—Lo que quieras. Hoy soy todo tuyo —le respondió.

Y se fundieron en un abrazo.

La comitiva avanzaba con cautela sobre la nieve fresca. La ventaja del suelo blando era que el puma también dejaba su marca, y la seguirían para rodearlo y apuntarle con rifles de balas sedantes.

La camioneta de Erik los había transportado hasta la base de la montaña. Debieron usar cadenas para los neumáticos y caminar con raquetas de nieve para evitar hundirse. La insistencia de Newen en salir esa misma noche podría haber parecido absurda, pero tanto Erik como Mayga entendían que el tiempo contaba, pues no hubiese sido raro que los secuaces de Yusuf también intentaran recuperar al puma, sobre todo ahora que los datos proporcionados por Emilio apuntaban a la gente de su entorno. A Newen no le extrañó el papel

de Luciano en todo el asunto, era lo que faltaba para declararlo indeseable, aunque entendía también que por su relativa orfandad el muchacho no había contado con la guía adecuada. Haber recuperado a Mayga le concedía cierta tolerancia hacia los defectos ajenos. Ocultó a su hija la identidad del leonero del bosque, quería que ella mantuviese la mente clara para la misión que les tocaba desempeñar. Agradecía la discreción de Erik, pese a lo mucho que detestaba compartir el trabajo con el hombre que conversaba a solas con su esposa. Al menos, podía decirse de él que estaba cuando se lo necesitaba. Y en esos momentos era un aliado en la búsqueda.

—Papi —dijo Mayga con voz queda—. Puedo sentirlo.

Newen se inclinó sobre el terreno cenagoso.

—Huellas no hay —comentó.

—Igual sé que está, quizá no tan cerca.

Él todavía no captaba del todo la dimensión de las facultades de su hija, si bien el hecho de que doña Damiana las hubiese visto durante el *tayel* le inspiraba confianza.

—Ha de estar hambriento con este clima. Se le dificulta la caza.

—Sí —afirmó rotunda Mayga—. Está muy desesperado.

—Eso es bueno para nosotros —agregó Erik—. Hay que ser cautos por la misma razón.

Los acompañaba un asistente de Parques, una suerte de baqueano, como lo había sido Newen en otros tiempos, sin título habilitante pero capaz de desempeñar su papel.

El muchacho señaló un sendero que se perdía en las vueltas de la montaña.

—Por allí. Creo que siguió ese rumbo.

—¿Hacia arriba? ¿Qué piensa conseguir fuera del valle? —se extrañó Erik.

—Yo diría que ya obtuvo algo —respondió el asistente, y mostró un pequeño coágulo en la nieve, sangre que podría pertenecer a un animal muerto por la fiera.

Fue entonces cuando Mayga hizo ostentación de su poder.

—¡No! —exclamó conmovida—. No ha comido, está herido. Se está escondiendo de nosotros, cree que somos sus perseguidores. Este puma fue alcanzado por una bala, papi, antes de que pudiéramos seguirle el rastro.

—Yusuf.

—Me temo que sí —contestó Newen a Erik, y ambos miraron en dirección a la montaña, cuyos riscos se veían borrosos a causa de la nieve que caía.

—¿Por qué? ¿Qué necesidad tienen de matarlo si han pagado por él? —se angustió Mayga.

—Debe provenir del mismo lugar de donde vino el otro, un animal del Proyecto Felinos. Eso es lo que quiere ocultar Yusuf. Dos pumas en un tráfico ilegal entre provincias, y además infringiendo las normas de conservación. Es mucho hasta para él.

—Cayuki —dijo entonces Erik con una advertencia en la mirada—, esto redobla el peligro. Ya no se trata de una fiera sino de dos, y una de ellas va armada.

Newen entendió que la preocupación de Erik era por Mayga, y él la compartía.

—Mi hija nos indicará el rumbo y luego permanecerá oculta.

—¿Está seguro?

Newen miró a Erik con algo parecido al desdén, pero de inmediato cambió esa actitud y contestó con moderación:

—Lo intentaremos.

Siguieron la marcha en la dirección indicada por el baqueano durante un rato, hasta que pareció imposible que hubiera nada en aquel páramo rocoso y helado. La montaña se alzaba ante ellos, amenazando con devorarlos si pretendían inmiscuirse en sus secretos. La nieve formaba regueros resbaladizos y el viento azotaba sus rostros con copos que los encegucían. Así y todo, hubo un instante en el que Mayga se plantó, decidida.

—Allá está, en aquel hueco.

Apenas una hendidura en la ladera, disimulada por arbustos negros. Casi podía haber pasado desapercibida.

—Debe ser un puma pequeño —dijo el baqueano.

—Es una hembra.

La seguridad de Mayga era contagiosa. Pese a que no había evidencias de nada de lo que decía, su convicción al hablar impactaba.

Newen se sintió orgulloso.

—Quédate allí —le dijo, señalando un matorral espeso más abajo—, no quiero que un cazador furtivo te vea.

—Papi, ese puma...

—Allí —y el dedo se alzó, inexorable.

Mayga retrocedió hasta donde el padre indicaba, en rebelde silencio.

El frío les agarrotaba los músculos y era preciso moverse para evitar la rigidez. Los tres hombres ascendieron con precaución, siempre atentos a cualquier sorpresa que les pudiesen deparar el puma o sus eventuales perseguidores. Los riscos se iban encadenando hasta donde se hallaba la cueva, formando una escalera escarpada. Si bien resultaba fácil subir, se dificultaba la visión de lo que sucedía más arriba.

Mayga se mantenía oculta en la espesura. A pesar de sus jóvenes años, llevaba impresa la filosofía de aquellas latitudes; de nada servía impacientarse, pues la ocasión se brindaría si así debía ocurrir. Una de las principales lecciones que recibió de Newen fue que la naturaleza siempre se imponía, y era de sabios resguardarse. Eso, en la opinión de Mayga, también corría para soportar el carácter de su padre. De nada le hubiese valido protestar en esas circunstancias, era preferible aceptar el papel que le asignaban y sacar el mayor provecho. Pronto, su punto de vista se confirmó.

Un hombre acechaba la marcha de la comitiva, a prudente distancia. Mayga no necesitó adivinar que se trataba del cazador que había herido al puma.

Llevaba el rifle listo para repetir el disparo, pero en esa ocasión parecía dispuesto a todo, incluso a segar una vida humana si se interponía en su designio. A la joven le extrañó que hubiese salido solo para semejante misión, y entonces comprobó que había otro hombre. El segundo cazador parecía desempeñar el papel de vigilar al otro hasta que cumpliera su tarea. Cesó de nevar y el aire recuperó la nitidez merced a un viento helado que barrió las nubes. Un rayo furtivo de luna arrancó un destello de la mano del hombre misterioso. Omar Yusuf.

A pesar de haber nacido en Los Notros, Mayga nunca había tenido contacto con el dueño de El Almojarife. En su imaginación, siempre fue una suerte de monstruo que causaba el mal donde pudiese, hasta que una vez lo vio discutiendo con Medina, a través de la ventana de la intendencia. Ella se ocultó para evitar ser descubierta y pudo escuchar su voz aterciopelada de peligroso retintín y apreciar la mirada incendiaria de esos ojos oscuros. En aquella ocasión le impactó el anillo en su dedo, el mismo que brillaba ahora bajo la luna. Más que un monstruo, ese hombre debía de ser el diablo en persona, ya que podía camuflarse bajo una apariencia elegante y seductora para lograr sus malvados propósitos. Conservó desde entonces una sensación incómoda con respecto al sirio, y esa noche, envuelto en sombras silenciosas, Yusuf le pareció más demoníaco aún.

Contuvo la respiración y se concentró en los movimientos de los hombres. Debían de haber visto a su padre y a Erik, por eso se mantenían en la retaguardia. Un pensamiento repentino le heló la sangre. Si habían visto a los guardaparques, de seguro también a ella, y quizá supieron que se había separado del grupo. El hombre armado, en efecto, estaba observando los alrededores con atención. Volvió la cabeza hacia su jefe y señaló su escondite. Mayga sintió congelársele el corazón.

La habían descubierto.

—Aquí no hay nada —dijo decepcionado Erik al ver la cueva vacía.

—Tal vez Mayga se equivocó —sugirió el asistente, y calló ante la mirada de Newen.

—No —repuso él con rotundidad—. Ella no se equivocó. Miren —y les mostró un pequeño rastro de sangre que bajaba del risco por el otro lado.

—¿Está dando la vuelta a la montaña?

—Nos está eludiendo porque busca algo.

Erik batalló en su mente con toda clase de respuestas ante esa idea que no tenía asidero alguno, pero al estar allí, en el cerro nevado, con un frío descomunal y avistando la luna entre jirones de nubes, un misterio fantasmal hacía que todo fuera posible.

—Sugiero rodearlo en vez de seguirlo —propuso.

—Estoy de acuerdo.

Newen encabezó el descenso por el lado opuesto al elegido por el puma. Tanto si pretendía eludirlos como engañarlos, era la mejor decisión.

Bajaban casi sentados para evitar las rodadas, cuando un alarido retumbó en ecos en la montaña. Era un bramido diferente al rugido del león, muy similar a un grito humano, que detuvo el latido de sus corazones. Mayga. En ella pensaron los tres, hasta que otro grito, claramente masculino, se interpuso.

El puma había encontrado al cazador.

Los hombres descendieron a los saltos, sin cuidarse ya de las rocas ni pensar que podían ofrecer un blanco, y recién se detuvieron ante la escena que se desplegaba en el claro de los arbustos. Mayga también la contemplaba, con el semblante tan pálido como la luna misma.

Allí, a escasos metros de su hija, Newen vio al puma que buscaban, una hembra flaca y pequeña que mantenía bajo sus garras delanteras a un desdichado que intentaba librarse del abrazo mortal, mientras que las patas traseras de la fiera le desgarraban el vientre, siguiendo el instinto de abrir las

entrañas a su presa. El hombre se abrazaba al cuello del animal en un intento desesperado de mantenerlo apartado, pero a pesar de su estado aquella hembra era fuerte y estaba ensañada con su víctima. Newen pensó fugazmente si no tendría que ver aquel ataque con el don de su hija, y se alarmó.

El asistente levantó el rifle de balas sedantes, pero Newen lo detuvo con fuerte ademán.

—Un disparo a tierra antes, para que se separe un poco.

El estampido logró su propósito y el puma detuvo la dentellada dirigida al cuello del hombre. La mirada de halcón de Newen distinguió al sirio entre el revoltijo y un remolino de rabia le atascó la respiración en el pecho.

—Creo que es el momento —dijo Erik, viendo que se demoraba un segundo más de lo necesario.

El asistente volvió a apuntar.

—Más bajo. De noche los tiros siempre salen altos.

La indicación precisa de Newen decidió la suerte del puma, que fue alcanzado por el dardo sedante. Como el efecto no era inmediato, los guardaparques se acercaron con la red para atraparlo y evitar que continuase atacando. Poco a poco, la mirada del animal se volvió turbia y sus músculos se aflojaron. Con esfuerzo, jalaban la red para quitar el cuerpo dormido extendido sobre la víctima, que yacía en su propia sangre.

Yusuf clavaba los ojos en el negro cielo. Parecía estar viendo algo que lo sorprendía, algo inesperado en su vida calculada con frialdad a lo largo de tantos años. Su rostro, siempre impecable, lucía arañado y de color ceniciento. El resto del cuerpo era una masa sanguinolenta. Supieron que estaba muerto sin necesidad de auscultarlo.

Newen se acercó a Mayga, que permanecía inmóvil.

—Papi, ellos me vieron. Omar Yusuf ordenó al peón que me apuntase con el rifle, pero él no quiso —balbuceaba la jovencita—. Entonces el sirio sacó un revólver. ¡Iba a matarme!

Newen sintió que se ahogaba de furia. ¡Hubiese perdido a su hija esa noche!

—Ella me salvó, papi. Vino de otro lado. ¡Pero estaba en la cueva, lo sé!

Las lágrimas corrían por el rostro de Mayga sin control, y Newen sólo atinó a abrazarla, con tal fuerza que casi le impedía respirar.

—Tenías razón —murmuró con voz hueca—. Tu lugar era conmigo, en el cerro. No debí ordenarte que te quedaras. Debí haber hecho caso de tu instinto.

Los hipos y sollozos de la joven se calmaron a medida que registraba las palabras del padre. Entonces, con su acostumbrada madurez, Mayga se separó del pecho de Newen y dijo, mirándolo a los ojos.

—No, papi. Debía ocurrir así, para que todo esto terminara bien. El puma volverá a su ambiente y ese hombre ya no seguirá vendiendo peajes de caza. No siento pena por él. ¿Seré mala también?

La sencillez de la pregunta conmovió a Newen. Su hija era un tesoro. ¿Cómo había podido contrariar sus deseos, si eran llevados por la sensatez y la honestidad? Jamás volvería a imponerse sobre ella. Mayga había nacido no sólo con un don para comunicarse con los animales, sino dotada de una inteligencia sagaz que en cualquier otro sitio se opacaría. Era allí, en la cordillera, donde su hija brillaba. Por eso Cordelia la apoyaba tanto, al tiempo que se oponía a sus órdenes arbitrarias. Acababa de entender la verdad de las mujeres de su familia con una nitidez que nunca antes había experimentado. Al fin y al cabo, Cordelia Ducroix seguía siendo Pirepillán, el hada de la nieve que lo tenía embrujado, al igual que el cacique de la leyenda del Copahue.

Y su hija era el fruto de ese amor eterno.

—Tu espíritu no conoce la maldad —repuso, con emoción reprimida, y volvió a abrazarla.

Un rayo de luna envolvió aquella imagen de amor paterno, y fue un bálsamo para los espíritus de los hombres que habían vivido el tormento de la

persecución y la muerte en esa noche.

El asistente que recorrió los alrededores en busca de las huellas del cómplice regresó moviendo la cabeza. Nada. Lo habían perdido, quizá mientras intentaban salvar a su jefe. Mayga se acercó al puma dormido para agradecerle con ternura su intervención.

Erik, entre tanto, devolvió a Newen a la rutina que les aguardaba con un comentario:

—Ya hablé con Medina. Dice que enviará a los agentes y una ambulancia. Parece que la esposa de Emilio está de parto, y Daniel Eliot fue en busca del médico.



CAPÍTULO 27

Un rescoldo de temor anidó en el pecho de Emilio cuando llegó a Los Notros, atravesó sus calles desiertas y al trasponer el cerco de su casa nadie salió a recibirlo, pese a que había anunciado su llegada. Se sentía agotado y sucio, anhelaba refugiarse en brazos de su esposa y escuchar de sus labios el relato de esos pequeños sucesos que hacían del hogar su mundo. El vestíbulo vacío fue su única recepción. Sabía ya que Mayga había regresado sana y salva, pero cuando al enfilarse hacia los dormitorios le salió al paso una acongojada Greta, se detuvo en seco.

—Por fin llega —le dijo la enfermera en tono de reproche, sin medirse.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Es el abuelo?

A Greta le sorprendió que ese hombre pensara antes que nadie en el abuelo, pero supuso que habría cuentas por saldar entre ellos.

—Todos están bien, salvo que su esposa tuvo contracciones.

Emilio la dejó con la palabra en la boca y corrió al dormitorio que compartía con Julieta. La encontró recostada sobre una pila de almohadas, envuelta en vapores de un té sedante, con los cabellos enmarañados y pegados a sus mejillas. Lo que más le impactó fue el color desvaído del rostro y la falta de luz en sus bonitos ojos. Ella lo miró sin poder expresar agradecimiento por su llegada. Emilio se inclinó para besar la frente húmeda y un miedo helado le atenazó la garganta.

—Conejito, debiste esperarme —le dijo en falso tono de reprimenda.

—Quería hacerlo, pero estoy tan cansada... —respondió Julieta con un hilo de voz.

Emilio se sintió aterrado. Podía lidiar con cualquier tema, menos con la idea de que su esposa padeciese alguna pena o dolor.

—¿Consultaste al doctor? —y miró en busca de rastros de la presencia médica.

—Ya lo llamaron.

—Bien. Dame las manos, que están frías. ¿No encendieron la estufa?

Comprobó que estaba encendida y que a pesar de eso Julieta lucía temblorosa. Se maldijo por haber demorado tanto en su misión y, sobre todo, por no haberse comunicado antes. Había creído que mantenerla al margen de los peligros que él corría sería mejor en su estado. Estaba claro que no comprendía las necesidades de su esposa.

—Todo saldrá bien —dijo, para reconfortarse—. El doctor nos dirá qué hacer.

Greta entró para ocuparse de la parturienta y Emilio les concedió intimidad. Caminó su desasosiego por el pasillo de las habitaciones hasta dar con la puerta entabiada donde dormía el abuelo. Un atisbo de curiosidad lo movió a espiar por la hendidura de luz.

—Entra —ordenó el anciano.

—Creí que dormías.

—Es difícil conciliar el sueño en esta casa. Cuando uno lo logra, lo despiertan para desayunar brebajes, y a la noche, hacen todo el ruido posible para impedirlo.

—Julieta está de parto —dijo Emilio desolado, ignorando el pequeño discurso.

—Lo sé. Esa cacatúa la está atendiendo y hay que reconocer que sabe lo que hace. Un médico viene en camino.

El abuelo pretendía quitarle gravedad al asunto, pero Emilio sabía bien que el bebé se había adelantado más de lo conveniente, y esa noche de invierno era la menos apropiada para las urgencias.

—¿Un trago?

M. Ducroix extrajo de su gaveta una botellita que Emilio tomó sin siquiera mirar. El líquido ardió en su garganta y aplacó la picazón que siempre precedía a la tos.

—¿Dónde están los muchachos? —quiso saber, extrañado de no ver a sus hijos.

—Si te refieres a esos endemoniados, creo que los despacharon a la casa de unos amigos. Con buen criterio, no sirven más que para alborotar.

—Pobre Julieta, le han dado tanto quehacer...

—¡Bah! Es lo normal. No creo que sea más de lo que ustedes hicieron sufrir a mi hija. A falta de madre que les diera una tunda, debió ser ella la que lidiara con los dos.

—¿Así de bravos fuimos? —intentó bromear Emilio.

—Peores. Te recuerdo que tu hermana se fugó hasta este rincón olvidado haciéndose pasar por un hombre. Y que decidiste traer aquí a tu Julieta cuando todavía ni eran novios, sin el permiso de sus padres.

—Todo salió bien.

—Porque hay un Dios que vela por los locos en la tierra. Así era la familia de tu abuela, saltimbanquis que salían siempre bien parados.

—Tengo miedo, abuelo —soltó de pronto Emilio, libre ya de rencores o convenciones que se interpusieran entre ese hombre temible y sus recuerdos—. Este embarazo no fue como el anterior, la pescó fuera de forma a Julieta; no debimos descuidarnos y encargar otro hijo. Bastante teníamos con los gemelos. Me confié demasiado.

M. Ducroix meditó lo que diría. Hacía rato que anhelaba una conversación franca con ese nieto que lo había puesto en jaque con sus convulsiones y su incierto futuro. Hubiese querido que fuera en otro momento, sin urgencias, pero por lo general era la vida la que decidía en lugar de uno, así que arremetió.

—Si yo hubiese podido, habría evitado muchas cosas que pasaron, muchacho. Le habría hecho caso a tu abuela cuando me decía que no fuera tan rígido con nuestro hijo, habría atendido las razones de tu padre para ser distinto de lo que yo esperaba. Tal vez también podría haber sido más amable con tu madre. Y por cierto, mucho más benévolo contigo y con tu tía, que hizo lo que pudo y más aún para protegerte de mis estallidos. Uno es lo que es, y cuando se aprende lo que se debe ser ya es tarde. Pero me siento afortunado por tener tiempo todavía de decírtelo.

—¿Qué cosa?

—Que estoy orgulloso. Has salido adelante a costa de gran esfuerzo y a pesar de tu abuelo. Eso es una victoria. En el fondo, creo...

Emilio atendía con el alma en vilo, temiendo y deseando las palabras que siguiesen. Era la primera vez que el abuelo se excusaba por algo, y también la primera vez que le escuchaba decir que estaba orgulloso de él.

—Creo que el que siempre tuvo miedo fui yo —concluyó M. Ducroix con un suspiro.

—¿Miedo de que fuera como mi padre?

—De que murieras como él. Le achaqué a tu abuela la culpa de haberlo criado entre algodones, pero ella, Dios la bendiga, sabía lo que tu padre tenía, aun sin médicos lo sabía, era medio bruja como todas las mujeres de esta familia, y por eso lo cuidaba tanto. Yo quería arrebatárselo. Era mi hijo varón, el que prolongaría mi apellido, y deseaba pensar que era fuerte, invencible. Por eso repudiaba los signos que veía en ti, no podía aceptar que esa maldita debilidad se heredase y perder también a mi único nieto varón. He sido un estúpido, Emilio. Lo sé desde hace mucho, no encontré la manera de decírtelo. Es mal momento, pero es el que se me presenta antes de morir.

—No vas a morir.

—¿Por qué no? —retrucó, belicoso, el abuelo—. Hay que hacerlo algún día, ¿no?

Emilio tartamudeó como cuando era niño, buscando la palabra justa y midiendo su alcance, para mantenerse íntegro en esa conversación trascendental, la primera que mantenía con su abuelo.

—Más adelante, cuando conozcas a mi hija. Esperaste hasta ahora, podrás aguardar.

—¡Qué atrevimiento! ¡Decirle a uno cuándo debe morir! En fin, qué podía esperar de un Ducroix, mandando hasta en el infierno. Porque es ahí adonde voy, no creas que me pasarán por alto ciertas cosas. ¿Y qué es eso de conocer a tu hija? ¿Acaso se sabe que nacerá niña?

—Es lo que ambos deseamos.

El abuelo miró intensamente a ese nieto por el que tanto había sufrido sin darse la oportunidad de confesarlo, y vio en él los rasgos que tan bien recordaba del padre muerto: la mirada azul, el perfil aristocrático, la mandíbula apretada cuando se proponía algo, por lo general en su contra. Recordó al Emilio de otros tiempos, pálido y encorvado, tratando de agradarlo y, luego, de no molestarlo con sus ataques de asma. Era un recuerdo que le había lacerado el alma desde hacía mucho tiempo, una pesadilla en sus noches de insomnio. Nunca podría expresar cuánto lamentaba su temperamento brutal que le había amargado la vida a ese muchachito. Las palabras no alcanzaban, así que M. Ducroix intentó decir lo que Emilio deseaba oír en esos momentos:

—No sé cómo ni por qué, pero tendrás una niña. Y será la viva imagen de su bisabuela.

Emilio sintió un alivio semejante al que experimentaba cuando Cordelia le aseguraba cosas traídas de los pelos con tal vehemencia que por fuerza debía creerlas. El abuelo carecía de dotes adivinatorias, pero en esos instantes de fragilidad Emilio tomaba cada gesto, cada palabra, por una señal de esperanza.

Tendrían una hermosa niña. Se prometió darle el nombre de la bisabuela

artista, que quizá estuviera velando por ellos en esa noche helada.

El doctor acudió con rostro afable y actitud indulgente. Bromeó con Julieta acerca de que parecía una primeriza asustada, y luego se dispuso a examinarla. A pesar de la seriedad del caso, se mostró tranquilo y recomendó reposo hasta que la naturaleza se manifestara. Inútil era la recomendación, pues Julieta no tenía fuerzas para permanecer de pie. Al cerrar la puerta, se topó con los rostros ansiosos de Emilio y de Greta.

—Haré venir a la partera —dijo en voz baja—. Le diré a ese joven que me aguarda afuera que vaya por ella. Mientras, visitaré a otra paciente que me necesita con urgencia, y en el camino haré un par de llamadas para asegurarme de que haya ambulancias disponibles para trasladarla a la clínica más cercana. Tenemos tiempo todavía, quédense tranquilos.

Lo último que el doctor quería era traer al mundo a un niño en su propia casa. Sabía que en las *rukas* sucedía a diario, pero aquella mujercita enclenque no estaba lista para eso. Salió a la intemperie para hacer los llamados y alertar al centro médico.

Dan recibió la nueva orden con resignación. Si tenía que quedarse, al menos no se aburriría. El pueblo de Los Notros siempre tenía algo para ofrecer.

Al doblar la curva de la intendencia distinguió a lo lejos la figura de Mayga entre dos hombres, y le resultó fácil suponer que serían los guardaparques. Entonces, la chica se habría salido con la suya y acompañó a su padre en esa misión de rescate. Se alegró por ella. Había logrado en su corta vida más cosas de las que él podía alardear en la suya. Aguardó hasta que la muchacha lo viese, y con satisfacción comprobó que se desprendía del grupo para saludarlo. Lucía exaltada, y Dan supo también que la misión había tenido éxito.

—Veo que hallaron al puma.

—Mi papá lo llevará a un centro de rescate para que lo devuelvan al monte de donde lo sacaron.

—Felicidades. Era una noche difícil para semejante rastreo.

—El sirio murió.

—¿Qué?

Daniel creyó que de nuevo ella tenía visiones o lo que fuese que le sucedía, pero la seriedad de los rostros masculinos lo convenció de que algo había ocurrido en la montaña.

—¿Lo mató el puma?

Mayga asintió con solemnidad. Daniel no supo qué decir. La muerte de Yusuf no era una pérdida en el sentido humano de la palabra, era un tipo detestable en la opinión de todo el mundo. Aun así, dos ataques de puma en tan corto tiempo lo dejaban perplejo.

—Creí que habías dicho que los pumas no atacaban al hombre.

—Él iba a matarme.

—¿El puma?

—Omar Yusuf. Quiso dispararme cuando me encontró oculta entre los arbustos de notros. Fue el puma el que me salvó, atacándolo.

El estupor desencajó el rostro de Dan, que le creyó sin dudar.

—Qué hijo de mil putas —masculló.

—Lo mismo escuché decir a todo el que se enteró. Yo no sé qué sentir. Me alivia saber que ahora no habrá más tráfico de especies en Los Notros, pero tengo que pensar sobre la muerte del sirio. Lo vi desangrarse ante mis ojos.

—Pobre Mayga —susurró conmovido Daniel, y de modo instintivo la atrajo hacia él para besarle la coronilla.

El gesto no pasó desapercibido a Newen, que aun de lejos podía hacer sentir su mirada.

—Lamento que hayas vivido algo así, pero si hay alguien capaz de sobrellevarlo, ésa es mi pequeña hechicera.

La dulzura del tono reconfortó a Mayga, que le dedicó una sonrisa y luego se apartó.

—¿Vas a buscar al médico para mi tía?

—Ya lo traje, ahora voy por la partera. Creo que me he vuelto misionero.

La broma permitió aflojar la tensión del momento. Mayga lo dejó ir, y resolvió quedarse en casa de sus tíos. Era bueno ocuparse de una nueva vida el mismo día que había visto perderse otra. Al pasar junto a Medina y sus guardaparques, Daniel hizo una seña con el pulgar hacia arriba a modo de saludo, algo que provocó la ira de Newen.

—Mayga le habrá contado lo del puma, parece contento de que se acabe la caza ilegal.

—Él era parte de eso.

—Por desidia —insistió Erik—. Su hija tiene el instinto, Cayuki, y ella lo ha perdonado, no lo olvidemos. Creo que el auténtico Daniel Eliot está saliendo a la luz.

Las palabras de Erik no conformaron a Newen. Todavía estaba por verse qué pretendía ese sujeto con su hija. Si creía que volverse partidario de la vida silvestre le allanaba el camino, estaba muy equivocado.

—¿Adónde irás, Cayuki? —quiso saber Medina antes de entrar a la oficina para esperar a la patrulla.

—Al cerro. Le debo explicaciones a mi esposa.

Su figura se perdió en la oscuridad a medida que se alejaba de las farolas.

—Esto se pone bueno —comentó en voz baja el intendente.

Erik nada dijo. En su mente, la reconciliación de los esposos adoptaba mil formas en las que no deseaba pensar. Y una idea malévola acudió para perturbarlo, seguir adelante con su plan.

Greta dejó a Julieta adormecida por el té y extenuada por el cansancio, y se dedicó a poner orden en la casa, que con tantas idas y venidas intempestivas se veía revuelta. Hacerlo le brindaba distracción. Esperaba que la partera

fuese eficiente. Ella había tenido experiencias con parteras caprichosas que se consideraban indispensables.

Lejos de allí, otra mujer trajinaba sin dejar de parlotear un segundo.

En el refugio del lago acababan de recibir la llamada de Medina y Josefina había entrado en pánico. Ella poseía un instinto certero en esos asuntos, y se reprochaba haberlo acallado.

—Ya decía yo que su estado no era normal, pero claro, la tratan a una de bruja. La luna cambió de fase. ¿Cómo no iba a adelantarse el parto? ¡Y el médico tan tranquilo!

—Joséphine, ten calma. Hasta ahora no pasó nada, sólo tuvo contracciones.

—¡De parto! Antes de hora. Y yo aquí...

Iba a decir “revolcándome”, pero tuvo el tino de callar y evitó la ofensa. De todos modos, Walter estaba bastante molesto por la llamada impertinente de Medina. Parecía que el intendente adivinaba sus encuentros íntimos para interrumpirlos. Se pasó la mano por el cabello, conteniendo una réplica mordaz, y decidió no echar leña al fuego por esa noche. Habían gozado el uno del otro sin pensar en nada ni sentirse culpables, y eso era digno de celebrarse en el caso de Josefina, siempre lista para retomar su papel de samaritana. Como en ese momento.

—Te acompaño, vamos.

—¡No llegaremos a tiempo! Estamos demasiado lejos.

—Josefina, con que llegues a verla antes o después estará bien. No te toca hacer de partera. ¿O sí?

Parecía que Walter bromeaba, pero en realidad estaba reprendiéndola, recordándole que ella había decidido ser distinta, ocuparse de su persona y dejar que los otros resolviesen sus asuntos. Josefina se sintió desdichada. ¡Era tan difícil dejar de ser la tía Jose!

—Iremos en el jeep —le dijo para tranquilizarla—. Llegaremos a tiempo para todo.

La luna asomó entre las nubes cuando el vehículo tomó el rumbo del camino que Josefina había recorrido antes, sintiéndose por primera vez libre y despreocupada. Tal vez esa sensación no fuese para ella, quizá estaba destinada a vivir las vidas de otros y asumir sus problemas. Miró a Walter de reojo. Él manejaba a cierta velocidad, pero se conservaba tranquilo en apariencia.

El artesano había sido un gran compañero en esos días y Jose se sintió inundada de gratitud. Sin sus bromas que pretendían fastidiarla para acabar haciéndola reír quién sabía cómo habría vivido ella su adaptación a Los Notros. Si algo en su carácter había cambiado, se lo debía a Walter Foyer. Con timidez, cubrió la mano del hombre sobre el volante del jeep. Walter le dedicó una mirada suspicaz.

—Te perdono, siempre que prometas algo.

—¿Qué cosa? —indagó desconcertada Josefina.

—Que te ocuparás de explicar por qué llego al pueblo en calzoncillos.

Recién entonces reparó ella en que Walter había subido al jeep a medio vestir, y si bien esos pantaloncitos podían pasar por ropa deportiva, con la temperatura que había pocos lo creerían. Iba a agregar esa nueva preocupación a las anteriores cuando vio la sonrisa sesgada del hombre que la había hecho mujer y rompió a reír. Rieron durante todo el camino hacia Los Notros, y al doblar la esquina de la casa de Emilio todavía Josefina enjugaba sus lágrimas.

De risa.

Durante el ascenso a la cabaña del cerro, Newen tuvo tiempo de reflexionar sobre los últimos acontecimientos. La muerte de Yusuf le había impactado por parecerle un hecho de justicia, como si la naturaleza se hubiese tomado revancha. Por otro lado, se les venía encima un papeleo infernal, pericias técnicas y lidiar con la situación de El Almojarife. Por lo que se sabía, el sirio

no tenía herederos. Claro que a él no le tocaba ocuparse de todo, aunque de seguro debería declarar sobre lo que vio. Faltaba un engranaje clave en el mecanismo de los sucesos: Cecilio, que no aparecía. Mayga le había confirmado que el hombre que desobedeció el pedido de Yusuf era el empleado de confianza del sirio, conocido por todos, ya que integraba la comunidad de Los Notros. Newen lo consideraba un oportunista, aunque jamás fue asesino ni traficante. Estaba visto que, bajo ciertas órdenes, de algunos personajes se podían obtener conductas sorprendentes.

El manto de nieve resplandecía, otorgando serenidad al bosque. Luego de la borrasca sobrevenía la calma transparente de la noche invernal. Costaba respirar con ese frío que cortaba el aliento, pero Newen mantuvo su paso firme rumbo a la cima. Lo aguardaba su esposa, con la que estaba deseoso de hacer las paces. Con Mayga ya lo había conseguido, pero Cordelia era harina de otro costal. Aunque pudiese ablandarla con el asunto de la misión del puma, su esposa debía perdonarle cosas peores, deudas viejas que jamás fueron saldadas. Él era consciente de que había sido duro con ella en tiempos difíciles y que nunca pudo sincerar su corazón. La aparición del amigo de Emilio lo complicaba todo, pues le impedía mostrarse como quería sin parecer celoso o posesivo, rasgos que por cierto ahora deseaba suavizar en beneficio del amor. Añoraba la entrega de Cordelia cuando no había sombras en su espíritu y él era su roca, su tótem y su guía.

—Aquí estás, amigo.

La presencia de Dashe era palpable en el aire, que adquiría una cualidad mágica cuando el perro lobo lo visitaba, en especial cada vez que su alma quedaba presa del tormento. Más abajo, el bosque de cipreses se recortaba sobre la ladera del cerro, platinado por la luna. La noche estaba viva, plena de susurros; el llamado del búho patagónico resonó en la oscuridad. A medida que el ascenso se tornaba empinado, el sendero se estrechaba y los matorrales le cortaban el paso. Ése era su mundo, por derecho de nacimiento y por

elección, cuando huyó de la estancia en la que se desgració por culpa de una mujer. Desde entonces la cordillera, el bosque, la meseta donde solía liberar a sus cóndores, eran su raíz y todo su futuro. Su familia sentía el mismo apego por la tierra inhóspita y majestuosa que habitaban. ¿Por qué, entonces, él no era feliz? ¿Qué le impedía gozar sin tapujos de la fortuna de hacer lo que más deseaba en compañía de los que más amaba? La respuesta a esa pregunta era la razón de toda su existencia. Meullen. Había creído alcanzar la felicidad completa con ese niño, y cuando los dioses se lo arrebataron sintió lo mismo que antes de conocer a Cordelia: que a él se le negaba el amor, que el precio a pagar nunca quedaba saldado. Ese pensamiento súbito caló tan hondo en su pecho que, sin pensar, torció el rumbo de su marcha y tomó el sendero que conducía a la *ruka* de Damiana.

La desolación de los trastos envueltos en sombras, la pared encalada que relucía como un caracol en el abismo y todas las sencillas cosas que habían conformado la vida de la *machi* se veían miserables sin las manos de la anciana sobre ellas. Adentro, en el hueco donde solía sentarse mientras hilaba en su rueca, se amontonaban nidos secos. Newen ocupó ese sitio junto a la chimenea fría y apoyó la cabeza en la rugosidad del muro.

Esa vez pretendía una respuesta, no sólo soñar.

Dejó que los recuerdos lo invadiesen como siempre, y los detuvo cuando la imagen de Meullen apareció en ellos. Fue entonces cuando, junto con aquel rostro de ojos renegridos apareció otro, igual de moreno, con una naricita que acusaba marcado puente, y una pelusa oscura cubriendo su cabeza. Ese bebé no era Meullen. Newen no lo conocía, jamás lo había visto ni soñado. Apretó los ojos con fuerza, intentando detener la imagen para visualizarla desde adentro, como le recomendaba doña Damiana, y captó un destello, algo nuevo. En ese niño residía su felicidad, la parte que le faltaba. Era lo que vendría, y no lo perdido. Recién entonces Newen comprendió que el espíritu que moraba en la *ruka* no sólo le permitía evocar el pasado, sino vislumbrar el futuro. Era

un lugar de magia.

Abrió los ojos, conmocionado, y vio todo borroso hasta que el trance se disipó y la claridad del mensaje saltó ante él. Vendría otro niño. Quizá ya estuviese latiendo en el seno de Cordelia. Tal era la fuerza de la visión que Newen no pensó ni por un momento que no fuese así, lo vivió como una certeza. Debía reunirse con su esposa en ese mismo momento, sellar con el amor el milagro de un nuevo nacimiento, rogarle que lo perdonara por no haber sabido ser el hombre que ella necesitaba.

Salió a la noche sintiéndose fortalecido, pleno de ilusión en lo que les depararía el futuro, y retomó la senda de la cabaña, apresurando su paso a medida que se acercaba a la luz amarilla que refulgía en la oscuridad.

Todos sus buenos propósitos se esfumaron apenas entró.

Sentado a *su* mesa, saboreando *su* café, conversando en voz baja con *su* esposa, estaba Erik Andrade. Era ese hombre y no él quien había escuchado los temores de Cordelia sobre la suerte de Mayga. A ese hombre le debía ella la ayuda cuando el abuelo se instaló en Los Notros. Y era ese hombre el que estaba narrándole en detalle el papel de *su* hija en la misión del puma. Newen sintió que el fuego de la chimenea se había instalado en su pecho. Werken acudió a recibirlo, moviendo la cola y ladrando, pero la alegría del perro no parecía compartida por los presentes.

Erik se puso de pie, sonriente. Acababan de vivir una aventura codo a codo, y pensaría que eso allanaba las diferencias entre ellos.

—¿Medina precisaba algo? —comentó Newen en tono áspero, sin siquiera saludar.

—El intendente quiso comunicarse con su esposa y nadie atendía la radio.

—Estaba dormida —dijo Cordelia, a modo de disculpa.

Newen imaginó una escena que le clavó el aguijón de los celos: Erik despertando a su esposa y luego ella ofreciéndole su insoportable café, que él bebería gustoso con tal de permanecer a su lado.

—Hugo acaba de decirme que pudo avisar a la tía de Emilio y ella ya está en camino.

Y al decirlo, Erik se tocó el cinto, de donde pendía su transmisor.

—Entonces ya se marcha.

El silencio llenó el momento de incomodidad. Erik supo de inmediato que había pisado fuera de su terreno, que el propósito de encender los celos del guardaparque para que supiese de lo que se perdía se le iba de las manos, y que bien podía él meterse en sus asuntos sin pretender resolver los de los demás. Newen Cayuki no era un jovenzuelo al que se pudiese poner entre las cuerdas. De paso, él tampoco estaba para esas lides. Dedicó un fugaz reproche mental a Emilio, inspirador inconsciente de ese plan descabellado, y con aplomo comenzó a despedirse.

—En efecto, ya va siendo hora. Gracias por el café, Cordelia. Si hay algo que pueda hacer por ustedes...

—Ya hizo más de la cuenta.

—¡Newen!

El puelche la taladró con la mirada y luego encaró a Erik.

—No sé qué busca visitando a solas a mi esposa, pero le aseguro que ella no necesita atenciones de otro hombre.

La vergüenza tiñó los pómulos de Cordelia y obligó a Erik a apretar los dientes para evitar una réplica que hubiese hecho estallar el temperamento de ambos.

—Lamento que malinterprete mi preocupación por su bienestar, Cayuki, le aseguro que no hay ningún propósito oculto —mintió.

Era una mentira piadosa. El propósito no era traicionarlo sino azuzarlo.

—Me disculpo por la grosería, señor Andrade —repuso Cordelia, acongojada—. Creo que mi esposo está agotado por los sucesos del día.

Newen iba a espetarle que él había conocido peores sucesos en su compañía, pero el repentino recuerdo de las sensaciones vividas en la *ruka* de

Damiana apaciguó ese impulso y, en cambio, se hizo a un lado facilitando la salida de Erik por la puerta.

—Que tengan buenas noches.

El amigo de Emilio salió al frío nocturno buscando serenar su espíritu.

Quizá una buena pelea hubiera sido mejor para desatar lo que ambos llevaban dentro pero, si debía ser sensato, lo último que necesitaba el pueblo de Los Notros era un escándalo entre los guardaparques. Y a pesar del sentimiento que en su pecho empezaba a brotar hacia Cordelia, la mujer estaba casada y aquel hombre la amaba con locura, lo supiese ella o no. Iba siendo tiempo de alejarse de todos ellos, su conciencia se lo decía con voz sensata. Se mantuvo a corta distancia de la cabaña por prudencia, temiendo dejarla sola si la furia del puelche lo desbordaba, pero al no escuchar nada decidió que estaba de sobra y emprendió el regreso. Lo acompañaron el lúgubre canto del búho y cierta extraña luminosidad que no logró explicarse hasta que el sendero se abrió y pudo vislumbrar el resplandor lejano de las farolas.

El camino de vuelta le sirvió para aclarar las ideas. Estaba cumplido con creces su objetivo y poco quedaba por hacer en Los Notros. Una vez que la esposa de Emilio diese a luz, se despediría de su amigo y montaría en la camioneta para volver a su propio refugio, tan distinto de ése donde el invierno parecía no acabar nunca. Se sentía contento, sin embargo; había conocido a gente valiosa, ayudado a desarmar una red de tráfico ilegal, y se llevaba la impresión de que un lazo invisible lo mantendría unido a quienes compartían el amor por la vida silvestre y su defensa. Incluido Newen Cayuki, quizá el más comprometido de todos. A Erik le caía bien el puelche, dejando de lado su carácter imposible; se daba cuenta de que aquel hombre decía mucho menos de lo que sentía, y que tal vez ése fuera su problema. Aunque las condiciones no estaban dadas, él quizá podría llegar a ser su amigo y mantener un vínculo sólido con el guardaparque de sangre india. Cosas más raras se habían visto.

Cordelia miraba a su esposo con furia contenida.

—¿Cómo pudiste tratar así al amigo de Emilio? ¡Él vino a ayudar!

—A la oficina de Parques Nacionales, que no incluye las casas de los guardaparques.

—¡Es amigo de mi hermano!

—¡Pues tu hermano no está, y lo dejó acá para que nosotros lo aguantáramos!

—¿Aguantarlo? —se escandalizó Cordelia—. ¡Si hubieses visto cómo se ocupó del abuelo durante el viaje!

Newen se mordió la lengua. ¡Hasta del abuelo pretendía apropiarse!

—Sólo hizo lo que debía —repuso sin ceder.

Cordelia se dejó caer sobre el banco de madera, derrotada.

—No puedo más, Newen. Creí que podría, pero ya no.

Alarmado, Newen se arrodilló ante ella.

—¿Qué pasa?

Cordelia clavó en él sus ojos inundados de pena.

—No nos entendemos —dijo en un murmullo—. Hace tiempo que dejamos de hacerlo. Yo me siento sola. Y no porque no estés acá —agregó, dejando en claro que se trataba de su inflexibilidad.

—De eso quería hablarte cuando vine —la interrumpió Newen—. Estuve pensando...

—Pensar es lo que menos importa, cuando de sentimientos se trata.

—Mis sentimientos son muy claros.

—Para mí no, pues cuando necesité que me escucharas no lo hiciste. Y cuando Mayga pidió lo mismo, tampoco.

—Ya hablamos de eso, Cordelia, y Mayga sabe que estoy orgulloso de ella, que ahora creo posible que se convierta en guardaparque, y que no la mandaré

a estudiar medicina si ella no quiere.

—¿Cuándo pasó todo eso? ¿En qué momento hablaron? —se sorprendió Cordelia.

—Al volver de la misión del puma. No hizo falta hablar.

—Ya me lo imagino.

—Cordelia, quiero que me mires.

Ella posó sus ojos en los de él, que a la luz del fuego ardían suplicantes.

—Siempre fui de pocas palabras.

Y ante el gesto de la mujer, que parecía decirle que ésa no era novedad, se apuró a decir:

—Mayga también, ella entendió mi confianza sin necesidad de decirle mucho. Nuestra hija se me parece.

Cordelia volvió a mirarlo con más atención. El tema de la hija los había separado a lo largo del tiempo. La intransigencia de Newen, su forma terminante de hablar, y por último sus exigencias, habían creado un abismo entre la niña y el padre, un abismo que Mayga estaba siempre dispuesta a trasponer. Cordelia sabía que, en lo más íntimo, su hija anhelaba ser como Newen, parecersele, incluso más que parecerse a su madre. Newen Cayuki era el ídolo de Mayga, y por eso Cordelia resentía tanto que él no la comprendiese.

Por primera vez, su esposo le decía algo diferente.

—¿Cómo es que cambiaste?

Newen sacudió la cabeza.

—No cambié, es que me di cuenta de lo bruto que fui. Sigo siendo bruto, pero estoy dispuesto a mejorar. Con tu ayuda.

Él la tomaba por los hombros con fuerza sin lastimarla, sólo para impedir que desviase su atención de lo que debía decirle.

—Lo del *tayel*...

—Hubiese querido decírtelo mucho antes —se disculpó Cordelia.

—No importa. Recién lo entendí hoy, con lo del puma. Nuestra hija tiene un guía, es algo con lo que nació y debemos aceptarlo para su bien. Ella está aprendiendo, pero cuando logre dominarlo será alguien especial, muy distinta a todos. Nadie debe impedir eso, menos que nadie los que la amamos, como yo. Has sido la mejor madre, Cordelia, porque fuiste madre y a veces padre. Yo fui más bien un jefe.

Cordelia sonrió entre lágrimas que ya no pudo contener.

—Un cacique tehuelche —dijo con dulzura.

—Que sólo ama a una mujer.

La mirada de Newen se tornó intensa, y a través de sus manos la fiebre del deseo se transmitió a Cordelia. Ella no quería entregarse, prefería hablar hasta que las palabras se agotaran, pero tenía miedo de que su esposo interpretase eso como un rechazo después de haber recibido a Erik en la casa.

—Newen, yo nunca te falté, pero mentiría si te dijese que no tuve la fantasía de mirar a otro hombre —le confesó, con el corazón en los ojos.

Una cuchillada en el pecho no le habría podido hacer más daño, pero Newen se repuso haciendo acopio de toda su escasa tolerancia, para decir:

—Hubieras tenido razón si lo hacías. Me lo merezco. Pocas mujeres soportarían a un hombre ciego, sordo y mudo a su lado.

Ella acarició con dulzura la mandíbula fuerte, siguió con su mano el recorrido hasta el cuello donde palpitaba la sangre, y la dejó descansar sobre el pecho viril, bajo la camisa abierta. El deseo nunca se agotaba entre ellos, pero Cordelia había necesitado la ternura muchas veces, y Newen se mostraba reacio a dejarse vencer por ese sentimiento. Sólo aquella vez, cuando acunaba a Meullen...

El recuerdo se interpuso entre ambos.

—¿Sucede algo?

Cordelia bajó la cabeza.

—Quiero hablar de nuestro hijo.

—Hazlo.

Sorprendida, alzó los ojos. Nunca antes él se había mostrado perceptivo con el tema. Hundió la mano en el bolsillo y extrajo el medallón con la efigie del niño. Newen apretó los dientes al verse descubierto en ese dolor secreto. Cordelia supo que para su esposo la debilidad era un estigma, y no quiso zaherirlo.

—Sé que lo extrañas también, pero que no te permites decirlo ni demostrarlo. Yo no soy así, Newen, yo siento la urgencia de llorar, gritar y luego hablar hasta el agotamiento. Sólo eso me mantiene cuerda. Pude confiar en Julieta y en mi hermano, pero te necesitaba, porque la pérdida fue nuestra, los dos éramos sus padres. Y nadie es culpable, solamente ocurrió. El espíritu de Meullen es una sombra entre nosotros. Dejémoslo ir, esposo, démosle la bendición de ser felices a pesar de todo.

Newen tragó saliva y, aunque quiso decir algo, no pudo encontrar su voz.

—¿Podremos? —arguyó ella con un temblor.

Aquel simple pedido, el ruego de una madre que había perdido un hijo y ni siquiera podía recuperarlo en el dolor compartido, le partió el corazón.

¿Qué clase de monstruo era él? ¿Cuántas cosas debían suceder para que comprendiese?

Estrechó a Cordelia hasta casi sofocarla.

—Haremos lo que desees. Para mí será un aprendizaje, pero de tu mano lo voy a lograr. Por favor, no me abandones, princesa. Creí que perdía el rumbo cuando te fuiste.

Permanecieron unidos hasta que, de a poco, el calor que brotaba de sus cuerpos les dictó otro tipo de abrazo, uno que anhelaban y que restablecería la paz entre ellos, ya sin ocultamientos. Cordelia tomó la iniciativa y desprendió la camisa de su esposo, todavía sucia por el rastrillaje del puma. Él aún no le había contado nada sobre la misión, pero eso podía esperar. Sabía que todos estaban a salvo, y era lo importante.

Depositó suaves besos en el pecho masculino, rozando una tetilla, luego la otra, y de pronto, con picardía, deslizando la lengua entre ellas. Newen se estremeció con ese contacto, y la alzó para sentarla sobre sus piernas. Werken los miraba desde su manta junto al fuego, feliz e ignorante del significado de esa danza ante sus ojos.

Las manos ásperas de Newen hurgaron bajo las ropas de Cordelia, treparon hasta los senos y los envolvieron con facilidad.

—No tengo frío —le dijo ella, permitiendo con esa afirmación que él le quitase el suéter.

Una vez que su torso quedó expuesto, Newen se dedicó a besar cada rincón, demorándose en los huecos tibios, que lamía con fruición. Pronto les resultaron insuficientes las caricias, y Newen la levantó en brazos para depositarla sobre la alfombra de la chimenea. El perro abandonó el sitio, fastidiado, y ellos rieron mientras rodaban uno sobre otro, tocándose, besándose, amándose y celebrando la nueva vida que podían llevar juntos.

—Háblame como antes —susurró él con voz enronquecida por la pasión.

Quería oírla hablar en francés, la lengua que lo había apasionado cuando la conoció, ese decir arrastrando las palabras que en la boca de Cordelia sonaba enloquecedor y que desde hacía mucho tiempo no escuchaba.

—*Qu'est-ce que vous dites, monsieur?*

Por toda respuesta, Newen le levantó la falda y, deshaciéndose con prisa de su ropa íntima, entró en el cuerpo femenino con tal ímpetu que Cordelia retuvo la respiración.

—¿Estás bien? —atinó a decirle.

Ella cerró los ojos y sonrió, confiada.

—Todavía no lo sé.

Newen apretó los labios y cabalgó sobre ella sin palabras, como acostumbraba, pero con la vista fija en su rostro, atento a cada gesto, al mínimo deseo de la mujer que no sólo lo había cautivado para siempre sino

que le devolvía la oportunidad de ser un hombre nuevo. Cordelia se dejó llevar, inundada de placer y de esperanza. Podían volver a discutir sin resentimientos, pelear por las incomodidades cotidianas y reírse de ellas al final del día, cuando las sombras los acunaran en la intimidad del lecho y el olor de su esposo colmara sus sentidos. Había ocurrido un milagro, y aunque ella ignoraba a qué se debía, lo agradeció desde el alma, pues le había devuelto al hombre del cerro, el bárbaro que la protegía y entendía sus temores, antes de que la vida los pusiese a prueba. En el instante en que ambos cayeron en el olvido de todo, Newen tuvo la certeza de que acababan de engendrar al niño que vio con los ojos del espíritu en la *ruka* de doña Damiana. Y supo también que ella lo bendecía desde la *wenu mapu*.



CAPÍTULO 28

Julieta se dobló en dos al sentirse atravesada por un calambre feroz. Se había quedado dormida y el dolor la despertó con crueldad. El bebé venía, y no auguraba un parto fácil. Ella, que había dado a luz gemelos, no había sentido tanto dolor ni malestar entonces. Era un niño que traía problemas, lo presentía. Rogaba a Dios por su vida y la de su bebé, ya que si uno de los dos moría la dicha familiar se quebraría para siempre.

Abrió la boca para llamar a Greta y se le atascó el grito en la garganta, convertido en un gemido gutural. Intentó en vano aplacar los dolores con la respiración, que le salía desacompasada, y se sujetó el vientre para sostener a ese hijo que le presentaba batalla.

—Ayuda... —musitó llorando.

¿Dónde estaría Emilio? ¿Por qué nadie entraba al dormitorio? ¿Y la ambulancia?

Entre el zumbido enloquecedor de sus oídos pudo escuchar voces en el vestíbulo. Alguien llegaba. Alentada por esa novedad, se irguió entre las sábanas y comprobó que había sangre en ellas. Aterrorizada, se acostó boca arriba y flexionó las piernas, ubicándose en la posición de parto que ella conocía, pero aun así los dolores la obligaron a erguirse de nuevo y las lágrimas brotaron, ahogándola. Era tanto el sufrimiento que creyó morir allí mismo. En un respiro entre jadeos y estertores, Julieta recordó que en las *rukas* las parturientas solían dar a luz en cuclillas, solas o ayudadas por una comadrona. Cordelia le había dicho que esa postura era más natural, pues facilitaba la vía de salida del nonato. Intuyó que eso podría brindarle cierto

alivio y le permitiría, además, ver la cabecita de su hijo, que pugnaba por asomar. Llevada por la desesperación, ensangrentada y llorosa, se tomó del barrote de la cama y miró hacia abajo, rezando por que Dios no le impusiese la prueba de traerlo de nalgas. El terror le infundió fuerzas y soltó el primer grito de parto, que resonó en su cabeza como un trueno. La puerta se abrió de golpe, rebotando en la pared. Josefina irrumpió en la habitación abriendo sus brazos mientras corría a atenderla.

Por primera vez, Julieta se sintió segura.

La tía Jose se encargaría de todo.

Y ella podría dormir.

—Por favor, necesito esconderme por esta noche.

La voz de Sandra sonaba angustiada, con una nota de exigencia dirigida a ese hombre al que ella una vez había acariciado.

Ignacio Zavaleta contemplaba con estupor la súbita aparición de la querida de Yusuf en su galería. Le traía la noticia de la muerte del sirio, y como si esa revelación no alcanzase, el pedido de albergue por si la policía la estuviera buscando. Iba vestida con ropas superpuestas y cargaba una mochila descosida. Si él no la hubiese visto ataviada con costosos vestidos traídos por Yusuf de alguno de sus viajes, habría dicho que ésta era una versión pobre y envejecida de la Sandra que conocía. En el pasado, Ignacio la había visitado en una choza de las afueras, hasta que supo que se trataba de la madre de Luciano Necul. Ese conocimiento, que obtuvo de boca del propio padre de Luciano durante un triste episodio de ebriedad, acabó con sus fugaces encuentros con la prostituta del pueblo. Él había quedado bastante acomplejado con aquel secreto, y por eso se vio acorralado ante el pedido de auxilio.

—Te lo pido en nombre de...

—Basta. No hace falta que invoques a nadie. Te quedarás por esta noche y te irás no bien amanezca. Nada quiero saber de tus andanzas, ni verme envuelto en tus mentiras.

Ella lo miró con odio mal disimulado. Había hecho bien en matarle ovejas a ese desgraciado, que le dio la espalda apenas pudo. Todos los *winka* eran así, traidores.

Hasta el sirio la abandonaba, aunque no hubiese sido por su decisión. Cuando Cecilio le llevó la terrible noticia de su muerte, Sandra supo que sus horas en El Almojarife estaban contadas. Llegaría la policía, vendrían inspecciones por el asunto de los pumas robados, y podrían llegar a descubrir que ella comandaba la matanza de ovejas para el ritual. Debía poner distancia con toda esa gente, volver a las *rukas* de la comunidad, refugiarse entre los suyos, pero esa noche el tiempo apremiaba y sólo le quedaba recurrir a Zavaleta. Él le debía cobijo al menos, por sus servicios.

El patrón de La Señalada le indicó un cuarto donde podía acomodarse y se retiró disgustado al suyo, para alejarse de ese recuerdo que lo mortificaba. Si bien cuando visitaba a Sandra él ignoraba el vínculo de ella con Mario Necul, saberlo le había creado un conflicto moral. Aunque su capataz no estuviera casado, tenía con esa mujer un hijo. Ignacio jamás permitió que Necul supiese que él estaba al tanto del parentesco por culpa de su propia infidencia, y ahora, cuando el tiempo parecía haberlo sepultado, el secreto saltaba ante sus ojos a causa de un episodio sangriento.

Yusuf muerto por las garras de un puma. Si eso no era justicia poética, nada lo sería.

Lamentaba su muerte trágica por la compasión que se le debía a cualquier hombre, no sentía ninguna simpatía por el sirio que, si hubiese podido, le habría quitado sus tierras para ampliar su coto. Tuvo el impulso de llamar a la oficina de Parques Nacionales, pero la presencia de Sandra lo alteraba todo. Prefirió aguardar al día siguiente para informarse bien de los sucesos y

ponerse a disposición de lo que hiciera falta. Hacía tiempo que lo rondaba la idea de denunciar a Yusuf, pero tal vez sus peones tuvieran contacto con los de El Almojarife. La gente de por allí era silenciosa y no se metía con nadie, era difícil penetrar en sus intenciones. Había que andar con tiento.

Se quitó los borceguíes y se acostó vestido. Apagó la lámpara para centrar su mirada en el cielo de afuera, punteado de estrellas que lucían frías luego de la nevada. Apoyó su rubia cabeza sobre los brazos y se dejó llevar por los recuerdos. Él no había vuelto a formar pareja, como si la traición de su esposa lo hubiese marcado a fuego. Se daba cuenta de que no podía condenar a todas las mujeres por la conducta de una sola, por más que hubiese sido la que él creyó amar para siempre. Sin embargo, algo en él se había adormecido luego de verse envuelto en una intriga policial por causa de Isabel Fournier. Más tarde, al volcarse de lleno a los asuntos del campo, la esquila, la compra de sementales, se había ido alejando del proyecto de vida familiar. Tal vez podía prescindir de una esposa, pero el tema de los hijos hacía rato que lo acechaba. Todo hombre pensaba en eso en algún momento, perpetuarse en su propia sangre, legar a otro sus creencias y sus pertenencias, cuestiones esenciales de la vida a las que él había dado la espalda. Ser padre podía vencer a la muerte y al olvido. Pensó en Luciano, un dolor de cabeza para su capataz. Aun así, estaba seguro de que Mario Necul jamás lamentaría haberlo concebido, por mucho que le costase mantenerlo y, sobre todo, enderezarlo.

¡Y Mayga! Aquella niña era la gloria de sus padres. Newen Cayuki hablaba por los ojos cuando se le preguntaba por ella, a pesar de ser hombre avaro con los gestos y las palabras. Ignacio imaginó un niño correteando por La Señalada, aprendiendo el oficio de los peones y tironeando de sus bombachas de campo para pedir que le dejaran hacer lo que sus tiernos años aún no le permitían. Esbozó una sonrisa, como si ese niño existiese en alguna parte. Estaba tan abstraído que no escuchó el leve chirrido de la puerta al abrirse. Cuando vio a Sandra, ya ella estaba encima de él, vestida con un camisón de

satén incongruente con su condición de fugitiva.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —exclamó Zavaleta, rodando sobre la cama en sentido opuesto.

Ella se detuvo, amoscada.

—Estoy siendo amable, por tu ayuda —le dijo, resentida.

—Quedó claro que te quedabas por una cuestión de hospitalidad, que no se le niega a nadie. Le pedí a la cocinera que te preparase algo.

La rabia desfiguró el bonito rostro de Llanka, que era la que al fin y al cabo volvería a ser a partir de esa noche.

—Maldito *winka*, no te gusta reconocer que te metiste en mi cuerpo algunas veces, ¿eh? Tuve mejores hombres, más poderosos, me hicieron regalos y se daban corte conmigo.

Ignacio calló la respuesta que venía a sus labios: que uno de esos amantes yacería bajo tierra al día siguiente, y que ella no podría disfrutar en el pueblo de ninguno de esos regalos.

Al ver que el hombre al que pretendía seducir se mostraba impertérrito, Llanka escupió todo su veneno.

—¡Ojalá te mueras! Si fuera por mí, mataría a todas tus ovejas, para hundirte.

Eso puso sobre alerta a Ignacio.

—¿De qué hablas?

Llanka soltó una carcajada amarga. Quiso hacerle sentir su odio, causarle heridas.

—Yo soy la que organiza las ceremonias. Mi gente me obedece. Te conviene estar bien conmigo, patroncito, porque soy poderosa en la comunidad.

Incrédulo, Ignacio se puso de pie con lentitud.

—Perra. Hiciste que otros cargaran con la sospecha y no te importó.

Zavaleta pensaba en sus peones, que habían quedado bajo la vigilancia de

la policía.

—Otros desgraciados que me usaron para después patearme —respondió ella, pensando en cambio en Daniel Eliot—. A todos esos...

Y Llanka escupió sobre las sábanas en señal de desprecio.

Zavaleta, conmocionado, se pasó la mano por la frente. ¿Qué tenía él que atraía a mujeres perversas? Antes Isabel, de una próspera familia de ilustre apellido, y ahora esta perdida, que se creía importante por vender su cuerpo a hombres ricos.

—Vete ahora mismo —le ordenó—. Si te vas, prometo no decir nada, aunque de todos modos te buscarán. Sal de mi casa y jamás se te ocurra volver.

—Ojalá que...

—¡Ahora! —bramó Ignacio, fuera de sí.

Una pizca de piedad lo movió a dejarla ir sin denunciarla. Era su pago por haberla poseído cuando todavía no conocía su identidad. Ese hecho que lo avergonzaba quedaría cubierto con la libertad que le permitía, pero ya no habría más concesiones.

Algo en los ojos claros de aquel hombre, del que alguna vez casi se sintió enamorada, le dijo a Llanka que debía aprovechar la oportunidad que se le presentaba. Había tirado demasiado de la cuerda y la había roto. Huir era su único camino. Porque el poder que ella invocaba provenía del sirio, de su mano extensa que todo lo abarcaba, del dinero que untaba las manos de los otros, de los beneficios que algunos obtenían a cambio de cumplir sus designios. La muerte de Yusuf había cortado de cuajo ese privilegio.

Llanka ya no era nadie.

Más tarde, mientras caminaba sigilosa a través de los campos donde las ovejas eran apenas manchones borrosos en la nieve, pensó en la única persona que la recibiría sin pedirle nada ni reprocharle lo que hubiese hecho en su vida.

—Mi *chaw*, mi *chaw* —se repitió, al compás de su paso presuroso.

Iría a la colina, donde su gente vivía su presente eterno sin esperanzas. Hacia las casitas desperdigadas entre el pueblo y el bosque.

A la *ruka* de Cipriano, su padre.

En lugar de enfilarse hacia La Señalada como Erik había creído, Luciano dio un rodeo para volver al pueblo. Quiso disimular ante el brujo, que lo vigilaba con ojo sagaz. Su intuición le decía que Mayga estaría en casa de sus tíos, y además él deseaba hablar con alguien antes de irse.

—Viejo loco —murmuró, recordando el nombre que le había dado Cipriano.

Cheche, su nieto. ¡Él no tenía abuelos! ¡Ya hubiese querido prenderse de los talones de un anciano que dedicase tiempo a sus correrías! Por eso volvía, para hablar por última vez con el *cheche* de Mayga. Le parecía un deber moral decirle que se marchaba, para que no lo creyese ingrato y, de paso, ver si aquella oferta seguía en pie.

Encontró la vivienda envuelta en la calma del amanecer. Aguardó paciente en el bosque de enfrente a que se encendiese la primera luz, y recién entonces se animó a acercarse.

Pasar la noche a la intemperie se le había hecho hábito con el correr de los años, y se jactaba de aguantar las temperaturas más bajas sin inmutarse. Tenía el cuero bien duro.

A través de la ventana de la cocina vio a Mayga trajinando sobre las hornallas. Estaría preparando el desayuno. Arrojó una piedrita, y cuando la muchacha asomó su rostro le sorprendió lo bella que lucía en esa claridad grisácea, como si desprendiese una luz propia.

—Vine a despedirme —le dijo, ante la mirada interrogante.

—¿Cómo? ¿Adónde vas? Luciano, no hagas más trastadas. Tu padre se

preocupa.

Él soltó un chasquido despectivo.

—Ya se lo diré, cuando llegue el momento. Me voy a buscar empleo y una vida nueva.

Esa idea hizo fruncir el ceño a Mayga.

—¿Desde cuándo? ¿Y con qué dinero?

—Tengo estos —repuso el muchacho con fervor, y levantó los brazos para alardear de sus bíceps.

La joven sonrió, compasiva. Su amigo sería siempre un tarambana, pero ella lo quería. Habían jugado juntos mientras pudieron, y ahora que sus vidas se bifurcaban ella sentía que debía darle un voto de confianza. Si era cierto que se iba, Mayga sospechaba que volvería porque, aunque encontrase trabajo, Luciano pertenecía a ese valle, como ella. Estaban amasados con la tierra, y por más lejos que fuesen la llevarían bajo la piel.

Salió por la puerta mosquitera y se le acercó.

—Esto me lo hizo el hippie viejo —repuso con solemnidad mientras se quitaba el crucifijo de cerámica—. Te lo doy para que no me olvides y para que te obligues a volver a devolvérmelo.

¡Como si pudiese olvidarla!

—Gracias —respondió él, conmovido e incómodo.

El abuelo apareció de improviso, despeinado como la primera vez que Luciano lo vio.

—¿Visitas repentinas? —dijo con su voz que jamás bajaba de tono.

—Luciano se marcha, abuelo. Dice que va a buscar trabajo en otra parte.

M. Ducroix lo miró con agudeza similar a la de Cipriano el día anterior.

—Ajá. ¿Y cuál es ese trabajo tan tentador?

Luciano se miró las manos, turbado.

—No lo tengo todavía, señor.

—Mmm... El mío tendrá que esperar, entonces.

El muchacho alzó la vista, esperanzado. ¡Era cierto, entonces!

—¿Sigue la oferta? —atinó a preguntar.

—No digo las palabras para que el viento se las lleve. ¡Claro que sigue en pie! Habrá que aguardar a que lleguen mis cosas desde Buenos Aires. Eso puede tardar, digamos, un mes o dos. ¿Calcula darse una vuelta en ese tiempo?

—¡Sí, señor! —exclamó Luciano, y Mayga contempló azorada el intercambio entre su amigo y su bisabuelo.

—Me voy, pero volveré.

—¿Lo promete?

Él jamás había dado su palabra a nadie, y en ese amanecer helado, en presencia de la mujer que amaba y lleno de ilusión por demostrarle que también él tenía proyectos, respondió con un entusiasmo que resonó en la calle vacía como un campanazo.

—¡Lo juro!

Cargó su mochila y avanzó para estrechar la mano del abuelo Ducroix. El anciano no lo defraudó. El apretón duró unos segundos y prometía lo mismo que la mirada azul que otras veces lo había petrificado. Ahí tenía un lugar, si él lo deseaba. Y un *cheche*, por fin, que aunque ya no estaba para correrías, al menos podría escucharlo, y quizá también contarle relatos de la vida de antes. Luciano también tenía cuentos del pueblo. Todo eso sería cuando el asunto de los pumas se hubiese enfriado, y ya no importase que él hubiera actuado de leonero por orden de su madre. Sería cuando ya no importase quién era su madre. Y él tuviese su propia vida, una que podría construirse sin pasado.

Emilio apareció en la cabaña del cerro muy temprano, antes de que Cayuki saliese a su ronda habitual. Encontró al puelche bebiendo un café preparado por él mismo y señalando puntos en un mapa dibujado por Walter. Newen lo notó pálido y desmejorado, y temió que le estuviese trayendo peores noticias

de su viaje.

Lo que afectaba a Emilio, sin embargo, era algo más crucial en su vida.

—¿Hay café para un padre? —comentó, intentando que su tono fuese despreocupado.

Newen se levantó y llevó la cafetera y un jarro a la mesa.

—¿El niño? —atinó a decir.

Se había ido enterando de los sucesos de modo tangencial, y daba por sentado que las cosas irían bien, pero el semblante de Emilio lo alarmaba.

—Una niña. Sanita y fuerte, tomando en cuenta que es prematura. Están tramitando un traslado al hospital de Neuquén, en prevención de cualquier complicación que pudiese surgir.

—¿Y Julieta?

—Le hicieron una transfusión de emergencia, de mi propia sangre —y al escuchar eso, Newen entendió a qué se debía el aspecto macilento de Emilio.

—¿La internarán también?

—Sería peor moverla ahora. Ella está bien, dentro de lo duro que fue el parto. Nuestra hija nació con la ayuda de Greta, que supo qué hacer, asistida por la tía Jose. Dios la llevó a nuestra casa justo a tiempo, Newen. No sé qué hubiera sido si no... —y Emilio dejó la idea en el aire, atormentado de sólo pensar en lo que podría haber salido mal.

—La partera no llegó a tiempo, y el doctor confiaba demasiado en la ambulancia.

Mientras su hermano recitaba los detalles, Cordelia bajaba la escalera a los saltos, a medio vestir, con el rostro congestionado por la emoción. Era una Cordelia exultante, hermosa, llena de vida. Newen la contempló ensimismado.

Esa mujer llevaba a su hijo adentro, podía atestiguarlo ante los dioses.

—¡Una niña! —exclamó ella, contrastando con su alegría las emociones diferentes de los dos hombres.

—Fue tan repentino —decía Emilio, tomándose la cabeza con las manos,

denotando que había pasado por un calvario hasta que todo finalizó—. El doctor dijo que nunca antes había debido asistir a un parto en esas condiciones.

—¡Una niña! —repetía Cordelia, y lo abrazó—. Todo irá bien. Ahora mismo iré contigo a la casa. Julieta se repondrá apenas tenga a su hijita en brazos.

—Eso venía a pedirte. Le hará bien tu compañía, si es que no se te ocurren locuras, hermanita. Julieta está débil.

—Ay, Emilio —le dijo con ternura—. Ser padre es sufrir, pero también aprender. Esto te ha enseñado que el tiempo que pases con Julieta es lo más valioso —y echó una mirada de reojo a su esposo, al que incluyó en su sentencia.

Cordelia conocía los sinsabores de su amiga, las soledades pasadas, y supo también leer el tormento en los ojos de su hermano, el miedo a perder lo que tanto amaba. Era el mismo miedo que ella sintió, y que para su desgracia se había cumplido. Tal vez en aquel *tayel* doña Damiana había visto más de lo que dijo, quizá la anciana evitó hablar del destino de Meullen.

Este nacimiento, unido al encuentro con su esposo luego de tanto tiempo de desavenencias, le infundía una alegría desbordante. Se sentía capaz de todo, como cuando llegó a Los Notros siendo apenas una jovencita, sin saber nada del valle, sin siquiera conocer la vida de los cóndores en aquel entonces.

—¡Vamos! —alentó a Emilio mientras descolgaba su abrigo de los ganchos en la entrada.

Newen la atajó antes de que echara a correr hacia la camioneta que aguardaba afuera.

—Cuidado —le dijo con seriedad.

Al pensarla con un hijo en sus entrañas, volvieron los antiguos miedos.

Ella le sonrió con picardía.

—No temas quedarte sin almuerzo, esposo mío. Más tarde subiré alguna

delicia cocinada por mi tía. Ella ya te conoce los gustos.

Se alzó de puntillas para besar los labios de Newen, y al ver que él deseaba más de ella, lo abrazó por la cintura y murmuró, sólo para sus oídos:

—Seremos felices, te lo prometo.

Emilio se alejó para poner en marcha el motor, dejando a esos dos con sus arrumacos. Entendía el dolor de su cuñado al haber perdido un hijo recién nacido. Si la pequeña Colette hubiese muerto la noche anterior, él estaría destruido y nunca volvería a ser el mismo. Ni qué decir si su Julieta hubiese corrido esa suerte. Era afortunado al tenerlas a ambas. Deseó en lo más profundo de su corazón que Newen y Cordelia tuviesen otro hijo que los consolara del recuerdo del que habían debido enterrar sin que conociera la vida en las montañas.



CAPÍTULO 29

Erik acompañaba a Medina cebando unos mates mientras el intendente resolvía el papeleo diario. Comentaban los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Entonces no había nadie en la casa del sirio? —se extrañó Erik.

—Ni un alma. Hasta el personal de servicio se había marchado, sin duda los alertaron de la muerte del patrón apenas ocurrió.

—Cecilio, el ayudante.

—Creo lo mismo. Él tampoco aparece, como si lo hubiese evaporado el viento.

—¿Y qué ligazón cree usted que hay, si es que la hay, entre el tráfico de pumas y la matanza de las ovejas? Ése es un asunto bien raro.

El intendente se echó atrás en la silla, interrumpiendo la tarea.

—Me devano los sesos pensando en el tema. Hay un punto en común, mi instinto me lo dice, pero hasta ahora no hubo nada ni nadie que me diera una pista.

Erik sorbió el mate frunciendo el ceño. Una frase oída al azar repiqueteó en su mente.

“Lo dije porque me obligaron”, había dicho Luciano aquel día. Y luego “Ella no es mi madre”. Tal vez la misteriosa mujer a la que tanto rechazaba el chico tuviese algún papel en todo eso. Se dejó llevar por un impulso.

—¿Qué se sabe de la madre de Luciano Necul?

A Medina le extrañó la pregunta.

—Tengo entendido que lo crió el padre, y que hace lo que puede con ese

muchacho. No sé quién habrá sido su madre.

—¿Y si ella permanece escondida?

—¿Por qué? ¿A qué viene todo eso?

Erik refirió la conversación que había oído en el camino, y notó el interés de Medina.

—Cipriano vino directo a la oficina a acusar a Daniel Eliot aquel día — reflexionó suspicaz el intendente—. Es raro, si ni siquiera lo ha tratado. ¿Por qué habrá decidido acusar a un desconocido?

—Para encubrir a alguien conocido —completó Erik.

Medina encajó esa idea y siguió la línea de pensamiento del otro.

—¿Piensa que se trata de una mujer?

Erik se encogió de hombros y ofreció el último mate al intendente.

—Cualquiera puede degollar ovejas, el asunto es para qué.

—Eso se lo puedo decir ya mismo. La gente es supersticiosa, estos rituales tienen significado, y si ocurren en los lugares de trabajo los empleados huyen. Es posible que el causante de las muertes haya querido infundir miedo en los peones de La Señalada.

—Yusuf, entonces.

—En él pensaba. Sé que desde el principio ofreció a Zavaleta comprarle sus tierras, y cuando eso falló quiso asociarlo, también sin éxito. Claro que se valdría de esbirros para llevar a cabo semejante masacre.

—¿Se podrá visitar a los trabajadores en sus casas para interrogarlos?

Medina denegó con la cabeza.

—Si están encubriendo a alguien o tienen miedo no dirán nada, los conozco.

—Menudo lío.

—Dígame una cosa, Andrade. ¿Qué piensa usted del comportamiento del puma?

El intendente se admiraba de la presencia de pumas en estado salvaje tan cerca del pueblo, y también de las muertes causadas por esos gatos. Todos

sabían que era una conducta poco frecuente. El puma eludía a los hombres.

Erik, especialista en felinos, quizá tendría una respuesta.

—El puma es hábil y escurridizo, prefiere escabullirse ante el peligro de los humanos o los perros con que acostumbran a perseguirlo. Lo que ocurrió en el coto de caza me sorprendió también, pero ese animal estaba herido. Quizá pretendió huir saltando sobre sus predadores, no lo sé. Un puma puede dar saltos de hasta seis metros.

—Pero no se trata sólo de ese caso, está el que mató a Yusuf también — insistió Medina.

—Era una hembra flaca y hambrienta, eso podría explicarlo.

Erik se daba cuenta de que el intendente era un hueso duro de roer. También él había detectado algo extraño en los sucesos de los últimos días, y Erik no estaba seguro de confiarle el don de Mayga, sobre el que tampoco él tenía formada una opinión certera.

—Si no me fallan las cuentas, son tres pumas —decía Medina mientras repiqueteaba sus dedos sobre el escritorio—. El que vieron en el linde del bosque cuenta como silvestre, y no sé si será el mismo que vio ese sujeto, Daniel Eliot, en el camino de la meseta. Si no lo es, ya son cuatro los pumas. ¿Qué me dice, Andrade? ¿Una plaga en Los Notros?

Erik sonrió al escuchar esa palabra en boca del intendente de Parques.

—Me rindo, Hugo. Le contaré lo que sé al respecto —y eligiendo muy bien las palabras relató lo que Cordelia le había dicho sobre el *tayel* de Mayga.

Medina era un tipo flexible, se adaptaba a las creencias populares cuando eso le servía para cumplir sus objetivos de preservación de la naturaleza, de modo que no se sobresaltó con el relato de Erik. Al contrario, le resultaba apropiado para convencer a Newen Cayuki de permitir a Mayga participar de las campañas en favor de la vida silvestre. Claro que eso no le impidió mostrarse escéptico.

—Sea lo que sea, está claro que la hija hereda las capacidades del padre.

Cayuki ha sido un vigía incomparable en esta región.

—Yo me formé en la ciencia, Hugo, y esto le sonará raro, pero a veces siento que debo rendirme ante la evidencia, por más que no tenga fundamentos a la vista. Esa chica es especial.

—¿Entonces se trataría de una coalición de pumas convocada por el espíritu de Mayga?

—Dicho así...

Los interrumpió la llegada de Ignacio Zavaleta. El estanciero lucía preocupado.

—Perdonen si agregó un motivo de conflicto a los que ya tienen. Algo, o alguien, está liquidando a mis ovejas en La Señalada.

—¿Hubo más casos?

Medina se levantó mientras hablaba, se calzó el sombrero y el cinto donde ya había guardado su revólver.

—Esta mañana, a primera hora, encontré al menos tres degolladas en los campos que limitan con el coto del sirio, del lado del monte. Le confieso, Hugo, que pensaba en él como el instigador, pero ahora que está muerto...

—Alguien continúa la misión que Yusuf planeó —completó Medina.

Ignacio se moría por decirle que él ya sabía quién era, sin embargo había hecho una promesa a esa mujer, y esperaba poder cumplirla.

—En la madrugada vi que mi capataz había recibido la visita de su hijo —contó a regañadientes.

—¿Luciano estuvo allí? Eso ya es un punto de partida.

—Un momento, Hugo —intercedió Erik—. Recuerde que el muchacho obró cumpliendo órdenes, y no sabemos de quién.

—De su padre no, estoy seguro —aseveró Zavaleta—. Mario Necul es un tipo difícil, pero me ha sido fiel desde que trabaja para mí. El hijo es distinto, se muestra rebelde y, por lo que sé, a veces se embriaga.

—Ya tenemos por dónde empezar nuestro interrogatorio, Andrade —dijo

Medina suspirando, y salió de la intendencia seguido por los otros dos hombres.

La sencilla vivienda de Mario Necul en La Señalada lucía limpia y ordenada. El capataz se encontraba a punto de salir rumbo a sus tareas cuando vio la camioneta de Parques Nacionales acercarse por el camino nevado. Frunció el ceño al descubrir la de su patrón detrás, escoltándola.

—*Mari mari* —dijo Medina, saludándolo en su lengua.

—*Mari mari* —respondió Necul, desconfiado.

—Su patrón nos dice que hubo más muertes de ovejas —siguió diciendo el intendente mientras echaba un vistazo en derredor, sin duda buscando indicios.

—Yo no soy el que mata las ovejas. Eso no me conviene —respondió Necul con aire belicoso, y dirigió a Ignacio una mirada de reproche.

—Tranquilo, Mario, que no venimos a acusarte de nada. El señor Medina sólo quiere obtener información.

El rostro de Necul se relajó, pero los ojos perceptivos de Erik notaron en él una sombra de desdicha. Quizá el hombre estuviese encubriendo al hijo, y si así era, él no habría querido estar en sus zapatos. Bastante tendría con mantenerlo, y además responder por sus fechorías.

—Luciano estuvo con usted hoy, ¿no es cierto?

La pregunta directa lo desarmó.

—Vino a despedirse.

—¿Ah, sí? ¿Se va? ¿Y adónde?

Ya Medina calibraba una huida conveniente en esa partida del muchacho.

—Está buscando trabajo —lo atajó el padre.

—Mire, Necul, entiendo que se trata de su hijo, pero si me oculta algún suceso tendrá que responder ante la policía. Acá su patrón insiste en que es usted un hombre de bien. Entonces, si sabe algo que deba decir es mejor que

nos lo diga a nosotros.

Mario miró de reojo a Zavaleta y luego a Erik. El hombre lo contemplaba con fijeza y el capataz no sabía por qué le parecía que le leía el pensamiento.

—Necul —dijo de pronto Erik—, su hijo es un muchacho listo y en el fondo no es malo, sólo anda medio perdido. Escuché que decía al viejo Cipriano que obedecía órdenes, no sé de quién ni para qué, pero si luego de eso decide irse del pueblo es natural que resulte sospechoso. Si no hay nada raro y de verdad consiguió un trabajo, dígallo con confianza, ninguno de nosotros desea el mal para Luciano.

El breve discurso acabó por derrumbar al pobre padre, que ocultó su rostro entre las manos.

—Es esa pérdida de la madre —dijo entrecortadamente—. Le dije una y mil veces que no rondara a mi hijo, pero ella siempre hizo lo que quiso. Luciano sabe que es mala entraña, pero es su *nuka* y a veces no puede negarse. Ella siempre supo controlar a los hombres.

El único que sabía de quién hablaba Necul era Zavaleta, pero el capataz siguió confesando y los puso al tanto.

—Llanka fue mi mujer en el tiempo de antes, le hice un hijo y se fue de la *ruka* luego para andar por ahí. La fui a buscar para que criara al chico y volvía a veces, hasta que consiguió quedarse en la casa del *winka* —y señaló la dirección de El Almojarife.

—¿Dónde está ahora? —indagó Medina.

Necul se encogió de hombros.

—Luciano ya no quiere saber de ella, por eso se va. Y yo hace tiempo que no la veo.

Liberado de su promesa al saberse lo ocurrido por boca de otro, Ignacio agregó:

—Yo la vi anoche, vino pidiendo auxilio a la casa; se fue cuando me negué a encubrirla.

Jamás diría la verdadera razón por la que había expulsado a Llanka de su cuarto la noche anterior, mucho menos delante de las autoridades.

Mario Necul demostró cierta extrañeza, pero de inmediato Erik intervino.

—Está huyendo, entonces. Habría que seguirle el rastro para saber si se oculta en el pueblo.

Los hombres se despidieron y volvieron a su camioneta, en tanto que Zavaleta quedó en compañía del apesadumbrado capataz.

—Vamos —le dijo con afecto, mientras le palmeaba el hombro—, en la casa hablaremos mejor, en confianza. No es bueno cargar solo con las penurias.

Allá fueron, patrón y empleado, a degustar un trago y liberar el alma, por fin, del peso de la traición. Dos hombres atrapados en la soledad.

Cuando Newen supo que buscaban a Llanka por sospechosa de la muerte de las ovejas recordó las astucias de la mujer en otros tiempos, su participación ayudando en el secuestro de Cordelia. Siempre había sido pérfida, Damiana lo sabía bien y lo había prevenido en aquel entonces.

Se sentía molesto en presencia de Erik debido al exabrupto de la noche anterior en la cabaña, y buscó la manera de disculparse. Si había logrado convencer a su esposa de empezar de nuevo, bien podía intentar recomponer el vínculo con aquel hombre que al final se iría y dejaría de torturarlo.

Se le acercó mientras aguardaban en la puerta de una de las casitas sembradas en el camino que subía al cerro. Habían recorrido varias sin ningún resultado, y al parecer en ésta sucedería lo mismo. La gente se manifestaba huraña o sorprendida, pero nadie sabía ni sospechaba quién era el degollador de ovejas.

—Anoche me porté como un idiota —dijo Newen sin preámbulos.

Era típico de él ir al grano sin suavizar las palabras. Erik se volvió con una

sonrisa a medias en el rostro moreno.

—Yo habría sido igual de idiota si tuviese una esposa y la hubiese encontrado hablando a solas con otro hombre. Acepto la disculpa y, para ser sincero, cuando conocí a Cordelia esperaba que fuese soltera o divorciada. Al saber que no era así —se apresuró a aclarar—, me resigné. Está casado con una mujer espléndida, Cayuki, que además no teme decir que lo ama.

—Ella es así, demasiado transparente.

Erik pensó que Cordelia era el complemento perfecto para ese hombre del que podía decirse de todo menos que fuese prístino o accesible. Newen era la oscuridad impenetrable, Cordelia la luz que todo lo aclaraba. A veces, la vida reunía a estos personajes contradictorios y lograba el milagro de encajarlos uno en otro.

Él no había tenido esa suerte, y no esperaba tenerla tampoco.

—Y Mayga es una muchacha excepcional —agregó, sabiendo que eso ablandaría un poco el carácter del padre.

Newen esbozó una leve sonrisa.

—Ella se me parece —repitió—. Estoy orgulloso de mi hija.

—Así debe ser. Me apenó hoy ver a otro padre que no puede decir lo mismo.

—Necul tiene lo que se merece. Él fue así en su juventud, revoltoso y ladino.

—¿Lo conoció mucho?

Newen hizo una mueca.

—Tuvimos nuestros encuentros.

Erik podía imaginarlos. Intentó mostrarse ecuánime y dijo con filosofía:

—Bueno, ahora que ambos son padres de adolescentes tienen algo en común, además de las diferencias.

Newen lo miró con suspicacia.

—Eso es verdad. Tiene usted una manera distinta de ver las cosas, Andrade.

—Será por eso que no encajo en ninguna parte —rio Erik—, voy de acá para allá sin rumbo.

—¿Volverá a la selva, entonces?

—En principio sí, hasta que me requieran en otro sitio. Como especialista en felinos, se dan situaciones de emergencia como esta. Me gusta mi trabajo, quizá sea mejor que no haya nadie que me ate a un solo lugar. Le haría pasar una vida difícil a una esposa.

Newen torció la boca al decir:

—Yo le hago difícil la vida a la mía sin necesidad de moverla de sitio.

La carcajada de Erik llamó la atención de Medina, que se volvió hacia ellos con aire cansado.

—Volvamos —dijo—. Pierdo más tiempo intentando sonsacar algo a esta gente cuando tal vez con algunas llamadas podría enterarme de más cosas. Hablaré con el comisario Pascual y delegaré en ellos el asunto.

—¿Viene, Newen? —preguntó afable Erik—. Todavía podemos tomar unos mates.

El puelche dudó. Rara vez compartía momentos de sociabilidad en la intendencia. Por lo general iba por razones precisas y su conversación se reducía a lo necesario.

Por eso Medina no pudo ocultar su asombro al escucharlo aceptar.

—Vamos. Haré la ronda más larga luego.

Y mientras bajaban al pueblo en la camioneta, el asombro del intendente no tuvo límites.

—Dentro de poco —decía Newen— tendré ayuda en mis salidas de campo. Es bueno que me vaya acostumbrando.

Erik disimuló su sonrisa. Misión cumplida. La reconciliación de los esposos y la aceptación del destino de la hija por parte de ese guardaparque terco eran claras señales de que había llegado el tiempo de su partida.

La cabaña en la selva misionera lo aguardaba.

Su soledad también.

—¿Y usted qué espera para oficializar con ese hombre?

La tía Jose casi deja caer el biberón que estaba calentando al baño María en la cocina.

El abuelo tenía la costumbre de irrumpir con su vozarrón y soltar frases incómodas. Parecía que eso lo divertía.

—No sé de qué me habla, papá.

—Sí, sí, claro, y yo me chupo el dedo. Si decidimos quedarnos en este sitio, y no veo otra solución al tener vendida mi casa, será mejor que mire dónde puede asentar sus reales, porque Emilio no nos va a albergar a todos, menos ahora que hay otra boca que alimentar.

—Es pronto para tomar decisiones, papá. Yo alquilo mi departamento en Buenos Aires, debería volver para organizarme.

—Pues hágalo. Espero que no deje pasar la oportunidad de vivir acompañada. Cuando yo me muera no quiero llevarme ese peso encima.

—Por favor, papá, no hable más de la muerte.

—¿Qué les pasa a todos? ¡Si alguien tiene derecho a mencionar la muerte soy yo! Y conste que lo hago sin pena. De algo hay que morir y, si puedo elegir, quisiera que me enterraran donde viven mis nietos.

—Está bien —suspiró Josefina, extenuada—. El dinero de la venta de la casa nos permitirá alquilar una vivienda decente aquí, creo yo. Emilio se ocupará de esos asuntos.

—¿Y su cortejante?

Era evidente que el abuelo no iba a desistir, de modo que Jose lo enfrentó con los brazos en jarra.

—No tengo cortejante, sólo buenos amigos que conocí en este tiempo.

M. Ducroix entrecerró los ojos con malicia.

—Agradezca a ese buen amigo que se acordó de devolverle sus pertenencias.

Y ante la expresión incrédula de Jose, el abuelo esgrimió una chalina de lana.

—¿Cómo es que la tiene usted?

—La pregunta correcta, en todo caso, sería: ¿cómo es que la tenía el señor Foyer? La trajo esta mañana, mientras ustedes atendían a la chiquita. Pude conversar un poco con él, y está dispuesto a ofrecerle una situación decente.

—¡Padre, qué ha hecho! —exclamó desolada Josefina.

Imaginaba una conversación bochornosa entre M. Ducroix y Walter, un intercambio similar al que el abuelo había tenido con Newen en su momento, pero tratándose de una mujer mayor como era ella ese tipo de interrogatorio resultaba vergonzoso.

—Nada especial, sólo averiguar sus intenciones. Que son buenas, debo reconocer. Falta saber si es correspondido.

Por toda respuesta, la tía Jose huyó con el biberón rumbo al dormitorio donde Julieta acunaba a su bebita, embelesada.

Newen regresaba de la intendencia con el corazón más liviano que antes. Acababa de descubrir con asombro que le resultaba grato compartir unos mates con Medina y Andrade. Habían hablado de todo un poco, de los asuntos que les concernían y de otros sin motivo, una charla distendida de las que él jamás sostenía. Pensándolo mejor, ni siquiera recordaba haber tomado mate con el intendente de Parques alguna vez. Era una novedad para él. Se preguntaba si sería un indicio de la nueva vida que quería ofrecer a Cordelia. Ser un hombre más comprensivo y dispuesto no sólo a escuchar, sino a hablar de sus propias cuitas.

Se topó con Cipriano al tomar el sendero del cerro. El anciano iba vestido

como para un viaje, con un bolsito, su sombrero de fieltro y una manta a cuestas, la expresión más hermética que nunca. Era evidente que lo esperaba, pues se incorporó para atravesarse en su camino.

—Cipriano.

El viejo inclinó la cabeza sin dejar de mirarlo fijo a los ojos. Newen intuyó algo trascendental en ese encuentro.

—Me despido —le dijo con sencillez.

Hubo un instante de silencio entre ellos en el que la brisa helada llevó el rumor del río más abajo, y un aleteo fugaz vibró en la copa de los árboles cercanos. El valle se adormilaba bajo el tibio sol de invierno.

—Te vas —contestó Newen, para dar tiempo a las explicaciones.

Cipriano miró entonces hacia el camino del pueblo que se perdía en la colina, el lugar que ellos habían recorrido antes, de *ruka* en *ruka*, pidiendo informes. Esa mirada encerraba una respuesta que Newen supo leer. Llanka.

—¿Ella está escondida ahí? —quiso saber.

El viejo araucano guardó silencio, y el guardaparque entendió que sí. También comprendió que esa mañana, más temprano, ninguno de los habitantes de las *rukas* había querido denunciar a Llanka, y le pareció razonable, porque se trataba de vender a uno de los suyos a las autoridades *winka*. Él era de sangre tehuelche y algunos le tenían ojeriza porque eso había sido motivo de enfrentamiento con Necul.

—Qué puedo hacer. Es mi hija.

Todavía quedaba sitio para el asombro.

Llanka había sido siempre flor de un día, una mujer volátil que buscaba su conveniencia a costa de los demás, pero saberla hija de ese hombre enraizado en la región, al que todos consideraban brujo por sus poderes adivinatorios, sonaba increíble.

—Ya se salvó de una la vez anterior —objetó Newen—. No podrás sacarla siempre de apuros. Ella es mayor y sabe a qué atenerse. ¿Por qué no me

dijiste, Cipriano?

Un rastro de amargura se filtró en las palabras del anciano.

—Ella te perjudicó también. El tiempo se acaba, Newen, y si me quedo moriré sin verla a salvo. Si vuelvo, será cuando mi hija tome otro rumbo.

Para Newen, aquello era una despedida. La mala hierba seguiría creciendo, él no esperaba ningún cambio en Llanka, al contrario. ¿Qué decirle a un padre que sufría por su hija? Lo mismo que con Mario Necul, se hallaba en presencia de hombres desdichados por los actos de sus hijos, a los que por su edad ya no podían controlar.

Él era el afortunado que poseía el tesoro más grande de todos.

Esa conciencia le permitió ser magnánimo.

—Aquí te estaremos esperando.

Y como Cipriano no se movía, clavando en Newen sus ojos achinados cubiertos de pliegues, el guardaparque agregó:

—Y no nos hemos visto. Yo no sé dónde estás ni adónde fue tu hija.

Recién entonces el viejo aflojó la tensión de los hombros y pudo empezar a andar. Antes de alejarse del todo, se volvió diciendo:

—El puesto de las artesanías...

—Hablaré con Walter.

Cipriano asintió y entonces sí emprendió su camino incierto, que quizá lo llevaría del otro lado de la cordillera, de donde sus ancestros llegaron un día lejano, siguiendo las rastrilladas que en otros tiempos surcaron las soledades patagónicas.

Newen permaneció estático, contemplando la espalda cubierta por el poncho negro, el andar lento pero firme, y le pareció que también los cóndores despedían al viejo Cipriano, pues algunos volaron en círculo durante un rato, hasta que la pequeña figura se confundió con la nieve del cerro.

Corrían tiempos de renuevo. El puelche entendió que ésas eran señales del porvenir.

Gente que partía, otros que llegaban. Situaciones que se disolvían, otras que se forjaban con la ilusión de la novedad. La bebida Colette agrandaba la familia Ducroix y pronto la suya propia recibiría sangre nueva también. Sería el tiempo de crianza, que a la edad de Mayga y de los gemelos ya parecía remoto. Él se haría más viejo, pero esa circunstancia jamás le había preocupado. Mientras sus ojos y sus piernas respondiesen, seguiría custodiando aquel valle donde sus propios antepasados habían dejado la huella imborrable de sus caminatas y sus toldos fugaces. Y Mayga pisaría las mismas huellas, cumpliendo así el ciclo eterno de la vida y la muerte.

Podía sentirse tranquilo.



CAPÍTULO 30

Daniel pagó la cuenta del hotel de Los Notros y salió a la calle para despedirse.

El día anterior había hablado con su padrino, luego de declarar en la comisaría, para ponerlo al tanto de los hechos y para anunciarle que partiría en busca de nuevas oportunidades, lejos ya de las cacerías y de la vida a la que estaba acostumbrado.

Como era de esperarse, Stuart se preocupó por las verdaderas razones de tal decisión, desconfiando de él como siempre. Le hizo prometer que se mantendría comunicado y que volvería a Hawai la próxima temporada, o bien se encontrarían en cualquier rincón del mundo. Su padrino tenía motivos para descreer de sus propósitos, y le tocaba a Dan demostrar que ya no era el de antes, que de algún modo impreciso y difícil de explicar aquella estadía en la inmensidad patagónica lo había transformado. Y la razón principal de ese cambio estaba ante él en ese momento.

Mayga lo aguardaba, enfundada en unos pantalones muy poco femeninos que lo hicieron sonreír.

—Una bruja de las de ahora —bromeó—, sin túnica ni escoba.

La joven sonrió también, melancólica ante la partida del hombre que le había hecho sentir sus primeros anhelos. Ella entendía como nadie que esto debía suceder, y que así como Luciano salía en busca de un horizonte para su vida, Daniel debía cambiar de piel, a pesar de los tatuajes que le recordaran el pasado. Ya habría ocasión de borrarlos, o de ignorarlos. Había demorado toda la noche pensando qué le diría, y ahora que él estaba ante ella, con su

ropa negra y su moto ronroneante, no podía recordar las palabras. Dan Eliot lucía como la primera vez, pero distinto. Había en sus ojos una mirada pícaro muy diferente a la sarcástica con que la abordó aquella tarde en la intendencia. Hasta los pliegues de la boca parecían atenuados.

—¿Damos una vuelta? —le sugirió él, señalando la moto.

Sin decir nada, Mayga trepó al monstruo engualichado que tanto detestaba, y descubrió que aquella máquina poseía ahora un sentido familiar. Con ella habían compartido un viaje en el que el puma se hizo presente, le permitió dominar su don y le demostró a Daniel que en la vida salvaje que él y su padrino se encargaban de segar existía una profundidad que merecía respeto. Mayga sabía que la aparición del puma había dejado huella en el corazón de ese hombre y que jamás lo olvidaría. Que él decidiese partir con otro rumbo, lejos de los hábitos de Stuart Eliot, era la prueba.

—¿Adónde vamos?

Dan nada dijo y enfiló a toda velocidad hacia el final del pueblo, en busca del lugar donde vio aquellos ojos de humo por vez primera.

Los bosques quedaron atrás y la ruta se tornó áspera.

La Harley-Davidson levantaba un fino polvo y borroneaba los contornos del camino a su paso. Mayga recordó cuando sentía vértigo y temor a bordo de la moto y le pareció que también ella había cambiado, después de todo. Ahora disfrutaba de la sensación de sus piernas cabalgando sobre el motor rugiente y del paisaje que se tornaba efímero a su paso. Se detuvieron en un sitio desolado que Dan sabía distinguir.

—Aquí es —dijo con sencillez, quitándose las gafas y mirando en derredor.

Y como Mayga lo interrogara con los ojos, aclaró:

—Donde vi a tu puma yo solo. Estaba frente a mí, a esta distancia —y señaló un tramo aproximado con entusiasmo—. Creí que era mi fin y me paralicé, pero se ve que hice lo correcto, porque me miró con desprecio y se marchó.

La joven contemplaba el lugar con serenidad. Era el mismo puma, lo sabía. El que se presentó en el linde del bosque la última vez. Su guía, su tótem.

Se volvió hacia Dan con una expresión indescifrable en el rostro.

—Él te estaba siguiendo, pero no para atacarte. Quería que vieras algo.

—Linda manera de enseñarme. Casi me da un síncope.

Las bromas del hombre eran salidas fáciles para evitar el tema al que no podían dar nombre. Mayga sonrió y le echó los brazos al cuello.

—¿Cómo sabemos si el puma no está ahora mirándonos? —le dijo con mirada hechicera.

Dan sintió que sus entrañas se tensaban y permitió que aquella jovencita se acercase, pero no tanto como para delatar lo que le provocaba su presencia.

—Creo que sí está —dijo con voz ronca—. Lo veo en tus ojos.

La profundidad de los de Mayga era insondable, concentraba el azul del lago y el plateado de la nieve bajo nubes de acero. Dan jamás había visto ojos así.

Con un brazo la tomó de la cintura, y con el otro la mantuvo a cierta distancia. Quería besarla, pero que fuese un beso casto. Sin embargo, el contacto con la blandura de los labios de Mayga derritió sus intenciones, y la boca masculina exploró la de la joven con vehemencia, prometiendo placeres todavía vedados, revelando un sentimiento que él mantenía a raya. Ella se abandonó a las sensaciones sin ningún reparo, gozando del calor de la lengua en su boca, permitiendo que la recorriese entera, sabiendo que sería el último beso.

—Adiós —murmuró al separarse.

—¿Cómo supiste? No quisiera despedirme —atinó a decir él.

Ella acarició con su mano el contorno de la boca que había besado y respondió con una seriedad ajena a sus pocos años.

—No es despedida. Vas a volver.

—¿Y eso cómo lo sabes? —exclamó Dan riendo sin ganas—. Tampoco lo

dije.

—Todos vuelven. Nadie se olvida de esta tierra.

—¿Estarás cuando vuelva?

Por toda respuesta Mayga se aferró a su cintura y la oprimió con fuerza.

Permanecieron así, abrazados y en silencio, mientras desfilaban por su mente pensamientos sin control, deseos y promesas nunca dichos, hasta que de común acuerdo se separaron y emprendieron el regreso a Los Notros más despacio, degustando ese paisaje que despedía a Dan Eliot con los alerces y los cóndores reinando en el viento.

Más lejos, un puma de pelaje ceniciento surcado de cicatrices se despedía también de Los Notros. Sus patas afelpadas recorrieron la pradera rocosa tapizada de pastos duros en busca de un sitio espeso donde pudiera esconderse de día y salir a cazar de noche.

Volvería, pues el espíritu puma pertenecía a ese rincón remoto de la Patagonia donde un amanecer lo habían convocado, en el claro del bosque.

Medina aguardaba a las puertas del invernadero, donde se había dado cita con Josefina. Ella le dio el pretexto de estar ayudando a su sobrina con la recién nacida, pero al final cedió, y ahí estaba él, con un detalle que le había comprado, ansioso por disfrutar una vez más de la compañía de esa mujer dulce que le provocaba nostalgias del hogar.

La vio acercarse lentamente, ataviada con un delantal a rayas sobre el suéter abrigado, con el cabello recogido en la coronilla y mitones que dejaban los dedos al descubierto. Ella supo comprender el envaramiento que lo asaltó, pues de inmediato lo hizo pasar al interior de la choza.

—Pensar que aquí durmió Cordelia cuando vino al cerro aquella vez.

Jose respondió a ese comentario con una velada crítica hacia Newen.

—Todavía no sé cómo ese esposo suyo no la mató, sometiéndola a tantas

incomodidades.

—Su sobrina es más fuerte de lo que parece.

—¡Ya lo creo! —exclamó la tía Jose—. Las mujeres Ducroix hemos ganado carnet de sobrevivientes, todas y cada una.

Mientras ella acomodaba tiestos y revisaba brotes y semillas, el intendente buscaba la manera de ofrecerle su regalo y, de paso, hacerle notar su interés. Él ya había olvidado los signos del cortejo y tampoco quería pasar por anticuado siendo demasiado formal.

—Josefina, me preguntaba si...

—Ah, aquí estás —lo cortó ella inclinándose sobre un almácigo—. Planté malva y no la encontraba. Ésta me servirá para mis futuros cosméticos, y mientras puedo elaborar infusiones con sus flores para las afecciones de garganta.

—Ajá.

—¿Tiene presión alta, Hugo? Aquí hay vinca. Dos o tres tecitos por día, y santo remedio. Dará flores azules en primavera. Amo esta planta, es humilde y resistente —y Jose le mostraba con orgullo una maceta cubierta de hojas pequeñas.

Hugo miraba sin ver, pensando de qué manera abordar el tema sin que resultase desubicado.

—No voy a cultivar otros porque el pueblo está lleno de ellos, y por suerte, ya que tienen un poder cicatrizante fenomenal.

—A mí me habían dicho que calmaban el dolor de muelas —atinó a decir el intendente, aturdido.

—Eso también. Es muy sabia la naturaleza, Hugo. Pero qué voy a enseñarle, si viven enredados en ella. La que no puede creerlo soy yo, porque aquí mismo tengo todo lo que necesito para mi emprendimiento.

—¿Piensa radicarse en el pueblo, Josefina?

La voz de Medina sonó esperanzada.

—Por ahora no sé, estamos vendiendo la casa de la ciudad, pero eso no significa que me deshaga de mi vida allá. Quizá vuelva después de arreglar mis asuntos. Es difícil cambiar de pronto los hábitos.

Josefina hablaba con precipitación, procurando evitar que el intendente dijese algo de lo que se arrepentiría después. Él, no obstante, venía decidido a decirlo. Y a acortar las distancias en el trato.

—Josefina, quiero darte esto.

Ella contempló el estuche que lucía pequeño en la palma, y tragó saliva. ¡Eso no, por Dios! Y en cierto modo sintió rabia hacia ese hombre que la ponía en semejante situación sin que ella le hubiese dado alas.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

—No es mi cumpleaños todavía.

—Es un presente, nada más.

Aliviada al oír eso, Josefina abrió el estuche y descubrió un *pendentif* con forma de hoja engarzado en una cadena muy fina.

—Es precioso.

—Lo hice traer de la ciudad más cercana, aquí las artesanías son rústicas, y quería obsequiarte algo más especial. Espero que sea de tu agrado.

—Hugo, yo no puedo aceptarlo —susurró Jose con aire contrito.

—¿Por qué no? Es una fantasía delicada, no una joya.

—Es que... perdón por mi torpeza, pero en mis parámetros aceptar un regalo de un hombre supone cierto compromiso.

Medina se turbó también, descubierta en sus intenciones.

—Bueno, Josefina, a decir verdad, es lo que quisiera. No digo compromiso —se apresuró al ver la reacción de la mujer—, sino cierta amistad que nos permita conocernos mejor. Sé que mi trabajo es tedioso y supone muchas horas de dedicación, pero si vas a vivir en Los Notros podremos compartir momentos como este, con tus plantas, o quizá pueda hacerte recorrer el parque

en la camioneta alguna tarde, si es tu deseo... Soy un hombre sencillo, Josefina. Hace mucho que no tengo esposa, pero prometo aprender de nuevo la vida en común. Por supuesto, tomará su tiempo...

—Hugo.

Los ojos claros de Medina decían a las claras que se sentía derrotado. Cualquier mujer que hubiese esperado una declaración semejante habría reaccionado de otra manera. Él entendía muy bien el rechazo, aunque le doliera en el corazón.

—Lamento que hayas llegado a pensar en mí de esa manera, Hugo. Yo nunca quise fomentar sentimientos que no pudiese corresponder.

—Y que dedicaste a Walter —dijo entonces Medina, sin poder evitarlo.

Josefina calló, en principio porque esa afirmación la tomó por sorpresa, luego porque significó poner en palabras algo que nunca se había atrevido a confesarse, y por fin, porque a esa altura de su vida se daba el lujo de rechazar el amor de un hombre para aceptar el de otro. ¿Cuándo había empezado a ser la auténtica Joséphine Ducroix?

Ya no habría vuelta atrás. Y debía ser consecuente con esa nueva Jose, aun si serlo implicaba herir a alguien y hasta sentirse defraudada por otro. La nueva Josefina sólo aceptaría ser amada por una persona que ella amase a su vez.

—Así es, Hugo. Me enamoré del hombre más distinto a la mujer que soy. Walter me hizo olvidar la seriedad de mi vida, la preocupación por el qué dirán. Sé que puede sonar egoísta, pero quiero vivir la segunda mitad de mis años como siempre soñé hacerlo, libre de prejuicios, divirtiéndome y sin sufrir por los demás. Sólo él, con su desenfado, puede darme esa vida. Pero sobre todo quiero ser muy sincera, Hugo. Amo a Walter Foyer. Nunca pensé que lo diría en voz alta, y es así.

—Gracias, Josefina.

—¿Gracias por qué?

—Por evitar decirme que seremos sólo amigos.

—Bueno —farfulló Jose—. ¿Es que no podemos serlo?

—Nunca pude ser amigo de una mujer que me atrae. Y ahora no voy a cambiar eso.

Al ver que ella había cerrado el estuche, se adelantó a sus intenciones.

—Quédatelo. Me hará bien saber que lo llevas. Y si te resulta más práctico, podrás colgarlo aquí, entre tus plantas, a modo de adorno. Después de todo, es una hoja.

Medina se metió las manos en los bolsillos y salió del invernadero lo más rápido que pudo, para que Josefina no se viese obligada a decir nada luego de su breve discurso. Odiaba las disculpas y los pretextos. Había perdido, y nada de lo que ella pudiera decir lo privaría de ese dolor. El hippie viejo se llevaría una joya. Quién podía decir si la apreciaría lo suficiente. Claro que eso ya no era de su incumbencia.

Emprendió el descenso del cerro bajo una fina llovizna que armonizaba con su ánimo.

Al pasar por la cabaña de Newen y Cordelia, la luz en su ventana le recordó que, sin perjuicio de su soledad, siempre habría sitio para él en las casas de sus amigos, los guardaparques de Los Notros.



CAPÍTULO 31

—**D**ame a esa nena.

—Ya la tuviste bastante, me toca a mí.

Cristian y Félix se disputaban a la pequeña Colette como si fuese un balón de fútbol.

Mientras sus padres y sus tíos organizaban la mudanza de los Ducroix a la nueva casa en Los Notros, ellos eran los encargados de velar por la seguridad de la hermanita que los traía de cabeza con sus monerías. Era digna de ver la ternura con que la arropaban en su cuna, y cuántas veces regresaban de sus ocupaciones para vigilar que estuviese durmiendo, o por temor a que hubiese quedado alguna ventana que filtrase el aire frío. Sin necesidad, ya que Colette tenía más atención de la que merecía con sus pocos días.

Por primera vez en su vida de casada, Julieta contaba con la ayuda de sus hijos y podía gozar de la pequeña sin sentirse agotada. Colette había bendecido su hogar. La niña sería una guerrera como su tía y su bisabuela, ya que había nacido cuando quiso y como se le antojó, para luego demostrar que ni siquiera ser prematura había hecho mella en su cuerpito. Emilio ajustaba sus horarios para acompañarla cuando ella lo necesitara, y Mayga, que últimamente lucía algo tristonza, había tomado la responsabilidad de acudir a ayudarle en lo que hiciera falta.

Julieta era la mujer más feliz de la tierra en ese nuevo tiempo en Los Notros.

—Chicos, la nena no es un juguete —los reconvino Mayga al verlos disputar.

—Prima, no nos digas lo que ya sabemos. ¿Cuál de los dos consigue hacerla reír? ¿No soy yo, acaso? —exclamó orgulloso Cristian.

—Se estará riendo de tu trompa —bromeó Félix.

Mayga se acercó a verificar que Colette estuviese sequita, porque por mucho que sus hermanos la amasen, de los pañales nunca se ocupaban.

—¿Quieren ver cómo está quedando la casa del bisabuelo?

Les picaba la curiosidad, así que dejaron a Colette al cuidado de Greta, que en esos días debía decidir si aceptaba la oferta de los Ducroix de permanecer como enfermera particular del abuelo o prefería retomar sus antiguos trabajos en la ciudad.

La mujer acunó a la beba con pericia. La vida en ese pueblo era dura, sobre todo en el invierno, pero al cabo de compartirla con aquellas familias un calor de hogar que hacía mucho no sentía se le había filtrado en las venas.

—Vayan tranquilos, que me ocupo de darle su leche.

A raíz del parto, Julieta había tardado en amamantar a la niña, y ahora Colette se había acostumbrado a la leche gruesa y rechazaba el seno de su madre. Eso, para Greta, era sólo cuestión de hábito.

—Usted siga ofreciéndoselo, señora —le había dicho con convicción—, aunque sea como juguete para dormirla, que un día le bajará el líquido y la nena se engolosinará con la leche materna.

Detalles como ese tornaban imprescindible la presencia de la enfermera suiza, y todos confiaban en que Greta tomaría la decisión que estaban esperando.

La casa que habían alquilado para el abuelo, a la vuelta de la plaza, estaba en el lugar justo para que el anciano satisficiera su deseo de vigilar a todos. Podía recorrer por su propio pie el corto tramo que la separaba de la intendencia, y Emilio podría pasar cada día, antes de regresar a su hogar, para

ver que estuviese bien y, de a poco, remendar su difícil relación con aquel hombre temible.

Era una casita sencilla, con jardín al frente, cerco bajo y techo de chapas acanaladas. Las piedras del muro remedaban una pintura rupestre que hizo fruncir el ceño al abuelo, que mencionó algo sobre el “arte moderno incomprensible”, y todos rieron. Los canteros en las ventanas y el radial que crecía en el patio trasero causaban la ilusión de estar en medio del bosque.

La tía Jose había llorado de emoción al descubrir el árbol.

—Papá, estaba escrito que ésta debía de ser su casa.

Y ante el estupor del abuelo aclaró, enjugándose las lágrimas:

—Es un nogal silvestre, y la infusión de sus hojas sirve como antídoto para las enfermedades respiratorias.

Esa afirmación conmovió el corazón de todos. Parecía que un espíritu se había apoderado de sus decisiones, guiándolas en la dirección correcta.

El abuelo tampoco ocultaba su satisfacción al verse dueño y señor de otro castillo, mucho más modesto que la mansión de la ciudad, pero más manejable y rodeado de gente hospitalaria.

El tema de discusión a esas horas era la ubicación del viejo sillón de lectura. Según la tía Jose, la ventana del patio era el sitio ideal, pero para Cordelia el abuelo disfrutaría más mirando el movimiento de la calle.

—Si va a leer, no necesita distracción —opinaba la tía.

Esperaba con anhelo irracional que la sola compañía del árbol ya fuese terapéutica.

En ese trance las encontró Walter Foyer cuando se presentó a brindar sus respetos a M. Ducroix. Josefina, que todavía llevaba clavada la espina de aquella conversación entre él y el abuelo, enrojeció hasta la raíz del cabello. Después de darle calabazas al intendente, no había vuelto a ver al hippie viejo, y su afirmación de estar enamorada perdía solidez a medida que pasaba el tiempo.

—Qué milagro, Walter —le dijo, simulando desinterés.

—El milagro sería que fueras a avisarme que se están instalando en el pueblo, Josefina. ¿Cuándo se decidió esto? Esperaba ser parte de la bienvenida.

—Todo fue precipitado —se disculpó ella—, y con la bebida y los preparativos se fueron pasando los días.

—Ya veo.

Walter caminó por la sala mirando todo con ojo calculador.

—Es una casa pequeña. ¿Cuántos ambientes tiene?

—Esta sala y dos dormitorios —repuso Jose de inmediato.

El abuelo, que salía de la cocina donde Cordelia estaba ordenando la escasa vajilla que precisaba, salió al cruce de esa afirmación.

—Dos dormitorios, justo lo que necesito. Uno para mí, y el otro para ese escuerzo que me sigue a sol y a sombra.

—¡Papá!

—No está ahora —dijo el abuelo, divirtiéndose con el espanto de su hija—. ¿Cómo le va, Foyer?

—Muy bien, M. Ducroix. Y veo que usted está dirigiendo la batuta en esta mudanza.

—Bah, a mis años me dejan creer eso. Ellas lo deciden todo —y señaló a Cordelia, que llevaba un canasto lleno de recuerdos al dormitorio del abuelo.

—Si es así, me animo a hacerle una propuesta a su hija, señor.

—¡Adelante!

M. Ducroix se arrastró hacia el bendito sillón que todavía no encontraba su sitio en la casa y se dejó caer, contento de presenciar lo que él ya se veía venir.

La tía Jose, muda y pálida, miraba a Walter con asombro.

—Querida Joséphine, en vista de que te cuesta tanto subir a mi refugio, quise bajar para formularte una pregunta.

—Walter, yo...

—Y al ver que en esta bonita casa hay tan poco espacio —siguió diciendo el hippie sin prestarle atención—, se me ocurrió ofrecerte un lugar en mi humilde hogar. Es amplio, y si bien tiene pocos muebles, el lujo no reside en el interior, sino en en el bosque de colihues y las aguas del lago. Como bien pudiste comprobar, hay hongos para tus brebajes, frambuesas para tus dulces, troncos de sobra para las artesanías con que quieras adornar tu negocio, y un sinnúmero de hierbas para tus emplastos y cremas. Yo diría que L'Immortelle debería construirse un poco más abajo, quizá a mitad de camino del pueblo. Que sea accesible para la gente, pero tampoco al alcance de todos. Lo bueno debe costar. Saber que, siguiendo el sendero del lago, los esperará un sitio donde alguien prepara pociones mágicas que embellecen la piel es un atractivo irresistible. No es necesario que sea un local tradicional, tengo buenas ideas para construir un galpón donde, además, podrías ofrecer ricos té mientras tus clientes aguardan a que les envuelvan sus compras. Que serán abundantes, espero.

Josefina tragó saliva, acongojada. Era más, mucho más de lo que había imaginado, pero se le caía la cara de vergüenza al compartir frente a su padre una propuesta indecente. No para ella, que era ahora una mujer nueva, pero para el abuelo, de la vieja escuela, acostumbrado a exigir y a aplicar normas de conducta....

—Di que sí, Josefina.

Era M. Ducroix el que hablaba, no Walter Foyer.

La tía Jose lo contempló estupefacta.

—Este hombre tiene agallas para proponerte matrimonio delante de los demás, con el agregado de un negocio con el que te ganarás la vida. ¿Qué estás esperando? ¿A que me muera? —agregó con malicia, sabiendo que eso la irritaría.

—Papá, Walter no está proponiendo nada —comenzó ella, turbada.

El artesano la miró con fingido enojo.

—¿Qué creías que estaba diciendo, Joséphine? No me atrevería a otra cosa enfrente de tu padre. Además, podemos hacer un matrimonio a prueba primero. Eso se estilaba mucho entre los indios —comentó Walter, dirigiéndose al abuelo e ignorando el ceño fruncido del anciano.

—Serían sólo dos o tres semanas de prueba, mientras trasladamos tus cosas —añadió, divertido.

Había logrado enmudecerlos a ambos, pero no pudo callar a Cordelia, que salió del cuarto tendiéndole los brazos.

—¡Walter! ¡Felicidades! ¡Ya sabía yo que la tía Jose se quedaría en el lago! Abuelo, un nacimiento y un casorio es más de lo que este pueblo ha tenido en mucho tiempo.

—Ya lo creo —masculló el abuelo.

Se sentía burlado y a la vez contento. Aquel hombre parecía un bandido, pero si su hija lo amaba, y si emprendía una nueva vida a su lado, tendría más de lo que había poseído nunca. Y no sería él quien le impidiese desplegar las alas, que todavía la podían llevar lejos. Enhorabuena.

Cordelia abrazó a la conmocionada Jose y salió como hoja al viento a contar la buena nueva a los demás. Se topó en el camino con Mayga y los gemelos que sonrieron, aturdidos ante tanta exaltación, sin saber de qué se trataba.

Más tarde, calmados los ánimos, Walter se acercó a Josefina con la ternura desbordando sus ojos.

—Querida, te pido perdón si fui demasiado teatral. Pensaba proponerte matrimonio a solas, pero al verte con tu padre, y después de la filípica que él me dio el otro día, creí que sería mejor sellar mi oferta ante sus ojos. ¿Te avergoncé?

—Me iré acostumbrando —contestó Josefina—. Al parecer, te gusta causar sensación. ¡Pensar que soy yo la hija de actriz!

—Ah, pero eso significa que tenemos mucho en común. Hay algo que no te dije, y que me reservé para este momento, Joséphine. Algo que requiere una respuesta de tu parte.

—Me pregunto qué será —sonrió ella.

Walter levantó el mentón de la tía José y clavó en sus ojos una mirada que decía más que cualquier palabra escogida.

—Que me he enamorado. Pero no sé si soy correspondido.

A Josefina le fallaron las piernas. No esperaba una declaración de amor con tanta sencillez y sin vueltas. Levantó hacia ese hombre sus bellos ojos verdes que reflejaban la pureza de su alma, y murmuró:

—Es correspondido, señor Foyer. Desde el primer día y desde el fondo de mi corazón.

Un beso dulce y breve selló la respuesta, promesa de otros que vendrían luego, cuando estuviesen lejos de las miradas de todos y del revoltijo familiar que había desencadenado la mudanza del abuelo. El nuevo ciclo los encontraría soñando juntos, imaginando el futuro y estrechando los lazos que allí, en aquel valle junto a la cordillera, se anudaban para siempre.



EPÍLOGO

Hacía rato que padre e hija compartían la vigilancia de los cóndores liberados en la quebrada y recuperados de un destino fatal: uno por ser víctima de cebos envenenados, el otro por haber recibido un disparo de algún ignorante que creía al cóndor cazador de corderos, cuando era sabido que se trataba de un ave carroñera.

El perfume húmedo del bosque, el cielo azul que hería los ojos, el sol tibio que anunciaba la primavera, inspiraban el goce de la vida que tanto Newen como Mayga sabían apreciar en silencio. Al cabo de un rato, uno de los cóndores descendió sobre una gran roca, y el otro lo siguió.

—Ya lo han descubierto.

Mayga enfocó sus binoculares hacia el sitio donde miraba su padre.

Los cóndores desplegaron sus alas un momento antes de hundir sus picos en la carne cruda expuesta sobre la roca. Luego, serían ellos mismos los que se procuraran el alimento, planeando en las alturas en busca de animales muertos, como debía ser.

Desde los sucesos del último tiempo, Newen compartía con su hija las rondas matinales. Sin exigencias ni monsergas, como había aprendido de las experiencias vividas, para permitir a esa muchachita desarrollar su talento y cultivar sus dones. Así lo habría querido doña Damiana; así debió de verlo la *machi* aquel amanecer en el claro.

Más de una vez Mayga sorprendió a su padre con su instinto certero, proveniente de un lugar desconocido para los demás, quizá de su propio espíritu, conectado con el entorno en un plano sobrenatural.

Cordelia era feliz. Sus dos amores vivían en armonía, compartiendo lo máspreciado para ellos. Su hermano y su cuñada gozaban de su tercer vástago, la niña tan anhelada. El abuelo instalado en Los Notros como si hubiera sido siempre su casa, y la tía Jose en una luna de miel que prometía ser permanente. ¿Qué más podría querer?

La añoranza de Meullen volvió a ella como recordatorio de las penas inevitables en la vida, pero cuando se tocó el vientre rememorando la sensación de llevarlo en su seno, algo indefinible la asaltó, una suerte de premonición. Newen la había poseído con vehemencia las últimas noches; ella presentía una necesidad muy fuerte en su esposo, exigencia que había sabido satisfacer con creces, y ahora que la idea del hijo regresaba a su mente le pareció que cobraba un sentido especial. Cordelia siempre estaba dispuesta a confiar en el destino; él la había llevado hasta esa tierra remota y le había brindado la mayor felicidad que podía soñar. Quizá fuera el tiempo de volver a creer en los designios. Tal vez el alma de Meullen pudiera regresar a la tierra y encarnarse como la primera vez. Si eso ocurría, sería la mujer más dichosa del mundo.

Subió al altillo para hurgar en el arcón de los recuerdos. Encontró el pequeño sonajero de semillas que había fabricado Walter Foyer cuando nació Meullen y lo batió junto al oído. Poco a poco, ese ruido se fue adentrando en su corazón. Cerró los ojos y se concentró en el repiqueteo sordo.

—¿Estás ahí? —murmuró.

Consciente de la solemnidad del momento, Werken se mantuvo echado a corta distancia, los ojos de caramelo fijos en su ama. Él también parecía presentir algo.

Un aleteo bajo el alero los sobresaltó. A través del vidrio del ventanuco, un picaflor tornasolado vibró en una danza frenética sobre la enredadera que

cubría el muro.

Cordelia sonrió y un efluvio de buenaventuranza la invadió.

—Estás —aseveró.

Se dejó lamer por la lengua ansiosa de Werken mientras su mente vagaba por regiones aún desconocidas, visiones que el tiempo nuevo le depararía. Habría un niño en la cabaña del cerro. Estaba segura de ello.

En medio de su emoción, dedicó un pensamiento al hombre que le había ofrecido el hombro para desahogar sus penas en el invierno. Erik Andrade ya debía de estar en su fantástica selva, recorriendo entreverados senderos en pos de las huellas del yaguareté. ¿Qué mujer podría cautivar su corazón? Cordelia deseó que también para él llegase el tiempo de renuevo. Hombres así merecían ser amados.

—¿Puedo acompañarte a Somuncurá la próxima vez, papi?

El pedido de Mayga era comprensible; era en la meseta donde se llevaba adelante el proyecto más ambicioso de todos: el retorno del cóndor al mar. Los antiguos sabían que el ave había surcado los cielos patagónicos de punta a punta, que su vuelo rasgaba las cumbres de los Andes y llegaba hasta los acantilados que el Atlántico embestía.

La colonización del desierto lo fue empujando hasta extinguirlo de esas latitudes.

Newen, como parte del programa de la Fundación Bioandina, se encargaba de liberar a los pichones criados en cautiverio para que iniciasen su vida allí donde sus ancestros habían reinado. Era justo devolverles el mar. La tarea implicaba educar a las poblaciones para que respetasen esa vida como parte de las suyas. Las ceremonias de liberación, embebidas de rituales nativos, eran buen ejemplo para impactar los sentidos de los que acudían a verlas, en especial de los más jóvenes, libres todavía de vicios y supersticiones. Newen

sabía que su hija tomaba esa misión como prueba de sus propias capacidades, y sentía que era una prueba para él también, pues fue en Somuncurá donde se rindió ante Cordelia y supo que quería a esa mujer para toda la vida.

Ese recuerdo despertó el del fulano que se atrevió a acelerar el corazón de su hija.

Todavía no había vuelto a tocar el tema con ella. Decidió hacerlo, para cumplir con su propósito de comunicar sus pensamientos, de no guardarse nada.

—Ese hombre, Daniel Eliot. ¿Qué piensa hacer de su vida?

Mayga demoró un instante en responder porque captó una inflexión de miedo en la voz de su padre, y era tan insólito pensar que Newen sintiese temor que se turbó.

Al fin, mirando ese rostro amado al que sus propios rasgos tanto debían, contestó:

—Dan se fue a buscar casa y un trabajo en otro lugar, papi, no con su padrino.

—Entonces no se quedará en Los Notros.

—Él no es un hombre para quedarse, papi. Yo sí. Amo la cordillera y quiero estar a tu lado, aprendiendo sus secretos.

Newen soltó el aliento que había estado reteniendo desde que planteó la pregunta. ¡Su hija no se uniría al intruso que le había desagradado desde el primer momento! En su fuero interno sabía que su pensamiento era egoísta, y que tarde o temprano vendría al valle alguien que capturaría el corazón de Mayga, y aun entonces tampoco le agradaría, pero eso era historia sabida. Ningún hombre estaría jamás a la altura de su hija en sus parámetros. Como había dicho Cordelia, a raíz del nacimiento de la pequeña Colette: “Ser padre es sufrir, pero también aprender”.

Su esposa ya no era la chiquilina que fingió para embaucarlo, ni el hada que lo fascinaba con su belleza. Era una mujer hecha y derecha, que lo amaba a

pesar de su temple hosco, pero que también necesitaba de su amor incondicional y su ternura. Ternura. Lo que él, el puelche-guénaken heredero de los dueños de la tierra, debía aprender a dar, como un niño pequeño a devolver la caricia sin lastimar.

Un panorama nuevo se abrió ante Newen, un camino despejado en el que, por primera vez en tantos años, podía verse caminando sin lastre que lo retuviera, sin temores ni rencor, pensando sólo en seguir adelante con su misión y, lo más importante, legándola a su propia sangre: su preciosa hija que, al igual que su madre, sabía amar sin ataduras.

Era un hombre afortunado, y recién se daba plena cuenta de eso.

El Walichu lo había dejado en libertad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Al *winka* Carlos, por los libros que me envió desde su rincón de la cordillera.

Al biólogo Adrián Sestelo, que me ilustró sobre el Proyecto Felinos del Zoo de Buenos Aires.

A Evelyn De Martino, que me inspiró el personaje de Elina del Valle.

A Luisa Delfino, amiga y confidente.

A los autores Juan Raúl Rithner y Ana María Memi, por sus investigaciones sobre las creencias patagónicas.

A los miembros de la Fundación Bioandina, que devuelven el cóndor a los cielos.

A los devotos de la Harley-Davidson que se reúnen en la estación de servicio de Ituzaingó, por inspirarme para esta novela y por demostrar que la mística existe.

GLOSARIO DE PALABRAS NATIVAS

(Advertencia: debido a su condición de lengua oral, el *mapuzugun* o *mapudungun* admite diferentes grafías. Yo escogí para *En alas de la seducción* y *La mirada del puma*, novelas contemporáneas, el uso más moderno que me indicó mi maestro, Cecilio Melillán.)

Alhue: alma del muerto, que permanece hasta que se llevan el cadáver.

Ayeyu: de *aye* (risas), implica burlarse.

Calcu: brujo.

Chaw/chao: padre.

Cheche: abuelo materno, nieto.

Cijkatufe/chilcatuve: lenguaraz, aprendiz.

Coñi: niño, hijo, cachorro.

Cushé: viejo.

Cuyficeche: antepasado.

Elal: héroe mítico tehuelche que desde una isla trasladó a la Patagonia a todos los animales.

Fucha: hombre anciano.

Futachao/fvtachaw: Gran Padre, de *futa* (grande, amplio) y *chaw* (padre), en un sentido religioso.

Gapin: novia.

Huilel: adivino.

Ieyu xuyu mew: “Te como a besos”.

Kooch: deidad tehuelche creadora de todo cuanto existe. Habita “donde se juntan el cielo y el mar”.

Kultrum/cultrun: tambor o caja de madera, forrado con piel de caballo o llama, adornado con piedras verdes (*llankas*) y de cuarzo, que la *machi* percute con un palillo envuelto en lana.

Lahuenco: agua curativa, de *lahuen* (remedio, medicina) y *có* (agua).

Lamngen: hermana, hermano.

Lonko/lonco: cacique, jefe, cabeza, líder.

Machi: autoridad religiosa y medicinal, mediadora entre el mundo espiritual y el terrestre.

Makuñ: manta o poncho que el brujo utiliza para volar.

Mapuche: “gente de la tierra”, de *mapu* (tierra) y *che* (gente). Expresión con la que los propios nativos de la región se nombran para enfatizar su carácter originario, aunque no tiene raigambre histórica.

Mapuzugun o mapudungun: habla de la tierra (*mapu*) del país situado entre los Andes y el Pacífico, que con la expansión de los araucanos del lado argentino a partir del siglo XVII pasó a ser lengua franca entre distintos grupos indígenas. Se la llamó “lengua pampa”.

Mari mari: saludo de buenos días, buenas tardes o buenas noches, también expresión de buenos deseos.

Meullen: viento, torbellino, arremolinado.

Mudai: bebida fermentada.

Newen/nehuen: fuerza, firmeza, energía, espíritu fuerte.

Nguenechén: divinidad, ser supremo.

Nguillatún: importante ceremonia religiosa donde se expresan rogativas.

Nuke/nuque: madre.

Ñacurutú: búho cornudo (*Bubo virginianus*), de hábitos crepusculares y solitarios, cuyo grito áspero causa superstición en los bosques de altura.

Ñancu: águila.

Ñiconmehueche: rogativa que se practica cuando se pierde una niña en los bosques cordilleranos.

Ñuku: búho patagónico.

Pelli: alma de los vivos.

Pentucutrun: ritual que realiza la *machi* para diagnosticar una enfermedad y luego traspasarla al cuerpo de un animal a través del aliento.

Peñi: hermano del varón.

Pichi coñi: niñito, hijito, o cachorrito, de *pichi* (pequeño) y *coñi* (hijo, niño).

Pichi malen: niña pequeña, jovencita.

Pichiñuádomó: “putita”, de *pichi* (pequeño), *ñuá* (obsceno, impúdico) y *domo* (mujer).

Pillan: espíritu, fantasma.

Pimuntuwe/pimuntuhue: piedra perforada con poderes sobrenaturales, usada como amuleto.

Puelche-guénaken: parcialidad tehuelche del norte de la Patagonia. La denominación *puelche* (gente del Este) les fue dada por los araucanos que llegaron desde el otro lado de la cordillera.

Rewe: lugar sagrado donde se realizan ceremonias religiosas.

Ruka/ruca: casa, vivienda, morada.

Walichu/hualichu/gualicho: espíritu maligno, perverso, diablo.

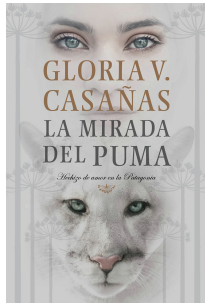
Wenu mapu/huenu mapu: el plano que está en lo alto, por encima del terrestre. De *huenu* (cielo), *mapu* (tierra).

Werken/huerquen: mensaje, mensajero.

Winka/huinca: referido al hombre blanco, el cristiano, que no pertenece a la cultura mapuche.

Wizá: porquería

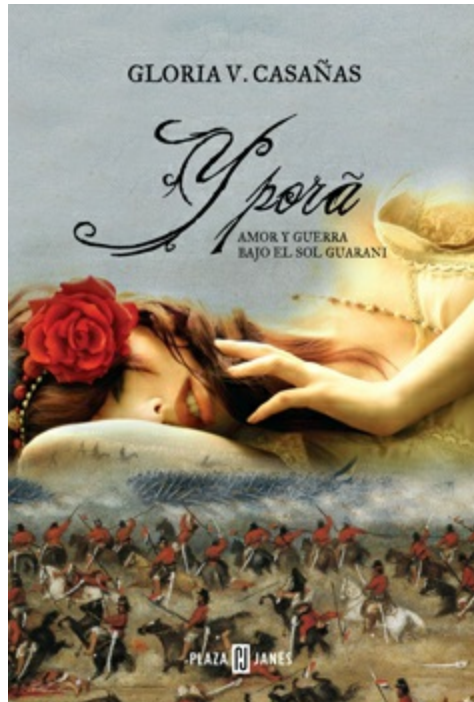
Wrapial/chrapial/trapial: puma (también *pangui*).

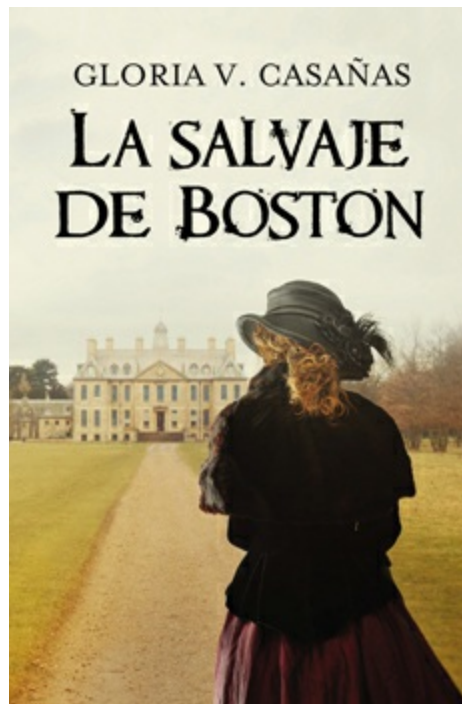


La tranquilidad de Los Notros, un pequeño pueblo al pie de la cordillera de los Andes, se ve alterada por el interés turístico que despierta su belleza y por la presencia de algunos inescrupulosos que han puesto el ojo en sus riquezas naturales. Newen Cayuki es un fiero custodio de la vida silvestre del lugar, que libra sus batallas tanto con cazadores furtivos y mercenarios como con la hermosa Cordelia y la hija de ambos, Mayga. Esta jovencita de aspecto exótico posee un extraño don que la une a los animales y a la región. Newen quiere alejarla de ese rincón al que tanto ama, pues ambiciona para su única hija una vida mejor. A partir de la llegada de una comitiva de cazadores, el universo de la joven se sacude y también el de su padre. Desde el momento en que conoce a Daniel Eliot, una serie de desgracias pone en jaque a las autoridades de Los Notros y sus pobladores.

Gloria V. Casañas construye un paraje hechizado en la Patagonia y nos presenta un elenco exquisito de personajes atravesados por la mirada incierta e intuitiva de un ser que los acecha y provoca situaciones límite que afectan tanto a nativos como a visitantes.

En *La mirada del puma* se profundizan los vínculos, y se desatan furias y pasiones que trastornarán para siempre la apacible vida de Los Notros.







Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar



GLORIA V. CASAÑAS

Es abogada y docente. Sus estudios de antropología y su cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Buenos Aires le permiten profundizar en temas clave de la historia argentina y americana, así como reflejar las costumbres de una época y desarrollar hasta el límite los rasgos psicológicos de sus personajes, que se pasean entre la ficción y la realidad, en un equilibrio que la autora logra con delicada sutileza.

A pesar de escribir desde la infancia, Gloria comenzó a publicar recién en 2008, con *En alas de la seducción*, una novela patagónica que aún hoy es aclamada como una de las favoritas. *La maestra de la laguna* (2010) se convirtió en un best seller que le valió la invitación de Framingham State University (Massachusetts) para dictar cursos semestrales sobre historia y literatura del Cono Sur.

Y Porã (2011) mereció el Premio del Lector que por primera vez otorgaba la Feria del Libro de Buenos Aires. *El ángel roto* (2012) y *La canción del mar* (2013) recrean distintos momentos de la formación del Estado argentino, y fueron iconos entre los lectores. *Por el sendero de las lágrimas* (2014) y *La salvaje de Boston* (2016) transcurren en Norteamérica, aunque con una fuerte conexión con personajes rioplatenses. *Noche de Luna Larga* (2016) y *Luna quebrada* (2017) son novelas cortas que integran la tríada “Tres Lunas de Navidad”, que se completará en diciembre de 2018 con la última entrega.

En *La mirada del puma*, su décima novela, la autora vuelve a la serie contemporánea iniciada por *En alas de la seducción*. Con el rigor propio de sus conocimientos de antropología y sus actuales estudios de las ciencias naturales, Gloria recrea un escenario mágico donde los personajes parecen salir de las páginas para convivir con los lectores, construyendo un vínculo al que la autora ya los tiene acostumbrados.

Con más de 300.000 ejemplares vendidos, Gloria V. Casañas es hoy una referente de la novela histórica y romántica de América Latina.

www.gloriavcasanas.com

info@gloriavcasanas.com

Foto: © Alejandra López

Casañas, Gloria V.

La mirada del puma / Gloria V. Casañas. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2018.

(Narrativa Femenina)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-644-463-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Foto de la autora: © Alejandra López

Foto de cubierta: © Getty Images

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-463-1

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

La mirada del puma

Dedicatoria

Epígrafe

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Glosario de palabras nativas

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos